

PRESECUCION DE MAYLER.



FERNANDO GASPAR, EDITOR.

HISTORIA
DE LA
REPUBLICA
DE
INGLATERRA
Y DE CROMWELL,
DESDE SU INSTALACION HASTA LA MUERTE DEL PROTECTOR.
POR M. GUIZOT.

TRADUCIDA

POR D. F. M.

EDICION ADORNADA CON MAGNIFICOS GRABADOS QUE REPRESENTAN VISTAS, RETRATOS DE LOS PRINCIPALES PERSONAJES QUE FIGURAN EN LA OBRA Y ESCENAS DE LA REVOLUCION.



MADRID:

IMPRENTA DE D. FERNANDO GASPAR, EDITOR,
CALLE DEL AVE-MARIA, 7.

1858.



HISTORIA
DE LA
REPUBLICA
DE
INGLATERRA
Y DE CROMWELL.

LIBRO PRIMERO.

SUMARIO.—Organizacion del gobierno republicano.—Formacion del Consejo de Estado.—Resistencia del país.—Proceso y sentencia de cinco jefes realistas, los Lores Hamilton, Holland, Capell, Norwich y sir John Uwen. —Ejecucion de Hamilton, Holland y Capell.—Publicacion del *Eikon Basilike*.—Polemica realista y republicana; Milton y Saumaise.—Esplosion é insurreccion de los Niveladores.—Lilburne.—Su derrota.—Proceso y absolucion de Lilburne.—Tiranía del Parlamento.—Prosperidad creciente de Cromwell.

(1649-1658.)



e referido la caída de una monarquía y la muerte violenta de un rey digno de respeto por mas que gobernó mal é injustamente á sus pueblos. Ahora voy á referir los vanos esfuerzos de una asamblea revolucionaria para fundar una república, y los actos de un gobierno siempre vacilante, aunque fuerte y glorioso de un déspota revolucionario, admirable por un genio emprendedor y sensato, aunque pueda culpársele de haber atacado y des-

truido en su país por de pronto el orden legal, y luego la libertad.

Los hombres que Dios elige para ejecutores de sus grandes designios, están llenos de contradiccion y misterio: en ellos se combinan en proporciones profundamente ocultas las buenas cualidades y los defectos, las virtudes y los vicios, la luz y los errores, y la grandeza y las debilida-

des. Tales hombres, despues de haber llenado su época con el brillo de sus acciones y de su destino, vienen á quedar oscurecidos en el seno de su gloria, recibiendo á un mismo tiempo el aplauso y la maldicion del mundo que no ha llegado á comprenderlos.

Quinientos seis miembros componian la cámara de los Diputados al abrirse el Parlamento Largo (3 de noviembre 1640). De allí á nueve años, despues de la ejecucion del rey y de la proclamacion de la república, apenas quedaban cien de aquellos miembros que tomaran parte en las sesiones y en los actos. En solo el mes de febrero, la Cámara se dividió ocho veces para votar, y en la sesion mas numerosa, solo pudieron contarse setenta y siete diputados como presentes.

Mutilada de esta manera y reducida á no ser mas que una pandilla victoriosa la asamblea, acometió con un ardor lleno simultáneamente de inquietud y de fe la obra de organizar el gobierno republicano. El mismo dia (7 de febrero 1649) en que la asamblea, abolió espresamente la monarquía, decretó la formacion de un consejo de Estado que se encargara del poder ejecutivo. Cinco de sus miembros, Ludlow, Scot, Lisle, Holland y Robinson, elejidos entre los republicanos mas celosos, recibieron la comision de redactar instrucciones para ese consejo, y proponer al Parlamento las personas que habian de componerlo.

A los seis dias, Ludlow leyó su informe á la Cámara. Todas las funciones prácticas del gobierno fueron confiadas al consejo de Estado, confiándosele las facultades de disponer de las fuerzas y rentas públicas, de dirigir la policia, de reprimir toda rebelion, de prender, interrogar y encarcelar á cualquiera que resistiese á sus órdenes, de sostener las relaciones del Estado con las potencias estranjeras, de administrar las colonias y de cuidar los intereses del comercio: puede en fin decirse, que ese Consejo quedó investido de un poder casi absoluto bajo el imperio y segun las instrucciones del Parlamento, único depositario de la soberania nacional.

Durante los dos dias siguientes, la Cámara nombró los cuarenta y uno Consejeros de Estado, habiendo dado lugar cada nombramiento á una votacion especial. Los elegidos, pertenecientes casi en su totalidad á la Cámara, fueron cinco antiguos pares, cinco magistrados superiores, los tres jefes del ejército, Fairfax, Cromwell y Skippon y veinte y ocho propietarios urbanos y rurales. El nombre de los antiguos pares, encontró oposicion; los demócratas querian escluirlos, asi como á toda la Cámara de los lores de participacion en el gobierno de la república: los políticos,

por el contrario, se apresuraron á recibir con benevolencia á esos grandes señores que todavia conservaban el prestigio de sus riquezas ó su nombre, y cuyo fanatismo, ó cuya bajeza, se ponía á disposicion del partido que habia sido el destructor de su gerarquía. La lista de Consejeros de Estado propuesta por los comisionados del Parlamento, fue aprobada con exclusion de dos nombres, Yreton y Harrison, reputados sin duda por demasiado amigos de Cromwell. En lugar de estos, presentaron como candidatos á dos republicanos desconfiados y severos respecto del ejército y sus jefes. Los Consejeros no habian de ejercer sus funciones sino por solo un año.

Al reunirse por primera vez, se les pidió que firmaran una declaracion manifestando aprobar todo cuanto se habia hecho por lo tocante al enjuiciamiento del rey y abolicion de la monarquía, y de la Cámara de los Lorees. Catorce eran únicamente los Consejeros de Estado que se hallaban presentes al exigirles esta declaracion, y todos menos uno la firmaron sin vacilar, convocando para de allí á dos dias otra reunion: treinta y cuatro fueron los que asistieron á esta, y Cromwell dió cuenta aquel mismo dia al Parlamento de que solo otros seis Consejeros se habian avenido á firmar la declaracion, resultando por consiguiente que veinte y dos se negaban á firmarla. Estos decian hallarse dispuestos á servir lealmente en lo porvenir á la Cámara de los Diputados, poder supremo, único, que habia quedado permanente, y que podia considerarse como necesario para las libertades y bienestar del pueblo; mas al paso que hacian esta manifestacion, reusaban de un modo mas ó menos esplicito adherirse á ninguno de los actos consumados anteriormente. Conmovida la Cámara por esta circunstancia, se puso á deliberar en el acto, prohibiendo que ninguno de los presentes pudiera salir del recinto sin un especial permiso; mas el buen sentido político reprimió la severidad de semejante medida, evitando, el que apenas instalada la república, ocurriera una tan ostensible manifestacion de las disensiones de los republicanos. Desde entonces comprendieron los regicidas que iban á ser muy débiles si llegaban á quedar aislados. La Cámara se limitó á mandar, que los Consejeros nombrados por ella se reunieran á conferenciar entre sí acerca de lo que convenia hacer en aquellas circunstancias, y que en seguida le dieran cuenta de su determinacion. El asunto terminó de este modo, y el Parlamento tuvo que contentarse con la promesa de lealtad que los disidentes ofrecian para el porvenir, y en virtud de la cual tomaron asiento al lado de los regicidas en el Consejo de Estado republicano.

Este compromiso fue obra por una parte de Cromwell, y por otra de ser Enrique Vane el mas eminente, sincero, capaz y quimérico de los republicanos civiles. Vane era revolucionario, ardiente, y sin embargo, detestaba las violencias revolucionarias. Cuando en 6 de diciembre del 1648 el ejército espulsó de la Cámara de los Diputados á todo el partido presbiteriano, Vane reprobó altamente ese hecho y dejó de asistir á las sesiones de la Cámara mutilada. Aun manifestó mas formalmente su indignacion cuando ocurrió el enjuiciamiento del rey, y desde aquella época se retiró á su castillo de Vaby, absteniéndose completamente de tomar parte alguna en los sucesos politicos. Pero la república seguia siendo siempre el objeto de la fé y de los deseos de Vane, y asi es que se adhirió á ella de corazon desde el punto que la vió instalada. Cromwell que se cuidaba muy poco de las contrariedades que en lo sucesivo podrian suscitarle los aliados de quienes necesitaba en el momento presente, hizo los mayores esfuerzos á fin de que Vane viniera á dar al gobierno republicano el apoyo de sus talentos, de su adhesion y de su crédito. Vane se resistió por de pronto, pero su resistencia fue á manera de la que suele oponer el que desea ser vencido; por lo menos, así puede creerse al ver que él fue quien olvidándose de todo lo pasado propuso á Cromwell el juramento de fidelidad para el porvenir, con cuyo requisito aceptado por Cromwell como prenda de seguridad respecto de Vane, éntro este al servicio del Consejo de Estado y del Parlamento.

Cromwell tenia razon para obrar de este modo, pues no bien acabaron de instalarse aquéllos Consejeros que no habian querido asociarse á la responsabilidad de los regicidas, eligieron por presidente á Bradshaw, que lo habia sido tambien del alto tribunal que condenó á Carlos I. De allí á tres dias, Vane con algunos otros de sus colegas, pasó á una modesta casa de Holborne á ofrecer el cargo de secretario latino del Consejo á un primo de Bradshaw, que en un elocuente folleto acababa de sostener «que era lleito llamar á juicio á un tirano ó á un mal rey y destronarlo y condenarlo á muerte despues de convencerlo de sus erimenes.» El autor de ese folleto era Milton.

La Cámara se ocupaba de los tribunales al mismo tiempo que del Consejo de Estado. El arreglo de los primeros era en extremo urgente; pues estaba ya próximo el dia en que su sesion trimestral debia inaugurarse, y nadie estaba conforme en que se interrumpiera el curso de la justicia. Diez de los doce grandes jueces habian sido nombrados por el mismo Parlamento desde la explosion de la guerra civil: sin embargo, seis

de ellos reusaron prestar ninguna clase de juramento de fidelidad á la república, y los seis restantes no se avinieron á seguir ejerciendo sus funciones sino en vista de una declaracion de la Cámara en que esta prometió formalmente respetar las antiguas leyes del país, y hacer que los jueces siguieran tomándolas por norma de sus decisiones. Todo se hizo en efecto como los doce grandes jueces deseaban, y no se reemplazaron los puestos de los seis que habian presentado su dimision hasta el curso del año siguiente.

El gran almirante, conde de Warwick, estaba en íntimas relaciones con Cromwell, pero no inspiraba confianza á los republicanos porque era presbiteriano decidido, y porque preferia su reposo particular al servicio público. Quitáronle su empleo: remitieron los poderes del almirantazgo al Consejo de Estado, y este los delegó á un comité de tres miembros, cuya alma era Vane: de esta manera, el mando de la armada pasó á las manos de los tres oficiales Ropham, Dean y Roberto Blake, puritano, letrado y guerrero, conocido ya por sus servicios en el ejército, y destinado á representar en el mar la fuerza y la gloria de la república, á cuyo servicio se habia consagrado escrupulosa y decididamente.

La Cámara habia tocado y previsto todas las cosas; la legislatura, la diplomacia, la justicia, la policia, la hacienda, el ejército, la armada, todo, en una palabra, estaba bajo su competencia; á fin de mostrarse tan imparcial como activa, no tuvo inconveniente en volver á admitir en sus antiguos puestos á los miembros que se habian separado del partido vencedor en el acto de su rompimiento definitivo con el rey; mas para esto, les impuso la obligacion de hacer una manifestacion politica, tan contraria á sus antiguas opiniones, que fueron muy pocos los que aceptaron su reposicion. En vista de esto, la Cámara procedió á llenar los huecos que estos dejaban; autorizó algunas nuevas elecciones, pero con tal parsimonia, que solo ocurrieron siete en el espacio de seis meses; la Cámara desconfiaba de los electores, y llegó hasta el punto de mandar se organizara un comité para confeccionar una nueva ley electoral y preparar la formacion de un nuevo Parlamento. Mas todo eso no pasó de meras demostraciones sin llegar nunca á la realidad de los hechos. «Sepamos tomar consejo de la Sagrada Escritura, decia Enrique Martin: cuando el niño Moisés fue hallado en el río y presentado á la hija de Faraon, mandó esta princesa que se buscara por todas partes á la madre del niño para que lo siguiera alimentando: esto produjo saludables efectos. Hágase lo mismo con nuestra república que tambien es un párvulo recién nacido y de un

temperamento muy delicado: nadie puede ser mas á propósito para seguir alimentándola, que la madre que la engendró; no consentamos que pase á otras manos antes que haya adquirido mas edad y vigor.»

Enrique Martin no decia aun lo bastante: no solo no podia la república vivir sin las solicitudes de la Cámara que la habia engendrado, sino que cuando esta Cámara omnipotente quiso ponerla en vigor, no se halló con suficientes fuerzas en sí misma para dar cima á su obra, y tuvo que andar vacilando entre dudas, aplazamientos, precipitaciones y violencias. Los actos decretados en 7 de febrero para abolir la monarquía y la Cámara de los Lores, no pudieron ser definitivamente adoptados hasta el 17 á 19 de marzo, y cuando la Cámara mandó que se proclamasen oficialmente en la *Cité* de Londres, el lord corregidor Reynoldson, se negó absolutamente á hacerlo. Habiéndole mandado comparecer de allí á diez dias en la barra, trató de justificarse con los escrúpulos de su conciencia. La Cámara lo condenó á dos mil libras esterlinas de multa, y á dos meses de prision, y mandó proceder al nombramiento de otro lord corregidor. En su lugar fue elegido el *alderman* Tomás Andrews, que habia sido uno de los que sentenciaron al rey; mas eso no obstante, la Cámara no creyó deberle mandar hacer inmediatamente la proclamacion oficial de la república, y hasta dejó entrever medidas de mas rigor contra la *Cité*. «Presumen asegurarse de la ciudad, escribia M. Servien el presidente M. Bellievre, embajador de Francia en Inglaterra, sea procediendo á la eleccion de nuevos magistrados que les sean afectos, sea suprimiendo absolutamente la forma de gobierno que ha habido hasta ahora, ó poniendo alguno de los oficiales del ejército en clase de gobernador, como se cree que intentan hacerlo. Pero es de presumir que por ahora se contentarán con establecer su autoridad sin recurrir á ningun género de violencia.» En 10 del siguiente mayo, esto es, despues de haber pasado mas de un mes desde el nombramiento de lord corregidor, y tres desde la muerte de Carlos I, no se hallaba todavia establecida la autoridad de la Cámara en la *Cité*, ni la república habia sido aun proclamada. Preguntaron la causa de este retardo, y á pesar de eso, pasaron aun veinte dias antes de hacerse la proclamacion (30 de mayo), y al fin se consumó este acto sin la asistencia de muchos funcionarios municipales de la *Cité* que se dispensaron de asistir, y entre inequívocas señales de reprobacion por parte del pueblo. «Habian intentado, dijo M. de Croullé secretario del presidente Bellievre al cardenal Mazarino, consumir ese acto en la forma ordinaria de una simple publicacion, sin que lord corregidor ni los,

funcionarios municipales se liciesen acompañar de soldados , á fin de manifestar que no habia intervenido violencia de ningun género ; mas habiéndose agrupado una multitud de pueblo alrededor de ellos dando voces y profiriendo injurias , no tuvieron mas arbitrio que recurrir á la fuerza para despejar el paso , y asi pudieron terminar su publicacion.»



CAPELL.

Los funcionarios municipales que no asistieron á la ceremonia fueron citados á la barra , y manifestaron en alta voz los motivos de su ausencia. El *alderman* sir Tomás Soames, que tambien era miembro de la Cámara, dijo : «Aquel acto era contra mi conciencia y mis juramentos.» Ricardo Chambers manifestó que : «aquella obra no era de su aprobacion.» Ambos

fueron destituidos de sus empleos municipales é incapacitados para el servicio público. Sir Tomás Soames fue además espulsado del Parlamento. Cuando se trató de reemplazar á esos dos funcionarios destituidos, costó mucho trabajo poderlo conseguir: siete negativas sucesivamente hechas por parte de otros tantos nuevos nombrados, acreditaron lo mal dispuestas que se encontraban hácia el nuevo gobierno las personas bien acomodadas de la *Cité*: no alcanzó á disimular estos contratiempos un convite ofrecido á la Cámara por los pocos partidarios que esta tenia en la *Cité*, y finalmente para poner al cuerpo municipal en estado de desempeñar sus funciones, no tuvo la Cámara mas arbitrio que dar á cuarenta, y en algunos casos á solo diez miembros de aquella corporacion, el derecho de obrar en nombre de la Cámara.

Por todas partes surgian iguales obstáculos é igual resistencia. El Parlamento mandó que en todas partes se destruyeran los emblemas de la monarquía, y esta órden, renovada hasta cuatro veces, fue tan mal cumplida que el Parlamento á los dos años de instalada la república tuvo que mandarla ejecutar bájó la responsabilidad y á cargo de las parroquias. Exigieron á los eclesiásticos provistos de beneficios, á los miembros de las universidades de Oxford y Cambridge, y á todos los funcionarios públicos, un simple compromiso de adhesion á la república, y en cambio se recibieron miles de negativas, públicamente sancionadas por las autoridades mas respetables y entre otras por la asamblea del clero presbiteriano reunidas en Londres en 1650. Hacia ya un año que el rey habia muerto cuando se atrevieron á mudar el nombre de los buques de guerra que tenian alguna conexion con la monarquía. Durante la primavera de aquel año, botaron al agua en Londres una nueva fragata en presencia del Consejo de Estado reunido. Tenian intencion de bautizar este buque con el nombre de *República de Inglaterra*; mas «temieron (dijo M. Croullé en un despacho al cardenal Mazarinó) que si llegaba á perecer seria un funesto agüero,» y se abstuvieron de tan azarosa satisfaccion.

Nada irrita mas al poder, y sobre todo á un poder vencido, que la idea de su impotencia; así que un gobierno se ve acosado de esa idea, se apresura á distraerse ó á vengarse por medio de algun acto de vigor. Ese gobierno republicano tan embarazado en su marcha, tenia en su poder algunas personas de las que mas se habian distinguido en el partido realista, como el duque de Hamilton, el conde de Holland, el conde de Norwich, lord Capell y sir John Owen, preciosos despojos de las últimas luchas civiles, que habian sucesivamente caido en manos del Parlamento, y hacia

ya algunos meses que eran prisioneros suyos. Hubo un momento que pudieron creer en su libertad. En noviembre del 1648 ambas Cámaras decretaron que el duque de Hamilton pagase una multa de cien mil libras esterlinas y que los demás saliesen del reino. Mas habiendo los presbiterianos, por cuya influencia se había hecho adoptar en decreto, sido espulsados de la Cámara de los Diputados antes de haberse puesto en ejecución, fue mandado revocar con toda solemnidad por los independientes, y por lo tanto los cinco caudillos realistas siguieron en su estado de prisioneros, y dispuestos á que se les formara causa segun se decia públicamente. Lord Capell despreciando ese peligroso porvenir, al ver que otro proceso mas interesante, el del rey, iba á incoarse, escribió con el noble entusiasmo de un caballero, y de un virtuoso soldado desde el fondo de su prision (15 de enero del 1649) á Cromwell, representándole la enormidad de semejante atentado, y conjurándole salvara al rey: «Os autorizo, decia el prisionero entre otras cosas, os autorizo, y poco me importan los inconvenientes que de aquí pueden resultarme, á creer que no hay medio decoroso de servir á mi desgraciado dueño, á que yo no sea capaz de recurrir para salvarlo. No hay en este mundo cosa alguna que me pueda ser mas interesante que el aventajarme á todos en la lealtad que le debo. Pero mi actual situacion no me deja mas recurso que el de implorar en su favor la proteccion del cielo, y el dirigirme á vos á quien considero como el número que da espresion y valor á los numerosos ceros que le siguen.» El prisionero enumeraba, unas veces en términos ofensivos y otras veces lisonjeros todos los motivos de religion, de justicia, de politica, de deber, de honor, de interés, de orgullo y de ambicion personal que debian mover el ánimo de Cromwell, y concluia diciéndole: terminaré hablandoos con mucha franqueza á fin de que esteis persuadido de mi sinceridad hácia vuestra persona en todos los asuntos. Las antiguas constituciones y las leyes siempre en vigor de este reino, son por decirlo así, mi patrimonio y mi derecho de nacimiento; si alguno pretendiera imponerme la condicion, mas dura para mí que la muerte, de que abandonara cobardemente esas leyes preferiria morir antes que hacerlo. Estoy obligado á defender la monarquía, porque es el poder protector de nuestras leyes, y á título de tal me es mucho mas amada que la vida. Finalmente, en la cabeza del actual soberano reposan mi derecho y mi deber por razon de los innumerables favores que de su mano he recibido. Dios quiera que el sacrificio de mi vida pueda salvar la suya. Si la consideráseis como útil para algo en lo tocante á este particular, moriria siendo vuestro mas afectuoso amigo y profesán-

doos mas gratitud que la que podeis prometeros de las personas á quienes hayais hecho mas favores.

« CAPELL. »

Esa carta llegó á su destino, pero quedó sin contestacion. Cromwell tenia esa sagacidad inexorable que sabe apreciar el valor de un enemigo, y no deduce mas consecuencia que la necesidad de librarse de él. La Cámara decretó (1 de febrero) la formacion de un nuevo alto tribunal de justicia compuesto de sesenta miembros, de los cuales bastaban quince para adoptar una decision. Bradshaw fue puesto en la presidencia de ese tribunal, al que se dió comision de principiar inmediatamente el proceso de varias personas, y en especial del duque de Hamilton y de los lores Holland, Norwich, Capell y de sir John Owen.

El dia siguiente (2 de febrero) al ser de noche, lord Capell, á quien sus amigos habian hallado medios de facilitar una cuerda, se descolgó de la ventana de su prision al foso de la torre. Habíanle indicado con prevenicion el sitio por donde le seria mas fácil atravesarlo; mas sea que se engañara, ó que el agua y el cieno del foso fuesen mas profundos que lo que en realidad se habia creído, lord Capell se vió sumergido hasta la barba y á punto de pedir socorro y renunciar á la fuga; su obstinado valor y su elevada estatura pudieron salvarlo; y por fin llegó á la otra orilla desde donde sus amigos que lo estaban esperando lo condujeron al Temple. Aqui permaneció dos dias: el gobierno hacia practicar esquisitas diligencias para descubrir su paradero. A los dos dias creyendo uno de los amigos del fugado que este ya no podria estar con seguridad en el Temple vino á buscarlo para conducirlo á una pequeña casa del barrio de Lambet. Cuando salieron los dos amigos ya no encontraron en la orilla del Tamesis mas que un solo barco que pudiera trasportarlos á la otra márgen: entraron en él. Lord Capell iba perfectamente disfrazado; pero, sea que su amigo cometiera la inadvertencia de darle el tratamiento de millor, ó sea por cualquiera otra causa desconocida, el barquero concibió sospechas; siguió de lejos á los pasajeros cuando desembarcaron; vió la casa en que entraron y fué á buscar á un agente de la policia. «¿Qué me dariais, le dijo, por llevaros al sitio en que está oculto lord Capell? El agente le prometió diez libras esterlinas, el marinero aceptó la proposicion, y lord Capell fué otra vez preso y conducido á la torre.

El nuevo Tribunal entró en sesion el 9 de febrero. Cincuenta de los comisionados designados para componerlo se hallaban presentes. Compare-

cieron los cinco acusados, y se manifestaron tan diferentes en actitud y en lenguaje como en condicion y carácter. Era el duque de Hamilton un gran señor, político á la manera de los cortesanos, sinceramente adicto al rey, á quien siempre habia deseado servir; pero estando aun mas preocupado del prestigio y popularidad que gozaba en Escocia, que era su verdadera patria, solo atendia á no indisponerse allí con ningun partido, y le importaba poco el agravar ó crear nuevas contrariedades para la causa del soberano á trueque de desvanecer ó atenuar las que urjian contra sus propios intereses.

Lord Holland cortesano frívolo, variable, ávido de placeres y de riquezas, era un hombre de poca fé, de poca capacidad y de no muy laudables costumbres. A fuerza de intrigas habia conseguido el favor, primero del duque de Buckingham, luego de la reina Enriqueta María, luego del rey, y por último del Parlamento. Acomodándose segun sus necesidades al uno ó al otro partido; desacreditado en todos y manteniendo relaciones sospechosas en la córte de Francia, se habia, finalmente, atraido la envidiosa enemistad de Cromwell por algunas espresiones mordaces, ó segun dicen otros, por ciertas relaciones amorosas.

El conde de Norwich, era un realista sincero, de corazon jovial, siempre dispuesto á cumplir su deber para con el rey, y á servir á sus amigos sin inspirar desconfianza ni temores á los que no lo eran.

El último de los acusados, sir John Owen, era un simple hidalgo del país de Gales, honrado, valiente, sin ambicion ni pretensiones personales, mártir oscuro de su causa que ni siquiera pensaba en convertir en méritos su lealtad.

Finalmente, lord Capell, tan noble de corazon, como de raza, digno heredero de un gran padre, célebre en su condado por sus antiguas y virtuosas costumbres, «sustentaba, segun refiere uno de sus nietos, una espléndida casa y daba testimonio de su fé por medio de sus obras. Estendíase tan ámpliamente su caridad sobre los indigentes, que venia á ser alimento para los que tenian hambre, bebida para los sedientos, ojos para los ciegos, piés para los tullidos, y con razon hubiera podido ser nombrado gran limosnero del rey de los reyes.»

Lord Capell habia conservado en el Parlamento, en la córte y en el ejército las vigorosas virtudes de su familia, y Carlos I habia experimentado á su vez, segun las necesidades de los tiempos, su independencia y su lealtad. Estos cinco hombres formaban en su conjunto un cuadro casi completo y exacto del partido realista, tanto en sus nobles cualidades, co-

mo en sus no tan decorosos elementos. Ese partido parecia ser representado y comparecer por completo, mediante aquellas cinco personas ante el Tribunal recientemente instalado en Westminster-Hall reemplazando al que acababa de sentenciar al rey.

Hamilton se presentó con aspecto sereno y pidió un plazo para que pudieran venir de Escocia ciertos documentos que le eran necesarios. El Tribunal le concedió un término insuficiente y Bradshaw contestó á la nueva instancia del acusado, diciéndole. «Hace ya bastante tiempo que estais preso, no debiais haberos descuidado en preparar vuestras pruebas para el proceso.» Despues de haberlo condenado se le hicieron al duque vivas instancias para que revelara algunas particularidades del tiempo pasado. Cromwell llegó á enviarle agentes que le ofrecieron por esas revelaciones no solo la vida, sino hasta la reposicion de su anterior fortuna. «Aunque tuviera tantas vidas como cabellos en la cabeza, contestó Hamilton, las sacrificaría todas antes que comprarlas valiéndome de un medio tan infame.» El infortunio supremo é irrevocable eleva las almas que no han sido despojadas enteramente de su virtud.

Los lores Holland y Norwich no procuraron mas que atenuar los hechos que se les imputaban, y dispartar por medio de su modesta actitud alguna disposicion favorable en el ánimo de los jueces.

Lord Capell no solamente se presentó en ademan digno, sino hasta rudo y altivo. Sin fijar su atencion en el Tribunal, tendió en su derredor severas miradas sobre los concurrentes, como para echarles en cara la complicidad de su presencia. Sostuvo que segun la capitulacion de Colchester y las esplicaciones dadas por el mismo general Fairfax, debía contar con la seguridad de su vida: «Soy un prisionero de guerra, dijo, se me ha concedido cuartel y todos los togados del mundo no tienen que ver nada conmigo.» En todo caso pidió ser procesado por el Tribunal de los Pares. «Aunque el rey y los lores, dijo, hayan sido dados de baja, las leyes fundamentales del país están en pleno vigor. Os recuerdo la Gran Carta y la peticion de derechos. ¿Dónde está el Jurado que debe condenarme? No lo veo. Quiero presentarme á mi Jurado y que mi Jurado me vea. No creo que haya ejemplo de un solo reo condenado á muerte, no siendo por un decreto del Parlamento, ó por sentenciamiento de un Jurado.»— «Os equivocais, replicó Bradshaw, estais en presencia de los jueces que el Parlamento ha tenido por oportuno daros, y que han sentenciado á personas de mas alta categoría que la vuestra.

Cuando el fiscal concluyó su dictámen pidiendo que fuese ahorcado,

arrastrado y descuartizado, lord Capell se inmutó, pero recobrando prontamente su serenidad exclamó: «cuanto con mas dureza sea aquí tratado, mas gloriosa será mi resurreccion en otra parte.»

Los cinco fueron condenados á la decapitacion. Cuando el presidente acabó de pronunciar la sentencia, sir John Owen dió las gracias al Tribunal haciéndole una profunda reverencia. No faltó quien le preguntára la causa de aquella demostracion y Owen contestó diciendo: «que era por el grande honor que le dispensaban no siendo mas que un pobre hidalgo del país de Gales de perder la cabeza en compañía de aquellos ilustres lores.» Luego lanzando un brioso juramento añadió: «Miedo tenia de que esos hombres se empeñaran en condenarme á la horca.»

No estaba, sin embargo, el alto Tribunal libre enteramente de cuidados, y bien fuese por algun impulso de clemencia, bien porque no quisiera cargar con todo el peso de su rigor, remitió la ejecucion de la sentencia á la suprema decision del Parlamento.

Al dia siguiente (7 de marzo), el conde de Warwick, hermano de lord Holland, la esposa de este, la de Capell y otras muchas personas de ambos sexos se presentaron á las puertas del Parlamento, solicitando el poder implorar en persona el indulto de los condenados. Fueron efectivamente introducidas y se les permitió entregar sus peticiones; pero la Cámara, despues de haber oido su lectura, declaró que nada tenia que ver en aquel asunto, y que se remitia en un todo á la justicia del Tribunal que habia pronunciado la sentencia. Los agitadores de la Cámara habian querido sin intervenir mas en aquel triste asunto, aprovecharse del rigor de los jueces que habian nombrado; pero el Tribunal estaba ya resuelto á no soportar todo el peso, y por lo tanto concedió á los sentenciados un nuevo plazo de dos dias, á fin de que recurrieran por segunda vez al Parlamento.

Viéndose obligados, por último, los gefes republicanos á decidir por sí mismos, no consultaron mas que sus ódios y sus temores. El duque de Hamilton, ni por su persona, ni por su condicion de escocés interesaba á nadie: no tuvieron, por lo tanto, reparo en desechar su peticion. Lord Holland tenia amigos; su hermano y su esposa se hallaban presentes: el carácter del acusado era servicial y amable: al figurar en todos los partidos, en todos habia contraido relaciones y prestado servicios; pero Cromwell é Ireton lo detestaban y despreciaban: su indulto fue negado por unanimidad de la mayoría. Los votos se dividieron igualmente al tratar de lord Norwich: el presidente de la Cámara, Lentall, confesó que le

debía obligaciones personales; que habiendo en cierta ocasion disgustado al rey, debió á lord Norwich el no haber tenido que sufrir las consecuencias, y que por lo tanto no podia dispensarse de dar ahora su voto en favor suyo. Salvóse lord Norwich por la mayoría de un solo voto que era por la que acababa de perderse lord Holland.

Nadie hablaba una palabra en favor de sir John Owen: «Lástima es dijo el coronel Hutchinson á Ireton que estaba sentado á su lado, que mientras tantas personas trabajan por salvar á esos lores, no haya un alma que se manifieste interesada por ese pobre hidalgo que está condenado por la misma causa que ellos. Si me prometeis apoyarme estoy decidido á hablar en su favor, pues al fin veo que es como un extranjero que no tiene ni un solo amigo.» Ireton prometió ayudarle y el coronel fué á buscar la peticion del desvalido hidalgo que habia quedado en manos del ujier de la Cámara: la mandó leer; la recomendó eficazmente, fue apoyada por Ireton y sir John Owen obtuvo gracia por una mayoría de cinco votos.

Solo quedaba ya lord Capell, objeto para su familia y para sus amigos de una solicitud apasionada y de las mas activas diligencias: nada se dejó de poner en juego para salvarlo; se ofreció y se llegó á dar dinero á personas que prometieron intervenir con su influencia. Suscitóse un largo debate; algunos hablaron en su favor, haciendo resaltar sus virtudes y diciendo que nunca los habia engañado, y que siempre se habia presentado tal cual era, partidario del rey: Cromwell tomó la palabra y manifestó por de pronto mas aprecio y benevolencia que nadie hacía el acusado: «Pero mi celo por el interés público, siguió diciendo, es superior á mis afectos particulares, y no puedo menos de deciros que la cuestion se reduce á saber si quereis salvar á vuestro mas implacable enemigo; conozco perfectamente á lord Capell, y sé que será indudablemente el último hombre de Inglaterra que abandonará la causa realista. Tiene mucho valor, destreza y generosidad y le sobran amigos que le permanecerán fieles. En tanto que viva, cualquiera que sea su situacion, vendrá á ser como una espina clavada en vuestro costado: por el bien de la república, me creo, pues, obligado á votar contra su peticion.» Así habló Cromwell y la peticion de indulto fue desechada por una mayoría que no ha llegado á saberse á punto fijo.

Señalóse para la ejecucion el día siguiente (9 de marzo). Durante aquella noche lord Capell pidió á su amigo el doctor Morley, que venia á visitarlo en la Torre, le diera la comunión. Deseo recibirla dijo el preso, de manos de un sacerdote del partido del rey, y segun la liturgia de la Igle-

sía de Inglaterra... Creo no tenerme que acusar de ningún pecado grave cometido contra la luz de mi conciencia, no siendo haber votado en el Parlamento por la muerte de lord Strafford. Esto lo hice contra mi conciencia, no por mala voluntad hácia aquel hombre, sino por cobarde temor ó arrastrado por la violencia de una faccion dominante. Desde entonces he estado y lo estoy profundamente arrepentido. Mil veces he pedido á Dios, y espero conseguirlo, el perdon de aquella culpa. Si lo juzgais necesario, ó simplemente oportuno, confesaré públicamente en el cadalso mi pecado para gloria de Dios y confusion mia. El sacerdote alentó esa virtuosa intencion. En aquel instante entraron á ver á lord Capell su esposa, su hijo mayor, dos de sus tios, y un sobrino, todos juntos por no habérseles permitido entrar separadamente. El acusado los detuvo en su compañía por espacio de una hora, manifestándose lleno de ternura y tristeza, pero singularmente ocupado en inspirarles valor y darles sus últimos consejos: «No quisiera, dijo dirigiéndose á su hijo, que despreciarais ninguna ocasion de servir á vuestro rey y á vuestro país, aunque tenga que ser á costa de vuestra fortuna y vuestra vida; mas no os comprometais en ninguna empresa por deseo de venganza, ni por esperanza de recompensa: no soliciteis mas ocasion que la de cumplir con vuestro deber. Al daros mi bendicion os prevengo que en vuestras oraciones de cada día hagais entrar como yo lo he hecho constantemente, este versículo del salmo 27 de David: «*Enséñame, oh Dios eterno el camino y condúceme por una senda llana.*» Yo siempre, tanto en mis acciones, como en mis palabras, he amado lo que es recto y plano, detestando toda disimulacion y todo artificio, por lo tanto, deseo, hijo mio, que hagais otro tanto.»

Al llegar el momento de la separacion, lady Capell perdió el sentido, y tuvieron que llevársela desmayada. «Ahora, dijo lord Capell, al verse solo con el doctor Morley, queda ya hecho lo mas difícil que habia que hacer en este mundo, que era el separarme de mi pobre mujer. A Dios gracias ya me hallo pronto y bien dispuesto; espero que en el acto de morir en nada mas tendré que pensar que en la muerte.» Sin embargo, aun escribió dos veces á su esposa en el corto intervalo que medió entre su separacion y el cadalso: «Por Dios te lo ruego, la decia por última vez á su esposa, no te abandones sin término, ni medida á un estraño dolor; pueda vivir yo largo tiempo en tu querida memoria y Dios sea para ti mas que un marido, y para nuestros hijos mas que un padre. Tengo confianza de que puede serlo y espero que lo será.»

El duque de Hamilton fue el primero que apareció en el patíbulo levantado en la plaza de Westminster, y recibió con dignidad el golpe posterior después de haber hablado sencilla y tranquilamente al público justificando con modestia su vida, y haciendo profesion de su afecto al rey muerto, á quien habia servido, y al rey ausente cuyo esperado regreso ya no le seria posible presenciar. En tanto que estaba hablando de esta manera, los rayos del sol caian de plano sobre su rostro; invitáronle á que mudara deposicion, y el duque contestó: «No tardaré en ver otro sol mas brillante que este.»

Lord Holland, habia manifestado desde el día anterior mas angustia y debilidad; hallábase enfermo, y no muy tranquilo acerca de su conciencia; mas habiendo sido sostenido por dos sacerdotes presbiterianos se presentó en el último instante revestido de una decorosa serenidad.

Lord Capell fue el último que se presentó en el cadalso. «Caballero, le preguntó el funcionario que allí mandaba: ¿está ahí vuestro capellan?» —«No está: ya me he despedido de él,» contestó lord Capell, y viendo que algunos de sus criados estaban llorando: «Señores, les dijo, tratad de conteneros.» Luego dirigiéndose al funcionario, le preguntó si los lores que acababan de hablar lo habian hecho con la cabeza desnuda ó cubierta, y al oír que se habian quitado el sombrero, se lo quitó y habló breve y enérgicamente mostrándose tan franco y decidido como realista y como sincero cristiano. Con arreglo á lo prometido al doctor Morley, se acusó del voto que habia dado contra lord Strafford. «Confieso nuevamente dijo para gloria de Dios y confesion de mi propia debilidad, que cometí una indigna bajeza en no resistir al torrente que nos arrebataba.» Tanto el pueblo como los soldados que asistian á la ejecucion lo vieron morir poseidos de admiracion y respeto.

La historia tiene el deber de tributar plena justicia á esas muertes virtuosas y varoniles que influyen poderosamente en las ideas de los pueblos, y que en el fondo de los corazones dan realce á las causas que se han perdido en los campos de batalla. El patíbulo de lord Capell, indignó y escitó el interés de toda la nacion esceptuando el partido republicano. La guerra habia ya terminado: la sangre del rey habia corrido, segun decian, para expiar toda la que se habia derramado en nombre suyo: ¿para qué, pues, mas sangre? ¿Para qué aplicar tamaños rigores á unos prisioneros hechos durante una guerra que habia terminado? ¿A qué fin sujetarlos á la sentencia de unos jueces no conocidos por las leyes, y sostenidos únicamente, por sutilezas de escuela? El Parlamento mismo llegó

á comprender que no le era posible insistir en aquella marcha. Aun tenia que deliberar judicialmente sobre varios jefes realistas, eclesiásticos, civiles y militares: impuso destierro perpétuo y confiscacion de bienes á quince de ellos; remitió cinco á los consejos de guerra: decidió que otros dos, el marqués de Winchester y el obispo de Norwich, permaneciesen en prision mientras no se determinára otra cosa y solo otros dos, sir Jhon Howell y el juez David Jenkis se consideraron como reos de pena capital, por cuyo motivo fueron remitidos no á un Tribunal extraordinario, sino á uno de los establecidos normalmente. La sustanciacion de su causa no se llegó á terminar: Jenkis permaneció preso hasta el 1656 y sir Jhon Howell hasta la restauracion.

El Parlamento queria marchar sin estrépito; prohibió la publicacion de los debates y actas del Alto Tribunal que habia sentenciado á lord Cappel; hubo recogida de folletos: se trató de sobornar á varios periodistas, y finalmente, se dió á un comité el encargo de preparar medidas para reprimir la libertad de la prensa.

En vez de persecuciones ruidosas y de patibulos, se fue adoptando el sistema de un rigor silencioso y tenaz.

Mas el Parlamento no era el único que tenia á su disposicion el medio de causar estrépito; á pocos dias despues de la muerte del rey, apareció un libro titulado *Eikon Basilike* (imagen real), publicado como obra de Carlos I, y que bajo una forma piadosa revelaba á la Inglaterra las reflexiones, las ideas, las impresiones, las esperanzas, y las angustias, toda el alma del rey, durante el curso de sus pruebas. Habiendo los agitadores republicanos, tenido aviso antes de la muerte de Carlos de que se estaba imprimiendo ese libro, presentieron el golpe que iba á darles, é hicieron cuanto les fue posible para impedir su publicacion.

Todo fue en vano; la obra se publicó y propagó rápidamente: hicieron en el curso del año, cuarenta y siete ediciones y se distribuyeron mas de cuarenta y ocho mil ejemplares de ella. No tardó en ser traducida y leida con ansiedad en Francia y en toda Europa. En todas partes produjo un resultado extraordinario: el afecto hácia la memoria del rey, se convirtió en pasion, y el respeto en culto: sus enemigos fueron considerados como verdugos de un santo. A ese libro, al *Eikon Basike*, es á lo que Carlos I debe particularmente el nombre de *rey mártir*.

Sin embargo, esa obra no era de aquel monarca: así puede afirmarse en vista de testimonios exteriores y de pruebas que pueden llamarse intimas. Su verdadero autor fue el doctor Gauden, que bajo el reinado

de Carlos II ocupó por de pronto la sede episcopal de Exter, y luego la de Worcester; pero el manuscrito fue conocido, aprobado y tal vez hasta corregido por el mismo Carlos I durante su permanencia en la isla de Wight. De todas maneras, la obra era verdaderamente la fiel expresión y la imagen de su situación, de su carácter y de su alma en el estado á que la habia reducido la desgracia. Notábanse en ella una no interrumpida mezcla de ciego orgullo real y de sincera humildad cristiana, arrebatos del corazón al través de los hábitos de una personalidad obstinada, una verdadera piedad en medio de una solapada conducta, una adhesión invencible aunque algo inerte á su fé, á su honor y á su rango: todos esos sentimientos estaban expresados con un lenguaje monótono, y con frecuencia enfático, pero grave, dulce, atractivo algunas veces hasta con serenidad y tristeza: no faltaban en aquel libro elementos para conmover profundamente los corazones realistas y para persuadirles fácilmente, que era el rey en persona quien les hablaba.

El Parlamento comprendió que no podia permanecer mudo en medio de una conmoción pública tan fuerte y encargó á Milton el combatirla. Ese genio sublime y severo, que desde su juventud habia resistido á sus padres y á sus maestros para entregarse del todo á la poesía y á las letras, estaba ardientemente enamorado de la libertad, no de esa libertad real y efectiva que resulta del respeto de todos los derechos, y de los derechos de todos, sino de esa libertad ideal y absoluta, religiosa, política y doméstica. El poderoso espíritu de Milton se alimentaba en este particular de ideas elevadas, grandes imágenes, y hermosas palabras, sin cuidarse de observar si en su derredor los hechos positivos y tal vez hasta los suyos propios correspondian á sus principios y á sus esperanzas. De aquí resultaba que el ciego amante de la libertad podia servir y en realidad servia á la causa de la tiranía, unas veces de la asamblea, y otras veces de un solo hombre, creyendo servir y defender constantemente la causa de la libertad. Claro y doloroso ejemplo de las pocas dignas ilusiones en que la imaginación ardiente, el raciocinio abstracto, y el lenguaje elegante, pueden sumergir á una superior inteligencia y á un noble corazón.

Milton no tardó en escribir y publicar su *Iconoclasta*, refutación violenta, aunque fría y pesada, de la *Imagen real*. Milton no comprendia á Carlos I, ni sus sentimientos, ni los que el rey inspiraba á los realistas. El autor del *Iconoclasta* nada mas hizo que reproducir contra Carlos con animosidad puritano-republicana todos los hechos conocidos y

todas las acusaciones verdaderas ó falsas que desde diez años atrás se venian repitiendo en Inglaterra, sin tener en cuenta las nuevas ideas é impresiones que los sucesos habian traído en pos de sí, y sin dar siquiera á esa retrospectiva diatriba el calor del entusiasmo, ó el brillo del lenguaje.

Mediano fue el efecto que semejante escrito produjo en Inglaterra, pero en el resto de Europa, y particularmente en Francia, causó una viva indignacion.

El célebre erudito protestante Saumaise, emigrado y profesor honorario de la universidad de Leyden, tomó por su cuenta, á peticion de Carlos II, la refutacion del *Iconoclasta*. Para dar rienda á su indignacion Saumaise, no habia esperado que Carlos se la pidiera y se la pagara; ya habia escrito á los ocho dias despues de la ejecucion del rey una carta en la que súbita, espontánea y apasionadamente maldecia á los enemigos de aquel monarca, convertidos en jueces suyos. La *Defensa real en favor de Carlos I dirigida á Carlos II*, que asi se intitulaba aquel escrito produjo gran sensacion, mas por el nombre del autor, que en realidad por el mérito de la obra. En el fondo no era mas que un panegirico erudito, espiritual y alguna vez elocuente, pero sin gusto ni plan, de la monarquía en general, una entusiasta apologia de Carlos I y un ataque violentamente injurioso contra los republicanos ingleses y contra su defensor.

Al recibirse en Londres el escrito de Saumaise, el gobierno trató de ponerse en guardia, y en una sesion del Consejo de Estado, á que Milton, segun dicen, asistia tambien, se determinó que este se encargara de contestar. Hizolo, en efecto, y con mucho mas talento y buen éxito que el que habia manifestado y conseguido al atacar á Carlos I; su *primera* y su *segunda defensa del pueblo inglés en contestacion á la defensa real de Saumaise*, son modelos de discusion apasionada, sea general, sea personal; está en esos escritos defendida la república tanto en sus principios, como en sus actos, con insuperable firmeza, y Milton hace figurar en ellos su persona, su vida y hasta su ceguedad, contraindica en el trabajo de la misma obra, con una elocuencia noble, al par que interesante, derramando por todas partes hasta sobre las ideas falsas y las malas acciones aquel esplendor del pensamiento y del lenguaje que seduce y encanta, aunque tal vez no convenza, y lo que es mas extraño, aunque tal vez produzca irritacion. Grande fue el éxito de esas polémicas republicanas, tanto en el continente como en Inglaterra; la

reina Cristina de Suecia, manifestó su admiración al mismo Saumaise; los Estados Generales de Holanda creyeron deber prohibir la *Defensa real* del profesor de Leiden; cuya medida alligó tanto al autor del escrito que cayó enfermo y murió, dejando una *Respuesta de Claudio Saumaise á Juan Milton*, que se publicó despues de su muerte.

Otros escritores, realistas y republicanos, franceses é ingleses, se lanzaron tambien á ese palenque, donde Milton volvió á figurar mas por irritación individual que por necesidad política.

Finalmente, esa gran cuestión, que principió con tanto estrépito por la apología de un rey despótico y de un Parlamento revolucionario, concluyó oscuramente por una disputa grosera y vulgar entre literatos sedientos de injuriarse.

Al terminarse esa polémica hacia tiempo que el gobierno republicano no pensaba ya en ella; otros cuidados mas apremiantes, y otros enemigos mas peligrosos habian absorbido su atención.

El mismo dia (26 de enero del 1649), en el mismo instante en que el rey comparecía por primera vez ante el tribunal encargado de juzgarlo, el general en gefe y el consejo general de oficiales del ejército presentaron al Parlamento su plan de gobierno republicano bajo el título de *Convenio del pueblo de Inglaterra para establecer una paz sólida sobre las bases del derecho comun, de la libertad y seguridad general*. Este plan, que segun dicen, estaba redactado por Ireton, comprendia diez artículos, cuyas principales disposiciones eran las siguientes:

- 1.^a El Parlamento actual se disolverá el 30 de abril de 1649.
- 2.^a Habrá otra asamblea representativa (desechaban hasta el nombre de Parlamento), que se compondrá de cuatrocientos miembros.
- 3.^a Esta asamblea será elegida cada dos años, y estará reunida seis meses anualmente.

Serán electores y elegibles todos los naturales ó habitantes de Inglaterra que esten en posesion de los derechos civiles; que paguen la contribucion destinada para el alivio de los pobres; que no esten al servicio, ni dependan del sueldo de ninguna persona; que tengan veinte y un años de edad, por lo menos, y esten domiciliados en el lugar de la eleccion.

No podrán ser electores durante siete años, ni elegidos en el término de catorce los que en las últimas guerras han sustentado la causa del rey contra el Parlamento, ni los que harán ó apoyarán á viva fuerza oposición al presente convenio.

Ningun miembro del Consejo de Estado, ningun oficial ó comandante de tropas asalariadas, ningun empleado en la recaudacion ó administracion de las rentas públicas, podrá ser elegido para la asamblea representativa. Si un abogado fuese elegido miembro de esta no podrá ejercer su profesion mientras ejerza las funciones de diputado.

4.^a Ciento cincuenta diputados deberán, por lo menos, hallarse presentes, para decretar una ley: sesenta bastarán para entrar en las discusiones preparatorias.

5.^a Cada asamblea representativa á los veinte dias de su reunion, nombrará un Consejo de Estado que dirigirá los asuntos públicos hasta el dia de reunida la asamblea siguiente.

6.^a En el intervalo de estas dos asambleas y en caso de peligro ó de urgente necesidad, el Consejo de Estado podrá mandar elegir y reunir otra que no podrá prolongarse mas allá de ochenta dias.

7.^a Ningun miembro de la asamblea, durante sus funciones de tal podrá recibir empleo público no siendo el de Consejero de Estado.

8.^a El poder soberano y definitivo, entre otros, el de instituir tribunales, queda conferido á la asamblea representativa en todos los asuntos naturales y civiles, pero no en las cosas espirituales ó religiosas.

En este párrafo se indicaban algunas limitaciones impuestas á ese poder soberano por lo tocante á la garantía de las libertades civiles, asuntos rentísticos del Estado y suspensiones de los derechos civiles que pesaban sobre los realistas.

9.^a «La religion cristiana, decia la cláusula novena del proyecto, es la fe pública de esta nacion. Deseamos que por la gracia de Dios sea reformada segun su mas perfecta pureza en la doctrina, en el culto y en la disciplina, con arreglo á la palabra de Dios; que el pueblo sea instruido en ella públicamente, pero sin violencia de ninguna especie, y que sus ministros sean mantenidos á espensas del tesoro público y sin recurrir, (tal es por lo menos nuestro deseo) á los diezmos.»

«Nò se profesará públicamente en esta nacion ni el papismo, ni la secta llamada de los episcopales.»

Fuera de eso no se establecia penalidad alguna en materias de religion y se dispensaba igual libertad y proteccion á todos los que profesasen fe en Dios por medio de Jesucristo.

10. Cualquiera que á mano armada resista á las órdenes de la asamblea representativa será castigado con pena de la vida como traidor y

enemigo de la nacion , menos en el caso de que la asamblea hiciera traicion ó violara por sí misma los principios fundamentales del derecho comun , de la libertad ó seguridad pública establecidos en el presente convenio.

Tal era el plan de los republicanos politicos y de los moderados civiles ó militares que tenian ya alguna práctica de los asuntos ; pero estaba muy lejos de satisfacer igualmente las exigencias de todo el partido que habia hecho guerra al rey ó derrocado la monarquía. Apenas se instaló el gobierno republicano tuvo que luchar de frente con una oposicion ardiente , democrática y mística : apareció un hombre que con un valor y decision invencibles , se convirtió , no en gefe , porque no lo habia en aquel campo , pero en intérprete , en defensor , y en mártir popular de todos los descontentos ; ese hombre fue Jhon Lilburne.

No era entonces la vez primera que se lanzaba á representar ese papel ; ya en tiempo de Carlos I , habia sufrido sus contrariedades y conquistado la popularidad. Hasta contra el Parlamento republicano , habia Lilburne con motivo del proceso del rey suscitado una viva oposicion , clamando contra la institucion del alto tribunal y pidiendo que el rey fuese juzgado segun las leyes del país y por un Jurado independiente. No procedía Lilburne de este modo por estar poseido de un cinismo demagógico ni por deseo de humillar la monarquía derribada ; lo hacia únicamente por un estricto respeto del derecho comun y de las garantias legales prometidas á todo ciudadano inglés. Posteriormente volvió á renovar esa misma oposicion cuando vió que se instituía otro nuevo Alto Tribunal para juzgar á lord Capell y compañeros , para cuya defensa ofreció sus servicios personales , buscando por todas partes ocasiones y clientes que le acompañaran en su ardoroso combate. Lilburne conservaba en la *Cité* , donde habia pasado su juventud , y en el ejército donde bizarramente habia servido , antiguas relaciones y numerosos amigos entre los propietarios y la clase proletaria , entre los oficiales y los soldados , y entre los sectarios fanáticos y entre los incrédulos : todos estos eran , como él , entusiastas apasionados de las ideas y opiniones mas democráticas ; todos se distinguían por su prurito en analizar y discutir , y ninguno hacia el menor caso de las condiciones del orden , ni de las necesidades del poder. Desde el punto que cualquiera disposicion gubernativa afectara los instintos de su conciencia , ó chocara con los sueños de su imaginacion , con los nuevos hábitos de independencia revolucionaria , ó con las pretensiones de su orgullo , todos

se aprestaban á combatirla valiéndose de las armas de la critica , y de los recursos de la oposicion. Lilburne empleó el mayor cuidado en mantener siempre en fermentacion esos caracteres discolos , aplicándose á reanimar particularmente en las clases inferiores del ejército la costumbre de reunirse , el derecho de peticion , y aquel trabajo de los



HOLLAND.

agitadores delegados por los regimientos , de quienes los independientes y Cromwell se habian servido con tanto provecho para vencer al Parlamento. En un consejo de oficiales celebrado en Whitehall , se resolvió proceder severamente contra semejantes medidas revolucionarias y en la órden del dia el general Fairfax prohibió al ejército toda reunion y

toda deliberacion contraria á la disciplina , y si bien siguió concediendo el derecho de peticion á los soldados , fue sin embargo , con la cláusula de que informaran con anticipacion á los oficiales.

En el acto apareció un folleto de Lilburne, titulado : *Nuevas cadenas de la Inglaterra puestas de manifesto*, atacando con violencia semejante esceso de poder por parte de aquellos mismos gefes que anteriormente habian autorizado é incitado sus subalternos á todos los escesos de la libertad. Al mismo tiempo cinco soldados formaron y pusieron en manos de Fairfax una peticion lamentándose de las trabas que acababan de imponerse á su derecho de peticion. «Dignáos considerar, le decian , que somos soldados ingleses , voluntariamente consagrados al servicio de las libertades patrias , y no mercenarios extranjeros á quienes se da dinero por matar gente ; y que no estamos dispuestos á servir los ambiciosos designios , ni la perversa voluntad de nadie de este mundo.»

Farfaix dió en el acto cuenta de esta peticion al Consejo de Guerra, que condenó los cinco peticionarios á pasar con el rostro vuelto hácia la cola de su caballo por frente de banderas ; á que se les rompiera la espada sobre su cabeza , y á ser degradados. La sentencia se ejecutó el mismo día que el Alto Tribunal de justicia pronunció la sentencia de muerte contra lord Capell. De allí á poco Lilburne publicó un nuevo folleto titulado : *Los raposos espulsados de Newmarket y de Triploe-Heath en Whitehall por cinco perrillos , ó sea los grandes farsantes desenmascarados*. Era este folleto una narracion trágico-burlesca de la peticion de los cinco soldados y del castigo que se les impuso , y al mismo tiempo una abrasadora invectiva contra los gefes que lo autorizaron. «¿ Se habrá visto en ningun tiempo , decía , una pandilla de apóstatas tan altamente falsos y perjuros ? ¿ Se habrán visto nunca hombres , que mas que estos , hayan fingido aspirar á la piedad y al celo por el servicio de Dios y de su país ? Predican , ayunan , rezan ; de su boca no salen mas que frases tomadas de la Sagrada Escritura. el nombre de Dios y el de Cristo. Hablad á Cromwell de cualquier asunto que sea , vereis como pone su mano sobre el corazon , levanta los ojos al cielo , toma á Dios por testigo , llora , gime y se arrepiente , y tambien vereis que obrando de ese modo os descarga un golpe bajo la primera costilla. ¿ No es evidente , que en lo sucesivo la influencia de los oficiales estará en directa oposicion con la de los soldados , y que la una sucumbirá cuando la otra triunfe... ? ¿ Qué sois ya desde ahora,

soldados ingleses? Os cierran la boca: ya no podeis quejaros ni demandar justicia; vuestros oficiales vienen á ser vuestros señores, y vosotros los vasallos sujetos por su conquista. En nada podeis contradecirles; si se les antoja decir que los cuervos son blancos, asi tendreis que afirmarlo; no se os ponga en la cabeza decir ni una sola palabra contra sus abusos, sus falsas revistas ó sus rapiñas. Todo soldado que tenga la temeridad de decir una sola palabra de cualquier género que sea contra un oficial, será degradado.»

Al mismo tiempo que de esta manera delataba los oficiales á los soldados, Lilburne dirigia al Parlamento la segunda parte de sus *Nuevas cadenas de la Inglaterra puestas de manifesto*, que era otra inectiva no menos ardiente y estrepitosa para delatar al poder civil los gefes del ejército que trabajaban, y habían siempre trabajado en apoderarse de la tiranía. «Si la Cámara no cumple con su deber, decia Lilburne en ese folleto, haciendo por desbaratar ese complot, tenemos la esperanza de que lo que acabamos de decir y divulgar, abrirá los ojos, y hará que soldados y ciudadanos esten sobre si, y que nunca esos hombres consigan realizar sus detestables designios.

El Parlamento y el Consejo general de Oficiales sintieron un simultáneo impulso de ira, y pusieron en movimiento contra esos nuevos enemigos las armas revolucionarias y las armas del poder. De muchos condados se recibieron manifestaciones llenas de desagrado contra la oposicion, y de sincera adhesion al Parlamento. Diversas congregaciones religiosas, anabaptistas y otras declararon que contra su voluntad se habia leído el folleto de Lilburne en sus asambleas, y que allí habían dado públicas señales de su desaprobacion. Muchos regimientos á impulso de sus gefes, protestaron formalmente contra la nueva rebelion. El Consejo general del Ejército, dirigió á la Cámara una «humilde peticion» en la cual pidiendo que se remediaran varios abusos administrativos perjudiciales á los soldados, daba testimonio de la buena armonía que reinaba entre el Parlamento y el ejército; la Cámara apreció tanto esta peticion, que mandó dar oficialmente las gracias á los que la habían hecho. «Este día, les dijo, en nombre de la Cámara, el presidente, ofrecerá gran desengaño á nuestros comunes enemigos: todos los hombres de bien que se han comprometido con nosotros por la salud del reino sentirán grata complacencia al ver vuestra modesta y discreta peticion y nuestros mal intencionados murmuradores, tendrán que enmudecer confesando á su pesar, que el ejército y el Parlamento marchan

acordes por lo tocante al bien público. La Cámara considera como muy importante y promete tomar en consideracion lo que le manifestais, y como vosotros siempre os habeis mostrado celosos y leales, en lo concerniente á vuestro servicio, ha dispuesto tambien daros las gracias por vuestras discretas y graves representaciones.»

A fin de sostener por la energía de sus actos esas públicas manifestaciones de sus partidarios, la Cámara declaró que hallándose el folleto de Lilburne plagado de suposiciones falsas, sediciosas y llenas de columnias, sus autores y propagadores eran culpables de alta traicion y serian perseguidos como tales; en seguida previno al Consejo de Estado tomara medidas con arreglo á estas declaraciones. El Consejo de Estado por su parte dió á Milton el encargo de contestar á Lilburne, y al dia siguiente, este y sus tres principales compañeros, William Walwyn, Tomás Prince y Ricardo Overton fueron arrestados y puestos en la Torre.

Es indudable que el partido republicano del ejército, ó del pueblo desaprobaba en su mayor parte, es decir, en la parte mas sensata que consecuente los arrebatos de la oposicion, y por lo tanto trataba de dar su apoyo á los gefes militares y al Parlamento. Eso no puede dudarse; pero las facciones estremas, nunca se creen débiles, porque la fiebre hace creer en la fuerza, y nunca faltan esperanzas donde hay capacidad para el martirio.

Lilburne, desde el fondo de su prision, publicó con el titulo de *Retrato del Consejo de Estado* una relacion de su arresto y del de sus compañeros, de su interrogatorio, de su defensa y de su encarcelamiento. En ese escrito campean la noble altivez y las fanfarronadas pueriles, la honradez y la vanidad. Apostofrando á Cromwell y á Yreton, se espresa en estos términos: «Los desafio á que todavía obren con mas rigor; no pueden hacerme mas daño que el que hizo á Job el diablo. Tienen un ejército á sus órdenes; mas aunque cada cabello de cada uno de sus soldados se convirtiera en una legion de guerreros, no me causarian mas temor que si fueran otras tantas hebras de yerba seca, porque el Señor es mi fortaleza, estoy bajo sus alas, y estoy en seguridad; por lo tanto, nunca dejaré de cantar y estar contento... Amigo lector y amado compatriota: te ruego me dispenses si me glorifico y ensalzo: así me veo obligado á obrar por las bajas calumnias de mis adversarios, y así tambien lo hicieron antes que yo Pablo y Samuel. Si eres adicto á los justos derechos y á las libertades del pais en que hemos nacido, cuenta conmigo, comi-

go, Juan Lilburne, que nunca por temor ni seduccion me he separado de mis principios, que nunca he temido á los poderosos ni á los ricos, ni he despreciado á los pobres ni á los débiles, y que, mediante el favor de Dios, espero ser *semper idem*,»

No se limitó Lilburne únicamente á folletos ó á invectivas contra ciertos hombres: en su mente fermentaban algunas ideas morales y políticas, no reducidas á sistema, pero muy acreditadas entre el pueblo, y á cuyo triunfo aspiraba ardientemente. Ya las habia redactado y presentado (en 26 de diciembre) á la Cámara en forma de manifiesto, deseando oponer su propio plan de gobierno al de los agitadores republicanos. La Cámara habia recibido aquel documento como se reciben las manifestaciones de un enemigo, es decir, sin honrarlas con respuesta de ningun género. Herido en su amor propio y en su fé política, Lilburne, publicó desde su encierro y de acuerdo con sus compañeros de cautiverio un nuevo *Convenio del pueblo de Inglaterra*, redactado segun sus planes, en materia de organizacion social, y que, segun sus esperanzas, estaba destinado á desacreditar aquel otro convenio que tres meses antes habia el Consejo de Oficiales presentado al Parlamento. De treinta articulos se componia la constitucion de Lilburne, y no distaba tanto como su autor creia de la que se proponia reemplazar: entre ambas no habia mas diferencia, que algunas disposiciones, mas justas y liberales, ó mas impracticables y vanas.

Por una parte, Lilburne daba á los derechos y libertades individuales, particularmente á la libertad de conciencia, mas estension, y por la otra, se manifestaba aun mucho menos solícito de los medios de gobierno, y tomaba contra el poder algunas de esas supuestas garantías que desorganizan el poder y la sociedad á un mismo tiempo.

Prohibia á los miembros de la asamblea representativa el derecho de ser reelegidos para la inmediata. La república, segun el proyecto del Consejo general de Oficiales, no podia durar; pero la de Lilburne, ni siquiera podia principiar á vivir.

Al publicarse esta constitucion, recibió, de un suceso oscuro en si mismo, una denominacion que la hirió de muerte. Aparecieron en el condado de Surrey congregadas varias personas, que aunque por de pronto no eran muy numerosas, decian sin embargo, que no tardarian en llegar á ser cuatro mil. Como jefes de ese grupo figuraban un antiguo soldado llamado Everard, y un tal Winstanley. Comenzaron á cultivar y á sembrar indistintamente en varios campos eriales, invitando al pueblo á que

se les reuniera, y prometiendo víveres y vestidos al que así lo hiciese: también amenazaban derribar las cercas de las posesiones inmediatas al punto que ocupaban. A ruego de las autoridades del condado, Fairfax envió dos escuadrones, que los arrestaron: los dos jefes mencionados, comparecieron ante el general con la cabeza cubierta, y habiéndoles preguntado por qué obraban de esta manera, contestaron: «Porque no es mas que una criatura semejante á nosotros.» Everard defendió su conducta y su derecho, diciendo: «Somos de la raza de los Judios: el pueblo perdió todas sus libertades con la venida de Guillermo el Conquistador: el pueblo de Dios vive desde entonces bajo una tiranía mas dura que la que sufrieron nuestros padres bajo los Egipcios. Mas ya estamos próximos á la época de nuestra redencion: Dios quiere librar á su pueblo de esta esclavitud, y devolverle el libre goce de los bienes y de los frutos de la tierra. He tenido una vision que me ha dicho: «Cultiva y trabaja la tierra, y recoge sus frutos para distribuirlos entre los pobres, alimentar á los que tienen hambre, y vestir á los que están desnudos.» No queremos atentar contra la propiedad de nadie, ni derribar cercas: no queremos sino las tierras que no están cultivadas para fertilizarlas en provecho de los hombres: día vendrá en que todos darán voluntariamente sus bienes y los pondrán en comunidad. No nos defenderemos con las armas; nos sometemos á la autoridad, y esperaremos el tiempo prometido, pues ya no está lejos.»

Esos hombres se daban á sí mismos la denominacion de cavadores, (*Ptocheurs*) pero el pueblo los llamó *Niveladores*, nombre que no tardó en ser característico de todos los pequeños grupos pertenecientes al pueblo ó al ejército que, impulsados de ideas políticas ó religiosas y diversamente anárquicas, querían una república distinta de la que se intentaba establecer en Inglaterra, y le hacían una ardiente oposicion. En vano Lilburne y sus amigos protestaron contra ese nombre; en vano añadieron á su proyecto de constitucion un artículo declarando solemnemente «que no habia division de bienes, ni cosa alguna puesta en comunidad.» La denominacion tenia un origen natural, y no faltaban de cuando en cuando algunos hechos y palabras, diseminadas sí, pero chocantes, que acababan de confirmarla; así es que siguió pesando sobre todo el partido, y los republicanos que estaban en posesion del poder, tuvieron la fortuna de que sus enemigos se llamasen *Niveladores*.

Cada día iba la lucha de los partidos aproximándose mas al estado de guerra; el menor incidente, formal ó frívolo, podía hacerla estallar.

Lilburne, por medio de las relaciones que sostenia y de las cartas que enviaba desde su prision, seguia fomentando en la *Cité* y en el ejército una agitacion cada vez mas amenazadora. El Parlamento se resolvió á formar ruidosamente causa á él y á sus tres compañeros. Un comité de Consejeros del Estado y de grandes jueces, presidido por Bradshaw, se encargó de indagar cuál seria en tales circunstancias el procedimiento mas adecuado, y para el efecto se dió orden á seis abogados de prepararse á hablar contra los acusados. Tan solemnes preparativos no pudieron menos de escitar una profunda conmocion entre los partidarios de Lilburne; recibiéronse multitud de peticiones en favor suyo: unas de estas venian firmadas por diez mil ciudadanos de Londres y de las inmediaciones, y otras eran presentadas por millares de mujeres que se agrupaban á las puertas del Westminster.

A las peticiones de la primera especie, el Parlamento mandó severamente contestar que los cuatro acusados serian juzgados, y que todo el mundo en Inglaterra debia someterse á las decisiones del Parlamento. A la otra peticion no se tuvo por conveniente dar respuesta; pero las mujeres insistieron: «Estaban enteradas, segun decian, de que Lilburne y sus compañeros iban á ser arrebatados á media noche de la Torre para morir fusilados en Whitehall: el Parlamento, al declarar traidores á los propagadores y ocultadores del libro de Lilburne, habia tendido un lazo al pueblo, pues no era posible hablar de los asuntos de la época sin hacer mencion del libro; de aquí se inferia, que el Parlamento pretendia abolir la libertad de conversacion, lo cual venia á ser la mas dura de las tiranías.» La Cámara mandó contestar á esas mujeres, diciéndoles: «que se volvieran á sus casas á labar los platos.» «No tenemos platos, replicaron, ni comida que poner en ellos.»

En medio de aquella fermentacion, se designaron por la suerte ocho regimientos, cuatro de infanteria y cuatro de caballeria para pasar á Irlanda, donde habia vuelto á estallar la guerra civil. Los soldados, mal dispuestos para ese servicio, empezaron á murmurar violentamente, diciendo que se les destinaba á una faccion pesada y fastidiosa, en un país aborrecido y despreciado, sin haberles hecho anteriormente justicia, sin haberles pagado sus atrasos ni reconocido sus derechos, sin haber asegurado previamente el gobierno y las libertades de Inglaterra. Una hoja impresa circuló en el acto por los cuarteles y las calles, invitando á los soldados á reclamar y á no emprender la marcha hasta que se les hiciera justicia. Un regimiento del coronel Whalley, que la suerte habia destina-

do para el servicio de Irlanda, recibió orden de salir de Londres; los soldados pidieron que anteriormente se diera satisfacci6n á sus demandas; se apoderaron de la bandera y se negaron formalmente á obedecer. Fairfax y Cromwell acudieron sin pérdida de tiempo, reprimieron la sedici6n, pusieron en marcha el regimiento y presentaron quince de los sublevados ante el Consejo de Guerra. Cinco de ellos fueron condenados á muerte.

Lilburne escribió en el acto al general, recordándole que en tiempo de paz ningun inglés podía ser condenado á la última pena por un Consejo de guerra; y que la violaci6n de esta ley, era uno de los mas graves cargos que se habian tenido presentes para decapitar á Strafford en tiempo de Carlos I. Los generales republicanos no vacilaron á pesar de esa advertencia.

«Preciso, es, habia dicho Cromwell en el Consejo de Estado al tiempo de tomar la providencia de prender á Lilburne, destrozár á ese partido, ó resignaros á ser destrozados por él, en cuyo caso apareceremos como los hombres mas estúpidos del mundo por haber dejado que una tan miserable ralea de enemigos nos venciera.» Pero Cromwell sabia herir y acariciar: cuatro de los sediciosos fueron indultados, y el quinto, llamado Roberto Lockyer, fue inmediatamente pasado por las armas en medio de Londres, en el cementerio de San Pablo. Hallábase aun este desgraciado en la flor de la edad; era un bizarro soldado, sectario piadoso, republicano exaltado, y muy querido de todos sus camaradas: su muerte causó tanto en estos como en todos los amigos del pueblo, una profunda impresi6n de dolor y de cólera: velaron seis amigos y oraron junto á su cadáver y á los dos dias lo condujeron con un acompañamiento tan solemne como popular al cementerio de Westminster. Cien ginetes marchaban al frente de la fúnebre comitiva: seguia el féretro rodeado de seis trompetas y detrás el caballo del difunto enjaezado de luto. La espada que habia ceñido, figuraba sobre el féretro rodeada de ramas de romero medio teñidas de sangre. Gran multitud de gentes del pueblo en cuyos sombreros se veian lazos de cinta negra, y de color verde oscuro, formaban el acompañamiento y muchos millares de personas, pertenecientes á una clase mas elevada, que no habian tenido por conveniente acompañar el cadáver al través de las calles, lo esperaban á la entrada del cementerio. Todo el mundo convino en que semejantes demostraciones eran grande afrenta para los jefes del ejército, y para el Parlamento.

De allí á seis dias se recibió en Londres la noticia de la insurreccion de los regimientos mandados por los coroneles Reynolds, Seroop, é Ireton, acantonados en Banbury y Salisbury: los soldados habian espulsado á sus oficiales, menos algunos pocos que se habian comprometido con ellos. Uno de estos, el capitán Thompson publicó con el titulo de *Adelante pendon de Inglaterra* un manifiesto pidiendo la abolicion del Consejo de Estado y del alto Tribunal de justicia, la creacion de un nuevo Parlamento y la adopcion del proyecto de gobierno de Lilburne: pedia, ademas, que este y sus compañeros de cautiverio fuesen inmediatamente puestos en libertad, y declaraba que de un solo cabello que cayera de su cabeza se tomaria venganza, con el favor de Dios, sobre la de los tiranos. Al mismo tiempo se supo que en los regimientos de los coroneles Harrison, Ingoldsby y Horton en Oxford y en Gloucester era estremada la fermentacion, y que la mayor parte de los soldados de estos cuerpos estaban en correspondencia con los sublevados y se preparaban á ponerse en movimiento para unirse á ellos.

En estas críticas circunstancias fue cuando realmente brilló el mérito de los jefes republicanos: Parlamento y generales supieron obrar sin exagerar el peligro oponiéndole medidas prontas, enérgicas y templadas. Obraron tan sin temor, como sin cólera, con fé en su derecho y en su fuerza, y como un gobierno contra súbditos rebeldes, mas bien que como una faccion contra sus rivales.

El Parlamento decretó que toda tentativa, ya fuese espresada por actos, ya por escritos, contra el gobierno republicano establecido, la autoridad de la Cámara de los Diputados ó la del Consejo de Estado, ó para promover alguna sedicion en el ejército, sería considerada como delito de alta traicion: al comité encargado de la ley de imprenta se mandó trabajar sin descanso en confeccionarla; se tomaron medidas por lo tocante á la policia interior de la *Cité*, y se dispuso que Lilburne y sus compañeros de prision en la Torre fuesen separados y puestos en rigurosa incomunicacion. Despues de adoptadas estas providencias y puestas rápidamente en ejecucion, el Parlamento se quedó en una actitud serena y dejó obrar á los generales.

Fairfax y Cromwell se ocuparon por de pronto en asegurarse de las tropas que estaban bajo su mando, pues hay que advertir que la conmocion del ejército era general. Pasaron en Hyde-Park revista á los dos regimientos que mandaban en persona y que llevaban su nombre. Cromwell habló mucho, tanto á las tropas reunidas, como á los hombres ais-

lados. «¿Qué mejor cosa, dijo, puede hacer el ejército que adherirse sinceramente al Parlamento?» Este había sabido hacer justicia de grandes criminales; había organizado una poderosa marina que sabría proteger eficazmente al comercio; había asegurado el pago de todo lo que se debía al ejército, y finalmente, estaba resuelto á poner pronto término á su propia autoridad tan luego como arreglara la convocacion de nuevos parlamentos. Los soldados que no quisieran someterse á la ley marcial, serian enteramente dueños de entregar sus armas, pudiendo estar seguros de que se les espediria la licencia y se les pagarian sus atrasos con tanta puntualidad como á los que siguieran permaneciendo bajo sus banderas.

No hubo en los dos regimientos mas que un solo soldado que en tono poco decoroso, se atrevió á hacer algunas objeciones; Cromwell mandó arrestarlo; mas viendo que sus compañeros respondian de él, lo perdonó en el acto, y lo volvió á las filas.

Algunos soldados ostentaban en su sombrero la cinta verde de los *A Niveladores*, y al ver este acto de Cromwell la quitaron. Ambos cuerpos se manifestaron llenos de ardor, y así que se terminó la revista, los dos generales, llenos de confianza, los mandaron poner y se pusieron ellos mismos en movimiento.

De allí á cinco dias, habiendo en uno solo andado quince leguas, llegaron á Benford (condado de Oxford), á tiempo que los insurgentes habían sufrido ya un descalabro por parte del coronel Reynolds en el mismo Banbury, punto donde el capitán Thompson inauguró la insurreccion. Sorprendido y derrotado este capitán vió dispersarse sus soldados y no pudo salvarse sino apelando á la fuga. Un mensajero enviado por Fairfax á los insurgentes acabó de hacerles caer en el lazo, inspirándoles engañosa seguridad, lisonjeándolos con que el general queria entrar en negociaciones con ellos.

Mientras estaban adormecidos con esta esperanza, Cromwell entró súbitamente en Burford á media noche al frente de dos mil hombres y Reynolds se situó en el extremo opuesto de la ciudad á cortarles la retirada. Defendiéronse por algunos momentos desde lo alto de los edificios y de las ventanas de las casas; mas por último, viéndose desprovistos de municiones y sin jefes, unos cuatrocientos se entregaron, y otros consiguieron escaparse. Fairfax reunió en el acto un Consejo de guerra que los condenó á ser diezmados. Al amanecer del dia siguiente el alférez Thompson, hermano del principal jefe de la insurreccion, fue conducido al cementerio de Burford y pasado por las armas. Todos los que es-

taban condenados á sufrir igual suerte estaban en la bóveda de la iglesia presenciando la ejecucion de sus camaradas , y esperando su turno. Despues del alferez sufrieron la pena de muerte dos cabos que murieron con indomable firmeza sin retractarse de nada de lo que habian hecho y dando ellos mismos la voz de *fuego* al piquete. En cuarto lugar apareció el alferez Dean , antiguo y valeroso soldado bien conocido de los generales : Fairfax al ver que manifestaba arrepentimiento , lo indultó y se dieron por terminadas las ejecuciones.

Cromwell entró en la iglesia , mandó bajar á los restantes diezmadados , los reprendió , los amonestó , y les echó en cara el peligro que hacian correr á la buena causa , á la causa de Dios y del país. Un periódico de aquella época , dice que los criminales se echaron á llorar : Cromwell los destinó por algunos meses á una guarnicion inmediata , luego dispuso que volvieran á sus regimientos , y por último los envió á Irlanda , á donde puede decirse , que marcharon muy gustosos.

Aun andaban errantes por los condados de Oxford y Northapton , algunas partidas que el capitan Thompson reunió y puso en estado de resistencia por algunos dias. Mas habiendo sido vivamente atacado por el coronel Butler , y viéndose desamparado de su gente , el capitan no tuvo mas remedio que refugiarse solo en la espesura de un bosque , en donde tambien entraron persiguiéndole los soldados de Butler. Thompson salió desesperadamente al encuentro de sus enemigos , mató é hirió algunos ; fue á su vez herido , se retiró á la maleza , y volvió otra vez á salir gritando , que ni queria rendirse , ni que nadie lo cogiera vivo : esto es lo único que consiguió muriendo atravesado de siete balazos. Con el capitan terminó la primera y la única formal insurreccion de los *Niveladores*.

En la alegría que manifestó el Parlamento por estos sucesos , se reveló por primera vez lo profundo de sus temores. La Cámara dispuso , que su presidente diera á Cromwel , á Fairfax , y á sus subalternos gracias oficialmente. No habiendo podido dispensarse este honor sino á Cromwell que asistía á la Cámara , envió esta una diputacion compuesta de tres miembros suyos , que fuera á felicitar á Fairfax. Se designó un dia para dar solemnes gracias á Dios. Se encargaron los sermones que habian de pronunciarse en este acto á John Owen y Tomas Goodwin , célebres predicadores entre los independientes , y aquel mismo dia (7 de junio) , despues de haberlos oido la Cámara , pasó á la *Cité* á tomar parte en un festin público , al cual habian sido tambien convidados , el lord corregi-

dor, y el cuerpo municipal. Todos los oficiales del ejército, desde el empleo de teniente, para arriba, asistieron á este banquete.

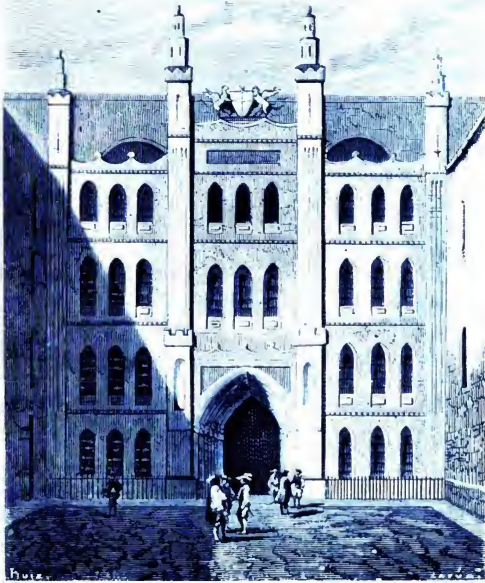
Cuando la Cámara llegó á Grocers' Hall, el lord corregidor presentó á su presidente la espada que acostumbraban llevar delante de él, honor que nunca se había dispensado sino al rey: el presidente de la Cámara, se la devolvió en el acto, y pasó á ocupar en el banquete el puesto que en casos semejantes estaba reservado al soberano.

Al ir los convidados á tomar asiento, el conde de Pembok, que no siendo ya mas que simple diputado de la Cámara, había sido puesto por recompensa de su humillacion, ó por consideraciones á su antigua grandeza, al lado del general en jefe, llamó á Whiteloke, diciéndole, que á él era á quien, como Comisario del gran sello, correspondía ocupar aquel puesto. Whiteloke rehusaba aquel honor. «¡Cómo así! le dijo el conde en alta voz, y de modo que todos pudieran oirlo. ¿Habeis llegado á creer que yo tomara un puesto superior al vuestro? En otro tiempo lo cedi al obispo Williams, á milord Coventry, y á milord Littleton; ahora ejercéis las mismas funciones que ellos ejercieron. Esas funciones tienen derecho á igual honor en un gobierno republicano, como en una monarquía, y seguramente vuestra educacion no desdice de la que aquellos tuvieron. No ocuparé de ningun modo un puesto superior al vuestro.» Whiteloke cedió con una vanidad humilde y satisfecha, y lord Pembroke recibió los elogios (y el desprecio) de los concurrentes.

Al fin del banquete, el lord corregidor, regaló de parte de la *Cité* á Fairfax un aguamanil de plata dorada, apreciado en mil libras esterlinas, y á Cromwel otro de la mitad del valor.

La Cámara, al verse tan distinguidamente obsequiada, allí mismo, donde poco tiempo antes la había costado tanto trabajo hacer proclamar la república, dió oficialmente gracias al lord corregidor, y encargó á un comité especial escogitara algun medio con que el Parlamento pudiese dar testimonio de su alto aprecio á la *Cité*. De allí á cinco semanas el Parlamento decretó adjudicar «al lord corregidor, y á la municipalidad de los ciudadanos de Londres, y á sus sucesores el goce perpétuo,» en propiedad del parque de Richmond. De esta manera el Parlamento ofreció como cebo los despojos de un rey á los placeres de la *Cité*.

Mas no se hacian los agentes de la república ilusiones acerca de la tranquilidad que podian prometerse: veian muy de cerca al pueblo y al ejército, para creer que el fuego que acababan de sofocar se hubiera realmente estinguido. Enérgicos y serenos, supieron mostrarse durante la



C. & P. B. AND OTHERS, SOLE PROPRIETORS.



lucha, prudentes y moderados, aparecieron despues de la victoria. Aplicáronse á dar ó hacer concebir, esperanzas de que se procuraría satisfaccion á los deseos legitimos ó populares de los descontentos. Adoptáronse efectivamente disposiciones, para asegurar el pago de las tropas, para librar á la poblacion del abuso de los alojamientos, para socorrer á los soldados heridos y á sus familias, para procurar algun alivio á los presos por deudas, y finalmente, para dar provechosa ocupacion á los indigentes de Londres. Creáronse comités para que investigáran lo que mas convendria hacer con la moneda que habia perdido algo de su peso, y para abreviar tiempo y costas en la tramitacion de las causas civiles.

Se propuso una amnistía general, y se trató con frecuencia acerca de la ley electoral, y del plazo y convocacion de un nuevo Parlamento.

Por una parte, se promulgaron leyes desatando las antiguas trabas, impuestas á la fé y al culto de las sectas cristianas, y por otra, se reprimió el desenfreno de las costumbres, condescendiendo con el deseo de la oposicion, que pedia mas rigor y mas libertad. No quedó todo reducido á medidas generales y á promesas legislativas, pues varios distinguidos miembros del Parlamento, y algunos gefes del ejército, tuvieron conferencias con los principales Niveladores, para llevar á cabo reformas, y ponerse de acuerdo acerca de los medios de gobierno. El espíritu de conciliacion, llegó á ser estensivo, hasta al mismo Lilburne. Al haber sido puestos, él y sus compañeros en comunicacion, se les habia suspendido el pago de la asignacion, concedida en general á los presos: El Parlamento mandó que se les abonára. Uno de los favoritos del partido dominante, y en particular de Cromwell, el reverendo Hugh Peters, pasó como inspirado por una idea de puro afecto personal, á visitar á Lilburne en su prision, para ver si podia ablandar su dura condicion, dejándole vislumbrar esperanzas de reconciliacion y libertad. Habiendo el hijo mayor de Lilburne caído enfermo, el cariño de padre fue superior á la arrogancia del hombre político, y le hizo escribir á Enrique Martin, con quien seguia conservando amistosas relaciones, pidiendo que se le permitiera salir de la Torre, para ver á su familia. Concediéronle, en efecto, ese permiso, y poco á poco se fue convirtiendo en una especie de tolerancia habitual, tanto para él, como para sus compañeros. El Parlamento, tenia vivos deseos de hacer realmente paces con la oposicion democrático-fanática, que acababa de ser vencida, y de verla ingresar sinceramente en las filas de un partido, que con todas sus fuerzas reunidas, apenas bastaba para contener y gobernar violentamente el país.

Tales eran los deseos del Parlamento; pero en el mundo no hay cosa mas indomable, que un espíritu limitado, sutil y vano unido á un corazon honrado y enérgico; Lilburne, á pesar de su animosidad, hubiera tal vez entrado en condiciones con enemigos, en quienes hubiese creído ver conviccion y sinceridad como él la tenia; pero lejos de ver las cosas bajo ese aspecto, no halló en sus vencedores cosa que no fuera digna de desprecio; pues los consideró todos como interesados, viciosos é hipócritas, y hasta los mismos favores que le dispensaban como preso, nada mas eran en su concepto, que concesiones arrancadas á su debilidad, ó artificios de su perfidia. Partiendo de este principio, recibió con brutal franqueza, la visita de Hugh Peters, y rechazó como insultos ó como asechanzas sus insinuaciones. Peters le echó en cara el que con su obstinacion hubiese dado márgen á las desgracias del último choque, y el haber puesto en descubierta las llagas de la república. «Cuando el sol brilla sobre un basurero, replicó Lilburne, ¿á quién debe atribuirse el hedor que exhala? ¿al sol ó al basurero?» Cuatro nuevos folletos en el espacio de tres meses, dieron testimonio de su inagotable hostilidad. Uno de ellos, el dirigido particularmente al consejero de Estado Cornelio Holland, era una especie de reto á discusiones políticas. «Elija vuestra Cámara, decia Lilburne, dos personas; yo elegiré otras dos, y si estas no pueden convenirse, elijan otra quinta persona para que dé su fallo. Elegid, si quereis, á Cromwell, á Ireton, á Bradshaw, á todos los oradores, á todos los fiscales que habeis empleado contra el rey, y contra los lores que habeis mandado decapitar. Yo defenderé mi causa: con tal que la discusion sea pública, y se me permita hablar libremente, me avengo, si no demuestro mi inocencia, á perder cuanto tengo inclusa la existencia... Mas si de aquí á cinco dias, no admitis mi proposicion, me consideraré autorizado á analizar y presentar á la vista del público, todo lo que sé acerca de vosotros y vuestros amigos.

Efectivamente, en dos folletos que lanzó al público, el uno dirigido particularmente contra Cromwell é Ireton, y el otro que venia á ser una sediciosa provocacion hecha por diez aprendices de la *Cité* al ejército, y en especial al regimiento de Fairfax, Lilburne usó ámpliamente del derecho que se habia reservado.

Semejantes provocaciones no pudieron menos de producir su efecto.

En Oxford estalló una nueva sedicion en el regimiento del coronel Ingoldsby; los soldados prendieron y arrestaron á sus oficiales, y á su mismo coronel, enviado á toda prisa por el Parlamento para reprimirlos;

los sublevados nombraron agitadores; se fortificaron en los edificios de *New-College*, y desde allí reprodujeron todas las peticiones de los Niveladores. Decíase entre ellos que estaban esperando seis mil hombres del condado de Northampton y otros tantos de los condados del Oeste y de Kent. Efectivamente, en muchos puntos y en muchos cuerpos se habian manifestado síntomas de conmocion; el alférez Dean, á quien Fairfax perdonó la vida, como ya hemos dicho, en el cementerio de Burford, apareció tambien esta vez al frente de una partida. Pero el mal éxito de la primera insurreccion y la enérgica clemencia de los generales habian dejado una profunda impresion en el ejército y en el pueblo; el nuevo movimiento no pudo ni propagarse ni durar mucho tiempo. Los oficiales detenidos en Oxford fueron reconquistando silenciosamente su autoridad, primero sobre los centinelas, y luego sobre todos los demás; no tardó el regimiento en volverse á someter á su coronel, y la rebelion á los diez dias de haber estallado quedó por todas partes comprimida ó abandonada á si misma.

Mas entonces se manifestaron los primeros síntomas de otro nuevo y grave suceso.

Cuando Hugh Peters fué á visitar á Lilburne, este le dijo: «Asegurad á vuestros señores, que si me fuera dado el poder elegir, preferiria vivir siete años bajo el gobierno del antiguo rey Carlos, por mas que se le haya cortado la cabeza como un tirano, á tener que pasar uno bajo la tiranía actual. Os aseguro que si prosiguen insistiendo en su tiranía, proporcionarán al príncipe Carlos amigos bastantes, no solo para proclamar su nombre, sino hasta para volverlo á sentar en el trono de sus padres.» Dos años despues el mismo Lilburne en su escrito titulado: *Grito de los aprendices á los soldados*, decia á estos últimos: «Aunque os hayais diligentemente presentado al servicio de las leyes del país, no por eso habeis contraido compromiso de ninguna especie contra la persona del rey, como rey, ni habeis tenido ningun pensamiento de destruirlo, sino para arreglar la monarquía.» Esta idea y este modo de espresarla, habian producido sus frutos: los Niveladores se habian puesto en relaciones con los *Caballeros*.

En el momento de estallar la revolucion de Oxford, se interceptó una carta escrita por un *caballero* preso en la Torre, á lord Cottington que era uno de los Consejeros íntimos de Carlos II en Francia, y en ella le decia: «Aquí todas nuestras esperanzas dependen de la benevolencia apasentada que S. M. manifestará á Lilburne y al partido nivelador, cuyo des-

contento crece de día en día. Nada podremos nosotros hacer si no marchan los Niveladores en compañía nuestra, abriéndonos, según creo que están muy próximos á hacerlo, el paso. Pido, pues, que se me ayude en esta empresa, pues sin algo de dinero no puede esperarse cosa de provecho de una gente tan pobre y necesitada, como esta con quien me veo obligado á tener relaciones.»

El Parlamento no podia menos de utilizarse de un hecho de esta especie: en primer lugar lo convirtió en principal argumento de una larga declaracion que publicó contra los Niveladores para justificar las medidas de rigor que se proponia emplear en su persecucion, y luego se valió tambien de la misma circunstancia para infundir nuevo aliento á sus partidarios. Por último, uniendo la accion á las palabras, el Parlamento mandó que se prosiguiera sin levantar mano el proceso de Lilburne, y para el efecto nombró un comité de cuarenta miembros, dejando sin embargo al jurado el derecho de fallar acerca de los hechos que se imputaban al acusado.

Los parientes y amigos de Lilburne, su esposa dotada de no menos valor, y que lo amaba con ternura, y su hermano, el coronel Roberto Lilburne, oficial muy apreciado de los generales del ejército, hicieron los últimos esfuerzos por salvarlo de ese proceso. El mismo preso llegó á manifestar algun deseo de evitarlo, y ofreció retirarse á América; mas no tardó en publicar un folleto esplicando los motivos de su marcha, y discutiendo con acrimonia las condiciones á que cedia. Nadie contestó á este folleto. Cediendo á las instancias de su esposa, Lilburne pidió un plazo. Tampoco mereció contestacion. El gobierno republicano estaba decidido á hundir completamente aquel insoportable enemigo, y estaba seguro de que lo conseguiria.

Dióse principio al proceso en Guildhall (24 de octubre de 1640). El acusado desplegó todos los recursos de su talento y todo el vigor de su carácter para luchar contra magistrados sabios y perspicaces, empeñados unos por servil adulacion al poder, en limitar los medios de defensa, y otros, por inspiracion de su honrada conciencia, en proteger al acusado en los justos términos de la ley. Aun á estos mismos irritaba con frecuencia el acusado con intempestivas salidas, con amargos sarcasmos y violentas diatribas contra el poder de que eran representantes.

Al cabo de dos días de discusion tocaba ya la causa en su último término, cuando Lilburne volviéndose repentinamente á los jueces, exclamó: «Señores jurados, vosotros sois mis únicos jueces y los árbitros

de mi vida; á vosotros es á quienes pedirá el Señor cuenta de mi sangre. Conjuroos, pues, á que comprendais bien vuestro poder, y considereis vuestros deberes para con Dios, para conmigo, para con vosotros mismos y para con vuestro país. El espíritu de Dios omnipotente, señor del cielo, de la tierra y de cuanto en ella existe, sea con vosotros; os asis-



MONTROSE

ta, os dirija y os enseñe á cumplir con lo que es justo y digno de su gloria!»

«¡Amen!» exclamó unánimemente la concurrencia. Los jueces se miraron recíprocamente con alguna inquietud, y pidieron al mayor Skippon que mandara reforzar la guardia con tres compañías. El fiscal gene-

ral Prideaux y el gran juez Keble, que presidia la sesión, renovaron sus esfuerzos para convencer al jurado de la justicia y necesidad de la condenación. Después de haber estado tres cuartos de hora deliberando, el escribano, dirigiéndose á los jueces, les preguntó: Señores del jurado, ¿estais acordes en vuestro veredicto?—Sí.—Mirad al preso: ¿es culpable de las traiciones que se le imputan, ó bien no lo es?—No es culpable de todas esas traiciones.—¿Ni de todas ni de ninguna?—No es culpable ni de todas ni de ninguna.»

Al resonar esas palabras «no culpable», la concurrencia prorumpió en un aplauso, cual hasta entonces, segun dicen, nunca se habia oido otro semejante. Por espacio de una media hora permanecieron los jueces inmóviles en sus asientos, espuestos á la explosion de la pública alegría. El preso permanecía de pié en la barra tranquilo, y mas modesto que anteriormente en su ademan. Apaciguado el tumulto, el escribano volvió á tomar la palabra, diciendo: «Señores del jurado, fijad la atencion en vuestro veredicto: el tribunal lo ha oido. Decis que John Lilburne no es culpable ni de todas ni de ninguna de las traiciones que se le imputan. ¿Lo decis todos?—Sí, todos lo decimos.»

El preso fué vuelto á conducir á la Torre seguido de las aclamaciones de la multitud, y por la noche hubo fuegos artificiales en todas las calles. El gobierno intentó retenerlo en la prisión; pero al cabo de quince dias el descontento del público, y los esfuerzos de algunos miembros de la Cámara, prudentes y bien intencionados, entre otros Ludlow y Enrique Martín, obtuvieron su libertad.

El Parlamento sintió vivamente esta contrariedad, mas amarga para su amor propio que peligrosa para su poder: aunque Lilburne se le escapó de las manos, podia contar plenamente con la victoria que habia obtenido de los Niveladores, que renunciando á sublevar el pais y el ejército, se limitaron á no ser mas que simples conspiradores. Pero aun esa misma victoria era vana para un gobierno que triunfaba sin consolidarse: sus enemigos, el rey, los *Caballeros* y los republicanos anárquicos habian ido cayendo bajo el golpe de la república; pero esta se iba tambien quedando reducida á una posicion violenta, al paso que tenia que ir exacerbando sus rigores.

A las antiguas medidas judiciales contra la traicion tuvo que añadir nuevas y mas terribles providencias, pues las palabras llegaron á ser consideradas como actos, y entraron en la categoría de erimenes capitales. Al dejar caer la prévia censura, el gobierno estableció una ley de im-

prenta, cuyo rigor autorizaba las prohibiciones y pesquisas mas tiránicas. No solo condenaba esa ley á penas muy duras á los autores é impresores y á los que vendian y repartian escritos sediciosos, sino á los mismos que los compraban; pues bajo pena de multa tenian estos que presentar á los magistrados los ejemplares que hubiesen adquirido. Quedó prohibida toda imprenta fuera de las cuatro ciudades, Londres, York, Oxford y Cambridge. La publicacion de periódicos, ó sea coleccion de noticias y el comercio de libros interior y exterior, quedó enteramente puesto á discrecion del gobierno. Se prohibió la industria de los vendedores ambulantes y anunciadores públicos de impresos. Donde quiera que los agentes de la autoridad encontraran alguno que ejerciera esa industria, lo llevaban á una casa de correccion para azotarlo como á un malhechor, y se imponia una multa á todo magistrado que dejara de cumplir esta prescripcion de la ley. Se prohibió dar cuenta de los procedimientos y discusiones de los altos tribunales de justicia, y la misma Cámara, contra lo prevenido en las leyes y tradiciones del país, se convirtió algunas veces en tribunal de justicia, y condenó á penas graves, como destierro, multas crecidas, y hasta á ser sacado á la vergüenza á personas cuya sentencia no esperaba conseguir por otros medios. Prohibió residir en Londres á los *Caballeros*, á los Católicos, á los oficiales aventureros y á todos los que le inspiraban sospechas, y cuando no le era posible hallar medio legal de acusacion contra los enemigos que temia, los encerraba en una prision por el tiempo que le acomodaba.

Al salir Lilburne de la Torre por absolucion del Jurado, publicó un realista presbiteriano llamado Clemente Valke, que con su partido habia sido espulsado en 1648 del Parlamento, una obra intitulada: *Anarquía anglicana, ó Datos y observaciones histórico-políticas sobre el Parlamento abierto en 1640*. Esta obra no es mas que una historia apasionada, pero llena de hechos importantes y anédoctas curiosas del partido republicano y de sus gefes. Su autor reemplazó á Lilburne en la prision, y permaneció en ella sin formacion de causa hasta que ocurrió su muerte en 1651. En el curso de ese mismo año el Consejo de Estado mandó trasladar á diversas ciudades cinco de los presbiterianos mas distinguidos, á saber: sir William Waller, sir William Lewis, sir Jhon Clotworthy, el Mayor General Browne y el comisario general Copley. Esta traslacion revela que se hallaban detenidos en el castillo de Windsor desde el establecimiento de la república.

Tales medidas de rigor no llegaban á dar al país ni á los republica-

nos idea de fuerza ni de seguridad: cierto es que estaban en plena posesion del poder; cierto es que habian puesto fuera de toda actividad politica á la alta aristocracia y á la democracia radical de su tiempo, esto es, á los *Caballeros* y á los Niveladores; pero sus internas angustias atormentaban al gobierno republicano mucho mas todavia que lo que sus enemigos habrian podido hacer. Siendó vencedores y dueños de la situacion veian los republicanos surgir de su seno un vencedor y un dueño del cual no acertaban ni á defenderse ni á descartarse. La república en el mismo acto de nacer se habia sentido abrumada por el peso de Cromwell: á cada crisis tenia que demandarle auxilio, y al verse fuera de peligro se volvia á lamentar el prestigio que aquel habia adquirido salvándola.

Por su parte Cromwell, al paso que prodigaba las mas humildes demostraciones de respetuosa deferencia á la república, dejaba á cada paso estallar arranques de ambicion y de orgullo. Enrique Martin, que tenia estrechas relaciones de amistad con Cromwell, le hizo oposicion en la Cámara á ciertas medidas que pensaba adoptar con referencia al ejército. Cromwell desenvainando bruscamente el puñal lo clavó en el asiento inmediato, amenazando en alta voz á Enrique, y á su pandilla de Niveladores. De allí á pocos dias hallándose en situacion mas amistosa y tranquila, saludó á Enrique Martin llamándolo sir Harry; el republicano se levantó y haciendo una cortesía le dijo: «Doy gracias á vuestra magestad: siempre he pensado que cuando fuérais rey, me haríais caballero.»

No se habia concluido aun el primer año de la república, cuando en Coventry se habian recogido ya folletos intitulados: *Carácter del rey Cromwell!*; y en 14 de junio de 1649 Mr. de Coullé escribia al cardenal Mazarino diciendo: «Muchos opinan que Cromwell eleva sus pensamientos á la altura de la mas desarreglada ambicion.»

Los agitadores republicanos no encontraban ya ninguna resistencia activa, pero se veían aislados y en la precision de ir aflojando mas y mas los resortes del poder en medio de enemigos irreconciliables, y sin poder desasirse de Cromwell, que por su mal iba creciendo á proporcion que los libraba de los malos pasos.

La explosion de esas discordias vino á quedar aplazada por una sangrienta calamidad, por la guerra civil que volvió á dar por algun tiempo á la república la unidad y febril energia, únicas condiciones en que podia estribar su existencia.

LIBRO SEGUNDO.

Estado de los partidos en Escocia é Irlanda.—Carlos II es proclamado rey.—Comisionados Escoceses en el Haya.—Guerra de Irlanda.—Cromwell toma el mando.—Sus crueldades y victorias. Expedicion de Montrose á Escocia.—Su derrota, prision, sentencia y muerte.—Carlos II va á Francia.—Peligros de su situacion.—Batalla de Dunbar.—Carlos II entra en Inglaterra.—Cromwell entra en pos de él.—Batalla de Worcester.—Fuga y aventuras de Carlos II.—Desembarca en Francia.—Cromwell vuelve á Londres.—Triunfo completo de la república.

De los tres reinos de Carlos I, solo el de Inglaterra tenia un partido republicano bastante fuerte para vencer por un momento, y aspirar al mando. Escocia é Irlanda, por causas muy diversas, seguian siendo profundamente realistas, pero con disposiciones y circunstancias, que ponian á esos reinos en la imposibilidad de sostener eficazmente el trono, que consideraban como necesario á su existencia política. En ninguno de esos dos reinos dominaba un partido que con propiedad pudiera llamarse realista.

En Escocia eran dueños del país los Presbiterianos, y en Irlanda los Católicos. Unos y otros ejercian en él poder tiránica y diversamente por motivo de su distinta situacion, pero ambos podian con razon ser considerados como igualmente rencorosos y ciegos, ambos se dejaban arrebatar por sus pasiones religiosas, mas allá de sus designios políticos, no sabiendo apreciar los derechos y poder de sus adversarios, ni ajustar sus fuerzas reales á sus propias pretensiones. Unos y otros estaban divididos. En Escocia, los violentos Presbiterianos dominaban en el Parlamento y en la Iglesia; mas á su lado tenian una oposicion vigorosa compuesta de los Presbiterianos moderados que en 1648 habian hecho la guerra por Carlos I contra el Parlamento, y que contaban en el ejército y en la aristocracia con gran número de parciales. En Irlanda, mucha parte de la

aristocracia católica, sea por lealtad, sea por prudencia, sostenía sinceramente con la mayoría de los protestantes irlandeses, la causa del rey protestante, mas á cada paso se veía contrariada por las pasiones, recelos y exigencias tan naturales como mal calculadas del pueblo católico, que militaba bajo sus banderas. Tanto en el uno como en el otro de estos dos reinos, se agitaban en torno del partido dominante, interiormente desunido, facciones consagradas á los principios contrarios, pequeñas en cuanto al número, pero igualmente activas, valientes y obstinadas. En Escocia figuraban por una parte, los realistas puros, sea por la religion anglicana, sea por afecto monárquico, y por otra, los sectarios independientes puestos en relacion con los republicanos ingleses y su Parlamento. En Irlanda, por una parte, campeaban los Católicos, enemigos irreconciliables de todo gobierno protestante, fuese republicano, fuese monárquico, y por otra, un pequeño número de ingleses protestantes y republicanos establecidos en Irlanda, y muchos Católicos irlandeses tímidos que se agrupaban bajo la bandera del Parlamento porque creian en su fuerza, y únicamente por librarse de los azares de una lucha en que ninguna victoria podian prometerse.

Las rivalidades de los gefes acababan de dar incremento á las disensiones de los partidos. En Escocia, al frente de los Presbiterianos fanáticos, figuraba el marqués de Argyle, obstinado, prudente y astuto, amigo del poder y temeroso del peligro, realista mas por tradicion que por convencimiento, mas leal á sus clientes que á sus señores, preocupado particularmente de su propia influencia y seguridad personal, y muy diestro en procurarse en el partido contra quien combatia aliados contra los rivales del suyo propio. La ejecucion del duque de Hamilton en Londres, quitó á los Presbiterianos moderados su antiguo gefe, mal reemplazado por su hermano, lord Lanark, que heredó su título, pero no su prestigio, y por lord Landerdale, cortesano servil, con un espíritu libre, apasionadamente rencoroso, aunque profundamente escéptico y corrompido, sin dejar de ser fanático. Montrose, parecia haber nacido para captarse el afecto y ser el adalid de los realistas puros, pues era el mas espléndido, el mas seductor, el mas atrevido, el mas adieto y el mas presuntuoso de todos ellos. El pequeño partido de los sectarios republicanos escoceses, contaba con un gefe cuya educacion habia sido hecha en el seno de la magistratura de Edimburgo, y que por sus cualidades habria podido causar envidia al mismo Parlamento inglés. Era este gefe Archibaldo Johnston, lord Wariston, ardiente, fecundo, activo, incan-

sable, sabio, elocuente, sutil como un tramposo, y sincero como un mártir. No tenía Irlanda entre sus gefes tantos hombres eminentes, cuyo nombre haya sobrevivido á su época.

El marqués de Ormond, hombre mas considerado que temido, virey por Carlos I y por Carlos II, presidía en ese reino con un afecto inagotable, pero por lo general no suficiente, á los esfuerzos y á las discordias del partido realista. Entre los irlandeses independientes, que no se interesaban ni por el rey ni por el Parlamento, Owen Roe O'-Neil es el único que por sus afortunados golpes de mano y por sus alternadas defecciones ha dejado algun recuerdo en la historia. Mas entonces, alrededor del virey ó en el seno del pueblo, se agitaban una multitud de gefes de segundo orden, tan importantes en aquel tiempo, como desconocidos en la actualidad, y todos insistían arduosamente, así en la persecucion de sus rivales y de sus enemigos, como en el proyecto de su propia elevacion y en la libertad de sus creencias y de su país.

Despues de la muerte de Carlos I, el entusiasmo realista triunfó por de pronto de todas esas diversas discordias. En Edimburgo desde el día 5 de febrero de 1649, en Irlanda y en todas partes donde Ormond mandaba, Carlos II fue proclamado rey. El Parlamento de Escocia tenia una nueva causa de resentimiento con el de Inglaterra: los comisionados que habia enviado á Londres, por de pronto para representar y luego para protestar contra el enjuiciamiento de Carlos I, habian sido brutalmente arreñtados al regresar á su país y acompañados con escolta hasta la frontera de Escocia, con objeto sin duda de impedirles toda comunicacion ó contacto con el país que habian de atravesar. Semejante acto irritó el amor propio y la conciencia de los escoceses. Su parlamento decidió que se enviaran prontamente diputados al nuevo rey, invitándole á fijar su residencia en Escocia. Ormond por su parte le instaba á que pasase á Irlanda, donde las tres cuartas partes de la nacion abrazarian su causa, y el mas intratable de los gefes irlandeses, el mismo Owen Roe O'-Neil, que se habia desdeñado de tratar con Ormond, hizo manifestar á Carlos, por medio de un mensajero particular, los sentimientos de su lealtad.

Todos esos comisionados, llegaron casi simultáneamente á el Haya, en donde residia Carlos, bajo la proteccion de su cuñado el príncipe de Orange, y siendo tratado por los Estados Generales de Holanda, con un respeto benévolo, aunque lleno de reserva. Allí, junto á su persona, tenia Carlos sus mas hábiles consejeros, á quienes su padre, instruido por la adversidad, le habia mandado escuchar. Allí estaban lord Cottington, sir

John Colepepper y sir Eduardo Hyde, monárquico y apasionado anglicano, pero grave, hábil y fiel, tanto en el destierro, como cuando residia en el suelo patrio, á la religion, á las leyes y á las costumbres de su país. Todos habian vivamente instado, para que Carlos no se estableciera en Francia, de cuya política, dirigida por el cardenal Mazarino sospechaban, ni tampoco cerca de su madre la reina viuda, que residia tan pronto en Saint-Germain, como en París, siempre poco amada de los verdaderos ingleses, á quienes correspondia de la misma manera, y siempre rodeada de sacerdotes católicos, y de temerarios y frívolos cortesanos, que en vida del difunto rey habian ejercido unas veces sobre su conducta particular, y otras sobre la causa del trono una tan funesta influencia.

Grande era la irresolucion de Carlos: los comisionados del Parlamento, y de la Iglesia de Escocia, le hacian proposiciones muy duras: era preciso que se separará de sus antiguos amigos, en especial de Montrose, objeto de todos los odios presbiterianos; que pasara casi solo á Escocia, y se entregara del todo al partido dominante; que firmara en ley fundamental (*covenant*) del 1638, y por último, que se hiciera presbiteriano, ó aparentase serlo con ellos y como ellos.

Los moderados lord Hamilton y lord Landerdale, á pesar de ser enemigos de los Presbiterianos fanáticos y deplorar sus exigencias, aconsejaban á Carlos que se sometiera á ellas, y tanto insistieron sobre este particular, y para que al fin Carlos se desentendiera absolutamente de Montrose, que por dar ejemplo rompieron sus relaciones personales con éste, y se salian insolentemente fuera de la real cámara cuando entraba en ella. Montrose por su parte, aconsejaba á Carlos que desechara pretensiones, que bajo pretexto de favorecer su causa, no harian mas que reducirlo á una especie de esclavitud, y que para subir al trono, no contara mas que con la espada, ofreciéndose á desenvainarla el primero, y á servirle de vanguardia para facilitarle el camino. Carlos se sentia bastante inclinado á los consejos de Montrose, sin creer mucho en ellos; pero el príncipe de Orange, de acuerdo en este particular con las cartas de la reina madre, y con la opinion general de Holanda, le desviaba de la confianza en Montrose; y por el contrario, le aconsejaba que aceptase las proposiciones de los comisionados escoceses, no concibiendo como por el empeño de sostener la Iglesia Anglicana y los obispos, que nada menos habian costado á su padre que la corona y la vida, podia obstinarse en rehusar un reino que venia á buscarlo.

Sugirieron á Carlos, que nada habia hecho ni dicho desde la muerte

de su padre, la idea de dirigir, al pasar á Escocia, un manifiesto á Inglaterra para dar á conocer sus pensamientos y sus planes; dar aliento á sus partidarios, y prevenir las falsas interpretaciones á que sus pasos podrian dar margen. Hyde, que en el Consejo habia discrepado de este modo de pensar, fue el encargado de redactar aquel documento; mas cuando presentó el plan se suscitaron, por mas habilidad que se empleó en su redaccion, tantas discordias, y se hizo tan evidente la imposibilidad de contentar á los realistas de Inglaterra, sin enagenar á los de Escocia é Irlanda, que de comun acuerdo, todo volvió á quedar en el silencio que instintivamente se habia guardado por de pronto.

Carlos se cansaba prontamente de luchar con dificultades, la perspectiva de los disgustos y de las comprometedoras decepciones, que le esperaba en Escocia, le repugnó: hizo objeciones á los comisionados escoceses, y les dió una respuesta dilatoria que por de pronto equivalia á una negativa. Al mismo tiempo dió á Montrose una comision secreta, con el título de teniente gobernador y general en jefe de todas las fuerzas realistas en Escocia, autorizándole para reclutar en Europa, donde lo creyera conveniente, soldados, y facilitar dinero é intentar á todo trance una expedicion realista en Escocia. Luego, diciendo que estaba resuelto á trasladarse á Irlanda, donde nada mas le pedian que su presencia, Carlos mandó embarcar y partir en dos pequeños buques, parte de su comitiva y equipaje, y alegando por su parte la oportunidad de hacer antes de partir á Irlanda, una visita á su madre, que como ya se ha dicho, residia en Francia, aplazó el momento de su partida.

En realidad, aunque tanto por el número, como por el afecto de sus partidarios, era Irlanda la principal esperanza de Carlos; no se determinaba este á presentarse á la faz de la Inglaterra y de la Escocia protestantes al frente de un pueblo y de un ejército católicos.

Precisamente por este motivo, fue aquel país desde la muerte del rey, vivo objeto de la atencion y de la energia del Parlamento republicano. Allí era donde este sospechaba, que iba á estallar la guerra del realismo, y tambien era allí donde preferia encontrarse de frente con ella. La guerra de Irlanda, evitaba siempre en Inglaterra un ardor apasionado, casi en todos los partidos. Inagotables habian sido las ventajas que en tiempo de Carlos I sacaron los republicanos, poniendo en juego la hostilidad de raza, de religion y de política: estos mismos elementos podian utilizarse ventajosamente contra el hijo de aquel soberano. Asi que en Londres supieron que en Irlanda se habia proclamado la soberanía de Carlos II, y

que Ormond habia reunido casi toda la poblacion bajo su bandera, resolvieron atacarla sin pérdida de tiempo. En el mismo instante en que la Cámara de los Diputados abolia el trono, la Cámara de los Lores decretó una cantidad de 120,000 libras esterlinas mensuales, para gastos de un ejército de cuarenta y cuatro mil hombres, cuya mayor parte seria empleada en Irlanda, y se dió al mismo tiempo orden al consejo de Estado, para que de concierto con el general en jefe, y sus principales oficiales, examinara cuál seria el mejor medio de hacer y dirigir la guerra en aquel país.

De allí á cinco dias Scott en nombre de los Consejos de Estado y de Guerra reunidos manifestó á la Cámara que la primera medida que habia de tomarse para organizar el ejército y preparar la guerra era nombrar el general que debia mandarla en jefe. La Cámara dejó al Consejo de Estado la facultad de proponer quién deberia desempeñar ese alto encargo. Creíase que el Consejo propondria á Lambert segun la mayor parte de los amigos de Cromwell parecian haberlo indicado; pero algunos mas hábiles ó mas bien dispuestos, propusieron impensadamente al mismo Cromwell que en aquel momento no estaba presente. Cromwell al saberlo aparentó quedar como sorprendido y vacilando, y pidió que el Consejo General del ejército designara dos oficiales por regimiento, á fin de que estando todos piadosamente reunidos, invocaran las luces del cielo para una resolucion tan grave é importante. La reunion pensó que Cromwell debia aceptar, y la Cámara le nombró. « Aunque me considero incapaz, dijo el general con modestia y turbacion, de ese elevado puesto, me someto á vuestra voluntad, contando con el auxilio de Dios, de quien he recibido ya tantas pruebas. » Luego siguió diciendo: que las tristes estremitades á que los rebeldes (asi llamaba á Ormond y á los realistas de Irlanda) habian reducido á este reino, le decidian á aventurar su persona y su vida, no porque con las fuerzas de que por entonces se podia disponer pensara sofocar la rebelion, sino para que la república conservara allí algun prestigio hasta que se pudieran enviar nuevos refuerzos. Entre tanto conjuraba á la Cámara no perdiera un momento para hacer los preparativos que semejante empresa exigia.

La Cámara correspondió á ese deseo, y en la solicitud que empleó para asegurar el buen resultado de la guerra se echaba de ver á cada paso la previsora atencion y la esperiencia del general á quien habia encomendado el hacerla. Para consolar á Fairfax de su inaccion le dieron el título de generalísimo de todas las fuerzas del Parlamento en Irlanda é

Inglaterra. Cromwell no era vano ni susceptible; nadie sabia halagar mas el amor propio de sus rivales, sobre todo cuando trataba de suplantarlos. Hizo nombrar Mayor General á su yerno Ireton, de cuya capacidad, energía y buena intencion no podia tener duda alguna.

Los regimientos designados para la expedicion, componian un cuerpo de doce mil hombres: pagáronseles los atrasos, se les equipó bien de armas y municiones, y se tomaron acertadas medidas para seguir haciendo nuevos reclutamientos. Tambien se saldaron las cuentas de los oficiales, y á título de anticipo se les dieron sumas bastante considerables. Algunos oficiales que al declararse lord Inchiquin realista lo habian abandonado, volvieron á entrar, al formarse la expedicion, al servicio del Parlamento, y fueron tratados con igual distincion que los otros. A fin de que no escasearan víveres en el ejército expedicionario, se apostaron algunos buques en la costa de Irlanda á disposicion del general. Se abrió en la *Cité* un empréstito de 150,000 libras esterlinas, especialmente dedicado á los gastos de la guerra de Irlanda, y Cromwell lo negoció personalmente. Se invitó al comité de secuestros á que hiciera entrar cuanto antes en caja las cantidades debidas por los realistas que habian arreglado sus causas con dinero, y tambien se consagró el resultado de esa recaudacion á las necesidades de la guerra. La prevision de Cromwell fue mas allá del límite de la comision especial y militar que se le habia conferido al nombrarlo general en jefe, pues convirtiéndose en patron solcito de sus amigos, instó á los que tenian asuntos pendientes en el Parlamento á que presentaran nuevas reclamaciones, y no cesó de activarlas á fin de que antes de marchar se les hiciera justicia. No se olvidó tampoco de sus propios intereses; pues se hizo pagar sus atrasos y asignar fijamente una considerable cantidad para los gastos extraordinarios. Finalmente arregló las cosas de manera que su autoridad en Irlanda iba á ser no menos amplia en lo civil que en lo militar durante los tres años, porque le fue conferida.

Asegurado de sus recursos materiales, Cromwell se ocupó particularmente de los medios de accion moral. Supo que uno de los hombres mas considerables y capaces de Irlanda, lord Broghill, que despues de haber servido al rey y al Parlamento vivia retirado en sus posesiones, acababa de llegar á Londres con intencion de pasar á Holanda á ofrecer sus servicios á Carlos II. Mandóle á decir con uno de sus ayudantes, que deseando tener con él una conferencia, iba á pasar á visitarlo. Lord Broghill se admiró temiendo ser objeto de alguna equivocacion, pues segun dijo no

tenia el honor de conocer al general. No tardó este en presentársele á la vista y despues de haberle manifestado el aprecio que le merecia , le hizo conocer que no ignoraba todo el plan que el lord se habia propuesto en aquel viaje. «Teneis un pasaporte para pasar á las aguas de Spá con pretesto de recobrar la salud ; pero en realidad no vais mas que á presentaros á Carlos Estuardo con miras hostiles al gobierno de vuestro país.» Lord Broghill negó. «No insistais , replicó Cromwell ; puedo ponerlos á la vista vuestras propias cartas : el Consejo de Estado las ha visto ya y está dada la órden de llevaros á la Torre ; mas yo he podido conseguir que se aplace su cumplimiento hasta haber hablado con vos.» Lord Broghill confesó ser cierto ; le dió las gracias y preguntó qué deberia hacer en tal caso. «Estoy autorizado , contestó Cromwell , para ofreceros un baston de general en el ejército de Irlanda ; advirtiendo que no se os exigirá ningun juramento , ni estareis obligado á servir mas que contra los irlandeses católicos.» Lord Broghill manifestó repugnancia , y solicitó algun plazo para decidirse. «No es posible , repitió su interlocutor : si me separo de vuestro lado sin que hayais aceptado la proposición , en el acto sereis conducido á la Torre como prisionero de Estado.» Separáronse como buenos amigos , y de allí á tres meses los dos estaban en Irlanda sirviendo al Parlamento.

Hácia ese tiempo , se vieron llegar á Londres algunos hombres conocidos por su fervor católico , como sir Kenelm Digby , sir John Winter y el abate Montague , que en distintas ocasiones habian tomado parte en los sucesos políticos de Irlanda , si bien anteponiendo siempre la causa de la Iglesia á la del rey. Dióseles á estos personajes esperanza , de que su culto religioso seria completamente libre en Irlanda , con tal que los Católicos se negaran á reconocer las pretensiones temporales del papa , y pusieran un cuerpo de diez mil hombres al servicio de la república. Verificáronse algunas conferencias por intervencion del embajador de España , á fin de dar alguna garantía , acerca de las disposiciones de los Católicos ; y un sabio sacerdote , Tomás White , en un escrito intitulado , «*Fundamento de la obediencia y del gobierno* ,» defendió que el pueblo podia ser desátado del juramento de fidelidad , por la mala conducta del magistrado civil , y que una vez depuesta esa autoridad , podia exigir el interés general , volverse á someter á ella , mas bien que intentar una restauracion.

En el continente , Carlos II y sus amigos , se alarmaron y aconsejaron á Ormond , que viviera muy prevenido. No les faltaba razon para dar semejante consejo , pues en tanto que en Londres se trataban secre-

tamente estos asuntos, Monk, inspirado por Cromwell, firmaba en Irlanda un armisticio con el gran jefe católico O-Neil. Esta suspension de hostilidades, era para disimular el compromiso de O-Neil, de favorecer bajo mano las operaciones del ejército, y generales del Parlamento. Cromwell, era demasiado libre de conciencia, para no conocer la fuerza de los Católicos en Irlanda, y por lo tanto procuraba tan sin escrúpulo, pero con mas discernimiento que Carlos I, atraérselos á su partido si el Parlamento y el público protestante, no tenia reparo en consentirlo, ó comprometerlos y llenarlos de divisiones, sino le era posible servirse de ellos.

Tambien intentaba reanudar algunas buenas relaciones, con sus mas recientes y acérrimos enemigos, los Presbiterianos, y para eso se abstenia de toda enemistad religiosa contra ellos, dándoles á entender que estaba en la persuasion, de que su creencia religiosa, era la que el Estado debia adoptar y sostener. Antes de partir para Irlanda, queria hacer prosélitos y conjurar, ó por lo menos dulcificar las enemistades que iba á dejar en pos de sí.

Sin embargo, no acababa de llegar el momento de la partida. ¿Consistia este retraso, en que el general queria ver reunido todo el cuerpo de ejército en Irlanda, ántes de presentarse él, ó acaso estaba meditando algun secreto designio? El Parlamento empezaba ya á concebir sospechas, porque solo para alejar á Cromwell, y ocupar al ejército, habia emprendido con tanto celo la guerra de Irlanda, y hacia tantos sacrificios. Los ministros extranjeros residentes en Londres, dudaban mucho que Cromwell quisiera marchar. M. de Croulle, escribia al cardenal Mazarino diciendo: «Asegúrase generalmente, que Cromwell marchará lo mas tarde á fines de este mes. Yo pienso lo contrario, y en este particular, estoy conforme con el parecer de muchas personas inteligentes, y no me retractaré hasta que los sucesos me convenzan: razonablemente discuriendo apenas puede concebirse que un Cromwell, cuya ambicion, segun muchos opinan, apenas conoce límites, se resuelva á dejar este reino á merced de las intrigas que podrian fraguarse en su ausencia, y que solo por estar él presente pueden contenerse.»

Mas á principios de junio, Ormond entró en campaña, y sus victorias fueron tan rápidas, á pesar de las disensiones de su partido, y la mala organizacion de sus tropas, que á fines de aquel mes el Parlamento no tenia en Irlanda mas plazas que Londonderry y Dublin. Cromwell se decidió á partir: el 10 de julio se reunieron muchos amigos suyos en Whitehall: tres sacerdotes invocaron la bendicion del Señor sobre sus

armas, y el mismo Cromwell, despues de haber perorado sus dos oficiales Goffe y Harrison, tomó la palabra y comentó muchos testos de la Sagrada Escritura análogos á su empresa. Aquel mismo día á las cinco de la tarde, Cromwell se puso en camino para Bristol con una pompa de acompañamiento, dice un periódico de la época, cual hasta entonces nunca se había visto. Caminaba en una carroza tirada por seis magnificas yeguas y seguida de otras muchas en las cuales iban los oficiales superiores del ejército. Su guardia se componia de ochenta bizarros individuos, de los cuales el de menor graduacion era oficial ó escudero y de muchos coroneles vestidos de gala. Los clarines sonaban, sigue diciendo el periódico. Y ahora Milord Ormond, ¡tened cuenta con lo que os va á suceder! pues vais á tener que lidiar contra soldados valientes; vencerlos seria demasiado honor para vos, y ser vencido por ellos no dañará mucho á vuestra reputacion. Si decís: *¡César ó nada!* ellos dicen: *¡República ó nada!*»

Cuando llegó á Bristol se detuvo allí cerca de un mes por motivos que á nadie han sido conocidos: iba y venia á los diversos puertos de la costa: presenciaba el embarque de las tropas y recibia numerosos personajes que venian á visitarlo. La poblacion de los alrededores se agolpaba á su paso para verlo: su mujer y muchos individuos de su familia vinieron allí á pasar algunos días en su compañía: hubiérase dicho que solo á fuerza de dudas y vacilaciones podia determinarse á dejar el suelo de Inglaterra.

Una noticia que llegó de Irlanda puso fin á todas esas lentitudes. Ormond antes de marchar sobre Dublin escribió al gobernador Miguel Jones, reputado hasta entonces por presbiteriano moderado diciéndole, á fin de obligarle á que cuanto antes le entregara la plaza, entre otras cosas lo siguiente: «Ese supuesto Parlamento que había degollado á su rey, deseaba introducir la anarquía y le brindaba con grandes recompensas si volvía á abrazar la causa del trono.» — «Ignoro, le respondió Jones, de quién ha recibido V. S. el poder: el Parlamento de Inglaterra nunca ha autorizado la paz que V. S. ha hecho con los rebeldes y que ninguna seguridad ofrece á la comunión protestante. ¿Cómo podrá, pues, ser establecida por un ejército de papistas? Prefiero morir en mi puesto á comprar mediante una vergonzosa traicion las ventajas que se me ofrecen.» Ormond puso sitio á Dublin esperando rendir la plaza, tanto porque la guarnicion era débil, como por las secretas inteligencias que en ella tenia. Mas á fines de julio la vanguardia de Cromwell entró favorecida por el viento en el puerto sin que Ormond pudiera oponerle ningun obstáculo. La guarnicion al verse bien reforzada y provista de víveres pidió al go-

bernador se intentara algun golpe de mano. Hizolo así Jones, cayendo (2 de agosto) tan impensada y vigorosamente sobre el enemigo en la aldea de Rathmines que el ejército realista, á pesar de los esfuerzos desesperados de los oficiales superiores y del mismo Ormond, se desordenó y sufrió tales pérdidas que no tuvo otro medio que levantar el sitio.

Cualquiera que fuese la causa que obligaba á Cromwell á emplear tantas dilaciones para salir de Inglaterra, es indudable que no le convenia que á nadie sino á él cupiese el honor de pacificar la Irlanda. Al día siguiente de haberse recibido aquella noticia se embarcó, y á fin de mostrarse mas solícito que nadie en celebrar la victoria de Jones escribió sin haber salido aun del puerto de Mitford-haven, á su amigo Ricardo Mayor, cuyo primogénito acababa de contraer matrimonio con una de las hijas de Cromwell, diciéndole: «El marqués de Ormond bloqueaba á Dublin con unos diez y nueve mil hombres, esperando por momentos que se le reunieran siete mil escoceses, y luego otros tres mil. Jones salió de Dublin con cuatro mil infantes y mil y doscientos caballos y ha derrotado á todo aquel ejército, causándole una pérdida de cuatro mil muertos y dos mil quinientos diez y siete prisioneros, entre los que hay trescientos oficiales y algunos de superior graduacion. Esta victoria es una gracia que el cielo nos concede; pero tan sorprendente, tan grande y tan oportuna que en verdad no parece sino un sueño agradable. ¿Qué podremos decir? Dignese Dios llenar de gratitud nuestras almas, para que cantemos dignamente sus alabanzas; y Dios nos alargue tambien la vida á fin de que subsista en nosotros la memoria de sus beneficios. Buen motivo es ese para que nuestra fe y nuestro amor se robustezcan para otros dias menos prósperos. Rogad por mí, pedid al Señor que me haga digno de presentarme por cualquier camino que se digne llamarme.»

Y ese arrebató de piedad patriótica termina con este rasgo de solicitud paternal.

«Os he confiado mi hijo; no dejéis de darle, os lo ruego, vuestros consejos. No le envidio sus alegrías, pero temo que se deje absorber enteramente de ellas. Quisiera que reflexionase y se dedicara á los asuntos; que leyera algo de historia y estudiara las matemáticas y la cosmografía. Esos son conocimientos útiles y subordinados á las cosas de Dios: su importancia es mucho mayor que la ociosidad y los placeres mundanos, porque convienen al servicio del país para el cual todo hombre ha nacido.»

Cromwell se ocupó constantemente mucho de sus hijos y de los asun-

tos y capacidad intelectual de estos. Su previsor y dominante actividad campeaba en este particular tanto, como en todas las demás cosas.

Cuando llegó á Dublin (15 de agosto) fue recibido con vivas aclamaciones; el pueblo se agolpaba gozoso á saludarlo: en medio de la ciudad, en el punto donde la multitud era mas compacta, Cromwell se puso de pié en el coche y con el sombrero en la mano arengó al pueblo diciendo; que no dudaba que la divina Providencia que lo habia puesto sano y salvo en medio de ellos, devolveria á todos sus libertadores y bienes deteriorados por la guerra: todos los que concurririan de corazon á la grande obra emprendida contra los bárbaros y sanguinarios irlandeses y para la propagacion del Evangelio de Cristo hallarian tanto cerca de su persona como cerca del Parlamento de Inglaterra, proteccion y favor y serian recompensados con arreglo á sus méritos. El público contestó á esas palabras gritando unánimemente: « Viviremos y moriremos con vos. » Desde el dia siguiente una proclama militar y puritana indicó el carácter del gobierno que Cromwell iba á adoptar. En esa proclama se recordaban los favores que Dios habia concedido á esa ciudad, ostensibles particularmente en la derrota que ante sus muros habian sufrido los rebeldes que la sitiaban. Admirábase Cromwell de que en vista de tan singulares favores pudiera todavía ser ultrajado diariamente el santo nombre de Dios con juramentos, blasfemias, borracheras, y con todos aquellos arrebatos profanos condenados por todas las leyes divinas y humanas, y finalmente, encargaba á las autoridades municipales, y á los gefes del ejército mandaran observar estrictamente esas leyes, y prevenia que los que fuesen morosos en ejecutar sus órdenes serian tratados con severidad.

Asi que el ejército descansó algunos dias, Cromwell abrió la campaña, pero con muy diversas disposiciones que las que habia anunciado cuando estaba lejos de aquel país preparando la expedicion. Al verse en el teatro de la guerra y en medio de los combatientes echó de ver que las preocupaciones y animosidades de los ingleses contra los naturales de Irlanda, de los protestantes contra los Católicos, y de los republicanos contra los realistas, eran allí pasiones feroces é intratables, que podian ser provechosamente explotadas; pero que abandonadas á su propio impulso no admitian cálculos ni consideraciones políticas. Aceptólas sin vacilar como hechos indisputables ó como fuerzas de que no tenia necesidad. Las instrucciones y ejemplos que recibia de Londres le acaban de impeler por esa pendiente lejos de contenerlo en ella. Las noticias de Irlanda particularmente la de la victoria de Jones, y la confianza que inspiró, disiparon la

veleidad de las negociaciones recientemente entabladas entre los irlandeses y los católicos. El Parlamento desaprobó la suspensión de armas que Monk habia firmado con O-Neil, y los gefes del partido que secretamente habian hecho mayores esfuerzos para impeler á Monk por aquel camino, fueron los primeros que se creyeron obligados á criticar el armisticio para dar



CARLOS II.

ocasion á su general de poderse escusar en lo sucesivo acerca de sus intenciones. De allí á pocos días la Cámara decretó que sir Kenelm Digby, sir John Winter, aquellos Católicos ardientes, que los republicanos habian dejado venir, ó mas bien dicho, que habian ellos mismos llamado á Londres para asegurarse de su influencia en Irlanda, á espensas de la

libertad de su culto, eran hombres peligrosos, que convenia alejar cuanto antes, no solo de Londres, sino de todo el territorio inglés, bajo pena de confiscacion de bienes y muerte, si llegaban á ser aprendidos dentro de sus límites. Todo espíritu de conciliacion por justicia ó por prudencia desapareció absolutamente y así en los consejos de Inglaterra como en los campos de Irlanda, solo el fanatismo religioso y político era el único que dominaba.

Bajo esos sombríos auspicios salió Cromwell de Dublin (31 de agosto) al frente de unos diez mil hombres para ir á sitiar á Drogheda, plaza la mas importante de la provincia de Leinster. Ormond al retirarse de Dublin, habia dejado en aquella ciudad una guarnicion de tres mil hombres casi todos ingleses y mandados por Sir Arthur Aston, veterano que habia dejado ya una pierna en los campos de batalla, y de cuya intrépida lealtad se podia esperar que detendria por largo tiempo los progresos del enemigo. Cromwell, después de haber empleado seis dias en los preparativos del sitio, intimó la rendicion al gobernador, y en vista de su negativa mandó (10 de setiembre) dar el asalto. El primer ataque fracasó con gran pérdida de los sitiadores; el coronel Cassel y muchos oficiales perdieron la vida. Cromwell se puso personalmente al frente del segundo ataque, y á pesar de la enérgica resistencia de los sitiados fueron sucesivamente tomados los puntos de defensa, y por último las torres y templos de la ciudad, en cuyo recinto se defendieron los mas obstinados. «En el calor del combate he prohibido, decia Cromwell en el parte que dió á los Presidentes del Consejo de Estado y del Parlamento, dar cuartel á ninguno de los que se encontraran con armas en la mano dentro de la plaza. El gobernador sir Arthur Aston, muchos oficiales de consideracion, y en mi concepto cerca de dos mil hombres, han sido pasados á cuchillo durante aquella noche. Al dia siguiente intimamos la rendicion á dos torres, en una de las cuales habia ciento veinte ó ciento cincuenta hombres que no quisieron rendirse. Nos propusimos rendirlos por hambre, y para ese objeto tomamos las medidas oportunas á fin de que ninguno pudiera evadirse. Desde esa torre nos han matado ó herido algunos soldados de los nuestros, por cuya razon, cuando se han sometido hemos pasado por las armas á todos los oficiales, diezmado la tropa, y deportado á las islas Barbadas á los que han quedado con vida. Hemos dado tambien muerte indistintamente á todos sus clérigos y á todos sus frailes. No creo que de toda la guarnicion hayan quedado con vida treinta hombres. Estoy convencido de que eso es un justo castigo de Dios sobre esos bár-

baros que tanto han manchado sus manos con sangre inocente. Semejante rigor presumo que economizará la sangre que ha de derramarse en el porvenir, lo cual justifica unos actos que no siendo así solo servirían para causar remordimientos y pesares.»

«P. S. He aquí la lista de los oficiales y soldados que han perdido la vida: el gobernador, dos tenientes coroneles, un mayor, ocho capitanes, ocho tenientes y ocho alféreces; en la infantería tres coroneles, sus tenientes coroneles y sus mayores, cuarenta y cuatro capitanes, sus tenientes y subtenientes; doscientos veinte ginetes, dos mil quinientos infantes y además los oficiales de Estado Mayor, los Cirujanos militares y muchos habitantes.»

En otras relaciones de aquellos sucesos escritas en sentido realista y hasta en algunas que procedían del partido contrario, se dice que no solo duró la matanza por espacio de dos días, sino que hubo oficiales que habiendo sido escondidos por la compasión de algunos soldados fueron descubiertos y degollados á sangre fría á los cinco ó seis días de aquellos sucesos. No se libraron tampoco las mujeres ni los niños de la cruel muerte que el vencedor mandó dar á los que se encontraran con las armas en la mano. Un autor contemporáneo y panegirista de Cromwell se espresó en estos términos: «Aquello fue un sacrificio de tres mil Irlandeses á los manes de diez mil Ingleses que aquellos habian degollado algunos años antes.»

No produjo el sacrificio los resultados que Cromwell se prometia y en que se fundaba para justificarlo; no economizó la efusion de sangre, y fue preciso volverlo á repetir. Wexford se defendió como Drogheda y sufrió la misma suerte. Cierto es que otras plazas intimidadas ó vendidas se rindieron como Corke, Ross, Youghall y Kilkenny; pero tambien hubo otras, Cullen, Gowran y Clonmel que se defendieron obstinadamente y no faltó otra, Waterford, que obligó á Cromwell á levantar el sitio. Allí mismo donde pareció menos costosa la victoria, fue mancillada con grandes crueldades. En Gowran concedió el vencedor la vida á los soldados, pero todos los oficiales fueron indistintamente pasados á filo de espada. El Obispo de Ross, vestido de pontifical fue ahogado al pié de los muros de una fortaleza que su gente defendia. Clonmel hizo una resistencia heroica, y Cromwell no pudo entrar en su recinto sino cuando ya no habia ni un solo soldado que la defendiera; pues en tanto que estaba firmando con sus habitantes los artículos de la capitulación, salieron todos de la plaza y con las armas se abrieron paso para ir á hacer la guerra á otro punto.

Ordinario pretexto de las malas pasiones es el atribuir las crueles satisfacciones que se toman tan pronto á una idea grande en cuya realizacion están empeñadas, tan pronto á la necesidad absoluta de alcanzar buenos resultados: la historia se deshonraria aceptando esos mentidos pretextos, pues su deber es atribuir el mal á su verdadero origen, y no quitar á los vicios la parte que les corresponde.

El fanatismo humano miente ó se engaña á si mismo cuando se proclama ejecutor de las altas ejecuciones de la justicia divina; no es á los hombres á quien incumbe ejecutar las sentencias de Dios sobre los pueblos.

Cromwell no era sanguinario; pero queria triunfar prontamente y á toda costa, mas bien por interés de su fortuna que por el de la causa que defendia, y en este concepto nada rehusaba de lo que pudiera halagar las pasiones de los que le servian. Sus grandes y verdaderos medios de triunfo no consistian en las matanzas que autorizaba sino en su talento y en la alta idea que acerca de él habian formado los pueblos. Unas veces por instinto y otras por reflexion supo manejarse con sus amigos y con los que no lo eran en Irlanda con una habilidad tan flexible como profunda, y se mostró superior en el arte de conocer los hombres, seducirlos, convencerlos, é inspirar confianza á los que en contra de él debian abrigar mas motivos de recelo y aversion. Al mismo tiempo que entregó á la matanza y al saqueo las ciudades de que se apoderó, supo mantener en su ejército la disciplina mas severa: no toleró que se hiciera ningun daño á la poblacion indefensa, y procuró que se pagara religiosamente lo que el ejército consumia. Aquel hombre despues de haber mandado degollar indistintamente todos los curas y frailes que encontró en Drogheda y que tan fastuosamente esceptuaba á los Católicos de sus promesas de tolerancia cristiana, ese mismo hombre sostenia por medio de frailes irlandeses entre sus enemigos una poliefa muy activa que le enteraba de todos los pasos y designios de estos, y conseguia hacerlos fracasar provocando disensiones.

Sin descanso trabajaba Cromwell en arrebatár á la causa realista sus hombres mas influyentes y sus tentativas sobre este particular llegaron, aunque infructuosamente hasta al mismo marqués de Ormond, de cuyo aprecio dió claras señales espresándose no pocas veces en estos términos. «¿Qué tiene que hacer lord Ormond de Carlos Estuardo? ¿qué favores ha recibido de él en ningun tiempo?»—Su conducta con el Parlamento inglés fue muy independiente, pero sin alardes de ostentacion. Muy lejos de eso la deferencia de su lenguaje rayaba casi en humildad.

Despues de la toma de Ross dirigió un despacho al presidente de la Cámara diciéndole: «Habiéndoos dado ya noticia de este suceso, no intento molestaros con peticiones particulares, que por otra parte pienso dirigir al Consejo de Estado; pero tened á bien que humildemente os manifieste lo que en mi concepto conviene á vuestro servicio, sometiéndome sin embargo plenamente á vuestra voluntad. Aquí deseamos refuerzos. Esto no aumentará vuestras cargas si las cantidades que habeis designado para las fuerzas existentes llegan con oportunidad á nuestras manos... Esto es lo que humildemente os pido, y tambien que nos envieis vestuario y calzado en la forma que se ha pedido á fin de que las pobres criaturas que están á mis órdenes cobren nuevo aliento. Mediante la benéfica asistencia de Aquel que no deja de marchar con nosotros, espero que Irlanda dentro de poco tiempo no solo no será un peso para Inglaterra, sino que se habrá convertido en un miembro útil á la república.»

No tardó en efecto mucho tiempo en despejar la situacion y en poner en juego el medio mas eficaz para conseguir buenos resultados.

Cuando conoció que á pesar de sus victorias parciales no le seria dado desorganizar el partido realista irlandés arrebatándole sus jefes, dirigió sus esfuerzos hácia los soldados. Valientes y numerosos eran estos; mas con sobrada frecuencia se veian privados de todo lo necesario, y en tal caso solian caer en el abatimiento. Cromwell, en vista de esto, mandó publicar en todo el país, que los dejaba en libertad de ir á servir á los príncipes extranjeros, y que por lo tanto autorizaba á todos los oficiales y á cualquiera persona para reclutar el número de hombres que pudiera, y para trasportarlos á cualquiera país del Continente. Dió tambien noticia de esta autorizacion á los Embajadores de España y de Francia residentes en Londres. Muchos oficiales realistas, ingleses ó irlandeses que se hallaban sin colocacion y sin recursos, consideraron que esa autorizacion les ofrecia un porvenir y se presentaron á los agentes extranjeros ofreciendo reclutar regimientos y pasar con ellos al servicio de una ú otra de aquellas dos naciones. Don Alonso de Cardañas, embajador de España en Inglaterra, y el Cardenal Mazarino se apresuraron á aceptar semejantes ofrecimientos. En pocos meses fueron reclutados veinte y cinco mil irlandeses para el servicio de España y veinte mil para Francia. Aquel territorio católico, aquella Irlanda, en la que Ormond apenas habia podido mantener reunido para el servicio del rey un cuerpo de ocho á diez mil hombres; descargó sobre España y Francia mas de cuarenta mil soldados que habrian sido enemigos del Parlamento.

Tan prósperos resultados, militares y políticos, obtenidos con tal rapidez, y hábilmente celebrados por celosos amigos, dieron al Parlamento casi tantos motivos de alarma, como esperanzas de estabilidad. Cromwell, siempre habia sido una especie de estorbo cuando estaba en Londres; pero ahora que aparecia tan glorioso y rodeado de tanto poder en Irlanda, empezaba á infundir cada vez mas sérios temores para el porvenir.

Divulgóse por otra parte el rumor de que Carlos Estuardo á consecuencia de nuevas negociaciones con los escoceses, estaba á punto de pasar á Escocia. Esta circunstancia parecia exigir la presencia del vencedor de Irlanda; por lo tanto, el Parlamento resolvió (8 de enero del 1650), llamarlo á Londres, y se dió orden al Consejo de Estado de informar sobre el particular. Cromwell se hallaba en aquella ocasion en cuarteles de invierno y convaleciente apenas de una grave enfermedad. De repente abrió otra vez la campaña, y principió á recorrer con su acostumbrada rapidez el país, y á sitiar las plazas fuertes. En 25 de febrero se leyeron en el Parlamento de Londres despachos suyos, anunciando nuevas victorias; decretóse que por de pronto se le dieran oficialmente las gracias, y que cuando regresara á la capital de Inglaterra se pusiera á su disposicion para que la habitara una parte del palacio de Whitehall, llamada el Cockpit, y el palacio de San James con el mando del parque. La esposa y la familia empezaron, aunque con alguna repugnancia, á hacer preparativos para establecerse en esos edificios; pero el general siguió viviendo y triunfando en Irlanda. En 2 de abril pasó al Parlamento la siguiente comunicacion:

«He recibido diversos avisos particulares acerca del deseo que teneis de mi regreso á Inglaterra y copia de un decreto del Parlamento sobre el particular. Mas como no me ha sido dada esa noticia sino por conductos particulares y como el decreto se referia á una comunicacion que debía haberme sido hecha por el Presidente, he creido que por mi parte habria temeridad en abandonar mi puesto sin haber recibido aquella comunicacion. Ademas, no me era posible adivinar si en ella se me daria una orden absoluta de ponerme en marcha, ó si el Parlamento me dejaria en libertad de examinar cómo y cuándo convendria hacerlo. He recibido vuestra carta el 22 de marzo, precisamente el mismo dia que llegué ante los muros de Kilkenny. Por el doctor Cartwright, portador de ella he sabido, que los vientos contrarios y la falta de buques en nuestros puertos de Oeste habian motivado el retraso. Vuestra comunicacion tiene la

fecha del 8 de enero y ha llegado á mis manos el 22 de marzo. En ella se supone que vuestro ejército está en cuarteles de invierno, y vuestra órden se funda principalmente en la imposibilidad de que este lleve á cabo ninguna empresa durante el rigor de la estacion. Tened, pues, entendido que vuestras tropas están en movimiento desde el 29 de enero. Por lo tanto, no he sabido que hacer... Humildemente he pensado que debia preguntaros con humildad cual era terminantemente vuestra voluntad; pues siempre me hallo dispuesto (lo digo como si Dios me oyera), y pronto á obedecer vuestras órdenes. Mi único deseo es dar cima á la obra á que he sido llamado por personas que Dios ha puesto en posicion tan superior á la mia, como lo estais ciertamente vosotros. Suplicoos, por lo tanto, humildemente, me digais si me será lícito en vista de vuestro despacho pedir una esplicacion mas clara de vuestras órdenes, que siempre me hallarán, asi que las reciba, dispuesto á una pronta y fácil sumision.»

Entre tanto, Cromwell, habia ganado todo el tiempo que deseaba y los sucesos se preparaban de manera que al regresar á Londres se le iba á ofrecer nueva ocasion de poder y grandeza.

Cuando Carlos II despues de salir de el Haya pasó á Saint-Germain, á hacer, segun decia, una visita á su madre, fue cuando supo con certeza que Cromwell tomaba el gobierno de Irlanda, y con este motivo acabó de extinguirse el poco deseo que tenia de pasar á ese país, en cuyo peligroso terreno tenia que aventurar su porvenir y su vida contra un tan terrible enemigo. Tres meses pasó Carlos en Saint-Germain, monotonamente residencia que la córte de Francia cuidaba muy poco de hacérsela agradable, y cuyo fastidio, las imperiosas exigencias de su madre no alcanzaban á disipar. A la primera noticia de la derrota de Oxford delante de Dublin, el jóven príncipe se decidió en el acto á marchar á Irlanda y lanzarse en medio de la lucha. A los que le aconsejaban que no fuera á tomar parte en aquella derrota, contestó: «Pero iré á morir en ella, pues ya es vergonzoso para mí el vivir en ninguna otra parte.»—Estas palabras, dijo Madama de Motteville que entonces tenia casi tanta intimidad con la reina Enriqueta María, como con Ana de Austria, parecen proceder de un gran corazon: los varones mas eminentes de la antigüedad no habrian hablado mejor; pero los jóvenes pasan fácilmente desde esa rígida virtud al extremo contrario, y luego encantados con los placeres que la vida les ofrece, sufren con indiferencia los males que por de pronto les habian parecido insoportables.» Esto es precisamente lo que sucedió á ese príncipe.

cipe, no tardaron en echarlo de ver sus propios cortesanos. Uno de estos escribió al marqués de Ormond, diciéndole: «Los príncipes extranjeros empiezan á mirar al rey como un hombre tan indolente y tan poco cuidadoso de sus propios asuntos, que no creen prudente malquistarse, por socorrerlo, con enemigos tan poderosos como lo serán probablemente sus rebeldes vasallos.»

El mismo Carlos tuvo en breve ocasion de conocer los efectos de esa disposicion, pues el cardenal Mazarino le dió á entender claramente que su prolongada residencia en Saint-Germain, venia á ser una especie de compromiso para la Francia que de ningun modo trataba de indisponerse con la república de Inglaterra. La reina Enriqueta María, que tambien procuraba conservar para un caso necesario la benevolencia de Mazarino, rogó á su hijo que sin necesidad de mas esplicaciones se diera por entendido de lo que el cardenal le habia querido decir. No tuvo mas remedio el triste príncipe que ponerse en camino á mediados de setiembre del 1649 para ir á establecerse en la isla de Jersey, único punto de sus estados de que aun estaba en posesion.

A su llegada supo la nueva derrota ocurrida en Drogheda y casi al mismo tiempo el Parlamento de Escocia volvió á renovar con él las negociaciones principiadas en el Haya, invitándolo á pasar á su reino. La adhesion general del pueblo escocés al rey no habia dejado de manifestarse por el mal éxito de aquellas negociaciones: en varios puntos del reino habian estallado insurrecciones realistas, y aunque el Parlamento presbiteriano las sofocó prontamente, los que las habian promovido, particularmente Argyle, creyeron que no podian dispensarse de volver á repetir cerca de Carlos nuevas instancias para que viniera, ó por lo menos se hiciese una brillante demostracion. Las proposiciones que su comisionado Winram de Liberton presentó á Carlos II en Jersey, venian á ser, en cuanto al fondo las mismas y no menos duras que las que el príncipe habia rechazado cuando estaba en el Haya; pero su situacion actual era mas crítica, y su madre y su hermano político desde París y desde el Haya le instaban con mas calor que nunca á que aceptara las proposiciones de los escoceses. Sin embargo, Carlos quiso saber la opinion de Ormond, y este contestó que nada podia esperarse si no se trataba de promover una lucha entre la Inglaterra y la Escocia, con lo cual se conseguiria dar algun descanso á los realistas irlandeses, para que luego pudieran lanzarse con duplicado denuedo. Casi todos los consejeros íntimos de Carlos que estaban á su alrededor, le hablaron en el mismo sentido: Carlos

se sometió, y sea porque Jersey le pareciera lugar poco seguro, ó sea para ir dilatando todo lo posible el momento de la ejecucion, citó los comisionados escoceses para Breda, ciudad del dominio propio de su cuñado el príncipe de Orange y en cuyo recinto se creía completamente libre y seguro. Mas como no tenia ni gusto ni confianza en la negociacion que iba á aceptar, escribió á Montrose que andaba ocupado en Alemania buscando dinero y soldados diciéndole: «Os ruego que prosigais rigorosamente con el valor y con el celo que acostumbrais los asuntos que os he confiado, sin hacer caso de lo que podríais oír respecto de mis nuevas disposiciones acerca de los Presbiterianos que en realidad son las mismas que las que os manifesté al separarnos. No he variado, os lo aseguro, en los principios que os he manifestado y cuento como siempre con vuestro zelo y vuestros esfuerzos en servirme.»

Ninguna necesidad tenia Montrose de nuevas escitaciones: apasionado, orgulloso y adicto, confiaba en su causa, en sí mismo, y en su destino. Una profecía popular le habia anunciado que conseguiria poner al rey en su trono; Carlos le habia dado ámplios poderes para obrar. Con ellos recorrió el entusiasta Montrose los Países-Bajos, la Alemania, la Dinamarca y la Suecia buscando por todas partes medios de cumplir su mision, hallando cada dia algun nuevo desengaño, mas no dejando por eso de trabajar con el mismo ardor y la misma conviccion. Era en aquellos momentos la Suecia como segunda patria de muchos oficiales escoceses, que despues de haber servido á Gustavo Adolfo en la guerra de los Treinta Años se establecieron allí á gozar de la fortuna y buen renombre que habian adquirido. Montrose vivía con ellos como un buen compañero de armas, encantando a unos con el brillo de sus esperanzas, y atrayendo á otros con liberalidades: todos le habian prometido para su grande empresa el apoyo de su prestigio ó de su persona, y algunos hasta recursos pecuniarios. El rey de Dinamarca y muchos de los pequeños príncipes de Alemania se le habian ofrecido del mismo modo.

Cuando Montrose creyó llegado el momento de obrar publicó en Copenhagen un Manifiesto anunciando y justificando su empresa, é invitando todos los leales súbditos del rey á que se le reunieran en Escocia á fin de llevarla á cabo. Citó todos sus reclutas para Hamburgo y allí pasó personalmente con mas ostentacion, que la que sus recursos podian resistir, á esperar, organizar y poner en marcha sus prosélitos.

Estos fueron pocos y llegaron con lentitud; la corte de Dinamarca tenia buena intencion, pero le faltaban recursos: Cristina de Suecia, que

por de pronto se había mostrado favorable á las pretensiones de Montrose, concibió una súbita admiración hácia la república de Inglaterra y hácia Cromwell. Apenas le fue posible á Montrose reunir con grande esfuerzo, en Hamburgo y Gotemburgo unos mil y doscientos hombres bastante mal armados. La primera división de estos voluntarios, se embarcó en setiembre del 1649 y pereció en el mar; la segunda, mandada por el conde de Kinnoul, llegó felizmente á Kirwall, capital de la isla de Pomona, principal de las Orcadas y se estableció allí esperando á su general.

Montrose, por su parte, también esperaba nuevos reclutas, y la noticia de sublevaciones que le habían prometido los realistas de las montañas de Escocia. Pero, los primeros ensayos de insurrección, prematuramente intentados fueron reprimidos con mucha facilidad: nada se consiguió, y los amigos de Montrose le escribieron que su presencia era indispensable, y que podía creerse que produciría buenos resultados. Decidieronle estos avisos á ponerse en marcha y á principios de marzo de 1650, desembarcó en las Orcadas con quinientos hombres y algunos nobles escoceses consagrados á su persona y á su fortuna.

Poco antes de su llegada, y contestando al manifiesto que publicó en Hamburgo, lanzó contra Montrose el Parlamento de Escocia otros dos manifiestos que hasta en aquella época de pasiones desencadenadas pasaron por singulares modelos de violencia. «No porque merezcan la pena, se decía en uno de ellos, de ser refutadas las calumnias de ese James Graham, de esa víbora, engendro de Satanás, declarado hace ya mucho tiempo traidor por el Parlamento, entregado por la iglesia á las manos del diablo, y aborrecido de toda la nación; sino porque no se interprete mal el silencio, y porque ningún espíritu débil se deje tal vez seducir por las temerarias aseveraciones de ese desvergonzado fanfarrón que se presenta al mundo como revestido de la autoridad del rey con el título de teniente-gobernador y capitán general de este reino.»

Todos los antiguos resentimientos del partido dominante y variaciones de conducta imputadas á Montrose desde el origen de las discordias civiles, todas las crueldades de que se le acusaba durante la campaña de 1645 por Carlos I, estaban hábilmente reasumidas en esos dos documentos que los predicadores Presbiterianos tomaron por su cuenta esplanar de manera que al poner el pié en el territorio de Escocia Montrose, encontró reunidas contra él la cólera y el terror del pueblo con la animosidad y suspicacia de sus rivales.

Al desembarcar en la estremidad septentrional de Escocia desplegó algo fastuosamente tres banderas, dos en nombre del rey, ostentando una de ellas la ensangrentada cabeza de Carlos I con esta leyenda: *Juzga, Señor y vindica mi causa*; y en la tercera, propia de Montrose, se veía un brazo desnudo empuñando una espada ensangrentada, sobre fondo negro, con esta divisa: *Nihil medium*. Luego fue lentamente avanzando al través de los condados de Caithness y Sutherland, esperando del mismo país refuerzos que no acababan de llegar, sabiendo por el contrario que algunos jefes con quienes había contado, se iban colocando en las filas del Parlamento, y altamente sorprendido y turbado del poco ruido que producian sus pasos y su nombre. El gobierno de Edimburgo, en tanto que bajo las órdenes de David Leslie se iba reuniendo un cuerpo de ejército considerable, envió como de vanguardia algunos escuadrones de caballería mandados por el teniente coronel Strachan, oficial valiente y sectario fogoso. Quinientos infantes que el conde de Sutherland había reunido, se juntaron á los ginetes de Strachan, y estaban juntos en Tain, en la costa oriental de Ross, cuando supieron que Montrose había acampado de allí á pocas leguas sin tomar precauciones, porque no sabia que el enemigo se hallaba tan inmediato. Este suceso ocurría el sábado 16 de abril; Strachan dudaba ponerse en marcha, porque no queria correr el riesgo de tener que pelear en domingo; mas viendo que el enemigo se iba acercando mas todavía, tomó su partido y avanzó hasta ponerse á distancia de una legua del campamento de Montrose, que se había establecido en Corbisdale, sin cuidarse de adquirir noticias ni tomar precauciones. Los ginetes de Strachan lo cargaron improvisa y sucesivamente como si hubieran sido la vanguardia de un ejército. Montrose quiso replegarse á un bosque inmediato; los soldados que había traído de Alemania pelearon denodadamente; pero los reclutas de las Orcadas se dispersaron, y en vano empleó su acostumbrado valor para volverlos á reunir; matáronle el caballo que montaba, y allí mismo habria caído prisionero si su amigo lord Frendraught no le hubiera cedido en el acto el suyo. Aquello ya no fue mas que una derrota y una matanza; diez oficiales y mas de trescientos soldados perdieron la vida; los prisioneros pasaron de cuatrocientos, y de ellos fueron pasados por las armas cien que eran irlandeses. Montrose se salvó por la ligereza de su caballo, y cuando se vió lejos del campo de batalla se despojó de su vestido y de sus condecoraciones, y tomando el traje de un aldeano se internó en la campiña buscando un asilo. Quince dias anduvo errante por las montañas de los condados de Ross y

Sutherland, siendo hospedado en algunas partes, rechazado en otras, padeciendo frecuentemente hambre y cansancio, y haciendo vanos esfuerzos por llegar á la costa. Al fin sea por desgracia, sea por traicion, fue descubierto (en 5 de mayo) y arrestado en una cabaña en el territorio de Neil Macleod, señor de Assynt, antiguo partidario suyo, y que en esta ocasion lo entregó por cuatrocientas medidas de harina al Parlamento escocés. De allí fue conducido á los castillos de Skibo y de Braan, hasta que por último llegó orden que se trasladara á Edimburgo.

Montrose se vió entonces reducido á la mas crítica de las situaciones; pues estaban en contra suya conjurados el gobierno y el pueblo, las profundas animosidades de sus enemigos y las brutales iras de la muchedumbre. Todo esto se dió la mano en su tránsito para insultarlo, pero no consiguió quebrantar por un momento su firmeza. Con igual magnanimidad soportó las injurias de sus enemigos y las tristes despedidas de sus hijos, que de paso pudo ver en casa de su suegro, el conde de Southesk. No le faltaron tampoco absolutamente algunas señales de simpatía: la señora del castillo de la Granje, en donde lo alojaron con su escolta poco antes de llegar á Dundee, hizo durante la noche una tentativa para facilitarle la fuga, que estuvo muy cerca de realizarse. En aquella misma poblacion (Dundee) los habitantes, lejos de conservar ninguna animosidad por las vejaciones que les causó en la campaña de 1645, le manifestaron el mayor respeto, y á fuerza de instancias consiguieron del jefe de la escolta que les permitiera ofrecerle un vestido decente para que pudiese mudar el grosero traje en que lo prendieron, y que por insulto le habian hecho llevar hasta entonces.

En 17 de mayo llegó á Leith, cerca de Edimburgo. El Parlamento se reunió aquel mismo dia, y decretó que «James Graham, con la cabeza descubierta y atado con una cuerda á un carro, fuese conducido por el verdugo vestido de ceremonia y con el sombrero puesto desde la puerta llamada de *Water Gate*, hasta la cárcel de Edimburgo, y desde allí á la Barra del Parlamento, á oír de rodillas su sentencia de muerte; que luego fuese colgado de la horca en la cruz de Edimburgo, con el libro que contenia la historia de sus guerras, y su último manifiesto pendientes del cuello; que á las tres horas despues de ahorcado, su cadáver fuese descuartizado por el verdugo; que su cabeza, puesta en una pica, se fijara en el torreón mas alto de la cárcel, y sus demás miembros en las puertas de Perth, de Stirling, de Aberdeen y de Glasgow; y finalmente, que si al tiempo de morir daba alguna señal de arrepentimiento que pu-

diera absolverlo de la escomunion que contra él habia lanzado la Iglesia, el tronco de su cuerpo podria ser enterrado por los sepultureros en el cementerio de Gray Friars, y si no que fuese enterrado por los criados del verdugo en el sitio acostumbrado, esto es, bajo el mismo patíbulo. Las costumbres de aquel tiempo eran todavía bastante rudas para que el odio de los enemigos se complaciera en ver semejante espectáculo, y los espectadores indiferentes sintieran mas temor que repugnancia.

Efectivamente, á las cuatro de la tarde del día siguiente Montrose fue conducido en una acémila derrengada desde Leith á la puerta de Edimburgo, donde los magistrados municipales, vestidos de ceremonia, con su guardia y su verdugo, lo recibieron y le entregaron una copia de la sentencia. Montrose la devolvió despues de haberla leído, diciendo: «Estoy dispuesto, no siento sino que la magestad del rey que represento sea tan indignamente tratada en mi persona.» Pusieronse en marcha; Montrose no se quitaba el sombrero, y el verdugo se lo tiró al suelo: delante del carro marchaban atados de dos en dos treinta y cuatro compañeros de cantiverio que habian sido oficiales de la expedicion. El inmenso pueblo que cubria el paso por donde esta triste comitiva se encaminaba á su destino, se habia reunido con intencion de insultar á Montrose; mas cuando vieron la tranquila firmeza de su ademán, la gravedad de sus miradas y el indomable valor que resplandecia en todas sus facciones, cesaron los insultos; dominó un profundo silencio en la multitud, y no faltaron algunas señales de compasion, y oraciones en favor del ilustre preso. Al pasar el carro por delante de la casa del conde Moray, la comitiva se detuvo un momento, y los que levantaron la vista hácia los balcones de aquel edificio, vieron detrás de una ventana entreabierta al marqués de Argyll con su familia y muchos de sus amigos: queria sin duda apacentar sus miradas en la humillacion de aquel enemigo, delante del cual habia tenido que huir cinco años antes.

Tres horas tardó la comitiva en andar la media legua que habia desde la puerta de la ciudad hasta la cárcel; al bajar del carro Montrose dió unas monedas al verdugo, gratificándole, segun dijo, «por lo bien que habia conducido su carro triunfal.»

El Parlamento estaba reunido en sesion: cinco comisionados suyos vinieron á la cárcel á preguntar «á James Graham si tenia algo que decir en tanto que llegaba el momento de ser conducido á la Cámara á oír su sentencia.» Estos comisionados al regresar al Parlamento, refirieron que Montrose habia rehusado responder hasta saber en dónde estaba el Par-

lamento con el rey, y si se habia hecho algun convenio con este. En el acto se le enviaron otros siete comisionados para interrogarle, diciéndole que se habia firmado un convenio con el rey, y que este se hallaba á punto de venir á Escocia. Montrose algo conmovido, sin duda por esta noticia, se escusó de contestar, diciendo, que la largura del viaje y la recepcion ceremonial y algo pesada que se le acababa de hacer, le obligaban á tomar algun descanso.

Cuando de allí á cuarenta y ocho horas fue conducido á la Barra del Parlamento, se presentó con arreglo á su natural inclinacion ostentosamente á la faz de sus enemigos. Llevaba un rico vestido de seda negra cubierto de bordados de plata, y encima un manto de color de escarlata, lleno tambien de galones de plata y de bordados de tafetan carmesí. Un sombrero de castor de anchas alas ribeteadas de plata cubria su cabeza. Al verse en el sitio destinado á los criminales, paseó en su derredor las miradas; su rostro estaba pálido y fatigoso, pero lleno de verdadera firmeza, aunque estudiada. El canciller, lord Loudon, le dirigió un largo discurso, que concluyó diciendo: «Que en razon de los asesinatos, traiciones é impiedades en tan gran número de que se habia hecho reo, Dios le condenaba en aquel momento á sufrir el digno castigo.» Montrose obtuvo con alguna dificultad permiso de poder decir algunas palabras en defensa suya, y las pronunció con templada arrogancia, y no sin alguna sagacidad, como si no hubiera perdido del todo la esperanza de conseguir algun resultado. Empezó diciendo, «que consideraba el Parlamento como reunido bajo la autoridad del rey, y que por eso se presentaba ante sus miembros con el respeto conveniente y con la cabeza descubierta, como lo acababa de verificar, lo cual no habria hecho ciertamente de buena voluntad en el caso contrario.» De las crueldades de que le acusaban durante la guerra, se defendió diciendo: «Que ni á los mas insignes generales les era posible prevenir todos los desórdenes en sus ejércitos; que él por su parte habia hecho grandes esfuerzos por conseguirlo, y que fuera del campo de batalla nunca habia derramado sangre, ni la de sus mas encarnizados enemigos... A todos los que aquí os hallais reunidos, dijo al concluir, pido os separeis de toda prevencion, de toda animosidad particular, y de todo deseo de venganza; no veais en mi causa mas interés que el de la justicia, ni en mi persona otra cosa mas que un súbdito obediente que ha ejecutado con lealtad las órdenes de su soberano. Cuando me ví en el poder, me fue fácil destruir la vida y el bien estar de muchos de vosotros, y me abstuve de hacerlo. Juzgadme segun las leyes de Dios, las leyes de

la naturaleza y de las naciones, y sobre todo, segun las leyes del país. Si no lo haceis, apelaré al Justo Juez del mundo, al que á todos nos ha de juzgar igualmente, y al que ha de pronunciar la verdadera sentencia.» El canceller le replicó coléricamente y con invectivas, y aunque Montrose quiso volver á usar de la palabra, no se lo permitieron. Mandáronle por último ponerse de rodillas para notificarle la sentencia, y él lo hizo, diciendo: «Lo hago por honrar al rey mi señor, pero no al Parlamento.»— La ejecucion de la sentencia quedó aplazada para el dia siguiente.

Durante aquella noche, Montrose se vió asediado de ministros Presbiterianos y de magistrados de Edimburgo, que iban á ver si podian arrancarle alguna palabra que implicara el reconocimiento del derecho de su gobierno é iglesia. Su obstinada insistencia acabó de exaltar el espíritu del preso que por último les dijo: «Os agradezco el honor que me haceis; pero estad en la inteligencia, que estoy mas orgulloso de que mi cráneo haya de ser fijado en la puerta de la cárcel, que si supiera que me habian de levantar una estatua de oro en la plaza del Mercado, y mi retrato hubiera de ser puesto en la Cámara Real. Vais á dispersar mi cadáver en las cuatro principales ciudades del reino; yo quisiera que pudiera enviarse un fragmento á todas las ciudades de la cristiandad, para dar testimonio de sincera lealtad á mi rey y á mi país.»

El resto de la noche lo empleó Montrose en orar y componer versos, que, en términos altisonantes, aunque sutiles y rebuscados, espresaban las mismas ideas. Al amanecer del 21 de mayo, resonaron tambores y trompetas por toda la ciudad: Montrose preguntó al capitán de guardia la causa de aquel ruido, y al saber por lo que le dijo, que se temia que, una parte del pueblo hiciera una tentativa para salvarlo, exclamó: «¿Es decir que esa buena gente que tanto miedo me tuvo cuando yo vivia, me sigue temiendo cuando voy á morir? Tengan buen cuidado: despues de muerto, es cuando asediaré su conciencia, y seré mucho mas temible que cuando vivia.» Púsose al tocador y empezó á ataviarse con minuciosa pulcritud. En tanto, sir Archibaldo Johnstou, escribano del Parlamento y uno de sus mas encarnizados enemigos, lo miraba con irónica sonrisa, no sabiendo, segun dijo, cómo podia haber quien en tal ocasion ocupara tan frívolamente el tiempo en arreglar la cabeza. «En tanto que me pertenece, replicó el preso, la arreglo como me acomoda; mañana será vuestra y hareis de ella lo que se os antoje.» Luego, se vistió magníficamente, y echó sobre sus hombros un hermoso manto de terciopelo carmesí bordado de oro que sus amigos le acaban de enviar. Al ir desde la cár-

cel al lugar de la ejecución, produjo, con su ademán arrogante y su resignación tranquila, al par que altiva, en el pueblo mas impresión aun que la vez anterior. El mismo ayudó al verdugo á ponerle pendiente al cuello, según sentencia, la historia de sus guerras y el testamento de su último manifiesto. «Hónrame mas esta distinción, dijo, que el collar de la *Jarretiere* que he recibido de mi rey.» No se le permitió hablar al pueblo, y solo á las personas inmediatas pudo dirigir algunas palabras muy consecuentes con las ideas que siempre habia manifestado, pero tranquilas y piadosas. Pidió permiso para que se le dejara morir con el sombrero puesto, y sin quitarse el manto; pero no se lo concedieron. «Inventad, pues, si podeis, dijo á los magistrados que asistian al acto, alguna nueva ignominia, y me hallareis tambien resignado á sufrirla.»

Dícese que el mismo verdugo, al obedecer á la fúnebre señal que le mandó descargar el golpe, no pudo abstenerse de llorar; que en el seno de la multitud se elevó un doloroso murmullo, y que el mismo Argyle al oír los detalles de la ejecución, se manifestó turbado y triste, como afectado de algun pesar de un presentimiento de su propio destino.

No habian engañado los comisionados del Parlamento á Montrose, cuando le dijeron que habian entrado en negociaciones con el rey, y que no estaba lejos el momento de verlo entre ellos. Cuando Montrose principió su corta y fatal expedición en Escocia, Carlos II recibia en Breda á los comisionados escoceses y se volvian á discutir las duras proposiciones de estos. Mucho discreparon sobre este particular las personas que rodeaban al príncipe; sus mas sensatos y honrados consejeros le suplicaban no se sometiera á un yugo semejante. Quisieron estos apoyar su dictamen en la autoridad de Hyde, en quien Carlos tenia mucha confianza, y que lo acababa de enviar como embajador á Madrid. «Si el rey se pone en manos de los escoceses, contestó Hyde al secretario de Estado, Nicolás, no se les podrá acusar de haberle engañado, pues seguramente no lo tratarán peor que lo que prometen tratarlo al pedir todo lo que le piden: Quisiera que los que aconsejan al rey aceptar esas proposiciones obrasen tan francamente y le dijeran sin rodeos que debe jurar la constitución (*Covenant*) de Escocia y mandarnos obedecerla. Pero decir que el rey debe ponerse en manos de los escoceses, esperando que se le dispensará jurar su constitución, ó que podrá eximir á sus amigos de obedecerla, ó que él y nosotros hemos de prestar ese juramento y luego violarlo cuando nos acomode, es una locura, es un ateísmo, cuya sola idea nos debería aver-

gonzar. ¡ Ah! si yo estuviera en Breda , señor secretario , huiria á la India antes de comprometerme á dar semejantes consejos.»

Mientras duró la incertidumbre acerca del resultado de la expedicion de Montrose , Carlos vaciló ; su buen sentido y su dignidad , le hacian pensar como Hyde ; mas cuando en Breda se recibió la noticia de la des-



CLEVELAND.

gracia de aquel expedicionario , predominó la opinion de los consejeros frívolos y de poca fe , entre los cuales podia contarse la reina madre , el príncipe de Orange , y la impaciencia de aquel invariable esperar , que bien podria llamarse la enfermedad del destierro. Los amigos de Hyde no tomaron parte en la deliberacion del Consejo , y Carlos se avino á todo.

Prometió jurar la constitucion escocesa, anular toda paz hecha con los irlandeses, no permitir jamás el libre ejercicio de la religion católica en Irlanda, ni en ninguna parte de sus Estados; reconocer la autoridad de los Parlamentos celebrados en Escocia desde el origen de la guerra, y sujetarse á gobernar en las cosas civiles con arreglo á los acuerdos del Parlamento, y en los asuntos religiosos segun el parecer de la Iglesia. A fin de dar á sus promesas la autoridad de una brillante mentira, Carlos escribió al Parlamento, diciendo que Montrose habia, en lo tocante á su expedicion, obrado sin su anuencia, y que por lo tanto, no podia interesarle la suerte de quien se habia atrevido á desconocer su autoridad.

Dícese que Carlos esperaba salvar de este modo la vida de Montrose, y que cuando tuvo noticia de su desgracia, faltó muy poco para romper toda clase de negociacion. Tambien se dice que cuando estalló la expedicion de Montrose, los individuos del partido exaltado de Edimburgo, quisieron que se retiraran de Breda los comisionados, y que fue preciso que con el pronto castigo del expedicionario, diesen los moderados una especie de satisfaccion á los fanáticos, á fin de hacerlos mantener en el propósito de la venida del rey. Ninguna señal positiva ha quedado de esas mútuas capitulaciones; hay en los partidos políticos, asi como en las conciencias, vergonzosos secretos, que la sagacidad se esfuerza en tener ocultos. De todas maneras, de una y otra parte se atuvieron á los hechos consumados; los comisionados escoceses se manifestaron satisfechos de las promesas del rey; este aceptó el suplicio de Montrose, como poco antes habia tambien aceptado su propia humillacion, y finalmente, se embarcó (2 de junio del 1650) en Terveere en una escuadrilla que el príncipe de Oranje puso á su disposicion, y con ella dirigió el rumbo á Escocia.

A las tres semanas de navegacion, llegó á las costas de este reino; pero antes de poner el pié en ellas, se le intimó que firmara la constitucion. Los magnates escoceses, que le habian aconsejado se aviniera á todo, Hamilton y Landerdale entre otros, se separaron de él para retirarse á sus respectivos Estados. Obraron asi estos señores, porque siendo del número de los que el Parlamento presbiteriano habia excluido (desde el 22 de marzo de 1649) de toda participacion en los asuntos públicos, habian comprometido con su presencia al rey, y se habrian aventurado á peligros personales. A los dos dias de estar en Escocia, fueron espresamente despedidos del reino casi todos los ingleses que habian acompañado á Carlos: solo el duque de Buckingham, lord Wilmot y algunos individuos de su familia, los mas frívolos ó los mas hipócritas, pudieron per-

manecer al lado del príncipe. El Parlamento había trazado anticipada y minuciosamente el camino que Carlos había de seguir para trasladarse á su palacio de Falkland, á poca distancia de Edimburgo, y á donde fue conducido con grandes demostraciones de respeto, pero siempre bien rodeado y sujeto á una singular vigilancia.

En aquel mismo instante, Cromwel, obedeciendo por fin al Parlamento de Inglaterra, volvía de Irlanda y era recibido en Bristol con entusiastas aclamaciones de la multitud. Así que en Londres tuvieron noticia de su venida, Fairfax y la mayor parte de los oficiales del ejército y de los miembros del Parlamento, salieron hasta Hounslow-Heath á recibirlo; en Hyde-Parh encontró al lord corregidor y la milicia, y desde allí hasta el palacio de San James, á donde iba á alojarse la marcha, no fue, segun dicen los periódicos de aquel tiempo, mas que un vasto tumulto de saluciones, descargas de artillería, y aclamaciones entusiastas. «¡Qué multitud para presenciar el triunfo de vuestra señoría!» dijo á Cromwell uno de los que marchaban á su lado. Cromwell, con su libre y brutal buen sentido, contestó: «Mayor sería el concurso si vinieran á verme ahorcar.»

Así que en Londres supieron la expedición de Montrose en la alta Escocia y el convenio celebrado en Breda entre Carlos II y los comisionados escoceses, el Parlamento dió poder en el acto al Consejo de Estado para rechazar toda invasión, y además decretó que se aumentará considerablemente el ejército. Cuando Cromwell volvió de Irlanda, Fairfax y él fueron nombrados, el uno general en jefe, y el otro teniente general, para mandar lo que en términos vagos se llamó: «Expedición del Norte.» Los dos aceptaron; mas habiendo de allí á pocos días decidido el Consejo de Estado que en vez de esperar la invasión de los escoceses, el ejército inglés invadiera la Escocia, Fairfax manifestó algunos escrúpulos para encargarse del mando. Decíase que en esa determinación habían tenido gran parte su esposa, que era celosa presbiteriana, y los ministros de la misma comisión que la rodeaban. Tal vez Fairfax empezaba á comprender que los republicanos y Cromwel se habían servido y querían servirse de él como de un manto para cubrirse, ó como de un instrumento para consumir designios muy distantes de su voluntad. De todas maneras, su resistencia era á los ojos del público una contrariedad grave que no podía tratarse ligeramente, y que convenia disipar cuanto antes. El Consejo de Estado nombró por lo tanto cinco comisionados, Cromwell, Lambert, Harrison, Saint-John y Whitelocke, que pasaran á discutir y vencer los

reparos que Fairfax manifestaba. Al llegar el momento, Cromwell habló en estos términos:

«Se nos ha mandado emplear todo nuestro esfuerzo para satisfacer á Vucencia en cuantas dudas puedan haberse suscitado en su ánimo acerca de la resolcion del Consejo por lo tocante á la expedicion de Escocia. ¿Tendrá Vucencia la bondad de darnos á conocer los motivos de su reprobacion?

Fairfax. «Lo haré muy libremente. Estoy muy contento de tener ocasion de conferenciar con este Comité donde veo personas que son amigos particulares míos y de la república. A vosotros, ni á ninguno de los que me conocen, necesito hacer protestas acerca de mi adhesion y afecto invariable al Parlamento, ni de mis deseos de servirle, en cuanto me lo permita la conciencia.»

Harrison. «No se puede pedir ni esperar otra cosa de Vucencia.»

Fairfax. Permittedme, pues, milores, deciros francamente, que en mi concepto, es dudoso que tengamos un justo motivo de invadir la Escocia; con cuyo país estamos enlazados por medio de la constitucion, y de una alianza nacional. ¿Qué motivo hay para que ahora rompiendo esos vínculos, sin habernos dado ningun motivo, invadamos este país y le hagamos la guerra? Accion es esta que no me parece posible justificar, ni ante Dios, ni ante los hombres.»

Cromwell. «Confieso, milord, que si los escoceses no nos hubieran dado motivos para invadir su territorio, nada habria que pudiera justificar nuestra conducta. Pero, milord, Vucencia sabe muy bien que ellos son los que han tomado la iniciativa, cuando despues de la firma y á despecho de las disposiciones del convenio nacional, vino el duque de Hamilton por órden del Parlamento de Escocia á hacernos la guerra, y ahora no nos dan sino demasiados motivos de sospechar que meditan una segunda invasion, de acuerdo con su rey, con quien acaban de arreglarse sin noticia y sin consentimiento de nuestra república. Para esa invasion, andan buscando recursos, y reclutando soldados. Someto humildemente esta consideracion al juicio de Vucencia. ¿No son motivos suficientes estos para que tratemos de prevenir su hostilidad, y preservar nuestro país de los males que le causaria una invasion de escoceses? Considero como inevitable, el que antes de mucho estalle una guerra entre ellos y nosotros, y dejo á vucencia el decidir si será mas conveniente, que esta guerra se haga en su país ó en el nuestro.»

Fairfax. Probable es, en efecto, que esa guerra se encienda; mi

escrúpulo consiste en saber si hemos de ser nosotros los que le demos principio, convirtiéndonos en agresores, ó bien si debemos estar á la defensiva. Cierta es, que el duque de Hamilton, invadió hace tres años nuestro país por orden del Parlamento de Escocia; pero tambien lo es que el Parlamento convocado despues de aquel, desaprobó el acto, y hasta impuso castigo á varios de los que lo promovieron. Si tuviéramos una certeza de que los escoceses iban á invadir nuestro territorio con su ejército, convengo que sería prudente anticiparnos; pero hasta el presente no tenemos semejante certeza.»

Harrison. «Perdonad, milord; mas en realidad no puede haber mas probabilidad humana acerca de los designios de un Estado, que la que tenemos de las intenciones de Escocia por lo tocante á invadir nuestra nacion.»

Fairfax. «No bastan probabilidades humanas para hacer la guerra á una nacion vecina, segura en la fe de un tratado. Cada cual en semejante asunto, puede obrar segun la conciencia: los que crean que la guerra es justa, tomen enhorabuena parte en ella; pero los que tienen alguna duda, como yo la tengo, no podrán hacerlo. Cierta es, que cuantas observaciones se me han hecho tienen mucho peso, y que nadie tiene sobre mí mas autoridad que este comité, así como tampoco nadie me aventaja en deseos de servir al Parlamento siempre que mi conciencia pueda quedar tranquila. No lo está en el momento presente. Mas como de ningun modo quiero servir de obstáculo á los designios del Parlamento, le devolveré muy gustosamente el despacho que me ha conferido á fin de que pueda elegir otro general mas digno que yo, y cuya conciencia le permita emprender ese asunto, del cual pido ser dispensado.»

Cromwell. «Me causa el mayor sentimiento, el que vuecencia se proponga devolver el despacho, que con la gracia de Dios le iba á suministrar ocasion de hacer eminentes servicios al Parlamento. Ruégoos, milord no os olvidéis de vuestros fieles oficiales, de los que hemos servido bajo vuestras órdenes, y no deseamos servir bajo ningun otro general. Mucho desaliento nos causaria, poniendo al mismo tiempo en grave peligro los intereses del Parlamento, el que nuestro noble general pensara en devolver su despacho. Espero, milord, que vuecencia no tendrá por conveniente conceder tales ventajas á nuestros enemigos públicos, ni tales motivos de tristeza á sus amigos.»

Fairfax. «¿Pero qué he de hacer? en tanto que me lo permita la conciencia, estoy todavia dispuesto á unirme á vosotros en servicio del

Parlamento; pero al mismo tiempo, estoy tambien seguro de que ninguno de vosotros aceptaria servicio alguno á despecho de su conciencia: esa es mi situacion actual, y por lo tanto pido que se me exima.»

Los comisionados se apresuraron á dar cuenta de esta conferencia al Consejo de Estado. «El teniente general, desempeñó, dice Ludlow tan al vivo y naturalmente su papel, que me llegué á persuadir que hablaba de buena fe. Esta circunstancia me movió á presentarme á él, cuando salia de la Cámara del Consejo, para suplicarle no llevara su modestia hasta el punto de no admitir un servicio, cuya negativa podria dañar á los intereses de la nacion: en lo sucesivo se echó de ver que no pensaba en semejante cosa.

Al otro dia de la conferencia, Whitlocke y lord Pembroke leyeron á la Cámara su informe por lo concerniente al proyecto de invasion de Escocia, y por lo tocante á lo ocurrido entre el Consejo de Estado y Fairfax. La Cámara decretó sin contradiccion, ser justo y necesario que el ejército inglés entrara en Escocia, y que sin demora se pusiera en movimiento. Se leyó y aprobó un Manifiesto justificando ese decreto. El uquier de la Cámara, hizo saber que M. Rushwort, Secretario del Lord General, solicitaba presentarse á ella. Concediéronselo, y el secretario manifestó haberle el lord general mandado entregar de su parte al Parlamento el último despacho que se le habia conferido, para ir á hacer la guerra á Escocia, y hasta su antiguo despacho de general en jefe, si el Parlamento lo mandaba. Asi lo mandó efectivamente, privándole de todo mando militar. De esta manera rompió la república con el único de los gefes presbiterianos que la sirvieron.

Cromwell, fue inmediatamente nombrado general en jefe de todas las fuerzas de Inglaterra.

De allí á tres dias, se puso al frente del ejército, y á las tres semanas pasó el Twed y entró en Escocia con quince mil hombres. Al poner el pié en el llanite de ese reino, habló á sus soldados en los términos siguientes.

«He aquí como cristiano, y como soldado lo que debo encargáros. Sed doble y triplemente cuidadosos, diligentes y discretos, porque en realidad es árdua la empresa que acometemos. Mas ¿por ventura no hemos merecido hasta el presente las bendiciones de Dios? Marchemos pues llenos de fe, y confiemos en que nos seguirá dispensando el mismo favor.»

Si Cromwell, hubiera sabido lo que pasaba en los Consejos de Escocia, y en sus relaciones con el rey que acababan de llamar, no habria tenido desconfianza alguna acerca del buen éxito de su expedicion.

No faltaban á la situacion de Carlos II respetos públicos, ni pompa real: habian asignado 9,000 libras esterlinas mensuales para gastos de su casa, y lo habian rodeado de numerosos servidores. En ausencia del Parlamento, que entonces no se hallaba reunido, los miembros del comité intermediario, llamado comité de los Estados con el marqués de Argyle á su frente, tributaban al rey un continuo homenaje. Argyle era un consumado cortesano, que cuidaba mucho de cumplir todas las formalidades y de aprovechar todas las ocasiones de complacer al rey. Al mismo tiempo estaba haciendo grandes preparativos para la guerra; el Parlamento habia decretado levantar en Escocia un ejército de treinta mil hombres, cuyo mando en jefe se habia encargado á David Lesley, general muy práctico, y al mismo tiempo se estaban construyendo alrededor de la capital numerosas fortificaciones. Pero todas esas celosas demostraciones de realismo, no alcanzaban á cubrir la nulidad forzada del monarca, ni la incoherencia de ideas y de actos de un partido, que simultáneamente queria sostener y desvirtuar el poder de la corona. Carlos, no asistia al consejo en que se trataban los asuntos, y cuando en sus conversaciones con Argyle manifestaba vivos deseos de hacerlo, el marqués sabia eludir respetuosamente la conversacion. En recompensa, el jóven soberano se veia continuamente asediado por parte de los teólogos. Estatutos, prácticas y sermones, entretenian las horas de desocupacion que le habian impuesto, y por mas esfuerzo que sobre sí mismo hacia por parecer hipócrita, no podia, y con razon, pasar por otra cosa que por un libertino. Aunque presbiterianos, ante todo los escoceses eran sinceros realistas, y Carlos poco inclinado á ilusiones, sabia muy bien que fuera de Escocia no habia para él ni reino, ni ejército. De aquí resultaba que de una y otra parte, el disgusto y la desconfianza eran profundos, y que si bien se consideraban como mutuamente necesarios, se diferenciaban demasiado para comprenderse y unirse.

Cuando supieron que Cromwell habia pasado la frontera, no pudieron dispensarse de presentar el monarca al ejército. Con este objeto pasó al campo de Leith, y las tropas lo recibieron con una alegría que causó no pocos recelos á los predicadores ardientes y á los políticos suspicaces. Carlos era alegre, espiritual y afable: su presencia produjo en el campamento un tumulto de conversaciones libres, y de demostraciones de afecto á su persona, mezcladas probablemente con algunos sintomas de indisciplina y de malevolencia hacia los que tan rigidamente lo vigilaban. No se descuidaron los fanáticos de aprovechar esta ocasion, y gritaron contra

el conjunto del ejército, en el cual, según ellos decían, se había dado cabida á muchos mal intencionados, á muchos antiguos amigos del duque de Hamilton, y á muchos realistas episcopales y libertinos. Mandaron sujetar el ejército á una purificación, y á consecuencia de esta fueron despedidos del servicio ochenta oficiales, y, según dicen algunos escritores, hasta algunos millares de soldados. No dejaron permanecer por mas tiempo al rey en el campamento, y apresuradamente lo trasladaron á Perth, es decir, mas lejos que antes. Todo esto fue poco para calmar los recelos ó para satisfacer la pasión de los fanáticos; y por lo tanto se empeñaron en humillar y comprometer á Carlos de un modo mas ruidoso. Pidiéronle que firmara una declaración expiatoria, reconociendo y deplorando solemnemente las faltas de su padre, la idolatría de la reina madre, su propio pecado en el tratado que había hecho con los rebeldes irlandeses y renovando contra el papismo y la herejía, y en favor de los Parlamentos libres y del régimen presbiteriano de la Iglesia, así en Inglaterra como en Escocia, todas las protestas y promesas que anteriormente habían arrancado de él.

El primer impulso de Carlos fue negarse: «Jamás podría yo volver á mirar, exclamó, el rostro de mi madre, si llegaba á firmar semejante documento.» Luego pidió un plazo para consultar á su Consejo. Los fanáticos no quisieron esperar. El Comité de los Estados y el de la Iglesia, manifestaron no querer de ninguna manera unirse á un partido de mal intencionados; que la causa del rey estaba subordinada á la de Dios, y que querían eximirse de la responsabilidad de sostener al rey actual en los actos y faltas de su padre. La mayor parte de los oficiales del ejército enviaron al Comité de los Estados su adhesión á este manifiesto. Otros, y entre ellos el coronel Strachan, el vencedor de Montrose, tuvieron sobre el particular con el ejército inglés y con Cromwell comunicaciones secretas que con razón debieron causar alarma á los realistas. En los púlpitos se dijo con toda claridad que el rey era la raíz del partido malo, y que había jurado la constitución con intenciones de no cumplir el juramento. Las reticencias políticas no resisten al contacto de las pasiones sinceras. Carlos intimidado cedió y firmó la declaración expiatoria. Llenos de alegría los fanáticos y el pueblo, y el ejército juntamente con ellos, celebraron por este triunfo, y en obsequio de semejante expiación, un ayuno solemne, y no faltaron predicadores que aseguraron á su auditorio, que «estando ya aplacada la cólera del cielo, sería fácil vencer á un general blasfemo y á un ejército de sectarios.»

A los pocos días de esa humillacion, Carlos daba audiencia al doctor King, dean de Tuam, que regresaba á Irlanda á unirse al marqués de Ormond, y le decia: «Señor King, he formado de vos el mejor concepto: no tengo por lo tanto recelo en aseguraros, que si bien la perentoriedad de mis asuntos me obliga á ciertas apariencias, no por eso dejo de ser un fiel hijo de la Iglesia de Inglaterra, y de permanecer firme en mis primeros principios. Soy un verdadero caballero, Mr. King. Vais á Irlanda; milord Ormond es el hombre del mundo en quien tengo mas confianza. Temo haber hecho algunas cosas que podrán serle perjudiciales. Ya habeis oido decir cómo me han arrancado una declaracion, y de qué manera me habrian tratado en el caso de no haberla firmado. Mas lo concerniente á Irlanda no es obligatorio, pues nada puedo hacer por lo tocante á ese reino sin el parecer de mi Consejo Irlandés. Por consiguiente todo lo que he hecho es nulo; sin embargo, no por eso me libro del temor de que cause algun daño á milord Ormond ó á mis amigos que lo acompañan. Si podeis darle una satisfaccion de cuanto me he visto obligado á hacer sobre el particular, me hareis un verdadero servicio. Decidle que considero, no solo como una falta, sino como una desgracia el no haber ido á Irlanda cuando fui llamado.»

No se le ocultaron á Cromwell esas disensiones del gobierno escocés; pero hallábase él mismo, juntamente con su ejército, en una situacion tan difícil, que mas bien tuvo que ocuparse de sus propios peligros, que de esplotar las debilidades de sus enemigos.

A medida que iba penetrando en Escocia, la poblacion se iba retirando, llevándose consigo provisiones, rebaños y muebles, y dejando solamente en los pueblos algunas viejas que rehusaban toda clase de servicio al ejército invasor. Ese era el fruto de las órdenes de Lesley y de la predicacion de los ministros presbiterianos, que no se cansaban de tronar contra los sectarios extranjeros, anunciando que venian con intencion de degollar á todos los habitantes que tuvieran de diez y seis á sesenta años de edad, de cortar la derecha á todos los jóvenes, de quemar los pechos de las mujeres, y de arrasar cuanto hallaran al paso.

En vano Cromwell publicó y derramó profusamente en su tránsito dos proclamas dirigidas una «al pueblo escocés,» y otra «á todos los santos que participaban de la fé de los elegidos de Dios,» con objeto de disipar el terror, y dar una satisfaccion al fanatismo del pueblo; en vano hizo observar en su ejército la mas rigurosa disciplina, y remitió á Edimburgo en uno de sus propios coches, para desmentir la fama de dura ferocidad, al-

gunos oficiales escoceses que habia hecho prisioneros en una escaramuza: todo era en vano; el terror y la antipatia acompañaban los pasos del ejército expedicionario, y se propagaban á larga distancia. Cromwell no podia proporcionar víveres á su tropa sino estando siempre junto á la costa para recibir los que le enviaban de Inglaterra. La estacion, á pesar de ser en el mes de agosto, era tambien mala, pues no cesaban de caer abundantes lluvias que empezaron á producir enfermedades en los soldados ingleses. El general que mandaba el ejército enemigo, seguia teniéndolo atrincherado entre Edimburgo y Leith; contentándose sin duda con tener cubierta la capital, sin aventurarse á una accion decisiva y dejando que los ingleses se consumieran en la soledad de las campiñas, y en la carestía del campamento. Muchas veces Cromwell intentó atraer á Lesley fuera de sus líneas para comprometerlo á un combate: con este objeto solia el general inglés tomar personalmente parte en las escaramuzas, y avanzaba tal vez mas de lo conveniente. En cierta ocasion dijo á un soldado escocés que habiéndole conocido le disparó su arma: «Si fueras de mi ejército te mandaria degradar por haber hecho fuego desde tan lejos.» De nada sirvieron todas esas tentativas; Lesley siguió constantemente en sus atrincheramientos. Desde Musselburgh Cromwell escribió (30 de julio) á Bradshaw: «Los escoceses esperan que perezamos por falta de viveres, lo cual sucederá probablemente si no los recibimos á tiempo y con abundancia.»

La situacion llegó, por último, á ser tan apremiante que Cromwell determinó salir de ella á toda costa. Decidióse en un Consejo de Guerra que el ejército se retirase hácia Dumbar á esperar víveres y refuerzos, y desde allí, á lo largo de la costa á la frontera de Inglaterra si los refuerzos no llegaban á tiempo. Al día siguiente, se embarcaron en Musselburgh quinientos enfermos, y el ejército se puso en marcha. Lesley salió inmediatamente de su campamento; siguió de cerca al ejército inglés incomodándolo y picando la retaguardia, pero absteniéndose de presentar una accion decisiva. Uno de esos ataques nocturnos fue tan vivo que «nuestra caballeria, de la retaguardia, dijo Cromwell, hubiera tenido que luchar contra todas las fuerzas escocesas, si la Providencia del Señor no hubiera velado la luz de la luna con una nube que permitió á nuestros escuadrones replegarse, á beneficio de la oscuridad al grueso del ejército.» Los ingleses llegaron á Dumbar fatigados, y al llegar Cromwell supo que Lesley acababa de hacer ocupar por un considerable destacamento el desfiladero llamado *Cockburnspath*, entre aquella plaza y la frontera inglesa, paso «tan estrecho, segun espresion del mismo

Cromwell, que diez hombres valen allí mas para detener, que cuarenta para abrir paso.»

Tan incapaz de ilusiones como de desaliento, Cromwell escribió en el acto á sir Arthur Haslerig, gobernador de Newcastle, diciendo: «Nos hallamos en una situacion muy difícil. El enemigo nos ha cortado el paso de Cockburnspat, y solo por un milagro podríamos atravesarlo. Ocupa las alturas que nos rodean, de manera que apenas podemos salir de aquí, y si permanecemos estacionados, las enfermedades van á consumir nuestro ejército. Comprendo que no disponeis de fuerzas bastantes para socorrernos con la prontitud necesaria; pero de todas maneras hareis bien de reunir cuanta tropa os sea posible, haciendo que de la parte del Mediodía os envíen toda la que puedan. Reparad que en eso se cifra el interés de todos los hombres de bien. Si hubiéseis podido caer sobre la retaguardia del destacamento enemigo que ocupa el desfiladero, vuestros refuerzos habrían podido llegar hasta nosotros. Pero Dios es sábio y conoce lo que mas nos interesa. Por otra parte, nuestros corazones se hallan en buen estado por mas precaria que sea la situacion en que nos vemos. Dios mediante, cada cual cumplirá con su deber, esperando constantemente en el Señor, cuya bondad tan repetidas veces se nos ha hecho ostensible.»

«Sin embargo, no os descuideis en reunir cuantas fuerzas, os sea posible, haciendo que nuestros amigos del Mediodía os las envíen. Comunicad á Enrique Vane lo que os escribo; pero hacedlo de manera que no sea público, pues con esto no se conseguiria mas que aumentar el peligro. A vuestra discrecion dejo el modo de hacerlo mejor.»

Una viva agitacion, pero muy diversa, la agitacion de la alegría y del orgullo dominaba en el campamento de los escoceses, al ver que delante de ellos se iba retirando «aquel antecristo, aquel arrogante Cromwell, que habia atraído sobre su cabeza la maldicion de Dios, degollando al rey, violando la constitucion; que llamaba apóstoles á sus cañones y decia tener en ellos toda su confianza.» A él y á todo su ejército lo tenían en aquel momento los escoceses encerrado entre sus montañas, su océano y sus escuadrones.

Lesley reunió su Consejo: no estaba exenta de dificultades su propia situacion; en las colinas que ocupaba su ejército no era posible encontrar agua ni forrajes: solo á costa de grandes esfuerzos podia prolongar en ellas su residencia. Esto no obstante, no desistió de su primer plan de campaña: era preciso, segun nuevamente dijo, evitar toda accion y se-

guir acorralando el enemigo hácia la frontera. ¿Qué mayor victoria podía conseguirse, que obligarle á pasarla humillado, y vencido sin combate? Casi todos los militares fueron de la misma opinion. Pero el Consejo de Lesley no era un simple Consejo de Guerra; á él asistian comisionados del Comité de los Estados y del de la Iglesia, y en el campamento pululaban ministros del culto que sin dar tregua á su exaltacion predicaban y empezaban ya á censurar su molicie, conjurándole que no dejara escapar de sus manos los enemigos que Dios le entregaba. «Habian dispuesto de nosotros, dijo Cromwell, y arreglado sus asuntos del modo que mejor convenia á sus ideas de cólera y de venganza contra nuestras personas; el pobre poder de Inglaterra habia desaparecido á sus ojos y ya creian que su rey y su ejército podrian llegar directamente á Londres sin tropezar con el menor obstáculo.»

Lesley, aunque poco convencido de semejantes razones, no resistió á ellas como debia: acaso tampoco á él le faltaban sus ilusiones y sus tentaciones de orgullo. En una de las escaramuzas de vanguardia hicieron los escoceses prisionero á un soldado inglés, que, á pesar de ser manco, se habia distinguido por su encarnizado valor. Lesley mandó que lo condujeran á su presencia y le preguntó: «¿Tienen los de vuestro ejército ganas de combatir?—¿Qué imagináis, pues, que estamos esperando? ¿A qué hemos venido aquí, sino á eso? replicó el soldado.—¿Pero cómo habeis de batiros, habiéndose embarcado ya la mitad de vuestros soldados y vuestros cañones de grueso calibre?—General, tomáos la molestia de bajar con vuestras tropas al pié de la colina y encontrareis soldados y artilleria gruesa.» Lesley mas conmovido de la firmeza del soldado que de su aviso, mandó darle libertad y resolvió presentar la batalla que hasta entonces habia tan cuidadosamente evitado: «Mañana, á las siete, dijo á sus oficiales, el ejército inglés será nuestro, muerto ó vivo.»

Aquel mismo dia por la mañana, Cromwell, que á pesar de su firmeza, principiaba á vacilar, convocó sus mejores amigos, para orar é invocar juntos el auxilio de Dios en medio del peligro. «Allí estábamos, dice Cromwell, bien cerca del enemigo; la carne sentia algunas debilidades porque comprendíamos claramente las desventajas de nuestra situacion. Pedimos al Señor su apoyo para nuestra fe vacilante y muchos de los nuestros dijeron que precisamente en razon del número de nuestros enemigos, y en razon de sus ventajas, de su confianza, de nuestra debilidad, y de nuestra mala situacion, nos parecíamos á los israelitas, al pié del monte y que el Señor se nos presentaria en la cima y nos abriria

camino de libertad y salvacion. Esta idea nos consoló é infundió esperanzas.»

Al salir de esta reunion , á eso de las cuatro de la tarde , Cromwell montó á caballo con su jefe de Estado Mayor Lambert , y se fué á pasear por los alrededores de Dumbar , en el parque de Broxmouth-House perteneciente al palacio del conde de Roxburgh. Desde allí dirigió su anteojó de larga vista hácia las posiciones del ejército escocés , y le llamó la atención el movimiento que estaba verificando ; parte de su caballería é infantería , se trasladaba del ala izquierda á la derecha , y descendiendo de las colinas hácia el mar como para cortar con mas seguridad la retirada al ejército inglés , y batirlo así que se pusiera en marcha.

Al ver ese movimiento Cromwell , no pudo menos de esclamar : « El señor nos los entrega á nuestras manos ; hélos allí que vienen : » hizo seguidamente observar aquella maniobra del enemigo á Lambert , y le preguntó si era de su modo de pensar. Lambert le contestó afirmativamente y Monk , á quien llamaron en el acto , opinó del mismo modo.

Reunióse el Consejo de Guerra , y Cromwell propuso que al romper el día , se pusiera en marcha el ejército , y fuese á atacar á los escoceses , que al parecer estaban dispuestos á dar la batalla , á fin de disputarle por todas partes el paso. Monk apoyó enérgicamente este parecer , y se ofreció á marchar el primero al frente de la infantería de vanguardia. La resolución fue adoptada , y los ingleses pasaron la noche preparándose silenciosamente para el combate.

Una oscuridad tempestuosa y la espesa niebla , que al rayar el día se estendió por todas partes , no dejó principiar la batalla tan pronto como Cromwell había querido , ni con buenos auspicios para su ejército. Su vanguardia de caballería , fue vigorosamente rechazada por la artillería y por los lanceros escoceses ; los primeros regimientos de infantería inglesa restablecieron el combate pero sin decidirlo : la lucha se prolongó largo tiempo gritando : *¡ Señor de los ejércitos !* los ingleses , y *¡ Covenant !* los de Escocia. A eso de las siete de la mañana , el regimiento de Cromwell , cargó bruscamente y arrolló cuanto se le puso por delante. En aquel momento se disipó la niebla y brilló el sol sobre el océano y las colinas. « Levántese Dios , esclámó Cromwell , y sus enemigos serán dispersados » Estas palabras resonaron á lo lejos repetidas entusiastamente de boca en boca. « Cromwell , dice uno de sus contemporáneos , era un hombre poderoso en los peligros de la guerra y en los campos de batalla ; en él brillaba la esperanza como una columna de fuego , cuando tal vez se había

estinguído ya en todos los demás.» El entusiasmo es tan contagioso como el desaliento; los ingleses redoblaron su choque; la caballería escocesa cejó; un cuerpo de infantería que resistía denodadamente fue deshecho y atravesado por algunos escuadrones, y empezó á resonar el grito de «¡*huyen, huyen!*» El desórden se apoderó rápidamente de todo el ejército escocés, y se dispersó por todas partes. Desde aquel punto ya no fueron, dijo posteriormente Cromwell, mas que yerba seca para nuestras espadas. «A las nueve habia cesado enteramente el combate: tres mil escoceses quedaban en el campo de batalla, y mas de diez mil prisioneros, toda la artillería, todo el bagaje y doscientas banderas en manos de los ingleses. Creo poder afirmar sin parcialidad, dijo Cromwell en el parte que al día siguiente dió al Parlamento, que todos vuestros comandantes y oficiales, guardando su puesto, asi como los soldados, se han portado con tanto valor, como en cualquiera accion de esta guerra; mas como sé que no lo han hecho para que se haga mención de ellos, me abstengo de daros mas detalles.»

De allí á dos días (3 de setiembre), los ingleses tomaron la ofensiva, y á los cuatro se habian apoderado de Leith, de todo el país inmediato á Edimburgo, y de esta misma ciudad. No pudiendo el castillo ser defendido por una numerosa guarnición, Carlos II y todo el gobierno escocés se retiraron hácia el Norte, á Perth, y el general Lesley con los restos de su ejército marchó hácia el Oeste á Stirling. El Parlamento republicano habia conseguido su objeto; la Escocia estaba invadida, y no pensaba mas que en defender su territorio.

En medio de la alarma general, Carlos se alegró en lo íntimo de su corazón de la derrota de los fanáticos, cuyo yugo sufría con impaciencia. A ellos, á sus rencorosas esclusiones, y á sus ciegas exigencias empezaba la opinión pública á echar la culpa de aquella inesperada desgracia. En vano los seis ministros presbiterianos que componian el Comité de la Iglesia, intentaron por medio de un tenebroso manifiesto, atribuir la victoria á las armas de Lesley, si el ejército y la corte hubiesen sido completamente purificados de profanos. Hasta bajo el mismo imperio del mas ardiente fanatismo, hay un cierto grado de insensatez, que en presencia de los sucesos poderosos, tristes y claros, no puede alcanzar fácilmente crédito.

Carlos juzgó que el momento era oportuno para librarse de sus dueños, y por mediación de algunos oficiales de su confianza, particularmente

de su médico el doctor Frazier, enemigo de Argyle, que poco tiempo antes lo habia desterrado de la corte, entró secretamente en negociaciones con los jefes realistas del alta Escocia, y entre otros con los lores Huntley, Middleton, Ogilvy y Dudhope, que le prometieron ponerse sobre las armas desde el punto que se viera entre ellos. Este secreto fue vendido á Argyle en el momento que Carlos preparaba su evasión, y el Comité de los Estados mandó en el acto á todos los caballeros que estaban todavia cerca del rey, abandonar la corte en veinticuatro horas, y el reino en veinte dias. Tres fueron únicamente los esceptuados, entre ellos el duque de Buckingham, que segun se sospechaba era el que habia revelado el secreto. El rey pidió para sus amigos nueve escepciones mas; pero no se las concedieron. No insistió; pero de allí á ocho dias salió de Perth á la una del dia en traje de caza, acompañado únicamente de cinco criados, y cuando estuvo á cierta distancia tomó el galope, se reunió con lord Dudhope, luego con lord Buchan que lo estaban esperando, y acompañado de algunos escoceses, llegó de noche á una pobre casa situada á diez y siete leguas de Perth, perteneciente al señor de Clova. Allí estaba descansando sobre un colchon, cuando al despuntar el dia, entraron el coronel Montgomery y otros tres oficiales enviados de Perth por el Comité de los Estados, que casi á un mismo tiempo habia descubierto la fuga del rey y el lugar de su residencia. Carlos parlamentó con ellos, diciendo que la causa de su fuga no era otra que el haber sabido que el Comité de los Estados trataba de entregarlo á los ingleses, y hacerle perder sus servidores. Montgomery clamó con indignacion contra semejante calumnia. Los caballeros que habian escoltado al rey durante su evasión, le instaban á que marchara con ellos, asegurándole que á dos ó tres leguas de allí encontrarían un numeroso cuerpo de montañeses dispuestos á ejecutar sus órdenes. Esta promesa no satisfizo á Carlos, que como su padre, se sentia poco inclinado á las aventuras peligrosas. En tanto que estaba vacilando para decidirse, llegaron dos escuadrones de caballería escocesa apoyando las pretensiones de Montgomery, rodearon la casa, Carlos cedió, y sin pérdida de tiempo fue otra vez reconducido á Perth.

No fue sin embargo perdida enteramente para él esta frívola provocación: Argyle y el Comité de los Estados, se alarmaron de la antipatía que le inspiraban y de la facilidad con que se les podia escapar. En la misma Iglesia Presbiteriana no faltaron tampoco algunos ministros mas sensatos que sus fogosos compañeros que dijeron, que se trataba mal al rey; que se procedía dura é injustamente con los realistas moderados, y que conve-

nia hacer un esfuerzo en reunir los partidos mas bien que en perpetuar y exasperar sus disensiones.

El Parlamento se reunió en Perth bajo la influencia de estas opiniones, y por lo tanto se mostró celoso por la causa del rey, y mas tolerante para con los realistas de las diversas fracciones. Decretóse todo lo necesario para la reorganizacion del ejército, y se adoptaron dos determinaciones que habian sido vivamente combatidas por los fanáticos: en una de ellas se declaraba que debian admitirse las espresiones de arrepentimiento dadas por los partidarios del difunto duque de Hamilton, y en la otra se decia que en caso de hacerlo asi fuesen admitidos al servicio del rey y del reino. Muchos presbiterianos moderados y hasta de los conocidos con el nombre de *caballeros*, se dieron prisa en aprovecharse de esta autorizacion: el sucesor de Hamilton y lord Landerdale volvieron á la córte. Carlos presidia el consejo, y se ocupaba sin obstáculo alguno de los asuntos del Parlamento y del ejército. Por último, se dijo que antes de mucho tiempo seria segun la antigua costumbre coronado solemnemente en Seone, y se empezaron á hacer los preparativos para esa solemnidad.

No veia Argyle con tranquilidad ese movimiento, por medio del cual sus enemigos empezaban á tener acceso cerca del rey; seguia siempre irritando á los fanáticos que eran sus amigos naturales; pero al mismo tiempo comprendia la necesidad de ceder, y Carlos por su parte procuraba calmar sus desconfianzas, ó hacerle con amabilidad mas Revaleros sus disgustos. Llegó hasta el punto de dejarle concebir esperanzas de que podria casarse con su hija. El capitau Tito, presbiteriano muy del gusto de Argyle pasó á Francia como encargado de hablar con la reina madre por lo tocante á este asunto.

Cromwell, libre del cuidado que por algunos momentos habia absorbido su atencion, estaba observando cuidadosamente estas evoluciones políticas de sus enemigos, y se prometia sacar buen partido de ellas. Cromwell sabia igualmente hablar á las masas y á los individuos, apelar á las creencias y obrar segun los intereses. La proclama que al entrar en Escocia habia dirigido «á todos los santos que participaban de la fe de los electos de Dios,» fue objeto de una viva contestacion por parte de la Iglesia de Escocia, que él supo diestramente aprovechar para ponerse en relacion y en controversia con los presbiterianos escoceses, discutiendo sus argumentos y sus actos, aduciendo testos de los libros sagrados, y provocando en las cuestiones, mútuamente suscitadas, el juicio popular de los fieles: «Les ocultais, decia Cromwell, los escritos que os remiti-

mos; de lo contrario, no podrian menos de ver el afecto que nuestra alma les profesa. Remitidnos cuantos escritos querais; los dejaremos circular libremente, porque no los tememos.»

Asi que se apoderó de Edimburgo, mandó escribir al gobernador del castillo á fin de que diera á entender á los ministros presbiterianos que



IRETON.

casi en su totalidad se habian refugiado en aquel punto, «que cuando quisiesen volvieren á la ciudad, y predicaran libremente en sus respectivas iglesias sin temor de que nadie los insultara, ni causase el menor disgusto, pues ya habia dado órdenes terminantes en su ejército sobre el particular.»

No se determinaron los ministros presbiterianos á obrar de ese modo, prestando «no encontrar en las palabras del general republicano suficientes garantías para la seguridad de sus personas, ni su libertad individual.» Cromwell los tachó de pusilánimes, diciéndoles: «que si tanto, como decian, desearan emplearse en el servicio de su dueño, no tendrian la imaginacion tan preocupada de sus intereses personales, y afirmando atrevidamente que nadie en Inglaterra ni Irlanda era perseguido por predicar el Evangelio, con tal que no lo tomara por pretexto para dominar ó humillar el poder civil.» Poco le importaba á Cromwell la exactitud de sus afirmativas con tal que en el momento de hacerlas y sobre el público á quien las dirigía produjesen la impresion que se había propuesto.

Algunos meses despues, durante su permanencia en Glasgow asistió con frecuencia á sermones presbiterianos, cuidando de proteger solícitamente la libertad de los predicadores hasta cuando le dirigian ataques que procuraba eludir convirtiendo en objeto de discusion los asuntos sobre que versaban. «Cierta dia les pidió, dice uno de los oficiales de Cromwell, una cita para conferenciar amistosa y cristianamente sobre puntos en que debiamos convenir á fin de que cesaran, si era posible todas las desavenencias. Verificóse esta conferencia el pasado miércoles sin que ni por una ni por otra parte se diera la menor señal de acrimonia ni de pasion: se habló con la mayor moderacion y dulzura. Milord, el general, y su gefe de estado mayor Lambert sostuvieron casi exclusivamente por nuestra parte la cuestion, y por la otra hablaron los sires James Guthrie y Patrick Gillespie. No hemos tenido noticia del resultado; pero puedo positivamente afirmar que en sus argumentos nada se echó de ver que pudiera hacernos perder la esperanza de conseguir nuestro intento.»

Tanto cuidado ponía Cromwell en atraerse la voluntad de las personas como en dirigir ó captarse las afecciones populares. Habiendo encontrado entre los prisioneros á mister Carstairs, ministro presbiteriano de Glasgow y Alejandro Jaffray, preboste de Aberdeen, hombres los dos de grande capacidad é influencia, se familiarizó con ellos hasta el punto de granjearse su afecto: dióse prisa á cangearlos con algunos prisioneros ingleses retenidos en el castillo de Dembarton y consiguió convertirlos en útiles agentes suyos en el país. Ninguna ocasion desperdió Cromwell de mostrarse bien prevenido y confiado respecto de las personas que veía mas dispuestas á servir á la república que á Carlos Estuardo. Entre estas

debe citarse Archibaldo Johnston que por de pronto vino á ser uno de sus amigos secretos, y por último, uno de sus mas enérgicos aliados. Hasta en las circunstancias mas insignificantes se complacia, sea por carácter, sea por cálculo en agradar á los indiferentes ó á los enemigos.

Practicando, cierto dia, con sus oficiales un reconocimiento en el condado de Lanack, necesitó un guia, y no pudo encontrarse quien hiciera este servicio mas que un jóven enfermo, hijo de sir Walter Stewart de Alerton, noble realista que tuvo otro de sus hijos en clase de capitán en la batalla de Dumbar. Practicado el reconocimiento, el general republicano entró en casa de aquel caballero, que creyó conveniente permanecer oculto, y por consiguiente, su esposa tuvo que hacer los honores de la casa. Cromwell habló con ella manifestándole interés por toda su familia incluso el marido, aconsejándole que hiciera mudar de clima á su hijo enfermo y proponiéndole como punto el mas á propósito la ciudad de Montpellier. Otro hijo de diez años se acercó al general y le tocó en el puño de la espada. «Bien, bien, dijo Cromwell poniendo su mano en el hombro del niño, tú serás mi pequeño capitán.» Acabada la comida se levantó, hizo en alta voz su acostumbrada oracion, rogando por la familia en cuya casa estaba, y se marchó dejando en el ánimo de la señora un pleno convencimiento de su piadosa bondad. «Estoy segura, dijo esta señora, de que Cromwell es un hombre temeroso de Dios y de que en el fondo de su alma desea el verdadero interés de la religion.»

Fomentado tan diestramente por parte de Cromwell no tardó el cisma en estallar entre los escoceses: cuanto mas se esforzaban los presbiterianos en aparecer moderados y dar señales de deferencia al rey y á sus amigos, tanto mas los fanáticos se acaloraban, y huían de él. Irritábanles particularmente las resoluciones del Parlamento que acababa de abrir las puertas de la córte y del ejército á los realistas, mediante algunas expresiones de arrepentimiento. Sobre este particular dirigieron al Comité de los Estados una violenta representacion atacando abiertamente al rey, deplorando el que se le hubiese hecho venir y pidiendo que se le separara á lo menos por algun tiempo de toda participacion en el gobierno; que sus ministros, particularmente, Argyle y Loudon, fuesen separados, y protestando contra toda idea de invasion á Inglaterra, y hasta contra la misma guerra, como esencialmente ilegítima si se hacia por interés y bajo la direccion de realistas libertinos é hipócritas. Cinco condados de Escocia, donde mas dominaban esas ideas se reunieron despues de la batalla de Dumbar en asociacion particular y solicitaron el permiso de le-

vantar tropas por su cuenta, declarando que resistirian constantemente á los sectarios ingleses, pero que no querian estar á las órdenes de Lesley. El Parlamento de Perth habia tenido la debilidad de consentir: levantáronse efectivamente en esos condados tres ó cuatro mil hombres y se pusieron bajo el mando de los coroneles Kerr y Strachan, los dos oficiales mas exaltados del ejército, y los dos, ó por lo menos Strachan, relacionados intimamente con Cromwell. Ya podian, pues, los fanáticos contar con tropas y con jefes.

Esta circunstancia causó grande emocion en el gobierno escocés: se decretó por de pronto que la representacion era calumniosa, facciosa y nociva, y se mandó al coronel Montgomery ir con dos regimientos de caballería á tomar el mando de todas las fuerzas del Oeste. Pero la discusion se fue prolongando; la ejecucion fue lenta y antes que la autoridad del gobierno se llegara á restablecer en los estados confederados, Cromwell hizo ir allí á Lambert con una division, y luego tuvo por conveniente pasar él mismo en persona. El pequeño ejército de fanáticos, sea por fuerza de armas, sea por convivencia de sus jefes fue batido y deshecho. El uno de sus jefes, Kerr fue herido y hecho prisionero sin gran resistencia, y el otro, el coronel Strachan, se pasó públicamente á Cromwell con varios oficiales. «Aquí existe, decia el general republicano, despues de este suceso, una gran desorganizacion, y se ven ostensiblemente los poderosos efectos de la mano de Dios sobre muchas personas del sacerdocio y del pueblo: mucho podemos prometernos para la justificacion de nuestra causa. Algunos siguen siendo tan malos como siempre: trafican hipócritamente con sus propios sentimientos y con la constitucion para dar á entender que es razonable y lícito el unirse á los antiguos mal intencionados, como en realidad lo hacen, ó mejor dicho lo han hecho desde hace algun tiempo, adoptando por jefe al jefe de estos. No faltan algunos que se detienen en presencia de tales actos, y otros que impelidos por la accion de Dios, sobre su conciencia, se acusan tristemente á sí mismos, reconociéndose culpables de la sangre derramada en esta guerra por su participacion en el tratado de Breda y en el regreso del rey. Esto es lo que ha hecho un lord del tribunal de las sesiones, que ya anteriormente se habia retirado del Comité de los Estados. Ultimamente mister James Livingston, hombre muy apreciable por su piedad y su conciencia que habia sido uno de los comisionados de la iglesia de Breda, se ha acusado solemnemente en presencia de la Asamblea, y se ha retirado de ella para volver á su casa.

Carlos se felicitaba tambien como Cromwell de esta desorganizacion

del partido presbiteriano; pues al mismo tiempo y por consecuencia natural, se iba organizando el partido realista. Los moderados se acababan de comprometer por librarse del yugo de los sectarios; estos se desacreditaban con el pueblo pacífico por sus violencias y sus contratiempos, y los grandes señores partidarios del trono iban adquiriendo cada vez mayor confianza.

La coronacion tuvo lugar (1.º de enero del 1651) en la iglesia de Scone con la antigua pompa regia, y á pesar de la austeridad presbiteriana del sermón predicado por Roberto Douglas, moderador de la Asamblea general de la Iglesia, y del incomprensible rigor de los juramentos exigidos de Carlos, pudo durante toda la ceremonia notarse una espresion de formal lealtad y entusiasta adhesion. Los concurrentes de todas condiciones, por poco conformes que estuvieran en ideas relativamente al gobierno, deseaban sinceramente la monarquía para su país y á Carlos Estuardo por rey. A fin de consagrar su derecho se aventuraban al coronarlo á las consecuencias de una lucha bien desigual; ¡dichosos ellos si en recompensa hubiesen podido contar con la sinceridad y recíproco afecto del soberano!

Casi al mismo tiempo que Carlos era coronado en Scone, el Parlamento republicano de Inglaterra enviaba á Edimburgo un famoso grabador, mister Simon, para que retratara á Cromwell, y se acuñara una medalla en recuerdo de la batalla de Dumbar. «Mucha sorpresa me ha causado, contestó con este motivo el general republicano, el ver que hayais mandado hacer tan largo viage á mister Simon para una cosa de tan poca importancia, por lo menos en lo tocante á mi persona. En cuanto mi humilde opinion pueda tener alguna autoridad cerca de vosotros, pienso que lo que convendria consagrar de esa manera sería el recuerdo del favor que el cielo nos dispensó en Dumbar, y de vuestra gratitud para con el ejército. Esta idea estaría muy bien espresada en la medalla si por una parte representara el Parlamento, como con mucha razon creo que se piensa hacer; y por la otra un ejército con esta inscripcion: *Señor de los ejércitos*, que era nuestro santo y seña de aquel dia. Suplicoos pues, formalmente, si es que puedo hacerlo sin ofenderos, que la medalla se acuñe de ese modo. Si os parece que esta idea no es conveniente, podeis modificarla como mejor os parezca; pero con toda verdad os digo que me sería muy grato que mi esfigie no figurase en la medalla.»

El Parlamento de Londres no accedió á este deseo, y la medalla se acuñó con arreglo al primer diseño. Ningun hombre eminente ha sabido

llevar á ese extremo la hipocresía de la modestia, ni subordinar tan fácilmente su vanidad á su ambición.

Dos impensados accidentes ocurrieron en aquel punto, por los cuales la guerra y los negocios tomaron nuevo é inesperado rumbo. Cromwell cayó gravemente enfermo, y en Inglaterra estallaron revoluciones realistas.

Desde que Carlos estaba en Escocia andaban los realistas ingleses agitando para ayudarlo. El rey por su parte habia enviado á muchos de ellos despachos con la firma en blanco para darles toda clase de poderes, levantar tropas, conferir empleos, hacer promesas, y finalmente para obrar como lo tuviesen por conveniente en su real nombre. Entre los *Caballeros* que vivian en Inglaterra muchos eran indiscretos por temeridad ó por sus vanas aspiraciones, y los que estaban seguros en Holanda ó en París al lado de la reina madre, solian con frecuencia comprometer por medio de sus cartas ó sus conversaciones á sus amigos de Inglaterra. Grandes eran la envidia y la desconfianza que dominaban en los diversos grupos de aquellos proscritos que se disputaban la influencia entre los fastidios del destierro, ó la esperanza de otros tiempos mejores: tan pronto rehusaban comunicarse y ponerse en recíproca inteligencia, como se vendian unos á otros por animosidad, ó por pura ligereza. El Consejo de Estado republicano habia organizado contra ellos y entre ellos una policía muy activa. Uno de los miembros del Consejo, Scott, se habia encargado especialmente de la dirección de esa policía, y para manejarla no le faltaban destreza ni dinero.

Durante los años 1650 y siguiente se fraguaron cuatro conspiraciones realistas, sea por parte de antiguos *Caballeros*, sea por parte de presbiterianos, tanto mas celosos cuanto mas reciente y sincera era su conversión. Las cuatro conspiraciones fracasaron, y en el espacio de trece meses hubo veintisiete realistas, militares ó paisanos, legos ó eclesiásticos, ilustres ó desconocidos que subieron al patíbulo, algunos por sentencia de consejos de guerra, y los mas por altos tribunales de justicia encargados, no de juzgar segun las leyes á los acusados, sino de defender la república contra las opiniones del pueblo, y los atentados de sus enemigos.

No desmayaron por eso los realistas ingleses, cuya adhesión acababa de estimularse por las contrariedades y la ociosidad: su rey estaba en Escocia: allí se estaban batiendo por él, y de allí les venian noticias vagas acerca de sus peligros, sus fuerzas y sus designios que cebaban sus iras ó daban pábulo á sus esperanzas. No les era posible permanecer en la inac-

cion mientras que á tan poca distancia se estaba ventilando su causa, y á su vez se esforzaban por transmitir á Escocia el eco de sus tentativas de sublevacion, de sus ilusiones y de sus promesas.

En tanto que el espíritu realista se reanimaba del modo que hemos dicho en Escocia y fermentaba en Inglaterra, Cromwell, al regresar al frente de sus tropas de una larga marcha entre las lluvias y nieves del invierno, fué atacado en Edimburgo de una violenta calentura, que llegó á ser grave y á inspirar temores al Parlamento y al Consejo de Estado que espresamente le dieron testimonio de su patriótica solicitud. Cromwell contestó á Bradshaw: «Os manifiesto mi humilde gratitud por el alto favor y tiernas solicitudes que habeis empleado para conmigo, que en realidad no soy digno de ellas. No tienen vuestros asuntos, milord, necesidad de mí, que no soy mas que una pobre criatura. Hace poco que no era otra cosa que un conjunto de huesos áridos, y ahora no paso de ser un servidor bastante inútil para mi Señor y para vosotros. Cref que moriria de esta enfermedad; mas parece que el Señor lo ha dispuesto de otro modo. Yo no deseo vivir, milord, si el Señor no me concede la gracia de poder emplear mi corazon y mi vida en manifestarle mas gratitud, mas fé, y en ser mas activo y mas útil respecto de aquellos á quienes sirvo.»

De allí á pocos dias se encontró mas aliviado y volvió á su ordinario género de vida. En Londres recibieron la noticia de que el lord general se hallaba restablecido. «Hoy, decia la correspondencia que daba esta noticia, ha comido el lord general con sus oficiales, y se ha mostrado animado y contento: su salud no nos inspira por ahora temor, y creemos que con el favor de Dios no tardará mucho en hallarse en disposicion de volver á abrir la campaña.» Asi lo hizo en efecto, pero la enfermedad volvió á reproducirse de nuevo y tres recaidas sucesivas manifestaron su intensidad. El Parlamento envió á Edimburgo dos célebres profesores de medicina, Vates y Wright, y Fairfax les dió su propio coche para el viage. Finalmente, la Cámara decretó, que en vista de la indisposicion del lord general y de lo riguroso del clima en que se hallaba, le invitaba por razon de su salud á trasladarse á enalquier punto de Inglaterra, donde con la gracia de Dios y el auxilio de eficaces remedios, pudiera recobrar bastante salud y fuerza para volver al frente del ejército, cuyo mundo podia entre tanto confiar á quien lo creyera mas conveniente.

Al llegar á Escocia esas determinaciones del Parlamento, acababa de ocurrir un hecho importante, que al parecer revelaba nuevas disposiciones en el partido realista. El partido moderado, temiendo por jefes á

Hamilton y Landerdale, ejercia una suprema influencia en el Parlamento de Escocia. Argyle hacia vanos esfuerzos por oponerse: Carlos al paso que condescendia con él y con sus amigos empleaba su destreza en sostener el prestigio de sus enemigos: el ejército se reorganizó segun los deseos del rey, y á pesar de los vivos debates y de la formal protesta del canciller, lord Loudon, muchos realistas de los mas pronunciados fueron colocados en la clase de coronel. Por último, el Parlamento convidó á Carlos con el mando del ejército, y desde aquel punto el rey fue en realidad dueño de sus tropas y de su gobierno, precisamente cuando el Parlamento de Inglaterra invitaba á Cromwell á que se retirara de Escocia, cuyo clima amenazaba tan de cerca á su vida.

Un mes habia transcurrido apenas despues de este suceso cuando el general republicano, sea por lo vigoroso de su temperamento, ó por lo enérgico de su voluntad, volvia á entrar vivamente en campaña; maniobraba alrededor del ejército escocés nuevamente atrincherado en Stirling; tomaba á fuerza de armas ó por traicion las fortalezas que seguian defendiéndose; sometia los condados inmediatos; batia en persona, ó por medio de sus tenientes, las divisiones que trataban de oponerse á sus movimientos, y bloqueaba á Perth, amenazando de esta manera á Carlos acampado con su ejército en Stirling, arrebatarle á retaguardia la ciudad que habia elegido por metrópoli de su gobierno.

Carlos tomó entonces bruscamente la resolucion que desde mucho tiempo atrás estaba meditando: anunció á su Consejo la intencion de levantar el campo y de pasar á encender la guerra á Inglaterra, donde sus partidarios no esperaban mas que esa ocasion para sublevarse. Es indudable que muchos jefes escoceses, aun de los mas acérrimos realistas, estaban muy distantes de aprobar en el fondo de su corazon semejante proyecto: no les acomodaba comprometerse hasta tal punto con sus terribles vecinos, y en este concepto le habian algunas veces insinuado que haria bien de contentarse con la corona de Escocia y dejar á la Inglaterra agitarse cuanto quisiera bajo el yugo de la república y de las facciones revolucionarias. El recuerdo de la invasion intentada en 1647 por el difunto duque de Hamilton y de sus funestas consecuencias, estaba aun muy reciente en los ánimos. Sin embargo, la mayor parte de los que así opinaban, callaron y se adhirieron al proyecto del rey, bien sea intimidados por su voluntad, ó tal vez arrastrados por el influjo que en toda situacion apurada ejerce una resolucion atrevida.

Solo Argyle es el que hizo cuantos esfuerzos pudo por disuadir al rey.

Obrando por rivalidad de partido, pues la expedicion que el rey proyectaba era conforme á las miras de la faccion de Hamilton, ó bien cediendo á las sugerencias de la prudencia y de la sagacidad política, supo Argyle apreciar mejor que la pequeña córte de Carlos el estado de los ánimos en Inglaterra, el ardor del partido republicano, todavía jóven, si así puede decirse, y las pocas probabilidades de las sublevaciones realistas. «¿Para qué aventurarse á tales riesgos, decía Argyle, privando de su ejército y de su rey á la Escocia que tantas pruebas de afecto le había dado? ¿Para qué lanzarse con el pequeño ejército escocés en medio de sus enemigos, cuando solo con permanecer en Escocia á la defensiva podia gastar y destruir al ejército inglés, y al mismo Cromwell en el rigor de otro invierno? Carlos se desentendió de estos consejos; Argyle insistió, y por último rogó, que no siéndole posible tomar parte en semejante expedicion, se le permitiera retirarse á sus Estados. Algunas personas aconsejaron á Carlos que lo mandara prender en el acto; pues segun decian era peligroso dejar detrás de sí en Escocia descontento á un personaje de tal importancia. El rey no quiso tomar esa medida, bien por efecto de su reciente intimidad, ó bien por evitar un rompimiento tan ruidoso. Argyle pudo partir á su palacio de Inveray. El rey anunció públicamente por medio de una proclama su resolucion de emprender al dia siguiente la marcha hácia Inglaterra, acompañado de aquellos de sus súbditos que quisieran manifestarle su voluntad, participando de su fortuna: en efecto, al dia siguiente (31 de julio del 1651) marchó hácia Carlisle al frente de un ejército de once ó catorce mil hombres, y llevando á David Lesley de teniente general.

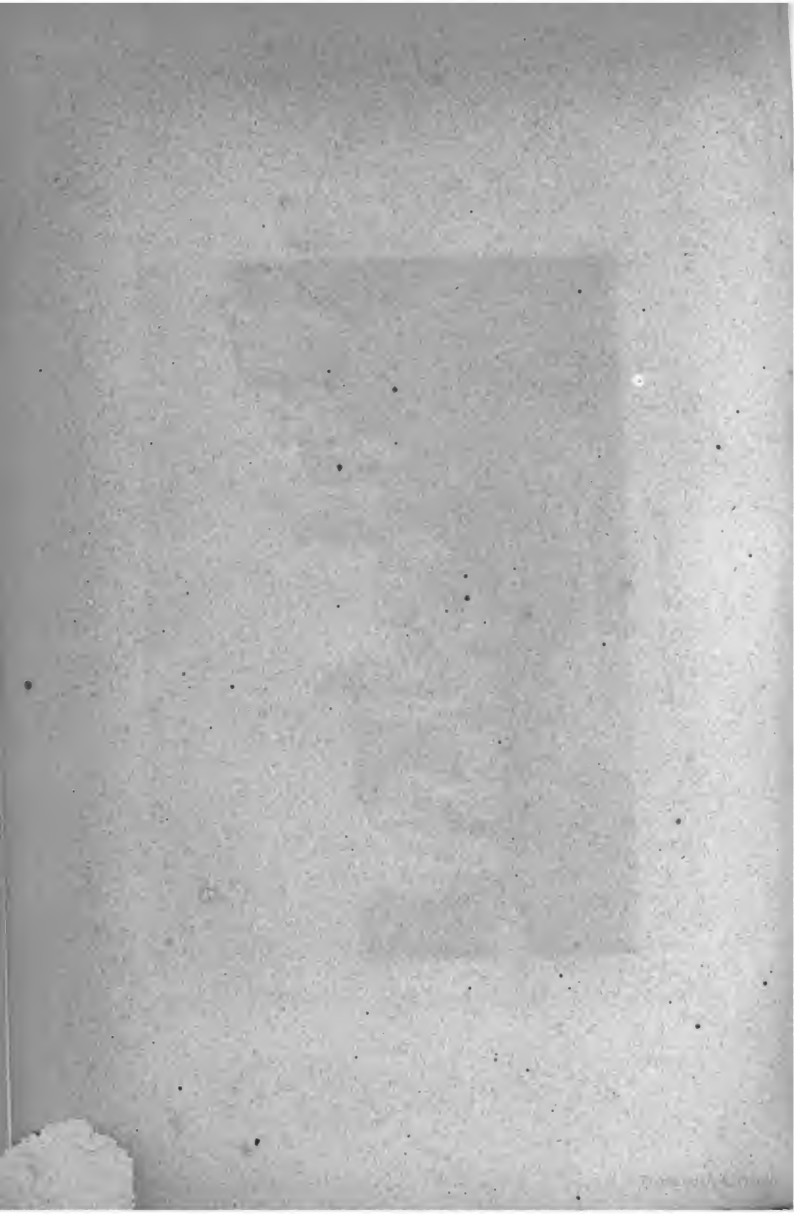
Cromwell se hallaba delante de Perth, cuya plaza acababa de rendir al saber esta noticia. No puede decirse á punto fijo si le causó mas sorpresa que disgusto. De todas maneras es indudable que empezaban á causarle ya viva inquietud las dificultades y peligros que para él y para su ejército presentaba la guerra poco eficaz que durante un año estaba haciendo en Escocia, y que por lo tanto consideraba como mas ventajoso y decisivo el poderla hacer en Inglaterra. Ya desde el mes de enero anterior había hecho ver al Parlamento inglés que podria llegar el caso de que los escoceses tentaran una invasion, y las últimas maniobras que el ejército inglés había hecho colocándose á retaguardia del enemigo, abrian tan francamente el camino de Inglaterra á Carlos, que al parecer le invitaban á que se lanzara por él. No se le ocultó á Cromwell la impresion de terror, de cólera y de desconfianza que iba á suscitarse en Londres, mayormente,

cuando aun no hacia ocho dias que al marchar sobre Perth habia escrito al Parlamento diciendo: «Dejo á retaguardia fuerzas suficientes para combatir al enemigo, y para oponerse ventajosamente á toda tentativa que pudiera hacer para entrar en Inglaterra.» En vista de esto Cromwell con una firmeza digna y bien entendida, trató de anticiparse en el año á las recriminaciones y sospechas, y para el efecto remitió (4 de agosto) al Parlamento una comunicacion, diciendo: «Hemos recibido una vaga noticia de la marcha del enemigo hácia el Mediodía, aunque en realidad puede dudarse de que asi lo haya hecho. Sin embargo, hemos retrocedido con toda diligencia, y nuestra infantería y gran parte de la caballería han pasado hoy el estrecho. Marcharemos con cuanta rapidez nos sea posible sobre el enemigo, que en medio de su temor y desesperacion, é impelido por la imperiosa necesidad, se ha resuelto á probar fortuna por ese camino. Temo que si por casualidad marcha hácia Inglaterra, no sea la ventaja de algunas jornadas que nos lleva, causa de turbarse el ánimo de algunas personas y de producir algunos inconvenientes. No puedo menos de sentirlos profundamente, y á fin de prevenirlos he empleado y emplearé tanta vigilancia como el que mas. Lo que me consuela es que en todo he creido obrar del mejor modo segun mi capacidad y sencillez de corazon ante Dios: estaba convencido de que no terminando prontamente este asunto, nos arrastraria á otro invierno, capaz por sí solo de arruinar nuestras tropas que no están acostumbradas como las escocesas á los rigores del clima, y que además produciria infinitos gastos al tesoro público de Inglaterra. Tal vez se pensará que hemos podido impedir ese movimiento del enemigo interponiéndolos entre él y nuestro país. Creo que en realidad pudimos hacerlo; mas no sé cómo lo habriamos conseguido sin dejar de hacer al propio tiempo lo que hemos hecho, esto es, arrojándolo de la posicion que tenia. Solo podian conseguirse ambas cosas teniendo un poderoso ejército en cada orilla del Forth, y nosotros no lo teniamos... Como es posible que el enemigo os cause alguna inquietud, os suplicamos que con el mismo valor y la misma confianza en Dios que os han sostenido para llevar á cabo las grandes empresas que Dios se ha servido consumir por vuestras manos, pongais en accion todas las fuerzas que podais reunir, á fin de hacer frente al enemigo hasta nuestra llegada, que con el favor de Dios, será muy pronta. Tenemos la consoladora esperiencia de que Dios liela los corazones de nuestros enemigos, y cuando nos encontremos frente á frente, confiamos que el Señor pondrá en evidencia la locura de su desesperado designio. La Inglaterra ha estado en otras ocasiones mu-



PALAZZO DEI PARLAMENTI.





cho mas turbada que lo que en la actualidad puede llegar á estarlo. Un ejército escocés mucho mas considerable que este , y que nunca habia sufrido una derrota , nos invadió: pocas eran las fuerzas que teniamos para resistirle , y sin embargo no vacilamos en lanzarnos entre él y la Escocia. Tengamos bien presente que Dios nos concedió la victoria. El movimiento que el enemigo acaba de hacer , no depende sino de una especie de necesidad ; y esperamos que así sucederá tambien su ruina. Este es el tan anhelado objeto de vuestra obra : debemos confiar en el Señor , pues bien conocidos nos son sus favores , esperando en su proteccion que es la vida de nuestra causa.»

Cromwell no se habia engañado : grande fue la turbacion que produjo en Londres semejante noticia ; el miedo se ocultaba bajo la cólera ; en el Parlamento , en la *Cité* y hasta en lo interior del Consejo de Estado , lo acusaban , declamaban contra él , y preguntaban si se habia coaligado con Carlos Estuardo. «Hubo personas dice Mistriss Hutchinson, que manifestaron indignos y ridículos temores : el mismo Bradshaw , reputado como hombre de corazon , no pudo abstenerse de manifestar en particular su miedo.» Pero entre los jefes la conmocion fue muy corta. Vane , Scott , Robinson y Enrique Martin eran hombres de un valor activo y obstinado , estaban apasionadamente adheridos á su causa , y comprometidos hasta el punto en que el valor , sin dejar de ser virtud , pasa á ser una necesidad. En el acto tomaron medidas para hacer frente á los sucesos , y restablecer la confianza. El ejército , que poco tiempo hacia habia sido aumentado con tres mil caballos y mil dragones , recibió un nuevo refuerzo de cuatro mil infantes. La milicia fue puesta en activo servicio en todo el territorio nacional. En Londres y en las inmediaciones se formaron tres regimientos de voluntarios , especialmente destinados al servicio y á la defensa del Parlamento. Hombres influyentes y llenos de ardor , como el coronel Hutchinson y John Claypole , yerno de Cromwell , formaron á su costa escuadrones con el mismo objeto , y el Parlamento concedió las sumas necesarias para atender á todos esos gastos. Carlos II al entrar en Inglaterra publicó una amnistia general , que solo escluia á tres hombres , á saber : Cromwell , Bradshaw y Cook , grandes actores en la tragedia de Carlos I. El Parlamento contestó á esa proclama mandándola quemar en Londres por mano del verdugo ; declarando á Carlos Estuardo , y á sus favorecedores en aquella empresa , reos de alta traicion , y condenando á la última pena á cualquiera que sustentara relaciones con él. A estas medidas de rigor añadió el gobierno republicano el encarcelamiento y destierro de

los antiguos realistas; y por último, la policía obró con tanto rigor y minuciosidad, que en ciertos distritos se mandó á los padres de familia tener sus hijos y criados estrechamente encerrados en sus casas, sin permitirles salir mas que en horas determinadas, y delatándolos al Comité de milicia del distrito si llegaban á pasar doce horas fuera del recinto de la casa.

A todo eso, Carlos venia avanzando con su ejército al través de los condados del Nor-Oeste de Inglaterra, sin encontrar el menor obstáculo. Cromwell, al tener noticia de su partida, destacó á Lambert y Harrisson con dos cuerpos de tropas ligeras, mandándoles seguirlo y acosarlo, sea reunidos, sea separadamente, por el flanco y retaguardia, embarazándole la marcha, pero sin comprometer una accion decisiva, que no habrian podido sostener, y que Cromwell queria tener el honor de ganar. « Su magestad avanza hácia Inglaterra, escribia desde Penrith lord Landerdale á su esposa, al frente de un buen ejército, doble ó mas que el que Gustavo-Adolfo, rey de Suecia, llevó al entrar en Alemania. Asi que pusimos los piés en Inglaterra, su magestad fue proclamado rey por un inglés que ha sido nombrado rey de armas para ese objeto, al frente de su ejército y entre el estrépito de las aclamaciones y salvas de artillería. Ayer el rey fue proclamado en Penrith, y lo será sucesivamente en todas las poblaciones de consideracion por donde vayamos pasando. Jamás se ha visto un ejército mas disciplinado que el nuestro, desde que hemos entrado en Inglaterra; creedme: es el mejor ejército escocés que en ningun tiempo se ha visto, y creo que asi lo sabrá demostrar. Todos los que no se hallaban dispuestos á sacrificar todo por su rey en esta expedicion, nos han ido abandonando con ingeniosos pretextos. Esto ha sido á manera de una expurgacion natural que nos será muy saludable. Hasta ahora no ha ocurrido accion alguna, no siendo el rechazar algunos pequeños destacamentos, escaramuzas, que no merecen la pena de mencionarse. No quiero olvidarme de una cosa: esta mañana, el hijo de milord Howard de Escrik, se nos ha presentado desertando del enemigo con todo su escuadron; su magestad lo ha recibido cariñosamente, y en el acto lo ha armado caballero. Este es el primero que ha reconocido su deber, pero tengo esperanzas de que en breve habrá muchos que imitarán su ejemplo. »

No llegaron á realizarse estas esperanzas de lord Landerdale: muy pocos fueron los ingleses que se presentaron á Carlos durante su marcha. No podia el orgullo nacional olvidar que invadia aquel soberano el país al frente de un ejército de presbiterianos y escoceses, de extranjeros y de sectarios: los miembros de la Iglesia episcopal, andaban descontentos é

inquietos; estos sentimientos se amalgamaban en cierto modo con el temor que inspiraban las rigurosas medidas del Parlamento.

Carlos no encontraba apoyo ni resistencia. En la mayor parte de las ciudades por donde pasaba, era acogido con aclamaciones; pero el pueblo no se levantaba; y hasta los mismos jefes realistas que se le presentaban eran muy pocos, y apenas traian acompañamiento.

Carlos, al partir de Escocia, habia dado noticia de su movimiento á uno de sus mas adictos y bizarros parciales, el conde de Derby, que desde el fin de la guerra civil vivia retirado en su isla de Man, en compañía de su esposa Carlota Tremouille, tan realista y heroica como él. Dióse el conde prisa á incorporarse al ejército del rey trayendo consigo unos cuantos amigos y criados escogidos, y Carlos le mandó recorrer el condado de Lancaster para escitar y reunir sus partidarios. Mas asi que el conde empezó á hacer esfuerzos para cumplir esta comision, fue sorprendido y derrotado en Wigan por el coronel Roberto Lilburne, que la prevision de Cromwell habia enviado á los condados del Oeste para sofocar los movimientos realistas; en ese encuentro el conde cayó prisionero, y si bien á fuerza de grandes trabajos pudo escaparse, no tuvo otro arbitrio que reunirse derrotado, fugitivo y casi solo con el rey en Worcester. Otro de los tenientes de Carlos, de diverso matiz religioso y político, el general Massey, buen oficial, y en otro tiempo presbiteriano y parlamentario, recibió órden de ir á reunir los realistas de los condados de Lancaster y de Chester, donde se suponía ejercer mucha influencia. Con bastante prosperidad en efecto seguía el general desempeñando su comision, cuando los sacerdotes escoceses que iban á todas partes con el ejército, echaron de ver que admitia indistintamente católicos, episcopales y presbiterianos.

Sin decir nada al rey, redactaron los ministros presbiterianos un Manifiesto que mandaron al general publicar diciendo, que nadie seria admitido en el ejército sin haber previamente jurado el *Covenant*. Asi que Carlos tuvo noticia de este suceso, escribió á Massey prohibiéndole publicar semejante documento; pero habiendo el Parlamento inglés interceptado y publicado esta comunicacion, acabó de revelar la poca sinceridad del rey, y las intestinas desuniones de su partido. Al mismo tiempo que los realistas se manifestaron tímidos, los republicanos hacian alarde de obstinacion: habiendo Carlos intimado la rendicion al gobernador de la pequeña plaza de Bigger, contestó que solo la conservaba para la república, de cuya autoridad la habia recibido. Carlos pensaba convertir la ciudad de Shrewsbury en centro de sus operaciones en el Oeste, lison-

jeándose de que su gobernador, el coronel Mackworth, que acababa de dejar la toga por la espada, le abriría las puertas; sucedió al contrario, el nuevo coronel se las cerró bruscamente, y el Parlamento le regaló una cadena de oro en recompensa de su fidelidad.

Al llegar á Warrington, junto al Mersey, el ejército realista vió un considerable cuerpo de tropas apostado sobre la izquierda: eran las de Lambert y Harrisson reunidas que intentaban cortarle el paso destruyendo el puente; pero no lo consiguieron; el ejército pasó, y algunos escuadrones de realistas cargaron vivamente la vanguardia de Lambert, gritando: «¡ Ah, pícaros! nosotros os destrozaremos antes que vuestro Cromwell pueda llegar.» Lambert rehusó la acción, se retiró no muy en orden, y Carlos no tuvo por conveniente perseguirlo. El rey no tenía otro afán que avanzar; pero en el momento que el enemigo se retiraba, vió Carlos á su teniente general David Lesley, caminar solitario y con ademán melancólico y abatido. «¿ Cómo podeis estar tan triste, le preguntó, al frente de un ejército tan bizarro? Reparad, general, qué aspecto tan animado presenta.»—«Señor, le respondió Lesley al oído, estoy triste, porque sé que ese ejército á pesar de su buen aspecto, no se batirá.»

Carlos llegó (22 de agosto) á Worcester para donde había prometido buenos cuarteles y algunos días de reposo á sus cansadas tropas. Intenciones tuvo de marchar sin detenerse un punto sobre Londres; pero Carlos, si bien tenía ánimo bastante para concebir grandes proyectos, carecía de corazón para realizarlos. Worcester era una ciudad importante y bien situada. El Consejo de Estado la había convertido en una especie de destierro para un cierto número de nobles de los alrededores que se hallaban reunidos á la llegada del rey, y que lo recibieron con gran entusiasmo: las autoridades locales hicieron lo mismo y sin pérdida de tiempo, tomaron medidas para facilitar todo lo necesario al ejército. Carlos resolvió establecer allí su cuartel general: precisamente el mismo día que hacia nueve años (25 de agosto del 1651) que su padre había desplegado el estandarte real en Nottingham para dar principio á la guerra civil, Carlos plantó el suyo en Worcester, y por medio de una solemne proclama, llamó á todos sus súbditos de diez y seis á sesenta años de edad á que asistieran á la gran revista que quería pasar en las praderas situadas entre la ciudad y el río Saverne. Solo treinta ó cuarenta nobles con unos doscientos hombres de acompañamiento, asistieron á esa cita. Allí se vió que el ejército real venía á componerse de unos doce mil hombres, de los cuales solo dos mil escasos eran ingleses.

Por el contrario, en el partido republicano y en el mismo país, ocurría la mas viva agitacion contra aquellos presuntuosos vecinos que por medio de la fuerza querian dar un rey á Inglaterra, y contra aquellos tiránicos presbiterianos que aspiraban á establecer violentamente su culto sobre las conciencias cristianas. Ante esa opinion nacional, enmudecian casi del todo la diversidad de ideas y de pareceres políticos. Las milicias de un gran número de ciudades, de Londres, Bristol, York, Coventry, Gloucester, Hereford, etc., tomaban arduosamente las armas para defender sus hogares, y hasta para ir á reunirse al ejército que defendía el país. Con ese mismo objeto se formaban regimientos de voluntarios en muchos condados. Fairfax, que se había negado á invadir la Escocia, se ponía ahora en el condado de York al frente de sus vecinos, y ofrecía personalmente sus servicios á Cromwell para rechazar á los que se atrevían á invadir la Inglaterra. El Parlamento con sus medidas y recompensas, y Cromwell con sus disposiciones y su ejemplo en todo el tránsito del Nord-Este al Sur-Oeste de Inglaterra, daban sin intermision pábulo á ese movimiento. Al llegar en veinte y un dias de marcha el general republicano desde Escocia de donde había salido con diez mil hombres á Worcester, reunió bajo los muros de esa ciudad un ejército de treinta y cuatro mil cuatrocientos hombres, de los cuales diez mil cuatrocientos eran de caballería.

El ejército realista era mucho menos numeroso; no tenia tanto ánimo, ni estaba tambien dirigido. Apenas se sabia con certeza quién lo mandaba. En el momento de entrar en Inglaterra el duque de Buckingham, lleno de presuncion, turbulento y ambicioso, dijo al rey que no le era posible permanecer bajo las órdenes de un escocés, y con gran sorpresa de Carlos se propuso á sí mismo para reemplazar á Lesley. En Worcester, al acercarse el instante de la accion decisiva, renovó su pretension con tanta insolencia, que el rey no pudo menos de preguntarle si hablaba con formalidad.—¿Y por qué lo dudais, señor, replicó el duque?—Porque sois demasiado joven.—Recordad, señor, que Enrique IV rey de Francia mandó un ejército y ganó una batalla teniendo menos años que yo.—Carlos terminó estas contestaciones diciendo: «me propongo ser el único generalísimo de mi ejército.» Buckingham se retiró lleno de despecho; no volvió á presentarse en el consejo, ni casi á dirigir otra palabra al rey. La misma mala inteligencia reinaba entre los demás jefes. Lesley, sombrero é impopular detestaba á Middleton, franco y querido del ejército; Massey, gravemente herido en un encuentro con el enemigo al tratar de

impedirle el paso del Saverne y establecerse en las dos márgenes, estaba en el lecho fuera de servicio. Carlos se esforzaba en reconciliar y en suplir á sus tenientes; pero su carácter ligero y descuidado le daba poca autoridad, y no le dejaba tener fe en el buen resultado de sus operaciones. Por otra parte, no faltaban traidores que desde el interior de la plaza daban noticia á Cromwell del mal estado del ejército real, de sus disensiones, de sus dudas, de sus movimientos y de sus planes.

Cromwell no vaciló un momento: sin entretenerse en las dilaciones de un bloqueo, resolvió atacar en el acto á Worcester por las dos estremidades de la plaza en ambas orillas del Saverne, proponiéndose apoderarse de ella á toda costa. Acampado por de pronto en la orilla izquierda del río, hizo pasar el mismo día de su llegada, y á pesar de la viva resistencia de los realistas, una division mandada por Lambert á la orilla derecha, y de allí á cinco días, esto es, el 2 de setiembre por la tarde, y el 3 por la mañana, dispuso que numerosos refuerzos á las órdenes de Fleetwood ejecutaran el mismo movimiento con orden de atacar por la parte de Oeste el arrabal de la ciudad, en tanto que él personalmente dirigía el ataque principal.

Carlos, que carecia de buenas noticias, no esperaba que aquel día ocurriera ninguna accion formal, y estaba descansando sin el menor recelo; pero un poco antes del mediodía subió con su Estado Mayor al campanario de la catedral, y desde allí vió los regimientos de Cromwell atravesar el río por un puente de barcas y marchar contra el cuerpo de escoceses, que á las órdenes del general Montgomery estaban encargados de la defensa de la ciudad por la parte de Oeste. Casi en aquel mismo instante resonaron por el lado del Este las descargas de la artillería republicana que empezaba á batir los aproches de la plaza. Carlos montó apresuradamente á caballo, y pasó al arrabal del Oeste á sostener á Montgomery. Cromwell se hallaba tambien en aquel punto provocando impetuosamente el ataque, y cerciorándose de que sus órdenes se cumplian con toda puntualidad antes de ponerse al frente de las fuerzas que habían de efectuar el movimiento central. Los escoceses se defendian vigorosamente. Carlos, pensando que el grueso del ejército parlamentario se habia comprometido en el ataque de aquel punto, regresó presurosamente á la ciudad; púsose al frente de su mejor infantería y de los ginetes ingleses; salió por la puerta del Este, y cayó sobre el campamento de Cromwell, creyendo hallarlo poco defendido y arrebatarlo. Pero el general republicano habia vuelto á pasar rápidamente á la orilla izquierda del río, y

apareció al frente de las tropas que había dejado allí para el momento preciso.

De esta manera la batalla sostenida en las dos estremidades de Worcester, duró cuatro ó cinco horas «con un ardor sin igual», según espresion de Cromwell; pero principiada y sostenida por los realistas en medio



EL PRINCIPE ROBERTO.

de una gran confusion. El cuerpo conducido por Carlos en persona, cargó tan denodadamente, que los republicanos tuvieron por de pronto que replegarse y abandonar sus cañones: tres mil hombres de caballería escocesa mandados por Lesley, que cubrian la retaguardia del rey, permanecieron innóviles á pesar de haberles dado órden de cargar. «¡Una hora de

Montrose!» gritaban los ginetes ingleses; pero Lesley no avanzó. Cromwell entretanto reorganizaba sus tropas y volvía á tomar la ofensiva: la infantería realista se retiró por falta de municiones, y el duque de Hamilton y sir John Douglas, fueron heridos de muerte. Cromwell, audaz, y hallándose en todas partes llegó hasta, el pié de las trincheras de la fortaleza que por aquella parte defendía á la ciudad; intimó la rendicion al gobernador que la ocupaba con mil quinientos hombres, y le contestaron á cañonazos; pero la fortaleza fue tomada, y la guarnicion pasada á cuchillo.

Realistas y republicanos llegaron mezclados y combatiendo á la puerta de la ciudad, y el desorden creció hasta el grado estremo. Carros derribados obstruian el paso; el rey tuvo que desmontarse y entrar á pié en la ciudad, acosado muy de cerca por los republicanos.

El combate por la parte de Oeste habia tenido el mismo resultado: los escoceses de Montgomery, despues de haber agotado sus municiones se replegaron á la ciudad perseguidos por las tropas de Fleetwood que entraron revueltas con ellos. Renovóse el combate en lo interior de la plaza, transformado en encuentros parciales, y mezclado de atrocidades y de heroísmo, de cobardía y de abnegacion. Carlos volvió á montar á caballo diciendo á los suyos. «Matadme antes que dejarme la vida para ver las consecuencias de esta funesta jornada.» Mas de allí á poco no tuvo ya mas remedio que pensar en librarse de caer en las manos del enemigo; unos cincuenta realistas, dirigidos por lord Cleveland, por el coronel Wogan, por sir James Hamilton y por el mayor Careless, se agruparon, y con denodada bizzarria cargaron por diversos puntos á las tropas republicanas para cubrir la retirada del rey que últimamente salió de Worcester por la puerta de san Martin, y se lanzó hácia el Norte. A poca distancia encontró un cuerpo de caballería de Lesley que huía sin haber combatido, y al verlo Carlos tuvo por un momento intenciones de hacer un esfuerzo sobre ellos para obligarlos á regresar, y renovar el combate. Abstúvose de realizar este pensamiento diciendo en su interior. «Soldados que me han abandonado cuando estaban en buena formacion, ¿cómo han de defenderme ahora que van á la desbandada?» Dejó á Lesley y á los escoceses retirarse por donde les diera la gana, y no se ocupó ya Carlos mas que de su propia seguridad. Ocurriósele por de pronto la idea de buscar un asilo en Londres, punto tal vez el mejor para permanecer oculto, y para aparecer cuando fuera oportuno; mas no reveló este proyecto sino á lord Wilmot, que era su íntimo confidente, y acompañado de unos sesen-



BATALLA DE TONCOSTER



ta ginetes de toda confianza siguió su rumbo hácia el Norte, protegido en aquellos momentos por la oscuridad de la noche y buscando con sus compañeros medios de seguridad para el día siguiente.

En aquel mismo instante (á las diez de la noche), Cromwell, que acababa de entrar en la ciudad, todavía entregada á la confusion y al pillage, daba al Parlamento en pocas palabras noticia de su victoria. «La batalla, decia el general en su comunicacion, se ha dado con diverso resultado, pero siempre con buena esperanza por nuestra parte, y por último, se ha convertido en victoria completa, tan completa, que causará la ruina total del enemigo... Nos hemos apoderado de todos sus bagajes y artillería. No podré decir á punto fijo el número de muertos, pero han debido ser muchos, porque el combate ha sido largo y sostenido muy de cerca, frecuentemente con solo las picas. Tenemos seis ó siete mil prisioneros, muchos nobles y oficiales, Hamilton, el conde de Rothes, segun dicen el conde de Landerdale, y otros muchos sugetos de gran nombradía, de los cuales algunos con mucha razon serán objeto de vuestra justicia... Verdaderamente las dimensiones de esta gracia de Dios han sobrepasado mis deseos: es una gracia suprema, si no me engaño, la que corona vuestros trabajos... puesto que mueve á todos los que están interesados en ella á gratitud hácia aquel, cuya voluntad es consolidar nuestro cambio de gobierno, poniendo al pueblo en tan buena disposicion de defenderse y bendiciendo el esfuerzo de sus servidores en esta grande empresa.»

Al leer esta comunicacion el Parlamento quiso oír un detalle circunstanciado de la batalla, de boca del Mayor Cobbet que habia traído la noticia; Cobbet se presentó y entregó al mismo tiempo el collar de la orden de la Jarretiere, encontrado en la casa de Worcester donde Carlos se habia alojado. Dos miembros de la Cámara, Scott y el Mayor Salloway, al volver de su permanencia oficial en el campamento, satisficieron con numerosos detalles la curiosidad de sus colegas. Cada día se sabian nombres de nuevos é importantes prisioneros: los condes de Derby, de Cleveland, de Landerdale, de Shrewsbury y de Kelly, Massey, Middleton y el mismo Lesley, casi todos los jefes realistas habian durante su fuga caído en manos de las autoridades republicanas. Era verdaderamente, segun Cromwell decia, una victoria suprema y la coronacion de la guerra. El Parlamento quiso manifestar por toda clase de medios su justo reconocimiento. Mandó que se dieran solemnemente las gracias en todas las iglesias de los tres reinos, y dispuso un espléndido banquete en Whitehall. Designáronse cuatro miembros, Whitelocke, Lisle, Saint-John y Pickering, para que

se presentaran á Cromwell á darle oficialmente las gracias, y manifestarle cuán gratos eran á la Cámara sus brillantes servicios. Se le asignó el palacio de Hamptoncourt para residencia, con una dotacion de 4,000 libras esterlinas de renta anual sobre bienes territoriales. El rigor caía aplomo sobre los vencidos, al paso que llovian gracias sobre los vencedores, pues hasta los oscuros mensajeros que trajeron noticias de aquella victoria, fueron espléndidamente regalados.

Nueve prisioneros fueron elegidos entre los principales para responder de su conducta ante un consejo de guerra, como acusados de alta traicion. Uno de ellos, el duque de Hamilton murió de sus heridas antes de pronunciarse la sentencia: otros tres, el conde de Derby, sir Timoteo y Featherstonbaugh, sufrieron su suerte como distinguidos mártires. El conde de Derby al estar ya en el patíbulo, pronunció estas notabilísimas palabras:

«No siento en mi conciencia escrúpulo ninguno por la causa en que me he comprometido: he tomado su defensa en nombre de los principios de la ley y la religion, mi espíritu se halla satisfecho y bendigo á Dios. No tengo la presuncion de fallar en semejantes controversias: ruego á Dios que haga por su gloria prosperar á los que tengan razon, y á todos en general os deseo tanta prosperidad y paz, como la espero conseguir superior á cuanto puede poseerse en la tierra.»

Sea que en tales palabras de los vencidos viera el Parlamento mas peligro que utilidad en el castigo, sea que la grandeza del triunfo lo inclinara á la moderacion, lo cierto es, que no tuvo por conveniente multiplicar aquellos sangrientos espectáculos, y por consiguiente mandó que los demás prisioneros de consideracion fuesen encerrados en la Torre. La turba de prisioneros fue silenciosamente tratada con duro rigor: vendieronlos ó los dieron por millares á comerciantes y á plantadores de las colonias para que los emplearan en los trabajos del campo, ó de las minas de Africa. Finalmente, se decretó y publicó solemnemente por todas partes que se daría una recompensa de 8,000 libras esterlinas á quien presentara al Parlamento á Carlos Estuardo, hijo del último tirano.

Mientras que el Parlamento publicaba en Londres ese decreto, sus soldados recorrían en todas direcciones los condados del Oeste, buscando por todas partes al rey, y no encontrando mas que sus huellas. Cinco dias despues de la batalla, llegó de improviso un destacamento de infantería á White-Ladies, antiguo monasterio convertido en morada de un noble católico llamado mister Giffard, intimándole con una pistola puesta

á sus sienes, dijera donde estaba actualmente el rey, que segun decian se habia guarecido en su casa. Mister Giffard negó rotundamente, y por último, pidió que antes de matarle le concedieran tiempo para hacer oracion: «nada de oraciones, gritaron los soldados, si no nos das noticia de Carlos Estuardo.» El dueño de la casa persistió en el silencio, y los soldados despues de haberla bruscamente registrado se retiraron sin causarle daño alguno.

Sin embargo, aquella era la primera casa donde el fugitivo Carlos habia encontrado un asilo. Allí llegó al rayar el alba del 4 de setiembre, doce horas despues de haber salido de Worcester, y en el acto se cortó sus cabellos, se tizó el rostro y las manos, tomó un grosero vestido de aldeano, y quedó bajo la proteccion de los cinco hermanos Penderell, carboneros, ó mozos de labranza de mister Giffard que tomaron por su cuenta el defenderlo. «He aquí el rey, dijo mister Giffard á William Penderell; tú cuidarás de su persona y lo defenderás como á mi mismo. Carlos fue conducido por los honrados carboneros á su choza de Boscobel-House, y no considerándolo como bastante seguro, ni aun en aquel sitio, lo ocultaron en un bosque inmediato á pesar de estar lloviendo á mares. Ricardo Penderell pudo proporcionarse una manta y la estendió al pie de un árbol, y su hermana Mistriss Yates, trajo pan, leche, huevos y manteca al fugitivo. «¿No es verdad, buena mujer, dijo Carlos, que sereis fiel á un desgraciado caballero?»—«Estad seguro de que sabré morir antes de revelar vuestra guarida, le contestó la honrada Mistriss.» No tardaron en presentarse unos soldados que pasaron por el márjen del bosque sin entrar por causa de la tempestad que en aquel punto estallaba sobre su recinto con mas violencia que en los alrededores. Al dia siguiente, Carlos no pudo considerarse seguro sino entre las espesas ramas de una encina, desde donde veia pelotones de soldados que recorrían afanosamente el campo en busca suya. Cierta noche salió de su guarida con intencion de atravesar el Saverne y refugiarse en el país de Gales. Caminaba en la oscuridad sirviéndole de guia Ricardo Penderell, cuando al pasar junto á un molino, les mandó el dueño hacer alto para ser reconocidos, gritándoles.—«Si sois de la vecindad, deteneos; de lo contrario hago fuego sobre vosotros.» Salváronse los dos viageros corriendo cuanto les fue posible, perseguidos por gente que salió del molino conducida por el molinero. En otra tentativa de evasion, el rey que era muy diestro nadador, tuvo que sostener á su compañero al atravesar un pequeño río. Así anduvo siete dias errante por aquellos contornos, mudando casi diariamente de

asilo, unas veces ocultándose entre la paja de alguna casa de campo, otras encerrándose en alguna de las oscuras moradas que servían de asilo á los curas católicos proscriptos, oyendo y viendo á cada instante soldados republicanos que estaban á punto de descubrirlo. De acuerdo con los leales hermanos Penderell y con lord Wilmot, que la casualidad habia traído á su lado, resolvió acercarse á la orilla del mar por el lado de Bristol, con la esperanza de encontrar algun buque que lo condujera á Francia. Cambió de traje; dejó el vestido de carbonero por una librea de criado, y partió á caballo llevando á la grupa á su ama, miss Jane Lane, hermana del coronel Lane, de Bentley, último que le habia dado asilo en el condado de Hafford. Convinieron en que el rey se llamara William Jackson, y en este concepto el coronel al tiempo de partir, le dijo: William, da la mano á tu señora para que monte á caballo. Carlos como poco práctico equivocó la mano que debia darle, cuya torpeza hizo eselamar á la anciana madre del coronel, que sin estar enterada del secreto estaba presenciando la partida de su hija: «famoso escudero se ha echado mi hija para que la lleve á la grupa.» A las dos horas de marcha, el caballo perdió una herradura, y esta circunstancia les obligó á hacer alto en una aldea para herrarlo nuevamente. El mismo Carlos ayudó á esta operacion, y sostuvo este diálogo:—¿Qué hay de nuevo, preguntó al albeitar?—No sé nada mas, sino que esos picaros escoceses han llevado una buena.—Supongo que tambien habrán caído algunos ingleses que iban con ellos?—Algunos han caído; lo que siento, es que segun parece, ese pillo de Carlos Estuardo se ha escapado.—Ese pillo, contestó Carlos Estuardo, merecia ser ahorcado antes que nadie por habernos traído los escoceses.—Eso es hablar como se debe, dijo el mariscal; Carlos montó á caballo y prosiguió su camino.

Habiendo llegado (12 de setiembre) á Abbotsleigh, cerca de Bristol, á casa de mister Norton, primo del coronel Lane, adquirió la triste certeza de que en el puerto de Bristol no habia buque alguno en que poder embarcarse. Tuvo, por lo tanto, que permanecer cuatro dias cerrado en un camarote, fingiendo ser un jóven criado enfermo, que por recomendacion de miss Lane era esmeradamente cuidado: estaba, en efecto, débil y cansado; mas ni aun asi podia resignarse á sufrir con paciencia el hambre ó el fastidio. Al dia siguiente de su llegada, salió temprano de su camarote á desayunarse en la cocina: el mayordomo de la casa Pope, y otros dos ó tres criados estaban reunidos en aquel sitio y Carlos se puso á beber y á comer con ellos. «A mi lado (es el mismo rey el que habla),

tenia un robusto mozo, verdadero campesino que estaba contando á los demás la batalla de Worcester con tantas minuciosidades que me hizo creer que habia sido uno de los soldados de Cromwell. Quise saber cómo se hallaba tan bien enterado de aquellas ocurrencias y me contestó que servia en el regimiento del rey, y preguntándole, conocí que en efecto habia servido en mi regimiento de guardias. Entonces le pregunté qué clase de hombre era el rey, y el mozo me describió exactamente sin olvidar el traje y caballo con que asistí á la batalla, y luego mirándome con detencion añadió: el rey viene á ser como vos, solo que es un poco mas alto. Tuve por conveniente marcharme de la cocina antes que se desengañara de mi estatura; pues mas temor me daba desde que supe que habia sido soldado mio, que cuando creí que lo era de Cromwell.»

Apenas habia vuelto Carlos á entrar en su camarote cuando se presentó uno de los que estaban en la cocina, diciéndole lleno de turbacion: «Temo que Pope os ha conocido; pues así me lo ha asegurado á pesar de mis negativas. ¿Qué podremos hacer?» Carlos sabia ya por esperiencia que en situaciones peligrosas una confianza atrevida es á veces tan segura como necesaria: mandó llamar á Pope, le reveló el secreto, y no tuvo lugar de arrepentirse, pues mientras permaneció en casa de mister Norton recibió de su parte las atenciones mas delicadas y discretas.

Pero tal vez la delicadeza de esas mismas atenciones suele traer consigo indicios que comprometen: al cabo de ocho dias tuvo que cambiar de asilo. Carlos partió de Abbotsleigh (14 de setiembre) para ir en el mismo condado de Somerset á casa del coronel Wyndham celoso realista en Trent-House. En 1636, seis años antes de la explosion de la guerra entre Carlos I y el Parlamento, sir Tomas Wyndham, padre del coronel, hallándose á punto de morir habia dicho á sus cinco hijos: «Hijos míos, hasta el presente hemos vivido en tiempos serenos y tranquilos; pero preparaos para dias de tempestad. Os mando que honreis y sirvais á nuestro glorioso soberano, permaneciendo siempre adictos á la corona aunque la viérais colgada de una zarza: nunca la abandonéis.» Las palabras del moribundo fueron puntualmente obedecidas; tres de sus hijos y uno de sus nietos dieron su vida por Carlos I en los campos de batalla, y el coronel Wyndham, que tambien se habia distinguido en el ejército realista, se hallaba en 1651 detenido judicialmente en su casa bajo palabra de honor. Recibió al rey con un afecto sin límites y en el acto se puso á hacer diligencias para proporcionarle en alguno de los puertos vecinos un buque en que embarcarse. En Southampton creyó haberlo encontrado; pero des-

graciadamente vió que lo embargaban los agentes del Parlamento para trasportar tropas á Jersey. Un patron de Lyme, llamado Limbry se comprometió despues de muchas dudas á llevar á Saint-Malo algunos nobles realistas perseguidos por haberse hallado en la accion de Worcester. Ya estaba todo corriente, el precio, el dia, la hora y el lugar del embarque: el buque debía hacerse á la vela el 23 de setiembre desde Charmouth, pequeño puerto inmediato á Lyme, y una chalupa debía ir á recoger por la noche en un punto convenido de la costa á los realistas fugitivos. Carlos, guiado por el coronel Wyndham y acompañado de lord Wilmot, acudió puntualmente á la cita: toda la noche estuvieron esperando; pero la chalupa no vino. ¿Qué sucedia? El patron Limbry en el acto de embarcar su equipaje, para partir tuvo forzosamente que ceder á la desesperada cólera de su mujer. Aquel mismo dia habian publicado en Lyme el acta del Parlamento que prometia 1,000 libras esterlinas de recompensa á cualquiera que prendiese á Carlos Estuardo, conminando con graves penas al que le diera asilo. La mujer de Limbry, persuadida de que entre los pasajeros que se iban á trasportar se hallaba el rey, dijo á su marido que de ningun modo consentiria que comprometiera su familia por ningun realista, fuese quien fuese, y añadiendo obra á palabras, encerró con ayuda de sus dos hijas al patron en un cuarto de su casa amenazándole ir en el acto á dar parte al capitan Macy sino desistia de su proyecto. Limbry tuvo que ceder.

La situación del rey era cada vez mas critica: la permanencia, y las idas y venidas de muchos forasteros á Charmouth habian llamado la atencion. El albeitar que habia herrado el caballo de lord Wilmot habia dicho, que cada herradura habia sido puesta en distinto condado y que la última era de Worcester. Empezaron á divulgarse sospechas; el ministro puritano del pueblo, que era un acérrimo republicano se presentó á la dueña de la posada donde Carlos habia pasado la noche, diciéndole: «¿Con que ya sois dama de honor— Margarita?—¿Qué me quereis decir, señor cura?—Quiero deciros, que habiendo Carlos Estuardo dormido en vuestra casa, y habiéndoos dado un abrazo al tiempo de partir, no podeis ya menos de ser dama de honor.» La posadera se incomodó: «Muy indigno es de vuestro carácter, señor cura, le dijo, el que por vuestras palabras yo y mi casa nos veamos en semejante compromiso; pero si el pasajero que decís era efectivamente el rey, yo sellaría con placer mis labios durante toda la vida; ruégoos que salgais á buenas de mi casa antes que llame á mis criados y os hagan marchar mas que de paso.»

Carlos tuvo que partir apresuradamente de Charmouth; y al llegar á una poblacion inmediata (Bribport) encontró las calles llenas de soldados: eran las tropas que el Parlamento ponía en movimiento para que pasaran á apoderarse de Jersey: «¿Qué vamos á hacer? dijo el coronel Wyndham algo turbado. El rey con su acostumbrada serenidad y desempeñando perfectamente el papel de criado echó pié á tierra, cogió de la brida su caballo y el de sus compañeros y atravesó impávidamente por medio de los soldados empujándolos y tuteándolos; paró en la posada mas concurrida del pueblo, y no salió de allí hasta despues de haber comido con la mayor tranquilidad. En tanto, iba tomando consistencia en Charmout y en las inmediaciones el rumor de que Carlos Estuardo se hallaba escondido en aquel punto: el capitán Macy montó á caballo con algunos soldados; llegó á escape á Bribport, tomó algunos informes y en el acto salió en persecucion de los fugitivos; pero estos habian tenido la precaucion de variar de camino, y burlaron la persecucion del capitán. Por último, pudieron regresar al condado de Somerset y á la casa del coronel Wyndham llenos de ansiedad, y deseando gozar algun descanso despues de tantos peligros.

Once dias permaneció todavía Carlos en aquella casa, buscando siempre, pero en vano, ocasion de embarcarse. Al fin fue necesario mudar de residencia, el coronel tuvo secretas noticias de que su casa empezaba á ser cada vez mas sospechosa, y como para acabarlo de confirmar se supo que en las inmediaciones se habia ido apostando alguna tropa. El rey salió de Trent-house el 6 de octubre y se refugió en casa de mis- tris Hyde en Wiltshire, y por consiguiente, cerca de los pequeños puer- tos de Sussex, donde sus amigos se lisonjeaban de poderle proporcionar un barco. Así se realizó por último: Carlos salió el 15 de octubre por la mañana de su último asilo, escoltado por algunos realistas del país que llevaban sus perros como si fueran á una cacería. Pasaron la noche en Hambledon en casa de un cuñado del coronel Gunter que era uno de los guías del rey; el dueño de esta casa al regresar á ella se admiró de encon- trar en ella unos huéspedes desconocidos que estaban comiendo con una hilaridad que pasaba de los límites de la decencia. Los cabellos cortos de Carlos, y algunas palabras que se le escaparon mezcladas de juramentos hicieron entrar en sospecha al amo de la casa: inclinóse al oído de su hermano político preguntándole si por ventura aquel hombre no podría ser hijo de algun pícaro *cabeza redonda* (1). El coronel le tranquilizó

(1) Apodo que los partidarios de Carlos daban á los Parlamentarios.

sobre el particular: el dueño de la casa se sentó á la mesa y cogiendo alegremente un vaso, brindó por el rey diciendo: «Por su salud, hermano *cabeza redonda*.»

Al día siguiente (14 de octubre) llegaron á Brighthelmstone, cerca de Shoreham, donde debían encontrar al patron del barco y al agente realista que lo había fletado. Estaban comiendo todos juntos en una posada, y el patron, Antonio Tetersall, tenia constantemente la vista clavada en el rey: despues de la comida llamó aparte al agente, y le dijo: «No habeis procedido lealmente conmigo: me habeis pagado generosamente el pasaje de ese noble; pero me habeis ocultado su condicion: es el rey, lo conozco perfectamente.» El agente quiso decirle que se engañaba; pero el patron siguió diciendo: «No, no me engaño. En Brighthelmstone cogió mi barco juntamente con otros muchos de pescadores, cuando mandaba la flota de su padre. Pero eso no importa: estoy convencido de que salvando al rey sirvo á Dios y á mi país. Estad tranquilo; con la ayuda de Dios sabré aventurar mi vida por el rey y conducirlo sano y salvo á la costa de Francia.»

En aquel mismo instante, en otro rincon de la sala, el posadero se acercó al rey que estaba de pié junto á la chimenea con la mano apoyada en una silla, y besándosela bruscamente: «Dios os proteja donde quiera que vayais, le dijo; ya sé que antes de morir he de ser lord y mi mujer lady. Carlos se sonrió, pasó á otra habitacion, y se descubrió enteramente al posadero. Al amanecer del día siguiente el rey y lord Wilmot estaban á bordo de una embarcacion de sesenta toneladas, que no esperaba mas que la marea para salir del puerto de Shoreham. Asi que estuvieron en alta mar, el patron Tetersall entró en el camarote donde el rey estaba, y arrodillándose le besó la mano, asegurándole de su respetuoso afecto y suplicándole que para obviar toda clase de dificultades, tratase de persuadir á los marineros, que no creian haberse embarcado sino para ir á Pool (puerto inglés), tomasen el rumbo hácia Francia, diciéndoles que era un comerciante que temiendo ser preso por deudas iba á buscar dinero á Rouen. Carlos se prestó con mucho gusto á dar este paso, y supo persuadir de tal manera á los marineros, que ellos mismos instaron al patron para que variase de rumbo en favor de los pasajeros.

El tiempo era hermoso, el viento favorable, de manera que á la una de la tarde del 16 de octubre, el rey y lord Wilmot desembarcaron en Fecam, y al día siguiente pasaron á Rouen, pero tan mal parados y vestidos, que en la posada donde se presentaron, dudaban admitirlos cre-

yendo que eran algunos malhechores. Carlos envió á llamar un comerciante inglés establecido en Rouen, y escribió en el acto á la reina madre, que al oír las contradictorias noticias que habian corrido acerca de su hijo, estaba ya en la mayor ansiedad. Así que se tuvo noticia de su llegada á Rouen, todos los emigrados ingleses corrieron á presentársele, pero él partió de aquella ciudad el día 29, y al siguiente encontró en Magny á su hermano el duque de York, luego en Monceaux, cerca de París, á la reina madre, y á su tío el duque de Orleans, acompañado de muchos nobles ingleses y franceses que salieron á recibirlo á caballo: aquella misma tarde entró en el Louvre, salvo de todo peligro, pero vencido sin esperanza.

Cuarenta y dos días habia andado fugitivo por Inglaterra, mudando sucesivamente ocho diversos asilos: cuarenta y cinco sugetos de todas condiciones, cuyo nombre es conocido respecto de algunos, é ignorado por lo relativo á otros muchos, habian sabido quién era y en dónde se ocultaba, sin haber uno siquiera que intentára hacerle traicion. Un afecto sincero da destreza á los mas sencillos y fuerza á los mas débiles.

En tanto que Carlos andaba poniendo de este modo á prueba los rigores de su destino y la fidelidad de sus amigos, Cromwell entraba triunfalmente en Londres precedido de los prisioneros que habia hecho, y rodeado de los oficiales que habian vencido con él. Los cuatro comisionados delegados por el Parlamento salieron á recibirlo (11 de setiembre) hasta mas allá de Aylesbury, y le hablaron de esta manera: «Venimos en nombre del Parlamento á felicitar á vuecencia por el feliz restablecimiento de su salud despues de una tan penosa enfermedad. Vuestros infatigables esfuerzos en Escocia por el servicio de la república; vuestro celo en perseguir al enemigo cuando huyó á Inglaterra, la destreza y lealtad con que os habeis comportado en ese grande asunto que el Señor ha coronado con tan gloriosos resultados, todos esos méritos de vuecencia han hecho que el Parlamento se crea obligado á manifestar por vuestra boca su profunda satisfaccion y cordial gratitud, no solo de vuecencia sino á los oficiales y soldados que han servido bajo vuestras órdenes. Ahora que por las bendiciones de Dios sobre vuecencia y sobre el ejército, el enemigo queda tan completamente derrotado, y que la situacion de los asuntos así en Inglaterra como en Escocia, dispensa á vuecencia de sostener por mas tiempo la campaña, el Parlamento desea que para el total restablecimiento de vuestra salud os tomeis todo el descanso que considereis oportuno, y que para esto fijeis vuestra residencia cerca de Londres, á fin de que

en las importantes deliberaciones que han de suscitarse para el definitivo establecimiento de esta república, pueda el Parlamento contar con el auxilio de vuestra presencia y consejos.» Al entrar en la capital Cromwell encontró reunidos al presidente del Parlamento con un gran número de miembros; al del Consejo de Estado, al lord corregidor y *alderman* de la *Cité*, y á muchos miles de ciudadanos distinguidos que lo acompañaron hasta Whitehall, entre el estrépito de las salvas de artillería y de las aclamaciones populares. Finalmente, cuando de allí á cuatro días se presentó por primera vez en la Cámara, el presidente volvió á darle solemnemente las gracias en nombre del Parlamento y del país.

Cromwell recibía todos estos honores con piadosa modestia, hablando poco de sí mismo, y refiriendo primero á Dios y luego á sus soldados el mérito de la victoria. Sin embargo, al través de su humildad se traslucían los arrebatos de una alegría orgullosa y mal reprimida. Su afabilidad con los comisionados del Parlamento llevaba el sello de la magnificencia, pues á cada uno de ellos regaló magníficos caballos y hasta prisioneros de consideración, cuyo rescate debía necesariamente producir grandes sumas. A Whitelocke le regaló dos de estos prisioneros, que por generosidad de su nuevo dueño pudieron regresar libremente á su país sin rescate de ninguna especie. Cromwell en su marcha triunfal desde Worcester, caminó lentamente, saboreando, si así pudiera decirse, los aplausos de las poblaciones, y parándose algunas veces á tomar parte en las cacerías de los nobles, por cuyas casas pasaba. En Aylesbury notaron que se había detenido mucho tiempo hablando secretamente con el gran juez Saint-John, que era uno de los comisionados que salieron á recibirlo, y además uno de sus íntimos partidarios. El ademán, los modales, y el modo de hablar del general, parecían haber sufrido naturalmente una transformación; su sagaz secretario, Hugo-Peters, muy acostumbrado ya á comprenderle y á servirle, dijo mirándolo: «Ese hombre no parará hasta ser rey.»

Estendíase la buena fortuna de Cromwell hasta sobre sus tenientes. Al regresar de Irlanda y luego de Escocia había dejado en esta á Ireton, y en la otra á Monk, es decir, un republicano y un realista en el fondo del alma, pero ambos, sensatos, hábiles y enérgicos, y por lo tanto muy á propósito para proseguir por medio de la espada, después de la victoria, una obra de guerra y de gobierno. Monk encontró en algunos puntos, particularmente en el asedio de Dundee, una encarnizada resistencia; Ireton continuó con el sistema de cruel rigor que Cromwell había

puesto en práctica y murió del tifus despues de la toma de Limerick. Mas á fines del 1651, Escocia é Irlanda se hallaban sometidas. Ormond se habia marchado desde el año anterior al continente, y los montañeses de Escocia á duras penas defendian en sus inaccesibles guardias un resto de su independencía. Al mismo tiempo los buques y las tropas del Parlamento habian vuelto á poner bajo su poder las islas de Jersey, Guernesey, Scilly y Man, últimos refugios de la dominacion real. Las principales colonias mas distantes, la Nueva Inglaterra, la Virginia y las Barbadas, habian tenido que aceptar de buena ó de mala gana el nuevo gobierno de la metrópoli; de manera que poco despues de la batalla que en Inglaterra habia consumado la derrota de la monarquía, el Parlamento republicano era dueño de todos los territorios ingleses, tanto en el nuevo, como en el antiguo mundo.

LIBRO TERCERO.

Impresiones producidas en el continente por el proceso y ejecucion de Carlos I.—Asesinato de Dorislaio en el Haya, y de Ascham en Madrid.—Actitud reciproca de los Estados del continente y de la república de Inglaterra.—Desarrollo y victorias de la marina inglesa.—Mala politica exterior del Parlamento republicano.—Rivalidad de España y Francia en sus relaciones con Inglaterra.—España reconoce la república inglesa.—Relaciones de Inglaterra con las Provincias-Unidas.—Embajadores ingleses en el Haya.—Embajadores holandeses en Londres.—Mal éxito de su mision.—Negociaciones de Mazarino en Londres.—Luis XIV reconoce la república de Inglaterra.—Guerra entre esta y las Provincias-Unidas.—Blake, Tromp y Ruyter.—Victorias alternativas.—Efectos de la guerra en el interior.

La república inglesa, si bien habia triunfado en todos sus dominios, no estaba aun en paz, ni en guerra con los Estados extranjeros.

El proceso y ejecucion de Carlos I, causaron profunda sensacion en Europa. Esta era la segunda vez, que en el curso de sesenta años caia en Inglaterra la monarquía bajo el hacha del verdugo. Pero hasta el presente, nunca la soberanía popular ni la república habian sido proclamadas y puestas en práctica en un grande Estado cristiano. La sorpresa, la inquieta curiosidad, la compasion y el resentimiento, fueron generales. En los países protestantes creyeron deber lavar su comunión religiosa de la nota de haber consumado, ó contribuido á semejante atentado. En Alemania, Dinamarca, Suecia y particularmente en Holanda, los predicadores se apresuraron á manifestar ruidosamente su desaprobacion: resonaron en los púlpitos anatemas contra los sectarios anárquicos y sacrilegos, y el clero del Haya pasó en corporacion á manifestar solemnemente á Carlos II su sentimiento y su horror. El pueblo correspondió en el mismo tono á esas manifestaciones de la Iglesia. Recogíanse y propagaban con piadoso respeto por todas partes los detalles del proceso y la muerte de Carlos I: en el Haya hubo una mujer, que estando de parto, murió po-

seida de espanto al oírlos contar. Los representantes ó partidarios de los regicidas, encontraban aversion é insultos en cualquier sitio público: por instinto popular, por conciencia cristiana, por sabiduría política, rechazaba la Holanda protestante y republicana, toda demostracion de indulgencia hácia tan inaudito suceso, lleno de peligro soeial, y colmado de iniquidad.

En los países católicos, como España, Portugal, Italia y Alemania meridional, la impresion fue de diversa naturaleza, pero no menos profunda. El clero y el pueblo vieron en la tragedia de Carlos I una consecuencia natural de la herejía, y un golpe de la mano de Dios que unos por otros castiga á los pueblos y á los reyes, cuando se separan de su Iglesia. El atentado escitó profunda aversion en esos países, pero no tanta simpatía ni dolor como en la Europa protestante.

En Francia las impresiones fueron mas complicadas: en el mismo instante en que la monarquía pura estaba á punto de prevalecer, el espíritu de reforma y de libertad política hacia un esfuerzo sincero y vivo, aunque superficial y vano. El Parlamento de Inglaterra encontró en la Fronda muchos admiradores: aceptábanse sus máximas, sus actos eran observados con solícita complacencia, y en mas de un folleto, se propuso la Cámara de los Diputados y la *Cité* de Londres por ejemplo al Parlamento y á la municipalidad de París. Pero el proceso de Carlos I, la mutilacion violenta de la Cámara Baja, la abolicion de la Alta y el establecimiento tiránico de la republica, dieron en Francia á la opinion realista sobre los asuntos de Inglaterra un ascendiente, que por otra parte estaba en armonía con la marcha de los asuntos nacionales, y que los prolongados desórdenes de la Fronda y las relaciones de los jefes de esta con los republicanos ingleses, robustecieron en vez de debilitar. La revolueion de Inglaterra, puede decirse que desde aquel instante causó en Francia una reprobacion llena de alarma, y fue atacada por una multitud de folletos. Juana de Arco fue puesta en escena exhortando á los franceses á tomar las armas para ir á vengar en los parricidas ingleses, la causa de los reyes, y el público siempre ávido de acontecimientos, no sintió por los que se representaban en Inglaterra, mas que una curiosidad enteramente ajena de simpatía.

Dos incidentes trágicos dieron brillante demostracion del estado de la opinion europea. En 5 de mayo del 1649, el doctor Isaac Dorislaio, natural de Holanda, pero conaturalizado en Inglaterra, y que fue uno de los jurisconsultos que redactaron la acusacion fiscal contra Carlos I, llegó

al Haya, enviado por el Parlamento en clase de agregado á Walter Strickland, ministro residente de la república cerca de las Provincias-Unidas. Estaba tranquilamente comiendo el mismo dia de su llegada, juntamente con otras varias personas en la posada del *Cisne*, cuando se presentaron seis enmascarados, de los cuales dos se quedaron á guardar la puerta de



BLAKE.

la calle, y los restantes despues de apagar la luz del portal, penetraron en el comedor diciendo á todas las personas que allí habia, que no tuvieran temor de ninguna especie, pues nada tenian que hacer sino con el representante y cómplice de los asesinos del rey. Asi diciendo, arrebataron de la mesa á Dorislao, lo mataron á estocadas, y envainando sere-

namente la espada, fueron á reunirse con sus compañeros, y se marcharon de la ciudad sin que nadie hubiera tenido tiempo ó voluntad de prenderlos.

De allí á un año, en los primeros dias de mayo, un escritor inglés bastante oscuro, llamado Antonio Ascham, que habia contribuido á su manera á la abolicion de la monarquía y próceso del rey, desembarcó en Cádiz como enviado del Parlamento cerca del gabinete español. Al partir de Londres habia sentido afectada su imaginacion por la muerte de Dorislao, y sobre este particular manifestó grande inquietud al encargado de Francia en aquella capital, M. Croullé. Al llegar á Cádiz el gobernador de la plaza, señor duque de Medinaceli, lo puso bajo la custodia del coronel don Diego de Moreda y de dos capitanes, con órden de escoltarlo hasta Madrid, y de no separarse de él hasta haberse establecido con toda seguridad. Llegaron á la capital en 5 de junio, y despues de haberlo dejado en una posada, se fueron á alojar á otra parte. Al dia siguiente, Ascham se puso á comer con su secretario Rivas, fraile franciscano apóstata. Un hombre entró en la habitacion, el inglés creyendo que seria algun amigo, se adelantó á recibirlo; mas al ver otros tres desconocidos que estaban en la puerta retrocedió prontamente á coger las pistolas que habia dejado encima de una mesa: no le dió tiempo el desconocido, pues agarrándole del cabello y llamándole traidor, lo mató á puñaladas. El secretario Rivas, que intentó salvarse gritando y pidiendo socorro, fue tambien muerto en el acto; un eriado inglés es el que pudo escaparse y dar el grito de alarma: los asesinos se retiraron y uniéndose con otros dos compañeros que los estaban esperando en la puerta, se refugiaron, uno en la embajada de Venecia, y los cinco restantes en una iglesia.

Así en Madrid como en el Haya, el rumor público y la inquietud del gobierno fueron muy vivos. El Parlamento republicano se manifestó como era de presumir altamente resentido de esos sangrientos ultrajes, y por medio de públicos honores demostró su simpatia por las dos víctimas. Vane pronunció solemnemente un informe acerca del asesinato de Dorislao: su cadáver fué trasladado á Londres y sepultado en Weitminster, asistiendo todo el Parlamento á la ceremonia. Iguales demostraciones, aunque no tan espléndidas, se hicieron en obsequio de Ascham, y por último, las familias de ambos, fueron remuneradas con empleos y pensiones. Al mismo tiempo se practicaron tanto en el Haya como en Madrid, diligencias activas y alguna vez amenazadoras para conseguir jus-

ticia de los asesinos. Los dos gobiernos prometieron é intentaron hacerla. Los asesinos eran conocidos: los de Dorislaio habian sido compañeros de Montrose, y los de Ascham eran realistas ingleses emigrados en Madrid, y entre ellos figuraba un criado de la casa de Cottington y de Hyde, residentes en aquella capital en calidad de embajadores de Carlos II. En el Haya no prendieron á nadie. En Madrid, aunque la autoridad civil hizo arrebatarse del asilo á los perpetradores del atentado, la Iglesia reclamó sus privilegios, y el prolongado conflicto entre las dos jurisdicciones terminó por la impunidad de los delincuentes: uno solo habia entre ellos que era protestante, y ese fue el único que habiendo sido entregado al brazo secular fue ahorcado.

En Holanda y en España, la opinion popular estaba en favor de los reos, que segun se decia públicamente en ambos países, no habian hecho mas que castigar con un asesinato á otros grandes asesinos. Ellos por su parte, lejos de manifestar el menor arrepentimiento, se gloriaban del hecho: los de Madrid contestaron al interrogatorio de las autoridades, que habrian quitado la vida á Ascham en presencia del mismo rey de España, si no hubieran encontrado otra ocasion mas pronta para consumar su proyecto. La indulgencia de los gobiernos estaba secretamente acorde con la opinion popular; perseguian el crimen por conveniencia ó por temor; pero sin deseo formal de castigarlo. Dicese que algunas semanas despues del asesinato de Ascham, un ministro español, hablando con lord Cottington é Hyde, no tuvo reparo en decirles: «envidio á esos hidalgos que han llevado á cabo una accion tan noble; pues suceda lo que suceda, han conseguido vengar la sangre de su rey. Si el rey, mi señor tuviera súbditos de tanta resolucion, no habria seguramente perdido su reino de Portugal.»

Pero en el siglo XVII, mas aun que en nuestros dias, los políticos se cuidaban muy poco de que sus actos estuviesen en armonía con sus sentimientos reales, y con sus palabras intimas. Cuanto mas estalló en todo el continente la indignacion del público contra los republicanos que sentenciaron á Carlos I, tanto mas los gobiernos, sea por cálculo, sea por temor, se demostraron indiferentes y reservados. Los embajadores holandeses que habian sido enviados á Londres para ver si podian salvar á Carlos, pidieron despues de la ejecucion de este, que no se publicaran las diligencias que habian hecho cerca del Parlamento, y si uno de ellos, Adrian Pauw, se marchó inmediatamente de Londres, el otro, Alberto Joaquin, siguió residiendo en aquella capital. Ana de Austria y Maza-

rino, habian creído conveniente que el jóven rey de Francia hiciera algun esfuerzo por salvar la vida de su tio: Luis XIV escribió efectivamente dos solemnes cartas á Cromwell y á Fairfax; pero antes que M. de Varennes, encargado de presentarlas hubiera salido de París, ya habia caído la cabeza de Carlos I. M. de Bellievre que entonces se hallaba de embajador de Francia en Londres, no dió el menor paso en favor de aquel soberano, ni siquiera para verlo. Semejante indiferencia chocó algo en el Consejo del rey de Francia; pero el embajador fue defendido, y su conducta mereció la aprobacion. «Veo cuán necesaria me ha sido vuestra proteccion, dijo M. de Bellievre á M. Servien en carta que le escribió á 24 de enero del 1649, y la bondad conque me la habeis dispensado... Cref que valia mas ser criticado de no haber practicado diligencias cuya inutilidad era conocida de todo el mundo, que cargar con la responsabilidad del daño que con ellas podia causar á los intereses del rey mi señor; pues, como vos no podeis menos de comprenderlo, caballero, hay aqui tanto recelo de todo lo que pertenece á Francia, que lo que sería considerado como indiferente en otros, se considera como criminal si viene de parte nuestra, y como á ningun extranjero temen mas que á nosotros, fijau tanto la atencion en nuestros hechos y palabras, que el menor testimonio del resentimiento que se debe tener por lo que han hecho, bastaria para hacerles contraer alianza con la España. Esta circunstancia unida á las órdenes generales que siempre se me han comunicado por lo tocante á no irritar á estos hombres, me han decidido á obrar como lo he hecho... No me puedo arrepentir de haber obrado con demasiada circunspeccion, al verme apoyado por vuestro dictámen.»

Despues de la ejecucion de Carlos I, Bellievre siguió observando la misma conducta. «Si aquí hubiera una córte, decia en uno de sus despachos, no necesitaria mas regla por lo tocante al modo de tomar el luto y tiempo de llevarlo; pero como no la hay, creo deber atenerme á lo que tengais por conveniente mandarme.» Mandáronle que tomara el luto y marchara: tanto se recataban de reconocer la república inglesa como de irritarla. Bellievre partió de allí á tres meses dejando en Londres á su secretario Croullé, encargado, pero sin carácter oficial, de los intereses de Francia. Las últimas relaciones del embajador con el Parlamento fueron difíciles, y aunque lo intentó, no pudo conseguir pasaporte sin despedirse, tuvo que hacer una visita oficial al Presidente de la Cámara, y éste dió cuenta de ella en la primera sesion. «Aquí no hay, dice una comunicacion de Bellievre, escusa de pequeños asuntos, ni de prontas expedi-

ciones, sobre todo en hablándose de Francia, y en estos tiempos en que los que gobiernan andan tan celosos de su nueva autoridad, y son tan poco inteligentes de lo que puede adquirírsela ó conservársela entre los extranjeros, que todo les hace sombra, y se olvidan de todo miramiento á trueque de no dar un paso mas de lo necesario... Muéstranse ademas tan indecisos en sus determinaciones, que son muy capaces de pasar súbitamente desde un exceso de atencion, á una ofensa, ó desde una injuria á un cumplido.

El gabinete español manifestó desde luego á la nueva república todavía mas consideraciones que la de París, pues dejó permanecer en Londres su embajador, sin renovarle las credenciales, pero autorizándole confidencialmente á proseguir sus relaciones con el Parlamento republicano. Semejante situacion venia á ser menos embarazosa para el embajador español que para ningun otro, pues hacia ya tiempo que á trueque de aprovechar todas las coyunturas en beneficio de los intereses de su nacion, sostenia particularmente relaciones con todos los agentes republicanos.

El emperador y los príncipes de Alemania, el rey de Dinamarca y la reina de Suecia, manifestaron con menos rebozo los sentimientos que el partido republicano y sus actos les inspiraban; pero entre todos los soberanos de Europa, solo el Czar de Rusia, Alexis Michaelowitz, padre de Pedro el Grande, fue el que rompió toda relacion con la república revolucionaria, y mandó salir de sus Estados á todos los comerciantes ingleses.

No se limitaba toda la política de los gabinetes de Europa, á solo la actitud incierta y espectante que habian tomado respecto del Parlamento republicano: tambien les daba que hacer á esos gabinetes el arreglar sus relaciones con el monarca proscripto, y en este particular fueron aun mas notorias las vacilaciones y las incoherentes debilidades en que incurrieron. Carlos II vivia en medio de los soberanos de Europa, unas veces cerca del príncipe de Oranje, hermano político suyo, y otras en la córte de su primo hermano, el rey de Francia: la reina de España, Isabel de Francia era tia suya: podia invocar por todas partes, é invocó en efecto los vínculos de parentesco, asi como el interés y el honor comunes de los reyes. Por esa razon envió á Madrid como representantes, á lord Cottington y á Hyde; á Moscow fué Colepepper; á Ratisbona, lord Silmot y á Polonia M. Crofts. Los soberanos y sus ministros se encontraban incesantemente en presencia de los derechos, esperanzas, reclamaciones y quejas de los agentes de Carlos. Nada es mas pesado para el poder que el

aspecto de infortunios que no puede, ó no está obligado á socorrer; pero tambien debe confesarse, que por lo general suele el poder ser bastante diestro para librarse á poca costa de semejante peso. Solo Guillermo de Orange fue un amigo celoso y activo de Carlos Estuardo. Era el jóven Guillermo un príncipe ambicioso, inclinado á las empresas violentas y al poder absoluto; mas á esas condiciones unia un corazón noble y sincero, y para remediar las desgracias de su hermano político, se estremó en esfuerzos y en sacrificios demasiado limitados para ser eficaces, y que su inesperada muerte interrumpió cuando venian á ser mas necesarios.

Escitados por su Estatuder, y por la opinion popular de Holanda, los Estados Generales de las Provincias-Unidas, dieron á Carlos claras muestras de interés y de respeto: al recibir la noticia de la muerte de su padre, pasaron en corporacion á darle el pésame, y el gran pensionista Van Ghent, en su arenga le dió el tratamiento de señor y de magestad; pero esas palabras fueron pronunciadas en voz baja como para evitar compromisos con la nueva república por reconocer paladinamente al nuevo rey. El gabinete de Francia creyó salir airosamente del paso concediendo un asilo y una pension á la viuda y á los hijos de Carlos I, de manera que al ocnrrir la muerte de este soberano, su hijo no recibió ni carta, ni mensaje, ni demostracion de simpatía ó apoyo de ninguna especie por parte del gabinete francés. El rey de España que no tenia que responder de la presencia de los Estuardos en sus Estados, creyó deber escribir á Carlos II una carta espresando amistosos sentimientos, y dándole el título de rey; pero se pasó mucho tiempo antes de escribirse esa carta. Cuando Carlos salió del Haya para trasladarse á Paris, fue recibido en los Países Bajos españoles, en Amberes y en Bruselas con grandes honores: regalaronle una magnífica carroza y seis hermosos caballos; prestaronle algun dinero, y el archiduque Leopoldo y el embajador de España en Holanda, Antonio Brun, le inspiraron aliento en sus conversaciones secretas; pero al mismo tiempo tomaron minuciosas precauciones para quitar todo valor político á semejantes demostraciones, representándolas únicamente como simples actos de conveniencia. El gabinete español les habia prohibido absolutamente todo paso, toda palabra que en Londres pudiera ser considerada como una declaracion positiva en favor del rey, y hasta se les previno poner fecha anticipada en algunas cartas que al parecer presentaban ese carácter. No habia inconveniente en que se guardaran consideraciones á Carlos, y hasta se le hicieran servicios, con tal que entre él y el Parlamento republicano se conservara una estricta neutralidad.

A esta frialdad política se unieron en la vida privada, actos de la más cínica indiferencia: en Londres se vendieron los muebles y los cuadros de Carlos I, que había sido apasionado de las bellas artes y las había protegido con gusto. Los embajadores de España y Francia no se descuidaron en avisar á sus respectivos ministros (Mazarino y don Luis de Haro), que bien sea para sus soberanos, bien sea para ellos mismos, compraron tal vez por un vil precio aquellos despojos del rey mártir. «Si los cuadros, dijo Mazarino á M. Croullé, se venden al precio que indicais en vuestra Memoria, me parecen demasiado caros; sin embargo, eso no impide que piense en enviar alguna persona inteligente para que me los compre. La reina Cristina de Suecia, y el archiduque Leopoldo, gobernador de los Países Bajos, compraron también algunos, y cuando en medio del invierno de 1651, invitó el rey de España á lord Cottington y á Hyde, á salir de sus Estados, se cree que uno de los motivos secretos que influyeron para hacer tomar esa dura medida, fue la próxima llegada de los cuadros y medallas de Carlos I que Felipe IV había hecho comprar en Londres, y que no creía poder meter decorosamente en su palacio mientras los embajadores del hijo de aquel rey estuvieran en Madrid.

Los realistas ingleses de todas condiciones, tanto los que se hallaban en su patria como en el destierro, se indignaban de esa ávida ansiedad con que se aprovechaban de sus desgracias, al paso que tan poca protección les concedían.» Así es como los reyes vecinos, dice Clarendon, suministraban á Cromwell gruesas sumas de dinero que le ponían en el caso de consumir su detestable victoria, al paso que ellos mismos le enriquecían y engalanaban con los despojos del heredero de nuestro trono, sin aplicar la menor parte de esas riquezas en ayudarle á salir de las más apremiantes necesidades que hasta el presente ha sufrido ningún soberano.» Graymond, agente de Mazarino en Escocia, le escribía (25 de octubre de 1649) diciendo: «los servidores del rey de la Gran Bretaña, vomitan aquí imprecaciones contra los reyes y soberanos de la tierra, y principalmente contra S. M. si no socorre á su rey, después de cuya ruina desearían la de todos los demás. No tienen reparo en decir, que si la desgracia de su rey ocurriera, contribuirían con todo su poder á la destrucción de los demás, lo cual aseguran ser fácil, habiendo una vez respirado los pueblos con el ejemplo de Inglaterra las dulzuras del estado popular. Ya designan á Cromwell por autor de ese gran designio, y por reformador del universo... ya dicen que principiará por la Francia, y que bien lo merecemos, cuando no procuramos restablecer el soberano inglés

en su trono, siendo así que estamos mas obligados que nadie á hacerlo.» Natural era esa indignacion en proscriptos tan oprimidos y leales; pero no comprendian el estado de Europa, ni discernian las causas generales que influían en sus soberanos para hacerles permanecer tan frios é inertes en presencia de sucesos que tan de cerca parecian interesarles.

Lo que sucedia en Inglaterra preocupaba á los gobiernos europeos, pero sin inspirarles sérios temores. Aunque llenos de antipatía contra los revolucionarios ingleses, no se veian directamente amenazados por estos, ni veian en su propia situacion necesidad ninguna de hacerles resuelta y manifestamente la guerra. Precisamente en el mismo instante en que la monarquía vacilaba y caía en Inglaterra, iba robusteciéndose mas en todos los países del continente europeo: en todos los grandes Estados, las libertades feudales y municipales, la aristocracia independiente y la democracia turbulenta de la edad media, iban desapareciendo; la necesidad de órden en la sociedad, y de unidad en el poder, eran generalmente conocidas; el curso de las ideas, así como el de los hechos, era en todas partes monárquico. La república de Inglaterra pareció por lo tanto un hecho aislado puramente local, y ni en los Estados mas trabajados de disensiones civiles, se creyó que pudieran concebirse sérios temores de contagio.

Por otra parte, el nombre de la república no era en aquella época un objeto de desconfianza ni de alarma; aunque semejante forma de gobierno no habia prevalecido mas que en Estados secundarios, sin embargo, habia ocupado un puesto en Europa sin haber turbado el órden general, pues sabido es que las grandes monarquías europeas habian vivido en buena relacion con las repúblicas de Italia, de Suiza, de Alemania y de los Países Bajos: la Europa no se habia acostumbrado á considerar el gobierno republicano como precursor y fautor de las revoluciones y la anarquía.

Tambien hay que tener presente, que la revolucion de Inglaterra se presentaba bajo un sentido tan religioso como político: las grandes guerras de religion habian terminado; el tratado de Westfalia acababa de establecer las bases de un nuevo órden europeo; los Estados católicos y protestantes se habian mutuamente aceptado, y entre estos últimos, el mas moderno y que mas disputas habia costado, las Provincias-Unidas acababan de conquistar por último su reposo y su rango. El sistema de paz entre las diversas comuniones cristianas, sino en el seno de cada Estado, por lo menos en las relaciones esteriore, habia difinitivamente prevale-

cido, y aunque las prevenciones y animosidades religiosas estaban muy lejos de haberse apagado, nadie, ni los gobiernos, ni los pueblos deseaban volver á renovar una lucha en que todos habian tan cruelmente sufrido y en la que ningun partido podia jactarse de haber conseguido una victoria absoluta.

El cansancio y la necesidad son los medios de que Dios se vale para imponer justicia y buen sentido á los pueblos.

La paz de la religion dió á la política su propia naturaleza y su libertad: ya no fueron las creencias ni las pasiones religiosas las que decidieron acerca de los designios y de las alianzas de los Estados: el espíritu de ambicion, ó de resistencia á ella, de preponderancia ó de independencia, de engrandecimiento ó de equilibrio fue el principal móvil de la conducta de los gobiernos en sus relaciones internacionales, y en él buscaron principalmente los medios de ataque y de defensa en sus esperanzas ó en sus temores temporales, y armas en sus rivalidades. La revolucion de Inglaterra se aprovechó de ese carácter, esencialmente lego de la política continental, y las dos grandes potencias, la España y la Francia, que en aquella ocasion se disputaban la influencia en Europa, no tuvieron por conveniente malquistarse con la nueva república, antes por el contrario, una y otra se aplicaron sea á hacerla entrar en el círculo de su accion, sea á tenerla lo mas lejos posible del campo de su enemigo: los dos sistemas de alianza mas ó menos completa, mas ó menos franca de la Francia, la Inglaterra y las Provincias-Únidas por una parte, y de la España la Inglaterra y las Provincias-Únidas por otra, fueron en París y en Madrid el pensamiento constante de Mazarino y de don Luis de Haro, y el asiduo trabajo de sus respectivos agentes en Londres.

El Parlamento republicano tuvo una idea exacta de esta situacion, pero no la vió con claridad, ni en toda su estension: comprendió, que si bien era detestado de todas las grandes monarquías europeas, ninguna lo amenazaba, y se condujo respecto de ellas con desconfianza y altivez, pero sin inquietud ni arrebató. No se mostró afanoso de ser reconocido por ellas, ni se dió prisa en establecer cerca de sus gabinetes agentes diplomáticos que representaran la república. Mas no por eso puede decirse que se libró de impaciencia por lo relativo á este asunto: mas de una vez trató de sondear la opinion de los agentes extranjeros que seguian permaneciendo en Inglaterra, unas veces para saber cómo serian recibidos en sus respectivas córtes los ministros diplomáticos que la república podria enviar, y otras dándoles á entender que no podian seguir residiendo en Londres,

si no recibían de sus gobiernos nuevas credenciales que les acreditaran cerca del Parlamento: El vivo deseo de ser reconocido, se le escapaba de cuando en cuando al gobierno republicano por caminos indirectos. Coullé, decía á Mazarino: «aquí se ha dicho en un papel impreso, que los Consejeros de Estado de Francia habían tratado con los comerciantes ingleses sobre los asuntos de sus especulaciones mercantiles, y que por lo tanto habían reconocido el Parlamento como representante de la república. Mucho sería de desear que se contentaran con ese imaginario reconocimiento.» No se contentaron; antes por el contrario, el Parlamento siguió manifestándose exigente y armado de paciencia sobre el particular, es decir, resuelto á esperar el reconocimiento de la república hasta que acabara de organizarse completamente, deliberando varias veces con recelosa susceptibilidad sobre las formas que debían observarse en sus relaciones con los países extranjeros. Pero su actitud era tan tranquila como arrogante: declaró públicamente su intencion de mantener todos los tratados existentes entre los demás Estados y la Inglaterra; recomendó al Consejo de Estado que no dejara de tener en todas partes cónsules, á fin de que no se interrumpieran las buenas relaciones mercantiles, y conservó en Francia un agente oficioso, llamado Angier, que velaba sin descanso por los intereses de Inglaterra. Además de esto sostuvo relaciones frecuentes y benévolas en Londres con algunos embajadores extranjeros, como el español Cardañas y el holandés Joaquín, que á pesar de no haber recibido nuevas credenciales, no inspiraban recelos al Parlamento. Al través de tan marcadas señales de inesperienza y algunas caprichosas demostraciones de arrogancia, la conducta de los agitadores republicanos en lo tocante á política exterior, indicaba tanta reserva como altivez, y el deseo de permanecer en paz en lo exterior para no agravar las interiores dificultades y cargos del gobierno.

Sobre un solo punto entraron sin consideracion y á todo trance en la vía de la fuerza y hasta de la violencia. Una parte considerable de la escuadra, once buques se sublevaron (junio del 1648) contra el Parlamento, y se pasaron á Holanda á ponerse á las órdenes del príncipe de Gales para defender la causa del rey preso. En octubre del mismo año, el príncipe Roberto fue nombrado almirante de esta escuadra real. Extranjero hasta en el mar, ese príncipe tenía un valor popular, buscaba con ardor aventuras, y se portaba en ellas sin temor de perder la vida que tal vez le parecía dura é incierta, y era familiar y liberal con sus inferiores. Con estas circunstancias se captó la voluntad de los marineros y soldados, y

prosiguió haciendo por mar contra la república, la misma guerra encarnizada y errante que habia hecho por tierra contra el Parlamento. Carlos II vivía en una profunda miseria: faltábale dinero para ayudar á su partido, para pagar sus criados, para enviar un mensajero á la reina madre, y hasta para trasladarse de un punto á otro. Su cuñado el príncipe de Orange, no podía á pesar de la mas generosa amistad cubrir todas sus necesidades: algunos príncipes del continente, como el duque de Lorena, la reina de Suecia, el rey de Polonia y el czar de Rusia, le habian prestado ó regalado algunas cantidades; sus leales amigos de Inglaterra le enviaban una parte de lo que podian salvar de las confiscaciones y secuestros; mas todos esos socorros se agotaban prontamente, y Carlos no tenia ninguna renta segura con que poder contar. Buscó y encontró en la flota mandada por el príncipe Roberto, recursos precarios, pero alguna vez abundantes. Paseándose esa escuadra por el canal de la Mancha, por el mar del Norte alrededor de Inglaterra, haciendo al comercio de esa nacion, y alguna vez por casualidad al de todos los pueblos presas numerosas y ricas, puede decirse que fue una flota de corsarios con bandera real, encargados de cubrir las atenciones del rey proscripto. No faltaron ingleses y personas de otros paises, que armando buques á su costa, solicitaron asociarse á esa vida de provechos y aventuras: fácil les fue á esos armadores conseguir ó comprar la autorizacion que solicitaban, y el mismo Carlos formó un reglamento para el servicio de esos buques y modo de hacer la reparticion de las presas. La décima quinta parte del valor total del botin era para el rey, y la décima para el almirante: lo demás se repartía en tres partes; una para el propietario de barco, otra para los proveedores de víveres, y la tercera para el equipaje, segun el rango y empleo de cada cual, desde el almirante hasta el simple grumete. De los mares frecuentados por esa escuadra, desapareció toda seguridad mercantil y personal, convirtiéndose en teatro de incesantes depredaciones, y en una verdadera guerra oculta en la que tomaron alguna vez parte, cambiando de bandera, buques del rey de Francia y hasta de los Estados Generales de Holanda.

Contra ese peligro ruinoso é insultante, adoptó el Parlamento republicano sin pérdida de tiempo, providencias las mas enérgicas. Apenas acababa de instalarse, reorganizó y aumentó la escuadra que le quedaba. Treinta buques mercantes fueron embargados (2 de febrero del 1649) por cuenta del Estado, y convertidos á su costa en buques de guerra. Las fuerzas navales conque se abrió la campaña del año siguiente, ascendían

á sesenta y cinco naves, montadas por ocho mil ciento cincuenta hombres. En el invierno del 1650 al 1651 se destinaron treinta y nueve buques tripulados por cuatro mil ciento noventa hombres, con novecientos cincuenta y cuatro cañones, á la proteccion especial de las costas de Inglaterra. Nada de lo tocante al ramo de marina se miró con indiferencia; asignáronle cantidades que cubrieran holgadamente las atenciones de los arsenales: pagáronse con puntualidad los sueldos de los oficiales, y se procuró estimular á ellos y á los marineros con ascensos y recompensas por cualquier servicio. Vane, que era el presidente del Comité de marina, difundia por todas partes su actividad tan inteligente como apasionada. Blake, Dean, Popham, Ayscough, Penn y Baddeley fueron puestos al frente de las diversas escuadrillas, y enviados al canal de la Mancha, al mar del Norte, y á las costas de Irlanda, Francia, Holanda, Portugal y España, al Mediterráneo, al Levante y á las Antillas. La mayor parte de los oficiales que las tripulaban eran del ejército y carecian de experiencia marítima; pero tenian un valor y capacidad á toda prueba; eran sinceramente adictos á la república; deseaban con ardor tanto para su país como para ellos mismos triunfos y gloria, importándoles poco el precio á que la hubieran de comprar, y finalmente, estaban decididos á sostener por todas partes y á todo trance el honor y la seguridad del nombre y del pabellon inglés.

A esas fuerzas materiales tan bien organizadas, añadió el Parlamento para proteccion del comercio nacional, medidas legislativas no menos eficaces. Arregló la legislacion de las presas marítimas de la manera mas á propósito para escitar el ardor y recompensar los esfuerzos de los marineros ingleses. Llamó á todos los que estaban sirviendo en los países extranjeros, y proporcionó á los comerciantes ingleses que habian tenido graves pérdidas por causa de buques extranjeros, y á pretexto de visita, medios para reclamar una indemnizacion. Teniendo presente que Luis XIV habia nuevamente prohibido la introduccion en su reino de toda tela de lana ó de seda fabricada en Inglaterra, el Parlamento se hizo presentar por el Consejo de Estado un informe de todos los tratados mercantiles que existían entre ambas naciones, y considerando que la reciente prohibicion era ilegítima, prohibió á su vez la introduccion de vinos y telas de seda y lana manufacturadas en Francia. En un despacho de Croullé á Mazarino, se lee acerca de esta prohibicion lo siguiente: «A los que objetaban que esa medida no podria verificarse, pues no era fácil que el país se acomodara á pasar sin nuestros vinos, han contestado como por burla; que los



ENCUENTRO DEL DUQUE DE YORK Y SAINT-JOHN.



hombres se acostumbran á todo; que ya se está viendo que el pueblo pasa sin rey, cosa que nadie creía posible, y que por lo tanto muy bien podrá tambien pasar sin vinos franceses.»

El éxito correspondió á ese conjunto de medidas enérgicas dictadas por un poder imperioso y ejecutadas por funcionarios diestros y atrevidos. La marina republicana cruzó todos los mares, tan pronto escoltando los buques mercantes ingleses, tan pronto haciendo ricas presas en el comercio extranjero, persiguiendo á todo trance el pabellon de Carlos II, y difundiendo por donde quiera que penetraba ese temor mezclado de respeto que inspira la fuerza y la rapidez de los movimientos. El príncipe Roberto, á fines del invierno de 1649, se habia puesto de crucero en las costas meridionales y orientales de Irlanda para favorecer las operaciones del ejército realista en la isla, y apoderarse de los buques mercantes que siempre abundan en aquellos aguas. Blake vino á buscarlo y lo bloqueó en el puerto de Kinsale. Roberto pudo salvar su escuadra perdiendo solamente tres naves, y se largó á las costas de Portugal para volver á emprender sus correrías y aventuras. Blake lo siguió por orden del Parlamento, llevando á bordo á Carlos Vane, hermano de sir Enrique, encargado de presentar al rey de Portugal las quejas y proposiciones de la república.

Ambas escuadras se estacionaron una en frente de la otra en la embocadura del Tajo, negociando simultáneamente con el gabinete portugués, Roberto para que este siguiera dispensándole su proteccion, y Blake para que se la negara. Roberto gozaba de gran favor en la córte y en el pueblo de aquella nacion; al aparecer en las aguas de Lisboa, el rey Juan IV envió muchos de sus oficiales á recibirlo y llevarlo pomposamente á palacio, y siempre que saltaba á tierra, la poblacion lo saludaba con estrepitosas aclamaciones. Blake por el contrario, era objeto de profunda antipatía para aquella córte y aquel pueblo ardientemente católicos y realistas; cuando algunos individuos de su escuadra desembarcaban eran insultados, y no pocas veces maltratados, tanto por los marineros de Roberto, como por los mismos portugueses. Blake, desentendiéndose de estas prevenciones, se dirigió al rey pidiendo que alejara de sus Estados unos piratas que habian robado á la república de Inglaterra parte de su escuadra sobornando los marineros, y á quienes tenia orden de perseguir hasta su destruccion como enemigos de todo comercio regular entre las naciones civilizadas, y que finalmente, si el rey no queria encargarse de espulsar de sus puestos á los piratas, no llevara á mal que el

almirante inglés entrara en ellos con su escuadra, y cumpliera la comision que habia recibido de su gobierno.

Grande fue la indignacion que semejantes proposiciones causaron en Lisboa, la reina y el príncipe real tomaron por su cuenta el sostener el valor algo vacilante del rey á quien algunos ministros aconsejaban ceder. Contestaron á Blake dirigiéndole cumplidos y regalos, pero negándole rotundamente la entrada en el puerto. Hizo una tentativa para forzarla, pero fue en vano, porque las baterías de la plaza le hicieron fuego. En vista de esto revolvió contra el comercio portugués sus amenazas y sus fuerzas : los buques reales ó mercantes de esa nacion ya no pudieron entrar ni salir en el puerto; Blake se apoderó primero de cinco; luego de nueve, y por último, destruyó una rica flota que venia del Brasil, asegurando que no desistiría hasta que los piratas realistas no le fueran entregados ó espulsados del puerto. El gabinete portugués fluctuaba entre la cólera y el temor : mandó arrestar por vía de represalias los comerciantes ingleses establecidos en Lisboa, y Vane no pudiendo conseguir que se les devolviera la libertad ni los bienes embargados, tuvo por conveniente regresar á Inglaterra. Pero al mismo tiempo el rey de Portugal instaba al príncipe Roberto á que se alejara si no se creia en estado de atacar á Blake y librar de su presencia al reino. Roberto pareció en cierta ocasion dispuesto á combatir; pero Blake que habia recibido un refuerzo de ocho buques conducidos por el almirante Popham, se dió tal prisa á romper la accion, que el príncipe se retiró corriendo á ponerse bajo la proteccion de los fuertes, y al fin tomó el partido de escaparse con mil trabajos del puerto de Lisboa para buscar seguridad y fortuna en el Mediterráneo. Blake le siguió á las costas de España con la misma tenacidad que le habia venido dando caza hasta las de Portugal. Las mismas vacilaciones de favor y desfavor, las mismas alternativas que habian agitado la córte de Lisboa en presencia de las dos escuadras enemigas, turbaron, aunque á mayor distancia, el gabinete de Madrid.

Así que el príncipe Roberto apareció delante de Málaga, los dos embajadores de Carlos II en España, Hyde y Cottington, se presentaron al gobierno, avisándole del suceso, y reclamando una buena acogida en favor del primo y de los buques de su rey. Don Luis de Haro se la prometió, y casi al mismo tiempo se recibió la noticia de que la escuadra republicana se habia presentado tambien en aquellas aguas, pidiendo como en Lisboa, que se le permitiera entrar en los puertos españoles para apresar y destruir á sus enemigos. De ambas partes se recibieron á

un mismo tiempo reclamaciones hechas en igual tono de altanería y violencia. Roberto, despues de haber echado á pique en las aguas de Málaga muchas naves mercantes inglesas, pidió al gobierno mandara arrestar y entregarle uno de los capitanes de los barcos que se habia refugiado en aquella ciudad, y «que, segun el príncipe decia, habia conspirado terriblemente contra el difunto Carlos, por lo cual queria freirlo en alquitran.» Blake por su parte, sabiendo que Roberto habia saltado á tierra rogó con instancia á las autoridades españolas que se lo entregaran, como jefe de piratas, enemigo de todas las naciones. El gabinete de Madrid eludió con dilaciones y con inercia la impetuosidad de esas instancias. Las dos escuadras siguieron algunos meses haciéndose la guerra en aquellas costas, y finalmente, Blake destruyó la mayor parte de la de Roberto, que solo quedó con dos naves errante por el Mediterráneo, y luego pasando el Estrecho fué á buscar nuevas presas en el Atlántico, á lo largo de la costa occidental de Africa, sin tener que combatir con la marina del Parlamento. Esta permanecié dominando en los mares del Sud-Oeste de Europa: Penn y Lawson se encargaron de perseguir á Roberto, cuyo paradero no se sabia á punto fijo, y Blake tuvo que volver á Inglaterra para tomar con Dean y Poplam el mando de la escuadra en el canal de la Mancha y en el mar del Norte, donde la marina republicana se hallaba en presencia de enemigos mas terribles. Tambien en este punto habia demostrado la marina del Parlamento el vigor y la audacia de sus individuos, haciendo pagar caras al comercio francés particularmente las presas que al principio habia hecho este en los armadores ingleses.

En setiembre de 1634 el Parlamento manifestó, que no pudiendo obtener justicia por parte del rey de Francia, estaba resuelto á tomársela por su propia mano: seis buques franceses detenidos por capitanes de buques del Estado, fueron definitivamente confiscados, y nada se concedió á las reclamaciones hechas por el gabinete de París sobre el particular. El Parlamento republicano comprendia su fuerza maritima y la imponia á los demás: su pabellon ondeaba orgulosamente temido de sus enemigos y respetado de sus rivales.

A esto se concretaron en cuanto á política exterior su habilidad y sus victorias: cuanto mas desplegó en las empresas maritimas su energia y conocimiento, tanto mas se echó de menos en sus relaciones y empresas diplomáticas, la sagacidad, buen sentido, templanza y resolucion necesarias para llevarlas felizmente á cabo.

Hallábase en presencia de dos naciones acerrimamente rivales, pero co-

locadas en situacion muy distinta, y animadas de disposiciones muy diversas. La España ensoberbecida aun con el recuerdo de aquella reciente grandeza con que habia asombrado á la Europa, iba declinando rápidamente: ya no le pertenecía el imperio de Alemania; ya habia perdido á pesar de sus largos y sangrientos esfuerzos las Provincias-Unidas; su dominio en Italia se habia disminuido; una conspiracion acababa de arrebatarle en un dia el Portugal; solo lejos, es decir, en el Nuevo Mundo, conservaba aun sus posesiones inmensas, con lo cual se justificaba la ingeniosa espresion de Sully de que era «uno de esos Estados que tienen los brazos y las piernas fuertes y poderosos, y el corazon sumamente débil y delicado.»

En medio de los esplendores de su córte y de su idioma, el gobierno español sentíase efectivamente débil, y procuraba ocultar su debilidad en su inercia. Felipe IV y don Luis de Haro, ambos moderados y sensatos, el uno por blandura, y el otro por prudencia, y ambos cansados de luchar para ser vencidos, no aspiraban mas que á la seguridad de la paz, y ponian todo su cuidado en separarse de toda cuestion, de todo asunto que hubiera exigido esfuerzos de que no se sentian capaces. Dividida y enervada la casa de Austria tenia todavía menos ambicion que poder, y no siendo en el caso de una perentoria necesidad, era una pomposa inercia la única política de los sucesores de Carlos V.

La Francia y la casa de Borbon marchaban por el contrario unidas por la senda de un progreso rápido y atrevido: un poderoso espíritu de actividad y ambicion reinaba en los consejos de la corona, y en las diversas clases de ciudadanos, particularmente en las superiores: todo el mundo se entregaba al afan de grandes designios y de empresas brillantes sin reparar en los esfuerzos ni en la responsabilidad que las acompañan. Asi es que á pesar de las disensiones civiles y de los infructuosos deseos de libertad política, el Estado se robustecía y se iba estendiendo, al paso que la unidad nacional y la autoridad régia se desarrollaban simultáneamente. Tan perseverante como flexible, tan pronto vencedor como fugitivo, pero siempre favorito y primer ministro, tanto en el destierro como en París, Mazarino iba prosiguiendo al través de los azares de la guerra y de la córte, la obra de Enrique IV y de Richelieu.

Entre esas dos potencias la Inglaterra podia elegir la que mas le conviniera para aliada, ó sostener firmemente la balanza. A pesar de que la repugnancia que á las dos les causaba la república regicida, era tan profunda su rivalidad y la iniquidad que una á otra se inspiraban, que se so-

metian á esa república por el afán de quitar á su rival ese recurso. El Parlamento republicano no tomó parte ni por la una ni por la otra de esas naciones: apreciando mal las fuerzas y el porvenir de cada una, y dejándose llevar de rutinas apasionadas, permaneció fluctuante, pero no



VAN TROMP.

neutral entre la Francia y la España afectando neutralidad sin saber guardarla formalmente, ni interrumpirla cuando convenia.

La España tenia sus preferencias: no era de Madrid de donde habia venido la reina Enriqueta María, constante objeto de la antipatía y hostilidad de los parlamentarios, ni era tampoco en Madrid donde esa reina

encontraba mas asilo y apoyo. En el momento del proceso del rey, don Alonso de Cardeñas, embajador de España en Londres, instado por los realistas ingleses á dar algun paso en favor del soberano, se negó formalmente diciendo, que no habia recibido instrucciones de su gabinete. Despues de proclamada la república, siguió permaneciendo en Londres en buena inteligencia con los jefes republicanos, y habia solicitado de su gobierno la revalidacion de sus credenciales, diciendo, que podria sacar buen partido tanto para los intereses politicos de España como para los católicos de Inglaterra. Felipe IV y Don Luis de Haro no andaban tan sollicitos como el embajador: ambos habrian deseado no pronunciarse ni por la república ni por Carlos I; estar á la mira para utilizarse de todos los descuidos de esta; dar por bajo mano algunas señales de simpatía á los realistas, y permanecer en una completa inaccion hasta que se despejara el horizonte político. Ese fue el sentido que dominó constantemente en el Consejo de Estado español consultado por el rey tan pronto con motivo de las comunicaciones de Cardeñas, como por las de Carlos II y sus embajadores. Reducido á esa política de indiferencia y de inercia, siguió asi el gabinete español sin enviar por mas de un año ni instrucciones, ni nuevos poderes á Cardeñas, y no haciendo caso de la presencia en Madrid de los embajadores de Carlos II (Hyde y Cottington), cuya presentacion no pudo estorbar. Al saber estos la venida á España de Antonio Ascham, manifestaron su dolorosa sorpresa. « No acertaríamos á creer, dijeron, que Su Magestad Católica, que ha sido el primero y único monarca á quien el rey Nuestro Señor ha ofrecido por medio de sus embajadores toda su amistad, sea tambien el primero y único soberano que reconoce el gobierno de esos rebeldes recibiendo á un enviado suyo. » El Consejo de Estado deliberó acerca de esta queja, y algunos meses despues acerca de la peticion de que el príncipe Roberto y su escuadra fuesen bien recibidos en los puertos del reino. El Consejo eludió contestar á ninguna de estas dos cosas: bien se tratara de la república, ó bien del rey proscripito, el gabinete de Madrid no aspiraba sino á callar y á no tomar parte en nada.

Pero las situaciones se iban haciendo críticas; el Parlamento se manifestaba cada vez mas exigente: Cardeñas escribia diciendo, que ya no querian tratar oficialmente con él, y que se veria obligado á retirarse si no se le remitian nuevas credenciales en que el Parlamento fuera espresamente reconocido. Por otra parte, el asesinato de Ascham y la insistencia del Parlamento para obtener justicia, causaban grande apuro al

gabinete de Madrid. No dejaba tambien de incomodarle la conducta de Carlos II, que acababa de pasar á París á visitar á la reina madre, pero que en realidad, segun decian, no iba sino á recibir instrucciones de Mazarino: hay que advertir que Carlos seguia tratando siempre de *hermano* al rey de Portugal, á quien la España siempre ha calificado con el dictado de *tirano usurpador*. El Parlamento republicano, por el contrario, trataba rudamente á la casa de Braganza, y le hacia casi la guerra por el apoyo que habia dado al príncipe Roberto.

Al cabo de veinte y un meses de fluctuacion, el gabinete español tomó una medida decisiva: dió pasaporte á los embajadores de Carlos II, y remitió credenciales á Cardeñas. Al mismo tiempo llegaba tambien á Inglaterra Juan de Guimeraes, plenipotenciario del rey de Portugal, para poner término á las desavenencias de ambos Estados. El Parlamento hizo esperar á Guimeraes quince dias antes de dejarlo presentar en Londres: esta presentacion no le fue concedida sino por la mayorfa de un voto, y se decidió que fuese hecha sin ostentacion de ninguna especie y por un comité de once miembros. Pero Cardeñas al dia siguiente en que anunció sus nuevas credenciales, fue recibido en audiencia solemne por el Parlamento. Tres acompañados, entre los cuales figuraba el conde de Salisbury, lo acompañaron desde su casa en carruajes del Estado, seguidos de otros cuarenta coches llenos de caballeros españoles é ingleses. Dos regimientos de caballerfa formados en batalla lo recibieron al pasar por Whitehall, y otro de infanterfa lo vino escoltando por todo el tránsito. Al entrar en el salon del Parlamento tomó asiento en su sillón que le estaba preparado; entregó al Presidente sus credenciales escritas en latin, y pronunció un largo discurso en español, felicitándose de ser el primero que en nombre del mayor monarca de la cristiandad se presentaba á reconocer aquella Cámara como poder supremo de la nacion inglesa, y concluyó refiriendo en detalle lo que el rey su señor habia hecho para asegurar el castigo de los asesinos de Ascham, y para alejar de los puertos españoles al príncipe Roberto. El orgullo republicano se complacia en recibir con aquella pompa ese brillante testimonio monárquico: solo algunos austeros puritanos eran los que no se manifestaban muy satisfechos. Bradshaw escribiendo á uno de los oficiales de Cromwell, decia: «Temo que nuestra impotente solicitud á ponernos en buenas relaciones con los pueblos vecinos, no nos sea tan honrosa ni útil como algunos se figuran. Dios nos conceda la gracia de no pensar mas que en él, ni contar mas que con él para mantenernos independientes de todas las demás naciones. Mas sobre este particular, mu-

chos hermanos nuestros piensan de otro modo, y como escribo á quien puede prejuzgar la cuestion mejor que yo, no tengo necesidad de hablar mas.»

Quando el Parlamento y el embajador de España se daban recíprocamente tales demostraciones de buena correspondencia, el encargado de Francia, Croullé, estaba viendo invadida su habitacion por un piquete de soldados, que se lo llevaban arrestado á presentarlo al Consejo de Estado, y por último, recibía orden de salir de Inglaterra en el término de seis dias. Estos sucesos los refiere Croullé á Mazarino en los términos siguientes:

«Eso señores españoles, á pesar de haber esperado al último momento, no por eso han dejado de ser bien recibidos, y como para llegar á ese extremo habrán indudablemente mediado condiciones, entre las cuales será la principal el indisponerse con la Francia, han querido que á esa ceremonia preceda una accion que demuestre á lo vivo su intencion hostil para con nosotros. Ayer, cuando en virtud del permiso que la córte me habia concedido, estaba en mi oratorio oyendo misa en compañía de muchos franceses, y muy pocos de este país, se presentó en mi casa un destacamento de soldados que allanaron las puertas, y vinieron maltratando y dando golpes á cuantas personas encontraron, sin esceptuarme á mí mismo, que en compañía de un caballero francés traté de oponerme á las violencias que iban á cometer en el mismo altar, y di tiempo al celebrante para desnudarse de sus vestidos sacerdotales, y de esconderse en mi gabinete confundido con las demás personas. Habiéndose los soldados apoderado absolutamente de todo, fui con un caballero inglés y dos franceses á presentar una queja al Presidente del Consejo, que sin querer darme oidos me hizo llevar arrestado á un cuerpo de guardia, situado en un mal bodogon, donde me tuvieron hasta las seis de la tarde, en cuya hora fui llamado ante el Consejo de Estado. Hice una verídica y puntual relacion de las tropelías que habia sufrido, y por contestacion el Presidente me mandó retirar. En vista de esto, dije que me hallaba en esta capital por mandado del rey mi señor, á quien haria saber lo que acababa de decirme, y que cuando hubiera yo recibido órdenes de su magestad, obedeceria sin remision. A esto me replicó el Presidente, que lo que yo acababa de decir era mas en menosprecio del Consejo que todo lo que habia dicho anteriormente; que no recibian órdenes de ningun rey de la tierra, y que si no obedecia á lo que el Consejo me mandaba, tratarian de tomar conmigo las providencias convenientes. Contesté, que al hablar de las órdenes de

su magestad, no lo habia hecho sino con referencia á mi propia persona, que tambien me hallaba decidido á no recibirlas de nadie mas; que el Consejo era dueño de tomar las providencias que quisiera, pero no de hacerme faltar á mi deber. Dicho esto me retiré. Esta mañana se me ha dado pasaporte con el plazo de diez dias para salir de la capital: no habrá mas remedio que obedecer, pero antes quiero recibir nuevas órdenes de vuestra eminencia.»

Mucho disgusto causó este incidente á Mazarino: hacia ya tiempo que andaba receloso de los pasos que Carleñas estaba dando en Lóndres y de la preferencia que los republicanos concedian á la España. En 6 de agosto de 1649 hizo comunicar á Croulle por medio de Servien lo siguiente: «Suplicoos que no perdais oportunidad de que el Parlamento desconfie absolutamente del gabinete español, y presumo que para conseguirlo, os habreis valido de cuantas ocasiones se hayan presentado.» De allí á unos meses Mazarino le volvió á decir: «Convendría que el Parlamento de Inglaterra nos suministrara, secretamente, algun socorro de hombres ó dinero para facilitarnos medios de defensa contra los grandes preparativos que los españoles están haciendo á fin de atacarnos por todas partes en la próxima campaña. Por lo menos, impedid como podais, que el Parlamento dé esos socorros al enemigo, cosa que podria suceder en vista de las falsas suposiciones que Carleñas le hará sin duda.» Nada habia en los despachos que Croullé remitia al primer ministro de su nacion, que pudiera tranquilizarle por lo tocante á ese temor: unas veces le daba cuenta de las preferencias que el Parlamento concedia al embajador español, y otras le anunciaba con fundamento ó sin él que acababan de enviarse á España 100,000 libras esterlinas para ayudarla en su guerra contra la Francia.

Decíase que los señores de Bouillon, y de Turenne que en aquel momento eran los jefes de la Fronda habian escrito á Cromwell solicitando su proteccion: el Consejo de Estado republicano meditaba enviar parte de la escuadra que estaba cruzando delante de Lisboa á socorrer á los partidarios de la Fronda que se habian sublevado en Burdeos. Divulgóse el rumor de que Cromwell despues de haber sometido la Irlanda iba á hacer un viage á Francia: Mazarino por una inconcebible equivocacion creyó que se trataba de una visita amistosa y Servien escribió en el acto á Croullé: «Si despues de la espedicion de Irlanda mister Cromwell viene á Francia, siendo como es, persona de mérito, puede estar seguro de ser bien recibido, y de que todo el mundo irá á obsequiarlo en

el punto donde desembarque.» No tardaron las cartas de Croullé en hacer comprender su equivocacion al Cardenal. «No acierto, le decia en una de ellas, á desimpresionar al público acerca de lo que se dice de que Cromwell, arregladas las cosas de Irlanda, pasará á Francia con su ejército... Este rumor procede de las personas que por distintos motivos desearian que se realizara. Estas son las que atribuyen á Cromwell palabras de que no he dado cuenta en mis comunicaciones por creerlas inverosímiles é infundadas. Dicese entre otras cosas que contemplando sus cabellos ya encanecidos exclamó: si tuviera diez años menos no habria en Europa soberano á quien yo no hiciera temblar, y que añadió que teniendo mas plausible motivo que el rey de Suecia, se creia asimismo capaz de hacer en beneficio público mas que lo que hasta entonces ningun otro habia hecho en beneficio de su ambicion personal.»

Tales palabras, falsas ó verdaderas preocupaban grandemente á Mazarino: la hostilidad manifiesta de la Inglaterra aumentaba lo embarazoso de su situacion interior, siempre tan vacilante, y las dificultades de su política exterior que tan obstinadamente se habia empeñado en llevar á cabo á despecho de todas las contrariedades que se presentaban. A su lado Colbert, que todavía no era mas que simple consejero de Estado, y apoderado de la casa del Cardenal, pero que ya se habia apasionadamente aplicado al estudio de la prosperidad nacional, denunciaba sin intermision los sufrimientos y las pérdidas que al comercio francés causaban las medidas prohibitivas del Parlamento republicano y la guerra sorda y desarreglada que se hacian las marinas de ambos Estados. Mazarino necesitaba absolutamente buscar aliados poderosos en Europa, y Colbert seguridad para el comercio de Francia por mar y por tierra. El Cardenal pudo por algunos momentos lisonjearse de hacer con las Provincias-Unidas una eficaz alianza contra Inglaterra y España: el conde de Estrades, que durante mucho tiempo habia sido embajador en Holanda se hallaba en 1562 de gobernador en Dunquerque: el príncipe de Orange le escribió en 2 de setiembre diciéndole: «La confianza que tengo en vuestra amistad y la que profesábais á mi difunto padre, me hace creer que no dejareis de venir, como os lo suplico, al Haya cuanto antes podais á fin de comunicaros asuntos muy importantes. «Tratábase de un proyecto de convenio, por el cual Luis XIV y el príncipe de Orange se comprometerian, á hacer mancomunadamente la guerra á España y á romper al mismo tiempo con Cromwell, procurando por todos los medios posibles restablecer el rey de Inglaterra en sus reinos.» El conde de Estrades avisó

á Mazarino y este le contestó sin perdida de tiempo diciéndole: «La reina me manda daros orden de pasar inmediatamente á Holanda á veros con el príncipe de Orange; y á fin de que os halleis en disposicion de tratar con él, si lo juzgais decidido á romper relaciones con la España, os remito poderes del rey para que podais cerrar el convenio, advirtiéndooos que este seria el mayor servicio que pudiérais hacer á S.M. Por mi parte tambien os agra-leceré infinito el que inclineis á ese príncipe á romper con la España; pues eso desbarataria todas las medidas de mis enemigos y desharia las intrigas y parcialidades que en la córte y el Parlamento suelen fraguarse contra mí. Ruégoos que nada omitais de cuanto pueda dar feliz terminacion á este importantísimo asunto.»

La muerte del príncipe de Orange, á fines de aquel mismo año, fue tal vez causa de que no se realizara este proyecto, y Mazarino se encontró frente á frente de la España siempre enemiga suya, de la república británica reconocida oficialmente por la España, de las Provincias-Unidas separadas por la muerte de su *Estadulder* de la causa monárquica y sin relaciones, ni siquiera oficiosas con Inglaterra de donde su agente acababa de ser espulsado.

No podia el Cardenal ni por carácter, ni por política, permanecer en semejante situacion: tan impaciente, como astuto y resuelto, era Mazarino de aquellas personas que se dan prisa á obrar para salir de una mala situacion, prefiriendo esponerse á nuevos perances antes que dejar de hacer algo por remediar el contratiempo que han sufrido. El comercio francés instaba para que volvieran á entablarse relaciones pacíficas con Inglaterra: con este objeto intentó ponerse en relaciones directas con el Parlamento republicano, y un tal Salomon, vizconde de Virelade, escribió en nombre del comercio francés desde París al Consejo de Estado británico, solicitando un salvo-conducto para trasladarse á Londres á tratar sobre el particular. «Nadie hay aquí, le contestó Walter Frost, secretario del Consejo de Estado, que pueda tratar con vos acerca de estos asuntos, sino el poder supremo, ó las personas que este diputara para el efecto: este poder no querrá entrar en relaciones, no siendo con la autoridad soberana de Francia, única que puede dar los poderes necesarios para tratar de tales asuntos. No me es posible, por lo tanto, facilitaros un salvo-conducto para venir en el concepto que indicais... Mas si el Estado de Francia quiere autorizaros de la manera que en tales casos se acostumbra entre Estados soberanos no dudo que aquí se admitirán con placer las proposiciones decorosas y justas que se hagan para terminar

las diferencias y restablecer el comercio de un modo conveniente al interés de ambos países.»

Colbert redactó defendiendo los intereses del comercio una Memoria, estableciendo el principio de que para su prosperidad se necesitan indispensablemente dos cosas, á saber: seguridad y libertad: recordó los hechos que por lo tocante al comercio de Francia é Inglaterra restablecian esas condiciones, y sin vacilacion alguna indicó cómo podria el mal remediarse. «El punto á que mas importancia dan los ingleses, dijo Colbert al terminar su memoria, es el reconocimiento oficial de su república. Los españoles se han anticipado á nosotros en dar este paso, y es de temer, que mediante las negociaciones de su embajador en Londres, acaben de estrechar mas y mas sus relaciones. A nuestros señores ministros incumbe el prescribir la forma de ese reconocimiento, fijando los límites á que puede extenderse. La Francia será acusable ante Dios y los hombres si se ve obligada á dar este paso, para prevenir las alianzas y los malos desigñios del gabinete español que no repara en medios á trueque de causarnos perjuicios.»

Si Mazarino hubiese obrado por sí mismo, tal vez habria en esta ocasion tomado un partido pronto y decisivo; pero antes tenia que contar con la voluntad de Ana de Austria, de su consejo y de sus amigos. Con este objeto presentó á esta reina una memoria en la que, dilucidándose minuciosamente la cuestion del reconocimiento de la república de Inglaterra, se decia: «Parece á primera vista, que no consultando mas que las leyes del honor y de la justicia, no debe reconocerse esa república, puesto que el rey nada podria hacer mas perjudicial á su reputacion, que abandonar con semejante reconocimiento los intereses del rey legítimo, que sobre ser vecino y aliado es próximo pariente suyo, ni nada se podria hacer tampoco mas injusto, que reconocer unos usurpadores que han manchado sus manos con la sangre de su soberano... Mas como las leyes del honor y la justicia nunca deben hacer cosa alguna que esté en contradiccion con las de la prudencia, es preciso considerar que todas las demostraciones que al presente puedan hacerse en favor del rey de Inglaterra no contribuirian á restablecerlo, y que el aplazar el reconocimiento de aquella república, de nada sirve para aumentar ó confirmar los derechos del rey... Tampoco hay que olvidar que lo que la premura del tiempo y de las circunstancias obligue á hacer en favor de la república, no impide que posteriormente se aprovechen las ocasiones que se presentarán de acometer alguna grande empresa... Por otra parte, debe tenerse presente, que si España con-

trae estrecha alianza con los ingleses, para lo cual está asiduamente trabajando el plenipotenciario de aquella nacion, les impedirá entrar en ningun acomodo con nosotros, obligádoles á hacernos decididamente la guerra, ó cuando menos á darle poderoso auxilio contra nosotros. No cabe, pues, duda, que atendidas estas razones, se debe entrar cuanto antes en relaciones con la república de Inglaterra y darle el título que desea. Sin embargo, debe imponerse una condicion absolutamente necesaria, y sin la cual seria inútil comprometerse á consumir este reconocimiento, y es el asegurarse de que mediante este reconocimiento, se conseguirá alguna ventaja que en la balanza tenga mas peso que el perjuicio que se inferirá á la reputacion... Doblemente perjudicial seria si despues de cometida una baja, siguieran los ingleses en su indiferencia y frialdad, y si los pasos que se dieran para el reconocimiento de nada mas sirviesen que para aumentar su orgullo y agravar las dificultades que presentará el convenio que debe hacerse á fin de disipar las diferencias que median entre nuestro gabinete y el suyo.»

Para salvar este inconveniente y no «espouerse sin provecho al oprobio del público» resolvieron enviar por de pronto á Londres un agente secreto, y esta comision recayó en M. Gentillot, hombre de resolucion, que conocia perfectamente la Inglaterra, y que mas de una vez habia sido empleado en esa clase de negociaciones. En la nota que para el efecto le dió el gabinete francés, se decia: «Su Magestad ha tenido por conveniente que el señor Gentillot, al pasar á Inglaterra, trabaje mañosa y secretamente por medio de sus amigos y de las costumbres que hay en aquel pueblo, en saber á punto fijo si hay una verdadera disposicion, en poner término, mediante un buen tratado, á las diferencias que existen entre ambas naciones, y en restablecer entre ellas una buena correspondencia. Ante todo, procurará explorar si existe entre el Parlamento de Inglaterra y el gabinete español algun tratado particular contra la Francia, y si en virtud de ese tratado están los ingleses comprometidos á no contraer alianza ninguna que no sea provechosa para las dos naciones... Los ingleses no dejarán de pedir que el rey reconozca preventivamente su república por medio de cartas y otras demostraciones públicas, y en este caso, el señor Gentillot manifestará que no hay inconveniente alguno en hacerlo asi, con tal que se nos dé la seguridad de que despues del reconocimiento se procurará mantener la buena inteligencia, cesando enteramente toda hostilidad. No puede obtenerse semejante garantía, sin convenir al mismo tiempo en un proyecto de convenio por lo tocante á los motivos de desave-

nencia que existen entre ambas naciones.» Aquí se enumeraban estas diferencias, así como las condiciones del tratado que debían terminarlas, y la nota concluía diciendo: «Podrá también el señor Gentillot dar á entender, que si la república de Inglaterra desea alguna alianza mas estrecha con Francia en especial contra los españoles, nuestro gabinete está enteramente dispuesto á concederla... Si el señor Gentillot encuentra disposición por parte de los ingleses á entrar en ese convenio, en vista de las comunicaciones que pasará al gabinete francés, se enviará un embajador con poderes suficientes para arreglarlo.»

Dos cosas había olvidado Mazarino al dar estas instrucciones, primera la debilidad de su propia situación, y segunda, la altivez de los republicanos ingleses. Cuando M. Gentillot llegó á Londres, triunfaban en París los partidarios de la Fronda, y el cardenal había tenido que huir, encontrando con mil dificultades un asilo en el Havre y luego en Sedán. Por otra parte, el Parlamento republicano queriendo ser reconocido pronto y solemnemente por la Francia, como lo había sido por España, rehusaba dar oídos ni admitir en Londres ningún agente oficioso y secreto. «Mucho me pesa, escribía M. Gentillot á M. Servien, no haber sabido antes de aceptar mi comisión, el verdadero estado de ese país; esta gente tiene demasiados motivos de queja: quieren que se les hable de un modo oficial y empleando las formas de costumbre... He hecho cuanto ha estado en mi mano, pero inútilmente. Han creído que no he sido enviado mas que para ser una especie de espía. Sea por esta razón, ó para darnos á conocer que no pueden avenirse á este modo de negociar que se aleja de reconocer su poder, lo cierto es que el viernes último me vinieron á buscar muy bruscamente para hacerme comparecer como particular á su presencia. Seis diputados del Consejo de Estado me examinaron ligeramente y se fueron á dar su informe. De allí á poco rato me notificaron su resolución, mandándome salir de Londres en el término de tres días, por cuya razón hoy me encuentro en el caso de tener que emprender la marcha.» No volvieron á darse instrucciones á M. Gentillot y regresó á París. Pasó el año de 1651 sin volverse á hacer ninguna tentativa por parte de Francia, ni de la república británica.

Poco le importaba á esta semejante entorpecimiento, pues sus jefes se hallaban en uno de aquellos accesos de fortuna y de esperanza que suelen engañar á los gobiernos, particularmente á los gobiernos nuevos, dándoles una falsa idea acerca de sus fuerzas reales, y haciéndoles sentir los contratiempos de su orgullo. Al mismo tiempo que el reconocimiento de

España hacia entrar la nueva república en la sociedad de los gobiernos europeos, la muerte del príncipe de Orange abandonaba á la influencia de Inglaterra las Provincias-Unidas, que eran las que mas afinidades tenían con ella, por su situacion y por su interés. Ambos países eran protestantes y republicanos; el uno acababa de triunfar, y el otro se hallaba comprometido todavía en la lucha por defender sus creencias y sus libertades: ambos tenían que defender en nombre de ideas análogas una misma causa, y muchas veces contra unos mismos enemigos. Todo por consiguiente los invitaba á contraer una íntima alianza; hubo sin embargo, un obstáculo que se opuso á ella, y fue el siguiente. Dos grandes partidos, estos, la clase rica del país por una parte, y la casa de Nassau por otra, apoyada por los restos de la nobleza feudal y el pueblo, se disputaban el gobierno de las Provincias-Unidas: los dos partidos eran poderosos y respetables, pues ambos habían combatido gloriosamente y hecho sacrificios por conquistar la independencia de su patria. Mas así que la consiguieron, trabaron entre sí obstinada lucha, el uno aspirando á fundar una república federativa, y el otro intentando convertir la confederacion de las Provincias-Unidas en una soberanía única y hereditaria con el nombre de Estatuderato. Esa deplorable desunion, que uno y otro partido, obedeciendo á nobles impulsos y defendiendo intereses legítimos, acababan de agravar por sus pasiones y por el encono de sus resentimientos, les hacia desconocer el límite de su poder y la verdadera opinion del país. Mientras vivió el príncipe de Orange hizo prevalecer en el Consejo de las Provincias-Unidas una política hostil á la república inglesa; pero no le fue posible conseguir que dominara completamente. El príncipe habria deseado, que aun á costa de la guerra, se hubiera comprometido la Confederacion en la causa de Carlos II, lo cual era mas que lo que podia soportar el bien y la opinion del país. La provincia de Holanda, en donde dominaban los intereses mercantiles y la influencia de la riqueza, sostuvo enérgicamente la política de la paz y de la neutralidad. Conservó por su propia cuenta con el Parlamento inglés, relaciones de amistad: tuvo cuidado de mantenerse en buena armonía con los comerciantes de aquella nacion, dispensándoles particulares atenciones, y por último, sostuvo por algun tiempo en Londres un agente especial, llamado Gerardo Schaepe, que fue bien recibido y tratado con distincion por parte del Parlamento. Estas mútuas consideraciones previnieron el rompimiento entre ambos países; pero la influencia de la provincia de Holanda y de sus magistrados no pudo impedir que en la marcha general de asuntos, el príncipe de Orange, sostenido por la ri-

validad de las demás provincias y por la opinion popular, no hiciera prevalecer la política realista. Los Estados Generales, no solo dieron á Carlos II todos los testimonios de interés y todo el apoyo indirecto que no los comprometia absolutamente á abrazar su causa, sino que lo admitieron á conferenciar con ellos, á esponerles su situacion y sus miras y á reclamar sus consejos, al mismo tiempo que rehusaban conceder audiencia al residente de la república de Inglaterra, Walter Strickland, que se habia quedado en el Haya despues del asesinato de su compañero Dorislaio, y ni las repetidas instancias de este, ni la protesta formal de los Estados particulares de la provincia de Holanda, pudieron superar su oposicion. Strickland volvió á Londres é hizo saber al Parlamento, al darle cuenta de su comision, la enemistad profunda que le profesaban el príncipe de Orange y los Estados Generales dominados por su influencia.

Al morir el príncipe varió completamente este orden de cosas: á pesar de las singulares demostraciones de afecto y de respeto hácia su familia, no pasaron las dignidades, ni el poder que el príncipe habia tenido, al hijo que una semana despues de su muerte dió á luz, su vinda Maria Estuardo, niño que con el tiempo debia ocupar el trono de Inglaterra con el nombre de Guillermo III. Los magistrados de las principales ciudades, como Witt, Bicker, Waal, Buyl y Voorhout, volvieron á ejercer las funciones de que habian sido violentamente separados por el de Orange: la aristocracia municipal y la provincia de Holanda, donde particularmente residia su fuerza, volvieron á recobrar su ascendiente sobre el gobierno central; una asamblea extraordinaria de los Estados Generales volvió á poner en vigor las tradiciones republicanas de la confederacion, y todo daba indicios de que una política pacífica y tal vez amistosa hácia la república de Inglaterra, reemplazaria la política realista del príncipe de Orange. Nunca se habia presentado una ocasion mas favorable para cimentar entre ambas repúblicas protestantes, esa íntima alianza que les indicaba su situacion.

El Parlamento se apresuró á aceptarla: decretó que se enviaran embajadores extraordinarios al Haya para solventar todas las dificultades, y cerrar el tratado, y á fin de dar á esa embajada toda la autoridad posible, la confirió al gran juez, Oliverio Saint-John, que habia sido uno de los mas hábiles agentes del Parlamento durante la guerra civil, y de la república despues de la victoria, y en todas ocasiones amigo y consejero íntimo de Cromwell. Saint-John rehusó por de pronto esa comision, fundándose en el mal estado de su salud. Era este gran juez un revolucionario egoista,

altanero y tímido, que se daba por contento de la elevacion que habia adquirido en la carrera judiciaria, y de su influencia indirecta en el gobierno, y no queria aventurarse á comprometer en una comision difícil y tal vez peligrosa, su amor propio y su seguridad. La Cámara no admitió su renuncia, agregó á su embajada á Walter Strickland, les comunicó instrucciones, y los hizo partir dándoles medios de desempeñar su comision con una pompa nunca vista hasta entonces. Componíase la comitiva de unas cuarenta personas distinguidas y cerea de doscientos criados. Saint-John se llevó á Thurlow en clase de secretario. Con no menos aparato y solemnidad fueron recibidos, primero en Rotterdam y luego en el Haya: á su encuentro salió una diputacion de los Estados Generales, seguida de veintisiete carrozas: espresáronles el sentimiento de no poderlos conducir al palacio que el Estado tenia dispuesto para los embajadores extranjeros, y que estaba en aquel momento ocupado por el de Francia, M. Bellievre; pero los alojaron en otro edificio particular, y la mayor parte de la servidumbre se estableció en los alrededores, yendo y viniendo sin cesar por las calles, siempre muchos reunidos y llevando en la mano ó bajo el brazo la espada, como si estuvieran en país enemigo y se vieran rodeados de los asesinos de Dorislao. Habia efectivamente en el Haya muchos realistas ingleses cerca de la princesa de Orange y del duque de York, y sin duda debian hallarse muy dispuestos á insultar á los embajadores de la república. El populacho holandés tampoco les era muy favorable, pues los seguia á todas partes con curiosidad, burlándose de su desconfianza, y diciéndoles que ocultaran su miedo.

Los hombres que entonces se hallaban al frente de los destinos de Holanda opinaban de muy diverso modo que el populacho, pues sea por su situacion ó por prudencia respecto de sí mismos ó de su país, deseaban sinceramente que se establecieran buenas relaciones, ó una verdadera alianza si era posible con la república de Inglaterra.

Tres dias despues de su llegada al Haya, Saint-John y Strickland, fueron recibidos solemnemente por los Estados Generales, dispensándoseles las mas brillantes demostraciones de amistosa consideracion, y se nombraron siete comisionados para que conferenciaran con ellos. Estos comisionados tenian el encargo de manifestar á los embajadores, que las Provincias-Unidas ofrecian su amistad á la república de Inglaterra, y que estaban propensas no solo á renovar y sostener inviolablemente el afecto y las buenas relaciones que en todo tiempo habian existido entre ellas y la nacion inglesa, sino que tambien á establecer con la república inglesa un

tratado de intereses comunes.» Las primeras palabras de los embajadores dieron á manifestar desde luego, que semejantes ofrecimientos no satisfacian enteramente sus deseos. «Nosotros proponemos, dijeron, que la amistad y buenas relaciones que antiguamente han tenido lugar entre la Inglaterra y las Provincias-Unidas, no solo se renueven y sean inviolablemente conservadas, sino que ambos paises contraigan una alianza mas estrecha y mas íntima, de manera que para el bien de las dos exista entre ellas un interés mútuo mas sustancial y eficaz.»

¿Qué debía ser esa alianza mas estrecha y mas íntima? ¿Qué significaba ese interés mútuo mas sustancial y eficaz? Durante seis semanas Saint-John y Strickland rehusaron entrar en esplicaciones sobre este particular: á los Estados Generales incumbia, segun los embajadores decian, el comprender con exactitud y detalle sus miras en esta negociacion; por lo tocante á ellos, no juzgaban suficiente la primera oferta que se les habia hecho, y como el Parlamento habia asignado á su embajada un término dado que ya iba á espirar, insistian para que se diera á su proposicion general una respuesta clara y perentoria.

Un proyecto de ambicion vano y quimérico, uno de estos designios que nadie confiesa mientras está trabajando en realizarlos, fermentaba en el fondo del alma de Saint-John y de los agentes que el Parlamento habia enviado. Presuntuosos é inquietos á la vez, se habian dejado dominar de esa exuberancia de actividad temeraria, de esa necesidad de engrandecerse para consolidarse propia de todos los poderes nuevos y embriagados de sus primeras victorias. Las noticias divulgadas acerca de la proyectada expedicion de Cromwell á Francia, no tenian otro origen. Cromwell, cuya sensatez no se perdió ni aun en medio de la fermentacion revolucionaria, probablemente jamás pensó en semejante expedicion; pero en el ejército y el Parlamento, en toda la Inglaterra republicana, semejantes ideas bullian estrepitosamente en las imaginaciones sin freno que todo lo creian posible en vista de lo que acababan de conseguir. Las Provincias-Unidas no eran la Francia; no se trataba de conquistarlas por la fuerza de armas; la empresa estaba ya medio llevada á cabo; todos los lazos morales y materiales, la religion, la política, las instituciones y el comercio adunaban y asimilaban las Provincias-Unidas á la Inglaterra. ¿Por qué no habia de nacer de tantas afinidades una completa union? ¿Por qué motivo dos repúblicas tan semejantes y unidas habian de permanecer separadas? «*Faciamus eos in unam gentem*, hagamos de ellos una sola nacion;» tal era el pensamiento de los jefes republicanos de Inglaterra;

Strickland en su primera mision al Haya , lo habia espresado ya al escribir á Walter Frost , secretario del Consejo de Estado , y ese fue el pensamiento que inspiró la embajada de Sain-John y dominó en toda su negociacion.

Era un sueño lleno de tanta imprevision como orgullo. La reunion á un solo Estado y bajo un mismo gobierno de dos grandes repúblicas protestantes , habria seguramente encontrado encarnizadas resistencias en Europa , y tal vez habria vuelto á encender las guerras de religion. El pueblo holandés la hubiera apasionadamente rechazado : era la pérdida de una existencia nacional , y su absorcion en el seno de la poderosa Inglaterra , muy impopular como antiguo protector en las Provincias-Unidas , y en aquella actualidad rival y muy próximo á convertirse en enemigo. Ya empezaban á circular por el pueblo sátiras , canciones y folletos en prosa y en verso llenas de odio y de amenazas contra los ingleses. Los mismos jefes del gobierno holandés , los hombres que mas decididos estaban por la buena inteligencia con Inglaterra , tenian el corazon demasiado altivo para no sobreponer á todo la independencia de su patria , y su buena voluntad en la negociacion cuando en ella veian transpirar ambiciosos extranjeros. Deplorando algunos años despues las maquinaciones orangistas y las pasiones populares que habian atraido el rompimiento , Juan de Witt esclamaba con patriótica amargura : « A todo eso hay que añadir el insupportable carácter de la nacion inglesa , su continua envidia de nuestra prosperidad , y el odio mortal de Cromwell contra el jóven príncipe de Orange , sobrino de aquel rey desterrado , que era lo que mas temia en el mundo.

Diversos incidentes , los unos naturales y casi inevitables , y los otros suscitados á propósito , vinieron á aumentar las dificultades de la negociacion. El populacho del Haya manifestaba con frecuencia á los embajadores su grosera malevolencia. En las calles y en los alrededores de la ciudad fueron los dependientes de la embajada insultados y maltratados , unas veces por los partidarios de la princesa de Orange , y otras por realistas ingleses de los que acompañaban al duque de Yorck que en aquellos momentos residia cerca de su hermana. Hasta el mismo príncipe y la princesa solian pasar una y otra vez con gran comitiva y boato por delante del palacio de los embajadores como para provocarlos ; pueriles satisfacciones que se dan recíprocamente los odios y rivalidades de partido como para consolarse ó distraerse de su impotencia. En una ocasion el príncipe Eduardo , jóven hermano del príncipe Roberto , al ver pasar á los embajadores en coche los apostrofó con los nombres de *miserables y picaros perros.* »

Saint-Jhon paseándose á pié por el parque del Haya se encontró con el duque de York sin haberse conocido hasta llegará ponerse el uno en frente del otro: el embajador inglés no cedió el paso y el duque le tiró el sombrero al suelo, diciéndole: « Parricida, aprende á respetar al hermano de tu rey.—Ni á uno ni á otro conozco, replicó Saint-Jhon, sino como una raza de vagamundos: ambos echaron mano á la espada: pero las personas que iban en su compañía los rodearon, y los hicieron separar. Un coronel llamado Apsley se jactó, segun dicen, de que estrangularia á Saint-Jhon en su misma casa. Los embajadores se quejaron de estos insultos á los Estados Generales: las autoridades locales adoptaron providencias y entre otras la de rodear de centinelas el palacio de la embajada. No podia decirse que faltaron satisfacciones oficiales; mas las animosidades reales las subsistian constantemente y á cada paso encontraban nuevo pretexto ó nueva forma para estallar.

Los embajadores dieron cuenta á Londres de esta situacion casi tan peligrosa como difícil: y á fin de explicarla detalladamente y recibir instrucciones terminantes enviaron á Thurloe. El Parlamento que no desistia fácilmente de sus esperanzas, los autorizó para que siguieran negociando; pero al mismo tiempo á fin de dar á los Estados Generales una señal del descontento y poder de Inglaterra, apresó en alta mar nueve buques mercantes de Amsterdam que iban á Portugal y pidió esplicaciones al Haya acerca de la actitud del almirante Tromp, que estaba estacionado con su escuadra en las aguas de las islas Scilly como esperando ocasion de apoderarse de ellas. Los Estados Generales satisficieron á esta pregunta y reclamaron contra el embargo de los buques. Ninguno de los dos paises queria tomar la iniciativa del rompimiento pero por una y otra parte iba siendo cada dia mayor el disgusto, y la mala voluntad se traslucia hasta en las mismas atentas frases conque procuraban ocultarla.

Despues de dos meses de vanas conferencias invertidos por parte de los embajadores ingleses en no dar cuenta de sus intenciones, y por la de los Estados Generales en no contestar, aunque realmente comprendian muy bien lo que les querian decir, Saint-Jhon, y Strickland se resolvieron á anunciar terminantemente en siete artículos algunas de sus pretensiones. No hubieran estas tenido otro resultado que enlazar completamente en caso de paz, de guerra ó de alianzas la política y el destino de las Provincias-Unidas á la política y al destino de la república de Inglaterra; ademas obligaban en ciertos casos á los Estados Generales á abdicar en su propio los derechos y el libre albedrío de la soberanía. Por último, para

dar los agentes ingleses á entender que su comision estaba lejos de encerrarse en esos limites, que en realidad eran bastante estensos, se dieron prisa á manifestar que si sus primeras proposiciones eran aceptadas, tenian poderes para proponer por su parte cosas de mayor importancia para el bien de ambas repúblicas.



WHITELOCKE.

Es evidente que con el pensamiento que quedaba oculto en esas proposiciones, no era posible terminar la negociacion: comprendiéronse sin explicarse; prolongáronse por el bien parecer las conferencias algunos dias; mas por último, Saint-Jhon y Strickland manifestaron (29 de junio del 1651) que el Parlamento los llamaba y pidieron la audiencia de des-

pedida, que les fue concedida para el día siguiente. Habló Saint-Jhon delante de los Estados Generales moderada y cortesmente; mas al despedirse de los comisionados holandeses con quienes habia pasado tres meses en negociaciones, les dijo: «Señores, vosotros teneis toda vuestra atencion fija en el resultado de nuestros asuntos en Escocia y por esta razon habeis desdeñado la amistad con que os brindamos. Puedo aseguraros que muchos miembros del Parlamento opinaban que no debíamos venir ni enviaros ninguna embajada, sino esperar la conclusion de nuestros asuntos con el rey de Escocia y en seguida esperar á que iniciaraís la negociacion. Yo fui de parecer contrario y ahora me pesa, pues conozco que aquellos tenían razon. No tardareis mucho en saber que en Escocia han triunfado nuestras armas y entonces solicitareis por medio de vuestros embajadores lo que ahora os hemos ofrecido tan cordialmente. Creedme, entonces os arrepentireis de haber desechado nuestras proposiciones.»

De allí á dos días los embajadores ingleses se marcharon de Holanda, rehusando, segun órden formal del Parlamento, los ricos presentes que les hacían los Estados Generales, y en 7 de julio Whitelocke anunció á la Cámara que estaban ya de regreso en Londres prontos á dar cuentas de su comision.

Dos providencias decisivas decretó el Parlamento en vista de lo que sus embajadores dijeron: Whitelocke propuso (5 de agosto) al Parlamento el famoso *bill* conocido con el nombre de *acta de navegacion*, por medio del cual se prohibia á todos los buques extranjeros importar á Inglaterra ningun género que no fuera producto de su suelo ó industria de su propio país. Este era el golpe mas rudo que podia darse á la Holanda, cuya prosperidad consistia principalmente en el comercio de transporte. Este *bill* fue aprobado y puesto en ejecucion antes de terminarse el año. Diéronse al mismo tiempo poderes de represalias á los comerciantes ingleses para que se indemnizaran, segun se decia, de las pérdidas que la marina holandesa les habia hecho sufrir. Ya que las Provincias-Unidas no habian querido dejarse conquistar por medio de negociaciones, la Inglaterra preparaba contra ellas la guerra.

La victoria de Worcester acabó de colmar la orgullosa confianza del Parlamento republicano, y los Estados del continente por su actitud y pasos despues de aquel gran contratiempo del partido realista, lo justificaron y aumentaron en cierto modo. De todas partes llegaron á Londres actos de reconocimiento de la república, solicitando reanudar oficialmente las interrumpidas relaciones, y dando en términos diplomáticamente lisonje-

ros el parabien de aquella victoria. Toscana, Venecia, Génova, las ciudades anseáticas, los cantones suizos, y los pequeños principados de Alemania, enviaron y recibieron agentes diplomáticos. Embajadores extraordinarios de Suecia, Dinamarca y Portugal, trajeron al Parlamento cartas de sus respectivos soberanos que al ser presentadas solemnemente, dieron ocasion de entablar diligentes negociaciones, sea para terminar desavenencias, sea para estrechar nuevas relaciones. Admirándose del triunfo de la república, la Europa tomaba por todas partes medidas para vivir en buena armonía con ella, sin creer tal vez que pudiera sostenerse en el porvenir.

Mazarino no pudo permanecer inactivo en medio de aquel movimiento, pues nadie le aventajaba en inclinarse ante la fuerza, sea para atraerla y explotarla en su provecho, sea para disimularle sus verdaderos sentimientos. Volvió por lo tanto á hacer nuevas tentativas de reconciliacion con la república inglesa; M. Gentillot regresó por segunda vez á Londres, donde Mazarino habia seguido entreteniendo una multitud de agentes secretos, para recoger noticias, y tener siempre bien dispuesta la trama de que algun dia esperaba sacar algun partido. La solicitud del Cardenal fue mucho mas viva cuando supo que Enrique Vane acababa de llegar á París, y habia tenido una conferencia con el cardenal de Retz. «Al volver á mi casa á las once de la noche, dice este cardenal, encontré cierto inglés llamado Fielding, que en otro tiempo conocí en Roma, el cual me dijo que Vane, grán parlamentario, é íntimo confidente de Cromwell acababa de llegar á París, y que tenia orden de verse conmigo. Causóme esta circunstancia alguna turbacion; mas no creí, sin embargo, deber rehusar la entrevista en momentos en que no estábamos en guerra con la Inglaterra, y en que Mazarino estaba dando pasos tan continuos como rastros cerca del Protector. Vane me entregó una pequeña carta de este, que podia considerarse como una credencial. Cromwell revelaba deseos de entrar en relaciones de amistad conmigo por causa de los sentimientos de libertad pública que yo habia manifestado, unidos á mi reputacion. Esta idea que constituia en sustancia el fondo de la carta, iba acompañada de no sé cuántas atenciones y ofrecimientos os podeis imaginar. Vane me pareció hombre de una capacidad sorprendente. Respondí con todo el respeto posible; pero tuve buen cuidado de no verter la menor idea que no fuera digna de un católico y de un buen francés.» Mazarino no lo creyó así, pues desde el fondo de su destierro, escribió á la reina diciendo: «El coadjutor está siempre dispuesto á hablar de Cromwell con veneracion como

de un enviado de Dios á Inglaterra, diciendo que suscitará hombres como él en otros reinos: otras veces hallándose en sociedad con Menage, y oyendo celebrar el valor de mister de Beaufort, dijo terminantemente: si mister de Beaufort es Fairfax, yo soy Cromwell.

Mazarino sobresalía en el arte de envenenar, cuando se trataba de perder á sus enemigos, sus acciones y sus palabras, apropiándose tambien descaradamente sus ejemplos y sus armas. En tanto que así acriminaba al coadjutor cerca de la reina por los sentimientos que habia manifestado hácia Cromwell, estaba secretamente trabajando en entablar por su propia cuenta íntimas relaciones con él, comprendiendo con su profunda sagacidad, que mas que al Parlamento convenia dirigirse á quien siendo el depositario de la habilidad y del poder de Inglaterra, podia ser considerado como futuro dueño de la república. Cromwell que deseaba con afán adquirir poderosos amigos por todas partes, aceptó las amistosas proposiciones de Mazarino. Ya en 1650, Croullé refiriéndose á Cromwell, decia á M. Servien: «Este hombre tiene la destreza de encomendar á los demás el manejo y direccion de los asuntos que han de producir alguna crítica, y se reserva la ejecucion de los que han de ser ó parecer agradables, á fin de que si tienen buen resultado le sean atribuidos á él solo, y si fracasan, pueda por lo menos el público conocer que á él se debió el proyecto, y que si no llegó á realizarse, seria por culpa de otros. El conde de Estrades que seguia siendo siempre gobernador de Dunkerque escribió á Mazarino (3 de febrero del 1652), que entonces acababa de regresar á Francia y estaba al lado de la reina en Poitiers, diciendo lo siguiente: «el protector Cromwell me ha enviado su coronel de guardias mister de Fitz James, proponiéndome entrar en proposiciones sobre esta plaza, por la cual me daría dos millones comprometiéndose á aprontar cincuenta buques y quince mil soldados de infantería para declararse contra la España y contra los enemigos del rey y de vucencia, con quien desea contraer estrecha amistad. He contestado á mister de Fitz James, que si la guerra civil que al presente hay en Francia no me obligara á dar cuenta á la reina y á vucencia, lo habria hecho arrojar de cabeza al mar por haberme creído capaz de una traicion; pero que atendidas las actuales circunstancias, lo retenia en mi poder hasta recibir instrucciones superiores.» Mazarino le contestó: «Mi opinion era que se aceptara la proposicion de Cromwell; pero M. de Chateaufeuf se ha opuesto y su dictamen ha prevalecido cerca de la reina que tampoco queria consentir... El señor de Las os dirá mis intenciones respecto de vuestra persona, cuyos intereses me

son tan caros como los míos propios.» Mister de Estrades comprendió perfectamente lo que el Cardenal le quería decir: no perdió un momento, y de allí á cinco días contestó diciendo: «asi que he recibido de M. de Las, la comunicacion que me entera de lo que vucencia opina acerca de la proposicion de Inglaterra, he escrito á mi amigo de Londres, suplicando me contestara cuanto antes sobre todos los puntos que comprendia mi carta. Este amigo se ha presentado hoy mismo en esta ciudad, y me ha dicho de parte de Cromwell, que lo que la república pide, es que el rey la reconozca, envíe cuanto antes un embajador é indemnice á los súbditos ingleses de las pérdidas que les haya causado la marina de nuestra nacion... Asimismo me ha dicho por encargo especial de Cromwell, que si vucencia no podia permanecer en Francia, ó se veia obligado á emigrar por intrigas de sus enemigos, podia estar seguro de ser bien recibido en Inglaterra, y tratado con toda distincion por parte de la república; que se le asignaria una buena casa para habitacion; se le permitiria profesar libre y seguramente su religion, y que cuando quisiera trasladarse á Roma seria dueño de hacerlo como quisiera, facilitándole buques de transporte para él y toda su familia y equipajes.»

Mazarino creyó haber llegado al colmo de sus deseos, y en el acto remitió á Estrades poderes «para negociar una nueva alianza con la república de Inglaterra...» «Y considerando, hicieron decir á Luis XIV, que el señor Cromwell podria enviar cerca de nosotros alguna persona que nos ilustrara por lo tocante á mis buenas intenciones, se las dareis á conocer y revelareis con toda confianza, no solo en lo relativo á lo que puede tratarse con la república, sino en lo que se refiera personalmente á dicho señor Cromwell, tanto por el bien comun de ambos reinos, como por sus intereses particulares: sobre todo lo cual os otorgamos, por la presente, poderes para obrar, negociar, tratar y prometer á dicho Cromwell en nuestro nombre todo cuanto juzgueis á propósito, y que posteriormente será ratificado y ejecutado por nuestra parte.»

A pesar de esos poderes Estrades no salió de Dunkerque, y un mes despues de habérselos remitido, recibió instrucciones terminantes y una comunicacion de Mazarino comentándoselas. El Cardenal queria vender á precio muy alto el reconocimiento de la república, y no concederla sino en cambio de un tratado inmediato que terminara las desavenencias de ambos Estados, y asegurase á la Francia alianza, ó por lo menos apoyo secreto contra España. Con esta esperanza autorizaba á Estrades á proseguir tratando sobre la cesion de Dunkerque á los ingleses. Advertido

sin duda por sus amigos de Londres de las pocas probabilidades de buen éxito que ofrecía esta negociación, Estrades siguió permaneciendo en su puesto, y el gabinete francés confirió instrucciones análogas á M. Gentillot, dándole además una carta autógrafa de Luis XIV para Cromwell, en la cual le decía: «Al enviar espresamente á Londres al señor Gentillot, gentil-hombre de mi cámara, con credenciales para el Parlamento y Consejo de Estado de la república de Inglaterra, á fin de darles á entender mis buenas intenciones, y lo conveniente que al uno y al otro Estado sería el vivir, como buenos vecinos en paz y amistad, le he entregado esta carta para vos, asegurándoos de mi buena voluntad y completo deseo, de hacer lo que contribuya á la libertad y seguridad del comercio y al bien y utilidad recíproca de ambos Estados; y hallándome persuadido de que no podreis menos de tomar gustosamente parte en tan buen propósito, he encargado al dicho Gentillot de deciros verbalmente mas pormenores sobre el particular, rogándoos le deis crédito como una persona que merece toda mi confianza.» Sea que la misión de Gentillot no llegara á realizarse, sea que fracasara en la oscuridad, lo cierto es que no produjo mas resultados que la de Estrades: por parte de uno y de otro gabinete, nada mas se hacia que andar tanteando sin avanzar un paso.

En tanto Mazarino se veía cada vez mas inquieto y apremiado: algunos meses despues de entablarse estas negociaciones, los partidarios de la Fronda de Burdeos enviaron tambien dos agentes, los señores Barriere y de Cugnac, á Londres, solicitando el apoyo de la república y ofreciendo en cambio el libre comercio con la Guyena, ciertos favores á los protestantes franceses, y hasta la cesion de la isla de Oleron. Estos agentes no tuvieron por de pronto ningun carácter público: dirigíanse á todos los personajes de Londres, y especialmente á Cromwell, paseando todas las calles de Londres con sus peticiones y ofrecimientos en el bolsillo. Pero en 31 de marzo del 1652, el presidente del Parlamento dió cuenta de haber recibido una carta firmada *Luis de Borbon* dirigida al «Parlamento de la república de Inglaterra» dando poderes á M. Barriere. La carta fue leída y remitida al Consejo de Estado, que recibió á Barriere y oyó sus proposiciones. Whitelocke dió cuenta de ellas al Parlamento. Empezó esta negociacion á tomar alguna consistencia: el embajador español la apoyaba vigorosamente, y el conde Daugnon, gobernador de Brouage, que acababa de aliarse con el príncipe de Condé, acababa de robustecerla en el hecho de haber enviado á Londres otros agentes haciendo iguales pro-

mesas. Por último, la misma ciudad de Burdeos hizo partir en su nombre dos diputados especiales, los señores Blarut y de Trancars á pedir á la república de Inglaterra, como Estado poderoso y justo, socorro de hombres, de dinero y de buques para sostener la ciudad y municipio de Burdeos, unido con *mis señores* los príncipes. No solo solicitaban este socorro los de Burdeos á fin de ponerse á cubierto de la opresion y crueles venganzas que contra ellos se preparaban, sino para restablecer sus antiguas franquicias, y para poder respirar un aire mas puro. Por este socorro podían los señores del Parlamento de la república de Inglaterra pedir servicios recíprocos, advirtiéndole que en caso necesario se les podría ceder un puerto en el litoral de Burdeos para abrigo y seguridad de sus buques, como Castillon, Royan, Talmont, Pauillac ó Arcachon si lo querían, y que podría ser fortificado á su costa. Se les permitía asimismo á los ingleses asediarse y apoderarse de Blaye, contando con el auxilio de la municipalidad de Burdeos; y por último, se toleraría que desembarcaran en la Rochela y se apoderaran de ella.»

Grande fue la alarma en el gabinete francés: en tanto que en las provincias del Mediodía la discordia civil abría las puertas al enemigo, la guerra extranjera proseguía sin interrupcion en las provincias del Norte: los españoles asediaban tenazmente á Gravelinas; Dunquerque estaba próximo á sucumbir, y por último, llegó súbitamente la noticia de haber sido apresados en alta mar por la escuadra inglesa siete buques, que habian llevado víveres y refuerzos á Calé. En vano todas las autoridades francesas elevaron las mas apremiantes reclamaciones; en vano el duque de Vendome, gran almirante escribió al almirante inglés Blake, que mandaba aquella escuadra, al Consejo de Estado republicano y al mismo Parlamento; todos contestaron que el comercio de su nacion habia sufrido y estaba sufriendo los mayores perjuicios por las providencias tomadas por el gobierno francés, y que el Parlamento estaba resuelto á tomar á toda costa una indemnizacion. Es indudable que la república no estaba dispuesta á comprar su reconocimiento por el precio en que Mazarino queria venderlo: habiase propuesto mantener entre Francia y España su vacilante neutralidad, é inclinándose siempre á favor de esta última, aprovechaba todas las ocasiones de hacer sentir á la otra el poder de dañarla. Don Alonso de Cardañas tenia buen cuidado de que en Londres no interrumpieran esta política: habia causado al embajador español vivos recelos la venida de los agentes de Mazarino y sin pérdida de tiempo habia informado á su respectivo gabinete, aconsejando que no omitieran

paso alguno cerca del Parlamento para prevenir toda alianza entre Francia é Inglaterra. Unas veces trabajaba Cardeñas á fin de que España tomase parte en una alianza íntima entre las dos repúblicas protestantes de Londres y del Haya contra Francia y Portugal; otras proponía á su gabinete que ayudara á los ingleses á apoderarse de Calé á trueque de que estos le auxiliaran en el bloqueo de Gravelinas, Dunquerque y Mardike, y por último, se propuso cerrar entre su gobierno y la república inglesa un tratado formal de amistad que ligara seguramente los intereses de ambos Estados, cuyo proyecto remitió (20 de setiembre del 1652) redactado en veinte y cuatro artículos á Madrid, doce dias despues de haberlo presentado personalmente al Consejo de Estado republicano, que al parecer se manifestaba propenso á aceptarlo.

Apremiado por tantos motivos Mazarino se decidió á reconocer la república aun sin recojer frutos en el acto. M. de Bordeaux, consejero de Estado é intendente de Picardía recibió (2 de diciembre de 1652) comision de llevar al Parlamento una carta del rey á fin de restablecer las relaciones oficiales de ambos Estados. Tomóse y fue ejecutada esta resolucion sin tino, sin firmeza, y de una manera altiva al mismo tiempo que embarazosa. Las instrucciones dadas á M. Bordeaux decían terminantemente que no era embajador y así tenía orden de manifestarlo al llegar á Londres: segun esas instrucciones parecia que el objeto único de su mision se reducía á tratar de los intereses mercantiles de ambos paises y sobre todo de los siete buques apresados al ir á Dunquerque; es cierto que se le recomendaba «no decir cosa alguna que pudiera causar un rompimiento, ni ofender á los ingleses para no darles pretexto de declararse enemigos de esta corona, pues á S. M. le parece mas conveniente sigan por algun tiempo ejerciendo en los mares piraterías, de que culpan á otros, que no que incurran en otro extremo peor, cual seria el juntarse á los españoles, y proteger á los rebeldes.» Pero al mismo tiempo se le mandaba, que «en el caso de no poder alcanzar nada por lo tocante á la comision especial que se le habia conferido, se retirara sin esperar instrucciones;» mas que si por el contrario encontraba buena acogida en el Parlamento y lo veia dispuesto á nombrar los comisionados que juntamente con él debían revisar los antiguos tratados, esperase, y «diera noticia de todo á S. M., á fin de que se le remitieran nuevas instrucciones juntamente con los poderes necesarios.» En el fondo este paso era decisivo y suponía el reconocimiento de la república; pero Mazarino sea por vacilacion natural, sea por complacer los escrúpulos de la reina

y de la corte, quiso darle apariencia de un ensayo, limitado, condicional y ageno de compromiso.

La altivez republicana desbarató prontamente ese pequeño artificio. Al anunciar el presidente al Parlamento haber recibido una carta del rey de Francia fijaron la atención en el sobre y al ver que decía: «A nuestros caros y grandes amigos, los miembros del Parlamento de la república inglesa,» hicieron decir á M. Bordeaux por medio del maestro de ceremonias Oliverio Fleming que no era esa la fórmula que empleaban los soberanos extranjeros para dirigirse al Parlamento y que por consiguiente no podían recibirla. De allí á dos días M. Bordeaux la volvió á remitir con este nuevo sobre: «Al Parlamento de Inglaterra.» En el acto la admitieron, fijaron la recepción del diplomático francés para el 31 del siguiente diciembre, pero le hicieron saber que no teniendo el carácter de embajador no sería recibido en audiencia por el Parlamento, ni por el Consejo de Estado, sino por un comité.

Cuando llegó este caso, M. Bordeaux se espresó en estos términos: «Habiendo el rey de Francia, mi señor, tenido por conveniente para el bien de su servicio, enviarme ante el Parlamento de la república de Inglaterra, me ha mandado saludarlo de su parte y asegurarlo de su amistad acerca de la confianza que tiene de encontrar mútua correspondencia á sus buenas intenciones. La union que debe existir entre Estados vecinos no depende de la forma de su gobierno, y esta es la razón porque aunque Dios en su providencia ha querido cambiar la que antes existía en este país, no por eso ha dejado de subsistir una necesidad de comercio y de buena inteligencia entre Francia é Inglaterra: este reino ha podido cambiar de aspecto, y de monarquía convertirse en república; mas no por eso ha variado de situación topográfica: ambos pueblos siguen siendo vecinos y se hallan mútuamente interesados por el comercio: los tratados que existen entre las naciones no obligan tanto á los reyes, como á los pueblos; puesto que el principal objeto es la utilidad común de estos.» Reconocida formalmente la república mediante esas palabras, M. Bordeaux, pasó á ocuparse del objeto principal de su comision, dejando como por casualidad algunas frases contra las maquinaciones de la España y el poder de la Francia, y concluyó pidiendo la restitucion de los siete buques dando al Parlamento seguridad de que «el rey, su señor, que consideraba la justicia como el mas sólido apoyo de su cetro, y estable cimiento de las monarquías legítimas no dejaría de dar razonable satisfaccion á todos los de aquel Estado que tuvieran justas pretensiones

contra sus súbditos, y finalmente, que aceptando la correspondencia debida, abrazaria todos los medios que puedan sostener una perfecta armonía entre ambos Estados.»

Al saber el paso que el rey de Francia acababa de dar cerca del Parlamento republicano, la reina de Inglaterra, Enriqueta María, escribió á su segundo hijo el duque de York, diciendo: «Hijo mio, esta carta es para haceros saber que habiendo los de aquí enviado á Inglaterra á reconocer á esos infames traidores, á pesar de todas las razones que para impedirlo hemos manifestado, ha resuelto el rey vuestro hermano marcharse de aquí, y para ese objeto ha hecho hablar á la reina. Nada se ha resuelto aun por lo tocante á vuestra persona, y por esta razon debeis hacer como si no hubierais recibido este despacho, y si alguno os hablare de estas cosas, aparentar que no las podeis creer... Os confieso, que despues de mi gran desgracia no he sufrido otra mas terrible que esta. ¡Dios nos tome bajo su santa proteccion y nos dé la paciencia que necesitamos para sufrir este golpe!» Carlos no se marchó de París, ni se lo exigieron tampoco. Siguió cobrando la pension de 6,000 libras mensuales, pero su situacion fue cada vez mas triste y aislada, y sus mas leales consejeros en vista de ella le aconsejaron que buscara asilo en otra parte.

La república aparecía triunfante interior y esteriormente, en la diplomacia europea y en la guerra civil; mas ya habian estallado los funestos efectos de su política tan imprudente como altiva en las Provincias Unidas, y eran muy superiores á las ventajas que su reconocimiento por parte de Luis XIV y su perfecta neutralidad entre Francia y España podian proporcionarle.

Cuando los Estados Generales se negaron á las proposiciones de los embajadores de Inglaterra, y no habian querido enlazar la suerte de su patria con la de una república hasta cierto punto incierta y vacilante, puede decirse que revelaron tanto patriotismo como valor, y que cumplieron con su deber, tanto en lo relativo á la dignidad del Estado que gobernaban, como en lo concerniente á su seguridad. Mas como deseaban sinceramente la paz, ó mas bien dicho una alianza con Inglaterra, y como la victoria del Parlamento en Worcester y su acta de navegacion les anunciaban probabilidades de una peligrosa guerra, se propusieron á fin de evitarla hacer por su parte un último esfuerzo. Así que supieron la fuga de Carlos II despues de su derrota, se propuso en los Estados Generales un decreto disponiendo que ningun príncipe extranjero pudiera entrar en su territorio sin su espreso consentimiento, y de allí á poco enviaron á Lon-

dres tres embajadores á fin de reanudar las negociaciones tan bruscamente interrumpidas por Saint-John y Strickland al partir del Haya. En su primer audiencia, el principal de los tres embajadores Juan Catz, que en otro tiempo habia sido gran pensionista de las Provincias-Unidas, se esforzó por medio de un largo discurso, demasiado lisonjero para ser convincente, en captarse la benevolencia del Parlamento.

Habíase desplegado en su recepcion un grande aparato. El maestro de ceremonias los salió á recibir á Gravesen en falstas oficialmente decoradas: tres miembros del Parlamento se unieron á ellos en Greenwich, y al dia siguiente los condujeron á Westminster. Al entrar en el salon del Parlamento, el presidente y todos los miembros se pusieron de pié, y se descubrieron. Querian los republicanos ingleses tratar con magnificencia á la república de las Provincias-Unidas, infundiendo en ambos pueblos el convencimiento de que les profesaban una sincera simpatía. Pero dejándose al mismo tiempo llevar de un orgullo mezclado de resentimiento, oyeron y discutieron sus proposiciones con la arrogante obstinacion de un poder que confia en su fuerza, y desea con ansia vengarse de lo que en su concepto es una injuria.

En uno y otro país los sentimientos populares concurrían á esta disposicion de ánimo del gobierno inglés. En Holanda, sea por espíritu orangista, sea por rivalidad nacional, el pueblo esperaba la guerra y se manifestaba mas dispuesto á deseársela que á temerla. Los pescadores de las bocas del Meuse, referían con patriótica confianza sus visiones de grandes escuadras que se les aparecían en el aire, dando grandes combates, y de ellas inferían el triunfo del pabellon holandés. En Londres el populacho estaba aun mas animado: diariamente se oían contar hostilidades entre buques ingleses y holandeses: tan pronto se referían insultos y pérdidas que el comercio inglés habia sufrido, como se hablaba de atrevidas indemnizaciones que él mismo se habia tomado á espensas de sus rivales. Mas de una vez el populacho enardecido con semejantes noticias falsas ó verdaderas, corrió atropelladamente hácia el edificio que los embajadores holandeses ocupaban en Chelsea, tan dispuesto á insultarlos, que el Parlamento se creyó obligado á enviar una guardia para impedirlo. Entre los mismos embajadores se agravaban mas cada dia las dificultades; cuestiones inesperadas surgían de improviso, y de una y otra parte se reproducían nuevas ó antiguas pretensiones.

Los holandeses, convertidos recientemente en Estado poderoso, querían tambien establecer por medio de su marina su entera independencia,

y librarse de las demostraciones de inferioridad que la Inglaterra tenía ó se creía tener derecho de imponerles. Los ingleses acusaban á los reyes de la casa de Estuardo de haber abandonado ó dejado caer en desuso las garantías exteriores de su imperio en el mar que en otro tiempo, particularmente bajo el glorioso reinado de Isabel, sus escuadras habian poseido ó reclamado. El saludo del pabellon, el derecho de visita y el de pesca fueron objeto de vivas discusiones. Cuanto mas se alargaban las conferencias, tanto mas altivos se manifestaban el tono y los deseos de los ingleses, y por último, llegaron á hablar sin rodeos de su soberanía en los mares que rodean su isla. Los embajadores holandeses, tanto por lealtad como por prudencia, dijeron que su gobierno estaba armando una poderosa escuadra para proteger la seguridad de su comercio en aquellas aguas; los comisionados ingleses les disputaron casi ese derecho, diciendo que la Inglaterra cuidaria del puntual cumplimiento de las leyes marítimas en provecho de todos.

En tanto que de esta manera se iban envenenando las cuestiones de principios, comenzaban de hecho las hostilidades entre ambas naciones: no se encontraban sus buques sin darse alguna señal de enemistad: tan pronto se sabia que en algun puerto holandés habian sido embargados buques ingleses, como que una flota holandesa al volver del Mediterráneo, no habiendo querido bajar su pabellon delante de la escuadra inglesa, habia sido atacada por el Comodoro Young. Por una y otra parte se daban y exigian esplicaciones, y á pesar de que en Holanda no tardó en levantarse el embargo, el resentimiento de aquel suceso seguia vivo en el pecho de los ingleses. Los embajadores de aquella nacion se esforzaban en atenuar los cargos y en resolver pacíficamente las cuestiones; pero no se hallaban los tres poseidos de unos mismos deseos, y sus disidencias llegaron hasta el punto de que se les designara irónicamente con el nombre de «embajadores desunidos de las Provincias-Unidas.» En vano insistian reclamando la abolicion ó cuando menos la suspension provisional del acta de navegacion: el Parlamento se mostraba inexorable por lo tocante á este particular. De modo que sea por los incidentes estereiores, sea por el giro que habian tomado las mismas negociaciones, la paz se iba haciendo cada día mas dudosa y dificil.

En medio de tales agitaciones diplomáticas llegó la noticia de que en las Dunas, cerca de Douvres la escuadra holandesa mandada por Tromp y la de Inglaterra á las órdenes de Blake se habian encontrado y batido. Este hecho, según el parte del almirante inglés ocurrió del modo siguiente:

Habiendo tenido noticia de que Tromp andaba cruzando por aquellas aguas, y temiendo algun designio hostil de su parte, Blake se trasladó allí al punto con su escuadra, intimando al llegar, por medio de tres cañonazos sucesivos, al almirante holandés arriara su pabellon delante de la escuadra inglesa. Tromp se largó sin hacer caso de semejante intimacion; pero habiéndose encontrado con un aviso que venia de Holanda y que sin duda le traia instrucciones, viró de bordó y navegó hacia Blake, que avanzando tambien, volvió á repetir la intimacion. Tromp contestó á ella disparando su artillería contra la capitana inglesa (el *James*) y causándole bastantes averías. «No le está bien á Van-Tromp, dijo Blake, tomar mi buque por una casa indecente y romper así los cristales», y en seguida mandó romper vivo fuego contra el *Brederode*, buque almirante de Tromp. El combate duró mas de veinte y cuatro horas; Tromp tenia cuarenta y dos buques y Blake solamente veinte y tres. El almirante inglés tuvo mas de cincuenta hombres fuera de combate en su buque y la escuadra holandesa perdió una nave. Al llegar la noche, Tromp se largó hácia la costa de Holanda y al despuntar el dia siguiente Blake no tuvo delante de sí enemigos con que combatir.

Esta noticia causó indignacion en Londres é inquietud en el Haya. Los ingleses decian: «Tromp ha venido á insultarnos á nuestras mismas aguas; ha intentado sorprender y destruir nuestra escuadra.»—«Tromp ha sido arrojado por el temporal hácia la costa de Inglaterra, contestaban los holandeses; alejábase de ella, dispuesto á saludar la escuadra inglesa, cuando fue violentamente intimidado y atacado: no ha hecho mas que defenderse y se ha retirado así que ha podido hacerlo honrosamente: teniendo fuerzas superiores es indudable que habria destruido la escuadra inglesa si tal hubiera sido su designio.» Estas contestaciones, particularmente la última, eran acogidas en Londres con ironia, como mentiras, y casi como un nuevo insulto. El populacho manifestó á los embajadores mas vivamente que nunca su mala voluntad.

Hallándose los asuntos en esta situacion llegó súbitamente del Haya otro cuarto embajador extraordinario. Habian los Estados Generales conferido esta comision á Adrian de Paux, pensionista de la provincia de Holanda, sugeto ya conocido y apreciado en Inglaterra por su propension á la política pacífica, y su carácter prudente y conciliador. En esta ocasion venia á manifestar de parte de su gobierno las mas formales protestas de no abrigar intencion ninguna hostil ni ofensiva respecto de Inglaterra: aseguraba que Tromp ni habia recibido instrucciones ni habia

premeditado atacar á la escuadra inglesa, y que por consiguiente todo lo que habia sucedido no era mas que resultado de una funesta y mal interpretada casualidad: pedia que se instruyese sumaria informacion acerca de la conducta de ambos almirantes, y ofrecia la deposicion de Tromp si los cargos que se le imputaban llegaban á probarse formalmente; y por último, insistia en que por ese incidente no se interrumpieran las negociaciones.

Paux fue recibido con mucha consideracion; pero el Parlamento y el Consejo de Estado asi en sus sospechas como en sus voluntades permanecieron inexorables. Despues de muchas conferencias algo contrariadas por las instancias de los embajadores, propusieron como condicion preliminar que las Provincias-Unidas indemnizaran á la república inglesa de los gastos que la perspectiva de la guerra le habia causado; y dijeron que despues de haberse cumplido con este requisito se proseguirian las negociaciones. No pueden examinarse de cerca esos hechos, ó los documentos que los acreditan sin confesar que, á pesar de las intrigas del partido orangista, los jefes de las Provincias-Unidas deseaban sinceramente la paz, en tanto que los republicanos ingleses, Parlamento y pueblo se aferraban obstinadamente á promover la guerra con la esperanza de establecer su soberanía marítima, ó realizar tal vez por la fuerza sobre las Provincias-Unidas aquellas ambiciosas pretensiones que la embajada de Saint-John y Strickland no pudo conseguir.

Reconociendo Pauw y sus colegas lo inútil de sus esfuerzos, pidieron la audiencia de despedida; fueron recibidos al dia siguiente con grandes consideraciones oficiales, y partieron entregando al Parlamento inglés documentos en que sus proposiciones y conducta estaban en su concepto fielmente trazadas, y justificadas de un modo absoluto. De allí á cinco dias (7 de julio de 1652) el Parlamento publicó su declaracion de guerra, juntamente con los motivos en que la fundaba, y á los quince apareció tambien el manifiesto de los Estados Generales, aceptando con arrogancia, aunque á despecho, el reto que se les hacia.

Lanzáronse, pues, ambos pueblos á la lucha con fuerzas muy desiguales en el fondo, pero con el mismo ardor y casi con igual confianza; la marina de las Provincias-Unidas era en aquella ocasion superior en nombradía y en realidad á la de Inglaterra; hacia ya cerca de un siglo que aquella se habia ido adiestrando por medio de largas navegaciones, con la conquista y explotacion de posesiones en América y en las Indias, y en pesas difíciles y peligrosas: su marinería era muy numerosa y prác-

tica, y sus jefes habian principiado á practicar, mandando grandes escuadras, el arte de maniobras combinadas y estratégicas casi ignorado en aquella época de los mejores marinos ingleses, segun lo aseguran sus propios historiadores. Los buques de los ingleses, generalmente hablando, eran de mayores dimensiones, y estaban mas numerosamente tripulados y artillados: la nacion cuyo pabellon ostentaban, era en aquellos momentos presa de un violento arrebato de la mas enérgica de las pasiones humanas; en su seno fermentaban el patriotismo, el orgullo, la ambicion y la envidia; mas para sostener su marina en esa situacion, contaba con mayor número de habitantes y de riquezas que las Provincias-Unidas, y ademas no estaba colocada como estas bajo la direccion débil y vacilante de una confederacion de Estados, sino bajo la autoridad única de una asamblea revolucionaria, orgullosa de sus triunfos interiores, y acostumbrada á prodigar hombres y recursos para el logro de sus designios. Al mes de su encuentro con Tromp en las aguas de Douvres, Blake reunió bajo su pabellon ciento cincuenta buques de guerra con tres mil novecientos sesenta y un cañones y dos regimientos de infanteria á bordo ademas de su tripulacion. Los holandeses no habian andado tampoco menos vigilantes en sus preparativos: habian alquilado por cuenta del Estado todas las naves mercantes de grandes dimensiones; estaban construyendo en sus arsenales sesenta grandes buques, y finalmente, habian atraído á su servicio por el cebo de una buena paga una multitud de buenos marinos extranjeros. Al entrar Tromp en campaña, tenia á sus órdenes una escuadra de ciento veinte naves, capaz, en concepto de los patriotas holandeses, de barrer la marina inglesa de toda la superficie de los mares.

En 21 de junio, antes de salir los embajadores holandeses de Londres, y por lo tanto antes de la declaracion oficial de la guerra, Blake se hizo á la vela desde Douvres con sesenta buques, dejando á su teniente, sir Jorje Ayscough, encargado de la defensa del canal de la Mancha. Blake se dirigió hácia el Norte, bien sea para proteger las numerosas naves mercantes inglesas que volvian del Báltico, ó bien para ir á destruir la multitud de barcos holandeses que en las costas de Escocia y de las islas inmediatas se estaban ejercitando en la pesca del arenque. Habia esta industria adquirido gran desarrollo en la marina holandesa: una infinidad de barcos, tripulado cada cual con una familia de pescadores incluso las mujeres y niños, se empleaban en ella. De manera que para las clases pobres venia á ser un medio de subsistencia, y para el Estado un ramo de comercio importante y una escuela práctica de buenos marineros. Mas

de seiscientos barcos de todas dimensiones se hallaban reunidos en el Norte de Escocia cuando Blake llegó á aquellas aguas: doce buques de guerra holandeses los protegían. Lanzándose bruscamente sobre ellos con fuerzas infinitamente superiores, Blake á pesar de una denodada resistencia, echó á pique tres de aquellos buques, y se apoderó de los otros nueve, y de la multitud de barcos pescadores: impúsoles á estos el tributo de la décima parte de los productos de la pesca, y por un sentimiento de generosa humanidad, los dejó regresar libres con el resto de los productos de su industria; pero imponiéndoles la condicion de no volver á pescar en aquellas aguas sin haber antes obtenido permiso del Consejo de Estado. En tanto Tromp, teniendo noticia por los embajadores de su nacion del plan de campaña que el almirante inglés se proponía seguir, salió de Texel así que supo que Blake se había puesto en movimiento hácia el Norte; trasladóse rápidamente con setenta y nueve buques de guerra y diez brulotes hácia el estrecho de Calé, esperando destruir la escuadra muy inferior de Ayscough, y efectuar luego á lo largo de las costas de Inglaterra, bien sea algun desembarco, bien sea todas las desolaciones que le hubiesen sido posibles. La noticia de este peligro causó gran sensacion en Londres y en los condados inmediatos; pusieron en pié de guerra las milicias del condado de Kent, y en muchos puntos de la costa se construyeron precipitadamente baterías, no descuidándose en enviar á Blake aviso sobre aviso, dándole cuenta de lo que sucedía, é instándole á que volviera. La naturaleza dió al Parlamento un socorro que su almirante no había tenido ocasion de proporcionar: en medio del estrecho fue detenida la escuadra de Tromp por una calma tan profunda, que no le permitió hacer ningun movimiento, y luego cuando cesó la calma se desencadenó un viento de parte de tierra con tal furia, que á pesar de la obstinacion y habilidad de los marineros holandeses, no les fue posible acercarse á las costas ni atacar á Ayscough que se había retirado al abrigo de sus puertos. Vista la imposibilidad de su empresa, Tromp tomó con toda su escuadra rumbo hácia el Norte, seguro de que encontraría á Blake separado de Ayscough, lejos de todo sitio de donde pudiera recibir socorro, y prometiéndose por lo tanto descargar sobre el almirante inglés el golpe de que su teniente había podido librarse. Efectivamente, el 5 de agosto se encontraron ambas escuadras entre las Orcadas y las islas de Shetland. La escuadra inglesa se hallaba debilitada, pues Blake, cediendo á los apremiantes avisos que recibía de Londres, había destacado ocho buques hácia el Sur con objeto de que fueran á reforzar á Ayscough; sin

embargo, no trató de evitar el combate, antes por el contrario, empezó á tomar sus disposiciones cuando Tromp vió aparecer en el horizonte las señales precursoras de una tempestad: considerando que aquel dia no era posible dar la batalla, mandó á sus capitanes tomaran, como les fuera posible, abrigo en el pequeño archipiélago de las islas de Shetland, y permanecieran allí hasta el dia siguiente. La tempestad estalló durante la noche con violencia estremada hasta para aquellas regiones: el viento, la lluvia, los truenos y la oscuridad, imposibilitaban toda maniobra concertada, y hasta toda comunicacion entre los buques. La escuadra holandesa se vió dispersada y tuvo que sufrir crueles averías: muchas de sus naves perecieron en alta mar, ó se estrellaron contra las costas: otras se refugiaron hasta en Noruega: los brulotes quedaron enteramente destrozados. Finalmente, al aparecer el nuevo dia, Tromp desde el puente de su buque almirante, el *Brederode*, en vez de la hermosa escuadra que habia mandado, no vió ya mas que buques agitados vagamente por las olas, desarbolados, con el velámen hecho girones, y luchando todavia, pero con gran trabajo, contra una mar cubierta de ruinas. No le fue posible á Tromp reunir mas que cuarenta y dos buques, con los cuales regresó desesperado á Holanda, donde fue recibido por la sorpresa, el dolor y la injusta cólera del pueblo. Blake, cuya escuadra habia sufrido mucho menos, persiguió á los holandeses en su retirada, y no habiendo podido darles alcance para combatirlos, recorrió en aptitud insultante la costa occidental de las Provincias Unidas, y por último entró en Yarmouth con las naves de que se habia apoderado, y con novecientos prisioneros.

Tromp era orgulloso y susceptible: herido y disgustado de los clamores con que le asediaban porque la calma y la tempestad le habian simultáneamente impedido medir sus fuerzas con el enemigo, hizo dimision del mando. Hay que advertir, que en sus opiniones se inclinaba algun tanto el partido orangista, y que por lo tanto los corifeos de la aristocracia republicana, que en aquella ocasion era la dominante, hicieron muy poco esfuerzo para que retuviera el mando: estaban persuadidos de que podian darle un sucesor que lo reemplazara dignamente. Hacia poco que habian elevado al mando de una parte de las fuerzas navales á un hombre de origen oscuro, Miguel Ruyter, pero muy querido de los marineros, extraño á todo partido político, y siempre dispuesto á servir á su país tan modesta como heroicamente. Ruyter apenas se vió á bordo de su buque, el *Neptuno*, entró en el Canal de la Mancha con treinta naves, se

encontró á la altura de Plymouth con una escuadra inglesa mandada por Ayscough; compuesta de cuarenta buques mas grandes y mejor equipados que los suyos; pero la atacó bruscamente, y la obligó á retirarse al puerto de Plymouth, quedando victorioso en alta mar. El mismo Ruyter se admiró humildemente de semejante triunfo, diciendo: «No se alcanza la victoria sino cuando á Dios le place inspirar aliento; esto es una obra de la Providencia que los hombres no acertarian á explicar.» El Parlamento disgustado de Ayscough, y algo sospechoso de su lealtad, le quitó el mando, pero concediéndole una renta de 500 libras esterlinas en metálico, y otra del mismo valor en tierras situadas en Irlanda: por último, su escuadra fue puesta á las órdenes de Blake. Los Estados Generales, hallándose por su parte resueltos á proseguir enérgicamente la guerra, armaron despues de la retirada de Tromp una nueva escuadra, confiando su mando á Cornelio de Witt, que era uno de los jefes de mas audacia del partido aristocrático. Era en efecto valiente á todo trance y muy práctico en la marina, pero tambien sobresalia por su carácter duro, arrebatado, obstinado hasta rayar en imprevision, y poco querido de los marineros que temian su rigor, sin tener la menor confianza en su fortuna. El nombramiento de Cornelio de Witt fue considerado como mas político que militar, y disgustó á los numerosos amigos de Tromp. Antes de hacerse á la vela tuvo el nuevo almirante que dictar severas medidas contra algunos amotinados. A Ruyter se le mandó incorporarse á la escuadra del almirante, y servir bajo sus órdenes. Sus fuerzas reunidas el 22 de octubre del 1652 entre Dunquerque y Nieuport, componian el número de sesenta y cuatro velas. Blake andaba cruzando cerca de aquellas aguas buscando al enemigo y la ocasion de batirlo. Habiendo sabido en 8 de octubre que la escuadra holandesa se hallaba á la vista al N. E. de Douvres, se trasladó con toda rapidez al frente de la suya, hizo señal de que se le reunieran todos sus buques, y en el que él montaba dió la orden siguiente: «Tan luego como algunos de los nuestros se nos hayan unido, marchad en derecha hácia el centro de la escuadra enemiga.» En un consejo de guerra celebrado el dia antes en la escuadra holandesa, Ruyter fue de parecer que se evitara el combate mas bien que provocarlo: en su concepto muchos buques de la escuadra se hallaban en mal estado y no bien provistos de municiones; es de presumir que tampoco confiaba mucho en las disposiciones de la marinería y de muchos oficiales. Cornelio de Witt insistió absolutamente en que se diera el ataque, y aunque durante la noche anterior habia dispersado á lo lejos una tempestad varios buques que tardaron

en reunirse á la escuadra, aceptó el reto de Blake con un ardor que cinco horas de desgraciada lucha no amortiguaron un solo momento. Dos buques holandeses se fueron á pique en el primer choque; otros dos fueron abordados y vencidos; hubo capitanes que ejecutaron lentamente y con flojedad las órdenes del almirante. Al principiar la accion quiso Witt trasportar su pabellon al *Brederode*, que como ya se ha dicho, habia sido en otro tiempo buque almirante de Tromp; pero las demostraciones de poco afecto que Witt notó en la tripulacion de este buque, le obligaron á desistir de su proyecto, y tuvo por lo tanto que permanecer á bordo del buque que montaba, y que era un navio tan pesado como grande, propio de la compañía de Indias. Ruyter hizo con su division de vanguardia prodigios de valor y de inteligencia, y el mismo Witt se hizo admirar hasta de los ingleses por su indomable valor, pero todo fue en vano. La victoria se declaró en todas partes por los ingleses, y cuando se estendieron las sombras de la noche sobre ambas escuadras, surgieron opiniones muy diversas en cada una de ellas. A bordo de los buques ingleses reinaba la actividad producida por la satisfaccion y la esperanza; oficiales y marineros trabajaban arduosamente en reparar sus averías, en recoger sus municiones, y en estar bien preparados para el dia siguiente, en tanto que entre los holandeses, por el contrario, todo era confusion y desaliento. Witt volvió á reunir su consejo de guerra, y opinó que el combate debia renovarse al despuntar el dia; mas habiéndose dicho que veinte capitanes sin esperar órdenes ni dar ningun aviso, se habian separado á favor de la oscuridad de la noche del grueso de la escuadra, sin que se supiera hácia dónde habian dirigido su rumbo, Ruyter y todos los demás vocales manifestaron que era imposible confiar en el resultado de una segunda accion, y por lo tanto no hubo mas remedio que renunciar al proyecto y volverse hácia Holanda, á fin de reponer en sus puertos la escuadra y recibir nuevas instrucciones por parte de los Estados Generales. Blake acosó á los holandeses durante la retirada, y se paseó algunos dias al frente de sus costas, como para ostentar con orgullo las señales de su victoria.

La inquietud y la desgracia enseñan á los pueblos á guardar justicia: las miradas de todos los holandeses se volvieron hácia Tromp, que á pesar de no haber hecho lo que de él se esperaba, no habia sido batido por los ingleses, sino por la tempestad. Tromp era quien por espacio de veinte años habia dirigido las escuadras holandesas contra las de España, conquistando sobre el mar la independencia de su patria. Nadie ignoraba



su ardiente animosidad contra la marina inglesa, por la circunstancia de haber pasado dos años de su niñez preso á bordo de un crucero de aquella nacion. Los Estados Generales, cediendo al clamor de la opinion pública, se apresuraron á devolverle el mando, y el rey de Dinamarca, alarmado de la preponderancia que iba adquiriendo la marina inglesa, influyó en el Haya á fin de que se adoptara aquella medida. Tromp volvió, pues, á encargarse del mando de la escuadra, y Cornelio de Witt, Ruyter, Ewertz, Florih, en una palabra, los marinos mas acreditados de Holanda fueron puestos á su disposicion como vice-almirantes. Witt se escusó prestando mala salud; en realidad estaba enfermo de cansancio, de disgusto y de cólera; pero Ruyter aceptó sin vacilar. Otro aliado mas poderoso que brillante, Carlos II, se ofreció tambien á los Estados Generales para servir de simple voluntario á bordo de su escuadra, con la esperanza, segun decia, de que muchos capitanes de la inglesa no esperaban mas que una señal para venir á reunirsele, y que no dejarian escapar la ocasion que se les iba á presentar. A pesar de esas esperanzas, los Estados Generales desecharon por consejo de Juan de Witt, que entonces era pensionista de la provincia de Holanda, los ofrecimientos de Carlos II. No habiendo querido unir aquellos Estados su destino al de una república regida, tampoco querian enlazar su causa con la de un rey proscripto. Tromp acometió con eficaz ardor la obra de restaurar prontamente la escuadra: todos los puertos, todos los arsenales de las Provincias-Unidas desplegaron cuantos esfuerzos les fueron posibles. El Parlamento y Blake se creian dispensados de trabajar por algunos meses: una campaña naval durante el invierno era poco menos que imposible en concepto de los mas bizarros marinos de aquel tiempo. Muchas divisiones de la escuadra inglesa habian sido enviadas á sus estaciones especiales hácia el Báltico: al Norte de Escocia y á la entrada occidental del Canal de la Mancha. Blake, modesto hasta en sus triunfos, y siempre celoso de su responsabilidad, habia pedido al Parlamento se le agregaran para el mando naval dos generales, cuya práctica le ayudara á sobrellevar el peso: Monk y Dean habian sido designados para este servicio, mas como se hallaban todavia ocupados en terminar la sumision de Escocia, Blake en tanto que llegaban andaba cruzando con su division entre el condado de Essex y Hampshire, cuando supo que una grande escuadra holandesa mandada por Tromp se habia hecho á la vela, y de allí á poco la vió desde la proa de su capitana el *Triunfo*, bogar á toda vela entre Douvres y Calé. Compañase aquella escuadra de setenta y tres buques, y Blake no tenia á sus

órdenes más que treinta y siete. Al punto reunió el almirante inglés su Consejo de Guerra con objeto de dar órdenes mas bien que de consultar á sus capitanes, pues se hallaba ya enteramente resuelto á dar la batalla: comunicó á los vocales del Consejo su ardorosa confianza, y al dia siguiente se trabó la lucha con igual encarnizamiento por ambas partes, pudiendo decirse que se redujo á una série de combates particulares, cuyo peso sustentaron Ruyter, Ewertz y Tromp por parte de los holandeses, y Blake por parte de los ingleses. La capitana de este último se vió rodeada durante algun tiempo por muchos buques enemigos que intentaron tres veces el abordaje y fueron otras tantas rechazados. Probablemente habria el almirante inglés sucumbido bajo el número de sus enemigos á no haber sido por la leal obstinacion con que dos de sus buques, el *Sapphir* y el *Vanguard*, se atrevieron á sacrificarse en su defensa. La niebla y la noche separaron por último á las dos escuadras; pero la de Blake se hallaba ya casi fuera de combate; dos de sus buques, el *Guirlande* y el *Bonne-Aventure*, habian caido á pesar de la mas enérgica resistencia en poder de los holandeses, y otros muchos habian recibido averias de la mayor consideracion, ó sufrido pérdidas irreparables por el momento. Blake tuvo que retirarse á las aguas del Támesis, y Tromp pasó como vencedor el Canal, llevando en lo alto del palo mayor de su capitana una enorme escoba para insultar á la marina inglesa en las mismas aguas donde se habia creído invencible. Los Estados Generales, mas envanecidos aun con la victoria que el mismo que la habia ganado, dieron oficialmente noticia de ella á las potencias extranjeras, y prohibieron toda comunicacion con las islas Británicas, creyéndose con fuerzas bastantes para sostener el bloqueo.

Blake manifestó sin reserva ninguna su desgracia con una imparcialidad severa al par que triste: «Me veo obligado, escribió diciendo al Consejo de Estado, de poner en conocimiento de vuestras señorías que aquí han ocurrido muchos actos de cobardía, no solo entre los buques mercantes, sino entre los mismos del Estado. Pido, por lo tanto, que sin pérdida de tiempo enviéis algunas personas que instruyan sumaria imparcial y severamente contra varios comandantes, á fin de que se sepa en quien se podrá confiar. Tiempo habrá en seguida de acudir al remedio de otros males, como son el reducido número y el desaliento de los marineros... Espero que por lo que á mí toca, vuestras señorías no juzgarán inoportuno les suplique se dignen descargar á este vuestro indigno servidor, de un peso demasiado grave para mis fuerzas... de manera que

me sea posible pasar el resto de mis días en un retiro rogando al Señor derrame sus bendiciones sobre vosotros y sobre esta nación.» El Consejo de Estado, hizo todo lo que Blake pedia menos lo referente á su persona. Tres miembros del Consejo pasaron á bordo de la escuadra y sometieron á un riguroso exámen la conducta de los oficiales: muchos de estos fueron despedidos del servicio y algunos se vieron reducidos á estos: el mismo hermano del almirante, Benjamin Blake, acusado de no haber cumplido muy bien con su deber, fue exonerado, y separado de la escuadra. Al mismo tiempo se dió orden á todos los buques disponibles fondeados en los puertos inmediatos de que se reunieran á la escuadra; se decretó elevar á treinta mil el número de marineros que habian de componer las tripulaciones; se buscaron por todas partes materiales para remediar las averias sufridas en el combate, y por último, se mandó á Monk y á Dean estar prontos para ir á tomar su parte de responsabilidad y de peligro. Por lo tocante á Blake, el Consejo de Estado le contestó diciendo que: «lejos de acceder á su peticion de retiro, ponía á su disposicion todas las fuerzas que habia pedido, dejándole en libertad de emplearlas como lo juzgara á propósito en defensa de su propia persona y servicio de la república.»

Dos meses despues de aquel contratiempo, Blake se hacia á la vela desde las bocas del Támesis con sesenta buques de guerra: los dos marinos mas prácticos de su país Penn y Lawson mandaban sus divisiones de vanguardia y retaguardia; á su bordo iban tambien los dos mas ilustres generales del ejército, Monk y Dean, con mil y doscientos soldados aguerridos: otros veinte buques procedentes de Portsmouth se le agregaron en el estrecho de Calé. Esta fue la escuadra mas numerosa, mejor armada y mas bien dirigida que llegó á reunirse en tiempo de la república. Blake se dirigió hácia el Oeste del Canal, lleno de impaciencia y esperando no tardar mucho tiempo en avistar el enemigo: sabia que Tromp debía por aquella época volver de la costa occidental de Francia á donde habia ido á escoltar un rico convoy de buques mercantes reunidos en las aguas de la isla de Ré y con el cual debía regresar á Holanda. En efecto, el 18 de febrero del 1655 al ser de dia apareció la flota holandesa entre el Cabo de Hague y la casi isla de Portland; el mismo Blake fue el primero que desde su capitana, el *Triunfo*, la vió avanzar. Componíase esta flota de doscientas cincuenta naves mercantes escoltadas por setenta y cinco buques de guerra, cuya totalidad cubría á lo lejos el mar. Blake en aquel momento tenia al lado sus dos almirantes Penn y Lawson, pero la escuadra no se

hallaba reunida : la division mandada por Monk estaba muy á retaguardia. Tromp conoció la superioridad momentánea de sus fuerzas y empezó á tomar disposiciones para principiar en el acto la batalla. Blake lo acometió sin pérdida de tiempo y el *Triunfo* descargó sobre el *Brederode* su andanada. Tromp sufrió el fuego sin contestar, mas cuando los dos buques estuvieron á la distancia de tiro de mosquete, el holandés disparó sus baterías con tal celeridad, virando y revirando alrededor del *Triunfo*, que le causó grande estrago en la armadura y en la tripulacion. Al ver el buque almirante lleno de fuego y de ruinas el vice-almirante Penn se lanzó rápidamente á socorrerlo y atacó á su vez al holandés. Toda la escuadra inglesa fue sucesivamente llegando y se trabó por todas partes una desesperada batalla, que duró todo el dia sin inclinarse la victoria á ninguno de los combatientes. Tromp, Ruyter, Wildt, Kruiik y Swers, por parte de los holandeses y Blake, Penn, Lawson y Barker por la de los ingleses hicieron prodigios de valor y de obstinacion. Ruyter rodeado por los ingleses en el acto en que iba á dar el abordaje á uno de sus buques, estuvo á punto de caer prisionero. Ninguno de los buques ingleses sufrió tanto como el que montaba Blake; su capitán de pabellon, Andrés Ball, y su secretario, Sparrow fueron muertos al lado del almirante, y mas de la mitad de la tripulacion cayó bajo el fuego de los holandeses. El mismo Blake fue herido en el muslo de una bala que en seguida hirió tambien al general Dean que estaba detrás. Creyendo, sin embargo, Blake al caer de la tarde que la ventaja del combate estaba de su parte, envió algunos de sus buques hácia el convoy holandés á fin de que no se le escapara; Tromp, en vista de esta maniobra se replegó al momento con el grueso de su escuadra á proteger el convoy. La noche suspendió el combate. Al dia siguiente, al despuntar la aurora, Tromp, cubriendo el convoy, dirigió el rumbo hácia Calé, pero siempre seguido de Blake, que habiéndolo alcanzado á eso de medio dia volvió á renovar el combate con nuevo encarnizamiento. Poco faltó tambien en esta nueva jornada para que Ruyter, que siempre era el mas atrevido y obstinado de los holandeses, cayera en poder del enemigo; así habria indudablemente sucedido si Tromp al verlo en tan gran peligro, no lo hubiera mandado sostener. Pero los esfuerzos del almirante holandés, tenian que dividirse en sostener la lucha y proteger el convoy, por cuya razon sin desistir del combate tenia que irse arrimando poco á poco hácia las costas de Holanda por ver si podia ponerlo á salvo. Esta segunda jornada le fue mas funesta que la primera; cuatro ó cinco de sus buques cayeron en poder del

enemigo, ó fueron echados á pique, y algunos de sus capitanes, sea por animosidad de partido, sea por debilidad, le dieron parte hácia la caída de la tarde de que se les habian acabado las municiones y no podian proseguir el combate; Tromp les mandó alejarse durante la noche, temiendo sin duda, alguna traicion ó algún contajioso ejemplo de cobardía para el día siguiente. Blake al ver que la escuadra holandesa se habia disminuido, volvió á renovar el combate con nuevo furor, persiguiendo incesantemente el convoy. La habilidad y energía de Tromp no dejaron de brillar un momento, pues sin dejar de batirse, siguió protegiendo las desordenadas naves mercantes y retirándose sucesivamente á lo largo de la costa de Francia para tocar en las de su país. Esto es por último lo que consiguió á fuerza de perseverancia, de valor y de inteligencia á los cuatro dias de incesante combate, habiendo perdido, segun las relaciones holandesas, nueve buques de guerra y veinte y cuatro naves mercantes; los partes ingleses hacen subir esta pérdida á diez y siete buques de la primera clase y mas de cuarenta de la segunda.

Mostráronse los Estados Generales en esta ocasion muy dignos de ser tan bien servidos, pues supieron obrar con justicia: no solamente manifestaron á Tromp, Ewerh y Floritz su agradecimiento, sino que á fin de dárselo á conocer de un modo brillante, les hicieron obsequios á los cuales los Estados particulares de la provincia de Holanda unieron tambien los suyos. El Parlamento inglés por su parte, se entregó tal vez algo demasiado estrepitosamente á la alegría: no solo dió oficialmente las gracias á los comandantes de la escuadra, y tomó medidas, primero, por via de suscripcion, y luego por cuenta del Estado á favor de las familias de los marinos y soldados que habian sucumbido en la accion, sino que mandó que en toda la república se dieran solemnes gracias á Dios por la victoria. Los prisioneros holandeses, donde quiera que desembarcasen, eran conducidos á Londres escoltados por destacamentos de caballería, y en todas las poblaciones del paso eran recibidos con repiques de campanas para celebrar una victoria que habia sido precedida de tanta inquietud y que tantos esfuerzos habia costado.

Esa victoria era efectiva, pero vana: no podia considerarse sino como una vicisitud mas en una lucha tan llena de vicisitudes; pero no era un triunfo decisivo. Las Provincias-Unidas, victoriosas antes de ese último suceso, quedaban ahora vencidas á su vez, pero no abatidas: no tardó en saberse que en sus puertos se estaba armando otra nueva escuadra: de cada batalla surgía la guerra de un modo mas ruinoso que encarnizado.

Las potencias católicas del continente, en particular España y Francia, asistían con secreta satisfacción á ese ardiente combate entre dos repúblicas protestantes, á las que, á pesar de sus deferencias aparentes, no profesaban en el fondo mas que desconfianza y mala voluntad. El Parlamento inglés tampoco habia sabido permanecer verdaderamente neutral



FLEETWOOD.

entre los gabinetes de Madrid y París, ni asegurarse decididamente la alianza de ninguno de los dos: en medio de sus vacilaciones, puede decirse que se habia inclinado algo hácia España, cuya política inerte no le podia ser de grande utilidad, y al mismo tiempo habia manifestado una hostil frialdad hácia Francia, cuya ambicion y fuerza ascendente le ha-

bría sido altamente provechosa. Ambos gabinetes permanecían inmóviles, deseando ocasión de envenenar la guerra mas bien que de calmarla. Las Córtes protestantes del Norte, en especial Dinamarca y Suecia, estaban divididas entre las dos repúblicas rivales: el rey de Dinamarca, Federico III, después de haber manifestado primeramente amistosas simpatías al gabinete de Londres, se inclinó hácia las Provincias-Unidas, cediendo al impulso de sus intereses mercantiles y de sus primeros tratados. La reina Cristina de Suecia manifestaba alguna inclinacion en favor de la república Británica, pero sin pronunciarse decididamente, ni darla ningun apoyo. La arrogancia ambiciosa é imprevisora del Parlamento republicano, habia producido turbacion en todas las relaciones exteriores de Inglaterra para entrar en una política que la malquistaba con sus amigos naturales, sin proporcionarle aliados en ninguna parte. En lo interior, esa misma política imponía á la nacion contribuciones enormes, y al gobierno la necesidad de redoblar la tiranía. Era preciso mantenerse siempre en pié de guerra para defender la república de la mala voluntad del país, y aumentar incesantemente la escuadra para defenderla de los enemigos exteriores. En diciembre del 1652, el Parlamento tuvo que aumentar el presupuesto mensual á fin de atender á ese duplicado gasto con 120,000 libras esterlinas, de las cuales 80,000 eran para el ejército, y el resto para la marina; ni eso fue bastante, pues en el curso del 1655 hubo que añadir otras sumas adicionales para los mismos objetos. Como en realidad no era posible que el pueblo pudiera satisfacer esos enormes gastos, el gobierno se veía en la dura necesidad de estar vendiendo sin cesar fincas de la corona y de la Iglesia, sin dejar por eso de acudir á nuevas confiscaciones, unas veces de las rentas y otras hasta de los bienes de los realistas delincuentes. En noviembre de 1652, el Parlamento decretó que los terrenos y palacios de Windsor y Hampton-Court, Hyde-Park, y el parque de Greenwich y de Somerset-House fuesen vendidos, y su producto se aplicara al presupuesto de la marina: propusiéronse *bills* para la venta de los bosques reales y hasta para la de algunas catedrales que proyectaban derribar. Muchas de estas medidas quedaron sin efecto, ó fueron anuladas; pero las confiscaciones ó multas impuestas á los realistas, seguían cobrándose con todo rigor. En 1651, al romperse las negociaciones con las Provincias-Unidas, se decretó la confiscacion de todos los bienes reales y personales de setenta realistas que gozaban de muchas riquezas: en el curso del año siguiente, en medio de las exigencias de la guerra, sufrieron la misma suerte otros veinte y nueve realistas, y seis-

cientos veinte y dos tachados de la misma opinion, no pudieron redimir sus bienes secuestrados, sino pagando en el plazo de cuatro meses la tercera parte de su valor á la república. La tiranía civil se encargaba de cubrir las necesidades creadas por una funesta política exterior.

Un gobierno compacto y universalmente reconocido habria encontrado grandes dificultades en soportar por mucho tiempo un peso tan enorme. El Parlamento republicano en medio de su febril exaltacion se hallaba débil y vacilante, porque se sentía acosado de violentas disensiones interiores, y Cromwell, poderoso é inactivo solo se aplicaba á explotar las faltas del gobierno y á minar el terreno.

LIBRO CUARTO.

Lucha entre Cromwell y el Parlamento.—Tentativas para disminuir el ejército.—Proposición de una amnistía general y de una nueva ley electoral.—Proyectos de reformas civiles y religiosas.—Conversación de Cromwell con los principales jefes del Parlamento y del ejército.—Petición de este á favor de las reformas y para la disolución del Parlamento.—Acusación de corrupcion.—Intenta perpetuarse por medio de nuevas elecciones.—Urgencia de la situación.—Cromwell espulsa el Parlamento.

El Parlamento en el acto de enviar á Cromwell en 9 de setiembre del 1651 cuatro de sus miembros á felicitarle por su victoria de Worcester estaba decretando que sin pérdida de tiempo se trataria de aliviar las cargas de la república, y con ese objeto mandaba al Consejo de Estado y al comité del ejército presentarle el estado de todas las fuerzas actuales, á fin de poder apreciar con exactitud las necesidades y atender al modo de cubrirlas. Al día siguiente fueron licenciados cuatro mil hombres de caballería, y cuatro mil de infantería. De allí á seis, Cromwell al volver á ocupar su puesto en la Cámara recibió solemnemente las gracias por parte del Presidente junto con un donativo en bienes raíces de 4,000 libras esterlinas de renta anual y el palacio de Hampton-Court; mas al propio tiempo la Cámara preguntaba al Consejo de Estado el número á que podría reducirse el ejército permanente, y de allí á quince días mandaba licenciar ocho regimientos, entre los cuales tres eran de caballería, proyectando disminuir la mayor parte de las guarniciones, y dejar reducido el ejército al número de veinticinco mil hombres, con lo cual el Parlamento se proponía un ahorro de 35,000 libras esterlinas mensuales.

Estas medidas eran indisputablemente dictadas por el interés público; el país sucumbía bajo el peso de las contribuciones, y natural era que con la victoria desapareciesen en parte los gravámenes de la guerra. Mas al

lado del interés público dejaba el Parlamento traslucir otras ideas y otros motivos: al licenciar con tanta premura el ejército, bien se echaba de ver que lo que deseaba era deshacerse de un rival. Esta tentativa era peligrosa por mas necesaria y legítima que pudiera considerarse: los gobiernos revolucionarios nunca llegan con oportunidad á romper la espada que les ha salvado la vida: el servicio es tan grande que ni puede olvidarse ni ser pagado, y las medidas preventivas del gobierno contra una ambicion mal satisfecha siempre son consideradas como efectos de ingratitud, ó de miedo. Solo á los poderes establecidos por el derecho y por el tiempo pertenece el recompensar ó el desarmar á los vencedores sin temor de imponérselos como dueños.

Conociendo Cromwell la importancia y la indisputable necesidad de semejantes medidas no se opuso á ellas, ni hizo la menor objecion. Por otra parte tampoco le era muy desagradable que se licenciaran regimientos de milicias, cuyas costumbres independientes y espíritu mas patriótico que militar no eran muy de su gusto. Mas como á su mucha prevision no era fácil que se le ocultaran las miras ocultas del Parlamento, trató de ponerse en guardia y de repetir con oportunidad el golpe. Por instigacion é influencia del general se presentaron con grande instancia en la Cámara dos proposiciones muy populares, y de grande aceptacion en todos los partidos; una de ellas era la amnistía general y la otra una ley de elecciones que fijára la época de la disolucion del Parlamento, y el nombramiento de sus sucesores. Hacia mas de dos años que estas dos proposiciones andaban ya figurando en el programa del Parlamento, sin que nunca llegaran á resolverse. Desde el 25 de abril de 1649 á propuesta de Ireton se habia decretado la confeccion de un acto de amnistía, que en efecto llegó á redactarse, y fue leído dos veces en la sesion del 5 del siguiente julio; mas por último pasó á un comité, y allí quedó paralizado. Hacia la misma época, esto es, en 15 de mayo de 1649 otro comité se encargó de preparar una ley para la eleccion de los Parlamentos futuros. Vane presentó con este motivo en 9 de enero del 1650 un largo informe estableciendo las bases del nuevo sistema electoral; la Cámara decidió que se reuniría dos veces semanalmente para discutirlo, y efectivamente en el curso de los años 1650 y 1651 se celebraron ó por lo menos se convocaron cuarenta y ocho sesiones para ese objeto; mas en realidad ni la amnistía, ni la ley electoral salieron de su estado de inercia, ni el Parlamento pudo ocuparse con formalidad mas que en defenderse de sus enemigos. Así que los dos proyectos fueron por influencia de Cromwell vueltos á presentar

en la Cámara, los partidarios del general se propusieron no perder un momento sin activarlos. El acto de amnistía renovado en 17 de setiembre del 1651, reproducido en 27 de noviembre siguiente y vivamente discutido en diez y seis sesiones, fue por último aprobado en febrero del 1652 con algunas restricciones. Mostróse el país tan altamente preocupado en su favor, que el Parlamento tuvo que encargar al Consejo de Estado velara para que no se reimprimiera fraudulenta y viciosamente. La discusión de la ley electoral fue todavía mas apremiante y acalorada: el comité encargado de su redacción y algunas veces toda la Cámara se ocuparon de este particular desde el 17 de setiembre del 1651 hasta el 18 del siguiente noviembre: convocatorias expresas, divisiones frecuentes y mayorías muy acaloradas atestiguaron el ardor de los ánimos y la importancia de la cuestión: por último se decidió que debía ya procederse á fijar un término á la duración del Parlamento solo por la mayoría de cuarenta y nueve votos contra cuarenta y siete, y en todos esos debates siempre se vió á Cromwell figurar entre los mas ardientes partidarios de la disolución. Triunfaron estos por último; pero su triunfo efectivo fue remitido á un largo plazo; el Parlamento decretó en 18 de noviembre del 1651 que no volvería á reunirse pasado el 5 de noviembre del 1654. Gracias á las victorias de Cromwell, había cesado la guerra civil entre el Parlamento y el rey; pero ahora volvía á asignarse un plazo de tres años á la lucha que iba á entablarse entre Cromwell y el Parlamento.

Por buen sentido, mas bien que por moderacion, ó por paciencia de carácter, Cromwell sabia resignarse á esperar; apreciaba exactamente en cada circunstancia, las probabilidades y en su terreno se estacionaba por mas que sus deseos y sus maquinaciones le impeliesen á pasar adelante. Había conseguido fijar un plazo á la vida del Parlamento y no trató de precipitarlo segun su voluntad. Mas no le faltaban medios indirectos de acosar y gastar cuanto antes la vida de aquel poder contra el cual estaba secretamente luchando, y no pudo abstenerse de ponerlos en juego unas veces con apasionado arrebato, y otras con profunda astucia segun lo indicaban ó permitian las circunstancias.

Durante esa época el espíritu de innovacion en Inglaterra no se limitaba á meras cuestiones de gobierno y de orden político; tambien penetraba en el terreno civil y pedía en los procedimientos judiciales reformas á que los intereses diarios de toda la población se habían comprometido. Muchas ideas fermentaban aun sobre este particular vagas oscuras é incoherentes, pero enérgicas en razon de las graves necesidades á que se

referian y del ilimitado horizonte que abrian. Tratábase de abolir algunas onerosas gabelas, de que se administrara justicia pronta y poco dispendiosamente, de que se simplificara el régimen de la propiedad, de que se aliviara el peso de las deudas, y se desataran las trabas que embarazaban el estado de las personas y de las relaciones comunes, finalmente la multitud deseaba satisfacer con mas facilidad y economía las necesidades de la vida. En las clases elevadas é ilustradas, sea por egoismo, sea por espíritu de orden, ó exacto conocimiento de las condiciones del estado social, semejantes ideas y esperanzas gozaban de poco favor; los jurisconsultos eran los que principalmente las rechazaban apoyando su resistencia en intereses numerosos y respetables. Mas en el seno de las clases inferiores, los místicos, los titulados niveladores, los hombres honradamente innovadores ó inmoralmemente desarreglados, y toda esa parte de pueblo que se halla tan cerca de los sentimientos justos y de las malas pasiones, de los instintos prácticos y de las quimeras absurdas acogian con entusiasmo la esperanza de semejantes reformas y pedia á voces su realizacion.

En materia de religion tambien habia deseos, á la vez ardientes y confusos, sufrimientos palpitantes y desórdenes graves que mantenian una continua fermentacion. La Iglesia anglicana habia caido; no habia obispos, no habia cabildos, no habia ya establecimiento eclesiástico que pudiera llamarse oficial y exclusivo. Pero la nacion inglesa seguia siendo apasionadamente cristiana; y necesitaba un culto seguro, prácticas regulares y una predicacion asidua del Evangelio. Las sectas satisfacian esas necesidades por lo tocante á sus afiliados; pero las sectas no formaban mas que una minoria, y aparte de los sectarios, de los católicos proscriptos y de los incrédulos mas numerosos en aquella época que lo que generalmente se cree, la masa de la nacion se consideraba como desolada y justamente indignada al ver que faltaban ministros á sus creencias, unas veces porque se veia privada de aquellos en quienes habia depositado su confianza, y otras porque tenia que dar oidos á otros que no gozaban de ella. El Parlamento á fines del 1649, admitió la oferta voluntaria de los Presbiterianos de organizar su establecimiento eclesiástico con el título de Iglesia nacional; pero esto no se llegó á realizar sino muy incompletamente, porque en general tenian la reputacion de ser tan exclusivos y tiránicos como los de la Iglesia anglicana, y eran rechazados con igual violencia que por parte de los demás disidentes. De esto resultaba en materia de religion un abandono absoluto, y una espe-

cie de persecucion y anarquía que daba lugar á clamores, á recriminaciones y quejas que en último término recaian sobre el Parlamento, como única fuente de todos los males y de todos los remedios, echándole la culpa de no saber remediar los primeros, ni poner en juego los segundos.

Cromwell no tenia principios fijos ni determinados sobre ninguna de estas cuestiones de organizacion civil ó religiosa; nadie le aventajaba en ser independiente de todo sistema, ni en dejarse menos gobernar por ideas generales, ó anticipadamente convenidas; pero al mismo tiempo tenia un vivo instinto de las opiniones y deseos del pueblo, y sin inquietarse mucho por saber hasta qué punto podian ser legítimos ó realizables, los defendía audazmente con el objeto de grangearse partidarios. Hacia ya mucho tiempo que habia previsto cuantos amigos podia adquirirse adhiriéndose á las ideas de reforma de los procedimientos civiles, y por consiguiente se habia proclamado defensor de ellas. En 1650 al escribir al Parlamento despues de la victoria de Dunbar le habia dicho: «Aliviad á los oprimidos; no desoigais los gemidos de los pobres encarcelados; dedicaos á reformar los abusos de todas las profesiones y si hay alguna que es perjudicial á los mas para enriquecer á unos pocos, tened entendido que no es conveniente á ninguna república.» Despues de terminada la guerra civil, viviendo ocioso en Londres y no teniendo que ocuparse mas que de lo que pasaba en el público ó en el Parlamento, Cromwell se convirtió en centro de los proyectos de toda clase, y de la esperanza de sus fautores. En 27 de octubre del 1651 los detenidos en las cárceles de Londres se dirigieron á él diciéndole: «La ley es el sello de la servidumbre normanda: las cárceles son á manera de santuario para los ricos, y de lugar de tormento para los pobres que no pueden pagar á los abogados, ni á los carceleros: suplicamos al general, á cuyas manos ha sido confiada la espada, nos libre de la opresion; devuelva al país sus leyes y libertades fundamentales, procurando darle una nueva representacion, y haciéndo de modo que los pobres puedan alcanzar justicia, y los arrestos y las prisiones sean abolidas.» De allí á seis semanas recibió Cromwell nuevas representaciones por parte de todos los condados pidiendo «la abolicion de los diezmos, y de todos los abusos introducidos en la administracion de la ley y de la justicia por la multitud, orgullo, astucia y avidez de los abogados, procuradores y curiales, que era causa de que los pobres considerasen la administracion de justicia no como remedio, sino como causa peor que la misma enfermedad.» Era tal el clamor que el pueblo levantaba sobre este particular hácia el ejército y sus

jefes que en muchas partes el general tuvo que autorizar á muchos oficiales para que desempeñaran el papel de jueces y fallaran causas, lo cual hicieron efectivamente muy á gusto de las partes por la prontitud de sus decisiones.

En asuntos de religion y de la Iglesia, Cromwell no obraba con su acostumbrada prontitud, no porque sus opiniones fuesen invariables en este particular, sino porque tenia compromisos y contaba con aliados de que no queria separarse. Los sectarios apasionados del ejército, los soldados de la quinta monarquía que segun ellos decian habia de ser la de Jesucristo, habian sido la fuerza principal de Cromwell primero contra el rey y luego contra el partido presbiteriano en el Parlamento: sabia muy bien todo lo que podia temer ó esperar de ellos: no ignoraba que por su lealtad militar ó por su fanatismo místico serian en un momento de crisis sus mas necesarios y seguros instrumentos y mantenia, por lo tanto, cuidadosamente sus relaciones con ellos. Mas en el órden religioso le era necesaria una influencia mas elevada y estendida, y al fin supo adquirírsela por medio de la predicacion regular del Evangelio y la libertad de conciencia, y con este objeto se declaró protector de ambas cosas; con la primera se adquirió partidarios entre los presbiterianos, únicos que despues de la ruina de la Iglesia anglicana podian ofrecer al país un gran número de ministros instruidos, piadosos y honrados; y en nombre de la libertad de conciencia, supo Cromwell hacerse necesario á todos los perseguidos, incluso los episcopales y los católicos, que á pesar de ver que se les habia negado el libre ejercicio de su culto se prometian una tolerancia tácita y un secreto apoyo por parte del que proclamaba la libertad de conciencia. En todas las filas y bajo todas las banderas del cristianismo tenia Cromwell relaciones é inspiraba esperanzas que le suministraban cargos y á veces armas contra el Parlamento.

No se contentó el general con esta guerra sorda y con el lento progreso que de ella podia prometerse; siendo tan capaz de exaltacion como de astucia se daba tanta prisa en dar sus golpes decisivos, asi que los consideraba posibles, como con fría resignacion habia sabido prepararlos. Por eso quiso enterarse antes con alguna certeza de la opinion de aquellas personas cuyo concurso le era necesario, y saber hasta qué punto podia contar con su influencia. En 10 de diciembre del 1651 convocó en casa del presidente de la Cámara, Lenthall, una reunion de algunos jefes del ejército y del Parlamento: por una parte Fleetwood, Desborough, Harrison y Whalley, sus compañeros de guerra y de victoria, y

por otra Whitelocke, Widdrington, Saint-Jhon y Lenthall, los agitadores civiles de la revolucion. «Ahora que el antiguo rey no existe, y su hijo está derrotado, creo necesario, dijo Cromwell, pensar en fundar un gobierno estable para la nacion. He solicitado esta reunion para que juntos deliberemos sobre lo que conviene hacer, y lo que se tendrá que proponer al Parlamento.»

El Presidente Lenthall: «Esta reunion, milord, se ha apresurado á complacer el deseo de vuestreza y es por lo tanto muy necesario examinar el asunto de que deseais ocuparos. Dios ha concedido á nuestro ejército, bajo vuestro mando un maravilloso triunfo, y seriamos muy reprehensibles si no nos aprovecháramos de tanto favor para establecer con solidez lo que sea mas conveniente á la gloria de Dios y al bien de esta república.»

Harrison: «Lo que propone el lord general es segun yo pienso el establecer una forma de gobierno que asegure nuestras libertades civiles y religiosas, de manera que no puedan considerarse como desperdiciadas las misericordias de que el Señor nos ha colmado. La gran cuestion es como realizar ese pensamiento.»

Whitelocke: «Gran cuestion es en efecto y no debe resolverse bruscamente: cosa digna de lástima seria que una reunion de tantas personas dignas y capaces no produjera algun resultado. Preguntaré por de pronto sobre qué base se quiere establecer esa forma de gobierno; si se desea dar una república absoluta, ó introducir en ella algun principio monárquico.»

Cromwell: «Milord Whitelocke ha dado en el blanco de la cuestion: en efecto, yo tambien opino que debemos considerar lo que mas conviene establecer, si debe ser una república, ó un gobierno monárquico mixto, y finalmente que si en ella se ha de introducir algun principio monárquico, quién será el que haya de representar ese poder.»

Sir Thomás Widdrington: «Creo que un gobierno monárquico mixto es lo que mas conviene á las leyes y á las costumbres de esta nacion: si volvemos á restablecer algo del principio monárquico, creo que obrariamos con justicia en depositarlo en manos de uno de los hijos del difunto rey.»

El Coronel Fleetwood: «No es fácil decidir si es una república absoluta ó una monarquía mixta lo que mas conviene á esta nacion.»

Saint-John: «El gobierno de esta nacion sin mezcla de ningun elemento monárquico será muy difícil de establecer, si ha de hacerse sin que se resientan los fundamentos de nuestras leyes y de las libertades del pueblo.»

Lenthall: «Estraña confusion se producirá no dando al gobierno de esta nacion algo del poder monárquico.»

El Coronel Desborough: «¿Por qué razon, milord, esta nacion no ha de poder como otras muchas regirse por un gobierno republicano?»

Whitelocke: Hay en el contexto de las leyes de Inglaterra tantos elementos y prácticas monárquicas, que para establecer un gobierno sin forma de monarquía es necesario causar tales cambios en nuestras leyes y procedimientos, que seria difícil preveer los perjuicios que resultarían.»

El Coronel Whalley: «No entiendo de leyes; pero en mi concepto lo que mas nos conviene es no tener en nuestro gobierno nada que proceda de la monarquía. Si por último nos decidiéramos á tener un monarca ¿á quién nombraríamos? El hijo mayor del último rey nos está haciendo la guerra; su hijo segundo es tambien enemigo nuestro.»

Sir Widdrington: «Pero el tercer hijo del difunto rey, el duque de Gloucester, sigue siempre en nuestras manos y es demasiado jóven para habernos hecho la guerra, ó para haberse embebido en los principios de nuestros enemigos.»

Whitelocke: «Podria asignarse al hijo mayor del último rey, ó á su hermano el duque de York cierto plazo para que vinieran á reunirse al Parlamento, y entonces bajo las condiciones que se creyeran convenientes y eficaces para asegurar nuestras libertades civiles y religiosas instituir con ellos una forma de gobierno.»

Cromwell: «Asunto seria ese estraordinariamente difícil de arreglar: mas pienso que si en realidad podemos, sin faltar á nuestros derechos de ingleses y de cristianos, establecer una forma de gobierno con algo del poder monárquico, nos seria muy conveniente hacerlo.»

La conferencia se prolongó sin mas resultado que el hacer ver á los hombres importantes del ejército y del Parlamento los designios de Cromwell, y á este las disensiones de aquellos. Este comprendió tambien cuán peligroso podia ser para sus planes el jóven duque de Gloucester, existente en territorio inglés, y á disposicion del Parlamento. De allí á unos meses M. Lovel, ayo del príncipe recibió un secreto aviso diciéndole que podia solicitar que el duque de Gloucester fuese puesto en libertad y enviado á Holanda á reunirse con su hermana, la princesa de Orange. Concedióse en efecto sin mucha dificultad esa gracia juntamente con 500 libras esterlinas para gastos del viaje con la cláusula de que el príncipe debia embarcarse en la isla de Wight donde se hallaba detenido, y alejarse sin tocar en ningun punto de la costa de Inglaterra. De esta manera con apa-

riencias de generosidad y dulzura, consiguió Cromwell alejar un rival á la corona.

Los jefes republicanos del Parlamento no ignoraban los designios ni las intrigas que Cromwell se tomaba tan poco cuidado de ocultar, y hacian cuanto les era dable para destruir sus efectos. Hacia ya mucho tiempo que habian intentado dar una satisfaccion, ó por lo menos esperanzas á los deseos de reforma que se abrigaban en todas partes. Habíase dado á un comité el encargo de investigar qué cambios podrian hacerse en las leyes civiles, y muchas veces el Parlamento habia recomendado á ese comité, cuyos trabajos iban con la mayor lentitud; que se diera mas prisa en llevarlos á cabo. Pero esas recomendaciones, probablemente no muy enérgicas, producian poco efecto, y hasta el momento de que nos estamos ocupando no habian sus deliberaciones dado márgen mas que á un solo resultado importante, que consistia en haber propuesto al Parlamento mandara, como en efecto lo hizo, que en lo sucesivo todas las leyes y procedimientos ante los tribunales de justicia fuesen redactados en inglés, y no en latin ni en francés. A fin de asegurarse del puntual cumplimiento de esta medida verdaderamente popular, el Parlamento adoptó los detalles mas minuciosos. Tambien se habian reformado algunos abusos en los procedimientos del tribunal de la cancillería, y hecho alguna rebaja en los aranceles de la curia. Pero los jurisconsultos que habia en el comité, sea por obstinacion de su estado, sea por justo temor á los excesos de las innovaciones, habian hecho oposicion á todos los planes de reforma, y vuelto á caer en su acostumbrada apatía, cuando la lucha entre el Parlamento y Cromwell los hizo otra vez ponerse en movimiento. Asi que los republicanos de la Cámara vieron que Cromwell solicitaba esa especie de popularidad mandaron que el comité encargado de la reforma de las leyes «desempeñara sin levantar mano su encargo, reuniéndose en sesion diariamente con poderes de mandar comparecer á toda clase de personas, » y de adquirir cuantos documentos creyera oportunos, asimismo mandaron que diese cuenta de sus trabajos á la Cámara todas las veces que «lo juzgara conveniente.» Pero esto, como ellos mismos lo comprendieron, no era mas que una promesa muchas veces repetida y muchas veces frustrada: era ya necesario hacer algo de positivo y que inspirase mas confianza á los partidarios de la reforma. Con este objeto determinaron se formara una comision de personas no pertenecientes á la Cámara que investigasen los defectos que habia en las leyes civiles, los inconvenientes que de ellos resultaban, y el medio mas eficaz de remediarlos, dando en

seguida á conocer su opinion sobre ambas cosas á un comité del Parlamento designado para el efecto. Veinte y un individuos, casi todos ventajosamente conocidos por su posicion y su talento fueron en efecto nombrados para formar esa comision, y el célebre jurisconsulto Mateo Hale fue el primero que figuró entre ellos. Ocupáronse de las cuestiones mas importantes del derecho civil, de matrimonios, nacimientos, defunciones, de la transmision de la propiedad, del modo de hacer constar públicamente esos actos y de los derechos que por ellos habia de cobrar el erario: sobre esos diversos asuntos preparó la comision proyectos de reforma reservados á la deliberacion del Parlamento, y de los cuales muchos fueron efectivamente sometidos á su consideracion por Whitelocke, que segun las probabilidades de buen ó mal éxito se convertia en adversario, ó en defensor de la reforma. Un trabajo general en que toda la ley civil, es decir, aquella especie de código civil estaba reasumido y redactado por esta comision, se presentó al Parlamento y este mandó proceder á su lectura, para lo cual se imprimieron trescientos ejemplares que se distribuyeron únicamente entre los miembros de la Cámara.

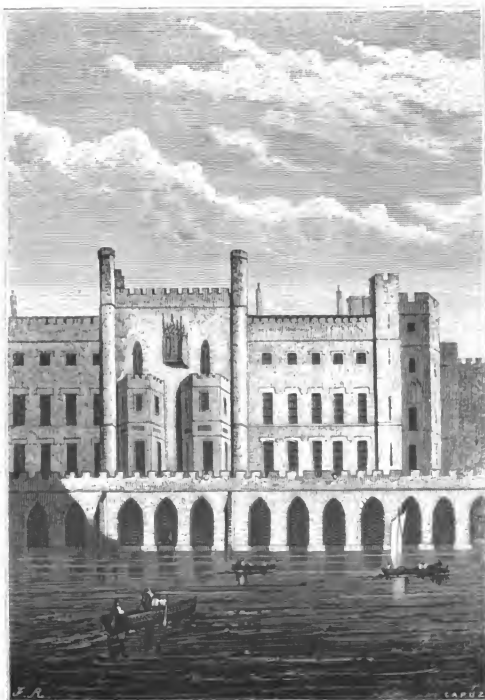
Tambien habria el Parlamento deseado obtener alguna popularidad en materia de religion, y hacerse como Cromwell algunos clientes y amigos en las diversas comuniones. En 1650 habia mandado abolir las leyes dadas en tiempo de la reina Isabel por lo tocante á la prescripcion de la uniformidad del culto y de creencias; mas al propio tiempo sostuvo en su vigor, y quizás agravó la proscripcion de los católicos, añadiendo la de los episcopales, y promulgando nuevas leyes contra « las malas costumbres, las prácticas licenciosas y las opiniones ateas, blasfemas y execrables,» con lo cual pensaba el Parlamento haber contentado á un mismo tiempo las animosidades religiosas, la libertad de conciencia y la austeridad de los ánimos. Empresa verdaderamente imposible era esta para el poder encargado de aplicar todos los dias todas las leyes, y que aun en concepto de aquel mismo pueblo, cuyas pasiones habia adoptado, tenia que sufrir la pena de sus inconsecuencias y sus iniquidades. Cromwell procurando mantenerse fuera del gobierno, trataba de proteger simultáneamente y con mas ó menos reserva á todos los sectarios, fuesen episcopales, fuesen católicos, y hasta los conocidos vulgarmente con el nombre de libertinos. De aquí resultaba que el Parlamento, que por necesidad tenia que reprimirlos, era tachado de dureza ó de tolerancia si no aplicaba la ley, en tanto que Cromwell iba adquiriendo cada vez nuevos partidarios entre los descontentos.

Los espíritus elevados y altivos, Vane especialmente, soportaban con impaciencia esa situación, y procuraban remontarse sobre ella; pero no les era dado conseguirlo sino por medio de algún ruidoso suceso, y esto es precisamente lo que Cromwell tenía buen cuidado de evitar. Esta fue probablemente una de las causas que impelió á los republicanos, sea por reflexión, sea por instinto á solicitar la unión íntima de la Inglaterra con Holanda, y la que durante la guerra que al fracasar esa tentativa estalló entre ambos Estados, les inspiró otro proyecto que en realidad no carecía de elevación. La Escocia estaba completamente sometida, y Monk la gobernaba con la rudeza de un soldado, pero con equidad y sensatez. Solo Argyle conservaba en sus dominios un resto de independencia que ningún peligro ofrecía á los vencedores. ¿Por qué no había de incorporarse la Escocia á Inglaterra? En ese caso la Gran Bretaña no compondría mas que un solo Estado como una sola isla, y la república tendría la gloria de haber llevado á cabo lo que los mas insignes reyes de Inglaterra no habían podido conseguir. Este designio apareció por primera vez en el Parlamento en 9 de setiembre del 1651, seis dias despues de la victoria de Worcester, y antes que el año hubiese llegado á su término, ocho comisionados, á cuyo frente figuraban Vane y Saint-John, partieron hácia aquel país con instrucciones detalladas para llevar á cabo ese proyecto de incorporacion. Llegaron allí el 2 de enero del 1652; establecieron su residencia en Dalkeith, cerca de Edimburgo, y convocaron delegados de todos los condados y villas de Escocia, á fin de alcanzar su consentimiento. La empresa era difícil, y es probable que sin la autoridad de Monk y de sus guarniciones, toda la elocuencia de Vane no habría podido producir ningún resultado. El pueblo escocés se indignaba solo en pensar que había de perder su nacionalidad; el clero presbiteriano protestaba contra todo atentado contra la independencia de su Iglesia y toda aceptación de poder espiritual del Parlamento. Los vasallos de Argyle no obedecieron á las órdenes de los comisionados ingleses. El preboste de Edimburgo intentó en vano obligar los ministros presbiterianos á predicar en favor de la union: la única contestacion que por parte de estos pudo alcanzarse, fue la siguiente: «Sabemos mejor que el preboste lo que debemos predicar.» Los condados y las villas que no se negaron á enviar delegados, ó que se adherían por medio de estos á la union, perdían sus franquicias, y á pesar de eso, segun el cálculo mas favorable á los ingleses, entre noventa condados y villas solo hubo treinta y cinco que se adhirióron. Mas no necesita tanto la fuerza victoriosa para proclamar que

su derecho ha sido reconocido. Argyle, bajo la promesa de que sus dominios serian protegidos, y de que se le pagaria lo que se le debía, consintió entrar en negociaciones. Vane regresó á Londres en nombre de los comisionados para dar noticia al Parlamento del buen resultado de su negociacion; se determinó que veinte y un delegados de Escocia vendrian posteriormente á fin de discutir los términos definitivos de la union, y el 15 de abril de 1652, en vista de un informe presentado por White-locke en nombre del Consejo de Estado, se propuso un acta para decretar la estincion de la monarquía en Escocia, y la union de ambos paises bajo la sola autoridad del Parlamento, en cuyo seno se admitiria tambien un cierto número de diputados escoceses.

De allí á pocas semanas, sea porque esa circunstancia, aunque en realidad tan incompleta, inspirase mas confianza al Parlamento, sea porque la necesidad de atender á los gastos de la guerra marítima con Holanda le pareciese ocasion favorable, volvió á reproducirse la cuestion de minorar el ejército; la Cámara mandó que «el Consejo de Estado conferenciase con el lord general y con cualquiera otra persona que quisiera para examinar el estado de las guarniciones y fuerzas puestas en pié de guerra en Inglaterra y en Escocia, y sobre las disminuciones considerables que en ellas podrian hacerse sin comprometer la seguridad de la república, informando de todo al Parlamento en el término de ocho dias.» Acababa apenas de adoptarse esta decision cuando el presidente recibió una carta de Cromwell que se leyó al Parlamento; mas como no quedó anotada en sus registros, no da lugar sino á que se sospeche que se referia á los deseos de disminucion del ejército que la Cámara acababa de manifestar: de allí á doce dias se aprobó el presupuesto de gastos del ejército de Inglaterra y Escocia, sin haberse verificado su disminucion.

El Parlamento se prometió y obtuvo en efecto mejor resultado por lo tocante al cuerpo de tropas que existia en Irlanda. Aunque algunos puntos de esa isla seguian en un estado de insurreccion, ó por lo menos no estaban sometidos al Parlamento, la guerra, realmente hablando, podia decirse que estaba terminada; todas las plazas de alguna importancia se habian rendido, y los enemigos de la república no se atrevian á dar cara en ninguna parte. Otra operacion mas cruel todavia que la misma guerra se estaba realizando en aquel pais, y consistia en la espropiacion y la trasplacion completas ó parciales de toda la poblacion católica irlandesa para pagar por de pronto á los que hicieron el empréstito de 1642, dándoles por prenda las confiscaciones de Irlanda, y en seguida los atra-



PALACIO DE LA CÁMARA DE LOS LORES.



sos que se debían á los soldados licenciados. Esta circunstancia no podía menos de ser favorable á la disminucion del ejército en aquel país. Una vez llevada á cabo aquella espantosa maniobra que iba á verificarse en la poblacion y en la propiedad, el Parlamento se proponia incorporar la Irlanda á la Inglaterra, como lo habia hecho con la Escocia, concediéndole tambien alguna pequeña parte de representacion en la Asamblea General investida del gobierno de la república, y así esperaba ejercer una influencia decisiva en aquel país, donde ya disponia de todos los elementos.

Pero Cromwell, siempre diestro en aprovecharse de cuantos medios le ofrecia la fortuna, supo hallar en un incidente frívolo ocasion de estender á Irlanda su influencia, y así lo hizo en efecto. Despues de la muerte de Ireton, que bajo el nombre de lord diputado mandaba en Irlanda como teniente de Cromwell cuando este conservaba el título de gobernador general de aquel reino, fue elegido con el mismo nombre y las mismas prerogativas Lambert, que se hallaba sirviendo en Escocia. Este hombre tan vano como fastuoso, salió inmediatamente de Escocia para ir á gozar de sus nuevos honores, y verificó su entrada en Londres en una magnífica carroza, que decian haberle costado 5,000 libras esterlinas. De allí á pocos dias, su esposa, no menos vana que él, se encontró en el parque de San James con la viuda de Ireton, Bridget, hija mayor de Cromwell, y sin miramiento de ninguna especie, le tomó la delantera. Lady Ireton, á pesar de su piedad y su dolor, sintió vivamente esa grosería; Fleetwood, teniente general de Cromwell en el mando de todas las fuerzas de la república, que por casualidad presenció aquel suceso, ofreció por de pronto á lady Ireton mil escusas, luego su simpatía, y por ultimo su mano. No vaciló la viuda en aceptarla; la esposa del teniente general en jefe debia en todas partes tener puesto preferente á la del lord diputado de Irlanda. Ese casamiento convenia bastante á las miras de Cromwell. Fleetwood pertenecia á una familia distinguida, y no podia menos de ser un yerno útil. El despacho de Cromwell, como gobernador general de Irlanda, estaba á punto de caducar, y no faltó quien propuso á la Cámara que se renovara su plazo, pero Cromwell rehusó este favor diciendo, que «tenia ya suficiente poder y suficientes honores.» En vista de esto quedó suprimido el empleo de lord teniente, ó lord gobernador de Irlanda, y el de lord diputado ó delegado del teniente, quedó sin base: ofreciéronle á Lambert otro título y diversas compensaciones; pero no quiso aceptar lo que en su concepto no era mas que una destitucion, y renunció su empleo.

Esto dió lugar á que se decretara, que el general en jefe de las fuerzas de la república nombrara á su gusto un gobernador de Irlanda, y Cromwell confirió este cargo á su yerno Fleetwood. Mas no por eso desistió de mitigar la herida que habia hecho á Lambert, y por fin logró persuadirle que solo á la mala voluntad del Parlamento debia atribuir el que se le hubiera quitado el titulo de lord diputado, y que por su parte habria tenido una satisfaccion en que la hubiera podido conservar. Con una inteligencia profunda de la bajeza que puede ocultarse bajo la vanidad, manifestó tambien á Lambert que sentia mucho los gastos enormes que sin duda aquella pasajera dignidad le habria acarreado, y le pidió permiso para indemnizárselos. Lambert lo aceptó, y de esta manera Cromwell tuvo la astucia de crear un fogoso enemigo del Parlamento, con el mismo con que acababa de elevar su yerno al gobierno de Escocia.

Cromwell era sumamente diestro en sacar partido de todas las ventajas. La Cámara, á pesar de la contrariedad que acababa de sufrir, insistia en el plan de disminuir el ejército. Resolvióse por lo tanto el lord general á promover una lucha entre la Cámara y el ejército en nombre de todos los resentimientos reales ó imaginarios, y de todos los deseos practicables ó quiméricos que fermentaban en el país, y á los cuales la Cámara prometia, pero nunca daba satisfaccion. En 12 de agosto del 1652, la Cámara mandó al Consejo de Estado dar sin dilacion cuenta de lo que hubiese hecho para preparar la disminucion de los diversos cuerpos de ejército, en especial de las guarniciones de Gloucester, Exeter y Bristol. Aquel mismo dia se reunió un consejo general de oficiales en Whitehall, y al siguiente seis de los principales oficiales, á saber; el comisario general Whalley, los coroneles Haeker, Barkshead, Okey, Goffe y el teniente coronel Worsley presentaron al Parlamento una peticion en que se reasumian en doce artículos todos los resentimientos, y deseos religiosos y civiles, sin violencia, pero en términos perentorios, é insistiendo por último en la convocacion de los Parlamentos futuros, decian: «que debia arreglarse de manera que solamente los hombres piadosos y fieles á los intereses de la república pudiesen ser elegidos.»

La Cámara oyó esta peticion con alguna sorpresa: en otro tiempo se habian empleado procedimientos de esta especie contra la corona; pero desde que la república se habia instalado, el ejército no habia vuelto á intervenir en el gobierno. El mismo lord general habia contribuido á inspirar confianza al Parlamento, pues sin aprension de que nadie pudiera contradecirle, al paso que por bajo cuerda escitaba á los oficiales á

que apresuraran la disolucion del Parlamento, manifestaba en público quererlos disuadir de semejante proyecto, y prometia á la Cámara, que si les mandaba romper las espadas y arrojarlas al mar, no vacilarian un momento en obedecerla. La peticion fue recibida con muchas deferencias, siendo remitida á un comité especial con órden de examinar los diversos puntos que abrazaba, y lo que se habia hecho y podia hacerse para satisfacerlos. El presidente dió en nombre de la Cámara gracias á los oficiales por los sentimientos que espresaban y por su celo por el servicio público. Mas despues de esas demostraciones oficiales, los altos miembros de la Cámara manifestaron sin reserva su descontento por aquel paso y lenguaje «tan inconvenientes, por no decir arrogantes, de parte de los oficiales del ejército hácia el Parlamento, que era su verdadero superior.»—«Desconfiad, dijo Whitelocke á Cromwell, de este modo de hacer los oficiales peticiones espada en mano: algun dia podrán dirigirse á vuestra propia persona.» Pero Cromwell apenas hizo caso de esta observacion: poco le importaban las contrariedades que despues de su victoria se le podrian ocurrir.

Seis semanas despues de este suceso, habiéndose encontrado el lord general con Whitelocke, que se estaba paseando en el parque de Saint James, lo saludó con su acostumbrada política, y separándose de la concurrencia, dieron lugar al siguiente diálogo:

Cromwell: Hace dias, milord, que me consta vuestra lealtad á la buena causa en que yo y otros amigos nos hallamos comprometidos; conozco tambien vuestro buen criterio y amistad particular hácia mi persona; deseo por lo tanto entenderme con vos acerca de importantes asuntos de nuestra situacion actual.

Whitelocke: Tiempo hace en efecto que vuecencia me conoce, y creo que no podrá decir me haya encontrado nunca falto de lealtad ó de afecto hácia su persona. Vuestros favores para conmigo, y sobre todo vuestros servicios á la causa pública, son acreedores á mucho mas de lo que yo pueda hacer. No os engañais, permitidme que así os lo diga, mas que en un solo punto, y es en lo tocante á mi débil criterio, incapaz de hacer servicio alguno de consideracion ni á vos, ni á la república. Sin embargo, estoy dispuesto á servirlos pronta y lealmente en cuanto alcance mi capacidad.

Cromwell: No puedo ni debo tener duda alguna sobre el particular: vuestra benevolencia hácia mi persona y vuestra capacidad para el servicio de la república, me son muy notorias, y hay muchas personas que

podrían atestiguarlas. Creo que vos y yo nos hallamos mas comprometidos que nadie para con la república, que ciertamente nunca ha tenido mas necesidad de consejos buenos, sólidos y sinceros.»

Whitelocke: «Nadie, en mi concepto puede hablar de lo que ha hecho por esa causa, cuando se habla de lo que ha hecho por ella vucencia. Sin embargo, hay pocos que se hallen mas comprometidos que yo en mi puesto y según la medida de mi capacidad: aun dejando aparte vuestra buena voluntad y lo que me conocéis, creo haber hecho lo bastante para que mi lealtad esté al abrigo de toda sospecha.»

Cromwell: «De desear sería que no hubiera otros de quienes se pudiese sospechar mas que de vos; no tendría por mi parte dificultad en confiaros mi vida y mis asuntos mas reservados. Por esa razón deseaba que habláramos en particular. Y verdaderamente, milord, buena ocasión es de que reflexionemos acerca de la peligrosa situación en que nos hallamos, y acerca de los medios de aprovecharnos de las gracias y victorias que Dios nos ha concedido. En lugar de dejarnos despojar como unos estúpidos, en lugar de devorarnos nosotros mismos por nuestras discordias intestinas, y nuestros odios recíprocos, mejor será que unamos nuestros consejos, nuestros brazos y nuestros corazones para hacer fructificar lo que tan enojosamente hemos comprado á costa de tantas eventualidades, tesoros y sangre. No nos ha concedido el Señor completa victoria sobre nuestros enemigos para que nos perdamos en cuestiones particulares, haciéndonos mutuamente el mal que aquellos habrían podido hacernos.»

Whitelocke: «Así es, milord; considero nuestros peligros actuales como mayores que los que nunca hemos corrido en los campos de batalla; según lo dice Vucencia estamos trabajando para destruirnos mutuamente, lo cual nunca han podido conseguir nuestros enemigos. No es admirable que un valeroso ejército como el vuestro, después de haber plenamente vencido á sus enemigos, se entregue á parcialidades y á designios ambiciosos; lo que es mas digno de admiración es que unos oficiales de espíritu tan activo, que actualmente están ociosos, y que con frecuencia creen que sus servicios han sido mal pagados, no se pronuncien en manifiesta rebeldía. Tampoco es extraño que los soldados, no teniendo ocupación, caigan fácilmente en el desorden. Vuestra excelente conducta, milord, es lo que después de Dios ha podido mantenerlos subordinados por tanto tiempo, impidiendo que llegaran á amotinarse.»

Cromwell: «He empleado y emplearé todo lo que pueden mis pobres esfuerzos para mantener el orden y la disciplina.»

Whitelocke: «Vuecencia ha sabido hacerlo hasta el presente de un modo admirable.»

Cromwell: «Ciertamente Dios me ha concedido grandes favores en este particular, y creo que así proseguirá haciéndolo. Vuecencia dice con mucha exactitud que los oficiales del ejército propenden á las parcialidades y á las murmuraciones cuando ven que no consiguen los provechos, ascensos, ó empleos que se conceden á personas que nada han sufrido, ni nada han aventurado en obsequio de la república. En cuanto á eso les sobra razon á los oficiales; su irritacion es muy viva y su influencia sobre los soldados va impeliéndolos hácia el descontento y la murmuracion. El ejército principia á disgustarse altamente de los miembros del Parlamento; ¡Ojalá no hubiera motivos que justificaran ese disgusto! pero en realidad su orgullo, su ambicion, su avidez por invadir ellos ó sus amigos todos los empleos honrosos y lucrativos; la lentitud con que tratan los asuntos; su desigüno evidente de perpetuarse en el poder, su intervencion continúa en cuestiones de intereses particulares, lo cual es contrario á la institucion de los parlamentos; su injusticia y su parcialidad en estas materias, y la vida escandalosa de algunos de los que mas figuran entre ellos, todo eso milord, da á la gente sobrado motivo de hablar mal y de disgustarse de ellos. Y como son el poder supremo de la nacion, que á nadie tiene que dar cuenta, y como no hay otra autoridad superior ó por lo menos igual para inspeccionar ó arreglar su conducta, no pueden contenerse en los límites de la justicia, de la ley ni de la razon. De manera que si no se establece algun poder bastante vigoroso y elevado para poner término á tales excesos, y arreglar todas las cosas, será humanamente imposible evitar nuestra ruina.

Whitelocke: «Conozco que el peligro en que nos ponen esos poderes excesivos y desordenados es mayor que lo que vulgarmente se cree. Sin embargo, en lo tocante á los soldados, la autoridad de Vuecencia basta para mantenerlos en la subordinacion, y así como, á Dios gracias, lo habeis hecho hasta el presente, es indudable que vuestra sabiduría proseguirá haciéndolo en lo sucesivo. Estoy conforme en que la mayor dificultad consiste en lo relativo á los miembros del Parlamento: ellos son los que os han dado vuestros poderes, y están reconocidos como autoridad suprema de la nacion. Entre ellos hay algunos, no puedo menos de confesarlo, que merecen la crítica que les haceis, y es también cierto que en el Parlamento han sucedido cosas muy inconvenientes; sin embargo, estoy seguro de que Vuecencia no considera como depravados á todos los miem-

bros ; yo me prometo buenos resultados de la mayor parte de ellos cuando las cosas vendrán á una crisis.»

Cromwell : «Poco se puede contar con ellos , milord , para el establecimiento de un buen gobierno. No , ciertamente , nada se puede esperar ; mas bien hay que temer que den al traste con lo que Dios ha hecho por nosotros y por ellos. Nos olvidaremos de Dios ; Dios nos olvidará entregándonos á la confusion ; y esos hombres nos precipitarán en ella si les dejamos marchar por el camino que han emprendido ; es preciso que adoptemos algun medio de reprimirlos , ó nos perdemos todos. »

Whitelocke : «Los hemos ya reconocido por poder supremo ; hemos recibido de su mano nuestros despachos y nuestros elevados cargos ; difícil seria hallar ahora un medio de reprimirlos.»

Cromwell : ¡Cómo difícil ! ¿ Y si hubiera un hombre que tomara sobre sí el ser rey ?

Whitelocke : «El remedio seria peor que la enfermedad.»

Cromwell : «¿ Por qué lo creéis así ? »

Whitelocke : «Para vos personalmente , milord , el título de rey ninguna ventaja os proporcionaria. En lo tocante al ejército y milicia teneis como general la plenitud del poder régio. En los empleos civiles rara vez dejan de ser colocados los que vos designais. Cierta es que no teneis el voto negativo en la sancion de las leyes , pero no seria fácil que se aprobara lo que no fuese de vuestro gusto. Las contribuciones están ya establecidas y las sumas que producen están á vuestra disposicion. Por lo relativo á los asuntos esteriore , cierto es que la forma de su resolucion se dirige al Parlamento , pero solo de Vucencia se espera el buen ó mal éxito de las negociaciones , y solamente á vos es á quien se dirigen los ministros extranjeros en sus reclamaciones. Por lo tanto , en mi concepto os hallais como general , con tanto poder y en tan buena situacion para hacer el bien , como si gozárais del título de rey , careciendo por otra parte de los motivos de odio , de peligro y de aparato que trae consigo la corona.»

Cromwell : «He oido decir á varias personas de vuestra profesion que si el hombre es efectivamente rey sea por eleccion , sea por derecho de nacimiento , los actos que haga como rey son legales y están justificados por el derecho , como si emanaran de un soberano que hubiera recibido la corona de sus hermanos. Esta opinion se sustenta en virtud de un acto del Parlamento en tiempo de Enrique VII ; por consiguiente hay mas validez en los actos que emanen de quien tenga el título de rey , cualquiera que sea el origen de este título , que en los que proceden de todo otro

poder. Además la autoridad de un rey es tan grande y elevada; toda esta nación la comprende y respeta tan universalmente que no solo esa autoridad cubre á los que obran en su nombre, sino que en tiempos como los presentes es altamente provechosa para atajar las insolencias y las extravagancias que no es dado á los poderes actuales reprimir, mayormente cuando estos son los extravagantes é insolentes.»

White Locke: «Es cierto en cuanto al fondo lo que Vuestre Señoría acaba de decir concerniente al título de rey, mas á pesar del acta del Parlamento del año XI del reinado de Enrique VII, temo mucho que en el estado actual de cosas haya ventaja alguna ni para Vuestre Señoría ni para sus amigos, ni para la república en tomar ese título; nuestros enemigos, si llegaban á vencernos, se cuidarían muy poco del acta de Enrique VII.»

Cromwell: «¿Qué peligros veis en tomar ese título?»

White Locke: Voy á decirlos. Uno de los principales motivos de cuestion entre nosotros y nuestros adversarios es saber si el gobierno de esta nación se establecerá en forma de monarquía, ó en forma de república. La mayor parte de nuestros amigos se han comprometido con nosotros con la esperanza de llegar á establecer una república, y con solo ese objeto han arrojado tantas contrariedades y peligros. Están persuadidos (y en mi concepto se engañan) que bajo esa forma de gobierno gozarán mas derechos y libertades civiles y religiosas que las que conseguirían por medio de una monarquía, cuyas prácticas opresivas están todavía recientes en su memoria. Si Vuestre Señoría toma en tales momentos el dictado de rey, no habrá ya duda alguna por lo relativo á la naturaleza de nuestra causa: la monarquía quedará establecida en vuestra persona y ya no se tratará de saber si nuestro gobierno será republicano ó monárquico, mas que si el rey ha de ser Cromwell ó Estuardo. La cuestion que antes de ese suceso era nacional se convertirá puramente en cuestion de personas; el partido de la república, que es muy considerable, al ver frustradas sus esperanzas os abandonará; vuestro poder vendrá á menos; vuestra influencia se irá limitando, y vuestra causa será puesta en evidente peligro de ruina.»

Cromwell: «Cierto es lo que decís; ¿pero qué otro recurso podeis proponer para remediar nuestros inconvenientes y peligros?»

White Locke: Arduo es el asunto. Sin embargo, muchas son las ideas que se me han ocurrido sobre el particular, y algunas no podrían decirse sin temor de comprometer mi seguridad.»

Cromwell: «No tengais, milord, reparo alguno en comunicármelas: decídmelas, os lo ruego, sin temor de ninguna especie. Nunca haré trai-

cion á mi amigo ; podeis hablar tan libremente conmigo como con vuestro propio corazon.»

Whitelocke : «No vacilo en poner mi fortuna y mi vida en manos de Vucencia como lo haré indudablemente si os comunico esas ideas poco importantes y que tal vez podrán desagradaros. Ciertamente , lo que mejor puedo hacer es reservármelas.»

Cromwell : No, milord ; os lo ruego encarecidamente, decidmelas. Esas ideas, de cualquiera clase que sean , no pueden ofenderme ; las oiré con gusto de vuestra boca. No las ocultéis á vuestro fiel amigo.»

Whitelocke : «Vucencia me honra con un titulo superior á mis deseos. Puesto que me lo mandais , os diré lo que pienso : pero os suplico humildemente no lo llevéis á mal.»

Cromwell : «Estad seguro de que tendré una complacencia.»

Whitelocke : «Permitidme , pues , considerar por de pronto la situacion de Vucencia. Os hallais rodeado de enemigos secretos. Desde el punto que habeis vencido al enemigo público , los oficiales de vuestro ejército se consideran todos como vencedores y quieren tener igual parte que vos en la victoria. La victoria que Dios nos ha concedido , ha hinchado el corazon de esos hombres ; entre ellos hay algunos espíritus turbulentos que no dejan de abrigar el proyecto de derribar á vucencia y de ponerse en su lugar. Por otra parte no faltan algunos miembros del Parlamento , envidiosos de vuestra grandeza , que aconsejan é impulsan á esos revoltosos , y que aparentando temer que vuestro poder llegue á ser absoluto conspirarán para derribaros , ó por lo menos para cercenar vuestras alas.»

Cromwell : «Os doy gracias por haberos tomado la molestia de observar tan detenidamente mi situacion : es una nueva prueba de vuestra amistad y convengo en que la habeis pintado exactamente. Mas tambien puedo decir sin vanidad que en mi situacion está envuelta la vuestra , y la de todos nuestros amigos , pues los que conspiran á mi ruina no estarán seguramente dispuestos á manteneros en la fortuna que mereceis. La causa pública puede ademas de esto sufrir menoscabo por nuestras disensiones intestinas. Mas , en fin , ¿cuáles son vuestros planes para prevenir el peligro suspendido sobre nuestra cabeza?»

Whitelocke : «Perdonad , si antes paso á considerar la situacion del rey de los escoceses. Por vuestro valor , y por las victorias que Dios ha concedido al Parlamento y á nuestro ejército se halla ese príncipe reducido actualmente á un estado bastante abatido. El y todos los que le rodean no pueden hallarse sino muy dispuestos á dar oido á cualquiera que les

ofrezca alguna esperanza de recobrar su corona, sus bienes y su patria. Vos podeis, mediante un tratado particular poneros en completa seguridad con vuestros amigos y vuestra fortuna. Podeis con vuestra posteridad llegar segun todas las probabilidades humanas á la mayor altura que ha llegado ningun súbdito hasta el momento presente. Podeis asignar al poder mo-



CRISTINA DE SUECIA.

nárquico límites que garanticen nuestras libertades civiles y religiosas, y podeis poner nuestra causa al abrigo de todo peligro reteniendo para vos y para la persona que designeis el mando del ejército. Propongo, pues, á Vucencia enviar algun comisionado al rey de Escocia y entrar con él en negociaciones de un tratado particular. Os pido perdon de lo que

acabo de deciros, pues solo ha sido por efecto de adhesion y deseo de servir á Vuecencia y á todas las personas honradas, y tambien os suplico humildemente no sirva lo que acabo de deciros de motivo para concebir la menor sospecha acerca de mi acrisolada lealtad hácia Vuecencia y hácia esta república.»

Cromwell: Podeis estar seguro de que no abrigo la menor sospecha de vuestra lealtad hácia ninguna de ambas cosas. Hay buenas razones en favor de lo que acabais de proponer; pero es un asunto tan grave y árduo que exige mas exámen y discusion que la que permite el momento presente. Otra vez volveremos á ocuparnos de esa cuestion.»

Cromwell, cuando el giro de una conversacion no le acomodaba, podía segun su voluntad aplazarla para otra ocasion; mas no era dueño de hacer lo mismo con la situacion que revelaban y agravaban tales conflictos entre él y el Parlamento: esa situacion era la guerra, una de aquellas guerras que hacen imposible la paz. A pesar de la hipocresía de las relaciones personales y del language, cada dia fue desde aquel momento mas evidente y activa la guerra. El Parlamento, irritado y paralizado á un mismo tiempo por las maquinaciones de su enemigo, comunicaba á los asuntos públicos el sentimiento de su propio peligro, y las precauciones de su defensa personal. En ningun tiempo se había manifestado mas solícito en complacer los deseos del país: la reforma de las leyes, el alivio de los pobres, las medidas necesarias para asegurar por todas partes la predicacion del Evangelio, la suerte de los ministros del culto, y por decirlo de una vez, todas las cuestiones populares, civiles ó religiosas, fueron sucesivamente objeto de discusion y de reiteradas deliberaciones. Los grandes actos políticos á propósito para engrandecer el poder como la union de Escocia con Inglaterra, el arreglo de los asuntos de Irlanda y las necesidades producidas por la guerra con las Provincias-Unidas, estaban continuamente á la órden del dia: el gobierno andaba por todas partes buscando algo de favor y de celebridad. Pero la mayor parte de esas tentativas no llegaban á conseguir su objeto: las discusiones se prolongaban ó renovaban indefinidamente; las conferencias y los informes de las comisiones se multiplicaban sin resultado, y las resoluciones que al parecer eran definitivas, volvian á ser aplazadas ó puestas otra vez en estado de discusion. No podía dudarse que el Parlamento estaba entregado á una incesante vacilacion, que al paso que le hacia redoblar en todo sentido sus esfuerzos, los condenaba á la esterilidad.

No dejaba el mismo Cromwell por su parte de sufrir en algun modo

ese estado de ansiedad é indecision: unas veces, con solos sus oficiales, otras veces, con ellos, con miembros del Parlamento, y hasta con eclesiásticos presbiterianos ó de otras sectas, que consultaba como para un caso de conciencia, tenia frecuentes entrevistas, en las cuales se esforzaba en atraerlos á sus miras; mas no faltaban muchas ocasiones en que tropezaba con resistencias tan francas, como indiscretas y arrebatadas eran sus propias palabras. En una de esas conferencias, el doctor Edward Calamy, predicador muy apreciado en la *Cité*, combatió vivamente el sistema de un poder único como ilegítimo é impracticable. «Ilegítimo no lo es, replicó Cromwell, porque la salud del pueblo, debe ser suprema ley. ¿Por qué razon será impracticable? hacedme el favor de decirlo.»—«Porque es contra el voto de la nacion, contestó Calamy; de diez hombres, habrá nueve que serán contrarios á vuestra opinion.»—«Y si yo desarmo á los nueve y pongo la espada en manos del décimo ¿no se realizará el proyecto?» Estos atrevimientos por parte de quien tantas veces había vencido, arrastraban á la mayor parte de los que asistian á esas conferencias; pero también había algunos que se alarmaban al oirlos. Los sectarios apasionadamente místicos, y Harrison entre ellos, eran partidarios de Cromwell: en concepto de estos hombres, el Parlamento no era mas que un poder profano que malamente ocupaba el puesto del gobierno de Cristo, único rey legítimo, y esperaban de la piedad de Cromwell el advenimiento del reinado de los santos, y de su valor la caida del Antecristo, es decir, del Papa y de los turcos. Los espíritus libres, los políticos mundanos, comprendian que la lucha entre su general y el Parlamento no podria prolongarse, y que estaba ya cercano el momento de su conclusion. Numerosas cartas remitidas por los oficiales del ejército de Escocia, prometian su adhesion al de Inglaterra. No eran tan unánimes las disposiciones que presentaba el ejército de Irlanda. Ludlow, cuyos buenos servicios no se habían interrumpido, ejercia grande influencia, únicamente empleada en sostener el espíritu republicano. Tres oficiales generales, á saber, el coronel Venables, el cuartel-maestre general Downing y el mayor Streater, pasaron á Londres con objeto de oponerse á los designios que aquel ejército temia por parte de Cromwell; pero solo Streater se mantuvo firme en el objeto de su comision, y en una conferencia llegó á decir: «que el general no buscaba mas que su propia grandeza, lo cual era hacer traicion á la gloriosa causa por la cual se había derramado tanta sangre. Harrison rechazó esa acusacion, diciendo: «que estaba seguro de que el general no se cuidaba de su propio in-

terés, ni solicitaba mas que abrir el camino del reinado de Cristo. » « Sea enhorabuena, replicó Streater, trate Cristo de venir antes que Noé, pues de lo contrario no llegará á tiempo oportuno. »

El peligro no era tan inminente como Streater pensaba: Cromwell sabia comprender los obstáculos, y tomarse tiempo para superarlos: en medio de aquella lucha tan ardentemente trabada, y sin duda para amortiguarla, calmando un poco las sospechas, cesó repentinamente de oponerse á la nueva disminucion del ejército que tan vigorosamente habia rechazado cinco meses antes. Efectivamente, en 1.º de enero del 1653, el Parlamento, de acuerdo con el general, decretó esa disminucion, por la cual se licenciaron cerca de tres mil hombres de infantería, mil ginetes y una parte de las guarniciones, lo cual produjo en el presupuesto un ahorro de 10,000 libras esterlinas por mes.

Cromwell podia hacer ese sacrificio á la Cámara cuando acababa de descargar sobre ella los golpes que la iban á arruinar. Hacia ya mas de doce años que ese Parlamento, unas veces completo y otras mutilado, seguia gobernando y siendo responsable á la vista de la nacion de los sucesos y de sus actos, de lo que no habia previsto como de lo que habia hecho, y de lo que habia impedido como de lo que habia emanado de su disposicion. No solamente hacia doce años que el Parlamento estaba gobernando, sino que sucesivamente se habia ido adjudicando todos los poderes: trataba y resolvia por su autoridad multitud de cuestiones que anteriormente eran de competencia de la corona y de sus agentes, ó de magistrados locales. Las confiscaciones, los secuestros, las ventas de bienes reales ó eclesiásticos, las cuestiones que se suscitaban sobre este particular, los nombramientos de funcionarios públicos, la direccion de la guerra, toda la administracion y todo el gobierno revolucionario estaban en manos del Parlamento, encargado por consiguiente de un infinito número de intereses particulares, asi como de intereses públicos. Los periódicos de la Cámara acreditan en cada página esa monstruosa concentracion de todo género de intereses discutidos y resueltos, sea por la misma Cámara, sea por alguno de sus comités: llegó esta multitud de asuntos á tal extremo, que de cuando en cuando se veia el Parlamento en el caso de anunciar que durante una ó dos semanas, suspendia la revision de asuntos particulares, para no ocuparse mas que de los del país. En esta deplorable confusion, el Parlamento perdia no solo el tiempo sino hasta su propia virtud: ni el buen sentido, ni la honradez de la mayor parte de sus miembros, resistian á esa prolongada prueba del poder en el

seno del caos: los abusos, las vejaciones, las malversaciones y las transacciones ilegítimas, nacian y se multiplicaban como fruto natural de semejante situacion; el Parlamento, dueño absoluto de la fortuna y de la suerte del Estado, no tardó en pasar por un foco de iniquidad y corrupcion.

La acusacion era injusta, si se dirigia á las altas regiones de la Cámara: sus principales miembros políticos, Vane, Sidney, Ludlow, Hutchinson y Horrington, eran hombres de alta integridad, apasionados de su causa, pero desprendidos de todo otro interés que no fuera el triunfo de sus principios y de su pasion. Su misma causa, si bien poco sensata y simpática al país, era noble y moral: los principios en que se basaba, eran la fé en la verdad, el afectuoso aprecio de la humanidad, el respeto de sus derechos y el deseo de su desarrollo libre y glorioso. Pero en las filas de segundo orden, y sin embargo activas del partido, en una gran parte de los miembros, sea del Parlamento, sea de los comités locales que le servian, y bajo el imperio del descontento político ó de las tentaciones personales, habian hecho rápidos progresos el egoismo ávido, el espíritu de desenfreno ó de indiferencia, y el desden ó la duda por todo lo que fuera justicia ó probidad. Estos males suscitaban desórdenes que atraian sobre el partido y sobre el Parlamento en masa una trascendental consideracion.

Muchos escándalos ruidosos acabaron de justificar y envenenar esa opinion del público. Lilburne, siempre encarnizado en sostener sus derechos y en satisfacer sus odios, habia reclamado en nombre de uno de sus tios la propiedad de ciertas minas en el condado de Durham contra sir Arturo Haslerig, tan revoltoso y popular en el Parlamento como Lilburne en la *Cité*. La reclamacion fue desechada dos veces por los comités encargados de resolverla. Lilburne publicó contra sus jueces un folleto, en que los llamaba «hombres intencos ó indignos que toda sociedad debia espeler de su seno, y que merecian algo mas que ser ahorcados;» en seguida dirigió al Parlamento una peticion no menos insultante contra Haslerig. El Parlamento la mandó examinar por un comité de cincuenta miembros, y despues de una larga revision, Lilburne fue condenado á pagar 5,000 libras esterlinas de multa á la república, 2,000 á Haslerig como indemnizacion, y 500 á cada uno de los cuatro miembros del comité que habian resuelto su expediente de reclamacion: Lilburne fue ademas desterrado para siempre de Inglaterra. Fuese ó no fundada la reclamacion, y por violenta que fuese la queja que habia elevado al

Parlamento, el público se indignó de tan excesivo rigor, considerando que no debía atribuirse á sentencia de un tribunal, sino al influjo de los enemigos políticos del sentenciado. Esta indignacion acabó de crecer cuando hubo lugar de compararla con otro ejemplo no menos chocante de demasiada lenidad. Lord Howard de Escriek habia sido espulsado de la Cámara, encarcelado en la Torre, y condenado á una multa de 10,000 libras esterlinas por un acto de pública corrupcion; á pesar de eso, se le perdonó la multa, y consiguió ser puesto en libertad. Con motivo de una presa marítima fue traído ante la Cámara cierto comerciante llamado Jacobo Stainer, y habiéndole interrogado sobre cartas, en que aludiendo al Parlamento ó al Consejo de Estado, decia á sus corresponsales de Anvers: «Aquí nos hemos proporcionado amigos de alta categoría, que hablarán en favor nuestro cuando el asunto llegue á sus manos:» se esplicó con bastante confusion, y eso no obstante, fue puesto en libertad bajo fianza á los quince dias. Un miembro de la Cámara, M. Blagrove, fue formalmente acusado por parte de un sugeto, que se nombraba y ofrecia probar la verdad de su aserto, de haber recibido dinero por la concesion de varios empleos, y habiendo el expediente de acusacion pasado á un comité especial, no volvió á hablarse del asunto. La ruda grosería de los intereses particulares y alguna vez la falta de probidad de ciertos miembros, quedaban de este modo cubiertas, si no por la complicidad, á lo menos por la turbulenta complacencia del Parlamento.

Estos extremos de excesivo rigor ó de escandalosa lenidad eran igualmente odiosos por parte de una asamblea gastada por su larga vida, tanto como por sus faltas, mutilada por sus propias manos, llena aun de discordias en su pequeño número, no consolidada por el triunfo de sus enemigos en lo interior, y que por último, no habia hecho mas que comprometer el país en una guerra obstinada contra la única nacion protestante y republicana que habia entre sus vecinos. El cansancio y el disgusto público estallaban de todas partes: cada dia circulaba nueva multitud de folletos cada vez mas insultantes; el desprecio se amalgamaba con el odio y se refutaban irónicamente las declaraciones «del Parlamento imaginario de la no conocida república de Inglaterra,» intimándole que cediera el puesto á otro Parlamento que en realidad fuera tal. La Cámara llena de indignacion mandó al Consejo de Estado «prohibir tales escritos semanales ó de cualquiera otra forma, que solo se publicaban para deshonor del Parlamento y ruina de la república:» ademas, la Cámara confirió poderes «para reducir á prision á los ofensores, é im-

ponerles el castigo que se creyera oportuno.» Mas ni la indignacion de la Cámara, ni los poderes del Parlamento, bastaron á reprimir la hostilidad de un público que contaba á Cromwell por aliado. El Parlamento se aferraba vanamente á la vida: la fuerza moral y la material le iban faltando á un mismo tiempo: el pueblo y el ejército, unidos por una comun simpatía, lo rechazaban y condenaban á la nulidad.

Apremiados por esta situacion, los corifeos de la república, preparaban luchando entre sí el *bill* de la disolucion que se les pedia, cuando acaeció un suceso que vino á modificar repentinamente sus opiniones. La gran victoria que á mediados de febrero de 1655 Blake alcanzó sobre Tromp en el canal de la Mancha, les pareció circunstancia favorable; su gobierno adquiria nueva celebridad, mayormente al recibir algunas proposiciones de paz que fueron hechas por parte de la Holanda. En los Consejos secretos del partido Vane insistió enérgicamente para que se renunciara á peligrosas dilaciones: «Aquí hay, escribía diciendo á uno de sus amigos, grandes preocupaciones y preparativos para formar un nuevo Parlamento; algunos de nuestros amigos están dispuestos á creer que nos servirá mejor que el actual.» Por último, se determinó que el Parlamento se disolviera el 5 de noviembre de aquel mismo año, es decir, uno antes del plazo que él mismo se habia propuesto, y se principió á discutir formalmente el acta que debia arreglar la eleccion de sus sucesores.

Esa acta se ha perdido: no existe en el archivo de la Cámara, ni se encuentra copia de ella en ninguna parte; sin embargo, sus principales condiciones son conocidas. Establecia un sistema igual poco mas ó menos al que en 20 de enero del 1649 el Consejo general de oficiales del ejército habia presentado al Parlamento. La Cámara se compondria de una reunion de cuatrocientos miembros elegidos en los condados entre los que poseyeran una fortuna real ó nominal de 400 libras esterlinas y en las villas entre todos los habitantes que pagaran cierto alquiler, cuya cantidad no se llegó á fijar. Se disintió minuciosamente el número de villas que debian quedar investidas del derecho electoral, y quedaron suprimidos muchos antiguos privilegios. Mas los nuevos electores no eran llamados mas que á completar el nuevo Parlamento, y no á formarlo de nuevo: los miembros que en aquel momento componian la Cámara, que eran cerca de ciento cincuenta, seguian siendo de derecho individuos de la nueva en representacion de los condados ó villas que los habian elegido. De ellos habia de componerse esclusivamente el comité encarga-

do de la revision y aprobacion de las nuevas actas electorales: de manera que lejos de correr ningun riesgo de ser separados del Parlamento futuro, seguian siendo siempre su núcleo permanente y dominante.

No era esta, en verdad, la disolucion que el ejército y el pueblo estaban esperando: la decepcion era grosera y manifiesta. Sin embargo, Cromwell, concibió recelos, y en su interior se propuso no consentir que semejante acta fuese convertida en ley. Conocia Cromwell el imperio de la legalidad, las debilidades de los partidos y sabia que al acercarse una crisis hay muchas personas que se contentan á poca costa. Sus íntimos confidentes, los predicadores adictos á su persona se encargarian de decir y repetir por todas partes, que el Parlamento no queria disolverse, y que de una ó de otra manera convenia obligarlo á que lo hiciera. El mismo Cromwell empezó á manifestarse indeciso y confuso mas que nunca. «Dos partidos me impelen, dijo un dia hablando con el cuartel maestro general Vernon, á hacer una cosa en cuyo desenlace no puedo pensar sin erizárseme el cabello: uno de esos partidos es el del mayor general Lambert que en medio de su resentimiento por el agravio que la Cámara le ha hecho no dejándole pasar á Irlanda, con un carácter conforme á su mérito, no se dará por contento hasta que la vea disuelta. Al frente del otro partido figura el mayor general Harrison, hombre de bien, y de escelentes intenciones, pero que ya no puede resignarse por mas tiempo á esperar el reinado del Señor, y por consiguiente, me está dando prisa á que consume un acto de que él y todos los hombres honrados se arrepentirán.» Así andaba Cromwell solicitando á todas las personas de alguna importancia en el ejército ó en las carreras civiles, invitándolos á conferenciar con él en su propia casa, sometiéndolos en particular y variando los asuntos de sus confianzas en proporcion del mucho ó poco recelo que le inspiraban.

En 19 de abril de 1655 hubo en Whitehall una reunion mas numerosa que de costumbre: todos los oficiales de alguna importancia, los jurisconsultos Whitelocke, Widdrington, Saint-Jhon y unos veinte miembros de la Cámara, entre ellos, sir Arturo Haslerig, y sir Gilberto Pickering, fueron invitados á deliberar sobre lo que debia hacerse, ó para adivinarlo. Se habia sabido que los miembros principales del Parlamento, sobre todo Vane, querian hacer aprobar con urgencia el *bill* que se habia presentado. Cromwell invitó á los individuos de la reunion á que buscaran algun medio de disolver el Parlamento y atender al gobierno de la república hasta la convocacion de otro nuevo. Propuso que una vez veri-

ficada la disolucion de aquel, se encargaran provisionalmente de la direccion de los negocios cuarenta personas tomadas de la Cámara y del Consejo de Estado. Muchas veces habia dicho que «seria tentar á Dios el entregarse únicamente al pueblo y á la eleccion de un nuevo Parlamento segun la antigua constitucion.» Dios queria, por lo menos asi lo esperaba Cromwell, salvar aquella generacion; mas indudablemente lo haria, como en otras ocasiones lo habia hecho por mano de algunos hombres. Cinco, seis, ó algunos pocos mas que se dedicaran á esa obra progresarian mas en un dia que la Cámara en ciento: unos pocos hombres libres de preocupaciones podian ser únicos instrumentos de la salud del pueblo.» La discusion fue viva y larga: en ella se trató de mentira el *bill* de que la Cámara se estaba ocupando considerándolo como destinado, no á disolver, sino á perpetuar el Parlamento, y como peligroso para la república porque abria la puerta á las elecciones de los presbiterianos, que eran sus enemigos ocultos. Sin embargo, Widdrington y Whitelocke clamaron contra el proyecto de disolver el Parlamento á su pesar, y de reemplazarlo con un poder provisional: en concepto de estos dos jurisconsultos la conciencia y el buen sentido se oponian á semejante medida. Haslerig se unió tambien á ese parecer diciendo: «Obra de maldiccion seria semejante proyecto: nuestra mision no puede ser trasmitida á ninguna otra persona.» Saint-Jhon por el contrario, sostuvo que de un modo ó de otro era preciso terminar, y que el poder del Parlamento no debia prolongarse. Cromwell censuró á los que se habian espresado violentamente y la conferencia se acabó á media noche sin haberse adoptado ninguna resolucion, mas que la de volverse á ver al dia siguiente. Los miembros de la Cámara prometieron hacer de modo que nada se decidiera bruscamente por lo relativo al *bill* en cuestion, á fin de dar tiempo de concertarse, y adoptar entre todos los de la reunion alguna medida.

Al dia siguiente fue menor el número de los que asistieron á la conferencia; á varios de ellos no les consintió volver su indignacion, y otros habian ido á la Cámara con objeto de poder avisar á Cromwell de todo lo que allí vieran. Whitelocke fue uno de los que volvieron á la reunion del general á insistir en sus objeciones contra la disolucion del Parlamento y la creacion de un gobierno provisional, previendo que seria llamado á componerlo, y que no atreviéndose á rehusar se veria en un compromiso. En tanto que los de la reunion estaban discutiendo este asunto, Cromwell tuvo aviso de que Vane, Martin y Sidney instaban la Cámara á que adoptase inmediatamente lo que ellos llamaban *bill* de disolucion. Los

miembros de la Cámara que estaban en la reunion de Whitehall, pasaron presurosamente á Westminster; pero Cromwell se quedó en el palacio con sus oficiales, deseando dar treguas y no obrar sino cuando ya no hubiera otro medio. No tardó en venir de la Cámara el coronel Ingoldsdy, diciendo: «Si quereis tomar alguna determinacion decisiva, no teneis un momento que perder.» La Cámara estaba á punto de decidirse: Vane habia enérgicamente insistido para que se aprobara el *bill*, y Harrison al verse tan contrariado, no supo hacer mas que rogar blanda y humildemente á sus colegas, que no precipitaran su resolucion en un asunto tan grave. Cromwell al saber esos sucesos, salió en el acto de su palacio de Whitehall, seguido de Lambert y de cinco ó seis oficiales: tomó antes de llegar á Westminster un destacamento que estaba allí cerca; colocó centinelas en la puerta exterior del Parlamento, en el vestíbulo, y en un salon inmediato al de las sesiones, y luego penetró en este recinto solo, sin aparato y con el traje que acostumbraba llevar cuando no iba de uniforme. En aquel momento Vane se hallaba haciendo uso de la palabra, y estaba demostrando entusiastamente la urgencia del *bill*. Cromwell se sentó en su sitio acostumbrado, Saint-John se acercó á él y oyó que el general dirigiéndole la palabra le decia: «Vengo á hacer lo que mas profundamente me allige; lo que he rogado con lágrimas á Dios que me dispensara de hacer; lo que habria querido mil veces ser hecho pedazos antes de verme en el caso de tener que realizar; pero una necesidad superior á mis deseos, la gloria de Dios y el bien de la nacion, me impelen á hacerlo.»—«No entiendo lo que me quereis decir, contestó Saint-John; pero Dios quiera que lo que intentais produzca resultados convenientes al bien público.» Dichas estas palabras, se volvió á ocupar su puesto. Vane seguía perorando, y Cromwell oyendo. El primero pedía á la Cámara dispensara el *bill* de las formalidades que debian preceder á su aprobacion. Cromwell hizo una seña á Harrison, diciéndole: «Ya ha llegado la hora: no hay mas remedio que hacerlo.»—«Señor, replicó Harrison algo turbado, pensadlo bien; la obra es grande y peligrosa.»—«Teneis razon, replicó el general, y permaneció inmóvil. Pasó un cuarto de hora: Vane terminó su discurso, y el presidente iba á mandar proceder á la votacion. Cromwell se puso en pié, y descubriendo la cabeza se espresó por de pronto en términos llenos de miramiento hácia la Cámara y sus miembros, haciendo justicia á sus trabajos y á su celo; pero sus palabras fueron poco á poco cambiando de tono, y en su ademan se fue pintando la irritacion: echó en cara á los miembros de la Cámara su len-

titud, su avidez, su egoismo y su poca inclinacion á la justicia: «No tenéis intencion, les dijo, de hacer nada por el bien público; no deseáis mas que perpetuaros en el poder: vuestra hora ha llegado; el Señor se ha retirado de vosotros y ha elegido instrumentos mas dignos para su obra; el Señor es quien me ha conducido de la mano y me ha hecho hacer lo que hago.» Vane, Wentworth y Martin se levantaron vivamente á replicarle; pero él siguió diciendo; «Comprendo que mi lenguaje no es muy parlamentario; pero no esperéis que os hable en otros términos.» Wentworth consiguió pronunciar algunas frases. «Jamás el Parlamento ha oído, dijo dirigiéndose á Cromwell, semejantes palabras, tanto mas horribles, cuanto que proceden de su servidor, de un servidor que el Parlamento, en su bondad sin ejemplo, ha elevado tanto y le ha dado el ser que tiene.» El general lanzándose de su puesto y cubriéndose la cabeza, se colocó en medio del salon, diciendo: «Venid, venid, voy á poner término á vuestra habladuría.» Hizo una seña á Harrison; abriéronse las puertas del salon y entraron unos veinte ó treinta soldados mandados por el teniente coronel Worsley. «Ya no sois Parlamento, gritó Cromwell; salid, desocupad el puesto para que le ocupen otros hombres mas honrados.» Púsose en seguida á pasear en distintas direcciones, sacudiendo con impaciencia el suelo y dando sus órdenes. Viendo que el presidente Lenthall permanecía en su sillón, se lo indicó á Harrison; este le invitó á bajar, y como Lenthall se resistía, Cromwell gritó: «¡bajadlo vos mismo.» Harrison echó mano al presidente, y este no dió lugar á mayor violencia. Algernon Sidney seguía ocupando aun su asiento cerca del presidente; el general se lo indicó á Harrison con estas palabras: «¡Hacedlo salir.» Sidney siguió inmóvil; Cromwell dijo: «echadlo fuera:» Harrison y Worsley hicieron ademán de irlo á ejecutar, y Sidney se levantó de su asiento.—«Eso es una infamia, exclamó Vane, una infamia contra todo derecho y todo honor.»—«Ah sir Vane, sir Vane, replicó Cromwell, en vuestra mano ha estado el impedirlo; pero no sois mas que unos farsantes, ni siquiera teneis la honradez comun; ¡el Señor me libre de sir Enrique Vane! En medio de aquel tumulto Cromwell dirigia á los miembros que iban saliendo de sus puestos apóstrofes semejantes á estos: á Challoner, ¡*Borracho!* á Wentworth, ¡*Adúltero!* á Enrique Martin, ¡*Es digno, por ventura, un seductor de mujerzuelas de ocupar este puesto para gobernar la nacion?*—Acercóse á la mesa donde estaba colocada la maza que se acostumbraba llevar delante del presidente, y llamando á los soldados: «¿Qué hemos de hacer de este ju-

guete? les dijo: quitadlo de ahí.» A todo esto no cesaba de pasearse con agitacion, repitiendo sin cesar: «Vosotros sois los que me habeis forzado á hacer todo esto.»—«Nada se ha hecho, le dijo el Alderman Allen, que todavía no pueda remediarse; mandad á vuestros soldados salir del salon y volver á poner en su puesto la maza: todo volverá á seguir su curso natural.» Cromwell se irritó contra el que así hablaba, y por de pronto le pidió cuentas de unas 100,000 libras esterlinas, que como tesorero del ejército había estafado á la república. «No es culpa mia, replicó Allen, si esta cuenta no está saldada hace ya mucho tiempo: varias veces la he presentado á la Cámara.» Cromwell mandó á los soldados que se le llevaran arrestado. Estando enteramente desocupado el salon, el general se apoderó de los papeles; arrancó de manos del secretario que estaba de servicio el acta de disolución que había estado á punto de ser aprobada; se la metió en el bolsillo; salió el último; mandó cerrar las puertas y regresó á su palacio de Whitehall (1).

Allí permanecieron aun algunos oficiales esperando los resultados de aquel acontecimiento, y el general despues de haberles contado lo que acababa de suceder les dijo: «Cuando me dirigí á la Cámara, no pensaba que las cosas hubiesen llegado á tal extremo; pero durante la ejecucion ha obrado tan poderosamente sobre mí el espíritu del Señor, que he desoido del todo las insinuaciones de la carne y de la sangre.»

De allí á pocas horas le dijeron que el Consejo de Estado acababa de reunirse en el local de costumbre, en el mismo palacio de Whitehall, bajo la presidencia de Bradshaw. Cromwell pasó inmediatamente á ese sitio, acompañado únicamente de Harrison y de Lambert, y dijo á los que allí estaban reunidos: «Señores, si estais aquí como simples particulares; nadie os incomodará; mas si tratais de representar el Consejo de Estado, no estais bien aquí. No ignorareis, sin duda, lo que esta mañana he hecho en la Cámara: no perdais por lo tanto de vista que el Parlamento se halla disuelto.»—Bradshaw contestó: «sabemos lo que esta mañana habeis hecho en la Cámara, y dentro de algunas horas lo sabrá toda la nacion; pero os equivocais, señor, si creéis que el Parlamento se halla disuelto; ningun poder en la tierra puede disolverlo no siendo por su pro-

(1) Al dar cuenta M. Borleaux á M. Servien de este suceso, refiere algunos pormenores, que no habiéndolos yo podido encontrar en ninguno de los escritores ingleses contemporáneos, no los he querido ingerir en el texto de la narracion. No me parecen muy verosímiles, pero sí curiosos y dignos de ser publicados juntamente con la carta que los acompaña.



CRIMEN DEL ESPULSANTO EL PARLAMENTO.



pia autoridad; no perdais, pues, de vista esa circunstancia.» Dichas estas palabras, todos los individuos se levantaron y salieron del recinto. Al dia siguiente (21 de abril) en el *Mercurius Politicus*, periódico de Cromwell, se leia lo siguiente: «El lord general ha manifestado ayer al Parlamento diversas razones por las que debian suspenderse actualmente sus sesiones, y asi se ha hecho. El presidente y los miembros se han retirado. Es probable que antes de mucho se publicarán los motivos que han producido ese acto.» Aquel mismo dia los que pasaban por delante de las puertas de la Cámara, tenian ocasion de ver el siguiente pasquin, obra nocturna regularmente de algun realista satisfecho de verse vengado de los republicanos por un regicidio:

CUARTO NO AMUEBLADO PARA ALQUILAR.

LIBRO QUINTO.

Indiferencia con que el público recibe la disolución del Parlamento Largo.—Manifiesto de Cromwell para justificarla.—Toma posesión del gobierno.—Convocación del Parlamento Barebone —Discurso de apertura de Cromwell.—Carácter y actos de este parlamento.—El espíritu revolucionario místico predomina en él.—Disolución y abdicación del Parlamento Barebone.—Cromwell es proclamado protector.—Conspiración de los republicanos y los caballeros.—Lilburne, Gerard y Vowel.—Gobierno de Cromwell.—Su corte.—Sus reformas.—La Escocia y la Irlanda son incorporadas á la Inglaterra.—Política exterior de Cromwell.—Paz con la Holanda.—Embajada de Whitelocke en Suecia.—Tratados de Cromwell con la Suecia, la Dinamarca y el Portugal.—Relaciones de Cromwell con la España y la Francia.—Elección de un nuevo parlamento.—Discurso de apertura de Cromwell.—Hostilidad del Parlamento.—Segundo discurso de Cromwell, y retirada de cierto número de miembros.—La hostilidad del Parlamento empieza de nuevo.—Tercer discurso de Cromwell.—Disuelve el Parlamento.

La espulsion del Parlamento Largo no escitó en Londres ni en el país sino una curiosidad indiferente y burlona; ni un solo brazo, ni una sola voz se levantó en su defensa: «Nadie, dijo Cromwell, en su grosero arranque de alegría por el triunfo que acababa de conseguir, «ha oido ladrar á un perro, cuando los diputados se marcharon.» Al odio ó al desprecio con que se miraba á los vencidos, se unia ese movimiento de admiracion popular que siempre inspira la fuerza audaz y victoriosa. Solo Cromwell habia decidido y llevado á cabo con sus propios recursos, este gran golpe. Multitud de mensajes de felicitacion le fueron dirigidos, dictados algunos por esa solicitud servil que se agita en torno del vencedor, y la mayor parte por el entusiasmo místico de los sectarios que de la caída del Parlamento Largo se prometian el reinado del Señor. Otros mensajes mas importantes llegaron del ejército de Escocia, que aprobaba sin restriccion alguna lo que acababa de ocurrir; del ejército de Irlanda, que se limitó á someterse y á recomendar la disciplina, sin adhesion política; de la armada, en fin, que tanta predileccion habia merecido al Parlamento, pero en la que dominaba durante la ausencia de Blake, la influencia de Monk, que se inclinaba hacia mucho tiempo á buscar su fortuna en la grandeza

de Cromwell, quien antes de resolverse á obrar, se habia asegurado de sus disposiciones. Ya fuese por casualidad, ya por cálculo, Blake habia sido enviado quince dias antes á desempeñar el servicio de crucero hácia el Norte de la Escocia, en donde, hallándose en la rada de Aberdeen, recibió la noticia de la disolucion del Parlamento. Inmediatamente reunió á bordo de su buque á los capitanes de su escuadra, algunos de los cuales, sinceros republicanos como él, le instaban para que se declarase contra Cromwell, á lo cual él respondió: «No es de nuestra competencia el tomar parte en los negocios públicos; evitemos que los extranjeros nos humillen, y renunciando desde aquel dia á todas las cuestiones políticas, no volvió á ocuparse sino de los medios de vencer á los enemigos de su patria, sin cuidarse de quién era el que la gobernaba.

En la *Cité* de Londres, algunos *aldermen* se atrevieron á dirigir una peticion á su Escelencia el lord general, para pedirle permitiese que el Parlamento reanudase sus sesiones, y se le concediese la facultad de disolverse legalmente por sí mismo.» Pero inmediatamente llegó tambien de la *Cité* una contra-peticion en la que se acusaba á los *aldermen* que habian firmado la primera, «de no haber olvidado la monarquía» y se decia á Cromwell: «Humildemente os pedimos que no volvais la vista hácia atrás, y que marcheis con resolucion para cumplir lo que el Señor y sus fieles y esta pobre abatida nacion esperan de vos, como se lo habeis prometido.»

El deseo y el instinto de Cromwell eran tambien marchar con ánimo resuelto; pero al dia siguiente de tan fácil victoria, y aunque no se manifestó ninguna resistencia, se presentaron los obstáculos. Las grandes justicias de Dios van siempre acompañadas de grandes rigores, y aun muchas veces son ejecutadas por hombres que no inspiran confianza ni respeto. Cuando cayó, el Parlamento Largo habia merecido su suerte, puesto que unas veces habia comprendido mal, y otras violado sus propios principios; habia tomado por derechos las ilegítimas necesidades creadas por sus faltas; habíase mostrado igualmente incapaz de gobernar y de dejar gobernar. A pesar de esto, contaba en su seno hombres dotados de un talento y una virtud poco comunes, y que conservaban en su caída una merecida consideracion, y muchas personas honradas, que no obstante su obstinacion en seguir las falsas vias, habian deseado el bien de su país, y encontraban, al volver á sus hogares, estimacion y simpatías. Estos hombres no tenian ya poder alguno que ejercer ó defender; pero todos se hallaban mas dispuestos á escucharlos; es verdad que nada intentaban

contra el vencedor, pero hablaban libremente de él, de sus actos pasados y de sus planes futuros. ¿A quién no habia engañado Cromwell? ¿A quién no habia dicho lo contrario de lo que decia en otras partes? ¿No habia hecho todo aquello de que acusaba al Parlamento? ¿Quién podría creer en su desinterés ó fiar en sus promesas? ¿Habia roto la Inglaterra el cetro de



MONK.

un rey, para inclinarse bajo la espada de un general? Estas palabras, que se repetian por todas partes, despertaban antiguos resentimientos; provocaban desconfianzas importunas, y M. de Bourdeaux estaba bien informado, cuando quince dias despues del golpe de Estado, escribia al conde de Brienne: «La escasa satisfaccion que el público manifiesta al

verse gobernado por militares y privado de sus antiguos privilegios, á consecuencia de la espulsion del Parlamento, unida á la diversidad de las opiniones y de creencias religiosas que reinan en el ejército, causa, segun se dice, algunas inquietudes al general, y se hace temer que su empresa no tenga la duracion ni el buen éxito que de ella se promete.»

Cromwell, sin embargo, no habia perdido un solo momento para hacer aceptable al pueblo su golpe de Estado, pues al dia siguiente apareció en nombre del general y del Consejo de los Oficiales una declaracion en que se esplicaban sus motivos, y se recordaban las faltas del Parlamento, los peligros de la república y los vanos esfuerzos del ejército á fin de evitar un rompimiento. Pocos dias despues, una segunda declaracion, emanada de las mismas autoridades, hizo con el mismo fin un nuevo esfuerzo. Pero estos documentos pálidos y laboriosos producian muy poco efecto. Era preciso salir de aquella precaria situacion, y dar á un poder que aun no tenia forma ni nombre, alguna sancion real, ó aparente del país. Cromwell hizo llamar á sir Jhon Carew y al mayor Salloway, resueltos republicanos con quienes habia conservado buenas relaciones, y les dijo: «La carga que he echado sobre mis hombros, al hacer lo que he hecho, es demasiado pesada para mí, y no puedo pensar en sus consecuencias sin estremecerme; libradme por Dios de las tentaciones á que voy á verme espuesto; id en busca del gran juez Saint-Jhon y de M. Selden, personas entendidas é invitadles á que mediten algun plan de gobierno que retire de mis manos la autoridad.—«Teneis, señor, le replicó Salloway, un medio seguro de libraros de esas tentaciones, y es el no creeros espuesto á ellas; vivid persuadido de que hoy, como antes, la autoridad de la nacion reside en los hombres de bien de Inglaterra.

Cromwell reunió en Whitehall las personas mas notables por su honradez, así militares como civiles, que tenia á su lado; y en esta reunion, á la que asistian Carew y Salloway se resolvió llamar de todos los partidos de su república, á cierto número de hombres piadosos y fieles, para entregarles el poder supremo. Pero como era preciso algun tiempo para su designacion y llegada, un Consejo de Estado se encargó entre tanto del gobierno. Los pareceres anduvieron discordes relativamente al número de los miembros que debian componerlo; Lambert y los mas mundanos de los concurrentes no querian sino diez para que los negocios marchasen con mas prontitud; Harrisson pidió que el número ascendiese á setenta, por analogía con el sanhedrin judío; el coronel Okey y otros *santos* insistieron en el número trece, representacion de Cristo y sus doce apóstoles.

Este parecer prevaleció , y el 29 de abril se instaló en Whitehall un Consejo de Estado, compuesto de trece miembros, ocho militares y cuatro civiles, bajo la presidencia de Cromwell, que lo anunció al día siguiente al público, por medio de una declaracion en su propio nombre y firmada por él solo, circunstancia que desde aquel momento se miró como un indicio de sus ulteriores designios.

Dicese que á pesar del recuerdo tan reciente de las ofensas que se le habian hecho sufrir poco antes en Westsminter, sir Enrique Vane recibió en su retiro en el condado de Liucoln, una invitacion de este nuevo Consejo de Estado para que formase parte de él; á lo cual respondió que «ciertamente empezaba el reinado de los *santos*; pero que en cuanto á él, se hallaba decidido á esperar el paraíso para participar de él.»

Emprendióse, pues, la obra cuyo objeto era buscar los depositarios desconocidos á quienes debía entregarse el poder real suspendido. Deseábanse hombres que no se hubiesen presentado de antemano á sí mismos como candidatos; que no saliesen desacreditados y sin prestigio de las luchas de la eleccion popular; que no debiesen su mision sino á la santidad de su vida, atestiguada por el asentimiento de los verdaderos cristianos al poder encargado de designarlos. Los predicadores que gozaban de crédito en los condados, reunieron sus congregaciones para pedirles su parecer respecto de aquellas dificiles elecciones. Cromwell y sus oficiales celebraron frecuentes reuniones, ya para invocar el auxilio y las bendiciones del cielo, ya para examinar los nombres y los antecedentes que se les remitian. Los descontentos de toda clase, asi realistas como parlamentarios, se mofaban y desahogaban en invectivas acerca de estos trabajos de los nuevos señores de Inglaterra; Cromwell, decian, se creia en comunicacion directa con el Espíritu-Santo, y hacia pasar sus decisiones como órdenes que le dictaba el mismo Dios. Pero el sarcasmo es un arma vana contra el entusiasmo y la disciplina; y ni los partidarios ni los soldados de Cromwell se afectaban por él, y el primero proseguia su obra sin darse por entendido de tales ataques, y pronto siempre á burlarse de ellos: «Los rumores que se hacen correr acerca del general no son verdaderos, escribia Bourdeaux á M. de Brienne; es verdad que afecta una gran piedad, pero no una comunicacion particular con el Espíritu-Santo. Yo sé que habiéndole hablado el embajador de Portugal de este cambio, se burló de él.

Despues de un mes de informes y meditaciones, Cromwell y su consejo acordaron el nombramiento de ciento treinta y nueve personas:

ciento veinte y dos para la Inglaterra, seis para el país de Galles, cinco para la Escocia, y seis para la Irlanda. Todos estos nombramientos fueron objeto de una detenida discusión; muchos, entre otros el de Fairfax, propuestos al principio se vieron desechados; y algunos que habían sido escritos con inexactitud, fueron rectificadas en la lista por mano del mismo Cromwell. Algunos soldados descontentos, y que se creían con derecho para intervenir en esta operación, como igualmente sus oficiales, reclamaron por medio de una petición, contra ciertas elecciones; pero Cromwell desestimó semejantes reclamaciones, y el 6 de junio de 1653, cuando tuvo definitivamente arreglada su lista, dirigió, solo y en su propio nombre, á las ciento treinta y nueve personas que contenía, cartas de convocatoria, concebidas en estos términos: «A causa de la disolución del último parlamento, se ha hecho necesario proveer á la paz, á la seguridad y al buen gobierno de esta república; por lo tanto, diferentes personas temerosas de Dios, y dotadas de una fidelidad y una honradez reconocidas, han sido nombradas por mí, de acuerdo con mi Consejo de Oficiales, para que se las confíe el peso de estos grandes negocios. Teniendo plena seguridad en vuestro amor y vuestro celo por el Señor nuestro Dios, y por el servicio de su causa y el buen pueblo de esta república, yo, Oliverio Cromwell, capitán general y general en jefe de todos los ejércitos y fuerzas levantadas y por levantar en esta república, os intimo y requiero, puesto que sois una de las personas nombradas de este modo, que os halleis y comparezcáis en persona el 4 de julio próximo en la sala conocida con el nombre de *Cámara del Consejo*, en Whitehall, en la ciudad de Westminster, para tomar en ella el cargo á cuyo desempeño estais llamado, y sentaros como miembro por el condado de... Y procurad no faltar.»

Habiendo dado esta satisfacción á los escrúpulos constitucionales que le rodeaban, y mientras esperaba la llegada de tan singular parlamento, Cromwell, unas veces por la mediación del Consejo de Estado, otras por la del Consejo General de Oficiales, se apoderó de todo el gobierno. Decretóse la continuación de las contribuciones votadas por el Parlamento espulsado para el servicio del ejército y la marina; procedióse á la destitución de cuatro jueces de quienes desconfiaba, y se nombró á otros dos para el país de Galles. «El general ha enviado el maestro de ceremonias á todos los embajadores extranjeros,» escribía Bourdeaux á M. de Brienne, á fin de asegurarles que este cambio no alterará la buena inteligencia y la amistad que pueda reinar entre sus se-

ñores y este Estado, y que dentro de pocos dias sabremos con quien debemos tratar.» El Consejo de Estado encargó, en efecto, á cinco de sus miembros que reanudasen con los embajadores de Francia y Portugal las negociaciones empezadas. Algunos enviados llegaron por parte de los Estados Generales de Holanda y del gran duque de Toscana, y fueron recibidos inmediatamente. Ni las relaciones diplomáticas ni los negocios interiores esperimentaron la menor interrupcion. «Nuestro gran cambio de ciento cincuenta ó doscientos gobernantes á diez, se ha verificado sin ruido ni tristeza,» escribia al cardenal Mazarino un comerciante de Londres, llamado Morrell, con quien aquel mantenía una correspondencia particular; «viendo que los otros nada han hecho en cuatro años para el bien del pueblo, por mar ni por tierra, nos prometemos mas de diez que de doscientos; mas secreto y mas prontitud; menos discursos y mas resultados, sin invertir cuatro años en arengas.»

Al mismo tiempo que de esta suerte iba tomando posesion de los negocios públicos, Cromwell protegía la seguridad de los intereses privados, y de los suyos propios como de los ajenos. Algunos desórdenes, á los que no eran estrañas las pasiones políticas, estallaron en el condado de Cambridge, con motivo de un gran desecamiento de pantanos emprendido por una compañía de la cual él era uno de los principales fundadores, y escribió al punto al agente de la compañía: «He sabido que algunos perversos han cometido grandes desórdenes en el condado de Cambridge, en las cercanías de Swaffham y de Botsham, destruyendo los trabajos empezados y amenazando á los obreros que los ejecutan. Envia alí uno de mis escuadrones con un capitán que amoneste al pueblo á que permanezca tranquilo, haciéndole saber que si se cometen algunos excesos, no quedarán impunes, y que si se causa algun daño á los empresarios, se les indemnizará segun su derecho, y se hará justicia.» En efecto, hizo que el Consejo de Estado adoptase las medidas necesarias para asegurar la reparacion de los perjuicios, si las tropas no bastaban para evitarlos.

Pocos dias despues tuvo lugar uno de esos golpes de fortuna que engrandecen y consolidan los nuevos poderes, como una señal de la proteccion de Dios. Suspendida por algun tiempo despues de la victoria alcanzada por Blake sobre los holandeses, del 18 al 20 del febrero precedente, la guerra marítima acababa de renovarse, sostenida por las escuadras que habia preparado y los almirantes que el Parlamento habia

nombrado. Tromp sostenia la campaña por las Provincias-Unidas, triste y poco confiado, porque su escuadra, aunque inmensa, se componia de buques de escasa resistencia y mal armados, pero siempre tan valiente como entendido, y teniendo por segundos á Ruyter, de Witt y Floritz. Acababa de escoltar un gran convoy de buques mercantes, cuando supo que la escuadra inglesa se habia dividido, que Blake habia hecho vela hácia el Norte, y que Monk y Dean con cien buques navegaban á la entrada septentrional del paso de Calé, entre Ramsgate y Nieuport. Dirigióse, pues, hacia aquellas aguas, y el combate, que ambas escuadras buscaban igualmente, se empeñó el 2 de junio con encarnizamiento, especialmente por parte de los ingleses. A los primeros cañonazos, Dean, que aquella misma mañana, asaltado por un sombrío presentimiento, habia pasado en su cámara y en oraciones mas largo tiempo que el que acostumbraba, cayó mortalmente herido de un balazo, al lado de Monk, sobre el puente de *La Resolucion*, que ambos almirantes montaban. Monk arrojó su capa sobre el cadáver de su camarada, y prosiguió con ardor el combate. La noche separó las dos escuadras, que casi habian sufrido iguales pérdidas. La accion volvió á empeñarse al dia siguiente un poco tarde, porque Tromp invirtió sin éxito las primeras horas del dia en maniobras que tenian por objeto lograr sobre los ingleses la ventaja del viento. Ignoraba que, ya fuese por instinto, ya porque hubiese recibido algunos avisos en que se le anunciaba un próximo encuentro, Blake hacia en aquel mismo momento fuerza de vela hácia el Mediodía, deseoso de tomar parte en la accion. De repente se oyó resonar su artillería á retaguardia de la escuadra holandesa y pocos momentos despues un oficial jóven y sobrino suyo, el capitán Roberto Blake, rompiendo con su buque la línea de los enemigos, fue el primero que se reunió con el grueso de la escuadra inglesa, en medio de las aclamaciones de los marineros, entusiasmados al ver de nuevo entre ellos al rey de la mar, como llamaban á Blake. La energia y la obstinacion de Tromp, se acrecentaban á medida que aumentaba el peligro: animado por sus escitaciones y sus ejemplos la tripulacion de su buque, *el Brederode*, abordó el buque inglés *el James*, montado por el vice-almirante Penn; los ingleses rechazaron vigorosamente á los que les asaltaban, pasaron confundidos con ellos al *Brederode*, y ocupaban ya el puente, cuando Tromp, resuelto á no caer prisionero, arrojó sobre unos barriles de pólvora una mecha encendida; el puente del *Brederode* saltó con todos los que sobre él se hallaban, y una parte del buque; al

punto corrió en la flota holandesa el rumor de que el almirante habia muerto, por lo cual el desórden se propagó con rapidez, y muchos buques emprendieron la fuga. Sin embargo, Tromp, que se habia salvado como por milagro, habia pasado del *Brederode* á una fragata ligera, y corria en todas direcciones entre los buques holandeses, llevando de nuevo los valientes al combate, y haciendo fuego sobre los que huían. Pero todo su vigor fue vano, pues le fue preciso retirarse á su vez á los puertos de Holanda, vivamente perseguido por los ingleses. El dia siguiente, 4 de junio, Monk y Blake anunciaron á Cromwell su victoria, con la captura de once bajeles holandeses y de mil trescientos prisioneros. Tromp, Ruyter y de Witt, por su parte, se apresuraron á dar cuenta á los Estados Generales de su derrota y de las causas que la habian motivado, declarando que no volverian á la mar si la escuadra no estaba mejor armada, mas abundantemente provista de municiones, y aumentada con buques de mejores condiciones. «Por qué he de callar por mas tiempo,» dijo Corneill de Witt en plena Asamblea de los Estados; estoy aquí delante de mis señores, y mi deber es decirles que los ingleses son ahora dueños nuestros y árbitros de los mares.»

Apenas las acciones de gracias decretadas por el Consejo de Estado por esta victoria habian cesado de resonar en toda la Inglaterra, cuando la asamblea de los elegidos de Cromwell se reunió el 4 de julio en la Cámara del Consejo en Whitehall, segun las órdenes que al efecto habia recibido. Unicamente dos de entre los llamados no tomaron en cuenta la convocatoria. Sentados estaban en sillas alrededor de la sala, cuando entró Cromwell, seguido de gran número de oficiales. Todos se levantaron y descubrieron; Cromwell se quitó tambien el sombrero, y colocándose con la espalda vuelta hácia una ventana enfrente del centro de la sala, y apoyando la mano en una silla, dijo: «Señores: supongo que la convocatoria que os ha traído aquí, os hará comprender á fondo el por qué os habeis reunido. No obstante, tengo algo mas que comunicaros: es un documento redactado de acuerdo con los principales oficiales del ejército, y que dice un poco mas que la carta de convocatoria. Tambien, para descargo de mi conciencia, tengo algo que decir, que será, asi lo espero, satisfactorio para vosotros. Os veo sentados aquí con bastante incomodidad, porque el local es estrecho, y el tiempo muy caloroso: seré breve;» y como sentia calor, se quitó su capa y la dió á un oficial que la retuvo durante toda la sesion, como se hubiese hecho con el rey en idéntico caso.

Cromwell no cumplió su palabra, porque habló mas de dos horas. No habia escrito su discurso, y sus ideas, por mas precisadas que pudieran estar de antemano, se agolpaban en su mente con tanta abundancia y viveza, que mas bien parecia abandonarse á su corriente, que disponer de ellas para darles mayor estension ó concretarlas á su voluntad. Desconocia el arte oratoria, la armonía en la composicion, y la elegancia en la dición; mezclaba confusamente las relaciones, las reflexiones, los argumentos, las citas piadosas, los comentarios, las interpelaciones, las alusiones, las reminiscencias y las consideraciones sobre lo futuro; pero una intencion profundamente política, práctica y precisa, animaba todas sus palabras, trasporaba al través de su confusion, persistia en todos sus rodeos, é impelia poderosamente á todos sus oyentes hácia el objeto que se proponia alcanzar, suscitando á cada paso en su alma la impresion con que necesitaba afectarlos. Empezó por recordarles los extraordinarios sucesos de que habian sido testigos desde la apertura del Parlamento hasta la batalla de Worcester, la guerra civil, el proceso del rey, la derrota de su hijo, la sumision de los tres reinos, «los sorprendentes medios y arcanos de la Providencia, las grandes manifestaciones de Dios, que se habia complacido en desconcertar y destruir los proyectos de los sabios, para conceder una victoria maravillosa á un pobre y oscuro puñado de hombres, no versados en el arte de la guerra, y que tenian poca inclinacion á ella.» Su propósito era imbuir en aquella nueva asamblea la idea del poder y del derecho del ejército, instrumento y representante de las voluntades de Dios, que le habia dado la victoria sobre todos sus enemigos. De aquí pasó á hablar de su última lucha con el Parlamento, y despues de haber santificado el ejército en nombre de la victoria, lo justificó en nombre de la necesidad. El Parlamento, dijo, no habia querido llevar á cabo las reformas que el pueblo deseaba, ni disolverse realmente y devolver al pueblo su libre derecho de eleccion; los jurisconsultos habian disputado entre sí, por espacio de tres meses, sin conseguir ponerse de acuerdo acerca del sentido de una sola palabra, la palabra *hipotecas* (*incumbrances*); las conferencias obtenidas con gran trabajo entre los jefes del Parlamento y los oficiales del ejército, habian siempre dado por resultado esta respuesta: «Solo la continuacion del Parlamento puede salvar la nacion.» No solo, merced al acta que habian preparado para las nuevas elecciones, perpetuaban sus poderes, sino que habian hecho entrar en el Parlamento á los presbiterianos, á los desertores, y á los enemigos de la buena causa. «Si nuestras libertades y nuestros derechos

hubiesen sucumbido en una batalla, dijo Cromwell, la necesidad nos hubiera enseñado paciencia; pero perderlos por indiferencia y apatía, hubiera sido declararnos á nosotros mismos cobardes y traidores á Dios y á su pueblo... Verdaderamente, la necesidad es la que nos ha guiado en este negocio, porque el gobierno no debe caer; vosotros no habiérais querido, así lo creo, que pasase á manos de los perversos, y estoy seguro de que Dios no lo quería. Por consiguiente, el poder viene hoy á vuestras manos, aunque por conducto de otras que son débiles, por el camino de la necesidad, por el camino de la sabia Providencia de Dios.» Dichas estas palabras, hizo la acostumbrada ostentacion de humildad, en el mismo momento en que hacia un acto de autoridad y poder: «Deberia limitarme á rogar por vosotros, en lugar de daros consejos... No obstante, si el que os ha llamado al ejercicio del poder supremo, y que solo quiere ser vuestro servidor, desempeña lo que considera como un deber respecto de vosotros, espero que se lo agradeceréis.» Luego les habló de las condiciones del buen gobierno, aconsejándoles la justicia hácia todos, «hácia un infiel lo mismo que hácia un creyente,» la simpatía por los *santos*, y hasta la compasion por sus debilidades. «Os pido, aunque no lo creo necesario, que cuideis de todo el rebaño; amad las ovejas, amad los corderos; sed blandos y benignos para con todos; si el mas pobre cristiano, el cristiano mas extraviado, desea vivir en paz bajo vuestra autoridad, protegedlo... Algunas veces he dicho, acaso sin razon, lo confieso, que preferiria ser injusto con un creyente, á serlo con un infiel... Haced todos los esfuerzos posibles para la propagacion del Evangelio; estimulad á sus ministros... Solo tengo una palabra mas que deciros, y en esto tal vez descubriré mi debilidad; pero quiero animaros á que marcheis resueltamente y con confianza en vuestra obra... Vosotros sois estraños unos á otros; venís de todas las partes de la nacion; acaso no os conoceis de vista... Apelo sobre esto á la conciencia de todos vosotros; ni directa ni indirectamente habeis procurado venir aqui; habeis venido pasivamente, pues en realidad habeis sido llamados; ¡confesad en alta voz vuestra mision! Nunca, puedo decirlo, ha habido un cuerpo como este, de mas de ciento cuarenta personas, que haya llegado á la autoridad suprema por el solo titulo de reconocer á Dios y ser reconocido por él. ¡Si fuese este el momento oportuno de comparar vuestro titulo con el de las asambleas que han sido convocadas por el voto popular...! ¡Quién puede decir, cuándo llegará el dia en que Dios hará al pueblo capaz de semejante obra! Nadie lo desea mas vivamente que yo... Pero esto es

una digresion, os lo repito: confesad vuestra mision porque emana de Dios.»

¡Admirable instinto de un profundo talento que se proponia hacer descender de Dios el pretendido poder supremo que habia elevado con sus propias manos, y cuya debilidad conocia!

La Asamblea escuchaba á Cromwell benévola y respetuosamente, pues no estaba compuesta en su totalidad, como se ha dicho, de hombres oscuros y de baja condicion, sino que contaba en su seno algunos nombres ilustres por el nacimiento ó por la gloria, y cierto número de caballeros de provincia y de ciudadanos importantes en su ciudad ó su condado. Propietarios, comerciantes, mercaderes ó artesanos, la mayor parte de sus miembros eran, por otra parte, hombres de buenas costumbres, económicos, sin acreedores, no pretendientes de empleos ni aventureros, adictos con entusiasmo á su patria y á su fe, y que no carecian de valor ni de independenciam. Pero sus costumbres, sus ideas y hasta sus virtudes eran pequeñas y limitadas como la posicion social de la mayor parte de ellos; tenian mas honradez privada que inteligencia y altivez política; y á pesar de la rectitud de sus intenciones, la probidad de su vida y el fervor de su piedad, eran incapaces de llenar y hasta de comprender la elevada mision que acababa de conferirles la voluntad de Cromwell.

A pesar de esto, empezaron por apropiarse el nombre, las formas y todos los signos exteriores de su nuevo rango. Trasladaron sus sesiones á Westminster, en el salon de la Cámara de los Comunes, en donde recibieron y leyeron con toda solemnidad el acta firmada por el general y sus oficiales, que les entregaba el poder supremo, imponiéndoles la obligacion de no retenerlo sino hasta el 3 de noviembre de 1654, y de nombrar por sí mismos tres meses antes de este plazo á sus sucesores, que solo debian ocupar su asiento un año, y organizar el gobierno futuro. Votaron despues de un debate, y por sesenta y cinco votos contra cuarenta y seis, que se llamarian Parlamento. Eligieron por su presidente á Francisco Rouse, antiguo miembro del Parlamento Largo; hicieron traer á su mesa la maza que Cromwell habia mandado quitar, nombraron un Consejo de Estado compuesto de treinta y un miembros, que recibió de ellos instrucciones parecidas á las del anterior Consejo de Estado, y en fin, recobraron todas las prerogativas, y restablecieron todos los usos del Parlamento espulsado.

Cromwell y el Consejo de los Oficiales habian hecho de ellos un Parlamento; y para demostrarle su gratitud votaron á su vez que el lord ge-

neral, los mayores generales Lambert Harrison y Decborough, y el coronel Tonchinson serian llamados á sentarse entre ellos como miembros del Parlamento.

El mismo dia en que se instalaron en Westminster, consagraron toda su atencion á manifestaciones piadosas; no asistiendo como el anterior Parlamento, á sermones predicados por ministros, especialmente nombrados al efecto, sino entregándose por sí mismos y sin el concurso de ningun eclesiástico, á oraciones espontáneas. Ocho ó diez miembros tomaron sucesivamente la palabra invocando al Señor y comentando diferentes pasages de las Sagradas Escrituras. «Y muchos aseguraron, dice uno de ellos, que nunca, en ninguna reunion ni ejercicio alguno de piedad, habían sentido de una manera tan eficaz ni con tanto contento como hasta aquel dia, la presencia y el espíritu de Cristo.» Así persistieron en esta práctica, y en lugar de elegirse un capellán, todos los dias, cuando llegaban algunos miembros, uno de ellos recitaba una oracion, y otros le sucedian hasta que se reunia el número suficiente para abrir la sesion y empezar el trabajo. Al siguiente dia de su instalacion votaron que se consagrara un dia especial á invocar solemnemente sobre sus actos futuros las bendiciones de Dios; y despues de haber cumplido este deber, á fin de obligar á toda la nacion á que uniese con el mismo objeto, sus oraciones á las suyas, publicaron una declaracion en que brillaban á la par las orgullosas esperanzas de un entusiasmo rústico y los sentimientos de una profunda humildad: «Nosotros somos el Parlamento de la república de Inglaterra... Cuando nos miramos á nosotros mismos, nos estremece-mos: nos asusta la inmensidad de la obra que pesa sobre nosotros, infinitamente superior á nuestras fuerzas, y esclamamos con Josaphat:— ¡Señor! ¡no sabemos lo que debemos hacer, pero nuestros ojos se fijan en tí...! Nosotros esperamos que Dios, en su grande y libre bondad, no abandonará á su pueblo, y que seremos en su mano instrumentos eficaces para que se rompan todos los yugos opresores, y se remuevan todos los obstáculos; para que los pobres y los necesitados se vean tambien colmados de bendiciones; para que todas las naciones conviertan sus espadas en arados; para que el lobo pascie al lado del cordero, y para que toda la tierra se llene con el conocimiento de Dios, como las aguas llenan los abismos del mar... Hé aqui todo lo que decimos: si nuestra empresa procede de Dios, que él la bendiga y la haga prosperar, y que todos se abstengan de combatir contra Dios; pero si no procede de Dios, ¡que caiga, aunque nosotros seamos los primeros que caigamos!»

Fortalecidos y confiados de esta manera, pusieron al fin manos á la obra para llevar á cabo las tan deseadas reformas, y con el objeto de prepararlas instituyéndose doce comisiones. Dos de ellas debían arreglar los negocios de la Escocia y la Irlanda y su incorporacion con la Inglaterra. Otra fue encargada de las reformas que debían introducirse en la legislacion; otra de la cuestion relativa á los diezmos, objeto para el clero y sus sectarios, y también para los políticos, de una preferente atencion. Los ejércitos de tierra y de mar, las rentas del Estado, las deudas públicas, los fraudes cometidos en perjuicio del Erario, las peticiones, el comercio y las corporaciones, los pobres, las cárceles, el progreso de la instruccion pública y de las ciencias, prestaron materia á los trabajos de ocho comisiones. Los dictámenes, preparados de este modo, debían ser sometidos inmediatamente á la discusion y al voto del Parlamento.

El celo y la asiduidad de estas comisiones y del mismo Parlamento en sus tareas fueron muy grandes. El Parlamento votó que se reuniría todos los días, exceptuando el domingo, á las ocho de la mañana. Ni las comisiones ni el Consejo de Estado debían reunirse mientras el Parlamento estuviese en sesion, pues era preciso que sus miembros pudiesen venir á sentarse en él; y solo antes y despues de la sesion general, se entregaban al desempeño de su especial cometido. No tardaron en presentarse al Parlamento numerosos informes: los diezmos, las reformas en las leyes civiles y criminales, la administracion económica, el estado y la contabilidad del ejército, el arreglo de las deudas y la distribucion de las tierras en Irlanda, los pobres, las cárceles y las peticiones llegaron á ser unas tras otras objeto de vivos y prolongados debates. Un celo sincero animaba á la Asamblea; las cuestiones de interés privado entraban por muy poco en sus deliberaciones; honrada y resuelta solo se ocupaba de servir al Estado y reformarlo.

Pronto, sin embargo, se vió manifestarse lo que los reformistas populares jamás prevenen: esto es, los obstáculos y las quimeras. Para realizar grandes reformas en una gran sociedad sin desquiciarla, el legislador há menester de muchas luces y una elevada posicion social, pues cuando proceden de las clases bajas, las reformas son inseparables de las revoluciones. El Parlamento de los elegidos de Cromwell, no era bastante ilustrado ni tenía bastante importancia para reformar con mano tranquila la sociedad inglesa; y como al mismo tiempo no era bastante insensato, ni bastante perverso, ni bastante fuerte para destruir á ciegas en lugar de reformar, no tardó, á pesar de su honradez

y su arrojo, en hacerse impotente y ridículo por la ineficacia de su ardor.

Hallaba, sin embargo, muy adelantada una parte de su tarea, pues las dos comisiones que el Parlamento Largo habia establecido en 1651, una en su seno y otra fuera de él, para ocuparse de la reforma de las leyes, habian dejado un gran trabajo en que la mayor parte de las cuestiones estaban resueltas, y aun enteramente redactadas sus respectivas soluciones. Veinte y un proyectos, diez y siete acerca de diferentes puntos de organizacion judicial y de legislacion civil, y cuatro sobre puntos de legislacion criminal ó de policia religiosa y moral, estaban preparados y esperaban el voto que debia convertirlos en leyes. El nuevo Parlamento hizo reimprimir y distribuir este trabajo entre todos sus miembros. Despues de largos debates no resultaron sino cuatro leyes de reforma: una para someter á la autoridad civil la celebracion de los matrimonios y la formacion de los registros destinados á darle autenticidad, como igualmente los nacimientos y las defunciones; las otras tres para el socorro de los presos por deudas y por otros conceptos, y para la abolicion de ciertos censos ó cánones y ciertos plazos de procedimiento. El cobro de las contribuciones, la concentracion en un solo tesoro público de todas las rentas del Estado, la administracion del ejército y la marina fueron tambien objeto de reglamentos que destruyeron trascendentales abusos. La cuestion relativa á la distribucion de las tierras en Irlanda, primero á los prestamistas de ciertos empréstitos, y despues á los oficiales y los soldados licenciados, quedó al fin arreglada. Los sueldos de los empleados en muchos ramos del servicio público sufrieron una reduccion, y se hicieron formales y perseverantes esfuerzos para cubrir todos los gastos y todas las obligaciones del Estado. En estos negocios administrativos, importantes aunque secundarios, el Parlamento introducia un espíritu de orden, de probidad y economia honrosa para él mismo, y útil al Estado, aunque muchas veces era mezquino y duro.

Pero cuando llegó á tratar de cuestiones verdaderamente grandes y políticas, cuando se encontró frente á frente de los obstáculos y de los enemigos que aquellas le suscitaban, entonces se dejaron ver la insuficiencia de sus luces, sus ideas quiméricas, sus tendencias anárquicas, sus divisiones interiores y la debilidad de su posicion. Gran número de sus miembros defendian con obstinado empeño cuatro innovaciones: en el orden eclesiástico, la abolicion de los diezmos y la del patronato lego para la colacion de los beneficios; en el orden civil,

la supresion del tribunal de cancillería, y la sustitucion por un código único del vasto conjunto de estatutos, costumbres y precedentes que formaban la legislación del país. Estas innovaciones tenían por adversarios naturales, no solo á las clases cuyos intereses quedaban lastimados, el clero, los propietarios patronos, los magistrados, los juriscónsultos y todas las profesiones ligadas con ellos, sino que atacaban mas ó menos directamente esos derechos de propiedad y herencia, á que no puede tocarse ni aun desde lejos, sin que se conmueva la sociedad entera. Así, pues, desde que se suscitaron estas vitales cuestiones, estalló en el Parlamento una division profunda; los hombres en quienes dominaban, ya los intereses de clase ó de profesion, ya el espíritu conservador, rechazaron las innovaciones propuestas; aquellos que, á pesar de sus deseos reformistas, conservaban un juicio claro, pidieron que antes de abolir estas instituciones y los derechos atacados, se examinase como debian ser reemplazadas las instituciones, é indemnizados de su pérdida los poseedores de los derechos. Pero los reformadores, arrastrados deliberadamente ó á ciegas por el espíritu revolucionario, querian que se votasen desde luego de una manera absoluta y en principio las innovaciones que pedian, examinando despues lo que deberia hacerse para llenar los vacíos ó reparar los perjuicios que hubiesen ocasionado. No sabian cuán estrechos é íntimos eran los lazos que unian las instituciones atacadas á las bases sobre que descansaba la sociedad inglesa, ni cuanto tiempo y estudio son indispensables para reformar un abuso sin lastimar el derecho sagrado ó el poder necesario en cuyo seno se ha formado. Vencieron por el momento en las cuatro cuestiones: la abolicion de los diezmos, del patronato lego, del tribunal de cancillería, y la redaccion de un código único fueron, en efecto, votados en principio; pero los intereses heridos, que eran poderosos y sagaces, se unieron estrechamente, y opusieron á la realizacion de estas resoluciones generales remoras y aplazamientos que las hacian ineficaces. El espíritu revolucionario exasperado se desarrolló con nueva fuerza: multiplicáronse las mociones mas singulares; unas pueriles como esta: «Serán incapaces de obtener destinos públicos todos los que los hayan pretendido;» otras amenazadoras no solo para las altas clases, sino tambien para todas las existencias oficiales, por el misticismo demagógico y destructor que se descubria en ellas. Aunque vivamente combatidas en el Parlamento, estas proposiciones eran tarde ó temprano adoptadas por él, porque los sectarios ardientes y devotos, á cuya cabeza figuraba el mayor general Harrison, adquirian de dia en dia

mayor ascendiente en sus acuerdos. Recibían un poderoso impulso de sus amigos exteriores; todas las cuestiones políticas ó religiosas que ocupaban al Parlamento, eran simultáneamente debatidas en las reuniones de simples ciudadanos, sin límite en cuanto al número, y sin freno en cuanto á las ideas y al lenguaje. Dos predicadores anabaptistas entre otros, Cristóbal Feake y Vavasor Powell, entusiastas elocuentes, celebraban todos los lunes en Black-Friars, sesiones en que se agolpaban multitud de oyentes, que se sobrecitaban mutuamente en su espíritu de oposicion y de revolucion; las cuestiones de política extranjera se ventilaban allí como los asuntos interiores, con la misma pasión y aun mas ignorancia; la guerra contra las Provincias-Unidas, preocupaba especialmente á los dos predicadores: «Dios, decían, ha entregado la Holanda á los ingleses; á ella deben marchar los *santos*, y partir desde allí para ir á derribar de su trono la prostituta de Babilonia y establecer en el continente el reinado de Cristo.—He asistido el lunes último por la tarde, á la reunion de Black-Friars, escribia á Juan de Witt su amigo Beverning, á la sazón enviado de Holanda en Londres; el objeto de estas gentes es derribar los gobiernos y levantar aquí el pueblo contra las Provincias-Unidas; he oido en esta asamblea de *santos* una oracion y dos sermones; pero ¡Dios mio! ¡qué crueles y abominables trompetas de destruccion, de matanza é incendio! Al oírles, he recordado la respuesta de Nuestro Señor á sus apóstoles Santiago y Juan: «No sabeis de qué espíritu estais animados.»

Cromwell observaba atentamente estos desórdenes y estas luchas: en nombre y con el apoyo de los sectarios reformadores, habia espulsado el Parlamento Largo y usurpado el poder, y poco antes habia pedido con ellos lo que en aquellos momentos reclamaban. Pero no tardó en conocer que tales innovadores, buenos para destruir, se convertían en destructores del mismo poder que habian elevado, y que las clases en cuyo seno prevalecían los intereses conservadores eran los naturales y permanentes aliados de la autoridad. Cromwell, por otra parte, no tenia principios ni escrúpulos que le impidiesen cambiar y alterar, al tenor de los tiempos, de conducta y de amigos. Su fin era gobernar, y todo aquel que le impedia llegar al gobierno ó mantenerse en él, era su enemigo, puesto que no tenia otros amigos que sus agentes. Los propietarios, el clero, los jurisconsultos necesitaban su apoyo, y se ofrecían á sostenerle si queria defenderlos; él hizo alianza con ellos, cambiando de este modo completamente de posicion, y tornándose de popular en aristócrata, y

de revolucionario en conservador. Pero era hábil y prudente, y sabia no romper sino en la medida que le convenia, y hasta mostrarse conciliador cuando queria romper. Hizo, pues, comparecer á su presencia los principales corifeos de los sectarios, entre otros al predicador anabaptista Feake, y los acriminó por la ciega violencia de su oposicion, que asi en el interior como en el exterior era provechosa á sus comunes enemigos, y declinó sobre ellos la responsabilidad de todo lo que pudiese suceder: «Milord, dijo Feake, yo quisiera que de lo que decís y de lo que os respondo se tomase apuntacion en el cielo; primero vuestras intrigas con el difunto rey, y mas tarde vuestra usurpacion de un poder exorbitante han ocasionado todos estos desórdenes.—No esperaba, respondió Cromwell, al oiros desear ver apuntadas en el cielo vuestras palabras, que diriais en la tierra semejante mentira; sabed que el dia en que me vea hostigado por mis enemigos, mas hostigado de lo que he sido hasta el dia, empezaré á deshacerme de ellos por vos;» y lo despidió sin imponerle mas castigo. Pero su resolucion estaba tomada, y escrita en su alma la sentencia de un Parlamento en que tales hombres ejercian tanta influencia.

El lunes 12 de diciembre de 1653, los miembros adictos á Cromwell se trasladaron á la Cámara antes de la hora acostumbrada. El presidente, Francis Rouse, llegó á ella tambien muy temprano, y cuando vieron que el número era suficiente, se abrió la sesion. Los miembros del partido reformista, admirados de aquella precipitacion cuya causa no podian adivinar, y sospechando la existencia de algun proyecto secreto, enviaron mensajeros á todas partes para hacer venir apresuradamente á sus amigos. Pero no bien habian sido recitadas las oraciones, cuando el coronel Sydenham tomó la palabra y dijo: «Señores; pido el permiso de revelar ciertas cosas que hace mucho tiempo tengo en el corazon, puesto que se trata no solo del bienestar de la república, sino de su propia existencia.» Esto dicho, atacó con violencia los acuerdos del Parlamento y á la mayoría de sus miembros: «Nada menos se proponen, dijo, que la destruccion del clero, de las leyes, y de la propiedad de los súbditos. Pretenden abolir las leyes del país, estos derechos natos de los ingleses por cuya defensa este pueblo ha derramado durante tanto tiempo su sangre, y sustituirlas con un código modelado sobre la ley de Moisés, y que solo conviene al pueblo judío. En su fervor fanático, han aplicado el hacha, á la raiz del ministerio evangélico, tratándolo de babilónico y de invencion del Antecristo. Son enemigos de todo progreso intelectual

y de toda ciencia. Además de esto, han dejado entrever por medio de ciertas mociones, su oculto deseo de disolver el ejército. En tales circunstancias no podía resolverse, añadió, á seguir ocupando por mas tiempo un asiento en semejante Cámara. Propuso, pues, que se declarase que la continuacion de aquel Parlamento era perjudicial á la república,



MAZARINO.

y que la Cámara se trasladase en cuerpo cerca del lord general para depositar en sus manos los poderes que de él habia recibido. La mocion del coronel Sydenham fue apoyada en el acto por sir Carlos Wolseley, noble del condado de Oxford, y uno de los confidentes de Cromwell.

A pesar de su sorpresa y su turbacion, los reformadores se defendie-

ron; y uno de ellos, tomando al punto la palabra, calificó de calumnias la mayor parte de los asertos del coronel Sydenham, enumeró las medidas útiles que el Parlamento había propuesto ó votado ya; ensalzó su desinterés y su celo por el bien público, y protestó contra aquella mocion de abdicacion voluntaria, cuyas fatales consecuencias eran incalculables. Otros miembros hablaron en el mismo sentido; algunos dijeron que tenian que proponer medios de conciliacion que satisfarian á todos los partidos. El debate se prolongaba, y muchos de los reformadores á quienes se habia mandado á buscar habian llegado, pero el resultado de las discusiones era dudoso. En tal situacion, el presidente House abandonó bruscamente su sillón y levantó la sesion. El ugiar tomó la maza, y llevándola delante de sí salió con aquel del salon. Cerca de cuarenta miembros hicieron lo mismo, y juntos se encaminaron hácia Whitehall. Treinta ó treinta y cinco miembros permanecieron en sus puestos, indignados y llenos de perplegidad, pero no constituian el número suficiente para poder entrar en sesion; solo veinte y siete, entre los que se hallaba Harrison, persistian en mantenerse en su asiento y se habian entregado á la oracion; dos oficiales, el coronel Goffe y el mayor White, entraron de repente y les intimaron que se retirasen; á lo que contestaron: «No nos retiraremos, á no ser que á ello se nos obligue por medio de la fuerza.» White hizo llamar un piquete de soldados, y evacuado que fue el salon, algunos centinelas colocados á las puertas, se guardaron las llaves.

Los *caballeros*, dicen en sus irónicas relaciones, que al entrar en el salon White, preguntó á Harrison: «¿Qué haceis ahí?—Buseamos al Señor, respondió el mayor general;—En tal caso, replicó White, id á buscarlo á otra parte; porque segun tengo entendido, hace doce años que ha dejado de venir aquí.»

No obstante, el presidente y los miembros que le acompañaban habian llegado á Whitehall; y entrando desde luego en una habitacion, redactaron en algunas líneas el acta de su abdicacion en manos de Cromwell, la firmaron, y luego pidieron ser recibidos por el lord general. Este manifestó una estraordinaria sorpresa, pues segun dijo, no estaba preparado para semejante paso, ni era capaz de llevar sobre sí tan pesada carga. Pero Lambert, Sydenham y todos los miembros allí presentes insistieron en su demanda; la resolucion estaba tomada: era preciso que Cromwell aceptase la restitution del poder que habia conferido, y se resignó á ello. El acta de abdicacion del Parlamento estuvo abierta por espacio de tres ó cuatro dias á los miembros que no habian ido á Whitehall. Reuniéronse

muy pronto hasta ochenta firmas, las cuales constituian una considerable mayoría. Cromwell habia dado muerte con su propia mano al Parlamento Largo; pero no hizo tanto honor al Parlamento que habia creado: un suicidio ridiculo, y el ridiculo sobrenombre que le dejó uno de sus mas oscuros miembros, M. Praise-God Barebone, negociante en cueros de la Cité de Londres, son los únicos recuerdos que esta asamblea ha legado á la historia. Forzoso es decir que no carecia de honradez y patriotismo; pero se mostró falta de dignidad cuando aceptó la mentira de su origen, y de buen sentido cuando emprendió la tarea de reformar por sí misma la sociedad inglesa, puesto que semejante obra era infinitamente superior así á sus fuerzas como á sus luces; el Parlamento Barebone habia sido para Cromwell un espediente, y desapareció miserablemente cuando intentó erigirse sin él, en un poder.

Cuatro dias despues de su caída, el 16 de diciembre de 1653, á la una de la tarde, una fastuosa comitiva se trasladó desde Whitehall á Westminster entre dos filas de soldados; los lores comisarios del gran sello, los grandes jueces, el Consejo de Estado, el lord corregidor y los *aldermen* de la Cité de Londres marchaban á la cabeza con trages encarnados y en sus carrozas de ceremonia; Cromwell les seguia, vestido de terciopelo negro, con grandes botas y una ancha presilla de oro alrededor de su sombrero. Su guardia y gran número de nobles precedian á pié con la cabeza desnuda su coche, en derredor del cual marchaban los oficiales superiores del ejército, con la espada en la mano y el sombrero en la cabeza. Al llegar á Westminster-Hall, la comitiva entró en la sala del tribunal de Cancillería, en cuyo fondo se habia dispuesto un sillón de Estado. Cromwell se mantuvo en pié delante del sillón; y habiéndose colocado los asistentes á su rededor, el mayor general Lambert anunció la disolucion voluntaria del Parlamento; y en nombre del ejército, de las tres naciones y de las necesidades de la época, pidió al lord general que aceptase el protectorado de la república de Inglaterra, Escocia é Irlanda. Despues de un momento de *modesta* vacilacion, Cromwell accedió á lo que se le pedia. Uno de los secretarios del Consejo, M. Tessop, leyó entonces el acta constitucional que arreglaba en cuarenta y dos articulos el gobierno del Protectorado. Cromwell prestó y firmó el juramento «de tomar á su cargo, segun las reglas establecidas en dicha acta, la proteccion y el gobierno de estas naciones.» Lambert arrodillándose le presentó una espada envainada, la espada civil, y Cromwell al recibirla se descifñó y depuso su propia espada, declarando de esta manera que no gobernaria en lo

sucesivo por la sola ley militar. Los lores comisarios del gran sello, los jueces y los oficiales le invitaron á que tomase posesion del sillón de Estado; sentóse, pues, en él, y se cubrió, y todos los circunstantes permanecieron descubiertos. El lord corregidor le presentó á su vez su espada, que el protector le devolvió al punto, exhortándole á que hiciese un buen uso de ella. El acto habia concluido, y la comitiva volvió de Westminster á Whitehall, acogida por la curiosidad mas bien que por las aclamaciones del pueblo. El capellan de Cromwell, M. Lockier, hizo en la sala de los Banquetes una solemne oracion, y entre las cuatro ó las cinco, tres descargas de la tropa anunciaron que el protector estaba instalado en su palacio de Whitehall. Con este titulo fue proclamado en las diferentes plazas públicas de Londres y en todos los condados y todas las ciudades de la Inglaterra. Dicese que la primera intencion fue darle desde luego el titulo de rey, y en este sentido se habia redactado el acta constitucional; pero bien fuese por espontánea prudencia, bien por consideracion á las resistencias que se declararon entre sus mas decididos partidarios, Cromwell rechazó un golpe demasiado violento, y para dejar subsistente el nombre de la república, no quiso tomar otra denominacion que la de Protector.

El Parlamento pudo abdicar; pero los sectarios, anabaptistas, milenarios y otros, no abdicaron; así es que al dia siguiente de la instalacion del Protector, una muchedumbre mas numerosa que de costumbre, se reunió en Black-Friars, alrededor del púlpito de su predicador favorito, M. Feake, que llevó la violencia de su lenguaje hasta el estremo. «Id, dijo, á decir á vuestro Protector, que ha engañado al pueblo del Señor; es un perjuro, y no reinará mucho tiempo; su fin será mas trágico que el del último Protector de Inglaterra, el tirano jorobado Ricardo, decidle que yo lo he dicho.» Feake fue presentado al Consejo y entregado á la custodia del ugiar. Hizose preguntar al mayor general Harrison, el mas eminente de los anabaptistas, si reconoceria al nuevo gobierno protectoral, á lo que respondió con firmeza: «No.» En consecuencia se le retiró la comision que desempeñaba, y recibió ademas la orden de volver á su casa en el condado de Strafford y permanecer en ella sin ocuparse de los negocios públicos.

No se habia equivocado Cromwell cuando presintió que por este lado vendrian, si no sus mas terribles peligros, á lo menos sus mas embarazosas dificultades. Ya seis meses antes se habia hallado en presencia del indómito nivelador que desde los primeros dias de la república le habia

hecho tan encarnizada guerra. El 5 de mayo de 1655, no bien supo que el Parlamento Largo había sido espulsado, Lilburne escribió á Cromwell en términos respetuosos pero sin bajeza, pidiéndole la autorizacion de volver á Inglaterra; el Parlamento Largo era el que le habia desterrado, y esperaba de Cromwell, aunque antiguo enemigo suyo, la reparacion de la injusticia de aquel Parlamento. Como no recibiese respuesta alguna, entró sin autorizacion, y al llegar á Londres publicó un folleto titulado: *Reclamacion de un desterrado á su excelencia el lord general Cromwell*. Inmediatamente fue preso y encerrado en Newgate; pero él preferia la prision al destierro, puesto que desde Newgate, merced á su enérgico manifiesto y á la adhesion de sus partidarios, podia todos los días hablar, escribir, obrar, y hacer hablar, escribir y obrar en su nombre. Cromwell, el Consejo de Estado, los tribunales y el Parlamento Barebone recibieron con estraña profusion peticiones suyas y de sus amigos. Seis de estos, «en nombre de los jóvenes y de los aprendices de Londres Westminster, Southwartz y otros lugares adyacentes, fueron un dia á presentar una peticion concebida en términos violentos y casi amenazadores: el Parlamento los llamó á la barra; ¿cuál es vuestro nombre? preguntó el presidente al primero de ellos.—Nuestros nombres están al pié de nuestra peticion.—¿Sabeis quién ha hecho esa peticion?—Nuestros camaradas no nos han enviado aquí para responder á ninguna pregunta, sino para pedir una respuesta.» El Parlamento declaró sediciosa la peticion, hizo eucarcelar á los peticionarios, y mandó que Lilburne fuese detenido en Newgate. Pero no se consiguió hacerle callar ni hacerlo olvidar. Cansado de esta lucha incesante y ardiente, Cromwell se decidió á mandar que se le formase causa.» Juan, libre, (*Freeborn Jhon*), escribia uno de sus partidarios, ha sido enviado al tribunal de Old-Bailey, y creo que pronto será ahorcado. Para asegurar su condena se tomaron cuantas precauciones puede inventar la astucia sutil ó procaz de los servidores de una tiranía poderosa. El proceso debia marchar con rapidez, y se incoaba en el momento en que los abogados mas célebres que hubieran podido prestar á Lilburne el apoyo de sus consejos, abandonaban á Londres para hacer sus escursiones por los condados. Rehusóse dar al reo copia del acta de acusacion, y hacer leer públicamente el acuerdo del Parlamento Largo que lo habia desterrado, y sobre el cual se fundaba la espresada acta. A fin de animar contra él los jurados, publicáronse los informes de los agentes que habian denunciado sus relaciones en Holanda con los *caballeros emigrados*, y entre otros con el duque de Buckingham. Lilburne luchó con

extraordinaria energía contra todos estos premeditados obstáculos, y consiguió procurarse antes de su salida el consejo y la firma de dos abogados de nombradía, y entre otros, del sabio presbiteriano Maynard, logrando también obligar al tribunal á que le entregase copia del acta de acusación y le prometiese hacer lectura pública del acuerdo de su destierro; así pues, oponía tenacidad á tenacidad y argucia á argucia. El procurador general Prideaux que se sentaba contra derecho entre sus jueces, se mostró encarnizado contra él; Lilburne le interpelló é intimó que desocupase su puesto con ese terrible aparato de desprecio é insulto que deseocierta y debilita al poder mas orgulloso. Y cuando el tribunal se mostraba inflexible, y los esfuerzos de Lilburne no lograban lo que él se prometía, exclamaba con una desesperación llena de fuerza y de fe: «¡Mi-lord! no me refuseis lo que constituye mi derecho de nacimiento, el beneficio de la ley, lo que reclamo como mi herencia. Si me rechazais, si en presencia de este gran concurso popular sois bastante injusto para usurparme mi derecho, sellar por medio de la violencia mis labios, é impedirme que hable mientras viva, según la ley, entonces gritaré con toda mi fuerza y apelaré al pueblo; y en verdad grito y llamo á todo ese pueblo que me escucha, y que presencia cómo me arrebatan por la fuerza este tribunal mi derecho de nacimiento, mi derecho según la ley, y no me permite hablar mientras viva.»

Los concurrentes estaban profundamente conmovidos; los parientes y amigos de Lilburne, su anciano padre, muchos valientes soldados, en otro tiempo sus compañeros de armas, una multitud de aprendices y de gentes del pueblo le rodeaban, la mayor parte armados, y todos, tan irritados como inquietos, esparcían por la sala y las calles papeles en que se decía: «¡Cómo! ¿El honrado Jhon Lilburne será condenado á muerte? Sesenta mil personas quieren saber el por qué.»—«El sábado último, escribía Beverning á Juan de Witt, asistian á la vista de su causa por lo menos seis mil personas que no lo hubieran oído condenar sin que algunos de ellos arriesgasen su vida por salvar la suya.» Los jueces dejaban traspasar su inquietud al través de su cólera, á pesar de hallarse bien resguardados, pues Cromwell había puesto sobre las armas cuatro regimientos; algunas patrullas recorrían sin cesar las calles, y dos compañías estaban apostadas alrededor de la sala; además de esto, hicieron venir nuevos refuerzos. El proceso duró, al través de numerosos incidentes, desde el 13 de julio hasta el 20 de agosto de 1653; en el último momento, Lilburne se dirigió á los jurados y les dijo: «El acuerdo del

Parlamento, en cuya virtud se me persigue, es un acto inicuo é ilegal, que no tiene la menor sombra de razon ni de justicia; á los ojos de la ley es un acto parecido al de Faraon, cuando mandó que todos los niños del sexo masculino fuesen degollados. Desde que se ha decapitado al rey, no se puede, segun la ley, hacer un acto del Parlamento. Del mismo modo que han votado mi muerte, pueden votar la de mis doce honrados jurados. Pensadlo bien: si muero el lunes, el Parlamento puede el martes dictar igual sentencia de destierro bajo pena de muerte, contra cada uno de vosotros doce, y contra vuestras esposas, y contra vuestros hijos, y contra vuestros parientes, y contra el resto de la ciudad, y despues contra todo el condado de Middlesex, y luego contra el de Hertford, y pronto no quedarán mas personas que habitea la Inglaterra que ellos.»

Poco importa á una muchedumbre conmovida la exajeracion de las suposiciones y de las palabras; la simpatía popular y el respeto á las antiguas leyes del país, triunfaron de los esfuerzos de los caudillos militares y civiles de la Revolucion. El Jurado perdonó por segunda vez á Lilburne. Tres dias despues, por órden del Parlamento Barebone, el Consejo de Estado requirió á los jurados y los intimó en términos amenazadores que esplicasen el por qué habian pronunciado aquel veredicto absolutorio. Siete de ellos se negaron terminantemente á dar semejante esplicacion, diciendo que solo á Dios y á su conciencia debian dar cuenta de su decision. Cuatro dieron algunas razones acerca de su voto, pero sosteniéndolo, y sin separarse de sus colegas. Contra esta firmeza de carácter de unos oscuros ciudadanos, nada mas intentaron ni Cromwell ni su Parlamento, y se les dejó volver tranquilamente á sus hogares. Pero Lilburne, aunque perdonado, no fue puesto en libertad; el Parlamento, despues de haberse hecho dar cuenta del proceso y del exámen de los jurados, hizo dar al teniente de la Torre la órden de mantenerlo preso, á pesar de todo mandato de *Habeas corpus* acordado ó que pudiera acordarse, ora por el tribunal del alto Banco, ora por cualquier otro.

Lilburne, que se habia creído victorioso, sucumbió á este rigor; preso primero en la Torre y despues en la isla de Jersey, accedió por último á vivir en paz para vivir en libertad, y murió oscuramente cuatro años despues en una pequeña ciudad del condado de Kent, dejando á su país un elocuente ejemplo de resistencia legal, y una nueva infraccion de las leyes. Convencido por esta prueba, de que el jurado hacia sufrir duros quebrantos á su poder, en los mismos momentos en que mas necesitase rodearse de prestigio, Cromwell resolvió deshacerse de él como se habia

deshecho del Parlamento Largo, si bien con menos estrépito; hizo, pues, pedir por medio de sus parciales al pequeño Parlamento que había creado, y tres semanas antes de ser espulsado á su vez, este Parlamento le concedió el restablecimiento de la jurisdiccion escepcional que había juzgado primero al rey, luego á lord Capell, y mas tarde á los diferentes conspiradores realistas de quienes la república se había visto precisada á defenderse. El 21 de noviembre de 1653, se instituyó un alto tribunal de justicia, compuesto de treinta y cuatro miembros, entre los que figuraba todavía Bradshaw, republicano demasiado probo para servir á Cromwell en sus consejos, pero revolucionario demasiado fogoso para negarse á juzgar á los enemigos de la revolucion. Y para que nada faltase á la seguridad del protector, el Parlamento Barebone acordó igualmente que el estatuto en los casos de traicion se revisase y adaptase á las necesidades y á la naturaleza del nuevo gobierno.

No eran excesivas estas precauciones, porque, como Whitelocke lo había pronosticado á Cromwell, desde el momento en que, bajo el nombre de Protectorado, fue restablecido el poder monárquico en la cabeza de un solo hombre, contra él se dirigieron todos los golpes. *Caballeros* y niveladores, episcopales y anabaptistas, todos volvieron á conspirar, ya aisladamente, ya de comun acuerdo. Cromwell trataba de muy diferente manera á todas estas clases de enemigos. Con los sectarios republicanos y místicos se mostraba siempre moderado y casi benévolo, aun al castigarlos, contentándose con destituirles de sus destinos ó con encarcelarlos por algun tiempo, y dispuesto constantemente á devolverles, á la menor prueba de arrepentimiento que daban ó cuando se alejaba el peligro, su empleo ó su libertad. Apenas proclamado el Protectorado, supo que los coroneles Oreston, Okey, Alured y Pride habían tomado parte en intrigas contra su persona, y se limitó á separarlos de sus regimientos, llamándolos individualmente á unos de Escocia, á otros de Irlanda, y reteniéndolos en Londres. Cuando tenia que halárselas en este partido con hombres influyentes, pero sin empleo, con predicadores famosos ó con utopistas populares, les pedia fuesen á verle, mantenía con ellos la antigua familiaridad, cerraba por sí mismo la puerta cuando habían entrado, les hacia sentar y cubrir en su presencia, manifestándoles su desprecio hácia la etiqueta y el fausto que en otras ocasiones se veia precisado á observar, y espontaneábase con ellos como con sus antiguos y verdaderos amigos. Decíales asimismo que hubiera preferido al Protectorado el cayado de pastor, porque nada era mas opuesto á sus inclinaciones que el

aparato de la grandeza; pero veia que antes que todo era preciso evitar que la nacion cayese en un estremado desórden y llegase á ser presa del enemigo comun; por esto se decidia á marchar por algun tiempo (esta era su espresion) entre los vivos y los muertos, esperando que Dios le insinuase en qué terreno debía establecerse, y siempre pronto á desasirse de la pesada carga que le abrumaba, con tanta alegría como pena experimentaba en doblarse bajo aquellas apariencias de dignidad. Luego oraba con ellos, conmoviendo vivamente los corazones, y algunas veces conmoviéndose á sí mismo hasta el punto de derramar lágrimas. Los hombres mas propensos á entregarse á la sospecha se sentian desarmados; los mas irritados le agradecian la confianza que les dispensaba, y si no lograban ahogar en el seno de su partido toda fermentacion hostil, impedía por lo menos que eundiese ó estallase, y mantenía á la mayor parte de aquellos devotos entusiastas á su servicio, ó bien suscitaba obstáculos y reducía á la inercia á los que seguian exasperados.

De muy diferente manera se conducia respecto de los conspiradores realistas, pues sobre ellos pesaban sus demostraciones de rigor, y en caso necesario hasta sus rigores, ya para defenderse efectivamente de sus complots, ya para agrupar en derredor de sí á los republicanos rencorosos ó alarmados. Las ocasiones de obrar así no le faltaban, puesto que las conspiraciones graves ó frívolas, reales ó imaginarias son el arma y el pasatiempo de los partidos vencidos y ociosos. En el momento de la prision de Lilburne, muchos *caballeros* fueron tambien presos; durante su destierro en Holanda habia contraido con ellos intimas relaciones, y apostado que si se ponian á su disposicion 10,000 libras esterlinas, arruinaría en seis meses con sus folletos y sus amigos á Cromwell y al Parlamento; decíase tambien, cuando volvió á Inglaterra, que el duque de Buckingham le habia acompañado hasta Calé. Un mes despues de la proclamacion del Protectorado, un conciliábulo compuesto de once realistas fue sorprendido en una taberna de la *Cité*, conspirando para producir una insurreccion general de su partido y asesinar á Cromwell. Este se contentó con enviarles á la Torre y hacer publicar una relacion de su complot. Pero no tardó en circular misteriosamente una proclama publicada, segun se decia, en París, en 25 de abril de 1654, en los siguientes términos: «Carlos II, por la gracia de Dios, rey de Inglaterra, de Escocia, de Francia é Irlanda, á todos mis buenos y leales vasallos paz y prosperidad. Atendiendo á que cierto bellaco, artesano de profesion y llamado Oliverio Cromwell, despues de haber inhumana y bárbaramente decapi-

tadó al rey, nuestro querido padre, de sagrada memoria, su legítimo soberano, ha usurpado tiránica y traidoramente el poder supremo en nuestros reinos, para la esclavitud y la ruina de las personas y fortunas de nuestros buenos y libres vasallos, damos por las presentes permiso y libertad á todos los habitantes de nuestros tres reinos para quitar la vida con la pistola, la espada ó el veneno, ó cualquiera otro medio, al espresado Oliverio Cromwell; lo que será un acto agradable á Dios y á las personas honradas. Y cualquiera que, soldado ó perteneciente á otra clase, haga á Dios, á su rey y á su país este señalado servicio, le prometemos por las presentes, en nombre y bajo la palabra de un rey cristiano, señalar á él y á sus descendientes una renta anual de 500 libras esterlinas en tierras ó en metálico con el título de caballero; y si sirve en el ejército le prometemos el grado de coronel con un empleo que le ponga en el caso de conseguir todas las ventajas ulteriores de que sus méritos le hagan digno.»

Bien sea que esta proclama emanase realmente de Carlos II, bien fuese producto, como se ha asegurado, de la pluma de Hyde, nada es menos verosímil que semejante documento, pues presenta indicios de un origen subalterno, y no se recomienda el asesinato, sino que se decreta. Pero era repartida y acogida bajo la fe del secreto en el partido realista, y no faltaban hombres, aun en las clases elevadas, á quienes no repugnase tal asesinato. Cromwell, que no tenia el ánimo pusilánime ni reparaba en dificultades, estaba, sin embargo, sériamente alarmado: «Los asesinatos, dijo, son acciones detestables, y no me valdré de ellos; pero si algun partidario del rey intenta asesinarme y yerra el golpe, haré una guerra de asesinato, y destruiré toda la familia, tengo instrumentos prontos á ejecutar mis órdenes en el momento mismo en que quiera darlas.»

En la noche del 20 al 21 de mayo de 1654, cinco realistas, entre otros el coronel Jhon Gerard, jóven de buena cuna, y Pedro Wowell, maestro de escuela en Islington, fueron presos hallándose en la cama, por acusacion de complicidad en el asesinato del Protector. El proyecto debia ejecutarse el dia antes en el camino por donde Cromwell habia de pasar para ir desde Whitehall á Hampton Court, y solo se habia salvado, merced á un aviso que recibió algunas horas antes, atravesando el Támesis en Putrey, y evitando de este modo la emboscada. Carlos II debia al mismo tiempo ser proclamado rey en la Cité, y el príncipe Roberto habia prometido desembarcar prontamente en la costa del condado de

Sussex , acompañado del duque de York y diez mil hombres , ingleses , irlandeses y franceses . Mas de cuarenta personas , algunas de gran distincion , fueron presas en los dias siguiente y subsiguiente como complicadas en el complot . Pero Cromwell no entregó sino tres , Gerardo , Wowell y Somerset Fox , al alto tribunal de justicia establecido para juzgar á sus autores .

Somerset Fox se confesó culpable y reconoció los hechos , lo cual le valió el perdón , pero Gerardo y Wowell negaron todo proyecto de asesinato . Wowell pidió ser juzgado por sus pares , doce jurados , segun el tenor de la gran Carta , mantenida , dijo , por el artículo 6.º del acta constitucional del protectorado : « Nosotros somos vuestros pares , le dijo lord Lisle , presidente del tribunal ; no vuestros superiores , sino vuestros iguales , y bien veis que estamos aquí casi en número doble del que pedís ; vamos á proceder en virtud del reglamento que nos ha establecido . » Glynn , uno de los jueces , dijo , que el reglamento en cuestion tenia fuerza de ley , y que en el antiguo estatuto relativo á los casos de traicion , la palabra rey , que significaba únicamente jefe supremo del Estado , como ya se habia decidido respecto de una reina , se aplicaba igualmente á un lord protector . El proceso , por lo demás , siguió con moderacion , aunque la policia tuvo mucha parte en la tramitacion , y uno de los principales conjurados , el mayor Henshaw , no fue procesado , probablemente porque habia sido el delator del plan . A pesar de las negativas de los acusados , las pruebas parecen terminantes aun en nuestros dias . Evidentemente Henshaw y Gerardo habian ido á Paris , habian hablado con el principe Roberto de su conspiracion , y habian sido primero estimulados por él , y luego presentados á Carlos II , y á su regreso á Londres lo habian preparado todo para la ejecucion de sus propósitos . ¿ Habian participado al rey los escesos á que pensaban entregarse , y recibido su aprobacion ? Hyde , en la misma época , y en su mas intima correspondencia , lo negaba rotundamente . « Por mi honor os aseguro , escribia el 12 de junio de 1654 á su amigo el secretario de Estado , Nicolás , que nada sé de semejante proyecto , y tengo la confianza de que al rey le sucede lo mismo . Muchas personas , asaz ligeras ó imprudentes , proponen al rey cosas por demás estrañas que él rechaza cortesmente , y luego ellos ó sus amigos se alaban en todas partes de lo que han oido ó piensan hacer . A consecuencia sin duda de algun noble arranque de este género , ha sucedido lo que es objeto de tantas conversaciones en Londres , y lo que ha motivado la prision de tantas personas honradas ; pero el rey no

sabe mas de todo esto que vos mismo.» Despues de su condena, y hasta en el cadalso, Gerardo persistió en sus negativas. Pero sea cual fuere el grado de su participacion en el proyecto de asesinato, y ora sea que Carlos estuviese ó no exactamente informado, el hecho en sí mismo es innegable, y probablemente aun mas grave de lo que Cromwell dejó traslucir, puesto que hay motivo para pensar que M. de Baas, enviado extraordinario de Mazarino en Londres por aquella época, y agregado momentáneamente á la legacion de M. de Bordeaux, no era extraño á los conspiradores ni á su maquiavélico designio. Cromwell estaba tan convencido de ello, que amenazó á M. de Baas, y lo interpeló vivamente con este motivo ante su Consejo. Pero tenia bastante buen criterio para dar al asunto una importancia mayor de la que exigia su propia seguridad, y para dificultar mucho tiempo con este incidente sus relaciones con Mazarino y la corte de Francia, que mostraban su deseo de acercarse á él. Limitóse, pues, á enviar á M. de Baas á Francia, explicando terminantemente á Luis XIV y á Mazarino el motivo de esta espulsion, asi como se habia limitado á entregar al alto tribunal á tres de los conspiradores. Habíase librado del peligro, desplegado á los ojos de la Europa y la Inglaterra la eficaz vigilancia de su policia, y probado á los realistas que no les trataria con benignidad,* y á nada mas aspiró. Poseia el difícil secreto del arte de gobernar, que consiste en apreciar con exactitud en todas las circunstancias lo que basta, y á contentarse con ello.

Sabia tambien no encerrarse servilmente en su propia política, y tomar de la de sus enemigos lo que era bueno y podia cooperar á sus fines. Habia despedido al Parlamento Barebone para preservar la sociedad inglesa de los reformadores anárquicos y utopistas; y el establecimiento del protectorado, que confiaba « la autoridad soberana y legislativa de la república de Inglaterra, Escocia é Irlanda á una sola persona y al pueblo reunido en Parlamento, » habia sido el primer golpe de la reaccion monárquica que empezaba. Cromwell dió un poderoso empuje á esta reaccion. El acta constitucional conferia, ya á él solo, ya con el concurso de un Consejo de Estado que dependia de él, casi todas las atribuciones del poder real, y se apresuró á hacer uso de ellas. Apenas instalado, hizo entregar á todos los jueces y á todos los altos funcionarios del Estado nuevas comisiones firmadas por su mano, al paso que todos los actos públicos, administrativos ó judiciales, se verificaban en su nombre. Instituyó, pues, con toda solemnidad su Consejo de Estado, y se impuso en sus deliberaciones la mayor parte de las reglas á que se atenia el

Parlamento. El 8 de febrero de 1654 se hizo dar por la ciudad de Londres un suntuoso banquete, al fin del cual hizo al lord corregidor, caballero, y le regaló su propia espada, como lo hubiese hecho á su advenimiento un nuevo rey. Abandonó el *Cokpit*, donde hasta entonces habia vivido, y estableció sus régias habitaciones en Whitehall, que con este motivo se restauraron y amueblaron magníficamente. Su casa llegó á presentar el esplendor y las formas de una córte, y su gasto interior y material ascendia en 1655 á 55,000 libras esterlinas por trimestre, ó sean tres millones y medio anuales. En sus relaciones con los embajadores extranjeros introdujo las fórmulas y la etiqueta de las grandes monarquías; los tres embajadores de Holanda, Beverning, Nieuport y Jongestall, enviados á Londres para tratar de la paz, dieron cuenta en los siguientes términos á los Estados Generales de la audiencia que les dió el 4 de marzo de 1654: «Fuimos conducidos en el coche de su alteza, acompañados de los lores Strickland y Jones, y del maestro de ceremonias, y llevados al salon de los Banquetes, en Whitehall, donde su alteza no habia hasta entonces dado audiencia. Estaba en pié sobre un estrado al que se subia por tres escalones, y rodeado de muchos lores, el presidente del Consejo de Estado, Laurence, el vizconde Lisle, Skippon, Mackworth, Pickering, Montagne, su secretario Thurloe y lord Cleypole, su gran escudero. Despues de haber hecho á la entrada, en medio y delante de los escalones del estrado tres cortesias que su alteza nos devolvió, nos adelantamos hácia el estrado, y le entregamos, haciendo una nueva reverencia, nuestras credenciales, que él recibió sin abrirlas, sin duda porque aquella misma mañana habiamos remitido su copia y traduccion á M. Thurloe. Dímosle entonces gracias por la benevolencia que habia mostrado con motivo de nuestro tratado de paz, nuestras felicitaciones por su nueva dignidad, nuestros ofrecimientos de buenos servicios en nombre de vuestras altezas y poderosas señorías, y nuestros votos por la prosperidad y seguridad de su gobierno. El nos respondió dándonos grandes y positivos testimonios de buena voluntad para vuestras altezas y poderosas señorías y por la paz. Despues de lo cual, habiéndole renovado nuestras gracias, presentamos á su alteza veinte de nuestros nobles, que nos habian precedido en su sala, y otros veinte que nos habian seguido, para que tuviesen el honor de besarle la mano; pero en lugar de esto, su alteza se adelantó hasta el borde del estrado, hizo un saludo á cada uno de estos nobles, alargándoles la mano desde aquella distancia, como para hacerles su acogida. Luego fuimos conducidos

con el mismo ceremonial que había acompañado nuestra presentación.» La audiencia apenas hubiera variado si Cromwell hubiese sido un rey.

Así es que corría el rumor de que estaba próximo á serlo, que ya lo era, y que había sido coronado en secreto. Anunciábase la composición de la casa real; decíase que Lambert sería nombrado general en jefe del ejército y duque; Saint-Jhon, lord tesorero, sir Antonio Ashley Cooper, lord canceller, y lord Say, gran chambelan. Supontase que iba á restablecerse la Cámara de los Pares, y que todos estos estaban prontos á acudir á Londres y á someterse al nuevo poder. Creíase que en breve volverían á verse los espectáculos, los actores, las fiestas, y que todo reproduciría alegre y brillantemente como en otro tiempo. Hasta se decía que el príncipe de Condé había hecho proponer al Protector una alianza entre las dos casas.

Es indudable que semejantes rumores no disgustaban á Cromwell, pero procuraba sustraerse á sus seducciones, puesto que se hallaba en esa venturosa época de ardor y prudencia á la vez, en que el génio y la fortuna, jóvenes aun, de los grandes hombres, se desplegan sin embriaguez y sin excesos. Al mismo tiempo que levantaba bajo un nombre modesto, el trono en que se proponía sentarse, sentía la necesidad de dar á los hombres del partido popular, que había sido el suyo, satisfacciones ó razones suficientes para decidirles á que le siguiesen en una evolución política tan radical; y puesto que acababa de romper lanzas con los reformadores ciegos, suya era la misión de hacer las reformas que el voto público deseaba en realidad y el buen sentido admitía. Llevaba, por lo tanto, á cabo con rapidez y tino muchas de las que se habían prestado á tan largas discusiones en el Parlamento Barebone. La administración económica, la conservación y reparación de los caminos, la situación de los presos por deudas y el régimen interior de las cárceles, la policía de Londres y de las diversiones populares, como las carreras de caballos y las riñas de gallos, recibieron una reglamentación en armonía con los intereses del buen orden y de la civilización general. Prohibiéronse los desafíos y fueron vigilados sin excesivo rigor. Un gran decreto, maduramente estudiado, limitó la jurisdicción y modificó la tramitación del tribunal de Cancillería. Cromwell lo hizo redactar por los mismos jurisconsultos que habían impugnado en el Parlamento Barebone la abolición de este tribunal. «Quiero, les dijo, conceder, á los sábios de vuestro traje el honor de reformar vuestra propia profesión, y espero que Dios les dará la firmeza necesaria para llevar á cabo esta obra.» Un co-

mité central, compuesto de treinta y ocho personas, nueve legos y veinte y nueve eclesiásticos, recibió el encargo de examinar á los predicadores que aspiraban á los beneficios, y ninguno pudo ser agraciado con ellos sin haber recibido su aprobacion. Cada condado tuvo, ademas un comité especial encargado de examinar la conducta de todos los ministros del Evangelio y de los maestros de escuela de su distrito, y de destituir á los que pareciesen escandalosos, ignorantes ó ineptos. La predicacion y la instruccion cristianas, como tambien la buena administracion de las parroquias, fueron eficazmente estimuladas. Unos comisarios, casi todos hombres notables por su cuna é instruccion, recibieron orden de visitar las universidades de Oxford y Cambridge, como igualmente las grandes escuelas clásicas de Eton y de Winchester, para destruir sus abusos é introducir en ellas las necesarias reformas. En menos de nueve meses, desde el 24 de diciembre de 1653 hasta el 2 de setiembre de 1654, ochenta y dos decretos relativos á casi todos los ramos de la organizacion social, patentizaron la actividad inteligente, y el espíritu, á la par conservador y reformador, del poder.

Al mismo tiempo, Cromwell daba cima á otra obra que el Parlamento Largo y el Parlamento Barebone habian intentado por su parte y dejado incompleta. A favor de las disidencias entre los grandes poderes de la República, los realistas de Escocia habian concebido esperanzas y empuñado de nuevo las armas; la Irlanda y hasta el ejército republicano estacionado en ella, estaban agitados. Cuando la noticia del establecimiento del protectorado llegó á Dublin en enero de 1654, el nuevo régimen no fue aceptado en el Consejo de gobierno, aunque presidido por el yerno de Cromwell, el general Fleetwood, no mas que por la mayoría de un voto y uno de sus principales miembros, Ludlow, hizo desde luego renuncia de todas sus funciones civiles, conservando, no obstante, su mando militar, del cual no se sabia á punto fijo que uso se proponia hacer. En Escocia, la insurreccion, atrincherada en las montañas, bajaba de ellas para devastar las llanuras; y á principios de febrero de 1654, Middleton, enviado de Francia por Carlos II, fué á tratar de darla en nombre del rey la consistencia y la unidad que hasta entonces le habian faltado. Apenas proclamado Protector, Cromwell tomó medidas decisivas contra estos peligros nacientes; hizo, pues, partir para la Irlanda á su segundo hijo Enrique, jóven inteligente, circunspecto y resuelto, y para la Escocia á Monk, á quien este país conocia ya como su vencedor. Uno y otro lograron un éxito feliz: Enrique Cromwell aseguró en Dublin á

los amigos del Protector; se atrajo los indecisos, intimidó á los contrarios, y suscitó dificultades al mismo Ludlow, por medio de sus conversaciones á la vez enérgicas y afectuosas, y regresó á Londres al cabo de algunas semanas, dejando á su cuñado Fleetwood en pacífica posesion del poder. Monk, con su arrojo tan rápido como frío, llevó la guerra al mismo corazon de las montañas de Escocia, y estableció en ellas sus cuarteles, persiguió á los insurrectos en sus inaccesibles guaridas, batió á Middleton, y le obligó á reembarcarse para el continente; y regresando á Edimburgo despues de una campaña de cuatro meses, volvió á gobernar sin pasion y sin ruido el país que habia sometido dos veces. Cromwell habia contado de antemano con esta victoria, porque ya el 12 de abril de 1654, en el mismo momento en que enviaba á Monk contra los insurrectos escoceses, habia incorporado, en virtud de un decreto supremo, la Escocia á la Inglaterra, abolido en el antiguo reino de los Estuardos toda jurisdiccion monárquica ó feudal, y determinado qué lugar ocuparían sus representantes, así como los de Irlanda en el Parlamento comun del nuevo Estado. Así quedaba cumplida y organizada la unidad interior de la republica británica, bajo el poder de su Protector.

Sus negocios exteriores, en el momento en que Cromwell tomó el mando supremo, estaban, no en peligro, pero sí en una penosa y estéril confusion. La guerra con la Holanda habia continuado, y al mismo tiempo se habian abierto negociaciones para el restablecimiento de la paz; los embajadores iban y venian del Haya á Londres, procurando entenderse mientras las escuadras se buscaban para destruirse. El 29 de julio de 1653, Monk, que habia tomado el mando en jefe en ausencia de Blake á quien el mal estado de su salud habia obligado á desembarcar para procurarse algun descanso, mandó á sus capitanes no hiciesen presas ni diesen cuartel, y les dijo: «Vosotros no estais encargados de procurar mas bajeles á la república, sino de destruir los del enemigo.» Empeñado con este acrecentamiento de animosidad, el combate continuaba aun indeciso el 31 de julio, cuando Tromp, que habia penetrado hasta el centro de la escuadra inglesa, cayó mortalmente herido de un balazo. «Yo muero; pero vosotros cobrad valor»; tales fueron sus últimas y únicas palabras. Ni sus tenientes Ruyter, Cornelio de Witt, Floritz y Ewertz, ni los Estados Generales, sus señores, perdieron valor, pero sus esperanzas se desvanecian á medida que las fuerzas de su patria se aniquilaban, y los proyectos de sus enemigos se revelaban en la lucha. Por una estraña coincidencia, el mismo dia en que Monk y Tromp median sus fuerzas

no lejos de las bocas del Meuse, Beverning escribía desde Londres á Juan de Witt: «Vuestra señoría ha visto en mis anteriores cartas que siempre he tenido poca confianza en nuestro arreglo con esta nacion... El velo se ha descorrido al fin, en la última respuesta del Consejo de Estado; se han atrevido á proponer que las dos repúblicas unidas y confundidas no for-



HARRISON.

men en lo sucesivo sino una sola, sometida á un solo gobierno supremo, compuesto de personas tomadas de ambas naciones... Hace dos dias que hemos entregado un memorandum para pedir al Consejo nuestra audiencia de despedida; pero aun no hemos sido despachados. No dudo que el irritante proceder y las extravagantes proposiciones de estas gentes abri-

rán los ojos á todos los príncipes de Europa, acerca de sus ambiciosos é insaciables proyectos.» Tres de los embajadores holandeses, Nieuport, Van de Perre y Tongestall, se volvieron al Haya, pero Beverning permaneció en Londres, puesto que así por una parte como por otra no se queria romper toda negociacion; Cromwell se ocupaba en evitar esta estreñidad, por lo cual Beverning tuvo con él muchas conferencias que dejaron entrever algunas probabilidades de arreglo. «El último sábado he tenido, escribia, con su escelencia Cromwell una conversacion de dos horas, sin testigo alguno. Su escelencia ha hablado su propia lengua con tanta claridad, que he podido entenderle; yo le he respondido en latin. He insistido en muchos puntos que su escelencia ha considerado muy graves, y acerca de los cuales me ha prometido reflexionar»; y tres semanas mas tarde: «Encuentro un poco mas de moderacion; espero que se contentarán con una buena y estrecha alianza.» Pero el Parlamento Barebone estaba todavia allí; las arrogantes pretensiones de los fanáticos se manifestaban con entera libertad; el poder estaba dispersado, y la sinrazon desencadenada; así es que nadie se atrevia á decidir y á determinar. La guerra y las negociaciones continuaron entre Londres y el Haya sin producir resultado. La misma rigidez y la misma impotencia se advertian en las relaciones de la república con los demás estados. Cromwell hizo nombrar á Whitelocke embajador cerca de la reina de Suecia, cuya benevolencia deseaba ver convertida en una verdadera y eficaz alianza. Whitelocke dudaba aceptar esta mision lejana, que mas parecia una muestra de desconfianza que de favor; su esposa se oponia á ello con lágrimas en nombre de su tranquilidad y de sus doce hijos, aconsejándole recordase que Dorislao y Ascham habian sido asesinados. Pero Cromwell insistió, diciéndole: «Esto es de la mayor importancia para la república; pues no hay en toda la cristiandad un príncipe ni un Estado con quien tengamos mas probabilidades de contraer amistad, que la reina Cristina... Si os negais á aceptar esta embajada, el interés protestante sufrirá un quebranto... Vuestra mision es el mejor medio de arreglar nuestros asuntos con los holandeses y los dinamarqueses, y tambien nuestros negocios mercantiles... Yo me obligo á cuidar por mí mismo de vuestros intereses, y me esmeraré en hacer que nada os falte; os quedaré particularmente agradecido si aceptais, y me uniré á vos como vuestra piel á vuestra carne.» Whitelocke aceptó; pero despues de dar su consentimiento, no encontró en el Parlamento ni en el Consejo de Estado las simpatias que se le habian prometido, pues se suscitaron dudas acerca

de su piedad, y no se le concedió lo que él juzgaba necesario para llenar debidamente su mision; pidió un sueldo de quinientas libras esterlinas (37,500 francos) mensuales, y solo se le señalaron mil (25,000 francos); un séquito de cien personas, y solo fueron autorizadas setenta. Retrasado por estos inconvenientes y estas contradicciones, no partió hasta dos meses despues de su nombramiento. Asi, pues, hasta los negocios resueltos se despachaban penosa y lentamente, y á veces aun los mas fáciles no llegaban á ejecucion. El embajador de Portugal, el conde de Sa, que se hallaba en Londres hacia mas de año y medio, á fin de poner término á las desavenencias que mediaban entre los dos Estados, habia accedido á todas las indemnizaciones y condiciones que el Parlamento habia exigido; «condiciones de tal naturaleza, escribia Bourdeaux á M. Servien, que siempre seria muy fácil arreglar los negocios á semejante precio.» Esto no obstante, el tratado con Portugal no se concluia. El proyecto de alianza que en nombre del rey de España habia presentado don Alonso de Cardenas el 12 de setiembre 1652 al Parlamento Largo, continuaba tambien suspenso, como olvidado y sin resolverse. El ministro de Francia, á pesar de la obstinada negativa que encontraba su reclamacion de que se restituyesen los buques apresados por Blake delante de Calé, parecia tener mas adelantada su negociacion, puesto que se le habia dejado entrever algun deseo de enviar á Francia un embajador; los comisionados encargados de tratar con él, le habian manifestado que «si su magestad deseaba entablar alguna alianza con su Estado, no les uniría el interés de los mercaderes, diciéndome con una especie de desprecio: ¡Cómo! ¿nos ocupamos aqui de mercaderes? Este no es el punto esencial del negocio».

El Parlamento Largo se hallaba en inminente peligro y buscaba amigos, y en el momento en que se verificó su espulsion, Bourdeaux se creia próximo á concluir un tratado con él. Reanudó, pues, sus trabajos, y concibió nuevas esperanzas despues de haber renovado sus credenciales. Mazarino, siempre pródigo de lisongeras promesas, escribió á Cromwell ofreciéndole y pidiéndole una amistad útil, y Cromwell le respondió, afectando hasta el exceso una rara humildad: «Es una sorpresa para mi que vuestra eminencia haya fijado su atencion en un hombre tan insignificante como yo, que en cierto modo vivo alejado del mundo. Este honor me ha causado, como debia causármela, una profunda impresion, y me obliga á servir á vuestra eminencia en todas las ocasiones que tenga la dicha de hallar; á ello me ayudará, asi lo espero, esta honorable per-

sona; M. Bardoe (Bourdeaux).» Pero estas demostraciones fueron estériles, porque la Francia, su rey y su cardenal, eran para los republicanos y anabaptistas del Parlamento Barebone objeto de una antipatía y una desconfianza que Cromwell no quería arrostrar todavía. «No es posible que se os haya informado de todos los desaires que vuestro enviado ha recibido en Londres, escribía M. de Gentillot á M. de Brienne... Su eminencia ha dicho públicamente que el general Cromwell le hacia tributar muestras de consideracion, y que todo se hallaba en buena correspondencia. Pero aquí se cree todo lo contrario, y que ha tratado con mucha dureza á vuestro enviado, no habiéndole querido nunca conceder una audiencia privada, ni recibir algun cumplimiento particular; esto os lo digo para induciros á que os persuadais de la mala voluntad de este régimen, á fin de que esteis precabidos respecto de él.» Bourdeaux recibió pronto y trasmitió á París la misma impresion. «El general, escribió á M. de Brienne, me parece poco afecto á la Francia, pues la primera respuesta que me dió, á lo que le dije de que el rey se hallaba muy inclinado á la alianza de las dos naciones, fue que una guerra justa valia mas que una paz deshonrosa. (*Justum bellum præstabat iniqua pax*). Dos meses despues, la frialdad y la reserva eran aun mayores. «Desde hace algun tiempo, escribía Bourdeaux, mister Cromwell me ha hecho decir por conducto del maestro de ceremonias, que me rogaba no volviese á dirigirme á él oficialmente, aunque esto solo me ha ocurrido dos veces; y habiéndose alejado de mí en algunos encuentros, no he podido hablarle, y por medio de terceras personas me ha sido preciso insinuar las razones que deben obligar á la Inglaterra á buscar la amistad de la Francia, puesto que su magestad procede en esto con sinceridad, y se siente dispuesto á acceder á todo lo que el decoro permita para tranquilizarles.»

En presencia de un parlamento fanático y subalterno, y en el seno de aquella república débil, víctima de los conflictos suscitados entre los diferentes poderes y de las preocupaciones populares, no podia adoptarse una política decidida y consecuente; nadie, ni aun el mismo Cromwell, se sentia con fuerzas bastantes para aceptar solemnemente la responsabilidad de un grande acto, ó la prosecucion de un gran propósito.

Las cosas cambiaron de aspecto cuando Cromwell fue nombrado Protector: en punto á la política extranjera, hacia prevalecer en el gobierno dos ideas fijas: la paz con las Provincias-Unidas y la alianza con los Estados protestantes, eran á sus ojos las dos condiciones vitales de la seguridad y la grandeza de su país en Europa, y de su seguridad y su propia

grandeza en Europa y en su país. Así, pues, todos sus esfuerzos se encaminaron desde luego á la realizacion de estos dos proyectos.

La paz con las Provincias-Unidas era para él difícil, pues habia probado y sostenido esplicitamente el ambicioso proyecto de la incorporacion de arabas repúblicas; y no solo no querian renunciar á él los utopistas fanáticos, sino que muchos de los jefes del ejército, y aun de los mas sensatos, entre los cuales figuraba Monk, habian adquirido durante la guerra tal odio y desprecio á los holandeses, que les parecia insoportable cualquiera concesion á estos rivales á quienes habian vencido y se proponian destruir. Por simpatía protestante, por interés comercial y por el cansancio que le ocasionaban los impuestos, la nacion inglesa deseaba esta paz: pero el partido revolucionario y el militar eran por lo general opuestos á ella, y acusaban á Cromwell de que la queria por su propia cuenta y con la única mira de consolidar su poder. El Protector no desconocia esta oposicion, y contemporizaba con ella en su lenguaje y en los trámites de la negociacion, pero sin titubear ni ceder en su propósito. Al mismo tiempo que se mostraba exigente y altivo con los enviados de los Estados Generales, mantenía secretas inteligencias entre Beverning y Nieupart, que pertenecian á la provincia de Holanda, y que como él, querian decididamente la paz. Renunció á la incorporacion de las dos repúblicas y á ciertas estipulaciones demasiado ofensivas ó demasiado onerosas para los holandeses; admitió sus aliados, entre otros al rey de Dinamarca, al beneficio del tratado, y á este precio aseguró á la Inglaterra, no solo una estrecha alianza con las Provincias-Unidas, sino brillantes garantías de su preponderancia marítima y de su prosperidad comercial. Sobre un solo punto, sobre un interés revolucionario, que era el suyo propio, se mostró inflexible; despues de haber impuesto á las Provincias-Unidas la obligacion de no recibir en su territorio á ningun enemigo de la república, y habiendo de este modo cerrado este asilo á los Estuardos, pidió que se obligasen á no hacer en tiempo alguno al jóven príncipe Guillermo de Orange ni á sus descendientes stadthouder, ni general de sus fuerzas terrestres ó marítimas, ni gobernador de ninguna de sus plazas fuertes. Quería alejar absolutamente del poder, así en el Haya como en Londres, á los príncipes de la casa de Estuardo y á los adictos á su causa. Esta estipulacion atacaba evidentemente la soberanía y la dignidad de la Confederacion; por lo cual los partidarios de la casa de Orange, que eran numerosos y populares, clamaron llenos de indignacion. Los Estados Generales se negaron á ratificar esta cláusula, y el tratado estuvo á punto

de fracasar. Por esta razon Cromwell substituyó á la negociacion directa y pública un medio indirecto: dijo, pues, á Beverning y Nieuport que se contentaria con un compromiso secreto por parte de la provincia de Holanda, á la cual creia bastante poderosa para decidir por sí sola semejante cuestion. Esto era tentar terriblemente el interés y la pasion del Pensionista de Holanda, Juan de Witt, y de sus amigos que gobernaban esta provincia; Cromwell les pidió que escluyesen para siempre del gobierno, en su patria, al príncipe y al partido que poco antes habian derribado. ¿Hicieron para rechazar esta pretension, esfuerzos formales y sinceros? Todos los documentos de la negociacion, confidentiales ó públicos, parecen atestiguarlo así. Como quiera que sea, la exigencia de Cromwell fue conocida, y la mayor parte de las Provincias-Unidas, y hasta algunas ciudades de la provincia de Holanda, protestaron contra ella; Cromwell insistió perentoriamente, y era preciso optar entre esta cláusula y la continuacion de la guerra. Despues de una viva agitacion, los Estados particulares de Holanda, por catorce votos contra cinco, se decidieron á aceptar el compromiso que Cromwell les imponia; pero mandaron á sus enviados en Londres que intentasen todavía, antes de poner su firma, un nuevo esfuerzo, para alejarlo ó por lo menos modificarlo. El tratado público habia sido firmado el 5 de abril de 1654; la negociacion se prolongó todavía por espacio de dos meses; Cromwell se negó á hacer la menor modificacion, y hasta el 5 de junio, en que por último fue ratificado el artículo secreto, el tratado de paz adquirió el carácter definitivo, en medio de los mas solemnes testimonios de la satisfaccion popular. El rey de Dinamarca, los cantones suizos protestantes, las ciudades Anseáticas y muchos pequeños príncipes protestantes del Norte de la Alemania, estaban comprendidos en él.

Whitelocke, durante este tiempo, negociaba en Suecia el segundo de los tratados que debian colocar la Inglaterra á la cabeza de la Europa protestante. Graves obstáculos, poco previstos, se oponian, sin embargo, al buen éxito de su mision, porque ni la reina Cristina ni su pueblo participaban de las pasiones religiosas á que obedecia la política de que era órgano. Firme y sinceramente protestantes, los suecos eran frios en sus creencias y en sus prácticas. Whitelocke, aunque poco severo, se admiró de la relajacion de las costumbres, de la tibieza del culto, y de la casi completa inobservancia del reposo religioso de los domingos. Desde la primera conversacion, la reina le habló ligeramente del entusiasmo puritano de su patria; y le preguntó: «¿Qué religion profesais en Ingla-

terra? El mundo dice que teneis muchas diferentes: luterianos, calvinistas, independientes, anabaptistas, y aun otras muchas mas exaltadas, cuyos nombres ignoramos.» Cuando empezaron á hablar de alianzas políticas, la reina se mostró favorable á la de la Suecia y la Inglaterra con España, á lo cual respondió Whitelocke: «Se opondrá probablemente á ella la diferencia de religion.»—«Esto no seria un obstáculo á la solidez de la union, replicó la reina, puesto que los holandeses y los dinamarqueses, que son protestantes, se unen bien con los franceses, aunque papistas. Vosotros los ingleses sois disimulados é hipócritas.» Whitelocke se quejó de estas calificaciones, y la reina replicó: «No digo esto por vuestro general ni por vos; pero creo que hay en Inglaterra muchas personas que hacen alarde de mas santidad de la que realmente tienen, con la esperanza de alcanzar por este medio los favores de la fortuna.» El embajador de Cromwell encontraba con frecuencia preveniciones y disposiciones muy hostiles en el pueblo sueco: por las noches los grupos iban á gritar delante de su puerta: «¡Fuera de aquí esos perros ingleses, que han degollado á su rey!» En Stokolmo llamaban al Parlamento británico «una reunion de zapateros y sastres.» Whitelocke se vió precisado muchas veces á precaverse contra proyectos de insulto y aun de asesinato. Cuando entró en conferencia con el viejo canceller Oxenstiern, «el gran sabio del Continente,» como le llamaba Cromwell, tropezó con objeciones muy graves y de difícil refutacion. «Quisiera saber, le dijo Oxenstiern, cuál puede ser la estabilidad de vuestra república y de vuestro gobierno, y en qué consiste que vuestro anterior Parlamento, que habia sido convocado por el difunto rey, ha sido disuelto, y por qué habeis establecido otro que probablemente, segun se dice, será tambien disuelto. ¿Qué bueno y sólido cimiento podria tener nuestro tratado? ¿Teneis al gobierno real por ilegítimo, puesto que lo habeis abolido?» Whitelocke defendia y esplicaba como mejor podia los hechos que apenas aprobaba en su interior; pero no conseguia convencer al canceller, hombre reservado y lento por temperamento y por cálculo, y que prolongaba la negociacion, pues queria ver lo que ocurriria entre la Inglaterra y las Provincias-Unidas, y si harian la guerra ó la paz. La inquietud de Whitelocke se redobló al descubrir que Oxenstiern abrigaba en el fondo de su alma «un poco de envidia al Protector, que habia hecho cosas de mas valía que él, y se habia elevado á esa alta posicion con que el canceller habia soñado revestirse, cuando la reina era jóven, pero á la cual no habia podido llegar.» Whitelocke dió cuenta á la reina de las objeciones que suscitaba

Oxenstiern, y de los temores que le inspiraban; pero Cristina aprobó mucho las respuestas que él había dado, y le dijo que «si no lograban entenderse, á ella correspondia decidir en definitiva el asunto, y que siempre la encontraria guiada por el honor y la razon.» Pero en el mismo momento en que la reina daba esta seguridad á Whitelocke, acercó á él su silla, y le dijo: «Mucho voy á sorprenderos con una cosa que voy á comunicaros, pero bajo la fe del secreto.»—«Yo conozco demasiado bien, señora, los negocios de Inglaterra, para que me sorprendan las confidencias de una jóven; sea, pues, cual fuere la comunicacion que vuestra magestad tenga á bien hacerme, exigiéndome el secreto, la obedeceré fielmente.»—«Hé aquí mi secreto, caballero: he resuelto abdicar la corona de Suecia y retirarme á la vida privada, que es mucho mas agradable para mí, que las molestias y los afanes inherentes al gobierno de mi reino. ¿Qué pensais de esta resolucion?»

Nada podia turbar mas hondamente á Whitelocke, porque toda su esperanza se cifraba en la reina Cristina. Cromwell se lo habia dicho asi en el momento de su partida, y despues de su llegada á Suecia todo habia confirmado el juicio del Protector. Su mision, por lo tanto, no podia ser otra cosa que un ridiculo revés, si solo habia ido á recibir esta confianza y á asistir al espectáculo de la abdicacion de aquella princesa, la única que podia hacerle quedar airoso. Hizo, pues, vanos esfuerzos para disuadirla de su intento, y se retiró lleno de inquietud de la entrevista que le habia valido el honor de semejante secreto.

Whitelocke no contaba bastante con el imperio que el génio y la fortuna maravillosa de un gran hombre debian ejercer en la imaginacion de una mujer de condiciones poco comunes y tambien superiores, y que cifraba su placer y su gloria en conducirse segun sus caprichos é ideas, no segun las reglas que le imponian la razon y su propio rango. En la primera audiencia particular que le concedió, dijo á Whitelocke: «Vuestro general es uno de los hombres mas galantes del mundo, y ha hecho cosas mayores que hombre alguno; el principe de Condé está cerca de él pero debajo. Honro y respeto á vuestro general mas que á hombre viviente, y os ruego se lo hagais saber de mi parte.» Algunos dias despues preguntó con curiosidad á Whitelocke, acerca de la familia, la esposa y los hijos de Cromwell, añadiendo: «La historia de vuestro general tiene alguna semejanza con la de mi antepasado Gustavo I, que, de simple descendiente de una familia noble, se elevó al rango de mariscal de Suecia, librando á su patria de la opresion en que la tenia el rey de Dina-

marca; y en recompensa fue elegido rey de Suecia. Creo que al fin vuestro general será rey de Inglaterra.—«Permitidme, señora, que os diga que eso no es posible, porque la Inglaterra ha resuelto vivir en república, y mi general, que manda todas las fuerzas de su país en tierra y en mar, tiene bastante poder para contentarse con él.—Pensad lo que queráis; yo creo que vuestro general ha decidido hacerse rey.» La reina recibió antes que Whitelocke la noticia del establecimiento del Protectorado; y al verlo le preguntó: «¿Habeis recibido cartas de Londres?—Aun no, señora; pero tengo motivos para creer que la noticia es cierta, y espero con impaciencia saber lo que vuestra magestad piensa acerca del particular.—Seguramente, profeso á vuestro general y á vos el mismo respeto que antes, y aun mas, porque prefiero entenderme con uno solo á entenderme con muchos.» No era solo Cromwell sino toda la revolucion de Inglaterra lo que habia impresionado vivamente la imaginacion de Cristina, que se complacia en juzgarla y en hablar de ella con la independencia de un filósofo; asi, pues, manifestó á Whitelocke una gran admiracion por Milton, por la fuerza de su raciocinio y por la belleza de su estilo. Un dia, en medio de un baile, invitó á Whitelocke á bailar con ella; él se excusó con insistencia, porque era cojo, y la dijo: «Señora, temo, al bailar con vos, causar igual vergüenza á vuestra magestad que á mí mismo.—Quiero saber si sabeis bailar.—Aseguro á vuestra magestad que no soy digno de sostener su mano.—Yo os tengo por muy digno de ello, y os he elegido para que baileis conmigo.—Tengo en mucho el concepto de vuestra magestad para no obedecerla; quisiera, pues, recordar lo que en materia de baile, sabia en mi juventud.» En efecto, bailó con la reina, y al acompañarla á su sillón, ella dijo: «Por Dios, que estos holandeses son unos solemnes embusteros.—¿Y por qué, señora, traeis ahora con tanta viveza á vuestra memoria los holandeses?—Os lo diré: los holandeses me dijeron hace mucho tiempo que toda la nobleza de Inglaterra era partidaria del rey, y que en el partido del Parlamento no habia sino jornaleros, y ni un noble siquiera, he querido probaros y avergonzaros: si no sabiais bailar; pero veo que sois un caballero, y que como tal habeis sido educado; por esto, digo, que los holandeses son unos solemnes embusteros.»

Las disposiciones personales de la reina vencieron las dudas de su canciller: despues de haber impuesto hábilmente á Whitelocke algunas concesiones útiles ó lisongeras para su pueblo, la reina cifró su amor propio, en hacer, antes de bajar del trono, un acto de poder en benefi-

del hombre eminente á quien admiraba. El 28 de abril de 1654, Whitelocke firmó con Oxenstiern un tratado de amistad y alianza entre la Inglaterra y la Suecia, en el que se consignaban los artículos esenciales de sus proposiciones. Un mes despues, el 30 de mayo, Cristina abdicó con toda solemnidad ante la Dieta reunida en Upsal; y al dia siguiente 31 del espresado mes, Whitelocke se embarcó en Stokolmo para volver á Inglaterra, á donde llegó (30 de junio), llevando á Cromwell la noticia de un suceso importante para su política, y relaciones á propósito para halagar su orgullo.

Un tratado especial con el rey de Dinamarca, que aseguró al comercio inglés para el paso del Sund, las ventajas de que hasta entonces solo habian disfrutado los holandeses, y el envio de una legacion permanente á los cantones suizos, para mantener en ellos una influencia constante, completaron la obra de la politica protestante de Cromwell. Su objeto estaba conseguido por este lado, puesto que habia entablado estrechas relaciones con todos los Estados protestantes de Europa, combinando hábilmente los intereses con las creencias, y convirtiendo á los débiles en dependientes suyos y á los fuertes en aliados.

Decíase en Francia que proyectaba, en interés del protestantismo, un plan mas vasto y difícil: «El Protector se propone, escribia al cardenal Mazarino uno de sus adictos, congregar un concilio de todas las comuniones protestantes, para reunir las en un cuerpo por medio de la confesion común de una misma fe.» Algunos hechos particulares indican que, en efecto, esta idea habia ocupado su ánimo, pues era uno de esos génius poderosos y fecundos en quienes los grandes proyectos y las grandes tentaciones nacen en tropel; pero aplicaba prontamente su seguro buen sentido á sus mas agradables ensueños, y nunca seguia hasta larga distancia sino aquellos que no resistian esta prueba.

Respecto de las potencias católicas, tomó una actitud de completa y fria libertad, sin aversion ni mala fe, pero sin oficiosidad, mostrándose dispuesto á la paz, pero dejando siempre entrever la guerra, y ostentando una ruda altivez en el cuidado de los intereses de su país ó de su propia grandeza. Terminó, por último, la negociacion, protocolizada por tanto tiempo, con el rey de Portugal, firmando con el conde de Sa un tratado en que la Inglaterra consiguió importantes ventajas para su comercio. Cromwell deseaba ademas hacer sentir su fuerza á la córte de España, viviendo en buena armonía con un soberano (el de Portugal), que poco antes se habia emancipado de su dominio, y á quien ella trataba de usur-

pador. Pero por aquel mismo tiempo ocurrió un incidente trágico que le ofreció la ocasión de dar, á espensas de la corte de Portugal, una brillante satisfacción al orgullo republicano de la Inglaterra, y al antipático instinto del pueblo hácia los extranjeros. Un hermano del embajador portugués, don Pantaleon de Sa, se habia imprudentemente comprometido en una reyerta de calle, cerca de la Nueva Bolsa, en medio del barrio mas populoso de la Cité; al dia siguiente volvió al mismo sitio, acompañado de unos cincuenta oficiales y empleados de la embajada, todos armados de piés á cabeza, y promoviendo un gran tumulto en el que un transeunte fue muerto y otros muchos quedaron gravemente heridos. La seducción era injustificable: el homicidio estaba á la vista, la exasperacion popular era muy viva y la posicion social del principal culpable agravaba la ofensa. Cromwell resolvió que se administrase pronta justicia. Ni las vehementes instancias del embajador, ni los argumentos deducidos de los privilegios diplomáticos le hicieron titubear en su decision. Don Pantaleon de Sa fue, pues, reducido á prision, juzgado, condenado y decapitado el 10 de julio en la Torre de Londres, en presencia de una multitud cuyo feroz orgullo halagaba aquel sangriento espectáculo. El mismo dia, algunas horas antes de la ejecucion de su hermano, el conde de Sa firmaba el tratado que habia ido á negociar, y abandonó á Londres para no presenciar el terrible golpe que no habia podido evitar.

A la vista de tales sucesos y tales actos, pruebas evidentes de una fuerza poderosa y de una energía inflexible, las dos grandes potencias católicas rivales, la Francia y la España se acercaban á Cromwell con una recelosa envidia, apresurándose á asegurarse, y sobre todo á arrebatarle mutuamente su amistad. Desde que fue proclamado protector, don Alonso Cardenas le ofreció en una entrevista particular el apoyo de España para fundar su poder, prometiéndole que el rey su amo se obligaria á rechazar las pretensiones de Carlos Estuardo, y á no soltar las armas hasta que la corte de Francia se viese obligada á sostener tambien el gobierno de Cromwell. En recompensa de este apoyo, Cardenas pidió al protector se aliase con la España contra la Francia y suministrase á la corte de Madrid un cuerpo de tropas de tierra y una escuadra, cuyas dos terceras partes pagaria, y la mitad durante todo el tiempo de la guerra. Algunos meses despues, Cardenas ofreció ademas á Cromwell una suma considerable, hasta 600,000 escudos anuales, «sin tener ni en Londres ni en Flandes, escribía Mazarino á Bourdeaux, el primer ochavo que darle, si les aceptaba el ofrecimiento; añadiendo que con la misma facilidad le pro-

meterian un millon ó dos para obligarle , pues seguramente no les costaría mas cumplir una promesa que la otra. »

Los ofrecimientos de Mazarino eran mas positivos, y conocia mejor el arte de apoyarlos, merced á los ingeniosos ardidés de una diplomacia siempre vigilante. El 21 de febrero de 1654, al enviar á M. de Baas á Londres, hizo escribir por Luis XIV al protector una carta llena de frases lisonjeras y casi amistosas. Bourdeaux fue ascendido á la categoría de embajador, y recibió la orden de desplegarla con gran fausto. Averiguaron cuáles eran los términos en que Cromwell y su Consejo deseaban se redactasen las credenciales, y hasta hubieran querido que Luis XIV llamase al Protector *mi hermano*; pero la complacencia monárquica no estaba aun dispuesta á llegar tan lejos, y por lo tanto, se propuso el título de *mi primo*; pero Cromwell lo rechazó, declarando que no queria otro que el de *Protector*. Mazarino le hizo ofrecer, si se concluía el tratado de alianza, primero 1.200,000, luego 1.500,000, y luego 1.800,000 libras anuales, y la entrega de Dunkerque á la Inglaterra cuando las tropas francesas é inglesas reunidas se hubiesen apoderado de esta ciudad. La mansion de los príncipes proscriptos en Francia era el contínuo objeto de la desconfianza y las reclamaciones de Cromwell. Carlos II acababa de salir de ella para ir á fijar su residencia en Colonia; pero la reina su madre y sus dos hermanos, los duques de York y de Gloucester, continuaban viviendo, ya en Saint-Germain, ya en París; y el duque de York hasta servia en el ejército francés. Mazarino hizo entrever que se podría fácilmente « hacer marchar este príncipe, por medio de algun ardid político, al lado de su hermano, y señalar á la reina madre alguna ciudad del reino, bajo la forma de patrimonio, á donde podría retirarse con el duque de Gloucester, quien al llegar á una edad mas adelantada, en la cual sus designios pudiesen inspirar algun temor, seria tambien enviado al lado del rey su hermano. » Y á estas seguridades políticas Mazarino unia toda clase de atenciones personales: « Consultad al señor embajador, y á vos mismo, escribia á M. de Baas, si seria oportuno que yo enviase algunos presentes á M. el Protector, y decidme si creéis que no seria demasiada familiaridad que estos presentes consistieran en algun obsequio de vinos, y en fin, en algunas otras cosas que puedan serle mas agradables.

El cardenal mostraba tanto mas empeño en complacer al Protector, cuanto que la corte de España no era cerca de él su único rival, toda vez que al recibir la noticia del establecimiento del protectorado, el príncipe de Condé se habia apresurado á escribir á Cromwell: « Infinitamente me

alegro de la justicia que se ha tributado al mérito y á la virtud de vuestra alteza. Solo en esto podia la Inglaterra hallar su salvacion y su reposo; y considero á los pueblos de los tres reinos en el colmo de su felicidad al ver ahora sus bienes y sus vidas confiadas á la direccion de tan gran hombre. Por mi parte, suplico á vuestra alteza crea que me tendria por muy dichoso si pudiese serle útil en alguna ocasion.» Los agentes del príncipe Barriere y Cugnac, como tambien los diputados por Burdeos, continuaban en Londres, esforzándose por alcanzar en favor de la Fronda el apoyo del Protector, como poco antes habían solicitado el del Parlamento.

Cromwell recibia todas estas demostraciones con las mismas apariencias de cordialidad; no porque todas le mereciesen idénticas simpatías, ni porque entre aliados tan opuestos titubease indiferente ó irresoluto, sino que, al contrario del Parlamento Largo, se inclinaba mucho mas hácia la Francia que hácia la España, pues habia adivinado con una sagacidad superior que la España seria en lo sucesivo una potencia apática y poco eficaz, y que, á pesar de sus demostraciones favorables, era mas hostil que cualquiera otra á la Inglaterra protestante, porque era mas exclusivamente adicta que otra cualquiera á las máximas y la influencia de la Iglesia romana. Y al mismo tiempo que tenia poco que esperar de España, esta nacion ofrecia á la ambicion marítima de la Inglaterra, por sus vastas posesiones en el Nuevo Mundo, ricas y fáciles presas. De la Francia, por el contrario, Cromwell tenia mucho que temer, porque tenia á su disposicion los Estuardos, y un inútil apoyo que esperar, porque estaba gobernada por una política libre y activa, capaz de pensar y obrar con resolucion. Pero la mayor parte de los compañeros de Cromwell, y entre otros Lambert, no tenian nociones tan exactas acerca del estado de las cosas y de los intereses de su patria; esclavos de la rutina de las ideas y de las pasiones populares, destestaban especialmente á la Francia y deseaban la guerra contra ella, asi por el honor, decian, como por la seguridad de la república. Cromwell, siempre contemporizador respecto de las disposiciones de los hombres de quienes se proponia servirse, procuraba atraérselos en este punto; unas veces en entrevistas particulares, otras en reuniones celebradas en casa de su hijo Enrique, sus íntimos parciales trabajaban en hacer comprender á Lambert y á los oficiales preocupados los peligros de un rompimiento definitivo con la Francia y las ventajas que de su alianza podian reportar. El embajador de España tenia algunas veces noticia de los sentimientos ocultos de Cromwell, «y entonces prorumpia, dice Bordeaux, en gran denuestos contra este régimen, deseando que el

rey su amo y el rey de Francia se librasen , mediante un arreglo , de todas las bajezas que la envidia obligaba á hacer á una y otra , en obsequio del Protector , para atraerlo á sus respectivos intereses . Pero Cromwell , que no estaba dispuesto á manifestarse de una manera terminante , disipaba fácilmente el mal humor de Cardañas y Bourdeaux , haciéndoles entrever alternativamente la esperanza de lograr sus preferencias ; así , pues , respondió á sus proposiciones , declarando que eran las suyas . A España , ademas de la suma de 50,000 escudos mensuales que Cardañas le habia ofrecido , le pidió la libre navegacion en las Indias Occidentales , y la seguridad de que los comerciantes ingleses pudieran practicar libremente su religion en España , al abrigo de toda persecucion por parte de la Inquisicion , sirviéndose de la Biblia inglesa y otros libros religiosos con arreglo á su fe . De la Francia quiso lograr primero 4.000,000 , y despues 2.000,000 por lo menos de libras anuales ; la entrega de una importante plaza marítima , de Brest , por ejemplo , mientras esperaba que Dunquerque fuese tomado , la espulsion de los Estuardos y de cierto número de realistas , cuyos nombres daba , y por último , ciertos compromisos para la libertad de conciencia y la seguridad de los protestantes franceses . Cardañas y Bourdeaux se quejaron á su vez al recibir noticia de tan desmedidas pretensiones . « Pedir la independenciam respecto de la Inquisicion y la libertad de navegacion en las Indias Occidentales , dice Cardañas , equivale á pedir los dos ojos de mi señor ; acerca del particular nada puede hacerse sino conforme á la práctica de los tiempos pasados . » — « Peticiones tan exorbitantes , respondió por su parte Bourdeaux , no pueden considerarse sino como un pretexto de que el Protector quiere valerse para eximirse del cumplimiento de la palabra , que anteriormente ha dado de entenderse con la Francia . » Ambas negociaciones continuaron con diferentes alternativas , puesto que unas veces Cromwell moderaba sus pretensiones , y otras se le ofrecian concesiones mas amplias , hasta que al fin se llegó , especialmente por parte de la Francia , á proyectos de tratado minuciosamente redactados y debatidos ; pero nada se concluyó de un modo positivo ni con una ni con otra de las espresadas potencias . Cromwell mantenía á entrambas en suspenso , y por este medio se hacia cada vez mas el blanco de su envidia y oficiosa complacencia .

Solicitado así en lo exterior por todos los Estados , y vencedor en lo interior de todos los partidos ; en presencia del orden civil robustecido y de la paz restablecida por su poder , creyóse en disposicion de arrostrar sin peligro la prueba que le imponía el artículo VII del Acta constitucio-

nal del Protectorado, y decretó para el 3 de setiembre de 1654, aniversario de sus victorias de Dumbar y Worcester, la reunion de un Parlamento libremente elegido.

Esta era la primera vez, despues de catorce años, que la Inglaterra iba á elegir un Parlamento, y hasta el sistema electoral, era nuevo; el Acta constitucional la habia tomado casi en totalidad del plan que Vane estaba á punto de hacer votar por el Parlamento Largo, el mismo día en que fue espulsado por Cromwell. Cuatrocientos sesenta diputados, cuatrocientos por la Inglaterra y el país de Galles, elegidos doscientos cincuenta y uno por los Condados, ciento cuarenta y nueve por las ciudades y pueblos; mas de treinta por la Escocia y treinta por la Irlanda; todos los ciudadanos poseedores de una fortuna real ó personal de 200 libras esterlinas (500 francos), fueron investidos del derecho de sufragio; ninguna condicion de elegibilidad se impuso, sino la de ser hombre de integridad, temeroso de Dios, de buenas costumbres y veinte y un años de edad; todo aquel que hubiese tomado partido contra el Parlamento desde el 1.º de enero de 1641 y todos los Católicos, quedaban escludidos del derecho de elegir y ser elegidos: tal era el sistema. Tres partidos se disputaron con ahinco la victoria electoral: los partidarios del Protector, los republicanos y los presbiterianos que habian hecho la guerra al rey, pero que deseaban el restablecimiento de la monarquía. Todos los hombres notables del gobierno de Cromwell, á escepcion de lord Lisle, fueron elegidos; entre los republicanos acreditados, Vane, Ludlow, Sidney y Hutchinson, ó no lo fueron, ó no se presentaron como candidatos; pero Bradshaw, Haslerig, Scott y otros muchos, igualmente entusiastas aunque menos conocidos, triunfaron de los candidatos del Protector. Los presbiterianos fueron numerosos, y se presentaron, no como adversarios decididos, sino como independientes y poco benévolos. A todos se imponía una misma condicion, así por el artículo XII del Acta constitucional del Protectorado, como por el mismo proceso verbal de su eleccion. «Los elegidos no tendrán el poder de cambiar el gobierno, tal como actualmente está constituido, en una sola persona y un Parlamento.»

Desde la primera reunion, y con motivo de una invitacion de Lambert, que al salir del sermon invitó á los miembros allí presentes á trasladarse á la Cámara reunida donde el Protector les esperaba, se manifestaron algunas señales de descontento, y algunos miembros gritaron: «No os movais.» Ocurria esto en un domingo, y en tal día nada podia hacerse. Cromwell no creía en manera alguna faltar al precepto del

reposo dominical, y se limitó á recibir el Parlamento, y á pedir á sus miembros que se reuniesen al dia siguiente en la misma sala, en la cual les haria algunas comunicaciones que juzgaba necesarias al bien de la república.

« Señores, les dijo al siguiente dia: os reunís aquí en las mas graves circunstancias en que, á mi parecer, se ha encontrado la Inglaterra; estais encargados de los intereses de tres grandes naciones; y aun pudiera decir sin hipérbole, que estais encargados de los intereses de todos los cristianos del mundo... Vuestra mision es curar y fundar.» Alejó los recuerdos de lo pasado, que en lugar de curar, dijo, podrian abrir de nuevo las heridas; pero se detuvo en la pintura de la situacion del país al inaugurarse el gobierno del Protectorado, y prosiguió: «¿En el órden civil, cuál era la situacion de nuestros negocios? Un noble, un *gentleman*, un propietario labrador, hé aquí la clase buena de la nacion; la clase que ha formado durante muchos siglos el esplendor de la Inglaterra; pues bien: ¿esta clase no estaba pisoteada con cólera y desprecio por los Niveladores? A sabiendas ó por ignorancia, los Niveladores querian colocar todas las gerarquías, todas las propiedades y todas las fortunas bajo un pié de igualdad, y hacer al inquilino tan rico como el propietario. Pero aun cuando lo hubieran conseguido, su obra no hubiera sido de larga duracion, porque despues de haber labrado su fortuna, estos mismos hombres hubieran celebrado y defendido á su vez la propiedad y la riqueza; pero entre tanto el contagio de sus principios podia estenderse mucho, porque este lenguaje es siempre agradable á todos los pobres, y saludado por todos los perversos... En el órden espiritual, nuestra condicion era aun mas deplorable.» Trazó en seguida el cuadro de todos los estravíos que á nombre de la religion daban por resultado la licencia, la blasfemia ó la locura. «La gracia de Dios, dijo, se ha convertido en libertinage; de Cristo y del espíritu de Dios se ha hecho un manto para toda clase de maldades y de concepciones depravadas... Y el magistrado nada tiene que ver con todo esto, y se limita á ocuparse del hombre exterior; el hombre interior no es objeto de su estudio... Y semejantes pretensiones se formulan ¡á nombre de la libertad de conciencia! ¡La libertad de conciencia y la libertad civil, los dos bienes cuya defensa es mas gloriosa que la de cualquiera otro de cuantos Dios nos ha concedido, prostituidas hasta el punto de patrocinar tamañas infamias! Destruir, destruir, destruir: hé aquí todo lo que habia en el espíritu y en el corazon de los hombres... Y para colmo de nuestras desventuras, teníamos la guerra exterior, la

guerra con los portugueses, la guerra con los holandeses, la guerra con los franceses; sufrimientos crueles para el comercio de la nacion, y cargas que el erario público no hubiera podido sobrellevar mucho tiempo... Era forzoso sucumbir á todos estos males, ó aplicarles un remedio. Un remedio ha sido aplicado; y este es el gobierno actual. Poco diré acerca de



EL CONDE DE PEÑARANDA.

esto, puesto que el hecho es claro y está á la vista de todos; hable, pues, ese hecho por sí mismo... No obstante, me será permitido, así lo espero, humildemente delante de Dios, y modestamente delante de vosotros, decir algunas palabras en favor del gobierno. Solo quiero poneros un poco al corriente acerca de lo que ya ha hecho, y del estado en que actualmen-

te se hallan nuestros negocios... El gobierno ha trabajado por reformar las leyes... están preparados muchos proyectos que pronto serán sometidos á vuestra deliberacion... El tribunal de cancillería ha sido reformado... El Parlamento se ha esforzado por contrarrestar la temeraria manía de que cualquiera, por insignificante que fuese, se hiciese ministro y predicador de la fe, y ha establecido un método para reconocer y consagrar los hombres piadosos y aptos para el desempeño de tan importante obra. Tambien ha adoptado medidas para espulsar á los que son incapaces de ella, y ocasionan el escándalo y la deshonra de este ejercicio. El gobierno ha hecho aun mas: ha sido el instrumento de la convocacion de un Parlamento libre; digo de un Parlamento libre... olvido tal vez, pero tengo el pensamiento de deciros, y deseo que sea bien entendido, que si se ha hecho algun bien, el Señor es quien lo ha hecho, y no nosotros sus humildes instrumentos... Os he hablado de las guerras que dejaban exhausto vuestro tesoro; ahora teneis la paz con la Suecia, la paz con la Dinamarca, la paz con la Holanda. Poco hablaré de esta última paz, pues veo que sus beneficios son bien comprendidos... Nada era mas grato á nuestros enemigos que vernos en guerra con esta república. Cuanto mayor es la seguridad que nos proporciona la paz con los Estados protestantes, tanto mayores son la fuerza y el honor que el interés protestante adquiere en el mundo. Deseo que consideréis siempre como un deber la viva defensa de este interés... Tambien hemos hecho la paz con Portugal, y nuestros comerciantes que trafican en él, disfrutarán de la libertad de conciencia, de la libertad de adorar á Dios en sus propias capillas. La paz con todos los pueblos debe ser deseada, siempre que pueda ser obtenida con conciencia y honor. Estamos en negociaciones con la Francia... Me atrevo á decir que no hay en Europa una sola nacion que no desee vivir en paz con nosotros... Verdaderamente Dios nos ha tratado con bondad, y he creído de mi deber hacéroslo conocer. Todo esto no es aun otra cosa mas que meras perspectivas ó puertas de la esperanza; mediante la bendicion de Dios, podreis entrar en el reposo y la paz, pero todavía no habeis entrado... Os digo estas cosas, no como un hombre que intenta abrogarse el imperio sobre vosotros, sino como un hombre resuelto á servir fielmente, de acuerdo con vosotros, y en sus grandes negocios, al pueblo de estas tres naciones. No os detendré aquí por mas tiempo; os pido, pues, que os retireis á vuestra cámara, y que ejerzais vuestra libertad en la eleccion de un presidente, sin perder tiempo en vuestros trabajos.»

Parece que estas juiciosas palabras debian haber llamado la atencion de todos los hombres comprometidos como el mismo Cromwell contra la antigua monarquía, é interesados como él en robustecer el gobierno de la revolucion; pero cuando los partidos están separados entre sí y apasionados hasta cierto punto, no se entienden á sí mismos y ni siquiera se escuchan ya; cada uno obedece á su propia idea y marcha á su objeto particular, sin prestar la menor atencion á las verdades que le disgustan, y mucho menos aun cuando proceden de labios que les parecen sospechosos. Despues del discurso del Protector, los republicanos, al volver á entrar en su sala, tornaron á aferrarse á todas las pretensiones del Parlamento Largo, que poco antes habia sido espulsado. No se contentaron con ejercitar los ámplios poderes que el acta constitucional les otorgaba, ni con volver á poner en vigor los privilegios legales y necesarios de la Cámara, entre otros la completa libertad de discusion y de palabra, sino que tres dias despues de su instalacion, decidieron al fin de un largo debate, por una mayoría de ciento cuarenta y un votos contra ciento treinta y seis, que al dia siguiente examinarian si la Cámara aprobaba que el gobierno residiese en una sola persona y en un Parlamento.

Esto era algo mas que la declaracion de una ambicion rival; era la pretension sistemática de no admitir como legítimo ningun gobierno ni poder alguno que no emanase del Parlamento como la criatura de su criador; era la soberanía primordial, única y absoluta en principio, del pueblo, y del Parlamento su representante.

Cromwell no era un filósofo, y no obraba por miras sistemáticas y preconcebidas; pero aplicaba al gobierno los instintos superiores y el buen sentido práctico del hombre destinado por Dios para gobernar. Habia visto prácticamente esa orgullosa pretension de crear por la sola voluntad popular ó parlamentaria, el gobierno entero; habia llevado adelante audazmente la obra de destruccion que debia preceder la nueva creacion, y en medio de las ruinas amontonadas por su mano, habia reconocido la vanidad de estas temerarias esperanzas; habia comprendido que ningun gobierno humano es, ni puede ser obra de la voluntad de los hombres; habia entrevisto en este gran trabajo la mano de Dios, la accion de los tiempos y de todas las causas ajenas á la deliberacion humana. Habiendo entrado, por decirlo así, en el consejo de estas potencias superiores, se consideraba á sí mismo, por el derecho de su génio y de sus victorias, como su representante y ministro. Resolvió, pues, no tolerar que se pusiesen en tela de juicio lo que ellas habian hecho, y lo que él mismo

había llevado á cabo para fundar, en lugar de la monarquía derribada, el nuevo gobierno á cuyo frente se hallaba.

Cuatro días hacia que el Parlamento discutía si daría ó no su aprobación á este gobierno. En la mañana del 12 de setiembre de 1654 los diputados se dirigían á la Cámara para continuar este debate; pero en su camino les salía al encuentro por todas partes el rumor de que el Parlamento estaba disuelto; que el Consejo de Estado y el Consejo de Guerra, despues de una deliberacion comun, habían decidido esta disolucion. Al llegar á Westminster, hallaron las puertas del Parlamento cerradas y custodiadas por soldados; algunos quisieron subir la escalera, pero los centinelas les dijeron: «No se puede pasar, porque la Cámara está cerrada, y tenemos orden de no dejar entrar á nadie; si sois uno de sus miembros, id á la Cámara Pintada, á donde muy pronto irá el Protector. El salon de Westminster, el Tribunal de apelaciones, y la Cámara Pintada estaban llenas de diputados que se paseaban en todas direcciones, haciéndose con ansiedad recíprocas preguntas y esperando al Protector. A las diez llegó Cromwell rodeado de sus oficiales y guardias, y sentándose en el estrado que ocho días antes había ocupado, para abrir este Parlamento, les dijo: «Señores: os he visto aquí há pocos días en unas circunstancias que me inspiraban mas alegría y esperanzas de las que hoy experimento... Entonces os hice conocer el primer origen de este gobierno que os ha llamado aquí, y por cuya autoridad habeis venido. Os dije entonces, entre otras cosas, que erais un Parlamento libre, y lo sois, en efecto, con tal que reconozcais este gobierno que os ha convocado. No es dudoso que estas palabras *Parlamento libre* suponian un lazo mútuo, una reciprocidad entre vosotros y yo... Yo no me he llamado á mi mismo al puesto que ocupo... yo era por mi nacimiento un *gentleman*, que ni vivia en un rango elevado ni en la oscuridad. He sido llamado á diferentes empleos para el servicio de la nacion en el Parlamento, y por otra parte... Despues de haber trabajado de acuerdo con mis hermanos y mis compatriotas, cuando he visto felizmente terminada la guerra contra el enemigo comun, he esperado que podria disfrutar como un simple ciudadano del fruto de nuestras fatigas y nuestros peligros... Mi deseo era volver á la vida privada, y pedí repetidas veces que se me descargara del peso de mi mando. ¡Sea Dios juez entre los hombres y yo, si miento! Muchas personas hay que saben bien que no miento.» En este mismo sentido volvió á recordar todo su pasado, su lucha con el Parlamento Largo, las confianzas que de él había recibido y la necesidad en que se había visto de

disolverlo. «A causa del género de vida que habia hecho, y que me habia puesto en contacto en todas partes con todas las clases de la nacion, conocia mejor que otros los sentimientos de todos, y de los mejores entre todos, y sabia que la nacion estaba disgustada de aquel Parlamento, tan arbitrario en su poder que muchos desgraciados, semejantes á un rebaño de carneros, muchas veces cuarenta en un solo dia, veian confiscar sus bienes, sin que nadie pudiese dar razon alguna de que hubiesen merecido perder un schelling.» Pasando de esto á la convocacion del Parlamento Barebone, prosiguió: «He invocado á Dios delante de vosotros, siendo una cosa muy delicada el hacer asi una invocacion á Dios; espero, sin embargo, que en circunstancias como las presentes, no se ofenderá por ello; puesto que mi principal objeto era renunciar el poder de que era depositario. Yo ejercia un poder ilimitado, porque era por un acuerdo del Parlamento, general en jefe de las fuerzas de estas tres naciones... y no queria retener ni un solo dia este poder ilimitado... Os lo repito, en presencia de Dios, que me ha bendecido y que me ha asistido en mis desgracias como en mis prosperidades; este era mi gran objeto... ¿Cuál ha sido el resultado de esta Asamblea? Esto es un triste recuerdo que encierra una profunda leccion, que espero nos hará mas prudentes en lo sucesivo. Cuando vinieron á buscarme y á resignar su poder en mis manos, yo no tenia la menor idea de su proyecto; puedo decirlo así, en presencia de muchas personas aquí presentes, que saben si falto á la verdad... Mi poder, despues de esta abdicacion fue tan ilimitado como antes... Toda la administracion civil estaba disuelta... Yo tenia á mis órdenes los ejércitos de tres naciones, y en verdad era bastante amado de ellos, y tambien de ese pueblo, de ese buen pueblo... Las personas que entonces tomaron á su cargo la tarea de organizar el gobierno actual se reunieron entre sí; yo no tomé parte alguna en sus consejos: ellas lo saben, pues vinieron á decirme que, si no me encargaba del gobierno, todo caeria en la confusion y la guerra. Neguéme á ello, neguéme muchas veces; ellos lo saben y Dios lo sabe... Insistieron en hacerme acceder, diciéndome que por esto nada recibiria que me elevase á mayor altura de la en que me hallaba; que, por el contrario, el nuevo gobierno ponia límites á mi poder, puesto que me obliga á no hacer cosa alguna sin el asentimiento, primero del Consejo, y luego del Parlamento... En fin, accediendo á sus instancias y á las de muchas personas honradas, acepté las funciones y el título de Protector... Ved, pues, como os he dicho, que yo no me he colocado á mí mismo en esta situacion... Esto

no se ha hecho en la oscuridad; todo ha sido manifiesto y público... Tengo de esta verdad numerosos testigos; tengo testigos delante, fuera y sobre nosotros... He recibido la adhesion de los oficiales del ejército de las tres naciones. Y con la adhesion esplicita de los oficiales, he recibido ademas la adhesion implicita de un cuerpo que tiene no poco que hacer en este mundo para el servicio de Dios y de su pueblo: la adhesion del cuerpo de los soldados... No hay muchas historias que presenten semejante ejemplo; todo el gobierno estaba disuelto; no habia otro elemento de orden en toda clase de cosas, que la espada; pues bien: nuestros soldados deseaban que se pusiese un término á esta arbitrariedad, y que el poder, coartado y limitado como lo está en el Acta constitucional, fuese entregado á un hombre de quien menos desconfiaban y á quien mas amaban. He recibido tambien la adhesion manifiesta y terminante de la gran ciudad de Londres y la de muchas ciudades, pueblos y condados, en nombre de sus nobles, de sus *gentleman* y labradores, que me han dado gracias por haberme encargado de tan enorme peso en tales momentos; y la adhesion de los jueces que han querido, para administrar en conciencia la justicia, recibir de mí nuevas comisiones... y la adhesion de todos los sheriffs de Inglaterra, que han ejecutado mis órdenes, y la de todos los habitantes que, en virtud de estas mismas órdenes han acudido á elegiros... Y vosotros mismos, os pregunto, ¿no dais testimonio de vuestro reconocimiento á mi autoridad? ¿No habeis sido elegidos, no os habeis reunido aquí en virtud de mis órdenes, que habian sido obedecidas por todo el pueblo? ¿El Acta constitucional de este gobierno, no ha sido leida al pueblo en los lugares destinados á las elecciones, para evitar toda sorpresa por fraude ó por ignorancia? ¿No se ha firmado el proceso verbal que establece que los elegidos no tendrán el poder de cambiar el gobierno, tal como actualmente está establecido, en una persona y un parlamento...? Asi, pues, cuando os he dicho que érais un parlamento libre, creí daros á entender claramente, que yo, el Protector, era la autoridad que os ha llamado é investido del gobierno, en virtud de un buen derecho emanado de Dios y de los hombres... ¿Acaso no equivale este carácter á un título hereditario, por lo regular contestable y contestado: objeto de dudas para la ciencia y origen de disputas bajo el aspecto legal? Por mi parte, debo decir que no encuentro razon alguna para no poner este sello de la providencia de Dios en parangon con cualquier título hereditario... Y por lo que á vosotros respecta, el no reconocerlo, el serviros de la autoridad parlamentaria para desconocerlo, el constituiros en sesion aquí, y no

aceptar la autoridad en cuya virtud deliberáis: he aquí lo que admira al público aun mas que á mí, lo que desorienta y perturba á la nación, hasta un punto mayor del que hubiera podido inventar nuestro mayor enemigo... Sabedlo bien; hay en la constitucion política actual, cosas que son fundamentales, y hay otras que son variables y de circunstancias. En todo gobierno debe haber algo de fundamental, algo como una Gran Carta, que sea permanente é inalterable... El gobierno por una sola persona y un parlamento, esto es fundamental... que los parlamentos no sean perpétuos, esto es fundamental; la libertad de conciencia en materias religiosas, ¿no es tambien fundamental? La libertad de conciencia es un derecho natural; el que quiera gozar de ella debe concederla... Hay cosas variables y de circunstancias: ¿se necesitan 200,000 libras esterlinas para pagar los jueces y demás funcionarios civiles? ¿Necesitamos veinte mil hombres de infantería y diez mil de caballería, ó bien pueden bastar cinco mil ginetes y diez mil infantes? Estas son cuestiones de circunstancias, que se debatirán entre vosotros y yo. Me dejaré envolver en mi tumba y sepultar vergonzosamente, antes que consentir se destruya lo que hay de fundamental en este gobierno. Siento haberme visto precisado á llamaros aqui para dirigiros estas acusaciones, y hacerlo en tales términos; pero la necesidad no tiene ley; alegar necesidades fingidas é imaginarias, es procurarse un pretexto para infringir las leyes establecidas, es la mayor superchería que los hombres pueden cometer respecto de la providencia de Dios; pero es igualmente contrario á la gracia de Dios, igualmente culpable y estúpido negar las necesidades reales, como inventar necesidades falsas... Yo habia creido al principio que nada habria de deshonoroso ni de contrario á la libertad del Parlamento en pedir á uno elegido como vosotros lo habeis sido, y antes de vuestra entrada en la Cámara, algun reconocimiento á la autoridad que os ha convocado aqui conforme al Acta constitucional en cuya virtud habeis sido elegidos. Disuadíronme de este propósito, y no lo he realizado; nadie, y sobre todo ninguno de los que os han enviado aqui, pudo creer que vendriais con disposiciones contrarias... Esto, de que al principio me abstuve, me obligais á exigirlo... He mandado que se os negase la entrada en la Cámara del Parlamento. Yo estoy desconsolado, y aun mortalmente desconsolado de que haya motivo para obrar de esta manera; pero lo hay... He aqui un papel que contiene el compromiso de no introducir cambio alguno en la esencia y en los fundamentos del gobierno actualmente establecido; si lo firmais, entraréis en



la Cámara, para hacer en calidad de parlamento, las cosas útiles para el bien del pueblo. El vestíbulo, en la puerta del Parlamento, es el lugar á donde podrán ir á firmar todos aquellos á quienes Dios disponga á dar este paso.»

Tanta osadía en hacer alarde de su poder, y en servirse confusamente, al ostentarla, de la fuerza y del derecho, de la verdad y la mentira, produjo un asombro general. Indignados, pero reducidos á la impotencia los jefes republicanos, Bradshaw, Scott y Haslerig, se negaron á aceptar compromiso alguno, y salieron del Parlamento; y por honor á su partido, cerca de ciento cincuenta miembros siguieron su ejemplo. Pero la mayor parte de la Asamblea aprobó ó se resignó; el primer día ciento cuarenta miembros firmaron el compromiso que se les exigía; antes de finalizar el mes, mas de trescientos habian hecho lo mismo, y el Parlamento seguía sus tareas. Cromwell no mostró el menor resentimiento contra los miembros que se retiraron. « Prefiero, dijo, que esten fuera, á que esten dentro, porque uno solo dentro causaria mas daño que diez fuera. » Los que permanecieron, creyeron, no obstante, que debian á los principios del orden legal y á su propio honor alguna esplicacion y alguna reserva; el 14 de setiembre, á propuesta de Whitelocke, el Parlamento declaró que el compromiso de no hacer cambio alguno, no se aplicaba á los cuarenta y dos artículos del Acta constitucional del protectorado, sino el artículo primero, que establecia el gobierno de la República por una sola persona y por sucesivos parlamentos. Cuatro dias despues, para dar á su docilidad un aspecto de independenciam, la Cámara tomó por su propia cuenta la misma medida que Cromwell acaba de hacerle sufrir; mandó, pues, por sí misma que « nadie fuese admitido á sentarse en su seno si no habia firmado el compromiso de ser fiel al Protector, y de nunca proponer ni consentir cambio alguno en el gobierno de la República por una sola persona y un parlamento. » ¡Bochornoso artificio de una asamblea mutilada, que se atribuia falsamente un acto de violencia, para cohonestar por medio de esta mentira su humillacion!

Un estraño acontecimiento estuvo próximo á derribar este inseguro edificio, laboriosamente sostenido por un brazo tan fuerte. El 29 de setiembre, Cromwell quiso tener el solaz de comer al aire libre en Hyde-Park con Thurloe y algunas otras personas de su casa; su coche iba tirado por seis caballos que poco antes le habia regalado el duque de Oldemburgo; antojósele guiarlos por sí mismo, « no dudando, dice Ludlow, que serian de tan fácil manejo como las tres naciones que habia sometido

al freno. Thurloe no pudo dejar de subir al coche dirigido por el mismo Protector. La tentativa salió bien al principio; pero habiendo Cromwell hecho, según se dice, demasiado uso del látigo, los caballos se desbocaron, el postillon fue derribado del que montaba, Cromwell perdió las riendas y cayó desde el asiento á la lanza, y de esta al suelo; un pié se le enredó en un arnés, y despues de haber sido arrastrado algunos momentos, tuvo la buena suerte de desasirse, y el coche le pasó por encima sin tocarlo; pero en el acto de la caída, una pistola que llevaba en el bolsillo se disparó, descubriendo de este modo en medio del peligro accidental que corria, sus ocultas precauciones contra los peligros permanentes que le rodeaban. Levantado al instante, como tambien Thurloe, que se habia dislocado un tobillo al saltar del coche, fue conducido á Whitehall, donde se le hizo una sangría y se le mantuvo por cerca de tres semanas encerrado en su habitacion, recibiendo pocas personas, y ocupándose poco de los negocios. Los periódicos del gobierno nada dijeron acerca de este suceso; pero los de la oposicion hablaron del peligro que el Protector habia corrido, aunque sin declarar la causa; los poetas áulicos celebraron su milagrosa salvacion; mientras estuvo encerrado en su aposento, sus enemigos decian que se hallaba en gran peligro, al paso que sus amigos aseguraban que estaba muy aliviado; en realidad, el accidente fue mas peligroso que grave, y los términos en que los representantes de los gobiernos extranjeros dieron cuenta del caso á sus respectivas Córtes, indican que la alarma del público no fue profunda ni duradera.

La inaccion real ó aparente de Cromwell se prolongó mucho mas allá de su indisposicion; por espacio de mas de tres meses permaneció completamente inmóvil y taciturno, como quien no tiene otra cosa que hacer sino observar y esperar. El Parlamento discutia el Acta constitucional del protectorado.

Los jefes de la oposicion republicana y el grueso de su partido no estaban ya allí; pero subsistia su imprevision orgullosa y pertinaz. Llamada para fundar un gobierno, la Cámara no se ocupó sino de hacer una constitucion, así es que durante tres meses analizó y enmendó los cuarenta y dos artículos que hizo llegar hasta sesenta, con esa desconfianza democrática y esa sutileza teológica que causan á todo gobierno tanto fastidio como peligro. ¿Tendria el Protector parte en las tareas legislativas, ó debia encerrarse estrictamente en el poder ejecutivo? ¿Su *veto* en los acuerdos del Parlamento seria siempre suspensivo, y por cuánto tiempo, ó algunas veces perentorio, y en qué casos? ¿A quién perteneceria el

derecho de la paz y la guerra? ¿En que términos tendria el Protector la direccion y el mando del ejército y la milicia? ¿Quién nombraria el Consejo de Estado? ¿Cuál seria en los interregnos parlamentarios y en los casos urgentes, la estension de los poderes del Protector en materia de leyes é impuestos? Estas cuestiones, ya resueltas en el Acta constitucional del protectorado, fueron objeto de nuevas discusiones como si semejante Acta no se hubiera publicado, ó solo hubiese sido un tema sin autoridad para el debate; estas cuestiones ocuparon desde el 20 de setiembre de 1654 hasta el 20 de enero de 1655 casi todas las sesiones de la Cámara, y con frecuencia dos diarias. Esto era la eterna pretension de no dar valor alguno al hecho consumado y de constituir de nuevo el gobierno del protectorado, en virtud de la soberanía esclusiva del pueblo y el Parlamento. Y es el caso que las discusiones, aunque apasionadas, rebosaban hipocresía, porque los partidos presentes en la Cámara, estaban igualmente animados en el fondo, de miras que no revelaban: los partidarios del protectorado querian llevar mas allá la reaccion monárquica iniciada, bajo este nombre; los republicanos sumisos á Cromwell se esforzaban por mantener vigentes en las instituciones, algunos medios de volver al régimen republicano que veian caducar; los presbiterianos procuraban hacer prevalecer los principios de monarquía parlamentaria, en virtud de los cuales habian empezado la revolucion. Algunos *caballeros*, que se habian ingerido en la Cámara, disimulando sus resentimientos y su origen, trabajaban á la sombra de un gran celo por la libertad, ó tambien por la República, en fomentar las disensiones de que esperaban la ruina com un de sus diferentes enemigos. A la vista de estos elementos incoherentes, pero siempre prontos, aunque con opuestas miras, á coaligarse contra él, Cromwell y sus adictos procuraban en vano ejercer en la Cámara una influencia que la convirtiese en su favor, en un instrumento de fuerza y estabilidad, puesto que no hacia otra cosa que coartar ó amenazar su poder, y á menudo sufría en ella reveses tan ofensivos á su orgullo como inesperados.

En la cuestion que mas de cerca le afectaba, recibió una amarga prueba de su escaso prestigio. En el seno de la comision general en que se discutió primero la Constitucion, se trató de si el protectorado debia ser electivo ó hereditario; pero habiendo encontrado poco apoyo la idea de un protectorado hereditario, la proposicion habia sido indefinidamente aplazada. El 16 de octubre de 1654 volvió á debatirse, á propósito del exámen del artículo XXXII del Acta constitucional, y la discusion duró

tres dias. «Pocas apariencias habia, escribia Bourdeaux al conde de Brienne, de que la resolucion fuese favorable á Cromwell; sin embargo, el Protector, persuadido de lo contrario, ó movido por alguna otra consideracion que no todos conocen, ha hecho agitar de nuevo esta cuestion. Al principio su partido pareció ser el mas fuerte, y hasta el general Lambert dirigió una arenga para persuadir al Parlamento de que era necesario declarar hereditario el cargo de Protector; pero llegado el momento de la votacion, todos sus parientes y amigos fueron de parecer de que este cargo debia ser electivo; y de doscientos sesenta diputados de que se componia este cuerpo, doscientos han sido de la misma opinion: resultado que no solo ha sorprendido al público, sino tambien á la familia del Protector, que el dia antes se creia seguro de conservar esta dignidad en su casa.»

No contento con combatir ó sujetar de esta manera al Protector en su política, la Cámara le hizo tambien en materias religiosas una oposicion casi continua, aunque menos directa y declarada. Para asegurar dentro de los límites que le permitia el espíritu de su tiempo, la libertad de conciencia, Cromwell habia hecho insertar en el Acta constitucional un artículo que decia: «Los que profesan la fé en Dios por Jesucristo, aun cuando difieran de la doctrina, del culto y de la disciplina públicamente adoptados, no serán molestados en manera alguna sino que, por el contrario, serán protegidos en la profesion de su fé y en el ejercicio de su religion; con tal que no abusen de su libertad para ofender civilmente á los demás, ó para turbar el sosiego público. Debe, no obstante, tenerse entendido que esta libertad no se estiende al papismo, ni al episcopado, ni á los que bajo el nombre de Cristo profesan y practican la licencia.» Estas restricciones, de suyo tan fuertes, no bastaban á los Presbiterianos, numerosos y poderosos en la Cámara, y se propusieron hacerlas mas duras por todos los medios posibles. Una comision compuesta de catorce miembros, á los que se agregaron otros tantos teólogos en quienes prevalecia la influencia presbiteriana, se encargó de redactar el símbolo que debian aceptar todos los eclesiásticos que disfrutaban de beneficios públicos. Estos mismos comisionados recibieron el encargo de definir por los caracteres esenciales que estaban implicados en ellas, estas palabras del Acta constitucional: «Los que profesaban la fé en Dios por Jesucristo,» á fin de restringir dentro de los límites de esta definicion la libertad prometida á los disidentes cristianos. Otra comision se encargó de formar la lista de todas las heregías que debian ser consideradas como condenables. Y

obrando con arreglo á sus máximas, el Parlamento hizo perseguir y prender á muchos hereges, entre otros á Jhon Biddle, utopista de buena fé, pacífico y obstinado, que habia dado á luz muchos escritos poco conformes, en efecto, con la doctrina cristiana. El Parlamento los hizo quemar por mano del verdugo, y mandó se preparase un bill para condenar al autor.

Al mismo tiempo que en las cuestiones de organizacion constitucional, la Cámara se mostraba tan infatigable é inflexible, miraba con desden, ya por indolencia, ya por cálculo, todas las demás cuestiones y todos los demás negocios. Propusieronse muchos bills acerca del tribunal de Cancillería, del tribunal de las Tutelas, la igualdad de las contribuciones públicas, la celebracion de los matrimonios, los imbéciles y los locos, la abolicion del derecho de aprovisionamiento, el alivio de los presos, y casi acerca de todos los intereses que preocupaban al público; pero ninguna de estas proposiciones fue definitivamente discutida y adoptada. No obstante, los reglamentos de reforma que, en el interregno parlamentario, habia confeccionado el Protector por su propia autoridad, y especialmente los que tenian por objeto los procedimientos del tribunal de Cancillería y la espulsion de los ministros y maestros de escuela, indignos ó incapaces, fueron enviados á unas comisiones encargadas de revisarlos detenidamente. Esto era á la vez un aplazamiento de las reformas y una ofensa al Protector. Habíase nombrado otra comision á fin de examinar qué reducciones podrian hacerse en las fuerzas de tierra y mar, á fin de resolver acerca de esto con Cromwell; estas conferencias fueron pocas ó tardías, y aunque hubo mutuo acuerdo á propósito de ciertas reducciones, especialmente en la escuadra, nada indica que fuesen definitivamente llevadas á cabo. Cuando se trató de subvenir á los gastos del ejército y de la escuadra, la lentitud, que era mucho mas grave, fue tambien mucho mas voluntaria y premeditada; dos meses trascurrieron sin que el Parlamento diese la menor señal de pensar en la necesidad de los subsidios, y cuando empezó á ocuparse de ellos, solo tomó resoluciones provisionales é ineficaces. Una órden del Protector habia fijado, primero en 120,000 y luego en 90,000 libras esterlinas, la cantidad mensualmente destinada á este servicio; pero el Parlamento, sin fijar su atencion en la insuficiencia de esta suma, la rebajó á 60,000 libras esterlinas, y aun para esto el bill sufrió largos aplazamientos y nunca fue presentado á la sancion del Protector. Algunas veces, la Cámara, intimidada, ó espontáneamente inquieta, detenía repentinamente sus votos hostiles y dilatorios, y adoptaba

resoluciones conformes con los deseos del gobierno; pero pronto volvía á abandonarse á sus inclinaciones, sin haber hecho otra cosa que aumentar las pruebas de sus dudas y su debilidad con las de su hostilidad al gobierno. Es evidente que no se ocupaba de un modo formal sino de su lucha sorda con el Protector, y que trabajaba sin tregua por hacerle insostenible ó imposible el gobierno, sin atreverse á arrebatárselo, ni tener la fuerza necesaria para ello.

Cromwell sobrellevó con paciencia esta hostilidad, de la cual esperaba que resultase mas descrédito para el Parlamento que peligro respecto de su persona; que no obstante, concluyó por importunarle é inquietarle; tantas críticas, aunque indirectas y tímidas, desprestigiaban y minaban su poder, y la Cámara se proponía prolongar indefinidamente la legislatura por medio del aplazamiento y la insuficiencia de los subsidios. El despecho se apoderó al fin de su alma y habló de disolución. Los mas templados de sus consejeros, entre otros Whitelocke, que segun parece, habia adquirido bastante influencia en la Cámara, se esforzaron por disuadirle de tal propósito, diciéndole que las disoluciones repentinas habian producido siempre funestos resultados al poder; ¿á qué, por consiguiente, atropellar las cosas? El término legal de la legislatura estaba próximo, puesto que no debiendo durar, segun el artículo VIII del Acta constitucional, sino cinco meses, espiraba de derecho el 5 de febrero; y en este caso podría decretar, si lo juzgaba oportuno, la disolución, con mucho menos estrépito é inconvenientes. Pero estas razones producian escaso efecto en el ánimo de Cromwell, supuesto que la Cámara le dejaba toda la responsabilidad del gobierno, al paso que le impedía gobernar; hallábase contrariado y colérico, y deseaba responder con un golpe *ab irato* á aquellos ataques sordos y subrepticios; y no faltaban en su derredor aduladores que escitasen su enojo y apoyasen su pensamiento.

Mientras estas ideas agitaban su espíritu, la misma Cámara le ofreció un pretexto y una ocasion para un rompimiento. Habiendo llegado por último al término de sus debates acerca de la constitucion, el 10 de enero de 1655 los partidarios de Cromwell pidieron que antes de acordar definitivamente la redaccion del bill titulado: «Acta para declarar y arreglar el gobierno de la república de Inglaterra, Escocia é Irlanda, y de los territorios que dependen de ellas;» la Cámara celebrase, acerca de sus disposiciones, una conferencia con el Protector; esta proposicion fue desechada por ciento siete votos contra noventa y cinco. Seis dias despues, el 16 de enero, la Cámara votó ademas por ochenta y seis votos contra cincuenta y cinco,

que este bill no necesitaria para tener fuerza de ley el consentimiento del Protector; pero no bien hubo adoptado esta resolucion, echó de ver el estremo peligro á que se esponia, y la retractó al dia siguiente, decidiendo que el bill seria copiado para ser luego sometido al consentimiento del Protector; pero al mismo tiempo votó que «si el lord Protector y el Parlamento no se ponian enteramente de acuerdo en todos los artículos, el bill seria nulo y sin efecto,» rehusando de esta suerte de antemano al Protector todo derecho de enmienda.

Cromwell tomó al punto su resolucion; al efecto le sugirieron un espediente para que respetase en apariencia la legalidad. Era la costumbre corriente, cuando se pagaba el sueldo á las tropas el contar por meses lunares de veinte y ocho dias. Aplicando este método á la duracion del Parlamento, los cinco meses de legislatura que fijaba el Acta contitucional, espiraban el 22 de enero de 1655. En la mañana del 22 de enero, el Protector se trasladó, seguido de su acostumbrada comitiva, á Westminster, á la Cámara Pintada, y mandó concurrir á ella á la Cámara ya reunida; los diputados concurren, en efecto, sorprendidos é inquietos, esperando alguna brusca manifestacion, pero en manera alguna la disolucion inmediata. «Señores, les dijo Cromwell: la vez primera que os ví aquí, me sentia animado de mucha satisfaccion y esperanza... Volví á veros por segunda vez, y confieso que entonces mis esperanzas estaban muy decaidas, pero no enteramente disipadas. Creia, como lo he experimentado en mi vida militar, que algunas equivocaciones, algunos quebrantos al principio abren muchas veces el camino á grandes y prósperos sucesos, y no desconfiaba que, hallando en vosotros un obstáculo, fuéseis el objeto de las bendiciones de Dios... Yo y estas tres naciones experimentamos hoy una gran zozobra. Vosotros convendreis conmigo en que, desde vuestra entrada en esta Cámara y despues que habeis reconocido el gobierno establecido, no habeis sufrido por mi parte la menor oposicion, ninguna demora á vuestras tareas, ninguna absolutamente hasta hoy. Yo me he abstenido de todo punto de intervenir en vuestras deliberaciones... Pero si no he tenido conocimiento alguno de lo que haciais, he adquirido por lo menos el derecho de deciros que no sé lo que habeis hecho. No sé si habeis estado vivos ó muertos. Durante todo este tiempo, ni una sola vez he oido hablar de vosotros; harto lo sabeis todos... Si por ello he experimentado alguna tristeza, ¿no me hubiese sido permitido considerarme como un hombre enteramente desinteresado y extraño á vuestros negocios? Yo no lo he hecho así; no me he creído

independiente de vosotros... He velado por vosotros, por la seguridad de vuestra legislatura, por la conservacion de vuestros privilegios... Juzgaba como un deber el llegar hasta el fin y esperar lo que Dios hacia por vuestras manos, antes de mezclarme intempestivamente en ello... Pero hoy tengo que deciros algunas palabras; y si no lo he hecho antes, es porque me habia impuesto el deber de no interrumpir vuestros trabajos. Hay árboles que jamás crecen á la sombra de otros árboles... Yo no sé lo que ha crecido á vuestra sombra; no puedo deciros lo que habeis cultivado, pues esto seria demasiado rigor. En lugar de la paz y de la seguridad del Estado; en lugar de la reconciliacion de las personas honradas, lo que ha crecido á vuestra sombra son las espinas y las ortigas, las dudas, las disensiones, el descontento; en los cinco meses de vuestra legislatura, los peligros públicos se han multiplicado mas que en el curso de muchos años pasados. Habeis sembrado nuevas agitaciones entre estas naciones, y despertado todos sus enemigos interiores y exteriores. No os parezcan demasiado duras estas palabras: son verdaderas, tan verdaderas, como una demostracion matemática... Mientras os abandonábais á vuestras ideas, el partido de los *caballeros* ha vuelto á sus antiguos planes y se ha preparado para inundar de nuevo esta nacion en sangre... Se han reunido armas... Se han establecido Bancos que suministren dinero... se han espedido en nombre de Carlos Estuardo, despachos á los regimientos de caballeria é infanteria, para los gobernadores de castillos... Los hombres de bien saben cuáles han sido en todos tiempos las demasias de este partido... No es esto todo; otros azotes han vuelto á presentarse, y hombres de otra clase de los que acabo de citar, hombres verdaderamente espinas y abrojos y aun peores, si hay algo que peor sea. Estos, en nombre de la república, se han esforzado por hundir la Inglaterra en la mas peligrosa y desesperada confusion... Si una república está destinada á sucumbir, preferible es que sucumba ante hombres que ante gentes que se diferencian muy poco de las bestias; si está condenada á sufrir, es mejor que sufra de la mano de los ricos que de la de los pobres, porque estos, como dice Salomon, cuando oprinen, son como una tempestad que todo lo devasta y nada deja en pos de sí. He aquí qué clase de enemigos públicos han crecido á vuestra sombra... ¿Por qué? Por vuestra lentitud; porque tenian, segun ellos mismos dicen, la esperanza de que este Parlamento nada fundaria... Y no obstante tuvisteis la oportunidad de establecer la paz entre todas las gentes honradas y piadosas, haciéndolas, y haciendo al mismo tiempo á estas tres naciones

tranquilas y felices... Habia un gobierno en este pueblo; un gobierno que cuenta ya con una duracion de quince meses... Si juzgábais las cosas de un modo contrario al mio, hubiese sido un rasgo de amistad por vuestra parte el demostrarme en qué consistia mi error; pero no he escuchado una sola palabra de vosotros. En lugar de esto, habeis invertido vuestro tiempo en establecer novedades bajo un fundamento opuesto al del gobierno actual, como si os hubiéseis propuesto hallar una causa de rencilla, mas bien que dar al pueblo una institucion sólida... ¿Y qué motivo tentais para buscar rompimientos? ¿Qué razones habeis aducido para atraerme á vuestra opinion? ¡Yo hubiera deseado que me hiciéseis el honor de darme á conocer vuestras razones...! ¿Nadie hubo entre vosotros que lo propusiera? ¿Si no he obrado mal al escuchar los rumores que por la ciudad han corrido, esto ha sido propuesto, pero se ha rechazado con rudeza y disgusto... Yo no me hubiera opuesto á los cambios cuya utilidad me hubiéseis demostrado... Puedo deciroslo... Yo me he encargado de este gobierno en la sencillez de mi corazon, y como en presencia de Dios, para representar en él el papel de un hombre honrado; ningun interés particular, ni de fortuna, ni de honores, ni de familia, me ha determinado á acometer esta empresa... Si me hubiéseis ofrecido bajo la primera constitucion de este gobierno, una cosa, una sola cosa... (hablo despues de haberlo reflexionado bien y delante de Dios, y siempre he sido de este parecer, como lo saben muchos de los que me oyen); si hubiéseis, digo, consignado en vuestra constitucion la única cláusula de que el gobierno seria hereditario en mi familia, yo le hubiera rechazado. Y segun mi conciencia y mis actuales luces, no hubiera podido obrar de otra manera... aunque no puedo decir lo que Dios querrá hacer de mí y de la nacion y de vosotros, despues de las preciosas ocasiones que nos ha ofrecido... Sé que encontraré dificultades, y que especialmente en la gran cuestion de obtener subsidios, esta nacion no se dejará y no debe dejarse engañar por falsos pretestos de necesidad... Si no estuviere bien arraigada en mí la esperanza de que la causa y el establecimiento que sostengo proceden de Dios, hace muchos años que los hubiera abandonado. Si es obra de Dios, él la sostendrá: si es obra del hombre, caerá como todo lo que procede del hombre solo ha caido desde el principio del mundo; ¿qué son todas nuestras historias y relaciones de los tiempos antiguos, sino Dios que se manifiesta á sí mismo y pisa todo cuanto él no ha plantado? ¡Que el Dios de la sabiduria trate asi nuestros establecimientos! Si es de estructura é invencion humana; si

las intrigas y las antiguas cábalas son las que han traído las cosas á este estado; si no han nacido en el seno de la Providencia, se desplomarán inevitablemente. Pero si Dios se complace en el bien de la Inglaterra, si quiere la felicidad, en su mano tiene el poder de sostenernos. Sean cuales fuesen las dificultades, con el auxilio de Dios, seremos capaces de arrostrarlas. Gracias sean dadas á Dios, yo me he avezado á las dificultades, y Dios nunca me ha faltado cuando en él he puesto mi confianza. Bien puedo reír y cantar en mi corazón cuando hablo de todo esto, ya á vosotros, ya á los demás. Muchos pueden pensar que es una árdua empresa el obtener subsidios en esta nación sin el acuerdo del Parlamento; pero yo presentaré á los valientes hijos de esta nación el argumento de su propia salvación: ¿preferen seguir su voluntad para la ruina, á conformarse con la necesidad...? Inferiría una injuria á mi patria si así lo supusiese. Aquí estará mi excusa... Os he molestado con un largo discurso que no causará, según creo, la misma impresión en todos que la que aquí causa en algunos. Pero como esto me es desconocido, lo abandono á Dios, y hé aquí mi conclusión: creo de mi deber deciros que no conviene al interés de estas naciones ni al bien público que permanezcáis por más tiempo aquí. Os declaro, pues, que disuelvo este Parlamento.»

LIBRO SESTO.

Gobierno interior de Cromwell sin Parlamento.—Conspiraciones republicanas y realistas.—Diferente conducta de Cromwell respecto de los dos partidos.—Insurrecciones en el Occidente y el Norte.—Ensayos de resistencia legal.—Establecimiento de los Mayores generales.—Contribucion del diezmo de las rentas impuesta á los realistas.—Tolerancia religiosa de Cromwell.—Su conducta respecto de los judíos; respecto de las universidades y letrados.—Gobierno de Monk en Escocia;—de Enrique Cromwell en Irlanda.—Conversacion de Cromwell con Ludlow.

La cólera de Cromwell no era fingida; y volvió á Whitehall descontento aunque confiado; tenia la conciencia de su fuerza; estaba seguro de su fortuna, y despreciaba á los adversarios que pretendian arrebatarle el gobierno. ¿Eran ellos por ventura, capaces de gobernar? ¿A quién podian colocar en su puesto? Solo él podia impedir el regreso de Carlos Estuardo manteniendo en el país el órden y la paz. Por otra parte, él no aspiraba en principio al poder absoluto, ni lo erigia en sistema legal y duradero, pues conocia cuán necesarias eran para el gobierno de la Inglaterra estas tres condiciones: monarca, parlamento, ley. Pero necesitaba un parlamento que aceptase como hechos fuera de toda discusion sus actos pasados y su poder; un parlamento que fuese para él un cómplice, no un rival. Por un momento esperó que el que acababa de espulsar comprenderia esta situacion y accederia á la vez á las necesidades del nuevo príncipe y las antiguas tradiciones del país. Esto fue una amarga decepcion, que él sentia con toda la irritacion del orgullo que se apodera de los grandes corazones cuando ven defraudadas sus esperanzas y no se deciden á transigir con los reveses.

A la decepcion se agregaba en este caso el peligro. Cromwell decia la verdad cuando acusaba al Parlamento por las esperanzas y los complots de los *Caballeros* y *Niveladores*, que se habian reanimado por la oposi-

cion que encontraba el Protectorado. Por todas partes, en Inglaterra, en Escocia y en Irlanda, se agitaba el partido realista; en los condados, los nobles se visitaban ó se reunian con frecuencia, estimulándose mutuamente con la comunicacion reciproca de sus planes ó noticias; entre ellos y la pequeña córte de Carlos II, establecida en Colonia, se renovaban sin cesar las correspondencias, las idas y las venidas; el comité central, único que en Inglaterra tenia las instrucciones y los poderes secretos del rey proscrito, se oponia á una apelacion á las armas, porque, segun decia, nada estaba en sazón, nada preparado, y era preciso esperar que las discordias interiores del ejército, y el disgusto hostil del país se aumentasen, puesto que se perderia toda eventualidad favorable si se precipitaba algun golpe. Los impacientes y los hombres de accion quejábanse, por el contrario, de la tibieza del comité, que dejaba escapar todas las coyunturas favorables y daba á Cromwell tiempo suficiente para descubrirlo todo. Fuera del partido, las circunstancias parecian propicias á la opinion de los mas audaces: un resentimiento republicano, mas intenso que estenso, fermentaba en el ejército; pero aunque entre las tropas acantonadas cerca de él ó bajo su inmediata influencia, Cromwell disipaba ó reprimia fácilmente esta prevencion, á mayor distancia el enojo era mas libre, y los jefes no le faltaban. Ludlow era todavía en Irlanda poco emprendedor pero firme, rudo y abiertamente contrario al Protector, y se negaba terminantemente á ofrecer que nada intentaria contra él. Cromwell habia enviado á su mando en la Escocia á Overton, oficial valiente y piadoso, temerario con cierta blandura mistica, que gozaba en las clases inferiores del ejército la confianza de los *santos*, y se creia obligado, si se lo pedian, á hacerse, en medio de tantas defecciones mundanas, instrumento fiel del Señor. Los coroneles Okey, Alured, Cobbett y Mason participaban de los sentimientos de Overton, pero se sentian, sin embargo, llenos como él de dudas y de inquietud cuando se acercaba el momento de obrar contra su general, protector todavía en nombre de la república. Pero estaban dominados y se sentian arrastrados por algunos de sus antiguos camaradas, el mayor Wildman y el coronel Sexby, procedentes de las filas del ejército, enemigos apasionados de Cromwell, implacables herederos de la hostilidad y de los principios de Lilburne, y que vivian en conspiracion íntima y permanente con los partidarios de Carlos Estuardo; bien fuese que por odio al Protector se conformasen con el antiguo rey, bien que se prometiesen derribarlo en provecho de la república, despues que hubiesen derribado al Protector.

Unico dueño y libre de toda traba en el gobierno, y rodeado de tantos enemigos, Cromwell se aprestó inmediatamente á la lucha y apretó fuertemente los resortes del poder. Decretó, pues, el cobro de los diferentes impuestos, y entre otros de las 60,000 libras esterlinas mensuales que el Parlamento habia destinado al sostenimiento del ejército y de la armada, pero sin votarlos definitivamente. No bien empezó á cundir el rumor de un complot realista, el Protector requirió al lord corregidor y á todas las autoridades municipales de la ciudad; les comunicó las noticias que habia recibido; les mandó que mantuviesen severamente el orden y les autorizó á levantar las fuerzas de cuyo mando debia encargarse el mayor general Skippon. Puso en vigor las leyes que establecian procedimientos judiciales y el destierro contra los jesuitas, los sacerdotes y los recusantes católicos. Dictó una orden mandando á todos los realistas conocidos salir en un plazo de seis dias de Londres, Westminster y sus contornos, y las carreras de caballos y todas las reuniones populares quedaron prohibidas por espacio de seis meses. Las medidas adoptadas contra los republicanos sospechosos fueron de otro género; hacia mucho tiempo que les vigilaba una rigurosa policia; pero nada se emprendió contra ellos con publicidad y aparato, y las advertencias, los cambios de residencia, las destituciones y las prisiones se verificaron sin ruido. Fleetwood recibió en Dublin la orden «de hacer llenar de cualquier otro modo las funciones que desempeñaba en el ejército Ludlow, que se declaraba descontento del gobierno, y lo enviase, si era necesario, á Inglaterra bajo su palabra.» Thurloe y el mismo Cromwell mantenian en Escocia con Monk una correspondencia asidua acerca de los oficiales descontentos de su ejército, y Monk ponía fielmente al servicio del Protector su silenciosa pero eficaz vigilancia. Recibió noticia de que en derredor de Overton, cuyo mando radicaba en Abeerden, se fraguaban conspiraciones republicanas y realistas á la vez, que, segun se decia, tenian por objeto nada menos que sorprender á Dalkeith, donde residia Monk, apoderarse de su persona, y marchar inmediatamente hácia el Norte de Inglaterra, donde Bradshaw y Haslerig debian hacer estallar la insurreccion. Los conspiradores se lisonjaban creyendo podrian disponer de dos mil hombres de caballería y de muchos regimientos de infantería, y en la escuadra mantenian secretas inteligencias, especialmente con el vice-almirante Lawson. Hasta sedecia que desde el fondo de su castillo de Nan-Appleton, Fairfax les era favorable, y que se pondria en movimiento en el condado de York cuando se presentasen.

Cromwell en Londres, y Monk en Dalkeit, seguian paso á paso estos proyectos informes y descubiertos en todas partes. Monk mandó á Overton que se le reuniese; pero como Overton tardó algun tiempo en verificarlo, Monk le reemplazó en su mando, le señaló á Leith por residencia, y poco despues le hizo arrestar y le envió á Londres, donde fue encerrado en la Torre. Entre sus papeles se hallaron indicios de sus relaciones con los *caballeros* y versos escritos por su propia mano contra el Protector: «¡Un Protector! ¿qué significa esta palabra? Una persona rodeada de fausto, que se proclama á sí misma el mono de un rey... una moneda falsa en que se ha grabado torpemente una efigie de oro con una nariz de cobre... ¡Protéjanos el Rey de los reyes contra lo que llamamos un Protector!» Tres semanas hacia que Overton se hallaba en la Torre, cuando el mas encarnizado de los conspiradores republicanos, el mayor Wildman, fue igualmente trasladado á ella. Pocos dias antes se ocupaba en dictar «una declaracion de los hombres libres y sensatos de Inglaterra, á la sazón en armas contra el tirano Oliverio Cromwell.» En este escrito recordaba las esperanzas de libertad en nombre de las cuales Cromwell habia sublevado en otro tiempo la Inglaterra; las mentiras con que la habia engañado, la opresion que hacia pesar sobre ella, y conjuraba á todas las personas honradas y á todos los soldados sus antiguos camaradas, que se uniesen á la insurreccion que tenia por objeto librar al país de semejante yugo. En su oscura mansion de la pequeña ciudad de Exton, Wildman se creia completamente al abrigo de toda persecucion; la puerta de su habitacion estaba abierta, y aun no habia concluido de dictar, cuando un piquete de soldados enviados por orden de Cromwell, entraron de improviso y le prendieron, apoderándose al mismo tiempo de sus papeles y armas, que el coronel Butter envió al punto al Protector. Otros muchos jefes, anabaptistas ó niveladores, Harrison, lord Grey, de Groby y Carew, fueron tambien presos, dispersados y detenidos en diferentes cárceles, antes de que hubiesen podido emprender cosa alguna; pero no se intentó contra ellos ningun procedimiento legal. Cuando tenia que castigar á hombres de su antiguo partido, Cromwell se limitaba á prevenir y ahogar, pues si queria reducirlos á la impotencia, no queria hacerlos aparecer como víctimas con aparato.

De muy diferente manera se conducia respecto de los realistas; pues al mismo tiempo que por la seguridad de los intereses civiles y por el espíritu conservador de su gobierno, trabajaba en agrupar á los grandes propietarios y á los hombres pacíficos y cansados de lucha, dejaba que

los hombres vehementes, los entusiastas del partido, se comprometiesen á su placer, no perdiendo de vista sus intrigas, y no oponiéndoles obstáculo alguno; lejos de esto, mas bien exageraba que atenuaba su gravedad, y los castigaba duramente cuando los sorprendia conspirando. Hallábanse, cuando el Parlamento fue disuelto, en gran efervescencia y confianza, pues contaban con la cooperacion de sus aliados republicanos en el ejército, con las medidas violentas del Protector, y con la irritacion que producirian, con una sublevacion armada en las montañas de Escocia, y con la debilidad y la vacilacion del gobierno de Fleetwood en Irlanda. Proyectóse una gran insurreccion que debia estallar en los condados del Oeste y del Norte, foco principal de las fuerzas del partido. Los conjurados enviaban á Colonia mensaje sobre mensaje, pidiendo al rey les autorizase á obrar, y que él por su parte se hallase dispuesto y en un punto cercano, porque pronto estarian en disposicion de realizar sus planes, pues señalaban el 14 de febrero para dar el golpe; el rey debia desembarcar, en su concepto, fácilmente, en el ducado de Kent, que se levantaria como un solo hombre, y en donde caeria en sus manos el castillo de Douvres; por estos medios se prometian vengar el desastre de Worcester.

Carlos tenia poca fe en todas estas seguridades y se sentia poco inclinado á confiarse de nuevo á tanta presuncion y eventualidades; sus mas prudentes consejeros, Hyde y especialmente Ormond, participaban de sus dudas; pero ¿cómo negarse constantemente á aventurar algo con los que intentaban aventurarlo todo por él? Entre los emigrados que le rodeaban, la mayor parte por imprevision ó por fastidio le instaban á que accediese á ruegos tan vivos, y su mas íntimo favorito, lord Wilmont, á quien acababa de nombrar conde de Rochester, le pidió permiso para ir personalmente á Inglaterra, á fin de juzgar de cerca los preparativos, las fuerzas y las probabilidades; Wilmont era astuto y buen compañero, y nadie sabia aun que despues de haberse mostrado tan solícito en intentar, no seria igualmente resuelto cuando se tratase de obrar. Por dejar hacer, mas bien que por conviccion, Carlos le autorizó á marchar, á aprobar en su nombre la insurreccion proyectada, y á prometer su presencia cuando llegase el momento propicio; y abandonando tambien á Colonia en secreto, se trasladó á Middleburg, en la isla Walcheren, en la costa de Zelandia, para esperar allí en casa de un huésped de confianza, que Wilmont le invitase á pasar el mar.

Pero es muy difícil á los reyes, aun cuando estén destronados, ro-

dearse del secreto, y no habia hombre mas hábil que Cromwell para espiar á sus enemigos. Un caballero llamado Manning, que vivia en la córte de Colonia y en gran intimidad con Rochester, tenia al Protector al corriente de cuanto alrededor del rey pasaba. El mismo Rochester, indiscreto y jactancioso, refirió al atravesar los Países-Bajos para embarcarse en Dunkerque, lo que iba á hacer en Inglaterra. Los Estados particulares de la provincia de Holanda, instruidos del proyecto de Carlos, y temiendo que tomase su territorio por punto de partida, escribieron á la princesa de Orange, su hermana que conforme al tenor de su reciente tratado con la república de Inglaterra, no podrian autorizar semejante permanencia en su suelo. Las revelaciones y los datos llegaban á Cromwell de todas partes; de manera que antes de estallar la insurreccion realista, conocia su plan, sus medios y sus esperanzas, y sabia dónde estaban ocultos los actores.

Ora fuese casualidad, ora cálculo, nada hizo para conjurarla; desde que se difundió el rumor de la sublevacion, hizo prender á muchos realistas, mas no á los que efectivamente preparaban la próxima ejecucion del complot. Rochester pasó muchos dias en Londres, poniéndose de acuerdo con los *caballeros* que habian ido á la capital para verle, discutiendo sus planes, enviando mensajeros á los condados, y comunicando al rey en su refugio de Middleburg tan lisonjeras esperanzas, que Carlos no aguardaba ya para embarcarse sino la última señal. Las medidas que Cromwell tomaba eran á propósito para aumentar la confianza de los realistas, pues se mostraba inquieto, y hacia venir de Irlanda refuerzos de tropas, á las que hallaba tan mal dispuestas, que el Consejo de Guerra se vió precisado á disolver una compañía en la playa de Dublin y á mandar ahorcar un soldado, para intimidar á los que se negaban á embarcarse.

El 11 de marzo de 1653, á las cinco de la mañana, una partida de *caballeros* entró de repente en la ciudad de Salisbury, donde á la sazón estaban establecidos, bajo la presidencia del gran juez Rolles, los tribunales del condado. Su número era como unos doscientos, casi todos nobles del Wildshire, capitaneados por sir Jhon Wagstaff, oficial valiente y de carácter jovial, antiguo mayor general de infanteria en el ejército real, y que acababa de llegar de Lóndres, para ponerse á la cabeza de los insurrectos del Oeste. Estableciéronse en la plaza del Mercado, y al punto hicieron comparecer ante ellos al gran juez Rolles, á su colega Nicolás y al sheriff del condado, quienes fueron sorprendidos en sus camas. Wagstaff mandó al sheriff que proclamase al rey Carlos II, pero el

sheriff se negó rotundamente á esta exigencia. Wagstaff queria hacerlo ahorcar allí mismo, como tambien á los dos jueces. «Es preciso, decia, tratarlos como ellos nos hubieran tratado si nos hubiesen cogido.» Pero los nobles que le rodeaban, y entre otros Jhon Penruddock, propietario rico y querido en aquellas inmediaciones, se opusieron vivamente á ello,



PENN.

pues estaban decididos á no cometer violencias ni desórdenes en los mismos momentos en que reivindicaban las leyes del país. Dieron, pues, libertad á los jueces, aunque no sin invitarles á que recordasen á quienes debian la vida. El rey fue proclamado sin la intervencion del sheriff, á quien retuvieron en rehenes. Los insurrectos hicieron abrir las puertas

de la cárcel y tomaron todos los caballos de la ciudad, respetando por lo demás el reposo y las propiedades de los habitantes. No se les opuso la menor resistencia, pero casi nadie se les reunió, pues se presentaban harto débiles para reclutar nuevos partidarios. Esperaban á los sublevados de los condados limítrofes, que asimismo debían pasar á Salisbury; pero viendo que no llegaban abandonaron la ciudad aquel mismo día para ir á buscar y propagar en otras partes la insurrección. En Blandfort, en el condado de Dorset, el pregonero público, á quien se hizo presentar en la plaza, aparentó acceder á proclamar al rey; pero cuando Penruddock, que le dictaba las frases de la proclamación, le intimó que pronunciase las palabras *Carlos II, rey*, declaró amedrentado que jamás lo haría, aun cuando en el acto trajesen haces de leña y le quemasen vivo. En la creencia popular, la causa del rey era todavía una causa desesperada, y á la cual no era posible adherirse sin perderse. Los insurrectos no hacían progreso alguno, la población se alejaba de ellos por fanatismo republicano, por temor, por ignorancia y por amor al orden. Tres ó cuatrocientos *caballeros* del Hampshire, que se habían puesto en camino para acudir á la cita de Salisbury, se detuvieron al saber que Wagstaff no estaba ya en dicha ciudad, y se dispersaron en lugar de ir á reunirse en otro punto. El coronel Butter, acantonado en el país, puso en movimiento cuatro compañías con orden de seguir á los insurrectos y atacarlos tan pronto como se presentase una ocasión oportuna. El mayor general Desborough llegó con nuevas tropas, y el desaliento se apoderaba por momentos de las filas, ya tan escasas, de los *caballeros*. El 14 de marzo fueron avistados en South-Motton, en el condado de Devon, y atacados en el acto por el capitán Hutton Crook, y aunque se defendieron con valor, sus esfuerzos fueron inútiles. Penruddock y unos cuarenta de sus camaradas cayeron prisioneros, mientras sir Jhon Wagstaff y algunos otros consiguieron alcanzar la costa y embarcarse, y después de haber vagado errantes como una banda de fugitivos, por espacio de cuatro días, la insurrección de los condados del Oeste se desvaneció al primer combate.

En los condados del Norte, fue aun más breve é impotente: Rochester se había reservado el derecho de obrar en persona, y en efecto, se trasladó á ellos, y muchos personajes principales del país, sir Enrique Slingsby, sir Ricardo Maleverer y M. Hutton, tomaron las armas á su llegada y le presentaron sus amigos. Pero á él le parecieron menos numerosos y menos bien armados, según dijo, de lo que le habían ofrecido; desaho-

góse en amargas quejas, en preguntas, y en objeciones, muy oportunas ciertamente, pero demasiado tardías y que hubieran debido impedirle entrar en el camino en que ya no queria seguir. Despues de algunos conciliábulos sin resultado, y aun antes de recibir noticia del deplorable éxito de los movimientos del Oeste, Rochester volvió á tomar el camino de Londres, dejando á los *caballeros* de aquellos condados tan humillados como coléricos por haberse comprometido sobre la fe de su mision y de su nombre. Habiendo sido preso momentáneamente en Aylesbury, por un juez de paz suspicaz, consiguió fugarse y regresar á Londres, en donde se mantuvo oculto algunos dias, y desde donde puso en conocimiento del rey que el plan habia abortado. Carlos, poco sorprendido, salió de Middleburg y regresó en secreto á Colonia, en donde Rochester no tardó en reunirsele; y la pequeña córte se consoló atribuyendo el desdichado éxito de su empresa al espía Manning, cuya traicion fue descubierta, y á quien Carlos, mediante la autorizacion del duque Felipe Guillermo de Neubourg, mandó fusilar en los dominios de este príncipe.

Casi en el mismo momento corria en el cadalso, en Exeter y en Salisbury, la sangre de Penruddock, y de los principales insurrectos del Oeste, sus compañeros. Cromwell hizo desde luego venir los prisioneros á Londres, y les interrogó él mismo, con el doble propósito de conocer el carácter de la insurreccion y de exagerar su importancia, y luego los envió al Oeste para que fuesen juzgados y ejecutados en los mismos lugares en que aquella se habia llevado á cabo. Esta vez no temió confiar el juicio al jurado, pues el movimiento habia sido impopular, y Cromwell estaba bien seguro de los sheriffs encargados de nombrar los jurados. Penruddock y sus amigos murieron sin debilidad y sin entusiasmo, como hombres á la vez animosos y desalentados, que hubieran querido salvar su vida, pero que concedian mas precio á su honor y sabian sufrir con dignidad su mala suerte. Cromwell no multiplicó los procesos y las ejecuciones; hizo prender á muchos realistas, mantuvo por algun tiempo encarcelados á los mas notables, y mandó que los restantes fuesen embarcados para las Indias Occidentales, donde fueron vendidos como esclavos. Los cultivadores de las Barbadas compraron setenta: el Parlamento Largo, despues de la batalla de Worcester, habia dado el primer ejemplo de esta indignidad.

La victoria fue tan completa como fácil habia sido alcanzarla; Cromwell hizo grande ostentacion de ella, y encareció igualmente el peligro que se habia corrido; necesitaba hacerlo asi para justificar su anterior con-

ducta relativamente á la disolucion del último Parlamento, al que habia atribuido la recandescencia de las discordias civiles, y para autorizar en lo sucesivo las medidas de rigor, cuya necesidad preveia. Uno de los vicios del poder absoluto, es que se ve precisado, para asegurar su existencia, á mantener y agravar en la sociedad el terror que inspiran los males de que promete curarla. Entre todos los grandes déspotas, Cromwell es quizá el que menos abusó de esta mentira, porque su despotismo, que fue de breve duracion, tenia causas naturales y verdaderas, y muchas veces intentó trasformarlo en un gobierno templado. Sin embargo, no dejó de hacer algunas veces un uso falaz de las sediciones y conspiraciones; y sobre todo en 1655 sacó de su débil y fugitiva aparicion una fuerza mayor en apoyo de su poder, que grande habia sido el peligro con que le amenazaron.

Libre durante algun tiempo de conspiraciones, saliéronle al paso otros obstáculos, si no mas temibles, á lo menos mas incómodos; pues se vió precisado á desconcertar planes de resistencia legal. Un comerciante de la Cité, llamado Cony, que por largo espacio de tiempo habia estado en íntimas relaciones con Cromwell, se negó al pago de ciertos derechos de aduana, segun decia, ilegalmente exigidos. En efecto, no se exigian sino en virtud de un mandato del Protector, que no habia sido sancionado por el Parlamento. Presentado ante los comisionados de las aduanas, Cony fue condenado al pago de una multa de 500 libras esterlinas; pero habiéndose negado á pagar así la multa como los derechos, Cromwell le hizo comparecer á su presencia, y le dijo con tono afectuoso: «Nunca hubiera esperado por tu parte semejante oposicion; ¡obrar así un antiguo amigo, y en un asunto tan importante para la república!» Cony le recordó á su vez sus antiguos principios, y las repetidas veces que le habia oido decir que los que pagaban contribuciones ilegales eran mas culpables que los mismos que las imponian. Cromwell se encolerizó, y le dijo: «Yo soy tan terco como tú; veremos quién de los dos vence.» Cony fue encarcelado; pero habiendo reclamado su libertad ante el tribunal del Alto Banco, tres de los mas célebres abogados, Maynard, Twisden y Wadham Windam se encargaron de su causa, y la defendieron, sobre todo Maynard, con tanto vigor, que Cromwell se sintió alarmado; puesto que en realidad no se trataba de menos que de la negativa terminante del derecho legal de su poder, y si Cony era absuelto, todo inglés hubiera podido negarse al pago de cualquier impuesto, en virtud de los mismos principios. Al dia siguiente del alegato, May-

nard y sus dos colegas fueron encerrados en la Torre, por haber usado un lenguaje subversivo contra el gobierno. Esta violencia era terrible, y lo peor del caso es, que fue insuficiente. Cony no renunció; presentóse sin abogado ante el tribunal, y se defendió tan bien á sí mismo, que el juez Rolles desconcertado, y no sabiendo como cohonestar la ignominia del fallo que se le exigía, no lo dietó y remitió la causa á la siguiente sesion, dejando á Cromwell inquieto y preso á Cony.

No era esta la primera prueba de escrúpulo é independencia que Rolles daba al Protector. Llamado un mes antes á presidir el tribunal extraordinario de Exeter, donde Penraddock y los insurrectos del Oeste debían ser juzgados, se habia negado á ello, diciendo que despues de la manera con que los acusados le habian tratado en Salisbury, su fallo seria sospechoso. Estas temporizaciones no convenian á Cromwell; Rolles fue alejado del tribunal, y Glynn, que habia dado pruebas de mas complacencia, fue llamado á reemplazarlo. Mas urgente era aun poner fin al negocio de Cony, porque su ejemplo se hacia contagioso; ya sir Peter Wentworth se habia negado tambien en su condado á pagar los impuestos, é intentado procedimientos contra el recaudor. Como en esto no era posible hacer destitucion alguna, se obligó á Cony á retirar su reclamacion, por otros medios de que no han llegado indicios hasta nosotros; los tres abogados accedieron á reconocer que habian procedido mal, y salieron de la Torre. Cromwell requirió á los jueces, y los increpó por haber tolerado en su presencia tanto desbordamiento. Ellos citaron el tenor de la ley y la Gran Carta; pero Cromwell les respondió con un grosero juramento: «Vuestra Gran Carta nada tiene que ver con mis acciones, puesto que todo lo que hago es por la seguridad de la República. —¿Quién os ha hecho jueces? ¿Cuál es vuestra autoridad sino la que yo os he dado? ¿Qué seria de vosotros si mi propia autoridad llegase á faltar? Cuidad un poco mas de sus intereses, puesto que ella es la única que puede sostenerlos, y no permitais á los abogados esa insoportable charla que no os conviene oír.»

Sir Peter Wentworth, requerido ante el Consejo, sostuvo desde luego lo que habia hecho, diciendo que «las leyes de Inglaterra prohibian exigir dinero á los pueblos sin que estos hubiesen dado su asentimiento parlamentariamente.»—Hé aqui todo lo que os pregunto, replicó bruscamente Cromwell, ¿quereis, sí ó no, renunciar á vuestras gestiones?—Si me lo mandais, respondió sir Peter, preciso me será acceder; y en virtud de la orden inmediata de Cromwell, renunció en

efecto. Así, pues, la resistencia legal quedó dominada con tan poco esfuerzo como la conspiración.

Pero tenía en las tradiciones y costumbres populares raíces demasiado profundas para que fácilmente pudiesen ser arrancadas, pues la honra de la magistratura consiste en los tiempos borrascosos, en dar alternativamente al orden y á la libertad sus últimos defensores. Cuando despues de la condena de los insurrectos del Oeste fue preciso proceder tambien al juicio de los del Norte, dos grandes jueces, Thorpe y Newdigate, nombrados para esta admision, se negaron á ella y fueron destituidos. El mas ilustre entre ellos, Mateo Hale, habia ya dado muchas veces ejemplo de la resistencia, y se habia negado á asistir al tribunal en que fue juzgado Penruddock, dando por excusa sus asuntos privados; «y si se hubiese insistido en ello, dice Burnet, no habria temido hablar con mas claridad.» Sabiendo en otra ocasion que los jurados habian sido elegidos por una órden especial de Cromwell, Hale desechó esta lista y mandó que el sheriff hiciese otra; Cromwell, noticioso de este hecho, se encolerizó al volver á verlo, y le dijo: «No servís para juez.—«Es mucha verdad,» le replicó Hale; no obstante, Cromwell no le destituyó. Con mucho trabajo habia decidido á Hale á que ocupase un puesto en el tribunal del Alto Banco, bajo su gobierno, y consideraba como un honor verle permanecer en él. Los magistrados escrupulosos no fueron los únicos que se negaron á obedecer dócilmente la voluntad del Protector, pues entre sus habituales consejeros, algunos, por espíritu de corporacion ó por prudencia, hicieron lo mismo algunas veces. En abril de 1655 quiso hacer poner en vigor la órden que habia dado en agosto de 1654, para la reforma del tribunal de cancillería, y cuya ejecucion habia suspendido el Parlamento poco antes disuelto. Dos de los comisarios del gran sello, Whitelocke y Widdrington, se negaron á prestar su apoyo, aduciendo en pro de su resistencia motivos que negaban implícitamente el derecho del Protector á cambiar las leyes á su capricho. Cromwell se armó al principio de paciencia, y dejó á los dos recalitrantes el tiempo necesario para reflexionar acerca de su negativa; pero cuando vió que insistian en ella, los destituyó, y puso el gran sello en otras manos. Pero apenas creia en la resistencia de Whitelocke ó de Widdrington, y no queria privarse de sus servicios; así, algunos dias despues nombró á uno y otro comisarios de la tesorería, con un sueldo igual al que habian disfrutado como comisarios del gran sello; contemporizacion desdeñosa que Whitelocke atribuye en sus *Memorias* «al buen natural del Protector y al pesar que

le causaba el habernos tratado con tanta dureza á Widdrington y á mí, á causa de nuestra adhesion á esta libertad de conciencia que él consideraba como el derecho de cada uno.»

Si Cromwell solo se hubiese visto precisado á vencer las insurrecciones de Rochester y las resistencias de Whitelocke, su tarea hubiese sido fácil; pero es el caso que en medio de sus triunfos se hallaba en presencia de dos de las mayores dificultades gubernativas: una renta pública insuficiente y un ejército mal dispuesto. A pesar de la seguridad de su lenguaje al disolver al último Parlamento, no se atrevia á imponer por sí solo contribuciones enteramente nuevas sobre todo el país, pues era bastante el perpetuar por su propia autoridad las ya existentes. Y aunque el ejército le era en masa sumiso y fiel, no ignoraba que los anabaptistas, los sectarios de la quinta monarquía y los republicanos descontentos eran en él numerosos y activos. Necesitaba, pues, absolutamente mas recursos pecuniarios y otros soldados, puesto que los que tenia no bastaban á las exigencias de su poder.

Pidió, pues, lo que le faltaba á un acto de iniquidad y tiranía revolucionaria, pues tal era el vicio de su situacion, que su genio no supo encontrar cosa mas aceptable.

Bajo pretesto de mantener la paz pública y reprimir los complots de los realistas, resolvió establecer en cada condado una milicia local, compuesta de hombres escogidos por él y bien retribuidos. Para pagarlos, escogió el medio de imponer á los realistas únicamente una contribucion igual á la décima parte de sus haciendas, contando con que el producto ascenderia á mucho mas de lo que la milicia pudiera costar. Y para instituir efectivamente esta milicia y percibir esta contribucion, se propuso dividir la Inglaterra y el país de Galles en doce distritos, cuyo gobierno entregaria á otros tantos de sus mas seguros y adictos oficiales, quienes, bajo el nombre de mayores generales, debian desempeñar todos los poderes políticos, administrativos, y hasta cierto punto judiciales, sin que hubiese contra sus actos ningun otro recurso mas que el mismo Protector y su Consejo. De esta manera la tiranía revolucionaria y la tiranía militar se desplegaban á la par para tratar á la Inglaterra realista como un pueblo vencido y conquistado.

Siempre prudente, aun en sus violencias, Cromwell inauguró esta medida con un ensayo parcial y casi desapercibido. El 28 de mayo de 1655, poco despues de la insurreccion del Oeste, nombró á su cuñado Desborough mayor general de las milicias levantadas y por levantar en seis

condados del Sudoeste de Inglaterra. Dos meses despues, el 2 de agosto, Desborough tomó en estos condados el mando directo de doce escuadrones de milicia de nueva formacion, y al dia siguiente se trató en el Consejo la cuestion relativa al establecimiento general de la milicia; que quedó definitivamente resuelta á la siguiente semana, mediante la division de todo el territorio, primero en diez, y luego en doce distritos, en los que el mando de las nuevas fuerzas fue confiado á los doce mayores generales Fleetwood, que poco antes habia vuelto de su gobierno de Irlanda, Desborough, Lambert, Whalley, Goffe, Skippon, Berry, Kelsey, Butter, Worcley, Barkstead y Dawkins.

Mientras que la medida militar se cumplia progresivamente, Cromwell habia iniciado la medida revolucionaria. Aunque en el curso del mes de junio de 1655 las insurrecciones del Oeste y del Norte estaban reprimidas y juzgadas, hizo prender con grande aparato á muchos realistas de los mas notables, los condes de Newport, de Lindsey, de Northampton, Rivers, y de Peterbrough, al marqués de Hertford, al vizconde de Falkland, á los lores Willoughby de Parham, Saint-Jhon, Petre, Coventry, Maynard, Lucas y á mas de otros cincuenta *caballeros* de un nombre y carácter distinguidos; no alegando para tratarlos con este rigor ningun hecho particular que pudiese hacerlos justiciables, sino un peligro general para la República, del cual el Protector debia á toda costa librarla. Al mismo tiempo renovó contra todos los que habian servido al difunto rey ó sus hijos, la orden de que saliesen de Londres; hizo marchar á sus respectivos puestos á los mayores generales, y por último, el 31 de octubre proclamó y motivó oficialmente en un extenso Manifiesto todo su pensamiento.

Este era un acto de excomunion política lanzado contra el partido realista en masa; á unos como conspiradores en permanencia, y á otros á causa de su infatigable hostilidad y de su oculta connivencia con los conspiradores. Puesto que no habian aceptado sinceramente ni su derrota, ni el nuevo régimen, ni la amnistia de que habian sido objeto: puesto que sin cesar rodeaban al Estado de nuevos peligros, á ellos correspondia, en la lógica del poder, pagar los gastos de las medidas extraordinarias que su defensa reclamaba. Todos fueron puestos fuera de la ley comun, y sujetos á una contribucion anual equivalente al diezmo de sus bienes. Únicamente quedaron exceptuados de esta medida aquellos cuya renta en bienes raíces no pasaba de 100 libras esterlinas, ó cuyas propiedades muebles no llegaban á la cantidad de 500,

Las instrucciones dadas al mismo tiempo á los mayores generales les prescribían distribuir por todo el país el Manifiesto del Protector, rodearse en cada condado de comisionados de probada adhesion; y proceder inmediatamente con su concurso á la evaluacion de las rentas de los realistas y al cobro de la contribucion. Ademas de esto; estaban investidos de los mas altos poderes respecto de las personas, pues podian desarmarlas, prenderlas, exigirles fianzas, no solo para ellas; sino tambien para sus hijos y sirvientes; y obligarlas á comparecer de tiempo en tiempo ante un agente delegado al efecto. En Londres debia guardarse una lista general de todas las personas vigiladas de esta manera en cada condado, y ninguna de ellas podia ir á dicha capital sin poner en conocimiento de esta oficina su llegada; su domicilio y todos sus movimientos. Esto era una legislacion especial contra un partido y una clase, no sanguinaria de ciudadanos; legislacion basada por completo en la fiscalizacion y la policia, pero enteramente arbitraria y acompañada de todas las medidas accesorias que podian asegurar su eficacia.

Entre estas medidas figuraban en primera línea las rigurosas precauciones contra la prensa; el número de los periódicos que semanalmente veian la luz pública en Londres, y que en 1653 habian sido doce, quedó reducido despues del Protectorado á ocho; de los cuales solo dos se atrevian á hacer una tímida oposicion. Una orden del Consejo prohibió que en lo sucesivo se publicase ninguno sin la autorizacion especial y continua del secretario de Estado; y dos periódicos redactados á la vez por Marchamont Needham, antiguo escritor realista á quien Milton habia atraido á la causa de la república y de Cromwell, fueron los únicos que se eximieron de esta prohibicion.

La ejecucion de este plan agravó, como podia esperarse, sus efectos premeditados y naturales; por obediencia militar, por espíritu de partido y por rivalidad de celo, los mayores generales usaron y abusaron á porfía de los poderes casi sin límite que les habian sido confiados; multiplicaron las pesquisas, los encarcelamientos y las vejaciones; ocupados únicamente de la idea de descubrir á los enemigos del Protector, de aumentar los productos de la contribucion, y envaneciéndose, ya de la prisa, ya del temor que inspiraban. «El coronel Birch, que está preso aqui, escribia el mayor general Berry á Thurloe, se ha dirigido á mí como si yo fuese un pequeño rey que pudiese reprimir todos los desmanes; y un poco despues: «Hemos encarcelado á muchas personas de malos antecedentes; á unas por cómplices de un complot, á otras por su vida desorde-

nada; todas son gentes peligrosas para la paz de la nacion; entre ellos hay algunos papistas, que habian venido como burlándose de la autoridad, cuando el mayor Warin les hizo su intimacion; estos hombres son capaces de todo, y muchos de ellos merecen moler la caña de azúcar y el tabaco, muy conveniente seria enviar algunos á las Indias...» Mandamos comparecer á cierto Carlos Egerton (escribia el mayor general Worsley, que primero fue miembro del Parlamento Largo, y luego se hizo partidario del rey); no dudamos que hallaremos pruebas para hacerle aparecer como un delincuente; estamos resueltos á descubrir á todos cuantos hombres de este jaez existan.» Y no solo eran los *caballeros* los que atraian sobre sí este rigorismo político, aunque segun el Manifiesto, eran el único motivo y el único objeto de la medida, pues los mayores generales perseguian igualmente, bajo este manto, á los republicanos y los sectarios hostiles al Protector. «Veo, escribia Worsley á Thurloe, que el mayor Wildman posee en este condado vastas fincas rústicas... Os pido una lijera instruccion acerca del particular; si nada me decís, mi propósito es secuestrar sus posesiones»; y en efecto, llevó á cabo su proyecto, pues seis semanas despues escribia al mismo Cromwell: «Nos hemos apoderado y secuestrado aquí, para el uso de Vuestra Alteza de un gran dominio perteneciente á Jhon Wildman, y esperamos descubrir aun mas.» Pocas cartas hay en esta numerosa correspondencia que no hagan mencion de algunas personas perseguidas, estafadas, detenidas ó presas sin otro motivo que sus opiniones sospechosas, ó su presunta fortuna ó sus declaraciones inexactas relativamente al valor de sus bienes. El interes personal mas vulgar representaba algunas veces un gran papel en el celo de los mayores generales, y algunos lo revelaban con brutal franqueza. «Cumpla Vuestra Alteza su promesa al capitan Crook, escribia el mayor general Berry al Protector; pero es preciso que esto sea en vida vuestra, pues de otro modo temeremos que nunca suceda; ya sabeis cuantas conspiraciones se fraguan contra vuestra persona, y si alguna llegase á buen éxito, ¿qué seria de nuestras ventajass?»

Por lo que respecta al país, los mayores generales no obtenian en todas partes la misma cooperacion; algunos se quejaban de las dificultades con que tropezaban, y de las contrariedades que experimentaban sus esfuerzos para rodearse de comisionados capaces de trabajar con ellos en el establecimiento y en la percepcion del impuesto; otros conseguian reunir fácilmente comisionados, pero pronto advertian que eran frios, inactivos ó tímidos. La mayor parte, sin embargo, se felicitaban del celo con

que se les recibia y secundaba : «Nuestros comisionados, escribia Hayne á Thurloe, están muy bien dispuestos y son muy eficaces en punto al cumplimiento de su cometido... No me prometia, ciertamente, hallar entre ellos tan favorable acogida...» «La contribucion impuesta al partido de los *caballeros*, escribia el mismo Thurloe á Enrique Cromwell, es muy bien recibida por todo el partido del Parlamento; todos los hombres de todos los partidos aceptan cordialmente esta medida.» En muchos condados los comisionados creyeron poco conducente que la contribucion se limitase á los realistas, cuyas rentas pasasen de cien libras esterlinas, y rogaban á los mayores generales pidiesen al Protector la rebaja de este límite, diciendo que la contribucion ascenderia á mucho mayor cantidad, pues habia tantos realistas que gozaban de una renta menor de cien libras esterlinas, como los que a disfrutaban mayor. Las rivalidades y los rencores de partido eran mucho mas vehementes en el fondo de los condados que en Londres; Cromwell era poderoso en la clase media modesta y en el pueblo; y las personas de mediana fortuna, aun cuando no aborrecen á las clases elevadas, se apresuran voluntariamente á gozar del poder como de un placer poco comun y fugitivo.

Los *caballeros* se sometieron sin oponer resistencia alguna, y parece que ni aun esta idea les pasó por las mientes: ¡ tanta era su conviccion de que seria vana! los mas recalcitrantes no obedecian las intimaciones de los comisionados, y se dejaban apremiar en silencio, salvando su honor mediante su negativa á comparecer, y el resto de sus bienes, merced á su inaccion. Aun entre los grandes señores realistas, algunos por pusilanimidad ó por algun resentimiento personal, resto de las antiguas discordias políticas, llegaron mas allá de la necesaria sumision. «El conde de Northumberland, escribia el mayor general Goffe á Thurloe, alaba mucho el manifiesto de Su Alteza... Parece que á causa de la adhesion del conde, en los primeros tiempos, al Parlamento, el marqués de Hertford ha roto un casamiento casi concluido con su familia, lo que ha ofendido vivamente al conde.» Se hizo notable la altivez del de Sout-hampton: ha sido muy seco, escribió el mayor general Kelsey á Thurloe, y no ha querido darnos ningun dato acerca de sus fincas; asi, pues, le he puesto preso; por su desobediencia á mis órdenes. Por fin se ha dado á partido; pero cuando, segun mis instrucciones, le he pedido una fianza, se ha negado terminantemente á presentarla; por esta razon le he hecho prender; pero como su madre estaba muy enferma y él bastante quebrantado de salud, le he permitido volver á su propia casa, que dista de aquí tres millas.»

Como recurso económico la medida produjo buen efecto; ejecutóse pronta y eficazmente, casi sin obstáculo, y valió al Protector cantidades de mucha consideración; pero como acto político fue la ruina de su gloria y de su gran porvenir: había subido al poder en nombre del restablecimiento del órden y de la paz interior, y en efecto había empezado con brillo esta gran empresa; pero con su contribución impuesta únicamente á los realistas, y con su institución de los mayores generales; hizo entrar de nuevo tiránicamente el poder en el carril de las violencias revolucionarias; y volvió á poner á los partidos en recíproca pugna, no ya por la guerra civil; sino por la opresión. Invocó la necesidad, y sin duda se creyó reducido á ella; si tenía razón, era una de esas necesidades impuestas por la justicia de Dios, que revelan el vicio innato de un gobierno y son su sentencia condenatoria.

Desde aquel día experimentó en el fondo de su alma un secreto é importuno sentimiento: malquistado con los republicanos y con los realistas, á la vez revolucionario y conservador, haciendo al mismo tiempo la guerra y la corte á las clases elevadas, agitábase bajo el peso de estas contradicciones incesantes en su situación, en sus máximas, en su conducta, y buscaba por donde quiera ideas justas y útiles de que sacar partido é intereses influyentes que satisfacer, para convertirlos en otros tantos puntos de apoyo, y suplir con ellos los principios fijos y las grandes simpatías que le faltaban. La libertad de conciencia, fue, en este género, su mas noble y mejor recurso. Muy lejos estaba, como se ha visto, de admitirla en principio general y en toda su estension; los católicos y los episcopales, que en aquella época formaban probablemente la mayoría de la población de Inglaterra, quedaban absolutamente escludidos; y esta esclusion, no solo se proclamaba como una máxima de Estado; sino que tambien se ponía en práctica. En junio de 1654; un pobre sacerdote católico, llamado Soutwold, que treinta y siete años antes había sido por este concepto condenado y desterrado, se aventuró á volver á Inglaterra; y habiendo sido preso en su cama por el mayor Wolsley, este le envió á Londres, donde fue juzgado, condenado y ahorcado: «Ayer hemos tenido aquí un mártir, escribía M. de Bordeaux al conde de Charost, gobernador de Calais; un sacerdote ha sido ejecutado, á pesar de mi intervencion y de la de otros embajadores para conseguir su perdon; ha ido acompañado al lugar del suplicio por doscientos coches y gran número de hombres á caballo, que unánimes admiraban su constancia.» Cromwell no se anticipaba á estos rigores, y hasta deseaba que los proscriptos le propo-

cionasen, salvando las apariencias, algun medio de eludirlos; pero cuando la fe ardiente ó el carácter enérgico de estos se negaba á semejantes debilidades, dejaba sin titubear espedito el camino á la crueldad de la ley. Con el clero de la iglesia anglicana se mostraba un poco mas benévolo, pues ni la legislacion, ni los rencores de partido le imponian respecto de él tan sangrienta persecucion, y se sentia naturalmente inclinado á contemporizar con él, porque las máximas políticas y la severa disciplina de su iglesia, eran provechosas á sus fines. No obstante, para obedecer las tradiciones revolucionarias, para complacer á los presbiterianos y poder hacer mercedés á sus partidarios, espulsaba de todos los puestos á los episcopales, les despojaba de sus curatos y les prohibia todo ejercicio público de su culto. Y aun llegó á prohibir que en el interior de las familias fuesen tomados, como con frecuencia sucedia, á título de capellanes ó preceptores. Esto era cerrar á muchos eclesiásticos, privados de sus beneficios, su último refugio contra la miseria, y quitar á los padres toda libertad en la educacion, aun doméstica, de sus hijos. Vivas fueron las reclamaciones contra una persecucion tan encarnizada; el sabio é ilustre Usher, arzobispo de Armagh y primado de Irlanda, á quien Cromwell trataba benévolamente, se hizo el eco de ellas, y obtuvo del Protector, aunque con trabajo, la promesa de que se levantaria tan odiosa prohibicion. Pero la promesa no se cumplió; Usher volvió á Whitehall, y halló á Cromwell en manos de su cirujano, que se ocupaba en curarle un enorme tumor que tenia en el pecho. El Protector mandó que se hiciese entrar al arzobispo, y le pidió se sentase y esperara un momento, diciéndole: «Cuando este tumor sea estirpado, me sentiré perfectamente. —Temo, le respondió Usher, que ese tumor haga progresos; hay uno en el corazon que es preciso estirpar, sin lo cual nada irá bien.—¡Ah! respondió Cromwell, exhalando un suspiro, eso es verdad.» Pero cuando el arzobispo quiso hablar de los motivos de su visita, Cromwell le interrumpió diciéndole que lo habia reflexionado mejor, que habia deliberado con su Consejo, y que todos eran de parecer que no habia seguridad para él si concedia la libertad de conciencia á unos hombres que se mostraban implacables enemigos de su persona y gobierno. Cromwell no estaba tan inquieto ni era tan riguroso como queria parecerlo; su declaracion-contrá los capellanes y preceptores tomados de la Iglesia Anglicana, quedó casi sin efecto; pero no se habia atrevido á negarla al fanatismo de su partido, ni revocarla públicamente, en nombre de la libertad de conciencia en cuyo sostenimiento cifraba su gloria.

Cuando no se trataba de los católicos ni de los episcopales, y cuando los debates tenían lugar entre las diferentes sectas que habían tomado parte en la revolución, Cromwell era más atrevido en sus propias máximas, y protegía eficazmente, unos contra otros, á los presbiterianos, los independientes, los anabaptistas, los millenarios y los sectarios de toda clase, recordándoles que poco antes todos habían sido indistintamente perseguidos, y que se debían mutuamente caridad y apoyo. Y cuando para poner término á desórdenes políticos ó repugnantes escándaloso veía precisado á reprimir los arrebatos de un misticismo insensato ó licencioso, todavía guardaba para con los principales sectarios extraviados grandes miramientos, procurando siempre mantenerse con ellos en relaciones bastante estrechas para que en todos casos se creyesen sus amigos ú obligados por sus atenciones. A fines de 1655 los cuáqueros, y particularmente Jorge Fox, fundador de esta secta, habían promovido en diferentes condados graves disturbios. «Estas gentes, escribía el mayor general Goffe, engañan aquí á muchas almas sencillas, y distribuyen en las iglesias malos libros contra el Protector; deseo encarcelar á Fox y á sus compañeros, y lo haré si se me presenta la ocasión.» Jorge Fox fué á Londres, y penetró hasta Whitehall. Cromwell le recibió cuando se estaba vistiendo; el ayuda de cámara que le servía en esta operación, había tenido relaciones con los cuáqueros, y fue quien introdujo á Fox: «He tenido con el Protector, una larga entrevista, refiere el mismo Fox; le explicaba lo que yo y los amigos creíamos deber pensar respecto de Cristo y sus apóstoles en los tiempos antiguos, y de sus ministros y sacerdotes de nuestro tiempo; yo le exhortaba á vivir en el temor de Dios, de cuyas manos recibiría la ciencia, guía necesaria para todo el que gobierna... me trató con gran moderación, diciendo muchas veces, á medida que le hablaba:—está bien, eso es verdad. Llegaron entretanto otras personas, de categoría, como suele decirse, y me retiré. Entonces me tomó la mano, y me dijo con ojos en que brillaban las lágrimas: «Vuelve otra vez á mi casa, porque si tú y yo pasamos juntos una hora por día, estaremos mucho más cerca uno de otro; no te deseo más mal que á mí mismo y á mi alma.» Con esto despidió á Jorge Fox contento, y dándose á sí mismo por satisfecho con una promesa por escrito que le dió el cuáquero de no intentar cosa alguna contra su gobierno. Es difícil deslindar lo que había de verdadera emoción en este lenguaje: el poeta Waller, libertino escéptico y algo pariente de Cromwell, que también vivía con él en gran familiaridad, refiere que se halló algunas veces en

el salon de Whitehall cuando el Protector recibia á alguno de aquellos piadosos entusiastas, y que despues de haberlos despedido afectuosamente, se dirigia á él y le decia: «Primo Waller, es preciso hablar á estas gentes en su gerigonza; volvamos á nuestra conversacion.» Como quiera que sea, es lo cierto que por este cortés proceder y estas confianzas simpáticas Cromwell atraia á su persona los sectarios, y aun al reprimir sus demasías, conservaba siempre en el fondo su confianza y apoyo.

Propúsose igualmente asegurarse la amistad y el sosten de otra clase de hombres muy impopular, muy despreciada é incapaz de hacer daño, pero que podia ser útil, esto es, los judfos. Estos habian sido espulsados en masa de Inglaterra en 1290 por el rey Eduardo I, y desde dicha época habian sido muy poco numerosos, y vivian sin ningun vínculo social y sin existencia reconocida por la ley. No obstante, Cromwell, desde que era poderoso, mantenía con los judfos de Inglaterra y del continente relaciones bastante frecuentes. Estando un dia en conversacion con lord Broghill, le advirtieron que un desconocido deseaba hablarle; y habiendo dado inmediatamente la órden de entrada, dejóse ver un viejo mal vestido y de mal aspecto, y el Protector habló aparte con él algunos momentos. Era un judfo que iba á noticiarle que el gobierno español, á quien Cromwell estaba á punto de declarar la guerra, habia hecho embarcar una suma considerable en un buque mercante holandés, que en breve debia pasar cerca de las costas de Inglaterra. Cromwell se aprovechó del aviso é hizo indirectamente apresar el buque. Probablemente los judfos le habian hecho ya mas de una vez útiles servicios, bien como espías, bien como prestamistas. Parece tambien que su nombre, su destino y su carácter habian afectado su imaginacion hasta el punto de que algunos de ellos, tentados á tomarle por el Mesías que esperaban, fueron al condado de Huntingdon, á fin de recoger en secreto datos exactos acerca de su familia y genealogia. En octubre de 1655, un judfo de origen portugués, pero establecido en Holanda, y uno de los jefes de la sinagoga de Amsterdam, llamado Menasseh-ben-Israel, llegó á Inglaterra y publicó un folleto titulado: *Humilde peticion al Protector en favor de la nacion judfa*. En este escrito solicitaba formalmente para los judfos la autorizacion de establecerse en Inglaterra y de tener en Londres una sinagoga y un cementerio, de disfrutar de la libertad de comercio, del derecho de fallar entre sí sus procesos, salvo el caso de recurrir en apelacion á los tribunales del país, y la revocacion de las antiguas leyes contrarias á estos privilegios. Ni esta idea, ni aun esta gestion eran enteramente nue-

vas: estimulado por las palabras de tolerancia y libertad religiosa que resonaban en Inglaterra, en medio de las discordias civiles, Menasseh-ben-Israel habia pedido ya, primero al Parlamento Largo, y luego al Parlamento Barebone un pasaporte para ir á Londres á realizar su propósito; pero su antigua pretension no tuvo resultado alguno. Otro judío, Manuel Martínez Dormido, habia tambien presentado á Cromwell el año anterior una solicitud encaminada al mismo objeto, y aquel la habia remitido al Consejo de Estado con esta nota: «Su Alteza recomienda especialmente estos papeles al pronto despacho del Consejo.» Por otra parte, durante la guerra con Holanda la importancia y la actividad de los judíos habian sido muy advertidas por los oficiales ingleses; en 1654 los tres jefes de la escuadra habian, segun se dice, invitado al Protector á recibir esta nacion en Inglaterra para atraer á ella el comercio, y cuando Menasseh-ben-Israel formuló públicamente su peticion el mayor general Whalley escribia á Thurloe: «Me parece que hay poderosas razones políticas y religiosas para que permitamos á los judíos vivir entre nosotros, pues indudablemente traerán á esta República grandes riquezas, y toda vez que oramos por su conversion y creemos que esta se verificará, no hallo razon alguna para negarles los medios de conseguirla.» Dícese tambien que los judíos prometieron á Cromwell, si se les concedia lo que pedian, la considerable suma de dos ó trescientas mil libras esterlinas. Era, pues, este un gran acto que realizar en virtud de una gran idea, y acaso de un gran interés. Cromwell lo emprendió con calor, y convocó en Whitehall una conferencia compuesta de juriconsultos, de comerciantes de la Cité y de teólogos, y les encargó examinasen las proposiciones de Menasseh y presidió personalmente la discusion. Esta fue larga y animada, y la conferencia, que contaba en su seno veinte y siete miembros, se reunió cuatro veces. Los juriconsultos se mostraron en general favorables á los judíos, los comerciantes indecisos y mas bien contrarios, y los teólogos divididos. En sentir de unos, la admision legal de los judíos, de su sociedad y su culto, seria un pecado escandaloso y perjudicial á los cristianos; otros, menos rígidos, aparecian dispuestos á tolerar los judíos bajo ciertas condiciones restrictivas ó humillantes. Cromwell habló en su favor, y segun un testigo ocular de los debates, lo hizo con mucha elocuencia; pero no destruyó los argumentos de los teólogos, ni la envidia de los comerciantes, ni las preocupaciones de los indiferentes, y viendo que la conferencia no produciria el resultado que apetecia, dió por terminadas sus deliberaciones. Mas adelante, sin conceder á los judíos el

establecimiento que solicitaban, autorizó á cierto número de ellos á habitar en Londres, donde construyeron una sinagoga, adquirieron el terreno de un cementerio, y empezaron á formar sin ruido una especie de corporacion adicta al Protector, cuya tolerancia constituia toda su seguridad.



LADY CLAYPOLE.

En esta misma época, las miras elevadas y liberales de Cromwell se desplegaron con mejor éxito en una prueba mas nacional. Despues de la esplosion, y especialmente despues de terminada la guerra civil, las universidades de Oxford y Cambridge se veian atacadas, unas veces sorda, otras abiertamente. Adictas á la causa del rey y de la Iglesia, sufrieron

en 1647 y 1649 el golpe que lastimó por primera vez á las personas mas bien que las instituciones; sus jefes y catedráticos, realistas y episcopales, fueron reemplazados por los presbiterianos; pero el fondo de ambos establecimientos quedó casi intacto. Bajo la República, y sobre todo despues de la espulsion del Parlamento Largo, cuando los sectarios independientes fueron árbitros en todas partes, la cuestion presentó un carácter mas grave, y entonces se hizo la guerra á la naturaleza y la existencia misma de las universidades. Estas grandes escuelas, donde los jóvenes destinados á predicar la fe cristiana, se instruian al mismo tiempo en las letras antiguas y mundanas, y á la par de la juventud destinada á las profesiones del mundo; estas instituciones que subsistian por sí mismas y se gobernaban por reglas fijas; este imperio de la ciencia humana y de la tradicion chocaban violentamente con los principios religiosos y con las pasiones democráticas de los sectarios mas ardientes, que no querian estos estudios paganos para formar los predicadores cristianos, puesto que en su opinion, debían bastarles la lectura de los libros santos y las inspiraciones de la gracia divina; no eran de su gusto esas dotaciones independientes en las que se educaba un clero dotado é independiente á su vez. Los ministros de la religion, en concepto de los que así opinaban, debían ser elegidos por los mismos fieles, y estar siempre á disposicion de su creencia y voluntad. Tres sectarios, que durante mucho tiempo habian sido capellanes de la armada, William Dell, William Erbery y Jhon Webster, se pusieron al frente de esta cruzada contra las dos citadas universidades. Dificil es precisar hasta qué punto el Parlamento Barebone, antes de su abdicacion, habia participado de sus opiniones, y lo que hubiera hecho para secundarlas; lo positivo es que no se trataba de nada menos que de la venta de los bienes de las universidades y de su completa abolicion. Vióse en la enseñanza pública la misma lucha que en la Iglesia y el Estado, el misticismo individual y la democracia absoluta, en guerra con la tradicion organizada y con la aristocracia fundada. No era ya esta la rivalidad de ambas iglesias, que se disputaban los beneficios y las cátedras; era la guerra á todo el antiguo sistema de educacion nacional, guerra proseguida por enemigos mortales y encarnizados en destruir los que denominaban campos de Cain; sinagogas de Satanás y palacios del Ante-Cristo.

Cromwell, á la edad de diez y siete años, habia pasado uno en la universidad de Cambridge, y en 1651 habia sido elegido canciller de la de Oxford. Su talento era grande á fuerza de ser exacto, penetrante y

profundamente práctico; al mismo tiempo que para él era evidente la utilidad social de estas elevadas escuelas, le complacia su belleza intelectual. Comprendió que su ruina sería para su país una decadencia, y una deshonra para sí mismo, y las tomó bajo su protección. A fin de defenderlas contra sus enemigos, hizo entrar en ellas algunos hombres poco antes apasionados sectarios, pero que se habían asociado á su fortuna y colocado bajo su influencia, entre otros dos de sus capellanes, Tomás Goodwin y Jhon Owen, ambos hombres de talento y hábil conducta, y nombró al segundo su vice-canciller en Oxford. Las tradiciones y costumbres de la universidad recibieron de esta introduccion de elementos tan heterogéneos algun ataque parcial y momentáneo. Owen alteró en Oxford las costumbres y las ceremonias, y en lugar de ceñirse á los antiguos hábitos de su estado, usaba, segun se dice, botas á la española, grandes lazos de cintas en las rodillas y sombrero de ala levantada. Pero defendió enérgicamente el establecimiento, sus estudios, sus reglamentos y sus bienes; y las universidades con su sistema de educacion y sus medios de accion, fueron una de esas sólidas piezas de la sociedad inglesa que Cromwell salvó de los golpes de la revolucion que le habia encumbrado al poder supremo.

Y no se contentó con salvarlas, sino que tomó á su cargo su prosperidad y su esplendor. Regaló á la universidad de Oxford una coleccion de manuscritos preciosos, la mayor parte griegos, y concedió á los estudios teológicos, y especialmente á la publicacion de la Gran Biblia poliglota, por el doctor Walton, un eficaz apoyo. En Durham, y para asegurar á los condados del Norte, que se quejaban de hallarse demasiado distantes de Oxford y de Cambridge, los beneficios de la educacion científica, decretó la fundacion de un gran colegio dotado con los bienes del decanato y del cabildo abolidos. El Protector no tenia un espíritu naturalmente elegante ni ricamente cultivado; pero su libre genio comprendia las necesidades de la inteligencia humana, y las grandes instituciones de educacion y de ciencia le convenian como medios de patronato y gobierno.

En sus relaciones con los sábios y los hombres de letras, mantenía las mismas disposiciones: ninguna simpatía de inteligencia, pero sí una benevolencia política que honraba sus trabajos, y tomaba en cuenta su influencia, ávido de ser elogiado ó defendido ó considerado por ellos, y los protegía ó consideraba á su vez, segun que eran de su partido ó del enemigo. La mayor parte habian figurado ó figuraban todavia en las filas realistas: entre los poetas, Cowley, Denham, Davenant, Cleveland, Wa-

ller y Butter; entre los filósofos y los sábios, Hobbes, Cutworth, Jeremías, Taylor y Usher, todos estaban al servicio, ó eran favorables á la causa de la corona y la Iglesia. Cromwell no se equivocaba en este punto, pero se abstenia de tratarlos con tanta dureza como si les hubiera tenido por ardientes enemigos; si les encontraba mezclados en alguna intriga de partido, y si llegaba el caso de que se los prendiese, tardaba poco tiempo en mandar fuesen puestos en libertad; y si creia que merced á un poco de favor ó de tolerancia podia atraérselos ó aplacar su enemistad, se apresuraba á hacerlo asi por todos los medios posibles. Waller vivia, en concepto de primo, en su córte; Cowley y Hobbes regresaban de su destierro; Butter meditaba en casa de uno de los oficiales de Cromwell sus grotescas sátiras de los sectarios fanáticos ó hipócritas, y Davenant, al salir de la cárcel, obtenia del dictador puritano el permiso de abrir en Ruttand-House un pequeño teatro donde hacer representar sus comedias. Estos ingenios, amnistiados ó tolerados, se veian obligados á hacer algunas promesas de neutralidad política ó algunas composiciones en que se traslucia la lisonja poética; pero despues de haberles impuesto estos actos de contricion, Cromwell no se mostraba exigente ni suspicaz. Cuando le era preciso dirigirse á hombres graves y de carácter pacífico, les manifestaba su estimacion, procurando mantenerse en buenas relaciones con ellos, pero sin pretensiones ni fatuidad de déspota; á Cutword, que vivia como sábio en Cambridge, le hacia pedir por medio de Thurloe, datos acerca de los hombres que habian sido educados en aquella universidad, que aspiraban á algun empleo público; hizo ofrecer á Hobbes, cuyas doctrinas políticas le complacian, un cargo de secretario en su casa; Selden y Maric Casaubon fueron invitados por él á escribir, el uno contra el *Eikon basilike*, y el otro la historia de las guerras civiles; uno y otro se negaron á ello, y Casaubon hasta rechazó una pension gratuita, sin que por esto Cromwell le mostrase resentimiento alguno. A la muerte del arzobispo Usher, quiso hacerle de su propio peculio solemnes exequias en la iglesia de Westminster, y mandó comprar su biblioteca para que no pasara al continente. Es verdad que no siempre hacia en este punto todo lo que en el primer impulso se proponia ó prometia; pues en el laberinto de los grandes negocios, los mas atentos olvidan, y faltan, aun á los mas poderosos, los medios para realizar siempre los buenos deseos que han manifestado; pero si no estuvo exento de estas lijerezas del poder supremo, Cromwell fue tal vez uno de los soberanos que menos han abusado de él.

Respecto de los literatos del partido revolucionario, necesitaba desplegar menos recursos, puesto que unos, como Tomás May, Samuel Morland, Jhon Pell, Owen Goodwin, Nye y otros muchos sectarios teólogos, estaban, ó comprometidos irrevocablemente en favor de su causa, ó activamente ligados á su gobierno; los restantes, como Milton, sobre todo, eran sinceros republicanos, á quienes las ilusiones del pensamiento, los sofismas del interés y la fuerza de la situacion mantenian adictos á un déspota, á nombre de los principios de la libertad. Cromwell, aprovechándose de su ascendiente, los retenia á su servicio, pero sin gusto y sin confianza. Asi, pues, cuando se hizo Protector, colocó al lado de Milton otro secretario latino de su Consejo de Estado, llamado Felipe Moadows, y una órden del Consejo privó á Milton, ya ciego, de la habitacion que ocupaba en Whitehall. Conservó su sueldo y continuó escribiendo despachos latinos, y recibia ademas una asignacion para dar en su casa y mesa á los literatos extranjeros que iban á visitar la Inglaterra una liberal hospitalidad; pero no tenia la menor parte en el secreto de los negocios, ni gozaba de la intimidad del Protector, á quien dirigia indistintamente segun los casos, magníficos elogios y generosos consejos, y aunque conocia en su interior la escasa influencia que gozaba, no se quejaba de ello. Deseais, escribia á Pedro Heimbach, holandés, su amigo, que os haga recomendar á nuestro embajador nombrado para la Holanda; mucho siento no poder hacerlo, pues merezco poco favor á los dispensadores de mercedes, y permanezco voluntariamente encerrado en mi cuarto. Otros literatos republicanos, agenos á todo cargo público, Enrique Newill, Ciriaco Skinner, discípulo de Milton, Rogerio Coke, Jhon Aubrey y Maximiliano Pettie, se habian agrupado alrededor de Harrington, y formaban con él en un café inmediato á Westminster-Hall un club conocido con el nombre de *Rota*; donde discutian públicamente todas las noches las cuestiones de organizacion política, en un sentido poco favorable al gobierno de Cromwell. Algunos soldados que asistian á estos debates, se sintieron mas de una vez tentados á ponerles fin de una manera violenta; pero el nombre y el moderado lenguaje de Harrington les detuvieron. Cromwell vigilaba esta pandilla filosófica sin perseguirla; pero habiendo recibido noticia de que Harrington estaba á punto de publicar su utopia republicana, *La Oceana*, mandó recoger en casa del impresor el manuscrito, que se entregó en Whitehall. Despues de vanos esfuerzos para que se le devolviese, Harrington desconsolado creyó oportuno dirigirse á la hija favorita del Protector, lady Claypole, pues se sabia que era muy favora-

ble á los literatos y los proscritos. Hallándose un día en su antecámara esperando que le recibiese, unas doncellas de lady Claypole atravesaron por el aposento seguidas de su hija, niña de tres años. Harrington la detuvo, y la entretenía de una manera tan divertida, que la niña le escuchaba inmóvil, cuando por casualidad entró lady Claypole: « Señora, dijo el filósofo poniendo delante de ella la niña que había tomado en sus brazos, es una felicidad que hayais venido, porque hubiera ciertamente robado esta encantadora niña.—¿Robado mi hija? ¿Y por qué? En verdad, señora, que vuestra hija está formada para conquistas mas brillantes; pero confieso que lo que me inducía á cometer este robo, es la venganza y no el amor.—¿Qué daño os he hecho yo, caballero, para que intenteis robarme mi hija?—Ninguno, señora; pero quería obligaros á alcanzar de vuestro padre que me hiciese justicia, restituyéndome mi hijo que me ha robado;» y en seguida esplicó á lady Claypole el motivo de su queja.—«Os prometo hablar á mi padre en vuestro favor, le dijo ella, con tal que vuestra obra no contenga cosa perjudicial á su gobierno.—Es una especie de novela política, señora, tan distante de toda traicion, que os ruego os sirvais decir á milord el Protector, vuestro padre, que mi objeto es dedicársela, y que uno de los primeros ejemplares será para vos.» Lady Claypole consiguió la restitucion del manuscrito á Harrington, que en efecto lo dedicó al Protector. «Este noble, dijo Cromwell, quisiera derribarme del poder; pero el golpe de algunas hojas de papel, no hará caer de mis manos lo que he adquirido con mi espada. Yo no soy mas adicto que cualquiera de estos señores al gobierno de uno solo; pero me he visto precisado á encargarme del oficio de gran condestable para restablecer la paz entre todos los partidos de la nacion, porque no podian entenderse respecto de ninguna forma de gobierno, y no sabian hacer otra que destruirse unos á otros.

Pocos déspotas se han contenido hasta este punto dentro de los límites de la necesidad práctica, y han dejado al espíritu humano tan anchos espacios de libertad.

El poder absoluto se complace y triunfa en el cuidado de la prosperidad material, al salir de los grandes conflictos sociales; Cromwell velaba por ella con activa solicitud, no solo por el mantenimiento general del orden, sino tambien á beneficio de medidas especiales y directas. Instituyó un Consejo de Comercio en el que se reunieron bajo la presidencia de su hijo mayor Ricardo, los miembros del Consejo de Estado, los jueces, los jurisconsultos y los aldermen de las nueve principales ciudades comer-

ciantes de Inglaterra, encargados de hallar los medios de secundar el desarrollo del comercio y de la navegacion británica, é investidos de todos los poderes necesarios al efecto. Dió á la compañía de las Indias Orientales una nueva carta que produjo la suscripcion de un nuevo capital de 370,000 libras esterlinas (9.250,000 francos), y levantó el comercio de la decadencia en que habia caido. El servicio de correos recibió una estension y unas mejoras importantes. Algunos comisionados recibieron la órden de examinar los abusos que se habían introducido en los numerosos establecimientos de caridad pública, y de aplicarles el oportuno remedio. Por todas partes se veian los esfuerzos de una administracion vigilante, inspirada por un genio sensato y apoyada por un gobierno fuerte.

Mientras que de este modo gobernaba Cromwell la Inglaterra, tenia por lugartenientes en Escocia á Monk, y en Irlanda á su hijo Enrique, ambos juiciosos y moderados, conocedores de su situacion y su política, y naturalmente inclinados á conformarse con ella. Por lo que respecta á Monk, el Protector no dejaba de abrigar alguna desconfianza; la Escocia estaba llena de realistas; Monk contemporizaba con ellos, y ellos á su vez le adulaban para atraerlo á su partido y comprometerlo. Un dia le llegó una carta de Colonia, escrita por Carlos II, que le decia: «Cierta persona que cree conocer á fondo vuestro carácter y vuestra inclinacion, me ha asegurado que á pesar de tantas desgracias y tristes accidentes, conservais hácia mi vuestro antiguo afecto, y que estais decidido á mostrarlo cuando se presente una ocasion favorable. No os pido otra cosa. Esperemos con paciencia esa ocasion, que se presentará tal vez mas pronto de lo que pensais; estad preparado para obrar en el primer momento, y entre tanto, procurad no caer en manos de los que saben cuanto mal podeis hacerles cuando las circunstancias se muestren propicias, y que no pueden menos de sospechar que vuestras afeciones se volverán, como lo espero, hácia vuestro apasionado amigo, Carlos R.»

Monk envió á Cromwell copia de esta carta, pero sin decir que le habia sido dirigida directamente, y afectando ignorar á quien debia ser remitida. Bien sea que Cromwell lo hubiese descubierto ó no, es lo cierto que poco tiempo despues escribió á Monk: «Dícenme que hay en Escocia cierto bellaco llamado Jorge Monk, que espera el momento oportuno de introducir en ese país á Carlos Estuardo; os ruego que hagais las diligencias convenientes para prenderlo y enviármelo.» Pero estas reciprocas precauciones en nada perjudicaban las relaciones de ambos hombres,

pues Monk sabia servir fielmente, sin entregarle todo su porvenir, al poder que conceptuaba fuerte, y Cromwell, por su parte, sabia valerse de los hombres capaces, sin fiarse de ellos. En Irlanda, el Protector se veia precisado á luchar con dificultades mas complicadas, pues casi toda la poblacion indigena y católica le era enemiga; ademas, el ejército contaba allí con muchos republicanos, y Ludlow pertenecia aun á él. Cromwell tenia que llenar en dicho país un doble cometido: por un lado era preciso desposeer y trasladar á la provincia de Connaught á la mayor parte de los propietarios irlandeses; y por otro, satisfacer á los prestamistas de 1644 y á los oficiales ó soldados ingleses á quienes habian sido prometidas las tierras confiscadas. Esta terrible operacion, que ponía igualmente en juego las pasiones de vencedores y vencidos, no se habia ejecutado todavia, y Cromwell confiaba su cumplimiento á un jóven inexperto, que no tenia otra autoridad que la de su apellido. Pero le entregó gradualmente este grande y difícil poder; envióle primero á Irlanda como mero observador, luego como mayor general del ejército, al lado de Fleetwood, gobernador, y que siempre audazmente fiel á sus hábitos de hipócrita contempORIZACION, escribia á este: «Corre el rumor de que vais á ser destituido y que Harry será nombrado gobernador, lo que jamás ha entrado en mis designios; el Señor sabe que respecto de él y de su hermano, mi deseo era que viviesen en el campo como unos simples *gentleman*. Harry sabe esto muy bien, y con cuánta pena me he resuelto á darle su comision actual. Todo esto son malignas invenciones, asi como el rumor de que he sido coronado.» Sin embargo, al concluir añadia: «Si pensais venir aquí con vuestra querida esposa, escoged el mejor momento para el bien público y para vuestra propia conveniencia.» Fleetwood volvió, en efecto, á Inglaterra, y Enrique Cromwell quedó investido de la autoridad en Irlanda, donde algun tiempo despues tomó el carácter de gobernador. Es verdad que justificó la confianza que su padre habia depositado en él, pero sus costumbres privadas y el régimen interior de su casa dejaban, sin embargo, mucho que desear; el escándalo llegó á tal punto que su hermana María, mas adelante lady Faulconbridge, creyó de su deber amonestarle, escribiéndole con este motivo: «Mi querido hermano: no puedo dejar de hacer alguna alusion á una persona que está á tu lado, y que, segun tus amigos lo temen, llegará á ser, si no lo evitas, una causa de deshonor para tí y para mi querida hermana. Dicese que todo lo gobierna en tu casa, y que aleja de ella á las gentes honradas. No llesves á mal, mi querido hermano, lo que te digo

de ella; si no te amase verdaderamente, á tí y á tu honor, nada te hubiera dicho sobre el particular.» A lo que parece, Enrique Cromwell no hizo mucho caso de los consejos de su hermana; pero su buena conducta política cubrió las faltas de su vida privada. Atenuó respecto de los irlandeses desposeidos el excesivo rigor de las medidas que estaba llamado á realizar; atrajo á sí á los presbiterianos y aun á muchos realistas; alejó del ejército á la mayor parte de los anabaptistas y republicanos decididamente hostiles; y en fin, sobre una oscura é incompleta promesa de tranquilidad hizo marchar á Ludlow á Inglaterra; y Cromwell pudo decir al hablar de su hijo, con la satisfacción del orgullo paternal: «He aquí un gobernador de quien yo mismo tengo algo que aprender.»

El 12 de diciembre de 1655, Ludlow acababa apenas de llegar á Londres, cuando el Protector le envió á buscar y le recibió al momento en su alcoba, en Whitehall, rodeado de muchos de sus oficiales generales, y le dijo bruscamente: «No os habeis conducido lealmente conmigo, pues me habiais hecho creer que habiais firmado un compromiso de no hacer cosa alguna contra mí, reservándoos una esplicacion que lo hiciese vano. ¿Por qué no habeis querido obligaros á no obrar contra el gobierno establecido? Aun cuando reinase el mismo Neron, vuestro deber seria someteros.

Ludlow: Pronto estoy á someterme, y os aseguro que no tengo el menor conocimiento de designio alguno contra vuestra persona; pero si la Providencia abre algun camino y presenta una ocasion de mostrarse en favor del pueblo, no puedo transigir con atarme anticipadamente las manos y obligarme á no aprovechar las circunstancias favorables.

Cromwell: ¡Cómo! ¿es razonable tolerar que un hombre de quien desconfío, entre en mi casa antes de haberme prometido que no me hará mal?

Ludlow: No acostumbro ir á ninguna casa, á no ser que espere ser bien recibido en ella. Yo no pido sino un poco de libertad para vivir al aire libre, pues tengo para ello el mismo derecho que los demás hombres. Yo no puedo llegar mas allá, en materia de compromisos, de lo que he llegado. Si este no basta, estoy resuelto, mediante el auxilio de Dios, á sobrellevar todos los males que se quieren hacerme sufrir.

Cromwell: Conozco bastante vuestra firmeza, y tengo medios para ser tan tenaz como vos. Pero ¿quién os ha hablado de haceros sufrir?

Ludlow: Si no me equivoco, señor, habeis hablado de aseguraros de mí.

Cromwell: Muchas razones tendria para hacerlo. Me avergüenza el compromiso que habeis contraido, y que cuadraria mejor á un general prisionero que tuviese todavia en campaña un ejército de treinta mil hombres, que á quien se encuentra en vuestra situacion. Yo siempre he estado dispuesto á hacerlos todos los favores que he podido, y os deseo tanto bien como á cualquiera de mi Consejo. Escojed algun lugar salubre donde fijar vuestra residencia.

Ludlow: Os aseguro, señor, que mi descontento no procede de ninguna animosidad contra vuestra persona; si mi padre viviese y ocupase vuestro puesto mis sentimientos serian absolutamente los mismos.

Cromwell: Es verdad; siempre os habeis conducido franca y lealmente para conmigo; pero nunca os he dado justo motivo para obrar de otro modo.

La conversacion se detuvo aquí; hizose pasar á Ludlow á una habitacion inmediata, á donde poco despues fué á buscarle Fleetwood para pedirle que se comprometiese como deseaba el Protector aun cuando no fuese sino por una semana. «Ni por una hora, respondió Ludlow, y volvió á su casa, adonde Cromwell le dejó en paz.» Seis meses despues, en agosto de 1656, Cromwell acababa de decretar la convocatoria de un nuevo parlamento, del cual queria alejar á los republicanos influyentes, y haciendo comparecer á Ludlow ante su consejo, le dijo: «No ignoro que se fraguan complots contra mi gobierno, y quiero sepais que lo que hago no procede de ningun temor, sino de una prudencia que sabe preveer y conjurar el peligro en tiempo oportuno. Si hubiese cumplido mi deber, me hubiera asegurado de vuestra persona inmediatamente despues de vuestra llegada á Inglaterra; ahora os pido una fianza de que no obrais contra el gobierno.

Ludlow: Perdonad que no os la dé, puesto que ya sabeis las razones en que he fundado mi negativa. Estoy en vuestro poder, y podeis tratarme como mejor os parezca.

Cromwell: ¿Qué necesitais? ¿No tiene cada uno la libertad de ser tan bueno como quiere? ¿Qué mas de lo que teneis podeis desear?

Ludlow: Fácil seria deciros lo que necesitamos.

Cromwell: Decídmelo, pues.

Ludlow: Necesitamos aquello por cuya defensa hemos combatido: que la nacion se gobierne por su propio consentimiento.

Cromwell: Yo soy mas partidario que otro alguno de esta forma de gobierno; pero ¿dónde hallaremos ese consentimiento de la nacion? ¿En

los obispos, en los presbiterianos, en los independientes, en los anabaptistas?

Ludlow: En todos los que han trabajado por el bien público con fidelidad y buenos deseos.

Cromwell: Mi gobierno protege á todos; bajo mi autoridad la nacion disfruta de reposo, y estoy resuelto á impedir que su suelo vuelva á ensangrentarse de nuevo.

Ludlow: Demasiada sangre se ha derramado ya si no se reporta ventaja alguna,

Cromwell: ¡Muy bien os sienta, en verdad, hacerme responsable de la sangre derramada! Creo, sin embargo, que estamos bien indemnizados de la que se ha vertido, y me consta que en este momento median secretas correspondencias entre los españoles y aquellos de vuestro partido que se valen de vuestro nombre, asegurando que les prestareis auxilio.

Ludlow: Ignoro lo que entendeis por mi partido, y puedo deciros con verdad que si algunos han entrado en tratos con los españoles, no han obrado por mi consejo; pero si quieren servirse de mi nombre, no puedo impedirselo.

Cromwell: Os amo como á mí mismo; siempre he estado dispuesto á haceros todos los favores que he podido, y en todo esto no me propongo otro fin que el reposo y la seguridad pública.

Ludlow: En realidad, señor, no puedo adivinar por qué habeis de contaros entre mis enemigos, puesto que en todas vuestras miras os he sido fiel.

Cromwell: Ignoro lo que entendeis por mis miras; estoy seguro de que no eran tanto mis miras como las del público, puesto que por lo que respecta á mi condicion exterior, estos señores saben bien que no la he mejorado mucho.

Los miembros del Consejo se levantaron de sus asientos, en señal de asentimiento. Ludlow replicó:

«Precisamente lo que debo á ese público hácia el cual mostrais tantos miramientos, es lo que no me permite dar la fianza que me pedís, pues la miro como contraria á la libertad del pueblo y á los derechos de la Inglaterra. Hay un acuerdo del Parlamento que no permite al Consejo reducir á prision á ninguno de los libres ciudadanos ingleses, y consigna que si aquel lo hace, los jueces del alto Banco, á queja de la parte ofendida, le concederán un *writ* de *Habeas corpus*, y le abonarán las pér-

didas que haya sufrido. Vos habeis concurrido sin duda de buena fe á este acuerdo, y por lo que mí á respecta no permitiré cosa alguna que se en camine á infringirlo.

Cromwell: ¿Pero el ejército y el Consejo de Estado no hacen prender á muchos?

Ludlow: El Consejo de Estado lo hace en virtud del poder que el Parlamento le ha dado, y si el ejército lo ha hecho algunas veces, ha sido en tiempo de guerra y únicamente para entregar á la justicia los presos. Pero hoy que estamos en paz y debemos ser gobernados por las leyes del país, se pretende hacer lo mismo.

Cromwell: ¡Cómo! ¿Un juez de paz puede hacer prender, y yo no podria?

Ludlow: Un juez de paz es un funcionario autorizado por la ley, y vos no podriais estarlo, aun cuando fuéseis rey, porque si á este título obraseis injustamente, no habria recurso alguno contra vos.»

Evidentemente, esta discusion era vana por ambas partes, por lo cual Cromwell no la prolongó y despidió á Ludlow sin hacerle prender, pues estaba menos sorprendido de lo que queria aparentarlo, de esta resistencia y de este lenguaje, porque en el fondo de su corazon conocia que la Inglaterra no podia ser gobernada tranquilamente ni durante mucho tiempo, sino bajo ciertas condiciones de legalidad y con el concurso de un parlamento; y la esperiencia mas poderosa que los argumentos de Ludlow, le confirmaba cada dia mas en esta conviccion. Todas sus empresas habian sido coronadas con un éxito feliz, habia vencido á todos sus enemigos y superado todos los obstáculos; era el árbitro esclusivo de su patria; y no obstante, los obstáculos volvian á presentarse y los enemigos tornaban á levantarse á su vista; vencedor en todas partes y siempre, su gobierno no se consolidaba; ni la derrota de todos los partidos, ni el restablecimiento del órden, ni la saludable actividad de su poder en el interior, bastaban á asegurarle lo que buscaba: el derecho y el porvenir. ¿Grandes ventajas en lo exterior, brillantes y utiles alianzas, el poderío de la Inglaterra y la gloria de su apellido, en distantes paises, producirian mejores resultados? ¿Estendiéndose y rodeándose de prestigio en el mundo, se afanzaria en su propio país? Asi lo esperaba, y desplegabá en su política exterior, con mas confianza que en su gobierno interior, su audaz espíritu emprendedor y el poder absoluto que habia usurpado.

LIBRO SETIMO.

Cromwell prepara la guerra contra España.—Su plan de campaña en ambos mundos.—Especieion de Blake en el Mediterráneo, delante de Liorna, Túnez, Trípoli, Argel y las costas de España.—La especieion a las órdenes de Penn y Venables sale de Porstmouth —Secreto de su destino.—Don Luis de Haro, Conde y Mazarino prosiguen sus negociaciones con Cromwell.—Persecucion de los Vaudenses en el Piemonte.—Intervencion de Cromwell en su favor.—La especieion de Penn y Venables ataca á Santo Domingo y es derrotada.—Apoderase de la Jamaica.—Rompiniento entre Cromwell y España.—Tratado entre Cromwell y la Francia.—La córte de Madrid promete auxilios á Carlos II.—Cromwell envia a Lockhart de embajador a Paris —Grandeza de Cromwell en Europa.—Convoca un Parlamento.

A fines del verano y durante el otoño de 1654, mientras el Protector y el Parlamento que acababa de convocar se hacian sordamente la guerra, se equipaban y armaban en Porstmouth dos grandes escuadras: la una, compuesta de veinte y cinco buques, estaba á las órdenes del almirante Blake; la otra, que se componia de treinta y ocho naves, tenia por almirante á sir William Penn, y tres mil soldados á las órdenes del general Venables, debian ademas embarcarse en ellas. Guardábase un profundo secreto acerca del destino de estas dos escuadras, que el Parlamento habia puesto á disposicion del Protector sin preguntarle lo que se proponia hacer de ellas, y Cromwell decia que su mision era restablecer en todas partes la preponderancia maritima de la Inglaterra. Un dia, una turba de mujeres de marineros que servian á bordo, le persiguieron en la calle, preguntándole á dónde iban sus maridos, y él se limitó á responderles: «Los embajadores de España y Francia me darian con mucho gusto, cada uno un millon por saberlo.»

Estos eran los preparativos de un plan anteriormente concebido por él. Para sostenerse en el puesto á que habia subido, y para subir mas, éranle precisas, para la Inglaterra prosperidad y grandezas, y para sí gloria y tambien dinero, porque las medidas revolucionarias y los mayores generales no bastaban á los gastos de su gobierno. Ademas, necesi-

taba emplear con brillo en países lejanos la marina nacional; los oficiales y marineros le eran en general poco favorables, pues no tenían con él, como el ejército de tierra, la fraternidad de las victorias y la complicidad de los atentados. Algunos eran republicanos, pero la mayor parte eran realistas. Solo la España y el Nuevo Mundo español dejaban entrever á todos estos intereses de la política del Protector una cumplida satisfacción; en dichos países había expediciones, conquistas, despojos y comercio con que ocupar los espíritus ardientes, alejar los descontentos y saciar á los que anhelaban riquezas. Y lo que mas le complacia era que tales triunfos podian alcanzarse á espensas del país católico y papista por escelerencia; de un país que lejos de tener en su seno, como la Francia, gran número de protestantes, legalmente tolerados, no queria sufrir en su territorio la menor práctica de la religion reformada, ni aun respecto de los estranjeros, respecto de los comerciantes ingleses. Es verdad que la España habia sido la primera, entre las grandes monarquías del continente, que habia reconocido la república, y no le daba ningun motivo legítimo, ningun pretexto especioso de agresion; pero esto era por su parte debilidad y timidez, no verdadera simpatía; y Cromwell no se dejaba engañar por los actos ajenos, ni era escrupuloso en cuanto á los propios. Un tal Gage, en otro tiempo clérigo, que habia vivido mucho tiempo en las Indias Occidentales, le describió con la mayor complacencia su inmensa riqueza, su gran porvenir comercial, la decadencia de la administracion española, y la facilidad con que la Inglaterra llevaria muy lejos sus victorias si daba con felicidad el primer golpe. Cromwell se resolvió á atacar la España en América: la escuadra y las tropas de desembarco, mandadas por Penn y Venables, tenían este destino; Santo Domingo, Puerto-Rico, Cuba y en el continente americano, Cartagena, eran los puntos especialmente designados para sus empresas. «No nos proponemos coartar vuestra libertad de accion, decian sus instrucciones, con ninguna orden determinada ni con ningun método especial; únicamente os comunicaremos los hechos y las miras que nos han llamado la atencion; el proyecto general es adquirir un establecimiento en esa parte de las Indias Occidentales que poseen los españoles; cuando os halleis en los lugares en que es preciso manobrar, deliberareis con las personas que conocen bien esos países, y tomareis, ya con relacion á las tentativas que deben hacerse, ya respecto á la manera de dirigir todo el plan, las resoluciones que os parezcan mas racionales y eficaces.» Y mientras Penn con su escuadra debia dirigirse á la América española, Blake debia cruzar con la suya por todo el litoral

de España, vigilar sus puertos y sus buques, cortar todas las comunicaciones entre la metrópoli y sus establecimientos americanos, y asegurar de este modo, mediante un conjunto de operaciones combinadas en ambos mundos, el buen resultado de este gran designio.

La escuadra de Blake, menos numerosa que la de Penn, y que, por lo tanto, exigía menos preparativos, estuvo pronta tres meses antes que la de aquel, pues convenia á Cromwell que la cooperacion de ambas escuadras y la unidad de su mision permaneciesen ocultas al principio. La Inglaterra tenia en el Mediterráneo reclamaciones que presentar, indemnizaciones que tomar y un renombre y una influencia que establecer. Blake tenia el tiempo necesario para cumplir su mision antes que su presencia permanente en las costas de España fuese necesaria á las operaciones de Penn y Venables en América. Recibió la orden de partir; y antes de dársela, Cromwell, á fin de alejar toda sospecha, habia tenido cuidado de escribir al rey Felipe IV: «La seguridad y la proteccion de la navegacion y del comercio de los pueblos de esta República nos imponen la necesidad de enviar al Mediterráneo una escuadra de buques de guerra, y creemos de nuestro deber informar de ello á Vuestra Magestad. No hacemos esto con la mira de causar perjuicio á ninguno de nuestros aliados y amigos, en el número de los cuales contamos á Vuestra Magestad. Lejos de esto, mandamos á nuestro general Roberto Blake, á quien confiamos el mando de la escuadra, que se conduzca respecto de ellos con toda clase de atenciones y benevolencia. No dudamos que en recompensa, siempre que nuestra escuadra entre en vuestros puertos y en vuestras estaciones, ya para comprar víveres, ya por cualquier otro motivo, será recibida con todos los miramientos posibles. Esto es lo que en la presente carta pedimos á Vuestra Magestad, rogándole conceda plena confianza á nuestro mencionado general, siempre que se dirija por cartas ó de cualquier otro modo, bien á Vuestra misma Magestad, bien á vuestros gobernadores y ministros, en los lugares en donde necesite tocar. ¡Que Dios guarde y proteja á Vuestra Magestad!

Blake se dió á la vela antes de fines de octubre, no curado aun de la herida que habia recibido en su último combate contra los holandeses, pero lleno de ardor y confianza, é inspirando á todos sus subordinados los mismos sentimientos. Era un héroe sencillo y prudente, valiente con modestia, fiel á su fe, á su país y á su profesion, poderoso sobre sus compañeros, aunque silencioso, y tan honrado como temido de sus enemigos. La noticia de su partida causó en París, Lisboa, Madrid y en to-

dos los Estados de la Europa meridional, una profunda sensacion, pues aunque no se sabia lo que iba á hacer, se temia que acometiera grandes empresas, y que las que acometiese las llevaria á cabo. Casi en el mismo momento en que salia de Portsmouth, zarpaba de Tolon una escuadra francesa, conduciendo á Nápoles, con algunas tropas, al duque de Guisa cuya loca temeridad ponía en juego Mazarino por la segunda vez contra España. Al saber que Blake se dirigia al Mediterráneo, el cardenal se sintió poseído de una gran inquietud, y el conde de Brienne escribia, por órden suya, á Bordeaux: «Peso en mi ánimo las palabras que voy á escribir, pues temo que una demasiado alta cause un mal, cuyas consecuencias sean funestas, ó que una demasiado baja nos cubra de vergüenza... Es preciso que deis á entender que Su Magestad, noticioso de que Blake habia recibido la órden de navegar hácia el Estrecho, pasarlo y entrar en el Mediterráneo, ha resuelto impedir algun accidente que pudiese poner sus negocios fuera de todo arreglo.» A consecuencia de esto diéronse sin duda las oportunas instrucciones, porque cuando Blake llegó delante de Cádiz, habiendo sido apresado uno de sus buques de transporte, por los que salieron de Brest para ir á reforzar al duque de Guisa en Tolon, el general francés, cuando supo que este buque pertenecia á la escuadra inglesa, hizo ir al capitán á su cámara y le puso en libertad, convidándole á beber con él, á la salud del almirante Blake, un vaso de vino Borgoña; brindis que hizo acompañar con una salva de cinco cañonazos; y los buques franceses, en lugar de proseguir su marcha, se replegaron sobre Lisboa. Los buques españoles, portugueses, holandeses y hasta argelinos, que se hallaban en aquellas aguas manifestaron á Blake las mismas consideraciones. El conde de Molina, gobernador de Cádiz, le hizo invitar á entrar en el puerto, donde le prometia la mas amistosa acogida; pero Blake respondió que le era urgente aprovechar el viento para pasar el Estrecho é ir á ejecutar en el Mediterráneo las órdenes del Protector. Trasladóse, en efecto, rápidamente á Nápoles, para oponerse á la invasion del duque de Guisa, porque Cromwell, siempre en equilibrio entre la Francia y España, no queria dejar que una ú otra adquiriesen demasiado prestigio, y procuraba contenerlas alternativamente. Mas, cuando la escuadra inglesa llegó delante de Nápoles, el duque de Guisa habia ya sido derrotado y acababa de reembarcarse; Blake, por consiguiente, no tenia por qué ocuparse de esta frivola intentona, y podia proseguir en todas las costas del Mediterráneo el cumplimiento de su importante mision.

Presentóse primero delante de Liorna , é hizo pedir al gran duque de Toscana , por una parte indemnizaciones de las presas hechas en 1650 por el príncipe Roberto en daño de los comerciantes ingleses , y que habían sido vendidas en los puertos de la Toscana ; y por otra parte , el derecho para los protestantes ingleses , de tener en Florencia una iglesia



EL POETA WALLER.

donde practicar libremente su culto. Esparecióse la alarma en toda la costa de Italia ; algunas presas habían sido vendidas también en los Estados Romanos , y el gran duque de Toscana declinaba sobre el Papa una parte de las indemnizaciones reclamadas. Noticioso de esto, Blake envió á Roma un oficial , pidiendo igualmente la debida reparacion. El terror fue tal en

dicha ciudad, que muchas personas la abandonaron, llevándose ú ocultando sus efectos preciosos, y el Papa hizo tambien trasladar al interior el tesoro depositado en la catedral de Loreto, temiendo un desembarco y un golpe de mano de los arrogantes hereges ingleses. Blake no era un pirata ni indiferente á las reglas y procedimientos del derecho de gentes, y aunque insistió perentoriamente en que se le entregasen las indemnizaciones reclamadas, no cometió acto alguno de violencia. Entabláronse negociaciones acerca del importe total de las reclamaciones. Blake pedía 150,000 libras esterlinas; el gran duque de Toscana dió 60,000, y el Papa añadió 20,000 pistolas (1). Por lo que respecta á la libertad del culto protestante en Florencia, el gran duque eludió la cuestion, diciendo que nada de esto estaba admitido en ninguno de los Estados italianos, y que accederia á ello cuando los demás soberanos hiciesen lo mismo. Blake no exigió mas, pues era de aquellos que tenian sinceramente en el corazon, aunque con un poco de dificultad é inconsecuencia, la libertad religiosa, y hubiera querido asegurarla en todas partes á los protestantes; pero era sensato y equitativo; no desconocia los derechos de los soberanos, y el estado de los católicos en Inglaterra le contenia en sus pretensiones.

Desde Liorna se trasladó á la costa de Africa, primero á Tunez, luego á Trípoli, y despues á Argel, reclamando tambien en estos puestos indemnizaciones en favor de los comerciantes ingleses, y que fuesen puestos en libertad los cautivos que se hallaban en poder de los piratas. Tambien habia corrido el rumor de que por órden del Gran Señor todas las escuadras de los Estados musulmanes en el Mediterráneo debian reunirse en Túnez, sin duda para asaltar y saquear algun Estado cristiano. Blake queria desconcertar todas las empresas de esta clase, é inspirar á los berberiscos el respeto á la Inglaterra; pero solo en Tunez tuvo ocasion de recurrir á la fuerza. Al comunicar al bey sus reclamaciones, le hizo pedir el permiso de renovar su provision de agua, pero el bey se negó brutalmente á todo: «Dios ha concedido el beneficio del agua á todas sus criaturas, le hizo decir Blake, y es una maldad insolente el negárselo entre sí.»—«Mirad, dijo el bey á los oficiales ingleses, mostrándoles sus bien armados fuertes de la Goleta y Puerto-Ferino; haced todo el daño que querais, pues no me intimida vuestra gran escuadra;» y se preparaba á rechazar todo ataque, cuando vió que la escuadra inglesa se

(1) La pistola romana vafe hoy 47 francos, 28 céntimos.

alejaba sin disparar un cañonazo. Por espacio de quince dias gozó orgullosamente de esta fácil libertad; pero el 3 de abril de 1655 la escuadra inglesa volvió á presentarse á la vista de Túnez, y al amanecer del dia siguiente fué á anclar á medio tiro de fusil de las baterías tunecinas. Blake habiáido á Trápani en la costa de Sicilia á reunir algunas de sus naves y completar sus municiones. Despues de haberse celebrado con toda solemnidad los oficios divinos en el puente de todos sus buques, á la vista de los musulmanes, llenos de asombro y respeto, trabóse la accion, y durante dos horas los fuertes tunecinos y los bajeles ingleses se cañonearon con vigor; el viento era favorable á los ingleses, y dirigian con toda seguridad sus disparos, al paso que los tunecinos sostenian sus fuegos al través de nubes de humo. No obstante, el resultado era dudoso todavía, cuando Blake mandó á uno de sus oficiales de confianza, llamado Jhon Stoaks, capitán del buque almirante el *San Jorje*, botar al agua algunas de las chalupas de la escuadra, provistas de teas y antorchas é ir á remo á incendiar nueve grandes buques de guerra anclados en el fondo del puerto, y que constituian todas las fuerzas marítimas del bey. Esta órden se ejecutó con el mayor arrojo, y á pesar del fuego de mosquetería de los soldados situados en la costa, la escuadra tunecina fue incendiada; en vano las gentes del bey intentaron detener los progresos del desastre, pues las fragatas inglesas barrian á cañonazos el puente de los navíos presa de las llamas, y arrojaban de él á los trabajadores, enviados para apagarlas. El puerto presentó muy pronto por este lado el aspecto de un mar de llamas, y á la vista de este terrible espectáculo la lucha de la escuadra inglesa y de los fuertes tunecinos quedó en suspenso por algunos instantes; pero su resultado no era ya dudoso, y perdiendo completamente su aliento los tunecinos, cesó el fuego de los fuertes. Blake, si hubiera querido, hubiese podido desembarcar fácilmente y hacerse dueño de ellos; pero le bastó haber conseguido su objeto, que era hacer sentir al bey el poder de la Iglaterra. El desastre de Túnez halló eco en toda la estension de la costa de Africa; asi, pues, Blake no encontró en Trípoli ni en Argel ninguna resistencia, y prudente en la victoria, hizo atender en todas partes, sin arrogantes exigencias, las reclamaciones de sus compatriotas y el rescate de los cautivos.

Aun respecto de los musulmanes y los bárbaros, no creyó lícito emprenderlo todo, y en sus actos brillaba un prudente respeto al derecho de gentes y á sus instrucciones. El 14 de marzo escribia á Thurloe, delante de Túnez y pronto á atacar esta plaza: «No estoy enteramente satis-

fecho en lo tocante á sí, en el caso de negativa á nuestras reclamaciones, mis poderes me autorizan á apresar, echar á pique y destruir todos los buques de este reino; quisiera tener acerca del particular instrucciones mas esplicitas, y que me esplicasen con mas claridad mis deberes;» y el 18 de abril, despues de la victoria, decia: «Ahora que Dios ha querido justificarnos de una manera tan brillante, espero que ni Su Alteza ni ninguno de los que se interesan por el honor de nuestra nacion, estarán descontentos de lo que he hecho, aunque espero la griterfa de muchas personas interesadas aquí. Reconozco que antes del ataque, hallando, como ya os he dicho, alguna ambigüedad en mis instrucciones, he dudado por algun tiempo; pero la bárbara conducta de estos piratas ha inclinado la balanza.»

De esta manera reprimidos los berberiscos, Blake recorrió por algun tiempo el Mediterráneo, llevando sus fuerzas á donde quiera le llamaba algun interés del poderío, del honor ó de la fortuna de Inglaterra: en Malta, para dar á los *caballeros*, que habian detenido y apresado mas de una vez buques ingleses, un aviso eficaz; en Venecia, para recibir las felicitaciones del dux y del senado, que se regocijaban, por hallarse en lucha con los turcos, á causa de la posesion de Candia, que los musulmanes sufrieron en las costas vecinas algun descalabro; delante de Tolon y de Marsella, para intimidar á los armadores franceses, que á pesar de las prohibiciones del rey, salian algunas veces de estos puertos, ocasionando graves perjuicios al comercio inglés. En derecho y en hecho la policia de los mares era aun en aquella época casi nula é impotente; la paz entre los Estados no era para sus respectivos súbditos una garantia de navegacion segura, y los gobiernos no conseguian, y aun apenas aspiraban, ni á reprimir las demasias marítimas de sus nacionales, ni á protegerlos contra otros desmanes del mismo género, ó contra la violenta represion de las marinas extranjeras. Blake usó estensamente del derecho de vigilar en el Mediterráneo por la seguridad del comercio británico; y para desalentar ó castigar á los depredadores, hizo á su vez, sobre el comercio francés, español, portugués, holandés y hamburgués, presas de mayor ó menor consideracion, y que naturalmente debian suscitar entre los diferentes gobiernos peligrosas complicaciones; pero, merced á su actividad y vigor, inspiró á los comerciantes ingleses una confianza, y á los armadores extranjeros un temor que contribuyeron poderosamente á la prosperidad y al prestigio de su país. Y cuando creyó haber hecho lo bastante en este sentido, volvió á las costas de España á

esperar la explosion de la guerra que debia producir entre ambos Estados la empresa contra la América española, y en la cual le estaba reservada la representacion de Europa.

Al pasar por delante de Málaga, algunos marineros de Blake saltaron á tierra, y encontrando en las calles una procesion del Santísimo Sacramento, en lugar de inclinarse con respeto, se burlaron con bravatas é insultos de la ceremonia. Indignado un sacerdote, escitó al pueblo á vengar el honor de su fe; á esta escitacion siguió un violento tumulto, y los marineros ingleses batidos, no lograron sino á costa de mucho trabajo volver á su bote y su escuadra, donde contaron al almirante, como mejor les convenia, lo que acababa de acontecerles. Ya muchas veces, en Lisboa, Venecia y otros puertos católicos, habian ocurrido escenas de la misma naturaleza; y en la perspectiva del rompimiento que él sabia estaba próximo á estallar entre la Inglaterra y España, resolvió no dejar pasar en silencio este hecho. Envió, pues, á tierra un trompeta, pidiendo, no como se esperaba, que las violencias del populacho fuesen castigadas, sino que el sacerdote que las habia escitado fuese entregado á la justicia. El gobernador de Málaga respondió que no podia satisfacer este deseo, porque en España los dependientes de la Iglesia no estaban sometidos á la jurisdiccion civil. «Nada me importa saber quién tiene el derecho de enviarme el culpable, le hizo decir Blake; pero si dentro de tres horas no se halla á bordo del *San Jorje*, quemaré por completo vuestra ciudad.» Ninguna excusa, ningún plazo se admitieron, y el clérigo fue enviado al almirante. Blake hizo comparecer inmediatamente los marineros, y despues de haber escuchado ambas relaciones, declaró que estos se habian conducido con insolencia y grosería, respecto de los españoles, y que ellos mismos habian provocado el ataque de que se quejaban. «Si al punto me hubiéseis enviado la relacion de lo ocurrido, dijo al sacerdote, mis hombres hubieran sido severamente castigados, pues no sufro que insulten la religion de los paises donde tocan; pero me ha ofendido que os hayais hecho justicia por medio de la violencia; quiero que sepais y que todo el mundo sepa que un inglés no debe ser juzgado sino por los ingleses.» Dichas estas palabras, envió á tierra con respeto al sacerdote. ¡Raro ejemplo de equidad y moderacion en el ardor de la fe y de la fuerza, y en medio de la confusion de los derechos!

Cuando Cromwell recibió la carta en que Blake daba cuenta de este incidente, la llevó al Consejo de Estado y la leyó en alta voz con la mas esplicita aprobacion, diciendo: «He aquí como es preciso conducirse, y yo

haré que el nombre inglés sea tan grande como lo fue en otro tiempo el romano.»

Cromwell tenía razon de emplear á Blake con toda confianza, porque el marino republicano habia renunciado sinceramente á mezclarse en las disensiones intestinas de su país, para no ocuparse sino de su grandeza. Cuando Thurloe anunció á Blake en enero de 1655 la disolucion del Parlamento que habia pretendido reconstituir á su capricho y en virtud de su propia autoridad, el gobierno del Protectorado, Blake le respondió: «No me sorprende la noticia que me dais; la interminable lentitud y las inoportunas mociones de esa asamblea me habian hecho presentir que ese seria el resultado. No puedo admirarme bastante de que todavía queden en el corazon de los hombres que á sí mismos se llaman ardientes patriotas, tanto espíritu de partido y tan ciegas prevenciones, que desatiendan los únicos medios de salvar la República en medio de las conspiraciones combinadas de sus antiguos y nuevos enemigos. Espero que el Señor, que nos ha salvado hasta aquí, nos salvará una vez mas, aunque por nuestra parte hagamos todo lo necesario para cansarle.»

Proximamente dos meses despues de la partida de Blake al Mediterraneo, á fines de diciembre de 1654, la escuadra de Penn y de Venables con sus tropas de desembarco, salió á su vez de Portsmouth con rumbo á la América española. Aunque preparada muy de antemano, la expedicion empezó bajo desfavorables auspicios; poco antes de su partida, estuvo próxima á estallar una sedicion entre los marineros que se quejaban de la mala calidad de los víveres; no querian ser reclutados, por medio de la prensa, y decian con enojo que todo el mundo sabia á donde iban y que solo á ellos se les ocultaba el punto de su destino. Los dos jefes Penn y Venables apenas estaban mejor dispuestos que sus subordinados. Penn, en el fondo de su corazon era realista, y cuando se vió al frente de una fuerte escuadra, mandó á decir á Colonia que si el rey estaba en disposicion de obrar, y le indicaba un punto donde con seguridad pudiese dirigir sus naves, estaba pronto á declararse en su favor. Venables, débil irresoluto y poco adicto á Cromwell, aunque habia servido bien á sus órdenes, en Irlanda, hizo llegar á Carlos II iguales confidencias. El almirante y el general no se habian comunicado sus designios; pero ambos tenian poca fe y escasa satisfaccion por el porvenir de Cromwell, y querian contemporizar con todas las eventualidades. Carlos, que no se hallaba en estado ni disposicion de acometer tentativa alguna, les aconsejó que prosiguiesen, en el interés de la Inglaterra, la empresa de que estaban encarga-

dos, y esperasen tiempos mejores para declararse en su favor. Partieron, pues, sin gran entusiasmo ni confianza, habiendo recibido del Protector la orden de no abrir hasta su arribo á la Barbada, sus instrucciones acerca del objeto y de la marcha de la expedicion.

Los marineros tenian razon al creer que el secreto estaba mal guardado, puesto que la indiscrecion habia empezado en la misma morada de Cromwell y por uno de sus mas adictos servidores. El Protector empleaba con frecuencia en sus relaciones con el continente, y sobre todo con los protestantes de Francia, Suiza y Alemania, á un agente llamado Stoupe, grison de nacimiento y ministro de la iglesia francesa en Londres, hombre de talento y de intriga, alternativamente teólogo, reconecedor, folletista y soldado, sin virtud y sin pretensiones á presentarse con boato; pero curioso, activo, ávido de importancia oculta y de dinero, y dispuesto á servir á todo aquel que le satisficiera estas inclinaciones. Al entrar un dia en el gabinete del Protector, Stoupe le encontró ocupado en examinar atentamente un mapa y medir distancias; y dirigiendo furtivamente una mirada, vió que era un mapa del golfo de Méjico, advirtió el nombre del grabador y fué al dia siguiente á casa de este á comprar el mapa. El grabador le contestó que no lo tenia, pero Stoupe le replicó que lo habia visto.—«En tal caso, repuso el grabador, solo podeis haberlo visto en manos del Protector, porque solo tenia algunos ejemplares, y me ha prohibido vender uno solo sin su permiso.» La curiosidad de Stoupe, vivamente escitada, se convirtió muy pronto en indiscrecion; hablando un dia con algunas personas de la expedicion de Penn, dijo que la creia destinada á las Indias Occidentales. Estas palabras llegaron á oídos de don Alonso de Cardañas, que hizo llamar á Stoupe y le preguntó qué fundamento tenian sus sospechas, y le ofreció 10,000 libras esterlinas si podia descubrirse el secreto de aquel proyecto. Stoupe no se dejó tentar esta vez, y se negó á complacer al embajador español. Pero mantenía correspondencia con los partidarios de la Fronda protestantes que rodeaban en Bruselas al príncipe de Condé, tristemente fugitivo, y que hacia la guerra entre los españoles desde que la ruina de la Fronda le habia imposibilitado para ser alternativamente en su patria un héroe y un faccioso. Stoupe enviaba á sus correspondientes noticias en cambio de sus buenos servicios, y les comunicó sus conjeturas acerca del objeto de la expedicion de Penn; Condé fue informado desde luego, y á su vez lo notició á don Juan de Austria, que habia reemplazado al archiduque Leopoldo en el gobierno de los Países-Bajos. Pero don

Juan no hizo caso alguno de un rumor de que el embajador de España en Londres no le hablaba. En otras partes se hacia mas caso de él ; así, lord Jermyn escribía desde París á Carlos II: «No puedo dejar de tener alguna esperanza en los rumores que nos llegan de todas partes de que la escuadra de Cromwell tiene el encargo de hacer una tentativa sobre Hispaniola; aunque esto es mas allá de la Linea, no puedo figurarme que los españoles, viéndose atacados en un punto tan importante de sus posesiones, continúen mostrándose amigos del agresor.»—No comprendo, decia poco despues Mazarino á Bordeaux, como es tan difícil ahí penetrar el objeto de la escuadra de Penn, puesto que aquí, donde deberiamos tener muchas menos noticias que el punto donde estais, hemos sabido que al pasar á San Cristobal, se han embarcado en dicha escuadra trescientos franceses ó habitantes de la isla, y que en seguida ha hecho rumbo hácia Cuba.»

La córte de Madrid no obró con tanta ligereza como su embajador en Londres; alarmado por las noticias indirectas que le llegaban, don Luis de Haro, por órden espresa del rey, se quejó á Cardañas, no solo de su silencio acerca del objeto de la espedicion de Penn, sino tambien de la incoherencia de sus noticias respecto de los negocios de Inglaterra y de su escasa influencia cerca de un gobierno que la España habia sido la primera en reconocer y apoyar. Cardañas se defendió vivamente de estas reconvenciones, atribuyendo la lentitud y el mal éxito de sus negociaciones á la falta de instrucciones positivas y á las dudas de su córte, y diciendo en cuanto á la escuadra de Penn: «El objeto acerca de las Indias es el único que no he podido penetrar, porque el Protector lo ha tenido esmeradamente oculto, sobre todo á las personas por quienes yo podia prometerme saber el plan... Asi, pues, respecto del particular no he podido recojer sino vagas conjeturas, y he comunicado á Vuestra Magestad todas las que se forman acerca de esta espedicion, en toda su diversidad...» Cardañas concluía pidiendo su relevo.

En lugar de relevarlo, Felipe IV envió á Londres un embajador mas, el marqués de Leyde, hombre grave y oficial valiente, que se habia distinguido en la guerra de los Países Bajos, por su vigorosa defensa de Maestricht contra el príncipe de Orange. Tenia órden de ponerse de acuerdo con Cardañas, y de no manifestar ninguna desconfianza á propósito de la escuadra de Penn, y de renovar, por el contrario, al Protector las mas formales seguridades de los buenos sentimientos de su rey, é insistir en la conclusion de un tratado de paz entre España y la Inglaterr-

ra, recordando á Cromwell todos los motivos que debian desviarle de la Francia, y ofreciéndole ayudarle inmediatamente á tomar á Calais, con tal que por su parte ayudase al príncipe de Condé á entrar de nuevo en Burdeos y encender otra vez la guerra en el territorio francés.

Estas proposiciones de la corte de Madrid á Cromwell, en los momentos en que empezaba contra ella semejante agresion, sorprendió la poco exigente altivez de Mazarino y le causó vivas inquietudes. La España estaba decidida á soportar todo y emprender todo para armar la Inglaterra contra la Francia. Bordeaux recibió la orden de activar la conclusion del tratado que hacia mas de dos años negociaba, y hasta de anunciar su salida de Inglaterra, si se demoraba por mas tiempo este negocio. Muchas veces habia creido tocar al término de su negociacion; pero unas veces las cuestiones que habian sido resueltas volvian á suscitarse y otras surgian nuevas é imprevistas dificultades. No era posible llegar á una avenencia acerca de los términos del artículo secreto que debia alejar de Francia á los Estuardos y sus principales partidarios; Cromwell no queria obligarse á no proteger los protestantes franceses, si, para el sosten de sus libertades, necesitaban su apoyo; y para mantenerse fiel á las antiguas pretensiones de los reyes de Inglaterra, pedia que el rey de Francia no tomase en el tratado mas que el título de rey de los franceses; queria tratar de igual á igual con Luis XIV, y ser nombrado antes que él en el ejemplar inglés de este acto, como se habia ya verificado en las estipulaciones que habia concluido con los reyes de Suecia, Dinamarca y Portugal. Por mucho que Mazarino desease la paz; por grande que fuese la insistencia de Colbert para que se abriesen buenas y seguras relaciones comerciales con la Inglaterra, se negaron por mucho tiempo á acceder á tales exigencias. Cuando la fortuna de Cromwell parecia indecisa, Mazarino se detenia y no insistia en que se celebrase tratado alguno; así, pues, en octubre de 1654, en el momento en que se envenenaba la lucha entre el Protector y el último Parlamento, escribia á Bordeaux: «Conviene no precipitar las cosas, y mantenerse únicamente en disposicion de obrar, esperando el sesgo que tomen los negocios, para que se pueda ver con mas claridad la direccion que siguen; porque la prudencia nos prohíbe darnos prisa á asociarnos tan abiertamente á los intereses del Protector, en circunstancias en que, si el partido contrario lograse por casualidad prevalecer, todo lo que habriamos hecho, solo serviria para obligar á sus adversarios á declararse contra nosotros y á tender los brazos á los españoles, que no dejarian de sacar partido de

este contratiempo.» Pero cuando Cromwell quedó, en el interior, vencedor y único dueño; cuando se le vió desplegar en lo exterior su poder, contraer alianzas con todos los Estados protestantes de la Europa septentrional, intimidar igualmente en el Mediodia á los católicos y los musulmanes, y meditar conquistas á expensas de España; cuando se supo en París que Montecuculli habia ido á Londres, con la mira de atraer al Protector á los intereses de la casa de Austria; que Whiteloke, impulsado, segun se decia, por la reina Cristina, le habia apoyado en Whitehall, y que el rey de España le enviaba al marqués de Leyde para dar á sus ofrecimientos de alianza mas peso y brillo; en presencia de todos estos hechos, desaparecieron las perplejidades y los aplazamientos de Mazariño, y mandó una y otra vez á Bordeaux llevar adelante la negociacion. El cardenal se mostró fácil acerca de los términos del artículo secreto relativo á la espulsion de los Estuardos y sus mas íntimos amigos; accedió á que continuase en vigor el antiguo protocolo que daba al rey de Francia el titulo de rey de los franceses; y al sostener, en lo relativo á la prioridad de la firma, en el preámbulo del tratado, la dignidad de la corona de Francia, añadió: «No deseamos otra cosa que tratar de igual á igual con la Inglaterra, ó bien con el mismo Protector, con tal que tome el titulo de rey; y entonces Su Magestad no titubeará en hacerle todos los honores que los reyes de Francia han acostumbrado dispensar á los de Inglaterra, y le enviará ademas un embajador extraordinario para felicitarle, si así lo desea.» Negativa admirablemente lisonjera, y que debia halagar á Cromwell, en vez de ofenderle.

Pero Cromwell no se sintió halagado ni ofendido; cedió en la cuestion de prioridad de la firma, pero no se dió la menor prisa en concluir tratado alguno. En el fondo de su corazon se inclinaba cada vez mas hácia la Francia, pues sabia que el rompimiento con España era inevitable despues del golpe que estaba próximo á descargar sobre ella; y la paciencia con que esta nacion sufría la proximidad del peligro, le aseguraba su cólera en el momento de la esplosion. Los ofrecimientos del marqués de Leyde no le deslumbraron, pues en los dos puntos en que la Inglaterra mostraba mayor empeño, esto es, la libre navegacion en las Indias Occidentales y la libertad del culto en favor de los comerciantes ingleses en España, la córte de Madrid insistia en su negativa. Las palabras de Condé y de sus agentes en Londres no inspiraban á Cromwell la menor confianza: «Es un botarate y un charlatan, dijo un dia á Stoupe, y sus amigos le venden al cardenal.» No ignoraba que España, al auxiliar á

los descontentos franceses, nunca sería para ellos un apoyo eficaz, pues carecía de dinero, y poco antes había tenido alguna dificultad en enviar á Condé, por conducto de Cardañas, un socorro de 50,000 escudos. Quiso conocer con seguridad las disposiciones de los protestantes de Francia, á quienes Condé pintaba como prontos á levantarse en su favor; Stoupe recorría, por orden suya, la Francia como simple viajero, las orillas del Loira, Burdeos, Montauban, Nimes y Lyon, conferenciando con los principales protestantes, y hablándoles de las simpatías que Cromwell les profesaba. Encontrólos decididos, en su mayor parte, á mantenerse pacíficos; los edictos se obedecían; practicaban libremente su culto y se dedicaban tranquilamente á sus negocios, y además opinaban mal del príncipe de Condé. «Es un hombre, dijeron á Stoupe, que solo busca su propia grandeza, y que está dispuesto á sacrificar á todos sus amigos y todas las causas que al parecer abraza.» Todo inducía á convencer á Cromwell de que nada debía esperar de España ni de los partidarios de la Fronda, y que la Francia, Luis XIV y Mazarino, mas poderosos y hábiles, eran para él unos vecinos mas temibles, y le serian mas útiles aliados. Dió solemnemente audiencia al marqués de Leyde, pero este no tardó en reconocer que su embajada sería estéril, y volvió á marchar á Flandes.

Cromwell le hizo acompañar con gran aparato hasta Gravesend, y permaneció en la misma inmovilidad respecto de la Francia, no sintiendo prisa alguna para declararse ó comprometerse de antemano. La corte de Francia seguía inspirándole, y mas aun al público inglés, grandes recelos; y la mayor parte de los comerciantes de Londres se inclinaban á España, donde su comercio era considerable. ¿Y á qué, por lo demás, decidirse antes de que fuese conocido el resultado de la expedición á América? España rompía entonces por sí misma la paz, y el tratado con Francia se concluiría en nombre de la necesidad. Bordeaux explicaba bastante bien estos motivos de las vacilaciones del Protector, y daba cuenta fiel de ellas á su corte, cuando escribía á M. de Brienne. «El espíritu de conquista y el pretexto de religion le disponen contra España; pero su inclinacion, la envidia que le causa nuestro poder, y el interés de los mercaderes le animan contra la Francia. Los disturbios que podrian estallar en Inglaterra, si una de las coronas le fuese enemiga declarada, le contienen interiormente; y la confianza de que nosotros no nos atreveríamos á romper, le hace despreciar todas las amenazas y estímulos que ya pudiera poner en juego para obligarle á cambiar de conducta respecto de

nosotros. Esta es la pintura mas natural que puedo hacer de la actual disposicion de su espíritu. »

Un incidente , europeo por el ruido que en todas partes hizo , aunque encerrado en un oscuro rincón de los Alpes , ofreció á Cromwell nuevos pretestos para aplazar mas toda solucion definitiva. En el fondo de algunos valles del Piamonte vivia un reducido pueblo de labradores y pastores , sometidos desde algunos siglos á la casa de Saboya , pero separados tambien , hacia algunos siglos , por su fé y su culto , de sus compatriotas y de sus soberanos.

Muchas veces se ha investigado , sin acertar á resolver con certidumbre esta cuestion , cuál fue el origen de las creencias y del nombre de los vaudenses ; la Iglesia romana les calificaba de hereges , y ellos á su vez acusaban á la Iglesia romana de no ser ya aquella primitiva Iglesia apostólica , de la que se consideraban á sí mismos como los fieles herederos. Como quiera que sea , ellos eran una raza de hombres sencillos , pobres , laboriosos y piadosos , en extremo apegados á sus montañas , á su fe y á sus pastores. Diferentes veces habian obtenido de los duques de Saboya ciertos privilegios que aseguraban sus libertades religiosas y locales ; y desde el siglo XI al XVI habian pasado por diversas alternativas de tolerancia y persecucion , si bien por lo regular , mas tranquilos que molestados en la práctica de su culto y en el goce de sus derechos. Cuando nació la reforma , al principio apenas se ocuparon de ella , pues no abrigaban el menor deseo de cambio en su régimen interior , y la casa de Saboya , habitualmente prudente y benévola para con sus súbditos , casi no les turbaba en su reposo. Es cierto que tenia motivos políticos para mostrarse conciliadora con ellos , pues sus valles colindaban con los del Delfinado , pueblos de montañeses del mismo origen , de la misma fe y de las mismas costumbres ; su territorio era el punto ordinario de tránsito de los ejércitos franceses en sus expediciones á Italia ; los reyes de Francia habian tenido ocasiones de mostrarles su favor , y aun algunas veces de protegerlos oficialmente ; el 28 de setiembre de 1571 , menos de un año antes de la Saint-Barthélemy , Carlos XI escribia al duque Manuel Filiberto , que á la sazón trataba con rigor á los vaudenses : « Quiero hacerlos una advertencia , no ordinaria , sino tan afectuosa cuanto pudiérais esperarla de mi... porque durante los desórdenes de la guerra , la pasión no permite , como tampoco la enfermedad al paciente , juzgar qué cosa es la mas oportuna... y por lo mismo , que habeis tratado á vuestros súbditos estraordinariamente en esta causa , servíos hoy en mi favor , por

mi ruego y especial recomendacion, recibirlos en vuestra benigna gracia, y devolverles la posesion de sus bienes confiscados... Esta causa es tan justa en sí misma y tan simpática á mis ojos, que estoy seguro de que me concedereis voluntariamente el efecto.»

Cuando la reforma hubo conquistado la mitad de Europa, y encendido en todas partes, en los espíritus y en los Estados, el fuego de la controversia y de la guerra, los valles vaudenses sintieron el rechazo de este sacudimiento general; la polémica teológica se hizo mas frecuente, y la predicacion contra la Iglesia romana mas violenta. Los pastores vaudenses, conocidos con el nombre de *Barbas*, palabra de deferencia filial, estaban divididos en dos clases: los unos, sedentarios y adictos á las parroquias; los otros móviles y viajeros, eran unos verdaderos misioneros que iban á sembrar y recoger en los diferentes países de Europa, en Italia, Francia y Alemania, hácia el Mediodía hasta en el corazon de la Calabria, y hácia el Oriente hasta las bocas del Danubio, las doctrinas evangélicas. A fines del siglo XVI y principios del XVII, estos hombres llevaban á su patria el movimiento que hallaban en todas partes; en el seno de los distritos en que los católicos estaban confundidos con los vaudenses, se envenenaron los disentimientos religiosos; la necesidad de sostener con esplendor y de derramar en derredor de sí su fe, exaltó el corazon de aquellos montañeses, y se trasladaron á los valles vecinos, unas veces de paso, y otras para restablecerse en ellos, discutiendo y predicando con ardor obstinado, animados de esos dos poderosos espíritus cuya esplosion solo pueden soportar los gobiernos libres y fuertes: el espíritu de resistencia y el espíritu de propaganda.

En el Piamonte católico se encendió un idéntico entusiasmo por la defensa de la causa contraria, y la Iglesia romana, despechada é inquieta, promovió una guerra activa contra los vaudenses. Tenia en su favor el poder legal y la pasion pública, al príncipe y al pueblo. La Propaganda de Roma emprendió la conversion, y la córte de Turin la sumision de los vaudenses; los doctores y predicadores católicos recorrieron sus montañas, y para secundar sus esfuerzos se formaron en Turin dos asociaciones voluntarias, una de hombres y otra de mujeres. Una gran señora de la córte, la marquesa de Pianezza, hermosa, inteligente, rica y entusiasta, dedicó á esta obra piadosa su tiempo, su fortuna y su influencia; su esposo, duro y valiente oficial, se encargaba de ejecutar los deseos de su mujer, las órdenes de su soberano y los preceptos de su fe, al paso que la hija de Enrique IV, Cristina de Francia, regente del Pia-

monte durante la minoría de su hijo Carlos Manuel II, les prestaba su apoyo. Los vaudenses no carecian en la aristocracia piemontesa de patronos benévulos, que recomendaban al poder una política prudente y el respeto á sus antiguas libertades. Por espacio de algunos años y casi hasta el último momento los edictos alternativos de tolerancia y de rigor revelaron la lucha de estas dos influencias. Pero el espíritu de tiranía religiosa prevaleció cada vez mas en el gobierno piemontés, y los vaudenses por su falta de prevision ó sus arrebatos, le ofrecian con frecuencia protestas, y algunas veces motivos. Los jóvenes perseguidos por insultos hechos á los sacerdotes, se refugiaron en los lugares escarpados de las montañas, donde hacian una vida de bandidos, en lucha con el orden y las leyes. En algunos valles, en el Villar, en Bobi y en Angrogne, fueron incendiados algunos conventos de reciente fundacion, y en Fenil el párroco fue asesinado. La masa de la poblacion vaudense lamentaba estos crímenes, y hacia leales esfuerzos para reprimirlos, para escusarse de ellos, y obedecer los mandatos de su soberano; pero molestada á su vez en sus sentimientos y derechos, no conseguia resignarse ni defenderse, y causaba la tímida benevolencia de sus aristocráticos protectores, tan impotentes para evitar sus faltas como para contener á sus enemigos.

El 25 de enero de 1655, la tempestad que muy de antemano se condensaba, estalló al fin contra los vaudenses: mandóseles evacuar en un plazo de tres dias, bajo pena de vida y de confiscacion de sus bienes, nueve de los distritos en que se habian establecido; impúsoseles tambien la ley de vender, en un plazo de veinte dias, las tierras que en ellas poseian, y concentrarse ellos y sus propiedades en cuatro distritos, únicos en que su religion debia ser tolerada en lo sucesivo; y aun en estos mismos distritos, á fin de conseguir la conversion de los protestantes, debia celebrarse diariamente la misa, y cualquiera que disuadiese á un protestante de convertirse, quedaba sujeto á la pena de muerte. Los vaudenses consternados reclamaron, diciendo se hallaban prontos á aceptar todas las condiciones que se les impusiesen con tal que no se atacase á su libertad de conciencia; y que si se habia adoptado la resolucion de oponerse á ella, pedian la autorizacion de salir en masa de los Estados del duque de Saboya. Aparentóse escuchar sus reclamaciones, y se abrieron negociaciones al efecto; se señaló á sus diputados un dia de audiencia en Turin; pero aquel mismo dia, el 17 de abril de 1655, el marqués de Pianezza entró al frente de un considerable cuerpo de tropas en los valles vaudenses, á fin de hacer ejecutar por la fuerza la evacuacion de

los distritos señalados. Algunas tentativas de resistencia provocaron una lucha sangrienta, y por espacio de ocho días aquella poblacion fue entregada á las violencias de soldados fanáticos ó licenciados, desencadenados contra los hereges vencidos. El 24 de abril, en particular, fue en aquel pequeño rincon del mundo, uno de esos días de carnicería y de ultrajes á la humanidad, cuya relacion, aun despues de muchos siglos, hace estremecer de compasion y horror. Me es repugnante pintar los odiosos detalles de tamaño átentado; pero tengo una complacencia en reproducir el honrado juicio que publicó algunos meses despues, acerca del particular un valiente oficial francés testigo ocular. El regimiento de Grancey, enviado por Luis XIV á Italia, al socorro del duque de Módena, habia sido detenido en su marcha, á peticion de las autoridades piemontesas y acantonado en este territorio, ya para intimidar á los vaudenses, ya para prestar, en caso necesario, auxilio á sus opresores; el capitán du Petit-Bourg, que lo mandaba, no quiso tener la menor parte en aquella responsabilidad, y el 27 de noviembre siguiente firmó en presencia de los oficiales de los regimientos de Sante y de Auvernia, una declaracion que decia: «Yo, señor du Petit-Bourg, primer capitán del regimiento de Grancey, y comandante, habiéndoseme mandado ir á reunirme al marqués de Pianezza y recibir sus órdenes, hallándose el marqués en la Tour... he sido testigo de muchas grandes violencias y estremadas crueldades cometidas por los soldados, sin distincion de edad, sexo ni condicion; he visto asesinar, ahorcar, quemar y violar, y muchos horrosos incendios... Cuando se llevaban prisioneros al marqués de Pianezza, he visto dar la orden de que era preciso quitar la vida á todos porque Su Alteza no queria en parte alguna de sus tierras, gentes de la religion... De tal manera, que niego formalmente, y lo protesto delante de Dios, que ninguna de las mencionadas crueldades ha sido cometida por orden mia; lejos de esto, viendo que no podia aplicar remedio alguno, me vi precisado á retirarme y á abandonar el mando del regimiento, para no presenciar tan perversas acciones.»

Cromwell no habia esperado, para interesarse en favor de los vaudenses, á que ocurriese esta espantosa catástrofe; solcito siempre en mantenerse al corriente de los negocios de los protestantes, en todas partes, y dispuesto á hacerles sentir en todas su benevolencia con su poder, habia tenido noticia de las primeras medidas tomadas contra ellos por el duque de Saboya, y Thurloe escribió sin demora á Jhon Pell, residente inglés en Suiza mandándole invitase clandestinamente á los vau-

denses á dirigirse al Protector, cuyo apoyo no les faltaria. Cuando la noticia de la horrible matanza de los valles llegó á Inglaterra, produjo en este país una esplosion general de indignacion y simpatia; escuchábase y repetíase con curiosidad y exasperacion, tan doloroso relato; por donde quiera circulaban descripciones minuciosas, acompañadas de pequeños grabados que representaban aunque de un modo grosero, las escenas mas repugnantes del suceso. Cromwell se declaró órgano y jefe de la irritacion pública; Milton puso desde luego mano á la obra, y el 25 de mayo de 1655 el Protector escribió primero al duque de Saboya, y luego á Luis XIV y al cardenal Mazarino, á los reyes de Suecia y de Dinamarca, á los Estados Generales de las Provincias-Unidas y á los Cantones suizos, y en fin, al príncipe de Transilvania, Jorge Ragotzky, reclamando en favor de los vaudenses, ya la justicia de su propio soberano, ya la proteccion de todos los reyes protestantes, ó que admitian á los protestantes en sus Estados. Cromwell encargó al sabio Samuel Morland, sub-secretario del Consejo de Estado, llevar á Luis XIV y al duque de Saboya, en calidad de enviado extraordinario, las cartas que les dirigia. Al mismo tiempo mandó que en toda Inglaterra se hiciese una cuestacion destinada á socorrer á los desgraciados vaudenses, y fue el primero que contribuyó á esta obra con 2,000 libras esterlinas.

Las cartas de Cromwell nada contenian capaz de hacer la mision de su enviado inconveniente para los soberanos á quienes se dirigian, ó embarazosas para el mismo Morland; eran graves, terminantes y perentorias. Cromwell proclamaba abiertamente en ellas el principio de la libertad de conciencia, derecho inviolable, decia, cuya jurisdiccion se ha reservado Dios á sí mismo; declaraba «que le habian llegado al corazon las calamidades del pobre pueblo del Piamonte, tanto y mas que si se tratase de los parientes mas queridos que tuviese en este mundo.» Respecto del duque de Saboya, insistia en la antigüedad de las libertades de que los vaudenses habian disfrutado en sus Estados, y le recordaba la fiel adhesion que siempre habian mostrado á su casa. Escribiendo á Luis XIV mostraba su estrañeza por el rumor que habia corrido de que las tropas francesas habian tomado parte en la matanza de los valles. A los Estados protestantes, reyes ó repúblicas, les recordaba la necesidad de la union y de la mancomunidad de accion, en favor de todos los protestantes de Europa, así en el interés de su propia seguridad, como en nombre de su deber cristiano. Pero á estas reclamaciones no se mezclaba ninguna aparienciá de bravata ó de amenaza, ninguna provocacion ni ninguna

insinuacion sediciosa. Esta era una política decidida y activa, pero que se contenia en los límites de las relaciones ordinarias de los gobiernos, y hablaba un lenguaje templado, aunque enérgico y claro.

Morland, que salió de Londres el 26 de mayo de 1655, llegó el 1.º de junio á la Fere donde se hallaban Luis XIV y Mazarino, é inmediatamente les entregó las cartas del Protector, y tres dias despues envió á este una respuesta de Luis XIV, en que desaprobaba el empleo que se habia hecho de sus tropas; anunciaba que habia dado ya en Turin algunos pasos en favor de los vaudenses; se felicitaba de haberse «anticipado de este modo á los deseos del Protector,» y le decia al concluir: «Habeis juzgado bien en este asunto, porque no habia apariencia alguna de que la sospecha pudiese asaltar el espíritu de ninguna persona ilustrada, de que yo hubiese querido contribuir al castigo de algunos súbditos del duque de Saboya que profesan la religion que se llama reformada, que tolero en mis reinos, al paso que doy tantas muestras de mi buena voluntad á aquellos de mis súbditos que profesan la misma creencia, y de cuya fidelidad y celo en mi servicio tengo tantos motivos para congratularme.»

En Turin, la mision de Morland fue un poco mas agitada. Al entregar al duque el 21 de junio, en audiencia solemne la carta de Cromwell, pronunció un discurso cuyo tono patético y duro, ofendió á la regente Cristina que asistia á la audiencia. «No puedo, dijo aquella, dejar de aplaudir la estremada caridad y bondad de Su Alteza el lord Protector respecto de aquellos de nuestros súbditos cuya condicion le han representado como tan deplorable; pero me admiro de que la maldad de los hombres haya llegado al punto de pintar con tan negros colores los castigos paternales impuestos á unos súbditos rebeldes é insolentes. Espero que cuando Su Alteza esté mejor informado de la verdad de los hechos, aprobará la conducta del duque y dejará de prestar su apoyo á unos súbditos desobedientes. No obstante, por consideracion á Su Alteza, no solo perdonaremos á esos rebeldes sino que les concederemos privilegios que demostrarán al Protector cuánto es el aprecio que hacemos de su mediacion.» A ejemplo de la regente, el marqués de Saint-Thomas primer secretario de Estado del duque de Saboya y muchos principales personajes de su córte, legos y sacerdotes, conferenciaron con Morland, colmándole de atenciones, y procurando, aunque con escaso resultado, demostrarle la falsedad de los hechos que habian motivado su mision. El embajador de Francia en Turin, M. Servien, le habló con mas cordura. «El duque Manuel Filiberto, le dijo, habia hecho

en 1561 á sus pueblos todas las concesiones que le pidieron; y creo, en verdad, que Su Alteza real el duque actual y madama Real, su madre, están dispuestos á devolvérselas y á tratarlos como lo hacian sus reales antepasados; pero hay en la córte algunas personas poderosas, que impulsadas por un celo ardiente, en pro de la religion católica, presentan todas las cosas al príncipe bajo el aspecto mas desfavorable. Os ruego no arrojéis aceite sobre el fuego y que, por el contrario, hagais á Su Alteza el lord Protector una narracion moderada que le satisfaga y apacigüe.» Estas eran las instrucciones de Mazarino. Morland dió luego cuenta de todo á Cromwell, le envió la respuesta del duque de Saboya, llena de justificaciones y laboriosas promesas y salió de Turin, el 19 de julio para ir, segun las órdenes que habia recibido, á esperar á Ginebra la resolucion del Protector.

En Inglaterra el sentimiento público no habia sufrido la menor alteracion, y aunque los condados no mostraron tanta solicitud como Londres, la cuestacion en favor de los vaudenses ascendió á la cantidad de 38,241 libras esterlinas (cerca de un millon de francos); la animosidad contra los católicos era viva, y el pueblo mostraba intenciones de vengar en ellos los males que los protestantes sufrían en otras partes. Los comisionados encargados de negociar con M. Bordeaux le dijeron que el Protector no firmaria el tratado, hasta que la córte de Francia hubiese desplegado en Turin todo su poder á fin de hacer devolver á los vaudenses todas sus libertades. Cromwell se mostraba siempre apasionadamente preocupado de este negocio, algunas veces con miras favorables á la Francia. Su agente Stoupe, que Mazarino habia tambien tomado á su servicio, mediante una pension anual de 300 libras esterlinas, dejó un dia entrever á Bordeaux que el Protector podria muy bien pedir la cesion de los valles vaudenses al rey, lo que seria entre ambos Estados una garantía de estrecha amistad. Pero con mucha mas frecuencia Cromwell queria obrar en favor de los vaudenses de acuerdo con los Estados protestantes; asi, pues, escitaba á las Provincias-Unidas y á los Cantones suizos que se aprestasen á la guerra por esta causa, y hacia partir para Ginebra un nuevo enviado, llamado Jorge Downing, con el encargo de impulsar á gestiones enérgicas, y de trasladarse luego á Turin, con Morland y los embajadores de Suiza y Holanda, para obtener al fin un resultado decisivo. Sus confidentes hablaban de Niza y de Villafranca en los Estados sardos, como de puntos á propósito para un desembarco de las tropas inglesas.

Estos rumores, estas perspectivas de guerras y nuevas complicaciones inquietaban vivamente á Mazarino, igualmente dispuesto á temer y á esperar. Poco escrupuloso en punto á las ideas de derecho y libertad, apenas se interesaba por los vaudenses; y si nadie hubiese suscitado cuestiones acerca del particular, hubiera preferido verlos reprimidos que tolerados; pero era templado y previsor, y nunca desconocía las dificultades que la violencia obstinada podía acarrear. La creciente influencia de Cromwell en el continente le inspiraba recelos, pues temía se emplease en fomentar disturbios entre los protestantes de Francia, y deseaba con ardor la conclusion del tratado de paz que hacia tanto tiempo se estaba negociando en Londres, y que en su concepto debía entablar entre la Francia y la Inglaterra una alianza íntima, único medio para el primero de estos países, de alcanzar por último en su guerra contra España una victoria decisiva.» El rey, escribía á M. Bordeaux, me ha encargado os haga saber que si M. el Protector quiere, desde el mismo día en que se firme el arreglo, empezar otro tratado de liga ofensiva y defensiva, estais pronto á entrar en negociaciones; que igualmente accedais á que en este primer tratado se inserte un artículo que obligue á ambas partes á este convenio mas estrecho segun las condiciones en que se convenga, y acerca de las cuales se puede en efecto ponerse de acuerdo en veinte y cuatro horas.» La cuestion de los vaudenses desconcertaba todo este trabajo de Mazarino y aplazaba todas sus esperanzas; por lo cual resolvió ponerles un término: M. Servien recibió instrucciones perentorias para insistir en Turin en una pacificación inmediata, declarando que el rey de Francia retiraría su apoyo á cualquiera de los dos partidos que se obstinase en no aceptar la paz; y el 18 de agosto de 1655 se firmó en efecto en Pignerol un tratado de paz conocido con el nombre de *Patentes de gracia*, que amnistió á los sublevados de los valles, anuló las persecuciones empezadas con este motivo, y restituyó á los vaudenses sus antiguos privilegios, es decir, la libertad de conciencia, de comercio y de tránsito, aunque imponiendo á la verdad ciertas condiciones bastante duras, que mas adelante debían dar ocasion á nuevos debates, y que Cromwell hubiera tal vez evitado á los vaudenses si sus agentes hubieren llegado á tiempo para tomar parte en las últimas negociaciones.

Estas estaban ya concluidas y firmado el tratado de Pignerol, cuando Downing, al atravesar la Francia de paso para Ginebra tuvo en la Fere una entrevista con Mazarino que le trató con gran cortesanía, enviándole para su servicio sus criados, su coche, y hasta su propia cena,

con este cumplimiento: «Es demasiado tarde para que M. Downing encuentre lo que necesita; yo buscaré en otra parte una cena para mí. Por espacio de dos horas conferenció con Downing, á quien dijo: «Nada deseo tanto en el mundo como ponerme de acuerdo con Su Alteza el Protector, y haré cuanto me sea posible por demostrárselo; si celebramos una estrecha alianza, nada nos será difícil, y á uno y otro nos es necesaria... Que Carlos Estuardo y su familia no sean un obstáculo á ella, pues no serán mas tomados en cuenta de lo que en la actualidad se aprecia entre la reina de Francia y el rey de España el título de hermano y hermana. Por lo que respecta á los protestantes de la Francia, desde que diriji aquí los negocios, he sido su amigo y he impedido que se les hiciese daño; si hay algo que el Protector desee en su obsequio, y que sea compatible con el honor de la Francia, lo haré, aunque por mi parte no he intervenido en favor de los católicos de Inglaterra. En cuanto á los sucesos del Piamonte, están próximos á un arreglo por la mediacion del rey mi señor.»

Cromwell no supo sin disgusto que en efecto estaban arreglados, que los enviados de Suiza se habian puesto de acuerdo con el embajador de Francia, y que los vaudenses no necesitaban ya de él. Recibió con frialdad la noticia de la pacificacion, y sus consejeros hicieron sentir mas de una vez á M. Bordeaux que el Protector no se engañaba en cuanto á los verdaderos motivos de aquella tentativa en terminar sin su acuerdo un negocio que habia tomado á su cargo con tanto empeño. Pero no tenia motivo plausible para quejarse. Otras noticias acababan de llegar á Cromwell mas graves para él, y que le hacian mas necesaria de lo que hasta entonces habia creído, la buena inteligencia con Mazarino.

A principios de julio de 1655 nada se sabia todavia en Londres de la escuadra de Penn, sino su llegada á la Barbada y su partida desde esta isla para los lugares desconocidos á que estaba destinada. Rumores diferentes habian corrido acerca de ella en Inglaterra y en el continente: unos decian que habia sido atacada en las colonias francesas; otros que se habia apoderado de Santo Domingo ó de la Habana; á todos preocupaba igualmente su suerte, pero la incertidumbre continuaba en toda su fuerza. A mediados de julio un espreso procedente de Irlanda, trajo una carta al Protector, á cuyo lado estaba Stoupe en aquel momento. Cromwell leyó el despacho y mandó inmediatamente retirarse á Stoupe, que se alejó abrigando la sospecha de que aquella carta contenia una mala noticia. En efecto, aquella misma noche supo que su conjetura era fundada,

y dió noticia de todo sin pérdida de tiempo á sus corresponsales de Bruselas, y el gobierno español supo por este conducto que la expedición inglesa habia desembarcado en Santo Domingo é intentado apoderarse de la isla; pero que su tentativa habia sido completamente desbaratada.

Cuando la expedición llegó en los últimos dias de enero á la Barbada, habiase manifestado ya una peligrosa desavenencia entre los dos jefes, el almirante y el general. Penn era un valiente y entendido marino, pero quisquilloso y susceptible; Venables, que nunca habia mandado en jefe, era celoso de su autoridad, solcito respecto de su responsabilidad y poco querido de los soldados, quienes le tenían por avaro é indolente. Los refuerzos que el ejército reclutó en el archipiélago de las Antillas, se compusieron de colonos frustrados en sus negocios; de *caballeros* proscritos en Inglaterra y de aventureros extranjeros, tropa indisciplinada y mas atenta á su propia fortuna que al triunfo de la empresa ó al honor de la bandera. Las provisiones que la escuadra debia hacer en la Barbada no habian llegado cuando aquella se vió precisada á alejarse de la isla. Según las órdenes de Cromwell, los jefes no habian abierto hasta su llegada á las Antillas, las instrucciones que les indicaban el objeto positivo de la expedición. El 14 de abril, la escuadra conduciendo ocho ó nueve mil hombres de tropas, se halló enfrente de la costa Sud-Oeste de Santo Domingo; celebróse un consejo á bordo para concertar el ataque, y pareció que desembarcando todas las fuerzas en el mismo punto, cerca de la ciudad de Santo Domingo, y dando bruscamente el asalto, el resultado seguro seria apoderarse de ella; pero el almirante, el general y el comisionado civil que les estaba agregado, Eduardo Winslow, no consiguieron entenderse; las tropas se dividieron en dos cuerpos; un pequeño destacamento, á las órdenes del coronel Buller, desembarcó cerca de la ciudad, en tanto que el cuerpo principal, dirigido por Venables, lo verificó á doce leguas; pues se prometian distraer por este medio la atención de los españoles y dividir sus fuerzas. Pero cuando Venables llegó á reunirse á Buller, tres dias de marcha bajo un sol abrasador, unas veces sobre arenales, otras al través de espesos bosques, la sed, los malos alimentos y el cansancio, produjeron en las tropas el disgusto, el desaliento y una violenta disenteria. El 18 de abril, apenas reunidos y en movimiento para atacar la plaza, ambos cuerpos cayeron de repente en una emboscada; los españoles ocultos en los barrancos y en los bosques, hacian fuego sobre los ingleses que no sabian á donde dirigir los suyos; muchos oficiales quedaron muertos; los soldados se detenian murmurando; la duda

se hizo general, y en lugar de avanzar se tomó el partido de replegarse sobre el punto de desembarco mas próximo, desde donde se hizo pedir á la escuadra víveres y refuerzos. Solo al cabo de ocho dias, el 25 de abril, despues de inseguros ensayos que cada vez desacreditaban mas á los jefes y alarmaban á los soldados, el ejército se puso en marcha hácia Santo Domingo; pero al dia siguiente, al atravesar un desfiladero muy angosto, la vanguardia dió en una nueva emboscada; el desórden cundió al instante en las filas; en vano algunos valientes se dejaron matar, pues los tímidos se arrojaron sobre la caballería que seguía, y que á su vez se arrojó sobre el cuerpo principal, á cuya cabeza marchaba el regimiento del mismo Venables; los fugitivos obstruían el desfiladero, atropellándose para salir de él; y sin la energía del valiente mayor general Heane, que murió en el combate, como igualmente sus mejores oficiales, cubriendo gloriosamente esta vergonzosa retirada, los españoles hubieran destruido completamente el ejército inglés. Esta vez se retiró hasta el punto de desembarco mas distante, y allí volvieron á empezar las deliberaciones y las idas y venidas entre el ejército y la escuadra; Penn no ocultaba su desdeñoso desprecio; los marinos se burlaban de los soldados, y Venables, á fin de sincerarse del desórden hizo degradar al ayudante general Jackson, que se habia conducido cobardemente y ahorcar algunos de los fugitivos; el comisionado Winslow cayó enfermo y murió. En este general desbarajuste se convino en reconocer que no habia medio alguno de intentar un tercer ataque contra Santo Domingo. Mas ¿cómo no hacer algo, despues de tan estrepitosos preparativos? ¿Cómo volver á Inglaterra y presentarse al Protector sin poder ofrecerle, por lo menos, alguna reparacion? En estas perplejidades asaltó, aunque no se sabe á quién, la idea de buscar en aquellos mares otra conquista. El 3 de mayo, la escuadra y las tropas reembarcadas se alejaron de Santo Domingo, y el 9 se presentaron delante de la Jamáica, isla mucho menos conocida y mucho menos importante que Santo Domingo, pero dilatada y fértil. Al dia siguiente se verificó el desembarco, la ciudad fue tomada, y la poblacion española, que era poco numerosa, arrojada á las montañas. Llevada de este modo á cabo la conquista, una parte del ejército inglés se estableció en la isla como guarnicion, y doce buques de la escuadra, á las órdenes del vice-almirante Goodson, formaron una estacion en la costa, y á fines del mes de junio, á pocos dias de distancia uno de otro, Penn y Venables regresaron á Inglaterra, á donde llegaron, el primero el 31 de agosto, y el segundo el 9 de setiembre, precedidos por estensas

apologías, y muy inquietos acerca de la acogida que les haría el Protector.

Cromwell mandó poner á uno y otro en la Torre, anunciando que se procedería á un exámen severo de los hechos, y se les sometería á juicio. El resultado de su empresa era para él un amargo desencanto, pues se veía envuelto en una guerra con España, y la inauguraba con un desastre, en vez de la victoria que se habia prometido alcanzar. Sus enemigos no disimulaban su alegría, y entre sus consejeros la mayor parte se daban prisa á decir que habian desaprobado la expedicion; el interrogatorio de Penn y Venables delante del Consejo de Estado, no permitió dudar que estos jefes, elegidos por Cromwell eran incapaces, y que las medidas de ejecucion que habia confiado á su cuñado Desborough no eran bastante terminantes. A medida que se recibian nuevos detalles, Cromwell se encerraba para leerlos sin testigos, y no se resolvía sin trabajo á hablar de ellos aun á sus mas íntimos adictos. Su salud se resintió por algun tiempo, y Bordeaux escribia á Brienne: «Estos contratiempos son la causa principal de las indisposiciones del Protector; si el médico que me ha hablado en otro tiempo de sus enfermedades, con bastante ingenuidad, es hoy igualmente sincero, asegura; contradiciendo el rumor público, que le supone atormentado por el mal de piedra, que su enfermedad es únicamente un cólico bilioso, con traslacion al cerebro de este mismo humor, y que con frecuencia la amargura le persigue mas que uno y otro, pues su espíritu no está aun acostumbrado á las desgracias.» Pero esta agitacion interior y estas amenazas de rigor contra los jefes de la expedicion, duraron poco, pues Cromwell propendia á dominar las impresiones desagradables, estaba dispuesto á ver el lado lisonjero de las cosas, y era accesible para con sus servidores. Ocultó las tristes descripciones que le llegaban acerca de la escuadra ó del ejército, y celebró la importancia de la Jamáica, la tercera de las Antillas. Tomáronse, pues, con gran aparato medidas á propósito para sacar partido de su fertilidad y para el arreglo de su administracion. Hasta se trató de enviar á ella á Lambert como gobernador, mas bien sin duda á fin de realzar la conquista, que con la esperanza de que él accediese á aceptar este cargo. Las pesadumbres de lo pasado desaparecieron ante los desvelos del porvenir. Empezáronse en los puertos los preparativos de una nueva expedicion á las Indias Occidentales, y despues de algunas semanas de investigacion y proceso, Penn y Venables salieron de la Torre en desgracia, pero no perseguidos.

La España y la Francia, Cardañas y Bordeaux ayudaron á Cromwell á olvidar, en el torbellino de los negocios, su disgusto. Al participar á su córte el desdichado éxito de la expedicion contra Santo Domingo, Cardañas se espresaba, respecto del Protector, en los términos mas duros, calificando este acto de «villanía infame y perfidia abominable;» pero al mismo tiempo, poseido sin duda del deseo de continuar siendo embajador en Londres, procuraba evitar que se llegase á una guerra abierta, y aun pretendia reanudar entre España é Inglaterra negociaciones de alianza, «porque sería, decía, una gran ventaja para V. M. que estas dificultades se arreglasen desde el principio, y que el Protector renunciase á sus siniestros propósitos.» Bordeaux, por su parte, se apresuró á hacer decir á los comisionados con quienes negociaba, «que el rey su señor continuaba animado de los mismos sentimientos, y que si el Protector lo solicitaba, encontraría una cabal correspondencia.» La córte de Madrid obró con mas dignidad que su embajador, puesto que al saber lo que habia pasado en Santo Domingo, concedió el titulo de marqués y una pensión de 5,000 ducados al gobernador de la isla, hizo un embargo general sobre todos los buques y bienes de los comerciantes ingleses en España, mandó encarcelar á muchos de ellos, y envió á Cardañas la órden de solicitar su audiencia de despedida y de abandonar á Londres. Mazarino y Brienne se mostraron tambien un poco menos condescendientes que Bordeaux, y parecieron dispuestos á creer que despues del desastre que el Protector acababa de sufrir, se podría tratar con él con mas ventajas. Pero Cromwell descubrió sin trabajo, en medio de estas muestras de hostilidad y estas inveteradas vacilaciones, que la córte de España le temia, y que la de Francia le necesitaba; así, pues, se mostró altanero con Bordeaux y seco con Cardañas: «Acaban de noticiarme, escribia el primero á Brienne, que el Consejo ha creido que sería obrar con baja-za, si despues del desastre ocurrido en las Indias, se me pidiese la paz, y que no oponiéndose ahora obstáculo alguno á nuestro tratado, á mí me corresponde proponer la firma, si no he recibido contra-órdenes.» En efecto, Bordeaux pidió firmar; y cuando Cromwell lo supo con toda seguridad, hizo enviar á Cardañas sus pasaportes con la órden de salir de Inglaterra dentro de cuatro dias, en una fragata que se puso á su disposicion. Cardañas se embarcó en Douvres, y el mismo dia, 24 de octubre de 1655, firmóse al fin en Londres el tratado de paz y comercio entre la Francia y la Inglaterra. «Nuestra conferencia, escribia al dia siguiente Bordeaux á Brienne, termina con mutuos deseos de que el tratado pueda

restablecer para siempre una verdadera amistad entre las dos naciones; si ha perdido parte de su importancia, en virtud de la larga espera, parece que el rompimiento con la España debe darle nuevo interés. El 28 de noviembre siguiente, el tratado con la Francia y la declaracion de guerra á España, fueron solemnemente proclamadas en las calles de Londres.



FAULCONBRIDGE.

Como unas seis semanas despues, Bordeaux se despidió del Protector para ir á pasar algunos meses en París; Cromwell completó las relaciones oficiales de ambos Estados; nombrando á su sobrino por alianza, sir William Lockhart, su embajador cerca de Luis XIV, y algunos meses despues, para quitar, mediante la fiel ejecucion del tratado, todo pretexto

á la desconfianza, el agente del príncipe de Condé, Barriere, recibió la órden de salir de Inglaterra, negándosele la fragata que habia pedido para embarcarse con algun brillo.

No bien se supo que el rompimiento entre Cromwell y la córte de Madrid era un hecho consumado, todos los enemigos del Protector, realistas y republicanos, en Inglaterra y en el continente, se pusieron en movimiento para aprovecharse de las eventualidades que pudiera presentarles esta nueva situacion. Desde su regreso á Colonia, despues del mal éxito de la insurreccion intentada y abandonada por su favorito Rochester, Carlos II vivia en esta ciudad pobre, ocioso y desalentado, solicitando sin cesar los socorros de todos los soberanos, y del mismo Papa, ofreciendo alternativamente con indiferencia, en público á los protestantes, y en secreto á los católicos, su fe y su poder, y licenciosamente abandonado á sus placeres y sus queridas, á cuyos brazos costaba mucho trabajo á sus honrados consejeros, Hyde y Ormond, arrancarle una vez por semana, para llamarle la atencion acerca de sus propios negocios. Sin embargo, volvió á ocuparse de ellos con alguna atencion cuando pudo esperar que la España, enemistada con Cromwell, le prestaria al fin algun apoyo; aconsejado por algunos de sus partidarios, trasladóse sin séquito á las cercanias de Bruselas, á fin de conferenciar sobre el caso con el príncipe Leopoldo y el conde de Fuensaldaña, que aun no habian entregado á don Juan de Austria y al marqués de Carracena el gobierno de los Países-Bajos españoles. Al mismo tiempo llegaba tambien á Flandes el mas encarnizado tal vez de los enemigos de Cromwell, el coronel Sexby, republicano audaz, rencoroso é infatigable, que hacia un año iba y venia sin cesar de Londres á Bruselas, de Bruselas á Madrid y de Madrid á París, ofreciendo en todas partes sus servicios contra el Protector, y buscando por donde quiera cómplices de conspiracion, de insurreccion, de guerra y asesinato. El habia sido uno de los primeros que dieron aviso al gobierno español de la espedicion contra Santo Domingo, lo cual le habia granjeado en Madrid un poco de crédito y dinero; regresaba de Londres, á donde habia ido á reanudar los hilos de su eterna conspiracion, evadiéndose de todas las pesquisas de la policia de Cromwell, que se habia apoderado de una parte de sus recursos pecuniarios, pero que no habia podido alcanzarle. Don Alonso de Cardenas, que residia en Bruselas despues de la salida de su embajada, y que creia á los republicanos mucho mas fuertes en Inglaterra que los realistas, conocia á Sexby, y habia tomado parte en sus intrigas. Persuadieron con ahinco á Carlos II

que le viese; sus mas autorizados consejeros, que habian ido á reunirsele, fueron de este mismo parecer, y ambos proscriptos avistáronse en efecto en Brujas, donde trataron á la par de sus negocios. Acordes, á lo menos en la apariencia, en cuanto al objeto, disentian mucho en cuanto al modo de darle cima: Sexby pedia que el rey guardase silencio, se manifestase poco y se limitase á secundar subrepticamente á los conspiradores republicanos, que se encargarian de promover en Inglaterra una insurreccion, apoderarse de un puerto, y franquear entonces, si era necesario, á un ejército de realistas y de españoles, la entrada en el país. Carlos y sus consejeros tenian poca fe en las palabras de Sexby, y poca inclinacion á entregar á los republicanos la fortuna real. Pero entre proscriptos y conspiradores, las necesidades y los rencores comunes hacen enmudecer todas las objeciones, y cubren todas las mentiras, asi es que el rey y el nivelador se unieron y obraron de acuerdo en Bruselas y en Madrid, para conseguir de España un apoyo eficaz, y en Inglaterra para preparar una gran sublevacion.

La córte de España aceptaba estos aliados, pero con vacilacion y lentitud, pues no se habia decidido sino con pesar y en el último trance á la guerra contra Cromwell, y le repugnaba comprometerse demasiado y sin remedio, pues carecia de dinero hasta para empezar. Sus representantes en los Países-Bajos no permitieron á Carlos II establecerse ni en Bruselas ni en Amberes; hubieran querido que regresase á Colonia, y no sin mucho trabajo consiguió la autorizacion de vivir modestamente en Brujas. A cada paso que se daba en la negociacion, era preciso esperar las órdenes de Madrid, y de esta córte solo llegaba la de evitar la precipitacion y la publicidad; se prometia á Carlos un apoyo mas no un reconocimiento de sus derechos. A imitacion de Sexby, los españoles le pedian que se oscureciese y les diese sus amigos, pero no su bandera. Carlos, por el contrario, estaba convencido de que, asi para el triunfo como para su dignidad, le eran indispensables, la amistad declarada y las demostraciones públicas de la córte de España. Los realistas de Inglaterra, de cia, no se pondrán en movimiento mientras no se vean eficazmente apoyados, al paso que se agitarán en todas partes, por tierra y por mar, si el monarca español se proclama amigo y aliado de su rey. Despues de varias conferencias y correspondencias dilatadas, y á pesar de la resistencia del Consejo de Estado de Madrid, el 12 de abril de 1656 se concluyó, al fin, un tratado de alianza entre los dos reyes; Felipe IV prometió á Carlos II un cuerpo de ejército de seis mil hombres y una pensión

anual de 10,500 libras esterlinas, para él y para su joven hermano, el duque de Gloucester, que vivía á su lado, á condicion, de que por su parte, Carlos levantaria entre sus adictos cuatro regimientos cuyos coroneles fueron nombrados en el acto, que llamaria á su bandera á los irlandeses alistados al servicio de Francia, y que verificaria con todas estas fuerzas reunidas un desembarco en Inglaterra, así que pudiese acometerse esta empresa con algunas probabilidades de buen éxito.

Aunque estas mutuas promesas no se ejecutaron sino incompleta y lentamente, no dejaron de causar inquietudes á Cromwell y Mazarino. Era, en efecto, un hecho grave para Cromwell que uno de los grandes soberanos del continente, poco antes tan indiferente á la causa de Carlos II, se hubiese convertido en su declarado y activo aliado. ¿De qué servia al Protector haber hecho salir de Irlanda á tantos soldados realistas, si muy pronto debian reunirse en Flandes alrededor del rey proscrito? Con el apoyo de España, su embarco era posible, y si en el exterior se verificaba una invasion, era indudable que en el interior estallaria una insurreccion. Mazarino, por su parte, deseaba retener á los irlandeses al servicio de Francia, y los veia con gran disgusto próximos á desorganizarse ó hasta á pasarse en masa á los Países-Bajos españoles, á donde su rey los llamaba. Un expediente ocurrió á los dos sagaces políticos, que podia librarles, á lo menos en parte, de sus inquietudes. El hermano de Carlos II, el duque de York, servia hacia cuatro años en el ejército francés, en el que se habia honrosamente distinguido por su valor y su exactitud militar. Turena le profesaba mucha estimacion y la hacia pública. En virtud del tratado de 24 de octubre del año anterior este príncipe debia ser espulsado de Francia; pero, ¿por qué no dejarle permanecer en ella? El lo deseaba vivamente, y la reina su madre aun mas que él; por este medio se le mantendria separado de su hermano y de la España, y tal vez, á su ejemplo y por su influencia, los regimientos irlandeses permanecerian al servicio de Luis XIV. Mazarino hizo implorar sobre este punto el ánimo de Cromwell, que acogió esta idea, pues el fondo y la apariencia convenian igualmente á uno y otro. Mazarino, tratando con benevolencia á uno de estos príncipes proscritos, á quien poco antes se habia visto obligado á abandonar, complacia á su reina y á su rey, hacia un servicio á Cromwell, y retenia en su mano un instrumento que podia ser útil algun dia, al paso que Cromwell se mostraba generoso accediendo á ello, y dividia de este modo las fuerzas de sus enemigos. Pero para conseguir todo esto, era preciso suscitar entre los

dos hermanos algun altercado que les impidiese reunirse y obrar de acuerdo; una intriga urdida por Mazarino, consiguió por un momento este objeto: á consecuencia de algunas exigencias y disensiones domésticas, entre los servidores de ambos príncipes, el duque de York, que para obedecer las órdenes de Carlos II habia ido á reunírsele á Brujas, se fugó un dia de Flandes y pasó á Holanda para volver á Francia por Alemania; en vista de esto, pudo creerse que los hermanos estaban decididamente enemistados, y Cromwell escribió á Mazarino: «Doy á vuestra Eminencia todas mis gracias por la manera con que ha conducido nuestro importante negocio, en el que vuestra Eminencia está interesado, aunque no tanto como yo... Temia que el duque cediese á su hermano... Si no me equivoque respecto de su carácter, tal como vuestra Eminencia me lo ha dado á conocer, el fuego que acaba de encenderse entre ellos no necesitará que lo soplen para arder... Los servicios y las muestras de afecto que he recibido de vuestra Eminencia me hacen desear que le manifieste toda la gratitud que le debo; no obstante, aunque esto está muy grabado en mi alma, no podría, diré que no puedo en este momento y en el actual estado de mis negocios, responder á la invitacion que me haceis relativamente á la tolerancia de los católicos. Creo que vuestra Eminencia tiene, en lo que les concierne, menos motivo de queja de mi gobierno que del Parlamento. He librado á muchos de ese fuego devorador de la persecucion que tiranizaba sus conciencias y se apoderaba arbitrariamente de sus bienes. Mi deseo es, no bien me sea posible alejar algunos obstáculos que me detienen, ir mas lejos y cumplir, respecto del particular, mi promesa á vuestra Eminencia; pero no puedo manifestar hoy públicamente mi sentimiento.»

Bien hubiera querido Mazarino que en pago de sus servicios, Cromwell le dispensase de recibir en París á su embajador Lockhart, pues este era á su lado y á todas horas un testigo molesto de sus tergiversaciones, de su doble juego y de sus contemporizaciones con los enemigos del Protector. Por otra parte, como era menos poderoso en la córte que en el Consejo, temia en este teatro las murmuraciones, los encuentros peligrosos, las impertinencias, hijas del aturdimiento ó de la premeditacion, y tal vez hasta los atentados contra el embajador del usurpador regicida. Bordeaux, á su vuelta á Londres en 1656, recibió la orden de hacer todos los esfuerzos posibles para impedir la partida de Lockhart, pero este empeño fue vano; y cuando despues de ciertas insinuaciones que no se queria comprender, se atrevió á hablar á Thurloe de los inconvenientes

que esta embajada podria acarrear, «el espresado secretario, despues de haberme escuchado con tranquila atencion, me dijo que no tenia otro motivo sino su deseo de confirmar á Su Magestad los sentimientos que el Protector me habia manifestado aquí, que el bien parecer no permitia cambiar la resolucion que habia tomado, y que, asi como se habia recibido aquí con alegría mi vuelta, asi también el citado coronel experimentaria, sin duda, igual satisfaccion.» Mazarino se resignó, mas no como acostumbraba hacerlo, con solicitud y lisonja; Lockhart, que llegó á París á principios de mayo, encontró una acogida bastante fria, y aun algunas veces desagradable; pero como era tan perspicaz como activo, y hablaba en nombre de un personaje poderoso y á quien el cardenal necesitaba, venció pronto las dificultades de su situacion y llegó á ser objeto de todas las atenciones de Mazarino, que era demasiado hábil para no conocer cuánto le interesaba asegurar la buena voluntad de un hombre hábil también é influyente cerca del Protector. El arte sublime de los grandes políticos es manejar los negocios con sencillez y franqueza, cuando advierten que se hallan en presencia de competidores que no se dejarán intimidar ni engañar. Mazarino era capaz de conducirse de este modo, y Cromwell le reducía casi siempre á esta necesidad. Mediaba entre estos dos hombres un cambio continuo de concesiones y resistencias, de servicios y repulsas, en las que no comprometian mucho sus relaciones, porque se comprendian mutuamente y no exigian el uno del otro lo que no hubieran podido concederse sin perjudicarse mas de lo que su acuerdo les hubiese favorecido. El Protector hubiera deseado que el cardenal le suministrase dinero para proseguir enérgicamente sus empresas contra España en América; pero Mazarino que no veia en esto ventaja alguna para la Francia ni para sí, desechó formalmente todas las insinuaciones de este género, y Cromwell no lo llevó á mal. Mazarino, que en el fondo queria llegar á la paz con España y con la Inglaterra, y que preparaba desde lejos el tratado de los Pirineos, envió en junio de 1656 á M. de Lionne á Madrid, para entablar negociaciones al efecto, y Cromwell que acaba de tratar con la Francia bajo la base de la guerra comun contra España, concibió sospechas bastante vivas; pero Mazarino explicó terminantemente á Lockhart los motivos de esta mision, y las circunstancias que hacian casi imposible que la paz saliese de ella; Lockhart lo comprendió así, y lo puso en conocimiento de Cromwell; M. de Lionne volvió, en efecto, muy pronto sin haber conseguido el menor resultado; y lejos de sentirse contrariado por esta pasagera desconfianza, la union

entre el cardenal y el Protector se estrechó de una manera mas íntima. Juzgaban imparcialmente uno y otro acerca de sus mútuas necesidades y fuerzas, y mantenian con una independencia un tanto sospechosa, la política que en comun habian adoptado.

Merced á esta política, Cromwell se habia hecho grande en Europa, y su grandeza no era combatida en el continente como en Inglaterra, porque en lo exterior se fundaba en la fuerza inteligente y afortunada, sin crímen ni tiranía. Si no habia respetado siempre escrupulosamente el derecho de gentes, nada habia hecho que revelase una ambicion sin límites ni freno; hechura de una revolucion, no habia tratado de trastornar los demás Estados, ni aun aquellos con que estaba en disidencia; habia sido alternativamente guerrero y pacífico, pero mas bien pacífico que guerrero; y si se exceptúa el descalabro sufrido en la isla de Santo Domingo, que, no obstante, dió por resultado una conquista útil, todas sus empresas fueron coronadas por la fortuna. Estaba en relaciones íntimas con los Estados protestantes, en alianza activa con los mas poderosos de los soberanos católicos, presente en todas partes, y en todas influyente, considerado y temido. Los testimonios exteriores de respeto que inspiraban su nombre y su poder, le llegaban de todas partes; y además de los embajadores extranjeros que habitualmente residian cerca de su persona, recibia embajadas estraordinarias de Suecia, Polonia, Alemania é Italia, que le presentaban con gran boato los homenajes ó las comunicaciones de sus respectivos soberanos. En Holanda se acuñaban medallas, aunque algunas veces por demás groseras, para celebrar su gloria y humillar en su presencia á los reyes. En las calles de París se exhibia su retrato ecuestre, acompañado de versos poco respetuosos á los príncipes del continente. El gran duque de Toscana se lo hacia pedir para adornar con él el principal salon del palacio ducal, y el embajador de Venecia, Juan Sagredo, que habia llegado de París á Londres, escribia en el estilo de su país y de su tiempo: «Héme aquí en Inglaterra; el aspecto de este país es muy diferente del de Francia: aquí no se ven damas (*dames*) que van á la corte, sino gamos (*daims*) que se cazan; aquí no hay elegantes caballeros, sino caballería é infantería; en lugar de música y danzas, se oyen trompetas y tambores; aquí no se habla de amor, sino de Marte; no se representan comedias, sino tragedias; no hay lunares postizos (*mouches*) en los rostros, sino mosquetes (*mousquets*) al hombro; no se vela para divertirse, pero en lugar de esto, unos ministros severos mantienen sin cesar á sus adversarios en vela. En suma:

aquí todo está lleno de desden, de sospechas, y de rostros rudos y amenazadores... El rey Carlos era demasiado bueno para tiempos tan malos. Cromwell ha espulsado el Parlamento, y habla y miente solo, y escepto el nombre, tiene toda la autoridad de un rey. Su título es el de Protector, pero destruye la nobleza. Tantas tropas afianzan su poder, pero arruinan y abruman el país. Todos los sueldos son para los soldados. La máquina es fuerte, pero no la creo duradera porque es violenta.»

El mismo Cromwell, en medio de su poder y su gloria, conocía que su situación era insostenible, y aspiraba á cambiarla; hacia mas de año y medio que gobernaba solo y arbitrariamente; su seguro buen sentido le advertía que el poder absoluto se gasta pronto, y que, aun siendo dichoso, no se puede gobernar por mucho tiempo solo y sin apoyo. La guerra con España le preparaba é imponía ya grandes gastos, á los que no podía hacer frente sin nuevas contribuciones. Reconoció la necesidad, y creyó que despues de tantos triunfos, habia llegado el dia de fundar su órden legal, para establecer un órden duradero, y convocó de nuevo un Parlamento.

LIBRO OCTAVO.

Anuncio de un nuevo Parlamento.—Folleto de Vane.—Elecciones.—Discurso de Cromwell al abrirse la legislatura.—Exclusión de cien miembros.—Victoria de la escuadra inglesa delante de Cádiz.—El Parlamento se une plenamente á Cromwell.—Proposición y trabajo para hacerle rey.—Humilde petición y consejo.—La tentativa se frustra.—Nueva constitucion del Protectorado.—Ciérrase la legislatura.—Maniobras de Cromwell.—Muerte de Blake.—Segunda legislatura del Parlamento formado de dos camaras.—Disidencias entre estas. Cromwell disuelve el Parlamento.—Fermentacion de los partidos.—Complots realistas y republicanos.—Alianza activa de Cromwell con la Francia.—Sus triunfos en el continente.—Toma de Masdyke y de Dunquerque.—Embajadas de Lord Faulcombridge en Paris, y del duque de Crequi en Londres.—Cromwell medita la convocacion de un nuevo Parlamento.—Pecamiento de su salud.—Interior de su familia.—Sus relaciones con su madre y sus hijos.—Muerte de su hija lady Claypole.—Enfermedad de Cromwell.—Estado de su alma.—Su muerte.—Conclusion.

Algunos meses antes de tomar esta resolucion, y ora fuese por premeditacion, ora por instinto, Cromwell habia practicado un acto que dejaba traslucir su proyecto de llamar al país en apoyo de su poder. El 14 de marzo de 1656, publicó una proclama, mandando que en toda Inglaterra se hiciesen un ayuno general y oraciones públicas, para invocar en favor de su gobierno el auxilio del cielo y rogar al Señor manifestase al fin quién era el Achan (1) que hacia tanto tiempo impedia que el órden se restableciese en el seno de las tres naciones. Estas ceremonias eran entonces tan frecuentes, que muchas veces pasaban desaperecidas, como meras manifestaciones de una piedad ordinaria y oficial. Pero el mas eminente de los jefes republicanos, Vane, no se equivocó acerca de esta. Desde el establecimiento del Protectorado, vivia retirado en su residencia favorita de Bellau, en el condado de Lincoln, estraño, á lo menos en apariencia, á las maquinaciones de su partido y á toda oposicion activa. Cuando vió al Protector dirigirse al pueblo, y anunciar, aunque desde lejos, la intencion de apelar á su ayuda, resol-

(1) Alusion al capítulo XXII del libro de Josué en la Biblia,

vióse á entrar en la escena y dió desde luego á luz un folleto titulado: «Cuestion de curacion, propuesta y resuelta con motivo de la llamada pública y oportuna, hecha recientemente á un acto de piadosa humildad para atraer el amor y la union al partido de las personas honradas; escrito dictado por el único deseo de aplicar el bálsamo á la herida, antes que se haga incurable.»

Este escrito era una oposicion firme y esplicita del gobierno republicano, tal como Vane y sus amigos lo habian concebido; la soberania completa y absoluta del pueblo, fuente única de todo poder; un Parlamento, asamblea única, solo representante del pueblo y solo en posesion del gobierno; la libertad de conciencia, derecho sagrado, erigida en máxima fundamental, sin comprender, sin embargo, á los católicos ni á los episcopales, y sin escluirlos formalmente; los derechos políticos esclusivamente reservados por un tiempo indeterminado á solo los partidarios de la buena causa, es decir, de la revolucion; bajo la autoridad del Parlamento y por su eleccion, un Consejo de Estado vitalicio, y tal vez, si las circunstancias lo exigian, un solo hombre investido del poder ejecutivo: tal era el plan de conciliacion que Vane proponia á la Inglaterra y al Protector. A fin de hacerlo aceptar por aquellos cuya adhesion le era indispensable, hablaba bien del ejército, «colocado como lo está, decia, en manos de un entendido y honrado general y de oficiales modestos y leales», y les exhortaba á unirse intimamente «con el partido de las gentes honradas, y á sostener la misma causa en su espíritu de sencillez y de humildad primitiva.» Pero á la par de este lenguaje hipócritamente lisongero, se hallaban palabras duras acerca del peligro que corren las libertades públicas «cuando se las funda sobre la base de un interés privado y egoista, vicio radical del gobierno creado por la conquistista normanda.» ¡Estraña mezela de sentimientos elevados y de ideas mezquinas, de sinceridad patriótica y de ciega obstinacion, de teoría y de partido! Vane pretendia fundar el gobierno de la Inglaterra, escluyendo de él todos los grandes poderes, antiguos ó nuevos, vencedores ó vencidos, que habian vigorosamente regido la sociedad inglesa; ponía á los realistas fuera de la ley, como tambien al mismo Carlos Estuardo, é intimaba á Cromwell y á sus oficiales á que se convirtiesen al bando republicano, al que habian espulsado, ó á que abdicasen.

El escrito en cuestion nada contenia que pudiese dar á Cromwell nuevas luces acerca de las disposiciones de sus enemigos, ni capaz de desviarle de su propósito. Resolvióse la convocacion de un Parlamento;

los *writs* publicados el 10 de julio de 1656 mandaron proceder á las elecciones para el mes de agosto, y la reunion de los elegidos para el 17 de setiembre siguiente. Despertóse inmediatamente en toda la Inglaterra grande agitacion; los partidos estaban comprimidos, pero vivos y prontos á ponerse en movimiento no bien se les concediese algun respiro. El folleto de Vane, aunque escrito sin nervio y sin brillantez de formas, era leído con avidez. «Nada menos propone, escribía Thurloe á Enrique Cromwell, que un nuevo gobierno, derribando el hoy existente. En los primeros momentos fue muy aplaudido; pero una vez que se ha dado lugar á la reflexion, se le ha juzgado impracticable y con tendencias á resucitar el Parlamento Largo. Todos dicen, sin embargo, que Vane debe tener muchas buenas esperanzas, puesto que muestra tanto valor. Es preciso tener fija la atencion hácia este lado.» Un segundo folleto titulado: «Apelacion á los recuerdos de Inglaterra, ó una palabra oportuna á todos los ingleses acerca de la eleccion de los miembros del próximo parlamento», vino á redoblar la efervescencia pública y la actividad del poder: este escrito constaba de algunas páginas sencillas, prácticas, de una desembozada y ardiente oposicion. «No dudeis, se decia en ellas, en acudir á las elecciones, aunque sea el Protector (como se le llama), el que os convoca; no temais reconocer por este hecho su poder... Si un ladron, despues de haberos obstruido por mucho tiempo el camino de vuestra casa, os lo franquease de repente, ¿tendríais escrúpulo de entrar en ella?... Y despues de dar á los electores los mas enérgicos consejos, se añadia: ¿Qué mas podemos deciros, queridos cristianos y compatriotas? ¿Acaso no hablan vuestros amigos presos? ¿Acaso no hablan vuestros vecinos desterrados? ¿Acaso no hablan vuestros derechos violados, vuestros bienes usurpados, vuestras libertades espirantes? ¿Acaso todas nuestras ruinas en el interior y el exterior, por tierra y mar, no gritan á vuestros oidos: ¡Al socorro! ¡Al socorro! ¡La Inglaterra perezce!

Probablemente sin razon se atribuyó á Vane este nuevo escrito; fue-re quien fuere el autor, es lo cierto que produjo el mayor efecto: distribufase por las ciudades, se llevaba á los campos, y se formaban reuniones para leerlo. Cromwell se veía de nuevo en presencia de aquella fiebre popular que en el discurso de su vida habia encendido y apagado alternativamente, y no titubeó en empeñar por su parte un ardiente combate contra sus enemigos; al mandar proceder á unas elecciones, habia contado con sus Mayores generales, quienes tenian todo el país bajo su poder, y disponian en todas partes de soldados obedientes y de hombres

alientos ó comprometidos. Enviáronseles apremiantes instrucciones. Los repartidores de folletos fueron presos, y los principales instigadores republicanos, Bradshaw, Ludlow, Rich y el mismo Vane, recibieron la orden de comparecer ante el Consejo de Estado; la carta dirigida á Vane el 29 de julio de 1656, estaba concebida en términos ásperos y sin fórmula alguna de consideracion ó urbanidad, pues se limitaba á decirle: «Debeis comparecer el 12 del próximo agosto ante el Consejo de Estado.» Evidentemente se habia tomado el partido de hacer á la oposicion una guerra á muerte y por todos los medios.

Vane, que temia el peligro, aunque por conciencia sabia arrostrarlo, creia haberse puesto al abrigo de tales violencias, pues antes de dar á luz su folleto, habia enviado un ejemplar á Fleetwood, para dar al Protector una muestra de deferencia, que en caso necesario pudiese serle útil. Fleetwood se lo devolvió al cabo de un mes sin la menor observacion, y probablemente sin haberlo comunicado á Cromwell, para con quien hubiera creido comprometerse con este paso. Vane publicó entonces su obra, indicando en una postdata, sin nombrar á Fleetwood, la precaucion que habia tomado. Asi, pues, cuando llegó á sus manos la intimacion del consejo, casi tan sorprendido del acto, como ofendido por lo brutal de las formas, respondió que «segun las leyes y las libertades de la Inglaterra, nadie podia ser citado ante el rey (cuando lo habia), por un mero capricho, y cuando ningún servicio especial le obligaba á ello, y reclamaba el mismo privilegio.» No se negaba á conformarse con la orden que habia recibido, y decia que dentro de pocos dias estaria en Londres en su casa de Charing-Cross, á disposicion del Consejo; pero no podia trasladarse inmediatamente; y entretanto se entregó con ardor á la lucha electoral y al cuidado de su candidatura que circulaba en tres puntos á la vez.

Estremado fue por ambas partes el encarnizamiento: republicanos, anabaptistas, niveladores, presbiterianos, realistas y *caballeros* vergonzantes, todos los hombres de oposicion se unieron contra el Protector: «¡Fuera soldados! ¡Fuera cortesanos! ¡Fuera gentes asalariadas! Este era el grito de la coalicion. Cromwell, por su parte, envió á todas partes sus emisarios y soldados, y puso mano á la obra; mantenia con sus Mayores generales, ya personalmente, ya por medio de Thurloe, una correspondencia asidua, dirigiéndoles algunas veces en su propio nombre cartas que ellos iban á leer á las reñniones electorales, ó que hacian circular de un punto á otro por medio de sus confidentes. Promesas y amenazas, fa-

vores y violencias, uno y otro partido, cada cual segun su situacion y la naturaleza de sus armas, apelaron á todos los medios imaginables para asegurarse la victoria. «Cony será elegido en Douvres, si no lo inhabilitamos, escribia el Mayor general Kelsey á Thurloe, y probablemente asi se hizo, puesto que, el elegido fue el mismo Kelsey. Los arrebatos populares respondian á los golpes del poder; así es que en muchos puntos las elecciones se verificaron en medio de motines que no tardaban en convertirse en verdaderos combates; en Westminster fueron muertos dos hombres y heridos otros muchos; en Brentford, los anabaptistas, para hacer triunfar su candidato, golpearon y espulsaron á los magistrados que presidian la eleccion; sus adversarios se reunieron al grito de: ¡Fuera los anabaptistas! y el choque se hizo tan violento, que los soldados, desempeñando su legítimo papel, solo se emplearon en dispersar los combatientes.» Donde quiera se presentan nuestros leales soldados, se hace una eleccion razonable, escribia desde Londres uno de los agentes del Protector; pero cuanto mayor es la distancia de Londres, el resultado es peor; y aun en medio de nosotros, y á nuestras barbas los malévolos son tan atrevidos é ingratos que gritan: ¡Fuera soldados! ¡Fuera cortesanos!» Para desacreditar la coalicion de los republicanos y los *caballeros*; para escitar contra ellos las pasiones revolucionarias, Cromwell hizo publicar contra los Estuardos los rumores mas calumniosos: «Carlos, se decia, era un príncipe enfermizo, indolente, sin energía, y su hermano, el duque de York, un papista. Se avanzó mas: una de las queridas de Carlos II, Lucia Watters, madre del niño que, andando el tiempo fue el duque de Monmouth, habia ido á Inglaterra, donde fue presa y encerrada en la Torre; Cromwell la hizo poner en libertad, publicando su historia, como asimismo el texto de la cédula de una pension de 5,000 libras que Carlos le habia señalado; y los periódicos adictos al Protector añadian á la relacion de estos hechos las siguientes palabras: Véase, pues, como los que suspiran por Carlos Estuardo cuentan ya con un heredero de este, y tienen por señor á un príncipe caritativo que dispone de las contribuciones que recojen para la defensa de su causa en Inglaterra para mantener á sus concubinas y sus bastardos.

El resultado no fue del todo favorable para el Protector á pesar de sus esfuerzos, pues aunque sus Mayores generales y sus principales partidarios fueron elegidos; entre los jefes republicanos, Vane y Bradshaw fueron derrotados, y Ludlow y Hutchinson se mantuvieron alejados de la lucha; y aunque la mayoría pertenecia al gobierno, mas de cien enemi-

gos declarados, entre los cuales figuraban algunos de los mas inflexibles, como Haslerig, Scott, Boud y Robinson, habian visto tambien triunfar sus candidaturas; y cuando la lucha hubo terminado, uno de los mas confiados entre los Mayores generales, Goffe, escribia á Thurloe: «Espero que podrá decirse que las elecciones no son tan buenas como hubiéramos deseado, ni tan malas como hubieran querido nuestros enemigos.»

Algunos dias despues de este resultado, el 21 de agosto de 1656, Vane compareció ante el Consejo, se confesó en alta voz autor del folleto, entregó á Cromwell otro escrito en que renovaba su parecer con sus protestas, é intimado á que se comprometiese, bajo pena de prision, á no emprender cosa alguna contra el gobierno del Protector, se negó formalmente á ello, diciendo: «Na/la puedo hacer que ponga en tela de juicio la bondad de la causa por cuya defensa padezco; seguís las huellas del difunto rey, que á fin de hacer absoluta la monarquía, no conocia otro recurso que el condenar á la desgracia á los amigos de las leyes y las libertades del país. Es deplorable que estas funestas máximas se resuciten y pongan en práctica por hombres que hacen profesion de santidad.» Cromwell esperó todavía quince dias antes de ejecutar la amenaza dirigida contra Vane; los rigores inmediatos le repugnaban, como mas irritantes que necesarios, por lo que dejó vivir en paz á Ludlow y Bradshaw, que tambien le habian opuesto resistencia. Sin embargo, el 9 de setiembre Vane fue preso y enviado á la isla de Wight, al castillo de Carisbrook, en la misma prision en que el Parlamento Largo habia encarcelado á Carlos II; y el gobernador recibió la órden de no permitirle hablar con nadie, sino en presencia de un oficial. El coronel Rich y el general Harrison, que tambien se habian negado á todo compromiso, fueron igualmente reducidos á prision, el uno en Windsor, y el otro en el castillo de Pendennis, en el condado de Cornuailles; doce realistas conocidos por su activo celo, fueron enviados á la Torre, y el 17 de setiembre, despues de haber hecho algunos castigos de este género para mostrarse seguro de la victoria, Cromwell reunió el Parlamento.

Al abrirse sus sesiones, pronunció un discurso que duró cerca de tres horas, y que fue el mas largo, mas trabajoso y violento de cuantos habia pronunciado. Titubeaba terriblemente, asi respecto de lo que tenia que decir, como de lo que queria callar: dos motivos le habian decidido á convocar un Parlamento: la necesidad de procurarse dinero para la guerra contra España, y la esperanza de hacerse rey; disgustábase proclamar esta necesidad, siempre importuna á los que gobiernan, y no le

convenia dejar traslucir su esperanza. Manifestó con rudeza revolucionaria los peligros que amenazaban la Inglaterra, diciendo á los diputados: «Estais en guerra con España; os hemos empeñado en esta guerra por necesidad, motivo de justificacion para las acciones humanas, que es superior á todas las leyes escritas... El español es vuestro grande enemigo, vuestro enemigo natural y providencial, porque es el papismo personificado... No hay medio posible para obtener de España satisfaccion ni seguridad... No le hemos pedido para nuestros comerciantes sino la libertad de guardar su Biblia en el bolsillo y de practicar su fe; pero es en vano esperar del español la libertad de conciencia... Su propósito (los franceses y todos los protestantes de Alemania lo saben bien) es llegar á la dominacion de todo el mundo cristiano, si ya no es mas; y os mira á vosotros, á esta nacion, como el mayor obstáculo á este propósito. Si haceis la paz con un Estado papista, vosotros quedareis ligados y él no, porque la paz solo dura mientras el papa no dice *amen*. Ningun conflicto tenemos ahora que orillar con un Estado papista, á no ser la Francia; y es positivo que los franceses no se creen absolutamente sujetos al Papa; se juzgan libres para conducirse lealmente con las naciones que pactan con ellos, y pueden responder sin dificultad á lo que nosotros les pedimos en razon... La España es el origen de vuestro peligro; es la potencia que levanta contra vosotros á todos vuestros enemigos. Acaba de declararse en favor de la causa, contra la cual luchais hace tanto tiempo, la causa de Carlos Estuardo... Ha levantado en su defensa siete ú ocho mil hombres, que están ahora acuartelados en Brujas, y don Juan de Austria ha prometido que muy pronto agregaria cuatro ó cinco mil mas... El español tiene aliados hasta en vuestras entrañas; desde que estoy en el mundo oigo decir que los papistas ingleses se han *españolizado*; su protectora no es la Francia, sino la España... ¿Podemos desconocer que los *caballeros* mantienen relaciones íntimas en toda la Inglaterra, con los papistas? Vosotros decís que esto es indigno, anti-cristiano y anti-inglés; teneis razon; pero esto mismo os revela vuestro peligro y el punto de que procede... Hay todavia en esta nacion una raza de hombres divididos en todo género de sectas, que gritan piedad, justicia y libertad, y que alargan la mano á la escoria y la hez del país. A este partido nivelador se han unido poco há hombres que ostentan un nombre mas seductor, el nombre de republicanos, al que tal vez tienen escaso derecho. Es de extrañar que hombres ricos y considerados se asocien á tales gentes; pero esta es la verdad... No despreciéis á estos enemigos, pues son bastante

numerosos, y han provocado la última insurrección... Habían proyectado asesinarme; no os hablo de esto como de un hecho de gran importancia para vosotros ni para mi mismo, pues hubieran tenido que segar un número de cuellos superior á todo cálculo, para su proyecto; pero tal cual es, el hecho está evidenciado; hombres ha habido á quienes se ha entregado á la justicia, y que han sido condenados por esto en virtud de pruebas irrecusables... Un oficial que estaba de guardia debía también apoderarse de mí hallándome en cama... Había otros cien planes insensatos, como el de colocar sacos de pólvora debajo del aposento en que habito y volarlo... Los directores de todos estos complots son vuestros antiguos enemigos, los papistas y los *caballeros*... Estos hombres han tomado á su servicio á un miserable, á un apóstata de todas las religiones y de toda honradez, antiguo coronel del ejército, y lo han enviado á Madrid para que se ponga de acuerdo con el rey de España, á fin de verificar aquí un desembarco de tropas que invadan esta nación... Cuando he visto todos estos proyectos; cuando he reconocido que los *caballeros* no querían vivir en paz (no hay paz para los perversos, dice el profeta Isaias), me ha ocurrido una pobre y modesta invención que ha sido muy vituperada, según me dicen; he instituido nuestros Mayores generales para vigilar un poco á esta turba de descontentos, tan divididos, tan agitados, y hacer frente á las intrigas del partido papista... Si hubo en tiempo alguno medida justificable en nombre de la necesidad, y leal bajo todos aspectos, es esta... y yo arriesgaria mi vida por sostenerla con mayor empeño que en ninguna otra cosa de cuantas hasta aquí he emprendido... Los mayores generales se han conducido como personas de honor y de fe, acostumbradas á derramar su sangre por la buena causa... Verdaderamente, cada día mas que la Inglaterra ve añadir á su reposo, á ellos lo debe.»

Cromwell, al obrar así, daba un paso arriesgado, pues en lugar de apoyarse, como lo había hecho al principio en las antiguas pasiones revolucionarias, chocaba con prevenciones recientes y vivas; la tiranía de los Mayores generales había llanado la atención pública y ofendido aun á aquellos que no la habían sufrido. El mismo Cromwell lo conocía así, y después de haber prohijado solemnemente esta medida, no se detuvo mas tiempo en hablar de ella. Pero el asunto de que en seguida se ocupó no era mejor; había hecho una esposición de los males públicos, y era indispensable, por lo tanto, presentar al país los remedios; pero no podía nombrar el que se proponía, y que él creía ser el único eficaz, esto

es, el restablecimiento en su provecho, de la monarquía, con sus grandes condiciones de fuerza, de orden y estabilidad. Pidió dinero para la guerra, el apoyo decidido del Parlamento para su poder, y la reforma de las leyes y las costumbres. Pero estas eran necesidades previstas, ó palabras vulgares y sin eficacia. Terminó su discurso con una paráfrasis del salmo 85, movimiento vehemente de accion de gracias del rey David, que se promete que el Dios fuerte perdonará á todo su pueblo, le librárá de todos sus extravíos, y le salvará de todos sus peligros. Pero nada indica que esta peroracion de Cromwell produjese la impresion que él sin duda esperaba; empezaba á abusar de las cuerdas que durante tanto tiempo habia tocado tan poderosamente: el temor á la anarquía y la piedad.

Al salir de la Cámara Pintada, Cromwell volvió á Whitehall, y los miembros del Parlamento entraron en la sala de sus sesiones, á cuya puerta hallaron guardias que, para permitirles la entrada, pidieron á cada uno su certificado de admision; la mayor parte lo presentaron; pero otros que no lo tenian no pudieron entrar. ¿Qué certificacion era esta que se exigia? ¿Quién la daba ó la negaba, y con qué derecho? Poco se tardó en comprenderlo: el documento que se exigia decia: «Esto es para atestiguar que, segun los procesos verbales de eleccion, M... es elegido uno de los caballeros llamados á servir por el condado de... en el presente Parlamento, y que está aprobado por el Consejo de Su Alteza.—Firmado, Nathaniel Taylor, secretario de la República en cancillería.» Cerca de trescientos miembros estaban provistos de esta certificacion; ciento dos carecian de ella, y quedaron eselnidos del Parlamento.

Al dia siguiente, 18 de Setiembre, hallándose la Cámara en sesion, cuando acababa de elegir á sir Thomás Widdrington por su presidente y daba principio á sus trabajos, le fue entregada una comunicacion firmada por sesenta y cinco personas, que decia: «Nosotros, los infrascriptos y otros mas, hemos sido elegidos y enviados para servir con vosotros en este Parlamento; y á fin de desempeñar nuestro cargo nos hemos presentado en la Cámara, pero hemos sido rechazados por unos centinelas á la puerta del vestibulo. No queriendo faltar á nuestros deberes para con vosotros y para con nuestro país, hemos creído conveniente informaros de este hecho, para que pueda ser comunicado á la Cámara, y se nos admita en ella.»

Despues de leida esta comunicacion, la Cámara mandó que el secretario de la República en cancillería compareciese al dia siguiente ante

ella, trayendo los procesos verbales de eleccion de todos los caballeros, ciudadanos y vecinos, llamados á servir en este Parlamento. Cuando esta órden llegó á manos del secretario, este no estaba en Londres, por lo que su suplente se presentó en la Cámara con todos los procesos verbales de las elecciones; leyéronse luego los nombres de los firmantes de la comunicacion, preguntando al secretario, respecto de cada uno de ellos, si en efecto habia sido elegido en el lugar designado, y la respuesta fue afirmativa respecto de todos. En el salon reinaba una viva agitacion: los diputados iban y venian, se detenian unos á otros, formaban corrillos, hablaban y disputaban en tropel; el presidente los llamó al órden, diciendo, que mientras un extraño permaneciese en el salon, todos debian mantenerse en sus asientos tranquilos y silenciosos. En esto, se recibió el anuncio de que el secretario de la República, que habia ya regresado á Londres, estaba á la puerta; hizosele entrar, y se le preguntó en qué consistia que diferentes personas que, segun los procesos verbales, aparecian bien y en debida forma elegidos, no iban á tomar asiento en la Cámara. El respondió que habia recibido del Consejo de Su Alteza la órden de no entregar certificado alguno de eleccion sino á las personas que le fuesen designadas como aprobadas por el Consejo. Esta órden fue presentada, y la Cámara acordó preguntar al Consejo por qué motivos unos miembros elegidos no habian sido aprobados y admitidos á tomar asiento en aquella. Al día siguiente, 22 de setiembre, Nathaniel Fienes, lord comisario del gran sello, se presentó á responder de viva voz, por órden del Consejo, que en virtud del artículo XVII del Acta Constitucional del Protectorado, «nadie podía ser elegido miembro del Parlamento, si no era hombre de reconocida integridad, temeroso de Dios y de buena conducta;» y que, segun los términos del artículo XXI de la misma acta, el Consejo estaba en el derecho y el deber de examinar si las personas elegidas se hallaban adornadas de las cualidades exigidas; el Consejo, dijo, no habia negado su aprobacion á ninguno de los elegidos que le habian parecido reunir las condiciones legales; y añadió, que respecto de las personas no aprobadas, Su Alteza habia dado órdenes para que no entrasen en el salon de la Cámara.

Nada faltaba á la osadía de la confusion; los artículos del Acta Constitucional eran formales; la Cámara intentó aplazar su deliberacion; pero el aplazamiento fue desechado: siendo preciso sufrir esta mutilacion, votóse por ciento veinte y cinco votos contra veinte y nueve, que los miembros elegidos que no habian sido aprobados fuesen enviados ante el

Consejo, á fin de obtener su aprobacion. La Cámara pasó adelante, apremiada, segun decia, por los grandes negocios del país.

Los miembros escludidos redactaron y firmaron una protesta enérgica, en la cual, despues de una esposicion demasiado larga, de sus justos motivos de queja, declaraban «traidores á las libertades de Inglaterra y cómplices de los enemigos capitales de la República», á todos los que continuaran ocupando un asiento en aquel parlamento mutilado. Muchos millares de ejemplares de esta protesta, autorizada con noventa y tres firmas, fueron encerrados en cajas y depositados en diferentes casas de Londres, á donde los fieles debían ir á buscarlos para repartirlos. La policia de Cromwell descubrió y cogió algunas de estas cajas; pero el espíritu público, sin hacerse favorable á los republicanos, se cansaba é indignaba de estos repetidos golpes de tiranía, por lo cual escitaban su vivo interés los actos de resistencia; fuesen quienes fuesen sus autores, la protesta, pues, se buscaba y leía con avidez. Algunos de sus firmantes la desmintieron poco despues, porque solicitaron y obtuvieron del Protector su admision tardía en aquel parlamento que ellos habian condenado. Pero no por esto cambió la impresion pública, y continuó pensando sobre la misma asamblea; entre los individuos que habian sido admitidos sin dificultad, muchos se disgustaron y dejaron de tomar parte en las sesiones, y la mayoría de los que continuaron ocupando su puesto, sentian en el fondo de su alma una vergüenza de que esperaban hallar algun dia, sin demasiado peligro, una ocasion de sincerarse.

En aquellos mismos momentos, y como para distraer los espíritus disgustados, la fortuna ofreció á Cromwell una brillante victoria. El 2 de octubre de 1656, Thurloe se presentó en el Parlamento á anunciarle que la escuadra que hacia el servicio de crucero en las costas de España para interceptar el paso á las galeras procedentes de América, habia, en efecto, encontrado, combatido y apresado á su llegada delante de Cádiz, muchas de aquellas ricas embarcaciones; el honor de este triunfo no correspondía á Blake y Montague, quienes, despues de una larga espera habian abandonado las costas de España para trasladarse á las de Portugal, dejando á la vista de Cádiz á uno de sus oficiales, Ricardo Stayner, con siete buques. Apenas se habian alejado los almirantes ingleses, cuando se presentaron las galeotas españolas, que eran cuatro buques de guerra y cuatro grandes embarcaciones mercantes, que engañados por los informes que habian recibido, contaban con la seguridad de entrar sin obstáculo en el puerto de Cádiz. Stayner las atacó bruscamente á la

vista de la plaza, cuyos habitantes podian seguir desde las azoteas de sus casas, los incidentes del combate. A pesar de una valiente defensa, los españoles sucumbieron; cuatro de sus buques fueron destruidos y apresados dos, con su precioso cargamento de pesos fuertes, barras de plata y diferentes riquezas. El Protector y el Parlamento se pusieron de acuerdo para encarecer mucho esta victoria; este último mandó celebrar una funcion religiosa en accion de gracias, primero, por la misma Cámara, y luego en todo el país; distribuyóse con profusion una relacion circunstanciada de este hecho, redactada por un comité de la Cámara; los poetas, cortesanos y populares, unieron sus himnos á los elogios oficiales; el almirante Montague, que llegó poco despues trayendo consigo las presas, fue colmado de favores por Cromwell y de muestras de aprecio por el Parlamento; Ricardo Stayner fue nombrado *caballero*. Cuando los tesoros de España desembarcaron en Porstmouth, se cargaron inmediatamente en treinta y ocho carros, y fueron trasportados lentamente bajo una brillante escolta al través de las ciudades y los campos del Sud-Oeste de Inglaterra hasta la Torre de Londres, para ser convertidos en moneda inglesa. La imaginacion del público y el charlatanismo del poder, exageraron á porfia el valor de esta captura; hablábase de tres, de cinco y hasta de nueve millones de pesos. «Es mucho menos de lo que se esperaba, escribia Thurloe á Enrique Cromwell; no porque la presa haya sido menos rica de lo que al principio nos dijeron, pues habia en los dos buques muy cerca de un millon de libras esterlinas; pero apenas han quedado despues del saqueo sino unas 250 ó 300,000 libras; dícese que un capitan se ha guardado 60,000 libras, y que muchos simples marineros han cogido cada uno 10,000; esto es una costumbre tan general, entre la gente de mar, en el calor del combate, que no es posible hallar nada despues de él.» Tal es el privilegio de la gloria militar, que hasta la codicia y la mentira apenas oscurecen su brillo.

Bajo la influencia de este triunfo, y en la ausencia de la antigua oposicion republicana, el Parlamento votó todas las leyes y medidas que Cromwell podia desear. Adoptóse un bill cuyo objeto era desechar y anular de nuevo el supuesto título á la corona de Carlos Estuardo y sus descendientes.» Otro bill estableció garantías «para la seguridad de la persona de Su Alteza el Protector, y para el mantenimiento de la paz de la nacion.» Declaróse por unanimidad que la guerra contra España, habia sido emprendida por motivos de justicia y necesidad y para el bien de la República, y que el Parlamento, con la ayuda de Dios, apoyaria á

Su Alteza. «El Parlamento se obligó voluntariamente á esta promesa, y mas de dos meses trascurrieron sin que pareciese pensar en cumplirla; pero los amigos del Protector se la recordaron con dureza.» «No podemos, dijo el capitán Fiennes, matar al rey de España, ni tomar la España ó la Flandes por un mero voto: necesitamos dinero.» Votáronse entonces 400,000 libras esterlinas para los gastos de la guerra, y muchos impuestos fueron modificados y aumentados, á fin de hacer frente á los dispendios que imponía. El Parlamento, en todas sus relaciones con el Protector, le manifestaba una gran deferencia, y se redactaron del modo más respetuoso para él las fórmulas de las comunicaciones oficiales entre ambos poderes. Todos los nombramientos que habia hecho para los altos puestos de la magistratura, fueron aprobados, y casi todas las órdenes que habia espedido por su sola autoridad, quedaron confirmadas. La Cámara no publicaba una declaracion ni mandaba una ceremonia pública, sin haber pedido y alcanzado su asentimiento. No se desperdiciaba ocasion alguna de manifestar, no solo respecto de él sino tambien respecto de su familia, el aprecio mas eficaz. El 27 de diciembre de 1656, el Parlamento discutía un proyecto de ley encaminado á arreglar algunas cuestiones de dominios en Irlanda, y Whitelocke propuso dar, en virtud de una cláusula adicional, «al lord Enrique Cromwell, atendiendo á sus buenos servicios y atrasos, la tierra de Portumna para él y para sus herederos, á perpetuidad.»—«Buen presente, dijo Tomás Burton, que asistía á la sesion: una granja, un parque, una casa y 4,000 acres; esto es hacer en grande las cosas.» Nadie habló contra la cláusula propuesta. «Espero, dijo William Strickland, que la adoptareis sin pérdida de tiempo; este caballero os ha prestado eminentes servicios; esto no es un mero regalo, puesto que se trata de sus pagas atrasadas.»—No es gran cosa, añadió sir Jhon Reynolds; todo ello no vale mas de 1,000 libras esterlinas, y es, por lo tanto, lo menos que puede dársele.»—Es menos de lo que valen sus servicios y su mérito, replicó M. Goodwin; todavía hay 2,000 acres mas en el Connaught, y pido que se añadan á las propuestas, y aun así será muy poco.» Añadiéronse, en efecto, los 2,000 acres, lo que constituía un total de 6,000; solo hubo dos votos negativos: el de M. Robinson y el del mayor general Lilburne. «En esta officiosa solicitud habia algo mas que interesada lisonja; el Parlamento creía que la revolucion habia llegado al puerto, y queria fundar su gobierno.»

Cromwell lo deseaba mas que nadie, pero mejor que nadie conocía

la dificultad de conseguirlo. Tenia las dos cualidades que constituyen los grandes hombres y les inducen á hacer grandescosas; era á la vez sensato y osado sin ilusiones acerca de su condicion actual, é indómito en sus esperanzas. Su poder era absoluto pero precario; se aceptaba como necesario y provisional, no como legítimo y definitivo. Alternativamente violadas y derribadas hacia quince años, tres instituciones y su derecho, subsistian, sin embargo, en pie en el espíritu del pueblo inglés: el Parlamento, la Corona y la Ley. La monarquía hereditaria, la intervencion del país en su gobierno por las dos cámaras, y ese conjunto de estatutos, de costumbres, de formas, de tradiciones y decisiones que representaban la justicia y se llamaban la ley, todo esto era, en la conciencia pública, el poder legítimo. Cromwell estaba tan profundamente convencido de esta verdad, que hasta el restablecimiento de la monarquía legítima se presentaba algunas veces á su mente, si no como una probabilidad á lo menos como una duda, aceptaba en su trato íntimo la conversacion acerca de esto. Lord Broghill fué á verle un dia, despues de haber pasado aquella mañana en la Cité. ¿Qué habeis oido decir allí? le preguntó Cromwell. —Que estais en negociaciones con el rey; que este será reinstalado en breve en su trono y se casará con vuestra hija.» Viendo que Cromwell no lo llevaba á mal, lord Broghill, añadió que en el estado de los negocios, no veia un partido mas ventajoso para él, y dijo: «Podeis atraer al rey á las condiciones que querais, y conservar con menos zozobra y peligro la autoridad de que estais revestido.»—El rey no puede perdonar nunca la sangre de su padre, contestó Cromwell.—No sois sino uno de los que tomaron parte en este acto, y solo vos habreis tenido el mérito de haber restablecido al rey.» Cromwell replicó:—«Es tan puniblemente disoluto, que nos perderia á todos;» y dichas estas palabras, cambió de conversacion sin mostrar el menor enfado; de todo lo cual dedujo lord Broghill que varias veces habia pensado en este espediente.

Casi por aquel mismo tiempo, el marqués de Hertford, uno de los distinguidos consejeros de Carlos I, y que desde la muerte de este vivia retirado en sus posesiones, perdió á su hijo primogénito, lord Beauchamp. Cromwell, que aprovechaba sollicitamente todas las ocasiones de acercarse á los grandes señores realistas, le hizo presentar, por conducto de sir Eduardo Sydenham, sus testimonios de pesar. Lord Hertford contestó cual cumplia á semejante rasgo de urbanidad. Poco despues el Protector hizo convidar al marqués á comer. No sabiendo cómo escusarse, y reflexionando que Cromwell podia arruinarle, á él y á todos los suyos,



CROMWELL Y LORD HERTFORD



lord Hertford dijo que accedería al deseo de Su Alteza. Cromwell lo recibió con las mayores consideraciones, y tomándole por la mano después de comer, le condujo á su gabinete, donde, hallándose solos, le dijo que habia deseado verle para pedirle consejo, «porque no puedo sobrellevar por mas tiempo la carga que pesa sobre mí; estoy cansado de los negocios; y vos, milord, que sois un hombre distinguido y sábio, de consumada esperiencia y versado en los asuntos de gobierno, decidme, así os lo ruego, qué es lo que debo hacer.» Lord Hertford, sorprendido, se negó con vehemencia á dar su parecer; habia servido siempre al rey Carlos, pertenecía á su consejo privado, y nada era mas opuesto á sus principios que oír al Protector pedirle, y darle por su parte consejos. Cromwell insistió, diciendo que no admitía excusas ni negativas, y que era preciso que el marqués hablase con franqueza, en la firme inteligencia de que, fuese lo que fuese lo que dijera, nunca le causaría el menor perjuicio. Viéndose estrechado de esta manera, lord Hertford respondió: «Señor, fiando en la seguridad que me dais, os diré todo mi pensamiento; podeis continuar siendo grande y establecer dignamente vuestro nombre y vuestra familia, para siempre. Nuestro jóven señor... es decir, mi señor y nuestro comun señor, está lejos; sentadle en el trono, y al hacer esto obtendreis para vos mismo lo que querreis.—He ido demasiado lejos para que ese jóven pueda perdonarme, respondió tranquilamente Cromwell.—Si Vuestra Alteza viene en ello, repuso el marqués, yo me encargaré de arreglar este negocio con mi señor.» Cromwell se ciñó á decir que en su situacion no podia fiarse. Separáronse; y mientras Cromwell vivió, lord Hertford no sufrió la menor molestia.

Pero esto no era otra cosa que una tolerancia de conversacion y una cortesania de vencedor; pues aunque permitia que le hablasen de Carlos Estuardo, Cromwell, en materia de poder real, no pensaba sino en sí mismo, sin competidor. Podia creerse con derecho de pensar en esto con alguna confianza, porque á medida que duraba y se engrandecía, la idea de que debia ser y que seria rey, se acreditaba en el país. De algunos condados llegaron peticiones, rogándole que tomase este título y el poder inherente á él. En nombre de la religion y del gobierno se hablaba mal de la República, y se recordaba que era un rey el primero que introdujo en Inglaterra la fe cristiana. Asegurábase que si ciertos oficiales eran contrarios á esta trasformacion, tan natural, del Protector, los soldados, en general, la aprobaban y le serian fieles. «Necesitamos un rey; queremos un rey, se decia públicamente, y milord Protector no se atreverá

á negarse á ello; y cuando Waller celebró la victoria de la escuadra inglesa delante de Cádiz y la llegada de los tesoros de España, no cedía á un simple movimiento poético ni procedía como un adulator aislado cuando decía: «No hay ya sobre su cabeza conquistadora lugar para nuevos laureles; hágase, pues, lo que toda la nacion pide; fúndase sin tardanza el rico metal para hacerle una corona, y que cubierto de arminños y púrpura, y empuñando un cetro de oro español, fije al fin los destinos del Estado.

Cuanto mas parecia pronunciarse este movimiento de la opinion y podia hacer creer á Cromwell que se acercaba á su objeto, menos hablaba de este asunto; pues era de esos hombres que en las circunstancias decisivas preludian la accion por medio del silencio. Por otra parte, sabia á fondo que nada era posible mientras no tuviese á su disposicion un Parlamento que se encargase de imponerle la corona. Pero á fines de 1656, cuando la nueva asamblea que acababa de elegir hubo aceptado su propia mutilacion, Cromwell creyó que habia llegado el dia que tanto anhelaba; veíase, al fin, árbitro de un Parlamento audazmente servil y dócil. Fuera del Parlamento, el estado de los espíritus y de los partidos se mostraba propicio á sus esperanzas. Entre los *caballeros*, muchos estaban desalentados, y no creyendo ya en la vuelta de su rey, se manifestaban dispuestos á contentarse con ver restablecida la monarquía; algunos, mas obstinados y temerarios, se lisonjaban creyendo que si la monarquía volvía á establecerse, el país no podría consentir que la corona ciñese otra frente que la del rey legitimo, y les parecia bien que Cromwell reinstalase el trono, en la confianza de que muy pronto sería derribado de él. Los presbiterianos habian deseado especialmente el triunfo de su sistema religioso en la Iglesia, y del régimen constitucional en el Estado; Cromwell trataba bien á su clero, los apoyaba en su predicacion y les concedía la mayor parte de los beneficios; y en materias religiosas, á ellos pertenecía la preponderancia. Si Cromwell, haciéndose rey, podia sentirse impelido á volver al orden legal y á gobernar de acuerdo con el Parlamento, ¿por qué no aceptaría la nacion un cambio de príncipe, que en último resultado sirviese á la causa de su fe y de sus libertades? Los sectarios independientes, anabaptistas, millenarios y cuákeros, se mostraban mas reacios á toda perspectiva monárquica; no obstante, muchos emezaban á cansarse de la completa inutilidad de sus esfuerzos políticos, y apenas se cuidaban ya sino del libre ejercicio de su creencia y su culto. Cromwell los protegía hasta donde se lo permitía la ignorancia gene-

ral, y mas seguramente de lo que lo hubiera hecho cualquier otro poder. En fin, hacia tres años que gobernaba sin la menor cortapisa; todo le habia producido un resultado lisonjero; los últimos golpes que habia dado probaban que su osadía no tendria límites: amigos, enemigos ó indiferentes, casi todos creian que su fortuna llegaria hasta el punto á que su



LUIS XIV.

audacia se propusiese hacerla llegar, y se mostraban inclinados á confiar en ella ó á resignarse.

Advertido por un instinto seguro de estas disposiciones públicas, Cromwell volvió á suscitar con sus parciales esta gran cuestion: estos parciales eran de origen muy diferente y de una intimidad muy desigual.

Contábanse entre ellos el realista lord Broghill, guerrero, intrigante y de resuelto corazón, que se complacía en tomar parte en la fortuna de un gran hombre; el presbiteriano Pierrepont, dotado de un espíritu juicioso y libre, dispuesto siempre á prestar su apoyo á todo gobierno, que esperaba convertir al bien del país; los jurisconsultos Whitelocke, Widdrington, Glynn, Saint-Jhon y Lenthall, solícitos en servir al poder con tal que no les pidiese entregársele á ciegas. Superior á todos los demás en la confianza de Cromwell, figuraba Thurloe, encargado de toda su policía y de su correspondencia íntima política ó familiar, servidor activo, discreto y sin pretensiones de independencia ni de gloria, lo que le hacia tan cómodo como útil para su señor. Con estos diversos confidentes, ni aun con el mismo Thurloe, Cromwell se espontaneaba por completo en cuanto á sus planes; pues aunque igualmente impetuoso que falaz por naturaleza, la edad y la esperiencia le habian enseñado mas reserva; pero escitando en sus conversaciones, unas veces su curiosidad y otras su recelo, los empujaba de día en día por el camino que debía conducirle á su objeto, manteniéndose siempre en disposición de detenerlos ó dementirlos.

El rumor de este trabajo del Protector no tardó en divulgarse, no solo por Inglaterra sino tambien por el continente. Esto no era, sobre todo en Francia, un hecho nuevo ni inesperado. El año anterior, un vecino de París, que anotaba con bastante cuidado los sucesos contemporáneos, y por otra parte, acérrimo enemigo de los revolucionarios ingleses y de Cromwell, escribía en su diario: «Ha corrido por París un rumor extraño durante el mes corriente; decíase que Cromwell, no contentándose con esa soberana autoridad que se ha abrogado en Inglaterra, Escocia é Irlanda, bajo el nombre de Protector de estas tres naciones, aspiraba secretamente á conservarse bajo el título de rey; y que, para conseguir su objeto, con la aprobacion de toda la cristiandad, habia enviado dos católicos ingleses á Roma, que negociaban clandestinamente, en nombre suyo, con Su Santidad, y trataban de persuadirle de que dando su consentimiento al ambicioso deseo de este usurpador, devolvería al seno de la Iglesia á ese infinito número de almas que reconocian su poder y su nuevo establecimiento sobre ellos. El tiempo nos hará ver si este ilustre impostor era capaz de tan brillante pensamiento, y si, de un principio tan perverso podía proceder un bien tan grande para todos esos parricidas isleños.»

Apenas se habia reunido el Parlamento, cuando Bordeaux escribía al

conde de Brienne: «El Protector me ha dado esta tarde la audiencia que le había pedido... Estoy persuadido, así por sus palabras como por su actitud, de que los asuntos interiores de Inglaterra ocupan más su espíritu que los exteriores, y su conducta, desde hace algunos días, confirma que abriga una grande alarma ó un gran proyecto.» Un mes después añadía: «El Protector continúa haciendo protestas de que no quiere hacer cambio alguno; no obstante, el rumor público asegura que el Parlamento hará alguna innovación en su favor, después que se hayan escogitado los medios de sostener la guerra contra el rey de España.» A principios de diciembre de 1656, decía: «Crefase generalmente que el Parlamento trataría hoy de la sucesión, y que no obstante las oposiciones aparentes de algunos oficiales del ejército, quedaria resuelta; sin embargo, acabo de saber que nada se ha hablado sobre el particular esta mañana. Algunos aseguran que esta proposición será presentada después de haberse puesto de acuerdo sobre los demás negocios; otros dicen que la repugnancia de los oficiales del ejército la aplaza por más tiempo; y aunque es más razonable creer que el Protector debe ver coronado con un éxito feliz su proyecto, porque solo tiene que someter á su voluntad almas poco elevadas, me cuesta, sin embargo, trabajo el hablar de esto con tanto atrevimiento como el coronel Lockhart, que hubiera aventurado mucho menos si atemperase sus discursos á los de su señor.» Finalmente, en los últimos días del espresado mes, estampaba las siguientes palabras: «Algunos quieren que se difunda el rumor de un desembarco del rey de la Gran Bretaña en Escocia, á fin de hacer más aceptable la proposición que uno de estos días debe hacerse en favor de la familia del Protector; este asunto ha sido tratado ya muchas veces indirectamente, y los oficiales del ejército se han mostrado siempre contrarios, pero parece que á estas horas se ha tomado la resolución de hablar de ella con toda franqueza. Desde anteayer, la mayor parte de los miembros la esperaban, y esta dilación hace decir que el espíritu del ejército no está aun debidamente preparado. No obstante, la opinión más comun asegura que ella estará de acuerdo con el plan, y que solo finge esta repugnancia para conservar su crédito entre los oficiales inferiores que no pueden acceder al establecimiento de una monarquía perfecta. Los nobles y los juriscultos de que se compone el cuerpo (el Parlamento) y otras muchas personas de todas las clases de Inglaterra, lo desean; y aun aquellos que son adictos á la familia real creen que para ellos sería una ventaja que la discordia se orillase entre ella y la del Protector. Sin embargo, si él so-



breviase algun tiempo al establecimiento de que se habla, sus hijos podrian conservar la autoridad.»

Cuando las cosas estuvieron preparadas de esta manera, ya por sus diligencias, ya por su curso natural, Cromwell entró resueltamente en campaña, y descargó su primer golpe contra aquel mismo Parlamento que debia hacerle rey. No bastaba haberle mutilado y humillado, sino que era preciso ademas hacer conocer fuertemente á la Inglaterra el vicio terrible de aquella asamblea única, que, á pesar de su abatimiento, continuaba considerándose como depositaria de la soberanía nacional, y en cuyo seno todos los poderés, sin distincion ni límites, iban todavía algunas veces á confundirse y desplegarse tiránicamente. La misma Cámara ofreció á Cromwell ocasion de evidenciar este peligro á los ojos del país. Un sectario, llamado Jayme Nailor, que primero habia sido soldado y luego cuáquero é insensato sobre los insensatos, sostenia que Cristo, que de nuevo habia bajado á la tierra, se habia encarnado en él, y bajo este título, se entregaba á toda clase de manifestaciones y actos extravagantes ó licenciosos; las mujeres y muchos vagabundos y fanáticos le seguian á todas partes cantando sus alabanzas y casi tributándole adoracion. Este hombre fue preso en Bristol y conducido á Londres; donde la Cámara, en vez de entregarlo á los jueces ordinarios, mandó se le hiciese una larga descripcion de todo lo que á él se referia; le intimó comparecer á la barra, y acordó juzgarlo por sí misma. Esto era menos una cuestion de libertad de conciencia que una lucha entre el antiguo espíritu de rigor cruel, y el naciente espíritu de moderacion penal en materia de blasfemias y ofensas á la fé cristiana. Este asunto ocupó diez sesiones; la Cámara sostuvo que tenia, con tanta justicia como los tres poderes reunidos del antiguo Parlamento, el derecho de vida y muerte, y los fanáticos querian que usase de él plenamente. «Este hombre se ha hecho Dios.—Nuestro Dios está aqui suplantado.—¿No seremos tan celosos del honor de Dios como lo somos del nuestro?—¿Por qué os sentais en ese sillón sino para discernir quién está en favor de Cristo, y quién contra él?—Mis oidos se han sobresaltado, mi corazon se ha estremecido al escuchar este informe.—¿Que el blasfemo sea apedreado!—¿Os conjuro! os pido que este castigo no se demore; yo no quiero callar, por temor de que mi conciencia me persiga hasta en mi alcoba, en mi lecho, en mi sepultura.» Asi hablaron muchos miembros, y entre ellos algunos de los mas notables, Skippow, Buter, Downing y Drake; y si algunos oficiales, como Desborough, y algunos jurisperitos, como Whitelocke, no

hubieran tomado la palabra, aquel loco blasfemo hubiera probablemente sido ahorcado, sin mas forma de proceso; pues de ciento setenta y ocho votantes, ochenta y dos miembros, entre quienes figuraba el mismo Ricardo Cromwell, opinaron en este sentido. Nayler fue condenado á ser espuesto á la pública vergüenza, á que se le atravesase la lengua con un hierro candente, á ser públicamente azotado, y á quedar preso y condenado á los trabajos forzados durante todo el tiempo que el Parlamento lo creyese conveniente.

Cromwell se abstuvo de modificar en lo mas minimo esta sentencia, pues hubiera lastimado el sentimiento público, ya sublevado contra el blasfemo. Pero otro sentimiento público se despertaba tambien contra esta violacion del derecho comun contra la Cámara que se erigia en poder judicial, suprimiendo el jurado, los jueces y todas las fórmulas legales, arrebatando asi á los ingleses las mas preciosas garantías de sus libertades.

Cromwell aprovechó sagazmente esta ocasion, y en el momento mismo en que se ejecutaba la sentencia, escribia al presidente del Parlamento: »Fidelísimo y muy querido, salud. Hemos tenido noticia de una sentencia dictada poco há por vos contra un hombre llamado Jayme Nayler. Detestamos y rechazamos toda idea de que prestamos directa ó indirectamente el menor apoyo á personas culpables de semejantes opiniones y prácticas, ó acusadas de los crímenes que se imputan al espresado Nayler. No obstante, hallándome actualmente encargado del gobierno, en nombre del pueblo de estas naciones, y no sabiendo hasta donde pueden estenderse tales procedimientos, en los cuales el Parlamento ha entrado de lleno sin nuestro asentimiento, deseamos que la Cámara se sirva darnos á conocer los argumentos y motivos, en virtud de los cuales se ha fundado para proceder como acaba de hacerlo.»

La Cámara se vió muy contrariada, pues no queria entrar en lucha abierta con el Protector, ni abandonar la jurisdiccion que se habia arrogado; y por toda contestacion se limitó á rechazar la propuesta que se le hizo de aplazar la ejecucion, aun incompleta, de la sentencia que habia dictado contra Nayler; y en efecto, al dia siguiente se le aplicó la parte de castigo que aun no le habia sido impuesta. Esto importaba muy poco á Cromwell, pues habia puesto en evidencia los vicios de la constitucion republicana, declinando sobre el Parlamento, la mas flagrante de las infracciones de la ley que él habia cometido con tanta frecuencia; y al mismo tiempo, sin soltar ninguna prenda en favor de los sectarios mas ar-

dientes, se habia sincerado á los ojos de estos de los rigores que uno de ellos acababa de sufrir.

Despues del Parlamento, se dedicó á apaciguar y á comprometer al ejército, ó por lo menos á sus principales jefes, cuya mala voluntad ó cuyo crédito temia. A pretesto de hacer frente á los gastos de la milicia, Desborough propuso un bill para que se continuase cobrando, á costa únicamente de los antiguos realistas, la contribucion de la décima parte de su renta, que el año anterior habia sido destinada á cubrir estos gastos; por este medio se amnistiaba á los Mayores generales, quienes habian impuesto, arbitrariamente, cada uno en su distrito, contribucion; y al paso que esta se sancionaba, quedaba disculpada la autoridad militar que ya la habia percibido. Todo inducia á creer que este bill se proponia de acuerdo con Cromwell, puesto que de él tan solo habian recibido en 1655 sus instrucciones. A la primera presentacion del bill en la Cámara, el mismo Thurloe le apoyó decididamente; pero, con general sorpresa, cuando se empeñó el debate, uno de los yernos del Protector, lord Claypole, fue el primero que se levantó y dijo: «Este bill contiene dos partes: la continuacion de la contribucion del diezmo sobre los *caballeros*, y un acto de amnistia para las autoridades que la han establecido. No comprendo cómo puede ser adoptada la primera parte, á no ser que infrinjais la amnistia concedida á los partidarios del rey difunto. Habeis perdonado sus ofensas, y por consiguiente no podeis castigarlos de nuevo con una medida retrospectiva. ¿Querriais sustituir esta carga sobre su posteridad, y castigar á los hijos por las faltas de sus padres? Apruebo la segunda parte de la mocion, esto es, el acto de amnistia para las autoridades que el año último han cobrado el impuesto; pero me prometo que esto será objeto de un bill especial. Yo me limito á levantar la caza, y abandono el cuidado de perseguirla á los que sean mas inteligentes que yo.»

La cólera de los Mayores generales fue terrible, pues se veian vendidos por el mismo de quien habian recibido su mision, y los entregaba al odio que despertaran contra ellos las medidas que les habia mandado adoptar. Lambert, Desborough, Walley, Butter y sus amigos apoyaron calorosamente el bill. Alentados por el ejemplo de Claypole, los juriconsultos y los cortesanos continuaron atacándolo. El debate se hizo violento y personal. Un dia, el mayor general Butter, habiendo hablado con dureza de los caballeros, Enrique Cromwell, primo del Protector, le respondió: «Algunos de estos señores piensan y dicen que porque al-

gunos de los *caballeros* han cometido faltas, es justo que todos sean castigados. De aquí se inferiría que, porque algunos de los Mayores generales han cometido también faltas, lo que ofrezco demostrar, todos deberían ser castigados.» Los Mayores generales se encolerizaron, y uno de ellos, Kelsey, pidió que se obligase Enrique Cromwell á nombrar aquellos á quienes habia querido inculpar: «Estoy pronto, dijo Enrique; pido á la Cámara el permiso de nombrarlos, y me obligo á probar que han hecho cosas insostenibles.» La Cámara era presa de la mas viva agitacion; «pero el fuego que en ella ardía, fue apagado, dice el mismo miembro que refiere este incidente, por los graves aguadores que siempre están dispuestos en tales casos.» Al salir de la sesion, algunos amigos de los Mayores generales amenazaron á Enrique Cromwell con la ira del Protector; pero Enrique fué aquella misma noche á Whitehall, y repitió lo que habia dicho en la Cámara, añadiendo que llevaba consigo los documentos, en virtud de los cuales estaba pronto á probar todo cuanto sostenia. Cromwell tomó el caso á risa, y despojándose de un rico manto de escarlata que aquel día llevaba, lo dió, como también sus guantes, á Enrique, «que vino hoy mismo, dice el cronista, á hacer ostencion de sus guantes y su manto nuevos, con mucha alegría de unos y gran turbacion de otros. Este fue un divertido rasgo de ingenio de Su Alteza.»

Cromwell tenia sus caprichos y sus arranques; alegre algunas veces y sarcástico con mas ingenio que buen gusto, se complacia casi tanto en burlarse de sus adversarios como en vencerlos, y no es dudoso que aquel día se divirtió con su sorpresa y su enojo al verlos de esta manera desafiados y burlados. Preveia la oposicion de algunos Mayores generales á su esperanza, y consideraba mas oportuno murmurar de ellos que irritarlos. Esto era faltar á su acostumbrada prudencia, pues no creia poder hacerse rey sin el beneplácito de la mayor parte, y de los principales entre sus antiguos compañeros; pero solo una idea le preocupaba en aquellos momentos; la de colocarse aparte y sobre el Parlamento y el ejército; ofrecerse al país como el único refugio contra sus excesos, y fundar por este medio el apogeo de su fortuna sobre la justa impopularidad de sus propios instrumentos.

En tanto que sus amigos se dividian, sus enemigos acudian en su apoyo, y le hicieron dar un gran paso en el camino de sus designios. Carlos II, establecido en Brujas, reunia algunas compañías de soldados, recibia de Madrid algunas cantidades, y parecia, en fin, preparar una expedicion para volver á entrar en su reino. Su aliado, el republicano Sex-

by, que habia regresado poco antes á Flandes, despues de haber pasado muchos meses en Inglaterra, solo pedia diez mil hombres de infanteria y quinientos caballos, y prometia que apenas hubiera desembarcado en el condado de Kent, haria estallar en él una insurreccion republicana, al principio contra Cromwell, pero que se convertiria en realista asi que este fuese derribado. Para conseguir esto Sexby contaba con el asesinato, á cuyo efecto habia dejado en Londres uno de sus antiguos compañeros de guerra y de conspiracion, llamado Miles Sindercombe, atrevido soldado, republicano ardiente, incrédulo mas bien que sectario cristiano, y que con cuatro ó cinco cómplices, pasaba su tiempo en inventar medios y acechar ocasiones de quitar la vida al Protector. Sexby habia entregado al partir 500 libras esterlinas á Sindercombe, con promesa de enviarle mas; segun él decia, el antiguo embajador de España en Londres, don Alonso de Cardañas, se habia puesto de acuerdo con él en Bruselas para este gran golpe, y era quien le suministraba dinero.

El 19 de enero de 1657, Thurloe se levantó en el Parlamento y reveló solemnemente el complot, anunciando que Sindercombe y dos de sus cómplices estaban presos, dando detalles, leyendo declaraciones y haciendo presentar peligros aun oscuros y mas estensos, un gran levantamiento de los *caballeros*, y una invasion de Carlos Estuardo y de los españoles. Verdadera ó fingida, la sensacion que estas revelaciones produjeron fue profunda; votóse una solemne accion de gracias á Dios en los tres reinos, por el descubrimiento del complot; propúsose el nombramiento de una comision encargada de ir á preguntar al Protector en qué dia se serviria recibir á la Cámara y oir la expresion de sus sentimientos. «Yo quisiera añadir algo, dijo un miembro oscuro, llamado M. Ashe, algunas palabras muy eficaces para la salvacion de Su Alteza y la nuestra, y para poner un término á todos estos proyectos de nuestros enemigos: esto seria que Su Alteza quisiera encargarse del gobierno segun nuestra antigua constitucion; en este caso, nuestras libertades y nuestra tranquilidad, la seguridad y los privilegios de Su Alteza se establecerian sobre sólidos fundamentos.» La emocion que estas palabras causaron, fue reemplazada por un rumor violento. «No comprendo, dijo M. Robinson, esa mocion que habla de una antigua constitucion, y no veo cómo podríamos discutirla; la antigua constitucion es Carlos Estuardo, y creo que no le llamaremos.»—«El miembro que acaba de presentar esta mocion, dijo M. Highland, era en otro tiempo uno de los que trabajaban por destruir lo que ahora quisiera restablecer, un rey y las dos Cámaras: en

esto estribaba la antigua constitucion que hemos anulado, prodigando nuestra sangre y nuestros tesoros... ¿Quereis hacer de milord Protector un hipócrita mas refinado, pretendiendo sentarle sobre ese trono contra el cual Dios ha declarado suficientemente su voluntad? ¿Os proponéis rehabilitar ese gobierno régio, que por espacio de mil años ha perseguido al pueblo de Dios? ¿Esperais acaso mas de él en lo sucesivo? ¡Cuán criminal es semejante mocion! ¡Y sobre esto mandais un dia de accion de gracias! ¡Que desaparezca y muera, porque es abominable! ¡Os ruego que jamás se arraigue esta idea aquí, entre nosotros!»

Atacada con esta vehemencia, la mocion de M. Ashe fue tambien defendida, pero con alguna timidez é indecision. Concluyóse abandonándola por intempestiva, sin desecharla, y por una especie de consentimiento general. «Nunca he visto, dijo Tomás Burton, terminar de una manera tan estraña, y desaparecer como un fuego fátuo un debate tan acalorado.»

Sin embargo, no era esta la vez primera que la Cámara oia palabras de este género; pues poco antes el coronel William Jephson, no se sabe con qué motivo, habia propuesto esplicitamente hacer rey á Cromwell; pero su proposicion, á la que apenas se prestó oido, fue desechada silenciosamente. Comiendo poco despues en Whitehall, Cromwell le reprendió con blandura, diciéndole que no adivinaba cuál habia sido su idea al presentar semejante proposicion. «Mientras ocupe un asiento en esta Cámara, respondió Jephson, pediré la libertad de cumplir con mi conciencia, aunque mi opinion tenga la desgracia de causar disgusto;» y Cromwell, dándole una amistosa palmada en el hombro, le dijo: «Vamos, eres un loco.» «Muy pronto se vió, dice Ludlow, de qué locura estaba poseido el coronel, pues obtuvo inmediatamente el mando de una compañía de infantería para su hijo, que estudiaba en Oxford, y para sí el mando de un regimiento de caballería.»

Estos eran preliminares significativos, pero vanos; se descubria el objeto, sin encaminarse á él. No obstante, los incidentes se aglomeraban; el bill propuesto por Desborough en interés de los Mayores generales, fue desechado, y todos pudieron conocer que Cromwell se disponia á abandonar su causa; Sindercombe, condenado por el jurado, se envenenó en la Torre, la víspera del dia en que debia ser ejecutado, y este hecho dió márgen á siniestras sospechas. Era preciso salir de aquella azarosa espectacion que amenazaba hacerse funesta si continuaba siendo estéril. Preparóse una proposicion decisiva, y se pidió á Whitelocke que la presentase al Parlamento; mas él se negó á dar este paso, prometiendo apoyarla

cuando estuviese hecha, pues era uno de esos hombres que quieren que los acontecimientos les precedan, prefiriendo tener que responder de una complacencia un poco servil mas bien que de una iniciativa un poco atrevida. El consejero municipal, sir Cristóbal Pack, uno de los representantes de la Cité de Londres, se encargó de esto. El Protector le habia nombrado poco antes caballero; y, como comisionado de contribuciones indirectas, tenia que presentar cuentas que le traian algo atribulado. El 23 de febrero de 1657, no bien se hubo reunido la cámara, se levantó, y mostrando un estenso papel que tenia en la mano, pidió el permiso de leerlo. «Ésto es, dijo, un documento cuyo objeto es establecer definitivamente el gobierno de la nacion y consolidar la libertad y la propiedad.» A estas palabras, la tormenta estalló súbitamente, porque nadie ignoraba el objeto de la proposicion; los republicanos, así militares como civiles, se opusieron á la lectura, protestando contra la irregularidad de la forma, abrumando á Pack con preguntas y acriminaciones, y llevando la violencia hasta el punto de arrancarlo del sitio que ocupaba cerca del presidente, para arrastrarlo á la barra. Pero los partidarios del Protector, sobre todo los juriconsultos, apoyaron resueltamente la proposicion y á su autor, y puesta la lectura á votacion, acordóse proceder á ella por ciento catorce votos contra cincuenta y cuatro; leyóse, pues, inmediatamente y se resolvió que el debate empezase al dia siguiente.

El acta se titulaba *Humilde mensaje y observacion de los caballeros, ciudadanos y vecinos actualmente reunidos en el Parlamento de esta república*, y restablecia la monarquía con las dos cámaras, invitando al Protector á que tomase el título de rey, y á que designase por sí mismo su sucesor.

Al dia siguiente, 24 de febrero, Thurloe escribia á Monk, que se hallaba en Escocia: «Hemos abierto ayer en el Parlamento un gran debate; uno de los consejeros municipales, nombrado por la Cité, ha traído un documento titulado *Observacion*, etc., que pide á milord Protector que tome el poder real y convoque en lo sucesivo parlamentos compuestos de dos cámaras.» Y despues de explicar á Monk los diferentes artículos del proyecto, Thurloe terminaba diciendo: «Os doy todos estos detalles para que podais dar esplicaciones adecuadas á los que abriguen escrúpulos acerca del particular. Os aseguro que esta gestion procede esclusivamente del Parlamento, y que Su Alteza nada sabia respecto de las proposiciones antes de haber sido leídas en la Cámara; y nadie sabe si aun en el caso de ser adoptadas, Su Alteza tendrá por conveniente

rechazarlas. Y esto es seguramente lo que hará si los intereses de los hombres honrados y de la buena causa no están plenamente garantizados. Bueno será que esteis bien informado del espíritu del ejército que os rodea, porque muchos hombres turbulentos tomarán este pretexto como otro cualquiera, para sembrar en él el descontento por medio de falsas relaciones.»

Oportuna era esta advertencia, porque el 27 de febrero, el mismo día en que el Parlamento celebraba un ayuno solemne para atraer la inspiración del cielo sobre el gran debate de que se ocupaba, un centenar de oficiales, acaudillados por muchos Mayores generales, como Lambert, Desborough, Fleetwood, Whalley y Goffe, se presentaron al Protector y le intimaron que no aceptase el título de rey.» Este título, le dijo el coronel Mills, que llevaba la palabra en nombre de sus camaradas, desagrada al ejército, y será un objeto de escándalo para el pueblo de Dios, y de alegría para sus enemigos; está rodeado de peligros para vuestra persona y para las tres naciones, y prepara el camino del regreso de Carlos Estuardo.

Cromwell les respondió en el acto: «El primero que me ha hablado del título de rey es el mismo que hoy se constituye en intérprete de los oficiales aquí presentes. Por lo que á mí toca, debo manifestar que nunca he entrado respecto del particular en intriga alguna. Hubo un tiempo en que vosotros no os indignábais al oír el título de rey, porque el acta sobre que se funda el gobierno actual me fue presentada con este título; entre vosotros veo á alguno que pudiera atestiguarlo; yo me negué á aceptarlo. En qué consiste que ahora este mismo título os hace estremecer, es cosa que vosotros sabreis mejor que yo. En cuanto á mí, hago tan poco caso de él como vosotros: todo se reduce á una pluma en un sombrero. En todo caso, vosotros habeis hecho de mí vuestro juguete; me habeis hecho disolver el Parlamento Largo, que en verdad se habia desautorizado mucho legislando tanto tiempo. Me habeis hecho convocar un Parlamento, una Convencion nombrada por vosotros; ¿y qué hizo? Ha llenado de espanto la libertad y la propiedad. Si un hombre tenia doce vacas, esas gentes pensaban que aquel que no las tenia estaba autorizado á compartirlas con su vecino. ¿Quién hubiera podido decir que alguna cosa le pertenecia, si hubiesen continuado? Fue preciso disolverla. Convocóse luego un parlamento, que duró cinco meses, y apenas he oido hablar de él en todo este tiempo, que él empleó en poner en tela de juicio el acta fundamental. Fue tambien preciso disolver este parlamento. Poco despues

juzgasteis necesario que hubiese Mayores generales. En su origen, esta proposicion, dictada por las insurrecciones recientes y generales, era muy fundada, y vosotros, Mayores generales, habeis desempeñado bien vuestro cargo. Podiais continuar; ¿quién os ha inducido á presentar en la cámara un bill acerca de esto, como lo habeis hecho poco ha, y atraeros un descalabro? Apenas habiais ejercido por algun tiempo vuestro poder, cuando pedisteis con impaciencia la convocacion de un parlamento. Yo era contrario á esta medida, pero vosotros confiábais en que por vuestra fuerza y vuestro crédito, hariais elegir á hombres á medida del deseo de vuestro corazon. Habeis sufrido un desengaño, y el país una ofensa: esto es evidente. Tiempo es ya de venir á un arreglo definitivo del gobierno, y de abandonar esos procedimientos arbitrarios que la nacion mira con tanto disgusto. En los mismos actos del Parlamento estais viendo que se necesita un freno, un contrapeso; lo que ha sucedido á James Nayler, podria sucederos á vosotros; merced al poder judicial que han usurpado, son dueños de la vida y de los miembros de todos. ¿Acaso el acta fundamental del protectorado me libra á mí mismo de una arbitrariedad?»

Los hechos que Cromwell traía á la memoria eran de difícil contestacion; al paso que sus ideas imprevistas y convincentes y su voz ejercian gran imperio sobre sus antiguos camaradas. Muchos de ellos cedieron en la resistencia á sus proyectos, y entre otros, tres Mayores generales, Whalley, Goffe y Berry. Llegóse á una transaccion, conviniéndose en que la cuestion del titulo de rey quedaria aplazada hasta el fin del debate, y que ninguna cláusula del bill seria definitiva ni obligatoria, mientras no hubiese recaído un acuerdo sobre todas. Bajo esta condicion los oficiales aceptaron el Parlamento compuesto de dos cámaras, el derecho de Cromwell de nombrar su sucesor, y se obligaron á dejar que los debates siguiesen tranquilamente su curso.

Desde el 23 de febrero hasta el 30 de marzo de 1657, ocupó veinte y cuatro sesiones, de las que siete, contra la costumbre de la cámara, absorvieron todo el dia, mañana y tarde. Los escasos pormenores que de estas discusiones han llegado hasta nosotros, parecen indicar que, aunque largas y animadas, no fueron, sin embargo, alteradas por ninguna violencia. Unicamente, cuando despues de haber discutido la totalidad del proyecto, se llegó al artículo primero que habia quedado en suspenso y que restablecia la monarquía, la cámara mandó que se cerrasen sus puertas y que ningun miembro pudiese salir sin un permiso espreso.

Indudablemente muchos hubieran deseado sustraerse á la necesidad de tomar partido en tan espinosa cuestion. Ciento ochenta y cinco miembros votaron, sesenta y dos en contra, y ciento veinte y tres en pró del artículo, que resultó aprobado en estos términos: «Dígnese Vuestra Alteza tomar el nombre, el título, la dignidad y el cargo de rey de Inglaterra, Escocia é Irlanda, y de todos los dominios y territorios dependientes de ellas, y ejercer el poder conforme á las leyes de estas naciones.» Y á fin de poner inmediatamente el estilo del acta en armonía con las conveniencias monárquicas, en lugar de titularla: *Mensaje y observacion*, se la denominó: *Humilde peticion y parecer.*»

Nada induce á hacer creer que durante este debate el país se hallase violentamente agitado, ni que le prestase una atencion vehemente; los periódicos de la época, estrictamente censurados ó rudamente intimidados, se espresan acerca de estos hechos con una reserva seca y concisa; y solo se encuentran en ellos palabras como las siguientes: «La cámara ha adoptado el 25 de marzo una resolucion de gran importancia, de que mas adelante daremos cuenta.» Justamente, cansado y desconfiado, el pueblo se curaba poco de sus señores y de los cambios en que solo ellos le parecían interesados. En derredor del gobierno, entre sus servidores y adversarios, se concentraban la pasion y la accion; y aun en esas regiones, á pesar del ardor de la lucha, la duda y la reserva eran grandes. Thurloe escribia el 3 de marzo á Enrique Cromwell: «Su Alteza ha hablado á los oficiales en términos muy claros, pero afectuosos y benévulos, y con plena satisfaccion por parte de ellos, segun se dice. No obstante, no puedo decir cuál será el resultado. No me gustan el aspecto y el giro actual de los negocios públicos, pues temo que no está ni estará jamás en el ánimo de ciertos hombres un establecimiento sólido. Espero que los que desean llegar á él aprenderán á someterse á la mano de Dios que dispone sábiamente de todas las cosas.» Casi en los mismos momentos, Enrique Cromwell escribia de Dublin á Thurloe: «Bendigo al Señor porque Su Alteza inspire á la mayoría de los hombres del Parlamento tanto afecto y confianza que hayan creido deber manifestar una satisfaccion tan completa por la manera con que ejerce su poder, y hasta pensar que entra en el interés de la nacion el conferirle un poder aun mas lato... Por lo que respecta al mérito de las proposiciones en sí mismas, si algunos de nuestros grandes personajes no pueden digerirlas, esto no es una razon para que agraden menos. Puesto que no pueden acceder á lo que ha hecho un parlamento, obra de sus propias manos, los tengo por hombres

incapaces de vivir en paz y de obedecer á un gobierno, sea cual fuere. No debe hacerse mucho caso de los apetitos depravados de espíritus tan enfermos; y tan poco me importa su descontento, que miro todo lo que ocurre como una ocasion providencial de arrancar esas espinas que serán constantemente tan incómodas en los costados de Su Alteza... ¡Concédale el Señor la gracia de ver hasta qué punto es mas seguro apoyarse en personas de consideracion, acreditadas, íntegras y prudentes, que en hombres que han dado libre rienda á toda su envidia, y que no saben sostenerse sino eternizando la confusion! Por lo que á mí respecta, así en esto como en todas las cosas, procuraré cada vez mas someter mi voluntad á la Providencia de aquel en cuyas manos entrego vuestro destino así como el mio.»

¡Notable ejemplo de tranquilidad prudente por parte de dos hombres personalmente tan interesados en la cuestion que se debatía, y que hablaban en el seno de la mas libre intimidad!

Cuando llegó al término de su trabajo, el 27 de marzo de 1657, la cámara nombró comisionados encargados de ir á preguntar al Protector, en qué día querria darle audiencia para poder presentárselo; y el 31 de marzo, á eso de las once, Cromwell, rodeado de los principales dignatarios de su gobierno, recibió el Parlamento en Whitehall en aquella misma sala de los Banquetes, que ocho años antes habia atravesado Carlos I entre dos filas de soldados para marchar al cadalso. «Con el beneplácito de Vuestra Alteza, dijo el presidente de la cámara, he recibido del Parlamento de Inglaterra, Escocia é Irlanda, la órden de presentaros en su nombre esta humilde peticion. No ignoro que hablo en presencia de un gran personaje, cuyo superior juicio sabe alejar y disipar todos los discursos inútiles, á la manera que el sol disipa los vapores. Yo no soy sino un mero servidor, y no estoy encargado de espresar mis propios sentimientos, sino de declarar lo que el Parlamento me ha encargado. Yo soy como un jardinero que recoge flores en el jardin de su amo y hace un ramillete de ellas; así, pues, no ofreceré á Vuestra Alteza sino lo que he recogido en el jardin del Parlamento.»

Widdrington hizo un minucioso análisis de los diez y ocho artículos de la peticion: el restablecimiento de la monarquía y de una segunda cámara, designada con el nombre de la *otra cámara*; el modo de eleccion ó de nombramiento de los miembros del Parlamento así formado; la fijacion de un presupuesto permanente, la dominacion esclusiva de la fé protestante, con alguna tolerancia para las sectas: tales eran las principales

disposiciones que Widdrington justificó sin gusto, aunque no sin arte, citando al efecto las mas heterogéneas autoridades. Abraham y Aristóteles, la Biblia y la Gran Carta, los dogmas cristianos y las tradiciones legales de la Inglaterra: «He concluido, dijo, de hablar de las diferentes partes del gobierno proyectado por nuestra peticion, pero no de todos los artículos; queda todavía uno. El Parlamento tiene formada tan buena opinion de este plan de gobierno, tal como resulta de todos los artículos reunidos, que su humilde deseo es que os digneis aceptarlos todos, pues están eslabonados de manera que forman una cadena; son como un edificio bien construido y cimentado; si de él se arranca una sola piedra, toda la fábrica se desmorona. Rechazar uno solo de estos artículos, es hacer todos los demás incoherentes é impracticables; todos son hijos de un mismo padre, que es el Parlamento, y esperamos que Vuestra Alteza los adoptará todos: *Aut nihil, aut totum dabit.*»

«Preciso seria, en verdad, señor presidente, dijo Cromwell, que yo tuviese una cabeza de hierro, si este plan de gobierno que el Parlamento ha tenido á bien presentarme por vuestras manos, no despertase en mi alma las mas terribles perplejidades; es indudable qué el público bienestar, la paz y todo el tesoro de los intereses de las tres naciones y de las gentes mas honradas del mundo, están comprometidas en este acto tan grande é importante. Esta sola consideracion debe escitar en mí el sentimiento mas profundo de respeto y temor de que hombre alguno se ha sentido dominado. He pasado estos últimos años en el fuego, si asi puedo decirlo, en medio de nuestras disensiones; y aun cuando reuniese en un reducido espacio, y de modo que las viese juntas á la vez, todas las cosas que me han sucedido desde que estoy al frente de esta república, no llenarian, y en mi concepto no deberian llenar mi corazon y mi espíritu del temor y respeto á Dios que convienen á un cristiano, tanto como lo que acabais de ofrecerme. Si respecto de esto os comunicase una resolucion repentina, sin buscar una respuesta sugerida á mi corazon y á mis labios por el que ha sido hasta el dia mi Dios y mi guía, esto os daria escasos motivos de confianza en la eleccion que habeis hecho, porque mi resolucion tendria entonces toda la apariencia de un apetito carnal; y si verdaderamente procediese en mí de semejante origen, el resultado de este negocio, fuese cual fuere, podria ser una maldicion para estas tres naciones, y para vosotros, que, estoy convencido de ello, habeis obrado en todo esto con buena intencion y con miras sinceras y rectas para la gloria de Dios, el bien de su pueblo y los derechos de la nacion. Viendo, pues,

hasta qué punto habeis llevado adelante este negocio, y que por vuestra parte habeis cumplido la obra, solo tengo una palabra que deciros, y es que necesito un poco de tiempo para aconsejarme de Dios y de mi propio corazon. Espero que ni las aprensiones de espíritus débiles ó poco juiciosos, ni los deseos de los que pudieran aspirar á cosas que no son buenas, me impulsarán á responderos de otra manera que con sinceridad y reconocimiento, haciendo justicia á vuestro celo y vuestra probidad, y de modo que mi respuesta sea provechosa á los que, como vosotros y yo servimos y hemos sido hechos para servir. Verdaderamente, este caso merece la deliberacion mas concienzuda por mi parte, y me consideraré obligado á deciros mi respuesta tan pronto como me sea posible.»

Ignórase lo que pasó alrededor de Cromwell y en su propio espíritu, al salir de esta conferencia; tres dias despues, el 3 de abril, hizo pedir al Parlamento le enviase comisionados á quienes dar la respuesta, y el mismo dia á las tres de la tarde, una numerosa comision, compuesta de ochenta y dos miembros, se trasladó en efecto á Whitehall. Cromwell les habló en estos términos: «Mucho siento no haber podido hacer conocer antes mi deseo al Parlamento; he estado algo indispuerto estos dos últimos dias, ayer y el miércoles. He tomado en consideracion hasta donde me ha sido posible, las cosas contenidas en el papel que me ha sido presentado por el Parlamento el martes último, y he pedido á Dios me concediese la gracia de daros una respuesta conveniente para mí y digna del Parlamento. Os debo la confesion de que habeis tenido en cuenta los dos mayores intereses que Dios tiene en este mundo, la religion y la proteccion debida á los que la profesan, la libertad civil y el derecho de la nacion. Estas son cosas cristianas y honradas, y habeis provisto á ellas á fuer de cristianos y personas de honor, á fuer de verdaderos ingleses, como sois. Y si Dios me juzga digno, viviré y moriré en defensa de estos dos intereses. Permitidme ahora deciros que hay dos consideraciones que llaman mi atencion. Me habeis dado otro título del que actualmente llevo. Exigís que mi respuesta sea categórica, y no me dejais entre las proposiciones que me haceis libertad de eleccion. No dudo de vuestra sabiduría al proceder de esta manera, y me juzgo obligado á conformarme con vuestra resolucion, pues sois hombres prudentes é investidos de gran confianza, y por lo tanto es un deber no poner en tela de juicio nada de cuanto habeis hecho. Yo seria muy estúpido si no reconociese el grandísimo honor que me habeis dispensado en este papel, y por conducto vuestro manifiesto al Parlamento mi profunda gratitud. Pero debo decir que lo

que puede conveniros ofrecer, me puede convenirme no emprenderlo. Os ruego que el Parlamento se sirva añadir á su favor, á su adhesion é indulgencia hácia mí, el nuevo favor de no llevar á mal una respuesta que le doy tal cual mi corazon me la dicta, y es que no soy capaz de tan gran honor y tan enorme peso. Viendo que no puedo aceptar ninguna de las



ENRIQUE CROMWELL.

cosas que me ofreceis si no las acepto todas, he llegado á pensar que no es mi deber hácia Dios y hácia vosotros el encargarme de este peso bajo este título. Sé que todo lo que he dicho en elogio de vuestro plan de gobierno puede emplearse como argumento contra mí, diciéndoseme: «Si hay tan excelentes cosas en este plan, las desechais porque falta un

solo requisito? Pero nada puede hacer de la conciencia de un hombre un esclavo, y en realidad, mi conciencia es la que me dicta esta respuesta. Si el Parlamento está decidido á esto—ó todo el plan ó nada,—nada me me conviene hacer para induciros á modificar vuestra resolusion. Esto es todo cuanto tengo que deciros. Deseo, y no dudo que asi será, que lo comunicéis al Parlamento con fidelidad y buena fé.»

El Parlamento comprendió las oscuridades y perplejidades de esta respuesta, porque estaba acostumbrado á desembrollar y seguir el secreto de Cromwell, en el laberinto de su conducta y lenguaje, y votó que persistia absolutamente en su peticion, encargando á una comision redactase las razones que le habian servido de norma en esta grave deliberacion; y despues de haber oido y aprobado el informe de la comision, acordóse que unos comisionados fuesen á preguntar al Protector en qué dia le convendria recibir á la cámara que se proponia leerle aquella esposicion de los motivos de su peticion, y dejarle una copia si asi lo deseaba.

La nueva entrevista tuvo, en efecto, lugar el miércoles 8 de abril. Ni los documentos oficiales de este acto, ni la esposicion de los motivos del Parlamento, ni la respuesta de Cromwell, han llegado hasta nosotros; pero los periódicos de la época refieren que el Protector no se mostró menos terminante en su negativa, hablando de sus enfermedades é incapacidades; y toda vez que el Parlamento, decia, insistia en su proposicion, no le quedaba otro recurso que el de pedir consejo; ¿y á quién podia pedirlo sino al mismo Parlamento? Deseaba, por consiguiente, recibir detalles mas precisos acerca de los motivos de su determinacion, pidiendo á su vez el permiso de esponer sus dudas, temores y escrúpulos. Estaba dispuesto á dar razon de sus propios temores, que acaso serian dominados por otros contrarios, y esperaba que cuando por una y otra parte se estuviese al corriente de todas las cosas, se vendria á parar á algun plan igualmente oportuno al Parlamento que á él, y que respondiese á los intereses de toda la nacion.

Es indudable que los periódicos no salieron en esta ocasion de su habitual reserva sino con la autorizacion del Protector, y porque este creyó conveniente hacer público este gran debate.

Al dia siguiente, el Parlamento votó que «tomando en consideracion lo que Su Alteza habia propuesto el dia anterior, unos comisionados recibirian el encargo de ir á verle, para escuchar de sus lábios sus dudas y escrúpulos acerca de los diferentes puntos que abrazaba la Peticion;

que espondrian á Su Alteza las razones propias para satisfacerle, apoyando las resoluciones de la Cámara, y que en cuanto á los puntos acerca de los cuales no pudiesen satisfacer á Su Alteza, presentarían un informe al Parlamento.»

De este modo se había empeñado una discusion solemne á los ojos del público; el Parlamento se encargaba de demostrar al Protector que no debía negarse á ser rey. Cien comisionados, entre quienes figuraban los hombres mas notables de la Cámara, en gran mayoría partidarios de Cromwell, fueron designados para esta mision.

En el momento mismo en que la recibian, una turba de devotos fanáticos se sublevaba en Londres, para establecer por su parte, segun decian, una monarquía, pero la única monarquía legítima, la de Cristo. Estos eran los sectarios á quienes se denominaba, y que se denominaban á sí mismos los hombres de la quinta monarquía. Cualquiera otra ley que no fuese la de Dios, revelada en los libros santos; cualquier otro poder que el de Cristo, representado por la asamblea de los *santos*, debía ser abolida, en concepto de estos partidarios. El 9 de abril de 1657, una veintena de ellos, acaudillada por un tonelero llamado Jenner, se reunieron en Shoreditch, «enteramente calzados y con espuelas,» dicen los periódicos de la época, para dirigirse desde luego á una reunion general; pero una escuadra de caballería se les anticipó y los detuvo en el acto. En un campo inmediato al lugar señalado para la reunion general, á la cual nadie acudió, se hallaron armas y folletos destinados á ser distribuidos, y un estandarte en el que descollaba un leon encarnado yacente, con este mote: «¿Quién me hará levantar?» Algunos hombres mas importantes, el almirante Lawson, los coroneles Okey y Danvers, y hasta el general Harrison y el coronel Rich, que poco antes habían sido puestos en libertad, aparecieron comprometidos en estas escenas, ya por sus propios actos ya por las palabras de sus sectarios, y fueron igualmente presos. Al día siguiente, Thurloe, por orden del Protector, dió cuenta al Parlamento del complot y de las medidas tomadas para desconcertarlo; y sin exageracion y como hombre experimentado, declaró que el número y la calidad de las personas que habían intentado aquel golpe «eran poco notables y hasta despreciables;» pero lo relacionó, no sin razon, con el estado general de los partidos y los ánimos; dió detalles referentes á la organizacion secreta de estos sectarios y acerca de sus relaciones con todos los descontentos políticos. El Parlamento comprendió y apoyó el paso de Thurloe; y en virtud de una proposicion hecha y adoptada al instan-

te, el presidente le dirigió oficialmente estas palabras: «Señor secretario: recibo la orden de daros en nombre del Parlamento, sus sinceras gracias por vuestros excelentes cuidados y felices esfuerzos en el descubrimiento de este asunto, y por los grandes servicios que habeis hecho á a República en esta ocasion y en otras muchas.» Al mismo tiempo, los comisionados ya designados para ir á conferenciar con el Protector, recibieron el encargo de decirle «que el Parlamento habia recibido el informe del secretario de Estado; que comprendia toda su importancia, y que lo tomaria inmediatamente en formal consideracion.»

Bajo estos auspicios se abrieron el 11 de abril de 1657, entre los comisionados del Parlamento y el Protector, las conferencias que debian decidir si se haria ó no un rey.

Es un espectáculo poco digno el de una comedia tenazmente representada por hombres graves en un negocio sério. Cromwell y el Parlamento sabian de antemano lo que faltaba al gobierno de Inglaterra, y uno y otro estaban convencidos de que solo la monarquía podia, con su restablecimiento, imprimirle un sello de regularidad y duracion. Un mes invirtieron en conversaciones y argumentaciones, como si necesitase persuadirse recíprocamente. En el fondo, el Parlamento no hablaba á Cromwell, ni este á aquel; uno y otro se dirigian á un público que no estaba en Whitehall; á los republicanos de la oposicion pero templados, á quienes se prometian atraer á sus miras, y al país entero, al que querian impresionar bastante fuertemente para que se asociase á su deseo de una monarquía nueva y obligase á los antiguos partidos á aceptarla.

Alguna vacilacion se advirtió al principio de la primera entrevista, acerca de quién debia hablar primero. ¿Debian ser los comisionados del Parlamento, para esponer los motivos de la Peticion, ó el Protector para presentar sus objeciones? Por una y otra parte se queria sondear las intenciones y ver venir. Esta es la comun disposicion en ese último período de las revoluciones, en que casi todos los hombres, aun los valientes, ya escépticos y prudentes, se esfuerzan en eludir ó atenuar la responsabilidad. Como era fácil preverlo, prevaleció el deseo del Protector. White Locke tomó la palabra, y aquel dia Cromwell apenas hizo otra cosa que escuchar á los comisionados del Parlamento. En el discurso de cinco conferencias que se celebraron desde el 11 al 21 de abril, nueve de ellos hablaron sucesivamente desenvolviendo todos casi las mismas ideas; los jurisconsultos, y sobre todo Whitelocke y Glynn, sábios y juiciosos, pero sutiles y difusos; el hombre de corazon guerrero y político, lord Broghill,

mas exacto y práctico, reasumió casi en estos términos los raciocinios de sus colegas y los suyos :

«Con el título de Rey, y nunca con otro alguno, designan nuestras antiguas leyes al magistrado supremo; pero los antiguos establecimientos, cuando son buenos, valen mas que los nuevos, aunque estos sean igualmente buenos; lo que ha recibido la confirmacion del tiempo y de la esperiencia ha hecho mucho mejor sus pruebas, y lleva en sí mismo mucha mas autoridad.

»Es mejor poner el supremo magistrado en armonía con las leyes vigentes, que modificar las leyes vigentes para ponerlas en armonía con él.

»La nacion, legalmente reunida en Parlamento, acaba de examinar qué título convenia mas al magistrado supremo, y despues de un debate solemne, se ha decidido por el título de rey, por ser él aquel por medio del cual el pueblo conocia mejor sus deberes hácia el magistrado supremo, y el magistrado supremo sus deberes hácia el pueblo, y los dos en virtud de leyes antiguas y bien conocidas.

»Entre las personas que en nuestro país reconocen un gobierno cualquiera, casi no hay ninguno que no se crea obligado á obedecer, ya á las antiguas leyes, ya á las nuevas que hacen de consumo Vuestra Alteza y el Parlamento. Si, pues, el magistrado supremo de estas tres naciones se llama el Rey, los que respetan las antiguas leyes aceptarán de buen grado su gobierno, como fundado en la base que reconocen, y los que reconocen las autoridades nuevas, harán otro tanto, porque habrán sido modeladas sobre este título; de manera que, partidarios de las antiguas ó de las nuevas autoridades, nadie habrá que no haya obtenido satisfaccion.

»Las antiguas autoridades del país no conocen al supremo magistrado sino con el título de Rey; y la autoridad actual, el Parlamento, desea conocerlo tambien con este mismo título; si lo rehusáis, ¿no se reanimarán nuestros enemigos? ¿No sostendrán sus vacilantes esperanzas, diciéndose entre sí y diciendo á sus aliados que su jefe lleva el título que aprueban, no solo todos los antiguos parlamentos, sino tambien el Parlamento actual, al paso que nuestro jefe no es conocido de las antiguas leyes, y se ha negado á hacerse conocer con el título que quiere reconocerle el Parlamento que él mismo ha convocado?

»Si Vuestra Alteza lleva el título de Rey, todos aquellos que le obedecen y le sirven están en perfecta seguridad en virtud de una ley anterior

á nuestras disensiones; ley promulgada el año XI del reinado de Enrique VII, y que declara exentos de toda pesquisa legal á todos los que sirven á cualquiera que de hecho es rey. Esta ley parece muy razonable, porque atiende, no solo al interés de una persona ó de una familia particular, sino á la paz y á la seguridad del pueblo. El objeto de todo gobierno es procurar al pueblo justicia y seguridad, y el mejor medio de conseguir este objeto, es restablecer un magistrado supremo. Si Vuestra Alteza está revestido, así del título como del oficio de rey, y si á su sombra el pueblo goza de la paz y de sus derechos, casi locos serian los que rechazasen estos bienes, únicamente por esperar el mismo resultado de otra persona.

»Existe en la actualidad un divorcio entre el pretendiente á la monarquía y el poder real efectivo en nuestro país; pero sabemos que las personas divorciadas pueden volver á casarse; pero si una de ellas se casa con otra, esto destruye toda esperanza.

»Por último, y esto es una muy poderosa razon, el Parlamento os da hoy este consejo; y los consejos del Parlamento deben tener siempre, y estoy seguro de que las tendrán, mucha fuerza y autoridad. Y este consejo no viene aislado, sino acompañado, para nuestras libertades civiles y religiosas, de muchas cosas escelentes, á las que Vuestra Alteza ha dispensado ya una brillante justicia; y procede de un Parlamento que ha dado á Vuestra Alteza inequívocas pruebas de su cariño, y que si Vuestra Alteza le escucha en este caso, se sentirá estimulado á dárselas aun mas numerosas.»

Cromwell escuchaba estas exhortaciones con evidente satisfaccion, pero mezclada con una gran agitacion de ánimo; no era entonces un hombre de ideas sencillas y fijas, ni que marchaba constantemente á su objeto; vagaba en todas direcciones en busca de él, sondeando desde lejos el terreno, y penetrando en toda clase de vias indirectas y aun contrarias. Mientras hablaba, su vigorosa imaginacion hacia pasar rápidamente á sus ojos los misterios mas ocultos y las fases mas diferentes de su situacion, y todas las consecuencias próximas ó remotas, probables ó solamente posibles, del hecho sobre que deliberaba. Tomó y volvió á tomar muchas veces la palabra, mostrándose aun mas prolijo y difuso que los jurisconsultos, acogiendo y reproduciendo sin orden las reflexiones, los recuerdos, las alusiones y los presentimientos; incoherente y oscuro unas veces por entusiasmo, otras por cálculo; proyectando algunas veces destellos de luz, pero con mas frecuencia induciendo á error acerca

de su verdadero pensamiento; decidido á no dejarse sorprender, y seguro al mismo tiempo de volverse á encontrar en el laberinto de su alma. « Si vuestros argumentos para imponerme esta única cosa, el poder régio, se fundan en la necesidad, dijo á los comisionados, en tal caso nada tengo que responderos; lo que debe ser debe ser; y resumia en términos claros y espesos todo lo que habian dicho los jurisconsultos para establecer que la monarquía era en efecto un titulo y un oficio necesario, tan íntimamente unido á las leyes fundamentales de la Inglaterra, que no podian ser ejecutadas sin su concurso. Pero si fuera de este concurso puede hallarse algun remedio, algun espediente, replicaba Cromwell, entonces vuestros argumentos no son del todo concluyentes, y la cuestion no es ya una cuestion de necesidad, sino simplemente de utilidad y conveniencia... Pero el poder real no es una mera palabra, cuatro ó cinco letras; es el poder supremo, sea cual fuere el nombre que lleve, y la autoridad soberana que lo ha bautizado con este nombre, pudo muy bien darle otro cualquiera. Dos veces le ha dado otro; primero el de *custodios de la libertad de Inglaterra*, cuando se fundó esta república, y despues el que actualmense lleva. Y puedo decir que todas las condiciones y toda clase de personas concedieron á estas dos palabras una obediencia casi universal. Por mi parte, no quisiera hablar con vanidad, pero puedo decir que desde el principio del Protectorado hasta hoy las leyes han tenido un curso espedido, nunca mas espedido en tiempo alguno, ni aun en esos años llamados y justamente llamados dias de Halcyon y de paz, desde los veinte años de la reina Isabel hasta el tiempo de los reyes Jacobo y Carlos. Y si en este momento hubiese aquí mas milores jueces de los que hay, tal vez pudieran decir algo mas... Me he decidido á permanecer en el puesto en que estoy, no por la esperanza de hacer bien alguno, sino por deseo de impedir mucho mal, un mal inmenso que veia próximo á caer sobre la nacion; nos precipitábamos en el desórden y en la confusion, y de aquí en la sangre; he sido, repito, el instrumento de los que han querido que me encargase del peso que llevo. Algunos de vosotros saben, y me conviene decir lo que yo sé tambien cómo he sido llamado, desde el primer dia hasta hoy. Desde mi primer paso en los negocios públicos, he ascendido de empleos inferiores á otros mayores; he sido primero capitán de un escuadron de caballería; y procuraba cumplir lo mejor que podia mi empleo, y Dios quiso bendecirme. Sinceramente y con una sencillez un tanto pueril, segun creian los hombres eminentes y sábios, queria que mis subordinados me se-

cundasen bien en mi obra. Tenia entonces un dignísimo amigo, una noble persona, y yo sé que su memoria os es grata á todos, M. Jhon Hampden. En mi primera campaña ví que nuestros soldados eran batidos en todas partes, y pedí á M. Hampden mandase agregar al ejército de milord Essex algunos nuevos regimientos, y le dije que yo le seria útil llevándole hombres animados de un espíritu que haria algo provechoso en nuestra empresa. Lo que os digo es verdad; Dios sabe que nunca miento.—Vuestros ginetes, le dije, son en su mayor parte antiguos criados cargados de años, mozos de taberna y otros de la misma clase, los suyos son hijos de nobles, primogénitos y gente de elevada posicion social. ¿Pensais que unos truhanes de baja esfera, como los vuestros, tengan en el alma el valor suficiente para hacer frente á unos nobles llenos de resolucion y honor? No lleveis á mal lo que os digo; sé que no lo llevaréis á mal; es preciso que tengais hombres animados de un espíritu capaz de hacerles llegar hasta donde puedan llegar los nobles; si así no lo haceis, siempre sereis derrotado.—M. Hampden era un hombre prudente y digno, y me dijo que tenia razon, pero que era imposible. Le repliqué que yo podia hacer algo, y verdaderamente lo hice. Atribuidlo á lo que gustéis; pero es lo cierto, que armé á hombres temerosos de Dios, y que hacian concienzudamente lo que hacian; y desde entonces, os lo repito, no volvieron á ser batidos, y donde quiera se avistaron con el enemigo, lo derrotaron... Me atreveré á aplicar esto á nuestro actual proyecto, porque todo subsiste por mí... Os digo que hay hombres en esta nacion, hombres piadosos, animados de este mismo espíritu, hombres que nunca serán batidos por un espíritu mundano ó carnal mientras conserven su rectitud; y me conduzco sinceramente con vosotros cuando os digo que estoy convencido de que Dios no bendeciria una empresa, sea cual fuere, poder real ú otro, que ofendiese á estos hombres justamente y por buenas razones. Es verdad que pudieran ofenderse sin razon, y yo seria un esclavo si me condenase á satisfacer tales caprichos. Pero os digo que hay hombres honrados y fieles, fieles á los grandes intereses del gobierno y á la libertad del pueblo, á quienes me consta disgusta el título de rey. Convengo en que no es por su parte un rasgo de honradez el no querer someterse á los acuerdos del Parlamento; no obstante mi conciencia me manda os pida no me impongais cosas duras, quiero decir, cosas duras para ellos y que no pueden sufrir. Verdaderamente, la Providencia de Dios ha rechazado de hecho el título de rey; y esto no en un momento de enojo ó de pasion, sino á consecuencia de

una deliberacion tan grave cual pudo en tiempo alguno tomarse en una nacion ; ha sido el resultado de diez ó doce años de guerra civil, en que se ha derramado mucha sangre. No examino la justicia de lo que se ha hecho, ni necesito deciros cuál seria mi opinion si de nuevo hubiésemos de hacerlo ; pero si se empieza á reflexionar y se ve que Dios, en su severidad ha desarraigado, no solo á toda una familia real, sino hasta el nombre y el mismo título...! No soy yo quien lo ha hecho, ni tampoco los que me han ofrecido el poder que hoy ejerzo ; ¡es el Parlamento Largo!

«Quiero ahora deciros, puesto que sois una parte tan considerable del Parlamento, que me complace infinito esta palabra : *Establecimiento definitivo*; y en mi concepto, todo aquel á quien no complazca es indigno de vivir en Inglaterra; y yo haré por mi parte todo lo que pueda para espulsar del país á cualquiera que no desee que lleguemos á un establecimiento definitivo, porque la gran desventura de una nacion es no tener un gobierno definitivamente establecido. Y en verdad, lo he dicho ya y lo repito: creo que esta forma de gobierno que proponéis se encamina á hacer gozar la nacion de todas las cosas en cuyo favor todos nos hemos pronunciado hace tanto tiempo. Esto es lo que me hace mirar con tanto aprecio ese papel y todo lo que contiene con algunas adiciones que ahora voy á presentaros; me satisface sobre todo un establecimiento definitivo... á escepcion de un solo punto, el que acabamos de discutir. He oído vuestro parecer, y vosotros habeis oído el mio; os he revelado mi juicio y mi corazon; ¡el Señor conceda á esta empresa el éxito que le plazca!»

Cromwell habló entonces de la misma *Peticion*, y examinó sucesivamente sus diferentes disposiciones, y entre otras las que se referian á las condiciones de elegibilidad por el Parlamento, al modo de verificarse las elecciones, al nombramiento de los miembros de la otra cámara, de los jueces y de todos los funcionarios del Estado y á la fijacion del presupuesto; y acerca de cada uno de estos puntos, indicó las modificaciones que deseaba, casi todas juiciosas y dictadas por una inteligencia segura de las condiciones del orden y de las necesidades del poder. Igualmente insistió, ya por verdadera conviccion, ya para contemporizar con un sentimiento general y poderoso, sobre todo en el partido que necesitaba atraer á sí, en la reforma de las leyes civiles y en la de las costumbres, explicando con complacencia los saludables efectos de un procedimiento sencillo en los negocios de la vida comun, y de una fuerte disciplina en la moralidad nacional. Entregó por escrito á los comisiona-

dos sus observaciones y proposiciones, diciéndoles: «Y ahora he concluido por mi parte; cuando gustéis hacerme conocer vuestras opiniones acerca de estos diferentes puntos, entonces estaré en el caso de desempeñar mi deber, según lo que Dios me inspire. No digo esto para eludir ninguna responsabilidad ni para imponeros condicion alguna; pero solo entonces podré hacer honradamente lo que en razón pueda exigirse de mí, y decir que Dios me permitirá responderos.»

Al día siguiente, 23 de abril, los comisionados hicieron á la cámara, por conducto de Whitelocke, su informe acerca de estas conferencias. Muchas veces le habian hablado de este asunto, durante su curso, y la cámara habia hecho con inteligente discrecion todo lo que podia servirles de apoyo en la negociacion sin oponerle una rémora. Cuando los comisionados le dieron noticia de todas las perplejidades de Cromwell, y de la imposibilidad en que se habian encontrado de obtener una respuesta clara, esperimentó al pronto cierto enojo, pues queria ayudar al Protector á hacerse rey á su pesar, y aceptar de esta manera toda la responsabilidad del restablecimiento de la monarquía. No obstante, entró desde luego en el exámen de las modificaciones reclamadas por Cromwell en el plan de gobierno de la Peticion. Esta discusion fue mas larga y viva de lo que hubiera podido imaginarse, pues aun entre los amigos del Protector, estaban en presencia del Parlamento dos clases de hombres, si no dos partidos; antiguos partidarios de la monarquía, que no habian aceptado la república sino á su despecho y por necesidad; y republicanos cansados, si no convertidos, que no aceptaban la rehabilitacion de la monarquía sino por la misma causa y con el mismo disgusto. A cada peticion, estas dos parcialidades se producian y se contrariaban deseosas, una de salvar por lo menos algunos restos de la República, que naufragaba, y atenta la otra á aprovecharse de esta coyuntura para restituir al poder monárquico toda su fuerza y accion. Entre ellos, los que habian, por lo demás, tomado una parte activa en las violencias y depredaciones republicanas, temian de antemano las consecuencias que una reaccion monárquica podia acarrear, y reclamaban á cada paso eficaces garantías para sus personas ó su fortuna. Complicado y acalorado de este modo, el debate ocupó del 23 al 30 de abril cinco largas sesiones, la última de las cuales duró desde las ocho de la mañana hasta las ocho y media de la noche, sin tregua ni aun para ir á comer, «lo que todavía no se habia visto,» dice Tomás Burton en su diario.

Cromwell estaba mas preocupado y se mostraba aun mas activo que

la misma Cámara, porque aparte de sus dudas fingidas ó verdaderas, queria que la cuestion se dilatase, sin cesar espuesta y controvertida á los ojos del público, ya para convencerle, ya para inquietarle mediante la perspectiva de nuevas crisis; medio poderoso de conviccion, de que los fautores de las revoluciones saben servirse con suma oportunidad. Mandó imprimir y distribuir el informe presentado de sus conferencias con los comisionados del Parlamento, y los principales periódicos insertaron los discursos que acerca del particular habia pronunciado. Atraia á su partido, bajo mil pretestos, á los oficiales del ejército, conocidos ú oscuros, favorables ó contrarios, y ponía en juego todos los medios imaginables, para grangearse su adhesion ó su neutralidad; y hasta respecto de sus mas íntimos parciales, cuya cooperacion no era dudosa, tomaba medidas asduas para sostener su confianza y solicitud.» El Protector, dice Whitelocke, conferenciaba con frecuencia acerca de este asunto y de otros grandes negocios con lord Broghill, Pierrepoint, sir Carlos Wolsley y el mismo Thurloe; encerrábase con nosotros tres ó cuatro horas en conversacion particular, y á nadie, entonces, era permitido visitarle. A veces mostrábase muy placentero, y olvidando su grandeza, nos trataba con la mayor familiaridad, y por via de pasatiempo hacia versos con nosotros, y nos obligaba á hacerlos. Por lo regular hacia traer tabaco, pipas y una bujía, tomaba un polvo de tiempo en tiempo, y luego volvia á ocuparse de su gran negocio.»

Era general creencia que queria decididamente conseguirlo, y que en efecto, lo conseguiria. «Los presbiterianos, escribia el coronel Titus á Hyde, dicen que todo está preparado, y que, aunque los republicanos de la cámara y del ejército han hablado al principio en términos amenazadores, están actualmente bastante abatidos y empiezan á no creerse con fuerzas para hacer la menor oposicion.» Sir Francisco Russell, con cuya hija estaba casado Enrique Cromwell, escribia el 27 de abril á su yerno: «En esta carta me despido de Vuestra Señoría, porque la próxima se dirigirá probablemente al duque de York. Vuestro padre empieza á salir de las sombras, y me parece que está resuelto á revestirse del poder real. Los rumores que recientemente han corrido acerca de este asunto, casi se han disipado, y no creo que de aquí resulte el menor desórden. Hoy mismo he tenido una breve conversacion con vuestro padre, acerca de tan importante negocio; está muy alegre, y al parecer libre de sus dudas.»

Los íntimos parciales de Cromwell no se mostraban tan confiados.

«Ciertamente, escribía Thurloe á Enrique Cromwell, Su Alteza se siente abrumado de dudas, y no obstante, nunca se ha llamado con tanta claridad á un hombre al trono; y en mi concepto, el Parlamento no se dejará persuadir de que el gobierno pueda establecerse definitivamente de ninguna manera. La mayor parte de los soldados, no solo se muestra constante, sino contenta; algunos murmuran, pero creo que á esto quedará reducido todo. Cualquiera resolucion que adopte Su Alteza, será producto de su deliberacion, porque nada hay en lo exterior que pueda obligarle ya á aceptar, ya á rehusarse... La verdad es que su actitud en las conferencias con los comisionados, ha hecho concebir grandes esperanzas de que al fin accederia al deseo del Parlamento. El tiempo es el único que descubrirá lo que hay acerca de esto, pues en la actualidad no podemos hacer otra cosa que abandonarnos á meras conjeturas.»

Pero estas eran las dudas de un antiguo político y de un servidor interesado; el público no participaba de ellas, pues creia firmemente en la resolucion y en el triunfo, y hasta se llegaba á decir que la corona estaba dispuesta y habia sido llevada á Whitehall para el dia de la ceremonia regia; y Cromwell, que en algunos momentos de expansion confirmaba estos rumores públicos, porque inadvertidamente decia que «en su fuero interno, despues de su tercera conferencia con los comisionados del Parlamento, estaba convencido de que le convenia tomar el título de rey.»

El 30 de abril, estaba terminada la deliberacion relativa á las enmiendas propuestas á la Peticion, y el Parlamento hizo pedir una audiencia al Protector para presentársela de esta manera modificada. La entrevista fue breve y fria; Cromwell recibió de manos de Whitelocke la Peticion enmendada, dirigió una mirada á las últimas frases, y se limitó á decir precipitadamente y en voz baja, «que aquel papel exigia alguna deliberacion, y que no podia todavía señalar un dia á la Cámara, pero que cuando lo hubiese señalado se lo participaría, y que esto seria lo mas pronto posible que estuviese en su mano.»

Parecíale poco que la mayor parte de sus enmiendas á la Peticion, hubiesen sido adoptadas; la dificultad no radicaba en esto, ni en el Parlamento. A pesar de sus vehementes esfuerzos, nada habia conseguido de algunos de los jefes mas importantes del ejército, que insistian en la oposicion á su proyecto, por envidia, por fidelidad republicana, por fanatismo de partido, por disgusto de su conducta, respecto de los mayores generales, y aun algunos próximos parientes suyos, como Fleetwood, su yerno, y Desborough su cuñado, por su interés de familia, pues es-

taban convencidos de que el restablecimiento de la monarquía redundaría en provecho de Carlos Estuardo. Por lo que respecta á la nacion en general, Cromwell no habia sido mas feliz, pues aunque no se resistía, tampoco coadyuvaba al triunfo de sus planes; no habia logrado hacerse-los considerar como provechosos y decisivos para ella; así, pues, asistía á la empresa con indiferente curiosidad, y como á un asunto de ambicion personal y de pandillage político, porque un instinto profundo advertía á la Inglaterra que su propia condicion cambiaria poco en todo esto, y que el hecho, si llegaba á realizarse, no le devolveria las dos cosas que con tanto ahinco deseaba: un verdadero rey y un verdadero Parlamento. No se despierta al mero capricho la confianza en el corazon de los pueblos, y los mas hábiles se ven burlados cuando intentan persuadir á hombres á quienes han engañado muchas veces.

Pero Cromwell no renunciaba á su propósito, pues no podia resignarse á creer que en su misma familia la resistencia fuese invencible. El 5 de mayo de 1657, hizo decir á los comisionados del Parlamento que se avistasen con él al dia siguiente por la tarde, y aquel mismo dia fué á comer á casa de su cuñado Desborough, á donde llevó tambien á su yerno Fleetwod. Allí, alegre y familiar, segun su costumbre, se chancó acerca de la monarquía, repitiendo su frase favorita de que «era una pluma en un sombrero, y que se asombraba al ver que los hombres no permitiesen á los niños entretenerse con sus juguetes.» Pero Fleetwood y Desborough se mantuvieron serios y obstinados, y le dijeron que «habia en esta cuestion mucho mas de lo que él queria ver; que los que le aconsejaban en este sentido, no eran enteramente enemigos de Carlos Estuardo; y que si accedia á hacerse rey, atraeria sobre sus amigos y sobre sí mismo una infalible ruina.» A estas reflexiones respondió Cromwell riendo: «Sois un par de camaradas harto dificiles de contentar; nada puede hacerse con vosotros;» y dichas estas palabras, les dejó, decidido á pasar adelante sin tomar en cuenta su profundo disgusto. Al dia siguiente, 6 de mayo, anunció á los comisionados del Parlamento que habian acudido á su invitacion, que al otro dia recibiria á toda la Cámara en Westminster, en la Sala Pintada, y que allí daria su respuesta definitiva á la Peticion. El lugar señalado para esta audiencia parecia indicar que habia tomado la resolucion de hacerse rey, pues por lo comun recibia al Parlamento en su habitacion en el palacio de Whitehall, y solo en las circunstancias solemnes, como, por ejemplo, la apertura de las secciones, ó cuando se trataba de algun grave acontecimiento, se tras-

ladaba á Westminster á la Sala Pintada, desde donde enviaba al Parlamento un mensaje invitándole á que concurriese á ella. Pero el 7 de mayo, á las once de la mañana, en el momento en que la Cámara reunida esperaba este último aviso, uno de los comisionados, Lenthall, fue á anunciarle que aquella misma mañana el Protector había enviado á buscar á la ciudad á todos aquellos á quienes había podido encontrar, para manifestarles su deseo de que la audiencia de la Cámara fuese aplazada para el día siguiente, y que solo los comisionados fuesen á verle aquella misma tarde á las cinco, porque tenía que hablarles. Paseándose el día anterior por el parque de San James, Cromwell había encontrado á Desborough, y ora fuese porque terminantemente se lo hubiese declarado, ora solo le hubiese dejado entrever su resolución de aceptar la corona, Desborough, cada vez mas necio en su oposición, le declaró por su parte que miraba como perdidas su causa y su familia, y que, aunque enteramente decidido á no hacer cosa alguna contra él, jamás, en desquite, haría nada en su favor; despues de lo cual se separaron, sumido de nuevo el uno en sus dudas, y despechado el otro. Desborough, al entrar á su casa, halló en ella al coronel Pride, el mismo que el 6 de febrero de 1648 había, por orden de su general, espulsado á todo el partido presbiteriano de la Cámara de los Comunes; Pride había sido hecho poco antes caballero por mano de Cromwell, y era á la sazón uno de los mas inexorables republicanos. «Cromwell está decidido á aceptar la corona, le dijo Desborough.—No lo hará, respondió Pride.—¿Y cómo lo impedirás?—Procúrame una petición bien redactada, y lo impediré.» Dichas estas palabras, se trasladaron juntos á casa del doctor Owen, el vicescanciller de la Universidad de Oxford; el teólogo era del mismo parecer que los oficiales, y redactó voluntariamente la petición que deseaban. Cromwell recibió sin duda algun aviso de lo que pasaba, y de esto procedió su retraso en recibir el Parlamento. Ni aun aquel día recibió á los comisionados, aunque los había espresamente convocado; mas de dos horas hacía que le esperaban, cuando, para ir á ver un caballo árabe, atravesó la sala en que estaban reunidos; escusóse «un poco ligeramente,» dijo Ludlow, por haberlos hecho esperar tanto tiempo, y les pidió volviesen al día siguiente por la mañana. Volvieron, en efecto, y ya sea mientras estaban hablando con el Protector, ya en el momento en que entraban de nuevo en el Parlamento para dar cuenta de su entrevista, se presentaron unos oficiales á la puerta de la Cámara, pidiendo ser admitidos para entregar una petición. Admitidos á la barra, uno de ellos, el coronel

Mazon, presentó en efecto la peticion redactada por el doctor Owen, y que acababa de ser autorizada con la firma de dos coroneles, siete tenientes coroneles, ocho mayores y diez y seis capitanes. Los oficiales se retiraron y su peticion fue leida. «Habian arriesgado, decian en ella, su vida contra la monarquía, y estaban todavía prontos á arriesgarla en defensa de las libertades de la nacion, pero viendo que ciertas gentes hacian grandes esfuerzos para volver á someter su país á la antigua esclavitud, impulsando á su general á que tomase el título de rey, con el objeto de acarrearle su ruina, y para que la fuerza no estuviese en manos de los fieles servidores de Dios y del público, suplicaban á la Cámara no prestase el menor apoyo á tales gentes ni á tales proyectos, y que sostuviese con firmeza la antigua buena causa, en cuyo sosten estaban siempre dispuestos á dar su vida.»

La Cámara, rodeada de dificultades, dudaba y esperaba; Cromwell, informado al punto de lo que ocurría, envió á buscar á Fleetwood, y se quejó amargamente de que este hubiese permitido hacer semejante peticion, puesto que debía y podía haberlo impedido, porque sabia muy bien que él, Cromwell, estaba resuelto á no aceptar la corona contra la voluntad del ejército. Pidió, pues, á Fleetwood volviere al punto á la Cámara, á fin de evitar que el asunto pasase adelante, y á los comisionados á que la invitasen por su parte á pasar aquel mismo dia á Whitehall para recibir su definitiva respuesta. Fleetwood obedeció, y lo mismo hicieron los comisionados y toda la Cámara; y cuando estuvieron reunidos en la sala de los Banquetes, entró Cromwell y les dijo:

«Vengo, señor presidente, á responder á los deseos que me ha manifestado la Cámara en este papel, que ella denomina su *Peticion*. Convento en que esta cuestion ha causado á la Cámara muchas dificultades y gran pérdida de tiempo. Lo siento en extremo. Tambien á mí me ha costado muchas molestias y cavilaciones. Mas, puesto que por desgracia he sido causa de tan largas dilaciones, seré hoy todo lo mas breve que pueda.

Hasta donde me ha sido posible he dado mil vueltas en mi alma, á todo este negocio. Esto es, en mi sentir, un acto cuyo objeto es establecer el gobierno de la nacion sobre un buen pié, en lo tocante á las libertades y los derechos civiles, que son los derechos de la nacion. Así es que se ha atendido cumplidamente á la seguridad de las gentes honradas en el goce de esa gran libertad natural y religiosa que constituye la libertad de conciencia. Estas son bases esenciales, y como ya lo he

hecho y continuaré haciéndolo, mientras Dios me deje vivir en este mundo, debo tributar el testimonio de que las intenciones y disposiciones son honrosas y leales y obra digna de un Parlamento.

Solo he tenido la desgracia, ya en mis conferencias con vuestros comisionados, ya en mis propias meditaciones, de no sentirme igualmente convencido que vosotros de la necesidad de esa cosa, acerca de la cual habeis insistido con tanta frecuencia, esto es, el título de rey. Aseguro con todo honor y respeto, que en igualdad de circunstancias, ningun juicio particular puede entrar en balanza con el juicio del Parlamento. Pero por lo que atañe á las mismas personas, todo hombre llamado á dar cuenta á Dios de sus acciones, debe poder, en una medida cierta, justificar su propia conducta y hallar en su propia conciencia la aprobacion de lo que hace. En los momentos en que otorgais tantas otras libertades, no me negareis esta, que no solo es una libertad, sino un deber... He pensado verdaderamente, y pienso todavía, que si en estas circunstancias hiciese algo para responder á vuestro deseo, lo haria por lo menos con duda. Lo que se hace con duda no es un acto de fe, y lo que no es un acto de fe, es un pecado en aquel que lo hace...

Decidido por esta consideracion, creo que es de mi deber... Quisiera únicamente haberlo hecho antes, por consideracion á la Cámara, para con la que he contraido infinitas obligaciones; quisiera, repito, haberlo hecho antes, para ahorraros el tiempo perdido y el disgusto, y tambien por consideracion á vuestros comisionados, respecto de quienes, debo reconocerlo, he sido harto neciamente importuno... Pero en fin, y sinceramente hablando, aunque creo que vuestro plan de gobierno se compone de disposiciones escelentes, todas escelentes, escepto una sola, el título que á mí se refiere, mi respuesta es que nunca seria un hombre de bien si no os dijese que no puedo aceptar el gobierno, cuyas dificultades y cuyo peso conozco un poco mejor que otro cualquiera; que no puedo, digo, emprender este gobierno con el título de rey. Hé aquí mi respuesta á este gran negocio.»

La Cámara se retiró silenciosamente y aplazó para el 13 de mayo toda deliberacion. Todavía se invirtieron seis semanas en debates lánguidos, é inspidos, aun para los mismos que se entregaban á ellos. Restablecióse en la Peticion el título de *Protector* en lugar del de *Rey*, y en esta ocasion, el Mayor general Jephson propuso que se suprimiesen del alfabeto las cuatro letras que formaban la palabra *King*, (rey), tan desagradable, decia, para muchas personas. Pidióse que se impusiesen ciertas condicio-

nes para el nombramiento de los miembros de la *otra Cámara*; el primitivo partido republicano veía también esta con gran disgusto, pues temía que muchos antiguos lores fuesen llamados á esta nueva Cámara, y quería que para alejarlos de ella ó para humillarlos al admitirlos, se les impusiese la obligación de aprobar la muerte de Carlos I, la espulsion de



MIS WALTER.

su familia y la abolicion de la Cámara de los Lores. Discutióse asimismo la cuestion relativa á si el Protectorado, modificado de esta manera en su constitucion, seria un gobierno nuevo, y si el Protector y los miembros de ambas Cámaras deberian prestar un nuevo juramento. En estos debates, se desplegaba mas obtinacion que calor; pues la Cámara estaba deseosa

de retirarse. «Propongo, dijo Lenthall, que se prescinda de todo asunto privado; la estacion calorosa avanza, y espero que prolongaremos la legislatura todo el verano; quisiera, pues, que tratásemos únicamente de los negocios públicos y de las cuestiones relativas á los impuestos.—Apoyo esta mocion, dijo sir Tomás Wroth; dejemos arreglados los negocios públicos; esto será probablemente todo lo que el pueblo tendrá por su dinero, y los pagará bien. Una vez resueltas estas diferentes cuestiones, el 25 de mayo de 1657, la Cámara se reunió para presentar de nuevo al Protector la *Humilde peticion y consejo* modificado en estos términos; el ugier vino á anunciar que Su Alteza estaba en la *Cámara de los Lores*, donde la esperaba. Estas palabras fueron escuchadas con un silencio que revelaba bien la sorpresa que habian causado; pero el ugier no las habia pronunciado, segun dijo, sino por equivocacion, puesto que el Protector invitaba á los miembros á reunirse en la Sala Pintada. Reuniéronse, en efecto en ella, y aquel les dijo: «Solo tengo que deciros una ó dos palabras, una sola palabra; he pensado bien, al venir aquí hoy, que no venia como á un triunfo, sino á echar sobre mí una de las cargas mas pesadas que pueden soportar hombros de humana criatura» é insistió con una triste firmeza en esta idea, declarándose incapaz de poder llenar su tarea sin el auxilio de Dios, y tambien de aquel Parlamento, que se habia mostrado lleno de buena voluntad, pero al que quedaban todavía muchas cosas que hacer, «para el bien de estas naciones y para este gobierno:» Espero, les dijo, que las hareis, cuando llegue el caso y á la posible brevedad. Despues dió su adhesion formal á la nueva Constitucion del Protectorado, y regresó á Whitehall.

Mientras bajo un aspecto de piadosa indiferencia, por el desengaño que acababa de sufrir, dejaba de este modo traslucir su obstinada esperanza, arrojábase por las calles, y tal vez á su paso un folleto titulado: *Matar no es asesinar*, y que empezaba por una dedicatoria en estos términos: A Su Alteza. Oliverio Cromwell: Es mi intencion procurar á Vuestra Alteza una justicia que nadie le hace todavía, y hacer ver al pueblo que cuanto mas tarda en hacérosla, mas se perjudica á sí misma y á vos. A Vuestra Alteza pertenece el honor de morir por el pueblo, y para vos será seguramente un inesplicable consuelo en el último momento de vuestra vida el ver cuánto bien hareis al mundo al dejarle. Solo entonces, milord, serán verdaderamente vuestros los títulos que ahora usurpais; entonces sereis el libertador de vuestra patria, porque la librareis de una esclavitud casi igual á la de que Moisés libró la suya. Entonces sereis ese

reformador que ahora quisiérais parecer, porque entonces se restablecerá la religion, se recobrará la libertad y los parlamentos poseerán los privilegios, en cuya defensa han combatido... Esperamos todo esto de la dichosa muerte de Vuestra Alteza... A fin de apresurar este bien inmenso, escribo este papel; y si produce los resultados que me prometo, Vuestra Alteza se verá libre muy pronto de los ataques de la maldad humana, y vuestros enemigos solo podrán dirigir á vuestra memoria golpes que ya no sentireis.» Esparcido con profusion y leído con avidez este folleto, inquietó vivamente á los amigos del Protector. «Este es el escrito mas peligroso que se ha publicado en nuestros días, escribia Morland á Pell; el mismo diablo no hubiera podido hacer cosa peor.» El infatigable forjador de todos estos proyectos de insurreccion ó de atentado, Sexby era, segun parece, el autor de tal escrito; pero habia contado demasiado con su rencor para suscitar asesinos, y con su astucia para sustraerse á la policia de Cromwell; asi, pues, fue descubierto en Londres, y encarcelado en la Torre, en donde murió al cabo de algunos meses, declarando unas veces con orgullo, y otras con turbacion, que él era quien habia tramado el complot de Sindercombe y escrito el folleto que hacia tanto ruido.

En medio de esta fermentacion enemiga, el 26 de junio de 1657 se levantó un tablado en Westminster-Hall. El sillón régio de Escocia, traído de la abadía de Westminster, estaba colocado debajo de un dosel. Delante, y mas bajo habia una mesa cubierta de uu tapiz de terciopelo de Génova, color de rosa, guarnecido de franjas de oro. Sobre esta mesa estaban la Biblia, la espada y el cetro de la República. Delante de la mesa, y sobre una poltrona, estaba sentado Tomás Widdrington, presidente del Parlamento. A poca distancia, se habian colocado asientos á manera de anfiteatro destinados á los miembros del Parlamento. Mas abajo se habian reservado algunos asientos para los consejeros municipales de la ciudad y para el resto de los espectadores.

A las dos, Cromwell entró en el salon, precedido y seguido de una numerosa y brillante comitiva. Detrás de él y de su séquito venian los miembros del Parlamento. En medio de estrepitosas aclamaciones, Cromwell se sentó en el sillón régio de Escocia. A su izquierda estaban el lord corregidor de La Cité y el embajador de Holanda; á su derecha, el embajador de Francia y Roberto, conde de Warwick, que en la marcha llevaba delante de él la espada. El presidente presentó á Cromwell, en nombre del Parlamento, un magnífico manto de terciopelo, color de púrpura, bordado de armiños, una Biblia ricamente encuadernada con broches de

oro, una espada de soberbia empuñadura y un cetro de oro macizo. Luego pronunció un discurso acerca de estos cuatro emblemas, tomó la Biblia y abrió delante de Cromwell la fórmula del juramento que el Parlamento había acordado: «En presencia y en nombre de Dios omnipotente prometo y juro que con todo mi poder y todo mi entendimiento sostendré y mantendré la verdadera religion cristiana protestante reformada, en toda su pureza, como está contenida en las santas Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, y que protegeré su profesion y á los fieles; y tambien que procuraré con todo mi poder, como magistrado supremo de estas tres naciones, mantener la paz y la seguridad y los justos derechos y privilegios del pueblo, y que en todas las circunstancias gobernaré el pueblo de estas naciones con arreglo á la ley.»

Cromwell prestó este juramento, y el doctor Manton hizo una plegaria. El heraldo de armas, á son de trompetas, proclamó á Su Alteza Oliverio Cromwell Protector de Inglaterra, Escocia, Irlanda y de todos los dominios y territorios dependientes de ellas. A lo cual el pueblo respondió con estas aclamaciones: «¡Dios salve al Protector! ¡Viva mucho tiempo Su Alteza! ¡Hurra!» Cromwell se levantó, saludó á la concurrencia, bajó del estrado y seguido de su comitiva volvió con toda pompa á Whitehall. Los miembros del Parlamento volvieron á su sala y aplazaron su primera sesion para el 20 del inmediato junio.

Asi se inauguró por segunda vez al Protectorado de Cromwell, tal como lo establecia la nueva constitucion, réformada por mútuo acuerdo de Cromwell y el Parlamento. Las dos cámaras estaban restablecidas, y el gobierno quedaba concentrado en manos del Protector, quien tenia el derecho de nombrar su sucesor. La república habia dejado de existir, y por otra parte faltaban el derecho hereditario y el título de rey, es decir, la monarquía.

Cromwell se habia negado formalmente á recibirlos; en la apariencia su honor quedaba á cubierto, pues su poder no tenia que sufrir rivalidad alguna. Abandonada despues de haber sido instigada, la cámara no quiso ó no se atrevió á mostrar el menor resentimiento. Cesó toda agitacion en el ejército, y contentos aunque no deslumbrados por su triunfo, los oficiales contrarios se unieron alrededor del Protector, que se habia hecho poderoso y temido. No obstante, su prestigio acababa de recibir un rudo ataque, pues sus enemigos le tildaban de irresoluto y pusilánime. «Los Mayores generales y los oficiales del ejército, escribia uno de ellos á Hyde, se burlan de sus esperanzas y le desprecian por sus temores; en

la opinion de los sectarios imparciales, juega alternativamente y huye locamente de su fortuna.» Sus mas íntimos amigos se sorprendieron y entristecieron al verle vacilar y retroceder hasta tal punto: «Todos los hombres prudentes, escribia Thurloe á Enrique Cromwell, se admiran al ver tantos aplazamientos; si este Parlamento no nos establece definitivamente, no debemos esperar que otro lo haga en tiempo alguno, pues ninguno vendrá que consagre tanto tiempo ni haga la mitad de lo que este ha hecho.» Evidentemente, en el sentir de sus contemporáneos, Cromwell se desautorizó por su conducta en aquellas circunstancias; habia intentado mas de lo que habia podido: habia deseado y renunciado. Cuando un hombre está colocado á tanta altura y sobre una pendiente tan resbaladiza, le es preciso ó continuar subiendo, ó permanecer inmóvil; pero si se detiene mientras hace esfuerzos para proseguir subiendo, baja irremisiblemente.

Pero Cromwell sabia sufrir en silencio los descalabros que estaba firmemente resuelto á no aceptar; y confiando siempre en las alternativas de la fortuna, solo se ocupaba, cuando le era forzoso, en prepararlas y esperarlas. Empezó, pues, su nuevo trabajo con un acto de venganza que parecia atrevido y fue fácil; entre los adversarios que se habian opuesto á que se ciñese la corona, Lambert habia sido uno de los mas ardientes y activos; hostilidad que hubiera sido singular despues de los servicios que Lambert habia recibido de Cromwell, y los que este le habia hecho, si la presuncion y la vanidad no esplicaran todas las inconsecuencias. Lambert habia contribuido á la fortuna de Cromwell mientras creyó que seria vitalicia, y que él tambien podria llegar, andando el tiempo, á ser Protector. Uno de los mas perniciosos efectos de la fortuna revolucionaria de un gran hombre, es el hacer de todos los necios ambiciosos otros tantos pretendientes á las mismas grandezas. Lambert no pudo llevar en paciencia la idea de que el poder de Cromwell se hiciese hereditario, y le arrebatase lo que consideraba como su propio porvenir. Ora fuese voluntariamente y por despecho, ora porque no hubiese sido convidado, no asistió al banquete que Cromwell dió al Parlamento y á los oficiales despues de la proclamacion del nuevo Protectorado; y cuando llegó el dia de prestar el juramento de fidelidad al Protector, Lambert tampoco asistió al acto. Cromwell le hizo presentarse, y le dijo: «No creo que vuestra ausencia proceda de la nueva constitucion de la autoridad, pues podeis recordar que vos sois el primero que me ha estimulado á aceptar el título de rey; si estais descontento del actual es-

tado de los negocios, os quitaré vuestra comision.—Si hubiese previsto que me la quitariais, respondió Lambert, yo hubiera presentado mi renuncia; podeis, pues, destituirme cuando mejor os parezca.» Dos dias despues, Cromwell le retiró, en efecto, todos sus empleos; pero procurando humillarle al destituirle, y á fin de conservar todavia sobre él algun poder, le dejó un sueldo de dos mil libras esterlinas; y Lambert, que lo aceptó, fué á vivir olvidado en su casa de campo de Wimbledon, donde se entregó al cultivo de sus flores y á acechar la ocasion de vengarse á su vez.

Mientras que de este modo alejaba á un enemigo molesto, la muerte libró á Cromwell de un testigo severo. En los primeros dias de agosto de 1657, el almirante Blake volvia á Inglaterra á bordo de su buque el *San Jorge*, despues de haber alcanzado el 20 del anterior abril contra los españoles, en la bahía de Tenerife, la mas peligrosa y brillante de sus victorias. Al llegar á la vista de Plymouth, Blake, estenuado por las heridas, las enfermedades y su riguroso cumplimiento de los deberes de una campaña de invierno, al frente de una escuadra llena de averías, exhaló su último suspiro en el momento en que la vista de las costas de la tierra natal regocijaba sus postreras miradas; y las mismas señales que anunciaban su regreso, anunciaron que habia dejado de existir. Esta muerte fue para la Inglaterra un dolor público. Cromwell se apresuró á honrar con magnificencia los restos del héroe republicano que habia empleado su vida en enaltecer su país, sirviendo á un poder que no le merecia simpatía alguna. Trasportado por el Támesis á Greenwich, en medio del luto de todos los buques que cubrian el río, el cadáver permaneció espuesto con toda solemnidad durante algunos dias en la misma plaza en que hoy se eleva el cuartel de los Inválidos de la marina inglesa; y el 4 de setiembre las exequias de Blake se celebraron en la abadía de Westminster con todos los honores que la pompa oficial y la simpatía popular pueden derramar sobre una tumba.

El nuevo Protectorado no era para Cromwell sino un paso mas hácia el objeto á que aspiraba; pero era un paso importante. Véfase, al fin, en presencia de un Parlamento bien dispuesto en su favor y monárquico, asi en su constitucion como en sus sentimientos, y tenia que formar esa *otra cámara* que acababa de restablecerse en principio, y preparar la segunda legislatura del Parlamento completado de este modo. Esto le ofrecia una ocasion natural de atraer á su gobierno á los hombres notables, y de dar de antemano á su futura soberanía el apoyo de los verda-

deros realistas. Buscó, pues, en todas partes, así en su propia casa como en el país, medios á propósito para llevar á cabo este designio. De sus cuatro hijas, dos permanecian aun solteras, María y Francisca, ambas jóvenes y dotadas de atractivos: María, espiritual, con buen sentido, activa, orgullosa, inquieta y dominante, se ocupaba con ahinco de los intereses de su familia y de las miras de su padre, con cuyas facciones ofrecian las suyas, segun se dice, alguna semejanza; Francisca, hermosa, viva, alegre, seductora é inclinada á tiernas emociones. Un jóven de elevada alcurnia, llamado Tomás Bellasis, vizconde de Faulconbridge, regresaba á la sazón de sus viajes por el continente, y habia sido testigo, á su paso por París, de los sentimientos muy favorables al Protector, que en dicha capital prevalecian. «Es un hombre dotado de talentos poco comunes, escribia Lockart á Thurloe, y adornado de cualidades que le hacen á propósito para el servicio de Su Alteza y del país; se ha mostrado muy inquieto al rumor divulgado por el enemigo (el partido realista), de que era católico, y se ha abstenido cuidadosamente de toda inclinacion de este género. Cree que, el nuevo establecimiento de gobierno convendrá á toda la nobleza del país, á escepcion de un reducido número de personas á quienes puedan ligar intereses ó vínculos de familia.» Cromwell acogió con interés estas confidencias, y el 18 de noviembre de 1657, su hija María contrajo matrimonio con lord Faulconbridge. Francisca, la mas jóven, pareció por algun tiempo reservada á destinos mucho mas brillantes; pues lord Broghill habia concebido la idea de hacerla casar con Carlos II, para llevar á cabo á este precio la restauracion; y aun se dice que Carlos se habia dejado creer bastante inclinado á este enlace, y que lady Dysart, amiga demasiado íntima, tal vez, del Protector, habia hablado sobre el particular á la Protectora, que habia intentado, aunque sin éxito, atraer á este pensamiento á su esposo, quien le respondió: «Estás loca; Carlos Estuardo no puede perdonarme nunca la muerte de su padre, y si lo hiciera, seria indigno de la corona.» A falta de rey de Inglaterra, tratóse de dar á lady Francisca un príncipe francés, el duque de Enghien, primogénito del príncipe de Condé; y un reino conquistado en los Países-Bajos españoles, debia ser el precio de esta alianza. Pero esta idea tampoco tuvo resultado, y Cromwell se proponia dar la mano de su hija á un opulento caballero del condado de Gloucester, cuando hubo ocasion de sospechar, segun ciertas noticias domésticas, que uno de sus propios capellanes, Jeremías White, amable, jovial y jóven todavía, hacia en secreto la corte á lady Francis-

ca, y no estaba quizás lejos de conseguir su deseo. Entrando de improviso un día en la habitación de su hija, el Protector sorprendió á White á sus rodillas y besándole la mano:—«¿Qué significa esto?—Dígnese Vuestra Alteza, escucharme, respondió White sin inmutarse, y señalando á una de las doncellas de lady Francisca, que se hallaba en el aposento, prosiguió: ha mucho tiempo que tributo mis amorosos homenajes á esa jóven, y no consigo correspondencia, y por esta razon suplicaba á milady que intercediese en mi favor.—¡Cómo así! dijo Cromwell á la doncella; Jeremías es amigo mio, y espero le tratarás como tal.—Si M. White quiere dispensarme este honor, respondió aquella, inclinándose respetuosamente, no me negaré á recibirlo.—¡Muy bien! repuso el Protector, haced venir á Goodwin, y que este negocio quede corriente ahora mismo, antes que yo salga de aquí.» Llegó, en efecto el capellan Goodwin; White no retrocedió, y en el acto quedó casado con la jóven, á quien Cromwell dotó con largueza. Poco tiempo despues, el 11 de noviembre de 1657, lady Francisca casó con Roberto Rich, nieto del conde de Warwick, y que debia ser un dia bajo este título uno de los mas poderosos señores de Inglaterra. Aunque lord Warwick era su amigo particular, el Protector opuso al principio, por arreglos de fortuna, algunos aplazamientos á este enlace; pero la prisa que le daba la misma lady Francisca le obligó en breve á prescindir de ellos. «Te diré en confianza, escribia su hermana María á su comun hermano Enrique Cromwell que están ya tan recíprocamente comprometidos, que por ningun concepto puede dejar de celebrarse el matrimonio.» El Protector miraba seguramente, esto, con viva satisfaccion, puesto que hizo celebrar con gran pompa el matrimonio, y se entregó en las fiestas domésticas de Whitehall á arrebatos de jovialidad que revelaban mas que su buen gusto, su alegría.

Establecidas así sus hijas en la alta aristocracia, buscó en esta fuerzas y consideracion para la segunda cámara que debia formar; esto era instinto de las grandes condiciones del gobierno, mas bien que vanidad; al obrar así, queria asegurar á su poder la adhesion de los nombres consagrados por el tiempo y en la historia del pais. Entre los miembros de la antigua Cámara de los Lores, siete se presentaron á recibir sus cartas de convocatoria para la nueva. Llamó ademas nueve altos funcionarios civiles, quince oficiales generales, entre quienes figuraban algunos de los mas humildes soldados de fortuna de la guerra civil, algunos nobles de provincia, y vecinos notables en su condado ó en su ciudad, y los principa-

les actores que habian brillado en los últimos parlamentos de la Revolución. Esto constituía un total de sesenta y tres personas, sin contar ocho grandes jueces de los tribunales de justicia, llamados á ocupar un asiento como asistentes. Mucho trabajo costó al Protector el formar esta lista, pues unas veces encontraba perplejidades, otras una solicitud incómoda. «La dificultad es estremada, escribía Thurloe á Enrique Cromwell, entre los que convendrían mucho, pero no quieren, y los que desean vivamente, pero no convienen.» Uno de los jefes mas ardientes de la oposicion, sir Arturo Haslerig, estaba designado, pero se dudaba que aceptase. «Que no deje de venir, le hizo decir Leuthall, designado tambien; asegúradle de mi parte que todos los que entren en esta cámara serán perpétuamente pares de Inglaterra, ellos y sus herederos.» En fin, el 10 de diciembre de 1657, en el último término permitido por el acta constitucional del Protectorado, se publicó la lista; las cartas de convocatoria, que ni conferían ni excluían la herencia del mandato parlamentario, fueron dirigidas á los miembros nombrados; y el 20 de enero de 1658, reuniéronse las dos cámaras del Parlamento, una en el salon ordinario de la Cámara de los Comunes, y la otra en el salon de la antigua Cámara de los Lores.

La legislatura se abrió con formas significativas; el ugier de la vara negra fue á advertir á los comunes que Su Alteza, el lord Protector, estaba en la Cámara de los Lores, donde les esperaba: pasaron á ella, y Cromwell tomó la palabra en estos términos: «Milores y señores de la Cámara de los Comunes» (como lo hubiese hecho el rey en tiempo de la antigua monarquía). Su discurso fue breve y poco notable, pues se limitó á insistir en el buen estado del país, que debía hallarse satisfecho, porque disfrutaba al fin de las libertades religiosas y civiles, en cuya defensa habia peleado por espacio de diez años. «No os hablaré largo rato, dijo, porque experimento algun dolor;» repitió esto dos veces, y concedió la palabra á Nataniel Fiennes, primer lord comisario del gran sello, que empezó diciendo: «Es una evidente prueba de la providencia de Dios el que veamos hoy en este lugar un jefe del Estado y dos cámaras del Parlamento. Jacob decia á su hijo José: «No creia volver á ver tu rostro, y hé aquí que Dios me ha hecho ver á tí y tambien á tu familia,—es decir, los dos hijos de José, Efraim y Manasés. ¡Cuántos de entre nosotros podrian decir: No creíamos volver á ver entre nosotros un jefe del Estado, con sus dos cámaras del Parlamento!... ¡Plegue á Dios tratarlas como lo hizo con Efraim y Manasés, y hacer de estas dos cámaras del Parlamento lo que de Raquel y de Lia, que fundaron la casa de Israel!» Fiennes di-

sertó durante mas de una hora en un comentario difuso, sutil y pesado, aunque en su fondo juicioso y oportuno, acerca de los méritos de la nueva constitucion monárquica y parlamentaria del Protectorado; acerca de los peligros que la amenazaban y de la conducta que era preciso observar en la Cámara y en el país para evitarlos; y luego, dirigiéndose al mismo Protector, le dijo: «Sea lo que fuere, lo que actualmente seais, ó debais ser algun dia; sea lo que fuere lo que hayais hecho ó podais hacer; sean cuales fueren los talentos que hayais recibido ó podais recibir todavia como un don, todo esto no procede de vos y no es para vos; todo esto procede de Dios y es para el servicio de Dios y el bien de los hombres, y especialmente del pueblo de Dios entre los hombres... Marchemos, pues, todos con el rostro vuelto y los ojos fijos hácia este objeto; que cada uno de nosotros cumpla fielmente y en su puesto, su propio deber; y cumplamos la obra que Dios nos ha señalado en esta vida, á fin de que en la venidera podamos oir estas dulces y venturosas palabras: «Venid, buenos y fieles servidores; entrad en la alegría de vuestro Señor.»

A pesar de este lenguaje en que rebosaba la satisfaccion, en el fondo el Protector y su consejero estaban tristes, y tenian razon para estarlo, pues el porvenir se presentaba á todos los ánimos mas oscuro é incierto que nunca; evidentemente, Cromwell no renunciaba á hacerse rey, y todos dudaban que venciese los obstáculos en que acababa de tropezar. Su salud vacilante envalentonaba á sus enemigos y llenaba de inquietud á sus partidarios; los mas adictos titubeaban en comprometerse mas por su fortuna. Entre los siete antiguos lores que habia llamado á la nueva cámara, solo uno, lord Eure, fue á ocupar su asiento en ella. No quiere, dijo el conde de Warwick, sentarme al lado del zapatero Hewsom.» Para llenar convenientemente su cámara alta, el protector habia separado de la de los Comunes algunos de los jefes mas hábiles é influyentes de su partido. Y no solo quedaban en ella sus adversarios, sino que aun aquellos que habian sido escludidos violentamente de ella, al abrirse este parlamento, se presentaban para volver á él; y Cromwell no se atrevia á escluirlos de nuevo, porque ofrecian prestar el juramento exigido por la nueva constitucion; entretanto, los amigos del Protector, deseando aprovechar esta ocasion de librarse de la vergüenza de que poco antes se habian cubierto, rechazaban terminantemente toda idea de una segunda exclusion. Desde el primer dia de la legislatura, establecióronse á la puerta del Parlamento seis comisarios, para recibir el juramento de los miembros que llegaban, y casi todos los que habian sido escludidos en se-

tiembre de 1658, lo prestaron sin vacilar. Esperábase con curiosidad lo que haria sir Arturo Haslerig, á quien el Protector habia nombrado miembro de la otra cámara; pero permaneció oculto algunos dias, y el 25 de diciembre se presentó de improviso en la Cámara de los Comunes, pidiendo prestar juramento. Dudábase acerca de si se le admitiria, porque (se decia) pertenecia á la otra cámara. Sir Arturo insistió perentoriamente, diciendo: «He sido elegido por el pueblo para ocupar este asiento; prestaré voluntariamente el juramento, y seré fiel á la persona de milord Protector, pues no quiero matar á nadie. Fue, pues, admitido y ocupó inmediatamente su puesto á la cabeza de la oposicion.

Esta habia ya empeñado la lucha. Al dia siguiente de la apertura de las sesiones, dos mensajeros enviados por la Cámara de los Lores fueron á invitar á la de los Comunes á que se uniera á ellos en un humilde mensaje á Su Alteza para que señalase un dia de oraciones públicas en todo el país. De repente se levantó un profundo rumor, exclamando muchos miembros: «No debéis recibir ningun mensaje de su parte, á título de lores; pues no son sino un enjambre que ha salido de entre vosotros; vosotros habeis decidido que hubiese otra cámara, pero no lores; se os trata como á los niños; y porque habeis dicho A, es preciso que digais B.» Nadie se atrevió á protestar contra esta indignacion, pero sin embargo, se tomó el tiempo necesario para reflexionar, y por el pronto todo se redujo á contestar que la Cámara enviaria una respuesta por sus propios mensajeros.

Cromwell comprendió al momento todo el alcance de este golpe: los diputados republicanos y únicos soberanos se sublevaban contra el restablecimiento de los tres poderes de la antigua monarquía, la nueva constitucion del Protectorado se veia atacada en sus miras retrospectivas y en sus tendencias ulteriores. El 25 de enero de 1658, el Protector convocó las dos cámaras en Whitehall, en la sala de los Banquetes; y allí durante mas de una hora les habló de los peligros exteriores é interiores que amenazaban á la Inglaterra. En lo exterior, en toda la Europa, el protestantismo se veia violentamente atacado y comprometido; en Alemania, en Italia y en Suiza, la casa de Austria y el Papa conservaban ó reconquistaban su ascendiente; el mas fiel aliado protestante de la Inglaterra, el rey de Suecia, era batido en Polonia y estaba en guerra con su vecino el rey de Dinamarca: «Vosotros decís, tal vez, prosiguió, que todos estos peligros son muy remotos y que nada os importa. Sea en buen hora. Pero yo os digo que esto os importa mucho; que vuestra religion

y la buena causa están comprometidas en Europa. Digo tambien que se trata de vuestro comercio y de vuestra seguridad. Vosotros os habeis considerado siempre felices, por hallaros rodeados de un gran foso que os separa del mundo. Pues bien : no podreis mantener vuestro foso, ni vuestra navegacion, á no ser que cambiéis vuestras naves en escuadrones y batallones, y vayais á defenderos en tierra firme. Vuestros aliados, los holandeses, profesan un principio, que gracias á Dios, nosotros nunca hemos conocido; venderán armas y alquilarán sus bajeles á vuestros enemigos... Encaminaos á la Bolsa, y allí sabreis que se han fletado buques para trasportar á vuestro pais cuatro mil infantes y mil caballos, al servicio de ese jóven, del hijo del rey difunto... Y por lo que respecta al interior, yo os preguntó : ¿cuál es vuestra situacion?... ¿No estais miserablemente divididos en toda clase de sectas, sectas religiosas y sectas civiles? ¿Y qué pretenden todas estas sectas? Asaltar el poder, hacerse señores del pais... Al fin, hace seis años, despues de diez de guerra, tenemos la paz, la paz y el Evangelio. No tengamos, pues, sino un corazon y un alma para mantener esta paz y los justos derechos de esta nacion. Por lo que á mí toca, he cumplido con mi conciencia... Vosotros juzgareis si hay ó no peligro... Mientras me dure la vida, estaré pronto á luchar y caer con vosotros en defensa de esta causa milores y señores de las dos cámaras del Parlamento, porque asi debo llamaros, vosotros en quienes descansa, de acuerdo conmigo, el poder legislativo de estas tres naciones; yo he prestado el juramento de gobernar, segun las leyes, hoy vigentes, y lo cumpliré.

Estas ideas tan sensatas y positivas hubieran debido producir una impresion profunda, pero estaban confusa y prolijamente espresadas. Cromwell, por otra parte, habia ya y mas de una vez dicho estas mismas cosas ú otras análogas; y aunque verdaderas, estaban ya desautorizadas, porque se habia servido demasiado de ellas. Faltaba especialmente la confianza en el hombre que les servia de intérprete, y aun aquellos á quienes parecia que Cromwell tenia razon, dudaban de él al esencharle, y no querian entregársele. Finalmente, se advertia en sus palabras cierto aire de fatiga que las desvirtuaba; asi es que no fueron eficaces, pues al entrar en su salon despues de esta conferencia, los diputados reanudaron con duplicado empeño el debate relativo á los lores. Esta cuestion no se limitó á una mera cuestion de política práctica y de utilidad actual, sino que al mismo tiempo se hizo histórica y especulativa; el Parlamento Largo, la antigua Cámara de los Lores, la Iglesia episcopal, la soberana nacio-

nal, toda la revolucion y la guerra civil, figuraron en la escena de la discusion. «Es preciso, dijo M. Scott, que pongamos todo en claro. Los lores no quisieron unirse á nosotros para procesar al rey, y nos vimos precisados á aceptar la responsabilidad de toda la sangre derramada por espacio de diez años ó de declinarla sobre otros. Llamamos al rey de Inglaterra á nuestra barra y le juzgamos, siendo condenado y ejecutado por su obstinacion y su crimen. ¡Perezcan de igual manera todos los enemigos de Dios! La Cámara de los Lores se prorogó en aquella ocasion y no volvió á reunirse; el pueblo inglés hizo una franca despedida á todos esos pares, pues esperaba que no volveria á ver sobre sí un poder que tuviese el derecho de decir *no* á sus voluntades.» Sir Arturo Haslerig no se espresó con menos violencia que Scott, pues exclamó: «¡Dichosos son Pym, Strode y Hampden, mis compañeros, cuando el difunto rey nos perseguia como traidores, pues han muerto! No obstante, yo me alegro mucho de vivir todavía, para hablar hoy. Esos antiguos lores, tan inútiles y perniciosos, renunciaron voluntariamente á la vida, y el ejército, nuestro ejército de *santos*, les concedió honrosos funerales: ¿Iremos á desenterrarlos hoy despues de tantos años como há descansan en la tumba? ¿No seria esto una afrenta para toda la nacion? ¿Hay en esta Cámara un solo hombre que no haya prestado juramento de no sufrirlos? ¿Por qué entonces rechazamos de aquí á los *Caballeros*? «Estos arranques revolucionarios y republicanos, provocaban vivas represalias.» Los lores son una Cámara del Parlamento, decia el coronel Shapcott; esto es evidente, de todo punto evidente; y si esto así, ¿se han visto alguna vez en Inglaterra dos Cámaras de los Comunes? Vosotros no podeis reconocerlas como Cámara del Parlamento sin llamarlas Cámara de los Lores.» —La *otra Cámara*, dijo M. Nanfan, es una denominacion absurda; cuando entráis aquí y hablan de vosotros, vosotros sois para ellos la otra Cámara.»—Se nos dice: «no volvais á hacer un rey, no volvais á hacer una Cámara de los Lores, porque Dios los ha cubierto de ignominia; yo os devuelvo estas palabras, gritaba el mayor Beake; Dios ha cubierto tambien de ignominia una República; ¿se ha derramado acaso una gota de sangre, cuando se la ha despedido? Es indudable que ninguna república ha muerto con menos ruido.»—En cuanto á mí, dijo M. Gewen, propongo, pues somos un Parlamento libre, que redactemos un bill para dar á Su Alteza la dignidad y el título de rey, porque la Providencia se los ha conferido.»

Durante cinco dias la Cámara fue un palenque de violencias y recri-

minaciones del mismo género. Por una parte, la obstinacion revolucionaria se presentaba y tomaba á sí misma como heroismo republicano, y pugnaba por enlazar á todo trance y para siempre la suerte del país con la suya; por otra, el celo, unas veces grosero, otras escéptico de los soldados y los legistas comprometidos al servicio de un amo de cuya fortuna habian participado y cuya declinacion empezaban á presentir. En esta lucha prevaleció la pasion mas sincera y contagiosa de los antiguos revolucionarios; la Cámara de los Comunes se negó resueltamente á reconocer la de los Lores, con este título; y el 3 de febrero de 1658 votó que enviaria su respuesta á la *otra Cámara* por sus propios mensajeros.

El dia siguiente, un poco antes del medio dia, el Protector, sin consultarlo con nadie y sin dar á nadie aviso, metiése de pronto en su coche y seguido únicamente de algunos guardias, se trasladó á la Cámara de los Lores, á donde mandó concurriese la de los Comunes. Su alocucion fue breve y severa. Habia esperado, dijo, que Dios convertiria esta legislatura en una bendicion para el país; creia que la *Peticion y consejo* votada por el Parlamento habia colocado al gobierno en un terreno firme, y solo se habia encargado de él en esta confianza, y segun los términos consignados en esta acta. «Yo no lo habria aceptado á no haber habido personas llamadas á interponerse entre mí y la Cámara de los Comunes, y en estado de oponerse á los arrebatos populares. He recibido mision de nombrar otra Cámara y la he formado de hombres de vuestro rango y calidad, dispuestos á ayudaros y capaces de servir de contrapeso á vosotros, á mí y á ellos mismos. Si en vosotros hubiera habido alguna intencion de fundar un establecimiento sólido, sin duda lo habriais fundado sobre esta base... En lugar de esto, en lugar de aceptar este régimen como una cosa convenida, habeis querido tener no se qué; os habeis dividido, dividiendo al mismo tiempo toda la nacion... y esto en el momento en que el rey de los escoceses tiene al otro lado del mar un ejército pronto á embarcarse para invadir la Inglaterra... De todo esto no puede resultar sino confusion y sangre. Puesto que tal es vuestra conducta, creo que es ya tiempo de poner fin á vuestras tareas, y disuelvo este Parlamento. ¡Sea Dios juez entre yo y vosotros!—¡Amen! respondieron en alta voz algunos miembros de la oposicion.

Esta brusca medida escitó en el público y en derredor de Cromwell una emocion muy viva; á invitacion de Carlos I, queria romper con todo Parlamento, y ninguno podia subsistir con él. Algunos de sus mas íntimos confidentes, Fleetwood, Whitelocke y el mismo Thurloe; segun se

dice, habian intentado desviarle de este propósito, pues hubieran querido descansar al fin en las buenas posiciones en que los habia colocado; estaban cansados de los peligros y de los nuevos esfuerzos que sin cesar les imponia. Cromwell deseaba con mas ardor que ellos un establecimiento definitivo y estable; pero en su concepto, el único establecimiento definitivo y estable era la monarquía, con sus verdaderas condiciones de fuerza y duracion; ni su gran talento, ni su extraordinaria ambicion podian darse por contentos con menos, y al través de infinitos rodeos, y fuesen cuales fueren los obstáculos, marchaba tenazmente á su objeto, igualmente incapaz de renunciar á la esperanza de conseguirlo y de detenerse mientras no lo alcanzaba. Acababa de dar un paso gigantesco; el régimen de las dos Cámaras era ya el orden constitucional y legal, y queria conservar su conquista. Veia fermentar en torno suyo el espíritu revolucionario, irritado é inquieto al ver este retroceso á las instituciones monárquicas, que le amenazaba con una derrota irreparable; los anabaptistas, los niveladores, los sectarios religiosos y políticos de toda clase celebraban reuniones y preparaban peticiones en son de protesta contra estas innovaciones retrógradas y para pedir á su vez la verdadera república, sin Protector y sin cámara de los Lores. La oposicion en el Parlamento, Haslerig y Scott, entre otros, eran el punto de apoyo de estas esperanzas y de estas maquinaciones, impotentes en cuanto no podian proceder sino por medio de la sedicion, pero temibles en el mero hecho de hallar, por connivencia ó debilidad órganos y defensores en los poderes legales. Cromwell quiso á todo trance herir en la cabeza á sus enemigos; proponiase reducir fácilmente á la razon al populacho revolucionario cuando el Parlamento mal dispuesto hubiese cesado de funcionar; y para mas adelante se prometia un parlamento mas inteligente ó mas dócil que le hiciese dar nuevos y últimos pasos hácia su objeto.

Al dia siguiente de la disolucion reunió en Whitehall un gran consejo de oficiales y les espuso los motivos de aquella medida: una insurreccion y una invasion inminentes; Carlos Estuardo, unido á los españoles, estos á los *caballeros*, estos á los niveladores y todos los descontentos de la Inglaterra; la guerra civil y la anarquía próximas á estallar de nuevo, y la pérdida del fruto de todos los trabajos y victorias del ejército, para el país y para el mismo ejército. Estos eran, dijo, los males que habia querido precaver al disolver un Parlamento que les abria la puerta, merced á su oposicion y sus discordias. Por otra parte, añadió, él no habia hecho otra cosa mas que mantener el acta constitucional que aquel mismo Par-

lamento habia votado y jurado, y á que él tambien habia prestado juramento. ¿El ejército y sus jefes, preguntó, estaban resueltos á mantenerlos á su lado? ¿Querian defender la paz pública, la religion, la libertad, sus propios derechos y sus propios bienes, ó permitir que la Inglaterra y sus familias cayesen de nuevo en la confusion y la sangre? Manifestóse un vivo asentimiento; casi todos los asistentes respondieron que estaban prontos á resistir y caer, á vivir y morir con él. Cromwell no se dejaba alucinar por apariencias, y llevaba adelante sus ventajas, y habiendo visto que algunos oficiales permanecian frios y taciturnos, se dirigió directamente á ellos, y entre otros á Packer y Gladman, el primero mayor comandante de su propio regimiento, y les preguntó lo que harian; á esto respondieron que estaban dispuestos á combatir contra Carlos Estuardo y sus partidarios, pero que no podian comprometerse á ciegas y en todo caso, sin saber por qué ni contra quién. Cromwell no los trató con aspereza; pero algunos dias despues, merced á un espurgo bastante estenso, espulsó de las filas del ejército á los oficiales que se habian mostrado mal dispuestos ó indecisos, y en este número fue incluido Packer. «Yo le habia servido quince años, desde que él era capitán de un escuadron de caballería, hasta el momento de su extraordinaria elevacion, decia despues de la muerte de Cromwell este rudo y honrado republicano; yo habia mandado un regimiento por espacio de siete años, y sin prece-der juicio alguno, por un mero capricho fuí espulsado de las filas, y no solo perdí mi empleo, sino tambien un antiguo amigo de campo y de combate, y cinco capitanes que servian á mis órdenes, todos valientes y probos, fueron exonerados conmigo, porque se negaron á decir que aquella era una Cámara de los Lores.

En esta situacion, y para tales descontentos, Lambert en desgracia y solitario en Wimbledon, era el jefe naturalmente indicado; acudieron, pues, á él, y los acogió con gran benevolencia. Los mas fogosos proyectaban un complot que no se proponia menos que apoderarse de la persona de Cromwell, al presentarle una peticion, arrojarlo al Támesis por una de las ventanas de Whitehall, y proclamar en su lugar á Lambert. El coronel Hutchinson, que á la sazón se hallaba en Londres, tuvo noticia de lo que se fraguaba, no porque los conjurados se lo participasen, sino por algunas conversaciones inoportunas é indiscretas. Cristiano y republicano de buena fe, Hutchinson, despues de la espulsion del Parlamento Largo, se habia retirado del ejército y de la politica; detestaba la tirania de Cromwell, pero aun detestaba mas la de los locos é intrigantes subalternos

que aspiraban á sucederle. «Cromwell, dijo Mistris Hutchinson era valiente y grande, al paso que Lambert solo tenia una necia é insoportable vanidad.» Hutchinson fue á ver á Fleetwood, y sin nombrar á nadie le invitó á que advirtiese á Cromwell que mirase con desconfianza á ciertos mensajeros de peticiones que acaso procurarían atentar contra su vida. Dado este aviso, disponíase á salir de Londres, cuando Cromwell le envió á buscar con empeño, le colmó de demostraciones de gracias y de afecto, é hizo grandes esfuerzos para procurarse datos mas minuciosos, y viendo que nada conseguía, le dijo: «Pero, en fin, coronel ¿por qué no quereis venir y marchar á nuestro lado? Hutchinson le esplicó sin rodeos sus motivos de queja, que son, añadió, los de todas las personas honradas. «Cromwell le escuchó, discutió, y se justificó; luego, acompañándole hasta la estremidad de la galería, en presencia de algunas personas de su córte, le dijo en alta voz, abrazándole: Bien, coronel; contento ó descontento, es preciso que seais de los nuestros; no podemos prescindir por mas tiempo de los servicios de un hombre tan capaz y tan fiel; sereis complacido en todas las cosas honradas y convenientes.»

Asi como habia reunido á los oficiales del ejército, Cromwell reunió á los consejeros municipales, y les habló tambien de los motivos de la disolucion, procurando alarmarles en lo relativo á la seguridad de su ciudad y la bienandanza de sus negocios. Conocia á fondo la necesidad de con-temporizar con esta poderosa corporacion, porque hacia algun tiempo que por adquirir cierta influencia en ella, muchos realistas habian hecho entrar á sus hijos como aspirantes, y la oposicion al Protector hacia entre sus individuos rápidos progresos.

La opinion pública creía que Cromwell exageraba mucho los peligros que amenazaban al reposo público y su gobierno. Sus constantes victorias, la continuada adhesion de la mayoría del ejército, la sumision que en todas partes hallaba, tantos ejemplos de defeccion y servilismo, realista y republicana, contribuian á mantener las ilusiones acerca del estado real del país. Indómitos en sus esperanzas como en sus odios, los partidos hostiles se reanimaban á la sombra de sus derrotas; no bien se vió que el Protector se habia malquistado con el Parlamento que habia querido hacerlo rey, urdióse contra él por todas partes una conspiracion mas grave que otra alguna de cuantas habia reprimido. A pesar de la parsimonia de la córte de Madrid y de su propia molicie, Carlos II habia reunido al fin en las costas de los Países-Bajos españoles un pequeño cuerpo de tropas; habíanse fletado algunos buques de trasporte; los ru-

mores de una próxima expedición adquirirían alguna consistencia; los realistas de Inglaterra la solicitaban con ahínco, prometiendo levantarse en masa y nombrando las ciudades de que se apoderarían, que eran Gloucester, Bristol, Sherwsbury y Windsor, desde el momento en que el rey pusiese la planta en el suelo inglés. No eran solo los realistas los que hacían estas instancias, puesto que muchas congregaciones anabaptistas enviaron á Carlos II un mensajero portador de un estenso considerando, expresión humilde, pero sin bajeza, de sus desengaños, de sus arrepentimientos, de sus deseos y sus esperanzas, y en la cual ofrecían formalmente al rey sus brazos y sus vidas, para restablecerlo en su trono. Carlos dudaba, aunque con un poco de vergüenza, en lanzarse de nuevo, bajo la fe de estas protestas, á los peligros de que tan milagrosamente se había salvado. Uno de sus dos más íntimos consejeros, el marqués de Ormond, le sacó del apuro, ofreciéndole que él mismo iría á Londres á observar los hechos, á tomar en cuenta las circunstancias y á juzgar en el terreno práctico, si en efecto había llegado el momento oportuno de que el rey alzase en persona su bandera. Hyde, más desconfiado que el mismo Carlos, se oponía al viaje de Ormond, pues lo consideraba, según decía, una aventura descabellada, un proyecto sin probabilidad de buen éxito. Esto, no obstante, Ormond partió, y adoptando todos los disfraces y cambiando sin cesar de domicilio, pasó más de un mes en Londres, hablando con conspiradores de toda clase y condición, y regresó al continente asegurando que una tentativa inmediata no presentaba ninguna eventualidad de triunfo, y que el rey no debía dar un paso aventurado; pero que el Protector vacilaba, que era en muchos corazones objeto de una aversión profunda; que los complots preparados contra su persona eran graves; que había prometido (Ormond), volver á los condados del Oeste, donde debían estallar, y que tal vez llegaría muy pronto el momento propicio para que el mismo rey intentase en Inglaterra algún gran golpe.

Ormond decía la verdad: no bien había dejado la Inglaterra, cuando el movimiento de conspiración se hizo de día en día más activo y estenso. Al Norte, en el condado de York, sir Enrique Slingsby, que por espacio de dos años había estado preso en Hull, se ponía de acuerdo con ciertos oficiales de la guarnición, con el objeto de entregar la plaza á Carlos II, que debía desembarcar en ella. Al Mediodía, en el condado de Sussex, Juan Mordaunt, hijo menor del conde de Peterborough, hacía esfuerzos por atraer á la causa del rey á los nobles vecinos suyos, y tuvo

tan buena fortuna, que el hijo de uno de los jueces de Carlos I, M. Stapley, accedió á recibir de Carlos II una patente para levantar á su servicio un escuadron de caballería, cuyo mando tomaria él, llegado el caso. En el Oeste y en el centro se proseguian las mismas maquinaciones, con igual resultado; los niveladores como los caballeros, los republicanos como los niveladores, y algunos antiguos miembros del Consejo de Estado de Cromwell como los anabaptistas, se habian comprometido en estas intrigas; verificábanse las reconciliaciones mas inesperadas, y preparábanse manifiestos concertados aunque diferentes. Por último, en el mismo Londres, y á la vista de Cromwell, los conspiradores llevaban su osadía hasta el punto de señalar el día y la hora en que debian, unos ocupar los principales puntos de la ciudad, otros apoderarse de la persona del lord corregidor, y otros, ademas, prender fuego á la Torre y apoderarse de ella, mientras el incendio llamase la atención pública y los esfuerzos de la guarnición.

Pero la vigilancia de la policía de Cromwell no se habia enervado por el largo uso, y se hallaba presente y activa allí donde quiera se hacia sentir el peligro. En Hull, dos de los oficiales á quienes sir Enrique Slingsby se habia confiado, escuchaban sus proposiciones, de acuerdo con sus jefes, y para deponer contra él mas adelante. Noticioso de que M. Stapley estaba en connivencia con Carlos Estuardo, Cromwell le hizo comparecer á su presencia, y le llenó de turbación al recordarle con una viveza alternativamente amenazadora y afectuosa, lo que pensaba y habia hecho su padre, y concluyó por arrancarle la confesion circunstanciada de los proyectos en que habia tomado parte, y los nombres de las personas que le habian seducido. Mientras Ormond estaba en Londres, el Protector dijo un día á lord Broghill: «Uno de vuestros antiguos amigos acaba de llegar á esta ciudad.—¿Quién?—El marqués de Ormond.» Lord Broghill protestó que nada sabia. «Yo sé esto, respondió Cromwell, pero si quereis salvar á vuestro amigo, hacidle decir que sé donde está y lo que hace.» Cromwell tenia á su servicio á sir Ricardo Willis, uno de los principales miembros del pequeño comité secreto encargado en Inglaterra de los negocios de Carlos II. Willis se habia vendido al Protector á condicion de no tener relaciones sino con él, y de que nunca se le llamaria á deponer contra nadie. Durante su estancia en Londres, Ormond se habia comunicado especialmente con Willis; y para lavarse un poco de su propia indignidad, Willis lo habia invitado á salir en el mismo momento en que el Protector le hacia llegar, por conducto de Broghill, este salu-

dable aviso. Cromwell manifestaba espontáneamente estos generosos miramientos hácia aquellos de sus enemigos á quienes honraba sin temerlos mucho; pero no insistía menos respecto de todos los demás, en su ruda y fria política. En todos los puntos de Inglaterra, los conspiradores realistas, republicanos y anabaptistas se vieron sorprendidos por numerosas y rápidas prisiones; sir William Compton y el coronel Jhon Russell, ambos miembros del pequeño consejo de Carlos II; Hugh Courtney y Jhon Rogers, uno y otro predicadores sectarios, que habian distribuido folletos sediciosos; Portman, antiguo secretario del almirante Blake; Harrison y Carew, apenas puestos en libertad, y otros muchos, importantes entonces, pero completamente desconocidos hoy, fueron repentinamente cogidos y enviados á la Torre. Y en Londres, la misma mañana del día señalado para la gran insurreccion, en el momento en que los conjurados se diseminaban por la ciudad para acudir á sus respectivos puestos, supieron que sus jefes acababan de ser presos en la casa donde estaban reunidos; todas las guardias habian sido dobladas; la milicia se ponía en movimiento; el coronel Barkstead, teniente de la Torre, se adelantó hasta el centro de la Cité con algunas tropas y cinco piezas de artillería.

Como unos cuarenta conspiradores, y casi igual número de satélites fueron cogidos en las calles. Este gran complot, tan general y de tan diferente naturaleza, fue desconcertado y reducido á la nada, ya de antemano, ya en el momento de la explosion.

Empezaron entonces de nuevo esas tristes escenas de procesos, de condenas y ejecuciones políticas de que la Inglaterra era con tanta frecuencia sangriento teatro hacia diez y ocho años. Entre los consejeros del Protector, hubo alguna disidencia respecto de la jurisdiccion á que debian quedar sujetos los acusados; pero, ya sea por respeto al derecho nacional, ya para alejarse prudentemente de una tiranía ejercida con ardor, Whitelocke y algunos otros volvieron á pedir el jurado. Pero Cromwell queria tener la seguridad de que sus enemigos serian condenados. En virtud de una ley del Parlamento que acababa de disolver, instituyó de nuevo un alto tribunal de justicia, compuesto de ciento treinta miembros elegidos por él y presididos por lord Lisle, uno de los jueces de Carlos I. Algunos regicidas, algunos revolucionarios irremisiblemente comprometidos, algunos oficiales, rigurosos amantes de la disciplina, y algunos servidores de probada fidelidad formaban esta lista, en la que figuraban tambien algunos nombres mas imparciales, entre ellos el del

mismo Whitelocke, que empleó su valor y prudencia en no asistir á los debates judiciales. Desde el 25 de mayo hasta el 1.º de julio de 1658, quince de los principales conspiradores fueron sucesivamente presentados á este tribunal excepcional, en el que el sábio Maynard sostenia la acusacion en nombre del Protector. Sir Enrique Slingsby, el doctor Hewett, eclesiástico episcopal justamente honrado, y Jhon Mordaunt, fueron los que primero comparecieron. Mordaunt era muy jóven y acababa de casarse; la actividad apasionada é inteligente de su esposa, los avisos confidentiales de algunos jueces que se preparaban para contemporizar con los sucesos futuros, un billete secreto que se hizo llegar á sus manos en la audiencia, y la ausencia voluntaria ó comprada de un testigo, legalmente indispensable, le salvaron, pues fue perdonado. Sir Enrique Slingsby y el doctor Hewett, fueron menos felices, y recusaron con energía la competencia del tribunal. «Pido ser juzgado por un jurado, dijo Slingsby; vosotros sois mis enemigos, perdonadme esta espresion; yo veo entre vosotros personas que han secuestrado y hecho vender mis bienes... Me acusais de haber violado vuestras leyes, y yo os respondo que nunca he podido violarlas, porque nunca me he sometido á ellas.» El lenguaje del doctor Hewett fue menos altanero, pero no menos firme. «Mucho me aflijiria si hiciese para salvar mi vida alguna cosa que me hiciera perder la tranquilidad de mi conciencia; yo tengo un doble carácter, pues soy eclesiástico y ciudadano; nunca renunciaré, por mi interés personal á ninguno de los derechos que son los derechos de mis conciudadanos tanto como los míos propios;» y con este motivo sostuvo contra el abogado general y el presidente del tribunal un debate tan tenaz, que lord Lisle concluyó por decirle: «Os haré salir de aquí; se os ha pedido muchas veces que respondais, y os habeis negado á hacerlo; escribano, en nombre del tribunal os intimo que toméis acta de este hecho, y haced llevar á vuestro preso.—Pero, milord, replicó Hewett... —¡Llevadle, llevadle! gritaron los jueces.» En efecto, fue inmediatamente llevado, y condenado á muerte, como Slingsby. Pero al llegar á la ejecucion de la sentencia, el Protector tuvo á su vez, en su propia casa, tristes contrariedades que sufrir; sir Enrique Slingsby era tío de lord Faulconbridge, con quien su hija María acababa de casarse: despues de la celebracion oficial de este matrimonio en Hamptoncourt por uno de los capellanes de Cromwell, el mismo doctor Hewett lo habia vuelto á consagrar por segunda vez, porque las hijas del Protector no se habrian creído legitimamente casadas si un sacerdote de la Iglesia episcopal, no

hubiera bendecido su union; Cromwell consintió que se hiciera así « por complacer, según decía, con la loca importunidad de su hija. » Además, el doctor Hewett celebraba secretamente en su casa, según el culto anglicano, y la hija favorita de Cromwell, lady Claypole asistía habitualmente á esa celebracion. No porque fuese, como algunos han supuesto, realista, ó se interesara por el regreso de Carlos, sino porque amaba tiernamente á su padre, se estremecía ante los peligros que le amenazaban y anhelaba su bienestar. En aquel mismo instante, cuando el complot de Slingsby y de Hewett acababa de ser descubierto, lady Claypole escribía diciendo: « El Señor nos ha concedido un gran favor salvando á mi padre de manos de sus enemigos, pues de seguro toda su familia se habria perdido y probablemente la nacion entera habria quedado sumergida en sangre. » Mas sin separarse de los intereses de su padre, lady Claypole sabia ser generosa y tierna, y se hallaba mucho mas preocupada de sus sentimientos, que de las necesidades políticas. Por eso hizo juntamente con sus hermanas ardientes esfuerzos para conseguir el perdón del doctor Hewett. Cromwell amaba mucho á su hija, pero juzgaba que era indispensable el rigor, y su temperamento rudo y enérgico no le dejaba presentir el sentimiento que una fuerte emocion dolorosa podia causar en una persona delicada, sensible y enfermiza. Rehusó perentoriamente el perdón. Hewett y Slingsby fueron decapitados el 8 de junio en la Torre. Tres semanas despues (en 1.º de julio), el alto Tribunal condenó á otros seis conspiradores, y tres de ellos fueron ahorcados, descuartizados y arrastrados con todas las bárbaras circunstancias preceptuadas por las leyes de aquel tiempo para llenar de espanto á los cómplices y á los espectadores.

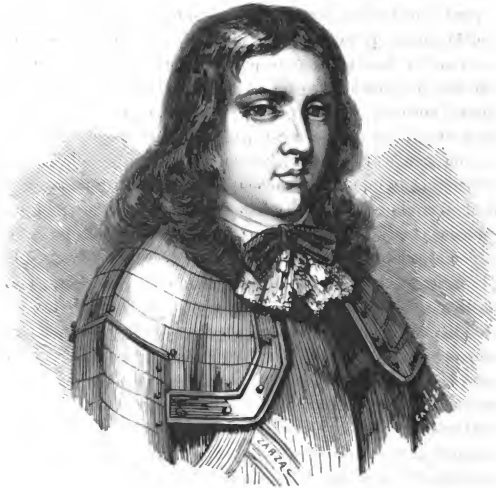
Por de pronto se consiguió el objeto; el temor logró reprimir el odio: cesaron las conspiraciones y los conspiradores se ocultaron ó huyeron. Cromwell no manifestó encarnizamiento en buscarlos: dejó descansar su alto tribunal y remitió al jurado la sustanciacion de la causa de los prisioneros mas insignificantes que retenia entre sus manos. Sus enemigos acababan de recibir un nuevo desengaño; pero Cromwell tenia demasiada perspicacia y demasiada energía para engañarse por lo tocante á la estension de su triunfo; nada omitia acerca de los peligros de que se iba librando; la seguridad de un momento no podia infundirle confianza: comprendia muy bien que entre él y los encarnizados partidos existia una guerra á muerte, y que no habia paridad en las probabilidades, pues al paso que estos podian el dia menos pensado quitarle la vida, él no podia

subsistir sino mediante una série de victorias no interrumpidas. El sentimiento cada vez mas activo de semejante situacion le indujo á vivir en una incesante é inquieta vigilancia: permanecia constantemente armado y protegido por la coraza; cuando salia, mandaba que muchas personas fueran con él en el mismo carruaje, que ademas iba rodeado de una escolta: caminaba muy aprisa, variando frecuentemente de direccion, y al regresar procuraba seguir distinto camino. En Whitehall tenia muchos aposentos donde pasar la noche, y en cada uno de ellos alguna puerta secreta. Escogió en los cuerpos de caballería ciento sesenta hombres, que conocia á fondo; les dió paga de oficial, y dividiéndolos en ocho pelotones, dispuso que dos de ellos permanecieran constantemente de guardia junto á su persona. Para asegurarse de que este servicio, en el cual nada menos le iba que la vida, se hacia con la puntualidad y vigilancia necesarias, el mismo Cromwell solia con frecuencia visitar y relevar los puestos interiores del palacio. En las audiencias, que solian ser numerosas por lo mucho que contaba con su influencia personal, sentíanse sus interlocutores incesantemente vigilados por su mirada. En todas partes se hallaba dispuesto á súbitas sospechas y á estremadas precauciones: habiendo ido cierta noche á hablar secretamente con Thurloe, y habiendo visto al secretario de este, Samuel Morland, dormido sobre el pupitre en un rincón del cuarto, echó Cromwell mano al puñal para matarlo temiendo que hubiera oído la conversacion, y le costó no poco trabajo á Thurloe el impedir esa accion, haciéndole comprender que su secretario, abrumado de cansancio, estaba efectivamente durmiendo en profundo sueño. Esa triste preocupacion de su seguridad repugnaba al carácter de Cromwell que en medio de su poderoso egoismo, nada tenia ciertamente de concentrado ni de sombrío: en medio de sus mentiras y artificios se echaba de ver que propendia naturalmente á la confianza; pero sentíase abrumado de una evidente necesidad y la aceptaba sin ilusiones ni miramientos, velando por su vida con el mismo ardor que habia desplegado para conquistar su alta posicion. Muy amargo debia ser ciertamente su disgusto y el resentimiento de su orgullo cuando se fijaban sus miradas mas allá del canal de la Mancha, y cuando con su situacion tan precaria y peligrosa en lo interior comparaba el poder y el brillo que para su país y para su persona habia logrado conquistar en lo exterior. Precisamente cuando con mas rudeza estaba luchando con las conspiraciones en Inglaterra fue cuando obtuvo los mas brillantes resultados en el continente. No habia tardado en conocer que para hacer guerra de un modo eficaz á la Espa-

ña no bastaba su tratado de paz y de comercio con Francia, y en vista de esto aceptó las ofertas de Mazarino para convenir en una alianza mas íntima y activa. Desde agosto de 1656 se habian entablado negociaciones en Inglaterra, á fin de que se aprontaran cuatro mil hombres que debian ponerse á las órdenes del rey de Francia contra los españoles. Conferenciábase sobre este particular, pero lentamente y tropezando cada vez con nuevas dificultades : unas veces Cromwell se enfriaba súbitamente al descubrir vestigios de los trabajos secretos de Mazarino para preparar paces con el gabinete de Madrid ; y otras veces el viaje clandestino de algun secretario de Cardañas á Londres inspiraba á su vez á Mazarino recelos de una próxima reconciliacion entre la Inglaterra y la España. El Cardenal en sus largas conversaciones con Lockhart le hacia grandes é indefinidas insinuaciones acerca de las ventajas que podrian redundar para el porvenir al Protector de la intimidad con la Francia : Lockhart transmitia á Cromwell esas insinuaciones con una satisfaccion complaciente, pero sin engaño. Era indudable que al través de sus desconfianzas y reticencias, los dos negociadores se complacian mutuamente, y se iban entendiendo sin salir ni el uno ni el otro de sus límites. La negociacion llegó finalmente el 23 de marzo de 1657 á su término, dando por resultado un tratado de alianza ofensivo entre Francia é Inglaterra. Cromwell prometió, que un cuerpo de seis mil ingleses, sostenidos por una escuadra pronta á suministrarles víveres y á apoyarlos á lo largo de las costas, iria á unirse con el ejército francés, compuesto de veinte mil hombres para hacer la guerra á los Países-Bajos españoles, y particularmente para sitiar las tres plazas de Gravelinas, Mardyke y Dunquerque, debiendo esta última ser entregada á los ingleses y quedar en su posesion. Los gastos de este cuerpo auxiliar serian pagados á medias por el rey de Francia y el Protector. La conclusion de este tratado fue muy satisfactoria para ambas córtes, y Cromwell manifestó de allí á poco su satisfaccion, recomendando vehementemente á Mazarino el embajador de Francia en Londres, M. Bordeaux, cuyo buen sentido é inteligencia habian contribuido á ese feliz resultado. Precisamente la muerte de M. de Believre dejó en aquella época vacante el puesto de primer presidente del Parlamento de París, y Cromwell, segun parece, llevó la eficacia de su recomendacion hasta el punto de pedir que se concediera á su protegido aquel empleo; pero el mismo M. Bordeaux se escusó cerca del Cardenal, asegurando que sus deseos se darian por satisfechos con un cargo de menor importancia. La recomendacion de Cromwell era escesiva, y no

produjo resultado ; M. de Lamoignon fue nombrado primer presidente del Parlamento de París. Mazarino no se habria seguramente cuidado de pagar á tan alto precio un servicio que ya habia producido resultados.

A las seis semanas de concluido el tratado, desembarcó el cuerpo de ejército inglés, mandado por Reynolds en Boloña: la córte y el ejército,



RICARDO CROMWELL.

Mazarino y Turena, le esperaban con impaciencia, y lo recibieron con grandes demostraciones de satisfaccion, y á fin de que fuera bien tratado se tomaron medidas administrativas muy imperfectas y poco eficaces, pero muy raras en aquella época. Componíase ese cuerpo auxiliar de regimientos organizados y aguerridos en las largas luchas civiles, acostumbrados á la disciplina mas severa y de un valor enérgico y grave, y á

todos se les habia dado, al embarcar ó al desembarcar, equipo y armamento enteramente nuevo. Luis XIV vino á pasarles personalmente revista, y Lockhart le dijo: «*Sire*, el Protector ha mandado á sus oficiales y soldados desplegar para el servicio de Vuestra Magestad el mismo celo que para el suyo propio.» El jóven rey se mostró muy sensible á esas señales de afecto por parte «de un príncipe, que en su concepto, era uno de los mas grandes y afortunados de Europa.» Los ingleses pasaron prontamente á reunirse con el ejército de Turena, y entraron en campaña: pero tampoco tardaron en suscitarse quejas y disgustos que reemplazaron la mútua satisfaccion del recibimiento, admirábanse los ingleses de no encontrar habitantes en los pueblos donde entraban: quejábanse de estar mal alimentados; muchos de ellos caian enfermos, y para apoyar sus quejas, enviaron á Londres muestras del pan que se les daba, á fin de que se viese cuán inferior era al pan inglés. El disgusto de los soldados se propagó á los jefes, y llegó hasta el mismo Cromwell: la campaña se iba alargando sin que las condiciones especiales del tratado, esto es, el sitio de Gravelinas, Mardike y Dunquerque se verificara, ni siquiera llegara á intentarse: el cuerpo auxiliar inglés se empleaba en lo interior del país en expediciones, ó en sitiar plazas que solo interesaban á la corte de Francia, y cuya rendicion nada importaba á los ingleses. Lockhart reclamaba y se quejaba en vano; Cromwell le decia: «No tengo duda del celo y habilidad que por nuestro servicio desplegais en esta grande empresa; pero me ofende mucho el ver cuán menos sinceros y eficaces que nosotros son los franceses, mayormente cuando por nuestra parte nos hemos escedido de lo que pactamos en el convenio. Nunca hemos tenido la tontería de creer que nuestros intereses y los de la Francia podrian identificarse en todos los asuntos; mas tratándose de una guerra contra españoles, que siempre han sido los enemigos mas implacables de la Francia, no esperábamos ciertamente llegar al desengaño que estamos sufriendo. Decir que se nos darán plazas en lo interior del país, como garantía de su futura conducta, y hablar de lo que se hará en la próxima campaña, son palabras buenas para niños. Si en ellas hay sinceridad podria la Francia mientras llegan á realizarse darnos Calais, Dieppe ó Boloña... Decid de mi parte al Cardenal, que la ejecucion de su tratado valdria mas que todos los proyectos con que nos están entreteniendo... Si no os atienden, deseo que nos indemnicen de los grandes gastos que hemos hecho, y que pongan nuestra tropa en disposicion de volver, pues aquí sabremos emplearla con mas utilidad.»

No dejó este lenguaje de producir efecto: Mazarino se dejaba fácilmente caer en las contrariedades de una situación complicada ó de una política astuta, mas también sabía despejar inconvenientes cuando temía que se convirtieran en verdaderos peligros. El ejército francés recibió orden de suspender las operaciones en lo interior del país y aproximarse á la costa. La plaza de Mardyke fue asediada, rendida y entregada provisionalmente en prenda á los ingleses. Turena marchó sobre Gravelinas, pero los españoles, levantando las esclusas, inundaron los alrededores de la plaza, é imposibilitaron el asedio. Cromwell insistía en que se bloqueara á Dunquerque, ofreciendo enviar un refuerzo de dos mil hombres, pero Turena no lo creyó oportuno, y dió por terminada la campaña. Cromwell se resignó sin darse por resentido; inspirábanle alguna seguridad las intenciones de Mazarino, y reconocía la autoridad militar de Turena. Renovóse el tratado de alianza por un año bajo las mismas condiciones, y cuando en la primavera del 1658 volvió á abrirse la campaña, Cromwell reclamó el estricto cumplimiento de las estipulaciones. Turena avanzó hácia la costa, «sin saber si se podría sitiar á Dunquerque, pues según él mismo dijo, atacar á esa plaza antes de haberse apoderado de Furnes, Bergues y Gravelinas, era lo mismo que ser sitiado al mismo tiempo que sitiador...» Pero el Cardenal deseaba que el ejército marchara sobre Flandes, y Turena deseaba también que se hiciera comprender sencillamente á los ingleses que se hacía todo lo posible para cumplir con el tratado. Los dos nuevos regimientos prometidos por Cromwell llegaron, y el mismo Lockhart y bajo sus órdenes el general Morgan, bizarro oficial educado en la escuela de Cromwell y de Monk, tomaron el mando del cuerpo inglés. El 25 de mayo del 1653, quedó formalmente establecido el sitio de Dunquerque, y Luis XIV y Mazarino pasaron á Calais para asistir desde allí á ese gran sitio. La plaza era defendida por el marqués de Leyde. En Bruselas ni don Juan de Austria ni el marqués de Carracena querían creer que Dunquerque corría peligro: altivos é indolentes, despreciaban los consejos de vigilante actividad ó de prudente reserva que incesantemente les estaba dando Condé: no podían tolerar que nadie viniera á despertarles durante la siesta, aunque fuera para dar aviso de algun imprevisto accidente, ni que se dudara de su victoria una vez puestos á caballo. Moviéronse á la defensa de Dunquerque, dejando atrás su artillería y parte de la caballería. Condé les rogaba que se atrincherasen y la esperaran; don Juan por el contrario, quería avanzar por las dunas y salir al encuentro del ejército francés: en vano Condé le

hizo presente que aquel terreno pantanoso no era favorable á la infantería, y que lá de los franceses era mas numerosa y aguerrida.—«Estoy persuadido, replicó don Juan, que ni siquiera se atreverán á mirar de frente al ejército de Su Magestad Católica.»—«No conoceis á Turena; no se comete impunemente una falta delante de ese hombre.» Don Juan se desentendió de estas observaciones y se comprometió en el paso de las dunas. Al dia siguiente, Condé cada vez mas convencido del peligro, hizo nuevos esfuerzos para persuadirlo á que se retirara. «¡Yo retirarme! exclamó don Juan; si los franceses se atreven á pelear, aquel dia será el mas hermoso de los que en ningun tiempo hayan iluminado las armas de Su Magestad Católica.»—«Muy hermoso será en efecto, dijo Condé, si mandais que el ejército se retire.» Turena puso fin á esas disensiones, presentándose ante el campo enemigo el dia 14 al despuntar la aurora decidido á dar la batalla: para este efecto hizo prevenir al general inglés por medio de uno de sus ayudantes, que al mismo tiempo quiso explicar á Lockhar el plan del general en jefe y sus motivos. «Bien está; bien está, replicó el inglés sin dejarle terminar la explicacion: estoy enteramente á las órdenes de M. de Turena; él me explicará el plan despues de la batalla, si lo tiene por conveniente.»—Estraño contraste entre la varonil disciplina del ejército inglés y la altiva arrogancia del general español. No se habia engañado Condé en sus observaciones: la batalla principiada bajo tales auspicios, no podia ofrecer un éxito dudoso.—¿Habeis visto alguna vez dar una batalla? dijo al jóven duque de Gloucester que militaba en el ejército español al lado de su hermano el duque de York.—No, príncipe.—Pues ahora vais á ver perder una.—La batalla de las dunas fue en efecto enteramente perdida despues de una encarnizada lucha de cuatro horas, en que ni los prodigios de valor de los regimientos españoles, ni los desesperados esfuerzos de su general, pudieron superar las desventajas del terreno ni la desproporcion del número. Compréndese la bizarra tenacidad conque fueron defendidos los puestos, diciendo que todos los oficiales del regimiento que mandaba Lockhar, á escepcion de dos, fueron muertos ó heridos. Por su parte el duque de York y el pequeño cuerpo de realistas ingleses é irlandeses que estaban con el ejército español, rivalizaron en valor al encontrarse frente á frente con sus compatriotas republicanos. Turena y Condé, que cada cual habian hecho en su campo, segun espresiones del duque de York, «todo cuanto era posible hacer, sea como general, sea como soldado» hicieron plena justicia á sus aliados. El ejército español se retiró al caer

el día dejando cuatro mil prisioneros en poder de los vencedores. Turena escribió aquella misma noche á su esposa, diciendo: «Los enemigos han venido á encontrarnos, y han sido derrotados; demos gracias á Dios. Me hallo algo cansado de todo el día; os doy las buenas noches y voy á acostarme.» De allí á diez días, esto es, el 23 de junio del 1658, la guarnición de Dunquerque se hallaba en sumo apuro; el antiguo gobernador, el marqués de Leyde, habia sido mortalmente herido en una salida; la plaza tuvo que rendirse, y de allí á dos días, entró en ella para entregarla en el acto á los ingleses. El día antes, Lockhart escribió á Thurloe estas palabras: «Aunque los cortesanos y el ejército están desesperados por tener que soltar lo que ellos llaman un bocado tan bueno, sin embargo, el Cardenal sigue firme en sus promesas, y parece tener tanta satisfaccion en entregar esta plaza á Su Alteza, como yo en recibirla. El rey se muestra en extremo complaciente y tiene mas probidad que lo que yo imaginaba.

No habia el Protector esperado este suceso, para manifestar ruidosamente á Luis XIV la orgullosa satisfaccion por la alianza que habian contraído. Desde el punto que supo que el rey y su primer ministro se hallaban en Calais, envió á su yerno, lord Faulconbridge, como embajador extraordinario á cumplimentarlos en su nombre. Cinco buques, dos grandes y tres pequeños trasportaron al embajador, sus equipajes y comitiva que se componia de mas de ciento cincuenta nobles. Una tempestad dispersó esa escuadrilla delante del puerto de Calais y lord Faulconbridge, con hartosentimiento, tuvo que desembarcar casi sin acompañamiento delante del rey, de la reina y de la corte situados en una tienda de campaña levantada en el mismo muelle. El conde de Charost, gobernador de la plaza salió á recibirlo con ocho ó diez coches, y lo condujo á su alojamiento, cuyas puertas estaban ocupadas por centinelas de la guardia suiza del rey. Lord Faulconbridge traia para el rey y para Mazarino cartas del Protector en que insistia en la pronta sumision de Dunquerque, «guarida de piratas.» Uno y otro lo recibieron en público y en particular con los mas grandes honores oficiales, y con las mas familiares demostraciones de intimidad. Luis XIV se paseó mas de una hora con él en el jardin, mano á mano y con la cabeza descubierta. Mazarino despues de una larga conferencia lo acompañó hasta la puerta en que lo esperaba el coche, «estremo de política, dijo lord Faulconbridge de que el Cardenal solia generalmente dispensarse con todo el mundo, incluso el mismo rey.» Luis XIV regaló al embajador su retrato ricamente adornado, y le encargó presentara al Protector una magnífica espada. Mazarino le envió

también una hermosa tapicería. Habilidad y orgulloso placer de las anti-guas córtés, es el colmar de favores á los hombres de fortuna, cuya voluntad necesitan captarse. No le bastaron al rey ni al Cardenal tan brillantes demostraciones en obsequio del embajador inglés: á los pocos dias de haber partido, enviaron por su parte, con el mismo carácter al duque de Crequi, acompañado del marqués de Mancini, sobrino del Cardenal con dos cartas autógrafas del rey y del ministro para el Protector. En la de Luis XIV, se decia: «Señor Protector, siendo mucha la sensacion que me han causado los testimonios de vuestro afecto recibidos por medio del vizconde de Faulconbridge, yerno vuestro, no he podido dar-me por satisfecho de contestaros por el mismo conducto, y por lo tanto, he deseado daros pruebas aun mas terminantes del mio, enviándoos mi primo, el duque de Crequi, primer gentil-hombre de mi cámara, al cual he mandado haceros particularmente conocer cuál es el aprecio que profeso á vuestra persona, y cuánto me interesa vuestra amistad. Tambien le he encargado os manifieste cuán grato me ha sido el glorioso triunfo de nuestras armas en la feliz jornada del 14 de este mes, por lo cual y por el riguroso bloqueo que sufre Dunquerque es de esperar la pronta rendicion de esa plaza, en cuya operacion, seguiré empleando el mismo cuidado que desde el principio del sitio. Y si bien he informado al duque de Crequi, mi primo, acerca de las intenciones que me animan, y de los detalles de aquella accion, para que os los reflera, no puedo, sin embargo, abstenerme de deciros, por medio de esta carta, que el señor Lockhart, vuestro embajador cerca de mi persona, se ha distinguido por su valor y su modo de conducirse en aquel encuentro, y que las tropas que me habeis enviado han dado, á su ejemplo, pruebas de generosidad y valor extraordinarias. Por lo demas, espero que os dignareis, como os lo ruego, dar entero crédito á lo que dicho mi primo os dirá de mi parte, y sobre todo que nada deseo con mas ahinco que haceros conocer de hecho hasta qué punto vuestros intereses me son caros.»

Cromwell contestó magníficamente á estas faustuosas demostraciones: otro de sus yernos, Fleetwood salió de Douvres á recibir al duque de Crequi con un acompañamiento de veinte coches de seis caballos y doscientos ginetes que por todas partes escoltaron, espada en mano, al embajador de Francia. Al llegar á Londres fue tratado con las mismas consideraciones que se habian dispensado á lord Faulconbridge en Calais; Cromwell en la audiencia pública bajó dos escalones de la estrada bajo que estaba colocado para adelantarse á recibirlo, y luego lo hizo sentar á su derecha teniendo

á la izquierda á su hijo Ricardo. Al despedirse el duque de Crequi, recibió tanto para el rey, como para sí propio, ricos presentes entre los cuales figuraban seis cajones llenos de placas de estaño de Cornouailles; sólida riqueza que el Protector enviaba á Mazarino con una confianza familiar y poco desdeñosa conociendo que el Cardenal era mas ávido, que vanidoso.

En medio de estos sucesos tan vigorosamente llevados á cabo y con tanto aparato manifestados, en vista de aquellas llaves de la plaza de Dunquerque puestas en sus manos por la Francia para permanecer en las de Inglaterra, Cromwell volvió á pensar y á esperar en un Parlamento que viniera á sancionar, apoyar y perpetuar su poder. Sus mas íntimos consejeros, sobre todo, Thurloe, no dejaban de inspirarle esa idea: penosamente sentian estos, á pesar de los triunfos del Protector las diarias contrariedades que pesaban sobre el gobierno: veíanse faltos de confianza y de dinero. «Aquí nos hallamos sin recursos, con nuestros vestidos y las medias rotas, mendigando de algunos *aldermen* de la *Cité* 5,000 ó 6,000 libras esterlinas para enviar á Dunquerque, y es muy de temer que se nieguen á darlas... Gastamos todo lo menos que es posible en las circunstancias extraordinarias, pero estas y nuestros gastos son en realidad tan extraordinarios, que nada puede suprimirse con seguridad... No sé ciertamente lo que haremos sin el socorro de un Parlamento. Así escribian Thurloe y Fleetwood á Enrique Cromwell, á quien daban cuidadosamente cuenta del estado de los asuntos. Por otra parte, decían al Protector que el espíritu de los oficiales recalcitrantes habia variado; que en el ejército no se encontrarían ya los mismos obstáculos, y que podría aceptar resueltamente la corona que el nuevo Parlamento no dejaría de ofrecerle. Hasta se suponía que entre los jefes republicanos, algunos de los mas ilustres y obstinados como Rich, Ludlow, y el mismo Vane estaban dispuestos á manifestarse mas fáciles. Cromwell escuchaba, pero no se decidía. «Si me preguntais, decía Thurloe á Enrique Cromwell, por qué motivos Su Alteza no adopta esa resolución, os diré que en mi concepto no hay otros mas que las preocupaciones de algunas personas honradas que no quieren los fundamentos sobre que el Parlamento podría establecerse, y los celos de algunos otros hombres que temen que dejándose el Parlamento dominar por esas antipatías, llegaría á causar nuestra ruina.» Cromwell trató de sondear las intenciones: encargó á una comision de nueve individuos el examinar qué se podría hacer en el próximo Parlamento para defenderse de los realistas, ó de los antiguos republicanos. Fiennes, Fleetwood, Pickering, Desborough, Whalley, Goffe,

Felipe Jones, Cooper y Thurloe, esto es, cinco oficiales, y cuatro funcionarios civiles que componian esa comision. Despues de un mes de deliberaciones, la mayoría votó «que era indiferente que la sucesion en el gobierno fuese electiva ó hereditaria;» mas para complacer á los republicanos obstinados, se añadió «que era de desear que fuese electiva, es decir, que el Protector designara quien habia de sucederle.» Cuando le entregaron esa consulta puerilmente vana: «Su Alteza viendo que no le era dable alcanzar consejo alguno por parte de unos hombres de quienes seguramente podia prometerse los mejores, dijo que trataria de hacer lo que mejor le pareciese, pues en conciencia no podia permanecer mas tiempo inmóvil haciéndose culpable de la ruina del partido de la gente honrada y de toda la nacion. Y en verdad, sigue diciendo Thurloe, por mi parte hace mucho tiempo deseo que Su Alteza obre segun su propia inspiracion, sin preocuparse tanto de la opinion de los otros. Por lo demas, Su Alteza se halla ahora en Hamptoncourt, donde permanecerá algun tiempo, tanto por su propia salud, como por estar cerca de su hija, lady Isabel, que ha estado peligrosamente enferma, pero que siente ya alguna mejoría.»

En efecto, ya hacia algunos meses que el Protector no consagraba á los cuidados de su gobierno ó de su ambicion, ni todo su tiempo, ni todo su espíritu. Su familia, sus hijos, sus intereses y su destino le habian siempre seriamente preocupado. Sin ambicioso ardor y sin ilusion paternal no se engañaba acerca del talento y mérito de sus hijos y trataba sus asuntos mas bien como padre solícito y previsor, que como soberano afanoso de derramar en su familia el brillo de su poder. Conociendo la natural indolencia y la apatía política de su hijo mayor Ricardo, lo dejaba vivir en casa de su suegro, M. Mayor, en la quinta de Hursley como un hidalgo campesino: solo bajo formas modestas y despues de haber probado la capacidad de Enrique, su hijo segundo, fue cuando lo envió al gobierno de Irlanda. Cuando Cromwell se intituló Protector, quiso tener, y tuvo, en efecto, una córte; pero la austeridad de su partido, el carácter militar de su gobierno, las costumbres, los gustos y las desconfianzas de la mayor parte de sus secuaces mantuvieron esa córte en unos límites bastante estrechos; su principal centro y elemento fue la familia del Protector. Su esposa, Isabel Bourchier no era muy á propósito para brillar: su carácter sencillo, tímido y mas interesado que ambicioso, le inspiraba inquietudes para el porvenir, la impelia á asegurarse recursos, y finalmente, le hacia tener celos de su marido, que sin dejar de vivir bien con ella, le daba justos motivos de tenerlos. Lady

Desart, que posteriormente fue duquesa de Landerdale, mistress Lambert y acaso otras, cuyos nombres son aun mas inciertos, habian tenido ó tenían con Cromwell una intimidad sin ruido, pero no completamente ignorada; atribuíáanse hijos naturales, y las inquietudes conyugales de lady Isabel eran tan vivas que hasta la reina Cristina de Suecia, cuyo viaje á Londres se habia anunciado desde su abdicacion, era objeto de ellas. El Protector contaba mas con sus hijos que con su esposa para el brillo de su córte. Llamó á Londres á su hijo Ricardo, y le hizo nombrar miembro del Parlamento, consejero privado, y canceller de la universidad de Oxford. Su yerno Jhon Claypole era un hombre de costumbres aristocráticas y de placeres elegantes, unido como el mismo Ricardo, con muchos *caballeros*. Despues del matrimonio de sus dos últimas hijas con lord Faulconbridge y M. Rich, Cromwell tenia alrededor de sí cuatro familias jóvenes, ricas, deseosas de gozar y de hacer gozar á los que á ellas se acercaban, del esplendor de su fortuna. Gustábale el movimiento social y las reuniones brillantes, y sobre todo la música, complaciéndose en atraer los artistas y en asistir á los conciertos. Su córte era, alrededor de sus hijas, numerosa y animada. Una sola de ellas, la viuda de Ireton, que habia llegado á ser lady Fleetwood, republicana vehementemente y austera, tomaba escasa parte, en estas fiestas, y deploraba la inclinacion monárquica y mundana que prevalecia, asi en la casa como en la politica del Protector.

En medio de los cuidados de su gobierno, Cromwell gozaba con cierto orgullo de esta prosperidad doméstica, aunque las aflicciones de familia no le eran del todo estrañas. En julio de 1648, mientras ardia la guerra civil, habia perdido á su primogénito, capitán de diez y nueve años de edad, llamado tambien Oliverio, que murió en una batalla contra los escoceses. Ningun recuerdo de este jóven se conserva por espacio de diez años despues de su muerte; pero en 1658 la ternura del amor paternal estalló en el corazon de Cromwell enfermo, pues al oír leer un pasaje de la epístola de San Pablo á los filipenses, dijo: «Este texto me ha salvado una vez la vida, cuando mi primer hijo, mi pobre Oliverio, fue muerto, lo cual me atravesó el corazon como un puñal.» En 1654, Cromwell perdió tambien á su madre Isabel Stewar, mujer de claro entendimiento y virtuosa, á la cual nunca habia dejado de profesar y manifestar un gran respeto. Isabel desconfiaba de la fortuna de su hijo, y se asociaba á ella con un sentimiento de modestia y pesar. Algun trabajo costó decidirla á que fuese á habitar en Whitehall; vivia en una inquietud

tud continúa, esperando siempre alguna catástrofe, y exclamando siempre que oía un disparo: «¡ Han hecho fuego contra mi hijo.» A su muerte mostró el deseo de ser enterrada sin pompa, y en una pequeña iglesia; pero Cromwell mandó hacerle en la capilla de Enrique VII, de la abadía de Westminster, magníficos funerales. Durante cuatro años, de 1654 á 1658, no esperimentó en su familia pérdida alguna; aquella brillaba y prosperaba sin mezcla de contratiempo. Pero en el invierno de 1658, la muerte se cebó en ella con desusado rigor; despues de tres meses de matrimonio, su hija Francisca perdió á su esposo Roberto Rich, que apenas tenia veinte y tres años de edad; tres meses despues, el abuelo de M. Rich, el conde de Warwick, y el amigo mas íntimo de Cromwell, entre los grandes señores, y que no habia cesado de darle á la vez útiles consejos y pruebas de un verdadero afecto, siguió á su nieto á la tumba. Cromwell sintió vivamente estas dos pérdidas; la una era prematura, y la otra le advertia la proximidad de la vejez, y los irreparables vactos que se forman en su derredor. Apenas habian trascurrido algunas semanas, cuando tuvo que sufrir una nueva amargura. Su hija querida, lady Claypole, hacia mucho que estaba débil y enfermiza, y la habia llevado al palacio de Hamptoncourt para que disfrutase de los aires y de la tranquilidad del campo. Viéndola cada vez mas enferma, fué á vivir á su lado para cuidarla de cerca y á todas horas. Lady Claypole tenia para él un grande y particular atractivo, pues era mujer de sentimientos nobles y delicados, espíritu distinguido y bien cultivado, fiel á sus amigos, cariñosa para con su padre, á la vez orgullosa é inquieta por su suerte, y se complacia vivamente en su intimidad. Hastiada muchas veces, asi de los hombres que bullian en torno suyo, como de sus propias agitaciones, Cromwell se complacia en descansar en la compañía de aquella alma tan estraña á las luchas brutales y á los actos violentos que habian llenado y llenaban aun su vida. Pero este placer se trocó en un amargo dolor; la enfermedad complicada y oscura de lady Claypole, hizo rápidos progresos, degenerando en crisis nerviosas en las que la paciente ponía de manifiesto delante de su padre, ya sus crueles sufrimientos, ya las piadosas tristezas y zozobras que respecto de él esperimentaba. Cromwell, que no se alejaba de su lado, sufría, dominando con su fuerza de carácter, estas impresiones tan dolorosas. El 6 de agosto de 1658, lady Claypole dejó de existir. El Protector tuvo la triste satisfaccion de rodear el féretro de su hija de todas las pompas de que podia disponer; la hizo trasladar á Westminster á la Cámara Pintada, en la que estuvo espuesta con toda solemnidad

veinte y cuatro horas, y desde allí á la capilla de Enrique VII, donde se la enterró en una bóveda especial, en medio de los sepulcros de los reyes.

La enfermedad de lady Claypole habia encontrado enfermo al mismo Cromwell; y aunque habia resistido con buen éxito las crisis de fiebre de que habia sido acometido en sus campañas de Irlanda y Escocia, su robusto temperamento se habia quebrantado, y algunas enfermedades dolorosas y siempre próximas á hacerse graves, como el mal de piedra, la gota, ciertos desórdenes en el hígado y en los riñones y el insomnio, habian adquirido el carácter crónico. Cuando sufría algun ataque que le obligaba á interrumpir sus negocios, se impacientaba en extremo y mandaba á sus médicos le curasen á toda costa. En el momento en que el peligro de lady Claypole se anunció positivamente, sufría un ataque de gota; dando audiencia el 30 de julio al embajador de Holanda, Nieupart, se sintió tan indispuerto que suspendió la conversacion y dijo al embajador que la continuaria en la semana inmediata. Tres dias antes, Thurloe escribia á Enrique Cromwell: «Su Alteza habita con tanta asiduidad en Hamptoncourt, al lado de lady Isabel enferma, que hace quince dias se ha trabajado bien poco ó nada en los negocios públicos.» Despues de la muerte de lady Claypole, el Protector hizo un esfuerzo para ocuparse de nuevo de los negocios; reunió su Consejo, pasó revista á algunas tropas, concluyó un tratado de comercio con la Suecia, alarmóse á la súbita llegada de Ludlow á Londres, y mandó á Fleetwood asegurarse de que no habia malos proyectos. Pero declarósele una calentura intermitente con violentos accesos, y se vió precisado á guardar cama, creyéndole todos en gran peligro. El 20 de agosto cedió la calentura, levantóse y se entregó á su método habitual de vida. El cuáquero Jorge Fox, á quien habia autorizado á contar siempre con su buena acogida, fué á Hamptoncourt, y pidió verle para hablarle de algunas persecuciones de que los cuáqueros eran objeto. «Le encontré, dice, paseando á caballo acompañado de su guardia en los jardines de Hamptoncourt; al acercarme á él sentí que le rodeaba el soplo de la muerte, pues presentaba todo el aspecto de un difunto. Cuando le hice presentes los sufrimientos de mis hermanos, me mandó fuese á su casa para volver á hablar de este asunto. Al dia siguiente volví á Hamptoncourt; pero cuando llegué, Harvey, que estaba de guardia cerca de su persona, me dijo que los médicos no querian que le hablase. Retiréme, y no he vuelto á verle.

La calentura se habia agravado considerablemente, y los médicos fueron de parecer que el Protector cambiase de aires y dejase á Hamp-

toncourt trasladándose á Londres. El 24 de agosto de 1658 entró en Whitehall, y desde aquel momento, á pesar de algunas apariencias de alivio, la enfermedad y el peligro se hicieron cada vez mas alarmantes. Cromwell no volvió á ocuparse de negocios públicos; y parecia que ni aun pensaba en ellos. No obstante, en su interior, no habia renunciado á la vida ni á todo porvenir terrenal, y habiendo oido á sus médicos decir que encontraban su pulso desigual é intermitente, estas palabras le hicieron gran impresion; apoderóse de él un sudor frío, se sintió muy desazonado, volvió á tenderse en su lecho, y haciendo llamar á su secretario, arregló sus negocios interiores y privados. En la mañana del dia siguiente, uno de sus médicos entró en la alcoba, y Cromwell le preguntó: «¿Por qué teneis un aspecto tan triste?»—«Aquellos sobre quienes pesa la responsabilidad de vuestra vida, no pueden dejar de hallarse en sumo grado inquietos.»—«Vosotros los médicos creéis que voy á morir»; y tomando la mano de su esposa Isabel, que estaba á su lado, le dijo:—«Te declaro que no moriré de esta enfermedad; estoy seguro de ello.» El médico le miraba sin duda con algun aire de sorpresa, y Cromwell le dirigió estas palabras: «Me teneis por loco, pero digo la verdad, y fundado en motivos mas ciertos que los que pueden ofrecerlos Hipócrates y Galeno. Dios ha concedido esta respuesta, no á mis oraciones, sino á las de personas que tienen con él mas íntima comunicacion que yo. Tened, pues, confianza; desechad la tristeza de vuestro semblante, y tratadme como á un pobre criado. Vosotros podeis mucho por vuestra ciencia; pero la naturaleza puede mucho mas que todos los médicos reunidos, y Dios es infinitamente mas poderoso que la naturaleza.» Viéndole tan vivamente escitado despues de una noche casi de completo insomnio, el médico le prescribió un absoluto reposo, salió del aposento, y encontrando á uno de sus compañeros, le dijo: «Temo que nuestro enfermo está loco», y le repitió lo que acababa de oír.—«¿Hasta tal punto eres ageno á las cosas de este palacio que no sepas lo que ha pasado esta noche? Los capellanes del Protector y todos los santos, sus amigos, dispersos por las diferentes habitaciones del palacio, se han puesto en oracion por su salud, y todos han oido esta voz de Dios:—Se curará.—Y con esto se creen seguros.

No solo en el palacio de Whitehall, sino en muchas iglesias y casas particulares de Londres, se elevaban al cielo fervientes preces por la curacion del Protector; preces á la par sinceras é interesadas, inspiradas por la simpatía y por el temor, puesto que aparte de los hombres adictos á su persona, ó á su gobierno, y cuya fortuna estaba identificada con la

suya, Cromwell era para todos los revolucionarios y sectarios á quienes el fanatismo republicano no habia hecho enemigos suyos, el representante de su causa y el defensor de sus libertades civiles y religiosas, y todos se alarmaban ante la duda de cuál seria su suerte si moria, y cuál el yugo bajo que caerian. Y sus oraciones no eran para ellos fórmulas frias y vanas, porque tenian una firme fe en su acceso cerca de Dios, y el orgullo de creer que este les revelaba sus secretos. «¡Señor! exclamaba Goodwin, uno de los capellanes del Protector, no te pedimos su curacion, puesto que ya nos la has concedido; lo que ahora te pedimos es su pronta curacion.» Los políticos no estaban tan tranquilos, y no obstante, tambien ellos esperaban mucho. «Nunca, escribia Thurloe á Enrique Cromwell, hubo para hombre alguno tal tesoro de oraciones; todos los espíritus buenos ó malos, se llenan de consternacion á la idea de lo que podria ocurrir si Dios dispusiese sacar hoy á Su Alteza de este mundo; mas, toda vez que Dios ha inclinado tanto los corazones á suplicarle, confío tambien que inclinará su oído á escucharlos.»

Cromwell, sin embargo, estaba muy distantes de curacion; las crisis eran cada vez mas intensas y frecuentes, y al salir de ellas caía en una profunda postracion. Su familia y sus consejeros eran presa de la mas viva ansiedad respecto de su porvenir.—¿Quién debía sucederle? Segun los términos del Acta Constitucional, á él pertenecia nombrarlo. Desde su enfermedad, y antes de salir de Hamptoncourt para regresar á Londres, el mismo Cromwell se habia preocupado de esta idea, y habia encargado á uno de sus secretarios, Jhon Barrington, que fuese á buscar en su gabinete en Whitehall, en el fondo de un cajon, un papel sellado en forma de una carta dirigida á Thurloe, y en la cual, en el momento de la segunda Constitucion del Protectorado, habia nombrado de antemano su sucesor, sin decir á nadie el nombre. No se encontró este papel; y Cromwell no volvió á hablar mas del asunto. Cuando el peligro pareció inminente, los hijos y los yernos del Protector, y entre otros lord Faulconbridge, instaron á Thurloe, su único confidente verdadero, para que le hiciese alguna pregunta ó alguna insinuacion acerca del particular. Thurloe lo prometió y tardó en hacerlo, pues no tenia la menor certidumbre acerca de las intenciones de su señor, porque este las habia tenido absolutamente ocultas, no queriendo robar la esperanza de sucederle á ninguno de aquellos que podian tener alguna pretension. Algunos decian que su eleccion no recaeria sobre ninguno de sus hijos, sino sobre su yerno Fleetwood, mas acepto al ejército y á los republicanos. En esta duda,

Thurloe no se resolvía á encargarse de pedir al Protector una respuesta positiva, porque no quería malquistarse con ninguno de los pretendientes.

Cromwell no tomaba la menor parte en las perplejidades de los que le rodeaban; los negocios del mundo, las cuestiones de la política y hasta los intereses de las personas mas enlazadas con él, se alejaban y desvanecían á medida que salía de la escena de la vida; su alma se concentraba sobre sí misma, y encontraba, al adelantarse hácia los misterios del eterno porvenir, pensamientos é incertidumbres harto diferentes, de las que en torno de su lecho se agitaban. La fe religiosa de Cromwell habia dirigido muy poco su conducta; las combinaciones, las pasiones y las necesidades terrenas se habian apoderado de él, y se les habia entregado con un ahinco cínico, decidido á conseguir su objeto, á engrandecerse y á dominar á toda costa; el cristiano habia desaparecido ante el político revolucionario y déspota; pero al desaparecer no habia perecido; las creencias cristianas habian subsistido en el fondo de aquella alma abrumada de mentiras y atentados; y cuando vió acercarse la prueba suprema, volvieron á mostrarse; y segun la bella frase del arzobispo Tillotson, en presencia de la muerte, «el entusiasmo religioso de Cromwell se sobrepuso á su hipocresía.» El 2 de setiembre, despues de un violento acceso de fiebre, que le habia causado delirio, recobró completamente el uso de sus sentidos; sus capellanes estaban sentados á su cabecera, y preguntó á uno de ellos: «Decidme: ¿es posible perder el estado de gracia?—No lo es, respondió el capellan.—En tal caso, estoy tranquilo, replicó Cromwell, porque sé que he estado una vez en estado de gracia.» Volvióse, y se puso á orar en alta voz, diciendo: «¡Señor! Yo soy una miserable criatura... tú has hecho de mí, indigno, un instrumento para tu servicio; este pueblo desea que yo viva, pues cree que esto es mejor para él, y que redundará en gloria tuya. Otros desean mi muerte. ¡Señor! ¡Perdona á todos, y de cualquier manera que dispongas de mí, concédeles tus bendiciones... dales el descanso, y á mí tambien; por el amor de Jesucristo, á quien, como á tí y al Espíritu Santo, tribútense eternamente honor y gloria! ¡Amen!

A este movimiento de piedad sucedió un estado de torpeza que se prolongó hasta el fin del dia. Al llegar la noche, una fuerte agitacion se apoderó de Cromwell: hablaba, pero en voz baja é interrumpida, dejando incompletas sus ideas y sus palabras. «Verdaderamente Dios es bueno; él me... Dios es bueno... Yo quisiera vivir para el servicio de Dios y de su pueblo; pero mi tarea está terminada; Dios será con su

pueblo.» Presentáronle una bebida, y le aconsejaron que conciliase el sueño, á lo que respondió: «No quiero beber ni dormir; solo pienso en darme prisa, porque es preciso que emprenda mi viaje.» Era la madrugada del 3 de setiembre, su día feliz, segun habia dicho muchas veces, porque era el aniversario de sus victorias de Dumbur y Worcester. Por una estraña coincidencia, la noche que acababa de terminar habia sido muy tempestuosa, y una deshecha tormenta habia causado grandes desastres en tierra y en mar. Cromwell cayó de nuevo en una apatía de que no volvió á salir; entre tres y cuatro de la tarde, habiendo perdido hacia largo rato todo conocimiento, exhaló un profundo suspiro; y al acercarse los asistentes á su lecho, vieron que acababa de espirar.

Al recibirse esta noticia, un estremecimiento universal, aunque de muy diferente naturaleza, circuló por toda la Inglaterra. *Caballeros* y *republicanos*, *episcopales* y *presbiterianos*, *anabaptistas* y *niveladores*, todos los enemigos de Cromwell respiraron como presos á quienes se restituye la libertad; pero no se pusieron en movimiento; hicieron mas: reprimieron su alegría, porque el ejército y la inquietud pública les infundian temor. Oficiales y soldados se mostraron adictos á su difunto general, y el público, falto de su señor, se preguntaba con ansiedad cómo se procuraria un gobierno. Los dolores de familia y la tristeza oficial fueron los únicos que se dejaron ver. Los primeros sinceros, y la segunda por conveniencia ó por calculo, se manifestaron con gran aparato, creyendo asegurarse el porvenir por medio de sus homenajes hácia lo pasado. «El portador de esta carta, escribia el 7 de setiembre lord Faulconbridge á Enrique Cromwell, dará á Vuestra Señoría los tristes detalles de la muerte de vuestro incomparable padre, suceso que roba á estas pobres naciones el mas eminente personage y el mas poderoso instrumento de pública felicidad, no solo de nuestro siglo sino de todos los siglos. La noche anterior á su muerte, y no antes, en presencia de cuatro ó cinco miembros del Consejo, ha declarado por su sucesor á milord Ricardo...; y cerca de tres horas despues de su muerte (tiempo empleado esclusivamente en redactar el acta, no en dudas y en disputas), el hermano de Vuestra Señoría, ahora Su Alteza, ha sido proclamado Protector de estas naciones, con la plena adhesion del Consejo, del ejército y de la Cité... Durante los dias en que el difunto Su Alteza se acercaba á su fin, la consternacion del pueblo era inesplicable... Si sucedia lo mismo fuera de su familia, podeis imaginar lo que en el seno de ella pasaria. No sé verdaderamente lo que hacer de mi pobre esposa; algunas veces me parece

que se calma , pero cae de repente en un nuevo acceso de desesperacion; su corazon está próximo á estallar , y no puedo reprenderla , porque sé lo que ha perdido.» El mismo mensajero llevaba tambien á Enrique Cromwell una carta de Thurloe , que le decia : «Dios ha querido conceder á Su Alteza , vuestro hermano , una muy fácil y pacífica inauguracion de su gobierno ; no hay un perro que mueva la lengua : tan profunda es la calma en que nos hallamos.» En el seno de aquella calma , los entusiastas piadosamente aduladores , que habian rodeado el lecho de muerte de Cromwell , eran los únicos que levantaban la voz , diciendo á sus amigos y á sus desconsolados servidores : «Cesad de llorar , pues mas bien teneis motivos para regocijaros ; él era vuestro Protector acá abajo , y será para vosotros un Protector mucho mas poderoso , ahora que está sentado con Cristo , á la derecha de Dios.»

Mas de dos meses despues de estos desahogos de dolor y de entusiasmo domésticos , el 23 de noviembre de 1658 , se celebraron las exequias del Protector en la iglesia de la abadía de Westminster , con una pompa que escedió á todo cuanto en tiempo alguno se habia hecho en Inglaterra para los funerales de los reyes. Aunque el cadáver habia sido embalsamado , su rápida descomposicion obligó á sepultarlo sin ceremonia pocos dias despues de la muerte. El 26 de setiembre se levantó un magnífico catafalco en Somerset-House , en la cuarta sala de un gran edificio , cubierto primero de terciopelo negro , y despues de terciopelo carmesí ; y el retrato del Protector estuvo espuesto mas de mes y medio á las miradas de una muchedumbre inmensa que todos los dias iba á visitarle. Para el arreglo del orden de estas ceremonias , habíanse consultado no solo los recuerdos nacionales , sino los conocimientos de los hombres versados en el estudio de las pompas régias en las grandes monarquías del Continente. Uno de ellos , M. Kinnersley , indicó las honras fúnebres del mas católico de los monarcas , de Felipe II , rey de España , como los mas dignos de ser reproducidos en honor del Protector del protestantismo europeo. Siguióse su consejo ; y en un intervaio de sesenta años , Felipe II y Cromwell , en el momento de comparecer ante Dios , recibieron en medio de la misma magnificencia fúnebre , los mismos testimonios de piadoso respeto por parte de las naciones.

Cromwell murió en la plenitud de su poder y grandeza. Habia llegado mas allá de toda esperanza ; mas allá de lo que ha conseguido hombre alguno que se ha elevado como él en alas de su genio , al poder supremo , porque habia intentado y llenado con igual fortuna los propósitos mas

opuestos. Durante diez y ocho años, siempre en escena y siempre vencedor, habia alternativamente introducido el desórden y restablecido el órden, hecho y castigado la revolucion, derribado y levantado el gobierno en su país. A cada momento, en cada situacion, manejaba con admirable sagacidad las pasiones y los intereses dominantes para convertirlos en instrumentos de su propia dominacion, curándose poco de desmentirse, con tal de triunfar, de acuerdo con el instinto público, y dando por toda respuesta á las contradicciones de su conducta, la ascendente unidad de su poder. ¡Ejemplo tal vez único, de que un mismo hombre haya dirigido los sucesos mas opuestos y bastado á los mas encontrados destinos! Y en el curso de esta carrera tan fuerte y tan mudable, blanco sin cesar de toda clase de enemigos y de conspiraciones, Cromwell habia recibido ademas el favor de la suerte de que nunca su vida fuè positivamente atacada; el soberano contra cuya persona se habia escrito el folleto titulado: *Matar no es asesinar*, nunca vió delante de sí un asesino. El mundo no ha visto ejemplo alguno de triunfos á la vez tan constantes y tan contrarios, ni una fortuna tan invariablemente próspera en medio de tantas luchas y peligros.

Sin embargo, Cromwell murió triste. Triste, no solo por dejar de existir, sino tambien y esto especialmente, por no haber conseguido su verdadero y único objeto. Fuese cual fuere su egoismo, tenia un alma demasiado elevada para que la mas alta fortuna, pero puramente personal y efímera, como él mismo en la tierra, bastase á satisfacerle. Cansado de las ruinas que habia amontonado, proponíase con empeño dar á su país un gobierno regular y estable, el único gobierno que le convenia, esto es, la monarquía con el Parlamento. Y al mismo tiempo, ambicioso aun mas allá de la tumba, por esa sed de la duracion que es el sello de la grandeza, aspiraba á dejar su nombre y su raza en posesion del imperio para lo porvenir. Uno y otro deseo se vieron igualmente frustrados; sus enormidades le habian creado obstáculos que ni su prudente genio ni su perseverante voluntad pudieron superar; y colmado por sus propios esfuerzos de poder y de gloria, murió defraudado en sus mas íntimas esperanzas, no dejando en pos de sí, por sucesores sino á los dos enemigos que habia ardientemente combatido: la anarquía y los Estuardos.

Dios no concede á los grandes hombres que han establecido en el desórden los fundamentos de su grandeza; el poder de dirigir á su voluntad y por espacio de siglos, aun con arreglo á los mejores deseos, el gobierno de las naciones.

INDICE

DE LOS LIBROS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

LIBRO PRIMERO.

	PAGS.
SUMARIO. —Organizacion del gobierno republicano.—Formacion del Consejo de Estado.—Resistencia del país.—Proceso y sentencia de cinco jefes realistas, los lores Hamilton, Holland, Capell, Norwich y sir Jhon Uwen.—Ejecucion de Hamilton, Holland y Capell.—Publicacion del <i>Eikon Basilike</i> .—Polémica realista y republicana; Milton y Saumaise.—Esplosion é insurreccion de los Niveladores —Lilburne.—Su derrota.—Proceso y absolucion de Lilburne.—Tiranía del Parlamento.—Prosperidad creciente de Cromwell.	7

LIBRO SEGUNDO.

Estado de los partidos en Escocia é Irlanda.—Carlos II es proclamado rey.—Comisionados Escoceses en el Haya —Guerra de Irlanda.—Cromwell toma el mando.—Sus crueldades y victorias.—Espedicion de Montrose á Escocia.—Su derrota, prision, sentencia y muerte.—Carlos II va á Francia.—Peligros de su situacion.—Batalla de Dunbar.—Carlos II entra en Inglaterra.—Cromwell entra en pos de él.—Batalla de Worcester.—Fuga y aventuras de Carlos II.—Desembarca en Francia.—Cromwell vuelve á Londres.—Triunfo completo de la república.	49
--	----

LIBRO TERCERO.

Impresiones producidas en el continente por el proceso y ejecucion de Carlos I.—Asesinato de Dorislao en el Haya, y de Ascham en Madrid.—Actitud reciproca de los Estados del continente y de la república de Inglaterra.—Desarrollo y victorias de la marina inglesa.—Mala política exterior del Parlamento republicano.—Rivalidad de España y Francia en sus relaciones con Inglaterra.—España reconoce la república Inglesa.—Relaciones de Inglaterra con las Provincias-Unidas —Embajadores ingleses en el Haya.—Embajadores holandeses en Londres.—Mal éxito de su mision.—Negociaciones de Mazarino en Londres.—Luis XIV reconoce la república de Inglaterra.—Guerra entre esta y las Provincias-Unidas.—Blake, Tromp y Ruyter.—Victorias alternativas.—Efectos de la guerra en el interior.	123
--	-----

LIBRO CUARTO.

Lucha entre Cromwell y el Parlamento.—Tentativas para disminuir el ejército.—Proposicion de una amnistía general y de una nueva ley electoral.—Proyectos de reformas civiles y religiosas.—Conversacion de Cromwell con los principales jefes del Parlamento y del ejército.—Peticion de este á favor de las reformas y para la disolucion del Parlamento.—Acusarlo de corrupcion.—Intenta perpetuarse por medio de nuevas elecciones.—Urgencia de la situacion.—Cromwell espulsa el Parlamento.	185
--	-----

LIBRO QUINTO.

Indiferencia con que el público recibe la disolucion del Parlamento Largo.—Manifiesto de Cromwell para justificarla.—Toma posesion del gobierno.—Convocacion del Parlamento Barebone.—Discurso de apertura de Cromwell.—Carácter y actos de este Parlamento.—El espíritu revolucionario místico predomina en él.—Dislocacion y abdicacion del Parlamento Barebone.—Cromwell es proclamado Protector.—Conspiracion de los republicanos y los caballeros.—Lilburne, Gerard y Vowel.—Gobierno de Cromwell.—Su córte.—Sus reformas.—La Escocia y la Irlanda son incorporadas á la Inglaterra.—Política exterior de Cromwell.—Paz con la Holanda.—Embajada de Whiteloke en Suecia.—Tratados de Cromwell con la Suecia, la Dinamarca y el Portugal.—Relaciones de Cromwell con la España y la Francia.—Eleccion de un nuevo Parlamento.—Discurso de apertura de Cromwell.—Hostilidad del Parlamento.—Segundo discurso de Cromwell, y retirada de cierto número de miembros.—La hostilidad del Parlamento empieza de nuevo.—Tercer discurso de Cromwell.—Disuelve el Parlamento.

219

LIBRO SESTO.

Gobierno interior de Cromwell sin Parlamento.—Conspiraciones republicanas y realistas.—Diferente conducta de Cromwell respecto de los dos partidos.—Insurrecciones en el Occidente y el Norte.—Ensayos de resistencia legal.—Establecimiento de los mayores generales.—Contribucion del diezmo de las rentas impuestas á los realistas.—Tolerancia religiosa de Cromwell.—Su conducta respecto de los judios;—respecto de las universidades y letrados.—Gobierno de Monk en Escocia;—de Enrique Cromwell en Irlanda.—Conversacion de Cromwell con Ludlow.

287

LIBRO SETIMO.

Cromwell prepara la guerra contra España.—Su plan de campaña en ambos mundos.—Espedicion de Blake en el mediterráneo, delante de Liorna, Túnez, Tripoli, Argel y las costas de España.—La espedicion á las órdenes de Penn y Venables sale de Porstmouth.—Secreto de su destino.—Dos Luis de Haro, Condé y Mazarino prosiguen sus negociaciones con Cromwell.—Persecucion de los vaudenses en el Piamonte.—Intervencion de Cromwell en su favor.—La espedicion de Penn y Venables ataca á Santo Domingo y es derrotada.—Apodérase de la Jamáica.—Rompimiento entre Cromwell y España.—Tratado entre Cromwell y la Francia.—La córte de Madrid promete auxilios á Carlos II.—Cromwell envia á Lockhart de embajador á París.—Grandeza de Cromwell en Europa.—Convoca un Parlamento.

321

LIBRO OCTAVO.

Anuncio de un nuevo Parlamento.—Folleto de Vane.—Elecciones.—Discurso de Cromwell al abrirse la legislatura.—Exclusion de cien miembros.—Victoria de la escuadra inglesa delante de Cádiz.—El Parlemeuto se une plenamente á Cromwell.—Proposicion y trabajo para hacerle rey.—Humilde peticion y consejo.—La tentativa se frustra.—Nueva constitucion del Protectorado.—Ciérrase la legislatura.—Maniobras de Cromwell.—Muerte de Blake.—Segunda legislatura del Parlamento formado de dos cámaras.—Disidencias entre estas.—Cromwell disuelve el Parlamento.—Fermentacion de los partidos.—Complots realistas y republicanos.—Alianza activa de Cromwell con la Francia.—Sus triunfos en el continente.—Toma de Masdyke y de Dunquerque.—Embajadas de lord Faulcombridge en Paris, y del duque de Crequi en Londres.—Cromwell medita la convocacion de un nuevo Parlamento.—Decaimiento de su salud.—Interior de su familia.—Sus relaciones con su madre y sus hijos.—Muerte de su hija lady Claypole.—Enfermedad de Cromwell.—Estado de su alma.—Su muerte.—Conclusion.

357

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	<u>PAGS.</u>
Predicacion de Nayler.	5
Casa ayuntamiento.	40
Palacio de Windsor.	102
Batalla de Worcester.	110
Encuentro del duque de York y Sainto-John.	156
Palacio de la Cámara de los Lores.	196
Cromwell espulsando el Parlamento.	216
Cromwell y lord Hertford.	370

